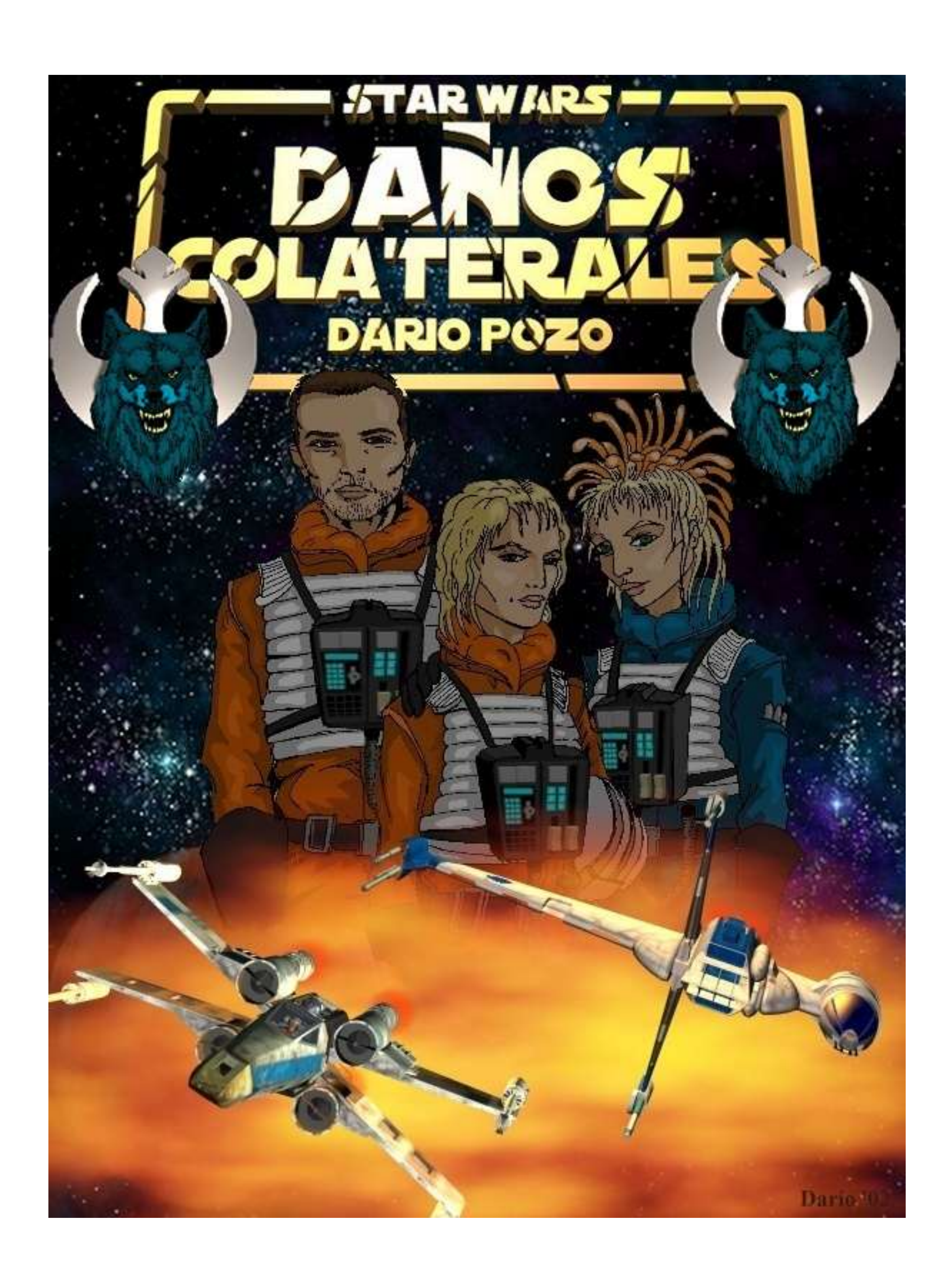

STAR WARS
DAÑOS COLATERALES
DARIO POZO
Dario '02

Ha transcurrido un año desde la batalla de Endor y la muerte del Emperador Palpatine, pero el Imperio es aún poderoso. La Nueva República se tambalea por las explosivas consecuencias de un incidente —el derribo de un transporte cargado de refugiados balanios— que puede hacer que los mundos corelianos le declaren la guerra, uniéndose al Imperio y dándole la fuerza que necesita para contraatacar y acabar de una vez por todas con el sueño rebelde.

Mientras esto sucede la mejor diplomática con la que cuenta la Nueva República intenta desesperadamente negociar una salida a la crisis y los pilotos responsables de la masacre deberán descubrir la verdad sobre lo sucedido, en un viaje que los llevará a uno de los campos de refugiados en los que sobreviven a duras penas miles de personas como aquellas a las que involuntariamente mataron…



Daños Colaterales

Darío Pozo



Escrita simultáneamente en español e inglés (con el título de *Collateral Damage*)

Autor: Darío "Ibero" Pozo

Arte de portada e ilustraciones: Darío "Ibero" Pozo

Publicado originalmente en wolfslair.org y loresdelsith.net.

Publicación del original: 2000-2002

 5 años después de la batalla de Yavin



Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad.

Traducción: Darío Pozo

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Dedicado a todos los refugiados de las guerras pasadas, presentes y (ojalá no) futuras.

Darío Pozo



Capítulo I

Llamarada, vistiendo aún su traje de vuelo naranja, entró en el turboascensor que la llevaría a la cubierta en la que se encontraba el camarote de la capitana. En ese preciso instante sería capaz de matar por una ducha y una buena siesta, pero la convocatoria —que incluía también a los otros cuatro oficiales con mando en el escuadrón— decía URGENTE. *Como de costumbre,* pensó Llamarada, *cuando se trata de la señora capitana*. La joven comandante suspiró con resignación cuando el turboascensor llegó a su destino y se detuvo. Al abrirse la puerta vio que sus compañeros estaban esperándola en el pasillo. También a ellos se les veía cansados, e igualmente fastidiados por tener que asistir a una reunión cuando acababan de regresar de sus respectivas misiones.

—A ver qué hemos roto esta vez —bromeó Llamarada cuando llegó junto al resto de pilotos.

—Quieres decir además de mi caza… —dijo Torpedo, el oficial táctico del escuadrón.

—¿Tu caza? —preguntó Llamarada poniendo cara de sorpresa—. Ah, no, eso sí que no. Técnicamente toda la culpa es tuya por no cederle el paso a un misil, como era tu obligación, así que pienso decir que te pasen la cuenta a ti.

Los cuatro hombres se echaron a reír. Al cesar las carcajadas todos parecían sentirse mejor. Sobresaliendo por encima del grupo debido a su elevada estatura, Alce le guiñó un ojo a Llamarada. Ella le devolvió una sonrisa llena de complicidad. La relación que ambos mantenían duraba ya casi dos años, como casi todo el mundo sabía. Después de todo, y por más discreto que fuese uno, resultaba prácticamente imposible mantener algo así en secreto a bordo de una nave espacial. Tarde o temprano hasta el último mecánico estaba enterado.

Daba igual. A Llamarada no le molestaban ni los chismorreos ni los comentarios maliciosos cada vez que les veían entrar juntos en el camarote de ella. A esas alturas no le importaba gran cosa lo que nadie pudiera pensar de ella con la excepción de los allí presentes y muy pocas personas más.

Seguramente entraba dentro de lo normal que, después de llevar tanto tiempo con ellos, Llamarada hubiese llegado a sentir una intensa amistad por Víbora, Ibero y Torpedo —sin mencionar a Alce, que era mucho, mucho más que un amigo para ella—. No podía ser de otra forma tras haberse enfrentado juntos a la muerte una y otra vez y haber compartido todo lo que eso conlleva: la alegría y el alivio salvajes tras cada victoria, la impotencia y la desesperación tras cada derrota, las lágrimas vertidas por los amigos caídos o las risas que, como ahora, surgían de forma espontánea para hacer soportable la tensión, el miedo o la fatiga… Sí, inevitablemente todo eso había creado

vínculos muy fuertes entre ellos, y el hecho de tener a seres tan valiosos bajo su mando suponía para ella un privilegio incomparable. Llamarada había comenzado su carrera como simple oficial de vuelo, pero a base de trabajo, valor y sacrificio había ido ascendiendo y escalando posiciones hasta encontrarse hoy al mando de su propia unidad, el escuadrón Cabeza de Lobo del Mando de Cazas de la Nueva República. Comandante de escuadrón, qué bien sonaba. Tanto que ya no ambicionaba llegar a más. ¿Para qué, si ya tenía todo cuanto quería? La emoción incomparable de pilotar una nave de caza, combatir cada día al Imperio y a sus cómplices, sabiendo que con cada misión cumplida con éxito la galaxia se convertía en un lugar un poco mejor para todos. Vivir junto a sus pilotos, a los que respetaba y admiraba tanto como ellos a ella, disfrutando de su amistad y camaradería, sintiéndose siempre como en familia, siempre en casa. Aquí y ahora Llamarada se sentía completa. No había ningún otro sitio al que quisiera ir, ninguna otra cosa que quisiera hacer ni nadie más con quien quisiera estar, por mucho que hubiera días malos —o muy malos— en los que sería capaz de negarlo todo. Adoraba aquella forma de vida aunque también incluyera el tener que salir corriendo cada vez que la capitana convocaba una reunión, como ahora, y encontrarse quizá con que en lugar de ir a descansar tenía que volar otra vez. O que redactar otro informe.

Lo cierto era que a Llamarada le encantaba ser la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo.

Se hubiera echado a reír si alguien le hubiera dicho que iba a dejar de serlo en los próximos treinta minutos.

Un soldado naval les franqueó el acceso al camarote de la capitana, cerrando la puerta en cuanto entraron. La capitán de navío Talina Gen’yaa, capitana del portanaves de combate *Guarida del Lobo*, esperaba de pie en el centro de la sala, entre su despacho y la mesa de conferencias donde varios oficiales de su tripulación se encontraban ya sentados. Gen’yaa entrecerró sus ojos grises, adoptando una expresión que sus subordinados habían aprendido a interpretar como de extremo enfado. Todos ellos consideraban altamente recomendable no permanecer en la misma habitación que la capitana cuando esa expresión estaba pintada en su cara. Llamarada se sintió molesta al comprobar que ella misma tampoco era inmune al efecto de esa mirada. Era consciente de que si intentaba mantenérsela, sería ella como siempre la primera en apartar la vista, a pesar de que no se le ocurría ninguna razón racional —aparte del hecho de ser inferior en graduación— para que tuviera que ser así. En lugar de eso, Llamarada permaneció en posición de firmes mirando al frente, en una pose lo suficientemente marcial como para complacer al más exigente de los almirantes. No le hacía ninguna falta mirar a su alrededor para tener la seguridad de que Lince y los demás hacían lo propio, a la espera de que la capitana se dignara decirles de qué iba todo aquello. Tampoco necesitaba tener los poderes de un *jedi* para presentir que no estaban allí para ser elogiados ni para recibir buenas noticias.

Llamarada se dio cuenta de que Geny’aa tenía más aspecto de bothan que nunca. En los últimos meses había dejado que sus cejas crecieran libremente, y ahora se extendían sobre sus sienes hasta fundirse con su abundante cabello rubio pálido. Este cambio,

obviamente deliberado, hacía más difícil confundirla con una humana. Actualmente se consideraba que las especies humana y bothan eran genéticamente incompatibles, pero esto no siempre había sido así. Eso al menos era lo que Víbora, segundo en el mando del escuadrón, le había contado a Llamarada poco después de que ambos se encontraran por primera vez con la capitana. Al parecer hubo un tiempo, cuarenta años atrás —más o menos la edad que le atribuían a Gen'yaa—, en que las familias bothan de clase alta pagaban generosamente los servicios de los mejores genetistas del Imperio para hacer tal combinación posible. Unos cuantos genes humanos insertados correctamente en la estructura celular de un embrión podían conseguir, entre otras cosas, que el recién nacido fuera mucho menos velludo, sus orejas y sus colmillos menos puntiagudos, su mandíbula menos prominente y su estatura un poco mayor. El proceso era extremadamente complicado y potencialmente fatal para el no nato, ya que a menudo generaba malformaciones incompatibles con la vida, pero fueron muchos los que decidieron correr el riesgo y pagar las exorbitantes tarifas de los genetistas. La razón era que bajo la política intensamente xenófoba del recién autoproclamado Emperador Palpatine, parecer humanos era el único modo en el que los bothan podían aspirar a los niveles de poder y privilegio a los que habían estado acostumbrados durante generaciones. Paradójicamente esto fue también lo que, décadas más tarde, permitió a algunos de aquellos bothan modificados encontrarse en posiciones desde las que espiar e incluso traicionar a Palpatine —a menudo a costa de sus vidas—, y participar activamente en los eventos que condujeron a su destrucción. Hoy en día las cosas habían cambiado drásticamente en Bothawui y sus colonias, y parecer un bothan de pura raza era una buena cosa para aquellos individuos que pretendieran escalar hasta lo más alto de la política o de la milicia. A Llamarada se le ocurrió que el oficial de inteligencia de la nave, el teniente de navío Mesch Dey'jeaa, con su corta estatura, su vello negro y su larga melena, su nariz chata y sus afiladas orejas, rasgos todos ellos característicos de los bothan, debía ser sin duda para Gen'yaa un constante recordatorio de esa realidad social. Llamarada casi —sólo casi— se apiadó de ella. No debía ser fácil para la capitana tener que vivir con la preocupación de no parecer quizá lo suficientemente bothan como para ser tenida en cuenta por los suyos.

Con un gesto leve pero imperativo, Gen'yaa les indicó que tomaran asiento alrededor de la mesa de conferencias, mientras ella contemplaba aparentemente ausente el foco del holoproyector situado justo en el centro.

Cuando ella misma se hubo sentado, la capitana pulsó una tecla en el discreto panel colocado en la mesa frente a ella. Las luces se hicieron más tenues y el holoproyector cobró vida, mostrando la imagen congelada de una lanzadera y de las estrellas que la rodeaban. Un icono rojo y azul flotaba en uno de los lados por debajo de la escena. A la izquierda de Llamarada, Ibero, que era el oficial de inteligencia del escuadrón, murmuró «concédanos diez minutos y le daremos la galaxia».

—Esto que van a ver fue retransmitido por Coronet City Holocast News hace poco más de media hora —explicó Gen'yaa—. Para aquellos de ustedes que no lo hayan visto

nunca, se trata de la cadena de noticias más popular entre los medios corelianos. —Llamarada se dio cuenta de que el comentario de Ibero se debía a que había reconocido el logotipo de la cadena. *Quizá debería ver un poco más de holovisión*. Gen'yaa continuó—. No les quepa duda de que, en estos momentos, los servicios de noticias imperiales se estarán encargando de darle a esto la máxima difusión, sin mencionar lo que los seibergios harán con ello. —La capitana guardó silencio durante unos instantes para que la trascendencia de lo acababa de decir tuviera tiempo de calar en las mentes de los asistentes a la reunión, incluso antes de que tuvieran ocasión de ver por si mismos el holodocumento. La Nueva República dependía casi por completo de la imagen de justicia y benévola democracia que Mon Mothma y el resto del Consejo Provisional estaban intentando crear. Esa era la única forma en que podrían seguir atrayendo a su causa a nuevos sistemas planetarios, convenciendo a sus representantes para que le volvieran la espalda al Imperio.

Los ataques contra esa imagen eran constantes en los medios de comunicación imperiales, e incluso en sectores no alineados como era el caso de Corellia. Las cosas ya eran bastante malas cuando esos ataques estaban basados en mentiras, tan elaboradas a veces que obligaban al personal de la Nueva República a trabajar muy duro para poder demostrar su falsedad, y hacerlo con la rapidez suficiente como para evitar que incidieran negativamente en la negociaciones abiertas con otros gobiernos u organizaciones neutrales. Si se revelase alguna vez que una de esas campañas de difamación se sostenía sobre un hecho real, los resultados podrían ser desastrosos, quizá irreversibles. Llamarada experimentó una sensación de ansiedad ante lo que estaban a punto de ver, sin poder dejar de preguntarse qué podría tener que ver con ella o con el escuadrón. De pronto ya no se sentía molesta por haber sido convocada a esta reunión, sino profundamente preocupada.

—Hace apenas diez minutos, —dijo Gen'yaa—, que el almirante Ackbar me envió esta grabación, junto a la orden expresa de ponerme de nuevo en contacto con él cuando la hubiera visto e iniciado una investigación. —El énfasis que la capitana puso al pronunciar el nombre del almirante Ackbar no pasó desapercibido entre su reducida audiencia. Si el jefe supremo de la flota en persona establecía una comunicación directa con un capitán de nave, el asunto tenía que ser de la mayor importancia. Teniendo ese factor en cuenta, la palabra investigación, que la capitán de navío Geny'aa casi había escupido, se volvía incluso más seria y ominosa.

—¿Una invest…? —empezó a decir Llamarada. Sabía que no era demasiado prudente hacerle ninguna pregunta a la capitana antes de que la bothan terminara de hablar, pero algo en su tono, en su actitud —más severa incluso de lo que era normal en ella—, o los malditos cinco grados de menos que siempre parecía haber en esa sala en relación con el resto de la nave, le habían impulsado a hablar sin pensar. La capitana le interrumpió con una mirada de irritación mientras ponía en marcha la reproducción del holodocumento.

—Aquí soy yo la que tiene preguntas que esperan respuesta, teniente coronel. Pero antes, espero que esta grabación le ilustre acerca de la clase de lío en el que usted y sus hombres pueden habernos metido a todos.

Llamarada dirigió una mirada de perplejidad a Víbora, sentado frente a ella al otro lado de la mesa, pero su segundo se limitó a encogerse ligeramente de hombros indicando que estaba tan desconcertado como ella.

—Estas imágenes nos han sido enviadas por nuestros enviados especiales cubriendo el conflicto en el sistema Seibergia, —empezó diciendo la voz de una locutora—, y muestran lo que un equipo de rescate coreliano se encontró en el área de la recientísima catástrofe. —Llamarada se mordió el labio inferior. *Esto va con nosotros*. El escuadrón Cabeza de Lobo, junto con otras unidades de cazabombarderos de la Nueva República, había estado operando en el cúmulo Viayak, y sobre todo en el sistema Seibergia, durante casi dos meses ya. Llamarada estudió las constelaciones que podían verse al fondo de la imagen buscando referencias, y enseguida las encontró. Sí, allí estaba Seibergia, el único planeta habitable del sistema al que daba nombre. Aquella podría ser perfectamente la región del espacio local en la que se había desarrollado una de sus últimas misiones, no hacía ni veinticuatro horas.

Llamarada se puso en tensión al tiempo que un timbre de alarma se disparaba en su mente.

—Tal y como hemos estado informando durante las últimas semanas, —continuaba explicando la voz de la locutora—, la Alianza Rebelde continúa con su campaña de terror en el sistema Seibergia, bajo la excusa de estar protegiendo a la minoría balania de sus vecinos seibergios. Junto a Llamarada, Alce dejó escapar un gruñido al escuchar aquello. Resultaba comprensible que los corelianos no estuviesen demasiado contentos por su pérdida de influencia en este sector, desde que el Imperio retirara sus últimas guarniciones en el cúmulo Viayak meses atrás, pero la versión que se empeñaban en ofrecer de lo que estaba pasando allí era asquerosa, por no decir algo peor. El hecho de que, un año después de Endor, siguieran llamándoles Rebeldes al igual que hacía el Imperio, era lo de menos. Llamarada apretó su mano bajo la mesa simpatizándose con él. Estaba segura de que lo peor estaba aún por llegar.

—Esta farsa ha quedado expuesta hoy, de forma definitiva e inapelable, cuando cazas rebeldes han atacado deliberadamente a aquellos a los que dicen defender. Avisamos a nuestros espectadores que las imágenes que vamos a mostrarles en los próximos minutos no son en absoluto agradables de ver.

—*Vale, ahora sí que no se moverá nadie de delante del cubo visor*, pensó Llamarada, olvidando por un instante que aquello había sido transmitido al menos un par de horas antes. La holocámara dejó de seguir de cerca a la lanzadera y la panorámica se fue expandiendo a medida que la nave se aproximaba a su objetivo y se detenía. La imagen se detuvo allí unos instantes antes de empezar a acercarse. Los restos ennegrecidos de lo que había sido una nave de carga flotaban más allá de la lanzadera coreliana. Algunos fragmentos de menor tamaño giraban alrededor del casco retorcido del carguero,

alejándose lentamente a medida que se iban desprendiendo, seguramente a causa del efecto de las toberas de maniobra de la lanzadera, que se habían puesto en funcionamiento para igualar su velocidad y rotación con el pecio. La esclusa trasera de la nave de rescate se abrió y varias personas con trajes de vacío salieron al exterior. Todos ellos utilizaban unidades personales de propulsión que les permitían maniobrar entre los peligrosos restos. Brillantes luces anaranjadas señalaban la posición de cada uno de los miembros del equipo.

La imagen mostrada por el holoproyector fue sustituida por otra, mucho más cercana al destrozado casco. Seguramente había sido grabada por una cámara montada sobre el traje de vacío de uno de los corelianos. Algunos de los restos más pequeños empezaron a tomar forma, haciéndose reconocibles como fragmentos de cuerpos humanos, en diferentes estados de destrucción.

Llamarada tuvo que luchar para no mostrar su disgusto. ¿Qué otra cosa esperaban encontrar? Estaban en guerra, y en las guerras la gente moría.

Aquellos cargueros —a Llamarada ya no le cabía ninguna duda de que esa nave era una de las que iban en el convoy militar seibergio que habían interceptado ese mismo día— transportaban armas, y no armas cualquiera, sino minas espaciales. Sus pilotos no sólo habían ignorado las órdenes de bajar los escudos y detenerse para ser inspeccionados, sino que habían abierto fuego contra los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo. Qué infiernos, Torpedo, sentado ahora junto a Víbora, podía considerarse a sí mismo muy afortunado por encontrase allí. Si hubiera estado pilotando algo menos resistente que un ala-B ahora estarían llorando su pérdida.

Llamarada se olvidó de todo cuando vio algo que no debería estar ahí.

—Ésta era una nave civil, casualmente de fabricación coreliana, ocupada por ciudadanos seibergios de la etnia balania, muchos de ellos niños. —Dos manos enguantadas, pertenecientes al miembro del equipo de rescate que portaba la cámara, recuperaron con extremo cuidado un pequeño cuerpo atrapado entre dos fragmentos del casco. El cadáver podía ser reconocido como el de una niña de no más de cinco años, aunque la explosión de la nave, la descompresión y finalmente las horas de exposición al vacío y al frío absoluto habían destrozado por completo cualquier rastro de la belleza que seguramente había tenido. Llamarada escuchó un jadeo ahogado, y al mirar en esa dirección le pareció ver que Ibero había palidecido. El piloto era padre de una niña de sólo seis meses. Era fácil comprender cómo le afectaba aquello, y no sólo a él, sino a cualquier ser sensible que tuviera la ocasión de ver este holodocumento, y no necesariamente sólo a aquellos que tuvieran hijos pequeños.

La capitán de navío Gen'yaa detuvo la reproducción de la grabación y apagó el holoproyector. De pronto el espacio sobre la mesa parecía muy vacío.

—Después de esto sólo va a peor, —explicó—. Por cierto, al final del reportaje se especula con la posibilidad de que el piloto de la nave, dada su procedencia, fuera también coreliano. —Nadie allí ignoraba el hecho de que el Diktat coreliano parecía estar buscando tan sólo una razón para involucrar a los mundos que gobernaba en el conflicto.

Ésta podría ser esa razón—. El hecho es, —dijo Gen'yaa—, que si somos capaces de probar que los seibergios estaban transportando civiles en un convoy militar, y especialmente si se trataba de balanios, podemos encontrar la forma de volver esto contra ellos. —Algunos de los presentes asintieron con la cabeza—. En cualquier otro caso, estamos en apuros. Así que lo que me gustaría descartar es la posibilidad de que haya habido un carguero civil ahí fuera, uno que por azar o no, se encontrara en el peor sitio en el peor momento posible, y que uno de ustedes lo derribara.

Gen'yaa miró fijamente a los cinco pilotos, uno a uno, deteniéndose finalmente en Llamarada. Esta vez no había manera de evitar el contacto visual.

—No necesito recordarles que sus órdenes eran inspeccionar cualquier posible objetivo con sus sensores antes de plantearse siquiera abrir fuego, ¿no es así?

Llamarada sintió frío, mucho frío. A su derecha, Alce se puso rígido, su mente llegando a la misma repentina conclusión que ella. El tiempo pareció detenerse mientras todas las miradas se posaban sobre ellos dos. Gen'yaa insistió, su voz una octava más aguda a causa de la ira que empezaba a dominarla.

—Hable, teniente coronel. ¿Podrían ustedes haber destruido una nave civil?

—Sí, capitán —respondió Llamarada lentamente—, puede que lo hiciéramos.



Capítulo II

Sdermila dejó caer la cuchara de madera con la que estaba catando su asado de kalashiri. La última explosión había sonado mucho más cerca que ninguna de las anteriores, hasta el punto de hacer temblar el cristal de la ventana de la cocina. Sobresaltada, la mujer maldijo entre dientes y recogió la cuchara del suelo con manos temblorosas. Sdermila tenía que admitir que estaba empezando a preocuparse.

—No seas tonta, vieja chocha —se dijo a sí misma en voz alta—. Lo que estás es asustada.

Sdermila, que a pesar de llamarse vieja a sí misma acababa de cumplir los sesenta, había adquirido la costumbre de hablar sola a raíz de que su marido, su querido Taigor, muriera hacía ya quince largos años. Fue en un accidente tan desgraciado como estúpido. Un insecto picó a su kala'ballo mientras Taigor estaba cosechando el grano y el animal se puso muy nervioso.

Taigor intentó calmarlo, cometiendo el error fatal de acercársele desde atrás a pesar de las veces que él mismo le había dicho a los chicos que eso jamás se debe hacer. El asustado kala'ballo le coceó en mitad del pecho ante los ojos de Sdermila. Taigor y ella habían tenido por costumbre pasarse hablando casi todo el tiempo que estaban juntos. Charlaban de cualquier cosa, en todas partes, lo mismo mientras trabajaban en el campo que cuando se sentaban a comer, empezaban una conversación en el desayuno y podía ser que aún siguieran con ella por la noche, después de irse a la cama, donde la continuaban en susurros para no despertar a los niños. Cuando Taigor faltó, Sdermila fue incapaz de aguantar el silencio que siguió a su pérdida, y empezó a hablar en voz alta cuando se encontraba sola y nadie más podía oírla. Con el tiempo terminó convirtiéndose en un hábito, aunque Sdermila se cuidaba muy mucho de hacerlo si había alguien cerca, especialmente uno de sus hijos, no fuera a ser que la tomaran por loca. En los últimos años, desde que Lania y Jeiran se hicieron mayores y se fueron de casa, hablaba consigo misma casi continuamente. A veces, incluso, lo hacía como si Taigor estuviera allí respondiéndola, aunque Sdermila no se engañaba a sí misma ni por un momento. No, desde luego que no estaba loca, y sabía perfectamente que Taigor no estaba con ella —aunque siendo creyente como era, Sdermila tenía la esperanza de que sí que pudiera oírla desde alguna parte—. Lo único que sucedía era que no le gustaba nada sentirse sola. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La mujer miró por la ventana con aprensión, sin atreverse a abrirla, y dijo en voz alta lo que hasta ahora no había salido de su pensamiento.

—Si no hubieras sido tan testaruda, estúpida orgullosa, ahora estarías con Jeiran, Voeda y los niños, visitando la tierra de tus antepasados. Pero no, claro que no, tú tenías que ser más fuerte y más valiente que nadie…

Hacía tres días, su hijo pequeño, Jeiran, había venido a pedirle que se fuera con él y con su familia. Voeda y él habían vendido su casa para poder pagar el pasaje de todos ellos en una nave de carga que partiría del espaciopuerto de Nurtina en dos días. Sdermila, sin poder creer lo que estaba oyendo, le había preguntado de qué estaba tan asustado como para hacer semejante barbaridad, y Jeiran le había preguntado a su vez si no había visto las noticias acerca de lo que los seibergios estaban haciendo en las fronteras de la Región Balania.

—No, no he visto ni he oído nada —había mentido ella, y aún había añadido con fingido desprecio— ¿Qué pueden decir las noticias que importe algo aquí, en las aldeas del interior?

Entonces Jeiran se había puesto a relatarle las atrocidades que su gente estaba padeciendo a manos de los paramilitares seibergios hasta que Sdermila se negó a continuar escuchándole, aduciendo que en cualquier caso todo eso estaba pasando muy lejos de allí. Visiblemente desesperado ante la cerrazón de su madre, Jeiran le había respondido levantando la voz:

—¡Doscientos kilómetros es mucho si tienes que recorrerlos andando, o a lomos de esa vieja bestia que usas todavía para trabajar la tierra, pero apenas es un paseo para un bombardero o para un tanque repulsor! —Continuó explicándole que lo último que había oído antes de salir de casa era que el gobierno— que por supuesto no tenía a un sólo balanio entre sus miembros —estaba enviando tropas regulares a la Región Balania. Se suponía que los mandaban para actuar como mediadores y acabar con los incidentes— al parecer así llamaba el presidente Somolovich a los asesinatos y a las violaciones —pero todo el mundo sabía que su verdadera misión era apoyar a los paramilitares y terminar lo que ellos habían empezado. En las poblaciones más cercanas a las fronteras, y también en algunas más al interior, los soldados estaban echando a los balanios de sus casas y después las quemaban. A los que se resistían los mataban a plena luz del día, delante de sus familias.

—Eso no va a pasar aquí —había insistido Sdermila—. Siempre hemos vivido en paz con nuestros vecinos seibergios. ¿Puedes imaginarte acaso a los Kilovich, a los Sirilenki o a los Torsken prendiéndole fuego a nuestra casa? ¡Por favor, Jeiran! ¡Tu hermano Lania y tú habéis jugado con sus hijos! —La expresión de Jeiran se endureció antes de responder con amargura—. Sí, jugamos con ellos, mamá, pero luego crecimos. ¿Ya se te ha olvidado por qué se fue Lania? A pesar de haberse graduado con uno de los números más altos de su promoción en la Universidad Técnica, las empresas seibergias no querían contratar a un ingeniero balanio. ¡Se tuvo que ir del planeta para encontrar un trabajo digno de él, mamá! ¡Un trabajo que aquí nunca tendría sin llamarse Kilovich, Sirilenki o Torsken, por ejemplo!

Estupefacta, Sdermila no había podido contestar a eso. Lo que Jeiran había dicho era verdad y ambos lo sabían, pero hasta ese instante jamás le había oído pronunciar una sola palabra sobre ese tema. De algunas cosas es mejor no hablar para no remover viejas heridas, y ésa todavía dolía. Tras la muerte de Taigor las cosas no habían sido nada fáciles para la familia.

Sdermila había tenido que ajustar mucho la economía doméstica y hacer más de un sacrificio para poder salir adelante. En lugar de comprar una cosechadora mecánica, como Taigor y ella habían planeado, decidió conservar aquel maldito kala'ballo —después de todo el animal no tenía la culpa del accidente que le había costado la vida a Taigor, aunque era imposible no acordarse de ello cada vez que lo sacaba del establo—, y emplear los ahorros en enviar a Lania, su hijo mayor, a una universidad de la capital de Seibergia.

¡El chico era tan prometedor! Lania demostró con creces que ni sus padres ni sus maestros en la escuela local se habían equivocado con él. Ingeniero Físico a los veintidós, especializado en campos magnéticos. Sdermila guardaba con orgullo el diploma oficial —un holograma de bella factura— que así lo atestiguaba, pero se le había roto el corazón al saber que las solicitudes de empleo de su hijo eran rechazadas una y otra vez… hasta que empezó a enviarlas fuera del planeta. Sdermila siempre se lamentaba de que se hubiera tenido que ir tan, tan lejos. Commenor estaba prácticamente en el Núcleo, a miles y miles de años luz de allí. Se tardaba semanas en recorrer esa distancia, y el coste del viaje era prohibitivo para ellos. A Lania se lo pagó la empresa que lo contrató. Desde que se marchó, Jeiran y ella apenas habían sabido nada él.

Sdermila no culpaba a Lania por ello. Las conexiones vía Holonet eran terriblemente caras, y de todas formas el único sitio en toda la Región Balania con terminales públicos era la ciudad de Nurtina. El correo ordinario era mucho más asequible, pero Lania estaba obligado a viajar constantemente y seguramente estaba demasiado ocupado como para grabarle mensajes a su familia tan a menudo como a él sin duda le gustaría. Sdermila se alegraba de que su hijo fuera feliz, pero le echaba terriblemente de menos, y lo mismo le pasaba a Jeiran.

Jeiran jamás había mostrado el menor signo de envidia hacia su hermano mayor, y de hecho parecía entender perfectamente que no quedara dinero suficiente para costearle estudios superiores también a él cuando le llegó el turno. Ojalá hubieran podido permitírselo. Sdermila estaba segura de que si Jeiran hubiera ido a la universidad habría obtenido tan buenos resultados como Lania. Sdermila intentó que le concedieran una beca del estado, pero sus solicitudes fueron ignoradas o devueltas sin contestación varios ciclos seguidos. No fue en absoluto inesperado, pues realmente muy pocos balanios obtenían una, pero a Sdermila le dolió igualmente. Jeiran, no obstante, ni se rindió ni se resignó a seguir trabajando en el campo junto a su madre. Compró libros y manuales de segunda mano y se formó por su cuenta a costa, sobre todo, de muchas noches sin dormir, y finalmente consiguió que lo aceptaran como operador mecánico en la nueva fábrica de fibroplástico que habían instalado a veinte kilómetros de casa. El muchacho tuvo que

trabajar muy duro durante años, pero ahora era el primer ayudante del supervisor de la planta, el puesto más alto ocupado por un balanio. Hacía tiempo que a Sdermila le bastaba con trabajar tan sólo lo justo para su propia subsistencia, y si hubiera querido dejarlo Jeiran se habría encargado de que no le faltara de nada. Desde luego las cosas le iban muy bien, pero a pesar de su éxito laboral lo mejor —con mucho— para Sdermila era que Jeiran había fundado su propia familia. Su mujer, Voeda, una simpatiquísima joven que trabajaba como dependiente en un almacén de productos alimenticios, se había convertido en una nueva hija para Sdermila. En sus ratos libres se dedicaba a escribir. Decía que algún día publicaría una novela que sería un éxito a nivel galáctico, y que entonces sería ella la que los mantuviera a todos. Sdermila se reía mucho con ella, y aunque no creía ni por un momento en que los sueños de Voeda fueran a materializarse jamás, estaba encantada de pasarse largos ratos con ella y con Jeiran, contándole viejas historias y anécdotas que su hijo por supuesto ya conocía. Voeda no sólo no parecía aburrirse con ellas, sino que decía que Sdermila era su mayor fuente de inspiración, qué encanto. Cuando tuvieron a sus hijos, Drivan y la pequeña Mila, el dolor que sentía Sdermila por la pérdida de su marido y la ausencia de su hijo mayor quedó relegado a un segundo lugar. Sus nietos eran vida nueva para ella.

No, Sdermila no estaba menos orgullosa de Jeiran que de Lania. En su fuero interno, lo que su hijo pequeño había conseguido en la vida era más grande aún que ninguna de las obras de ingeniería en las que su hijo mayor pudiera participar, y que ella después de todo nunca vería.

Pero Jeiran se había presentado allí a decirle que dejaba su trabajo y su casa, que tiraba a la basura todos sus años de esfuerzo, y lo peor de todo, que se llevaba a sus nietos lejos de ella, sólo porque Voeda y él estaban asustados por lo que veían en las noticias. Sdermila no podía ni quería entenderlo, pero tampoco había podido convencerle para que reconsiderara su decisión. El chico era tan testarudo como ella o quizá todavía más. Lo que Sdermila no estaba dispuesta era a contagiarse de su locura e irse con ellos, por mucho que le apenara verlos partir. Al menos, quedándose ella, tendrían un lugar al que regresar, su casa, cuando después de llegar a Balania se dieran cuenta de la solemne estupidez que habían cometido. Sdermila le dijo a Jeiran todo eso, y también que ella jamás abandonaría la tierra por la que su padre y ella habían trabajado tanto, y en la que él estaba ahora enterrado. Después de eso Jeiran se marchó sin mirar atrás y sin darle ocasión a Sdermila para despedirse de Voeda y de los niños, que se habían quedado esperándole en casa. Con lágrimas de pena y de rabia en los ojos, Sdermila se había prometido a sí misma que Jeiran tendría que suplicarle mucho para que ella le perdonara por eso.

Así pensaba Sdermila hasta ayer. Ahora se estaba empezando a preguntar si no sería ella la que estaba equivocada.

La mujer intentó concentrarse en su estofado, pero no era fácil hacerlo cuando el sonido de las cada vez menos distantes explosiones la sobresaltaba a cada instante.

—¿Qué estará pasando por ahí? ¿Realmente son los seibergios que vienen? —No podía dejar de pensar en las cosas que había visto en el viejo holoreceptor de su vecinos de al lado, Redina y Dimeter, pero sobre todo en las palabras de Jeiran. Queriendo darse ánimos hablaba sin cesar consigo misma, más aún de lo que era su costumbre—. Cielos, Sdermila, ¿realmente te has vuelto tan fácil de asustar con los años? Si lo piensas bien, seguro que es otro estúpido que intenta abrir de nuevo la mina Kerevinia. ¿Quién será el paleto de ciudad que ha picado esta vez? Nunca salió nada de ahí y nunca lo hará. Esta tierra es buena para el grano y para las bestias, pero no hay ni un solo kilogramo de nada que merezca la pena debajo de ella. Si Taigor estuviera aquí estaría tirado por los suelos, doblado por las carcajadas… —Otra explosión, mucho más cerca esta vez, le hizo volver a perder la cuchara. Algo se había roto en la planta de arriba. Un jarrón o un cristal, seguramente, o quizá ambas cosas. Sdermila no se preocupó de recoger la cuchara ni de bajar el fuego. Limpiándose las manos en el delantal se dirigió a la puerta delantera y la abrió. Tenía que ver lo que estaba pasando con sus propios ojos.

La primera cosa que llamó su atención fue el humo. El tiempo era ya lo suficientemente frío como para tener todas las ventanas cerradas, y esa circunstancia había hecho que no lo oliera antes. Ahora también podía verlo, saliendo de varios sitios a la vez allá abajo, hacia el centro del pueblo y más allá. La columna más gruesa parecía venir del otro lado, más o menos donde estaba la granja de los Volodir, pero estaba claro que había más de un incendio, y que por tanto que no se trataba de un accidente, sino que algo o alguien los estaba provocando. Uno de ellos, notó Sdermila con espanto, tenía que ser en la escuela primaria —la única que había en el pueblo—. —¿Es que se han vuelto locos? ¡A estas horas tiene que haber niños allí!— De repente, un decrépito deslizador apareció zumbando por el empinado camino que venía del pueblo, pasó junto a su finca, y enseguida desapareció de su vista rumbo a las montañas. En condiciones normales, Sdermila se habría preguntado a dónde podían ir los ocupantes del vehículo con tanta prisa, pero ahora tenía muy claro que no iban a ninguna parte. Escapaban. Los vecinos de Sdermila habían salido también y, como ella, miraban hacia el camino del pueblo. Otros vehículos subían ya ladera arriba, incluyendo un par de cosechadoras, y a lo lejos se podía ver a gente que abandonaba el pueblo montada en kala'ballos o incluso a pie. Algunos de estos últimos no se conformaban con caminar, sino que parecían correr despavoridos. En la distancia podía escucharse el sonido de disparos de bláster.

—¡Tenemos que irnos de aquí, Sdermila! —Le gritó su vecina Redina desde la puerta de su casa. La voz aguda de su amiga revelaba lo cerca que se encontraba de la histeria. Tras ella vio salir a Dimeter cargado con una aparatosa mochila. Más allá, un par de hombres habían sacado rifles y esperaban junto a sus casas, pero la mayoría de los vecinos de Sdermila habían decidido seguir el ejemplo de la gente del pueblo y se marchaban camino arriba en el medio de locomoción más rápido del que dispusieran, que en la mayor parte de los casos eran sus propias piernas. Sdermila se negaba a sucumbir al pánico a pesar de todo. Aunque vinieran los seibergios— ¿qué otra cosa podía ser?, —tenían que darse cuenta de que no eran más que campesinos y granjeros — *sí, Sdermila,*

pero entonces, ¿a qué vienen el fuego y los disparos?. —No tenían por qué hacer daño a nadie si no se les molestaba— *¿los niños de la escuela molestaban, Sdermila?*

Sin saber muy bien qué hacer, se quedó donde estaba durante unos instantes, contemplando el panorama con preocupación creciente y al mismo tiempo negándose a creer que los temores de Jeiran se estuvieran convirtiendo en realidad. Estaba a punto de volver a entrar en casa cuando divisó dos vehículos militares aproximándose. Parecían tanques repulsores, aunque Sdermila no entendía gran cosa de artefactos de guerra. A medida que avanzaban por el camino la gente tenía que apartarse de su paso para no ser arrollados. No muy lejos de donde se encontraba Sdermila, un hombre gritó «¡Bastardos!» Sdermila lo conocía bien, como a todos sus vecinos.

—Me pregunto que piensan hacer ese loco de Divanian y los demás con sus viejos e inservibles rifles contra esos tanques —murmuró Sdermila. Kaliga, la mujer de Divanian, intentaba en vano convencerle para que ambos escaparan como estaba haciendo casi todo el mundo. El hombre simplemente la ignoró y apuntó al vehículo más cercano. Kaliga vio a Sdermila y se quedó mirándola, como suplicándole que la ayudara.

—¡Divanian —gritó Sdermila—, tira ese arma, hombre! Todo lo que vas a conseguir es que te detengan o algo peor! —Su vecino parecía no escucharla siquiera—. ¡Divanian —insistió— Taigor siempre decía que eras idiota y ahora veo que tenía razón! —Esta vez su vecino giró la cabeza hacia ella echando chispas con la mirada, pero ni contestó ni bajó el cañón de su rifle ni se movió de delante de su puerta—. No puedo creer que seas tan tonto… —dijo Sdermila, empezando a alejarse de él y retrocediendo hacia el interior de su casa. Kaliga se apartó también un par de pasos de su marido, pero obviamente no se atrevía a irse sin él ni tampoco a dejarle solo. Los seibergios estaban ya a menos de cien metros. Divanian les gritó que no siguieran acercándose.

Uno de los tanques abrió fuego.

La onda expansiva tiró a Sdermila al suelo. Fue como si una mano gigante, áspera y caliente, la hubiera golpeado en la cara. Cuando consiguió levantar la cabeza vio que la parte frontal de la casa de los Divanian había desaparecido, y en su lugar había tan sólo una pila de escombros. Pequeños fragmentos de ladrillo y cemento seguían cayendo del cielo sobre el lugar donde Kaliga y su marido habían estado un momento antes. No había ni rastro de ellos, pero Sdermila sabía que estaban muertos, literalmente desintegrados.

Los dos tanques se habían detenido a cincuenta metros de allí, esperando a que un grupo de soldados que venían a pie los alcanzaran. A Sdermila le zumbaban los oídos y le sangraba un poco la nariz, pero aparte de eso no estaba herida. Olvidadas todas sus dudas, la mujer se levantó y fue a buscar su abrigo, aunque en ese momento estaba sudando, limpiándose la sangre de la nariz con un pañuelo que encontró en el bolsillo.

—Piensa, Sdermila, piensa —dijo sin poder oírse apenas a sí misma. Sabía que no podía llevarse demasiadas cosas. Su viejo kala'ballo, el mismo que había matado a Taigor pero cuyo sacrificio no se había podido permitir, a pesar de que eso fue lo que le pidieron sus hijos en su momento, no podía acarrear cargas demasiado pesadas, o incluso moderadas, si tenía que hacerlo por mucho tiempo. Ya no.

Sdermila intentó decidir qué era lo más valioso o lo más necesario que podía llevarse con ella. A través de las ventanas rotas —sólo ahora se dio cuenta de que estaba pisando cristales— le llegaban gritos en seibergio y en básico. No tenía tiempo para decidirse.

Sdermila fue a la cocina, metió el asado —prácticamente terminado ya— en un contenedor de plástico y salió por la puerta de atrás, camino del establo.



Capítulo III

El rostro de Talina Gen'yaa lucía la misma expresión de seriedad y rabia contenida que había mantenido desde el comienzo de la reunión. Sumida en sus pensamientos, observaba distraídamente el trabajo de la suboficial técnico que estaba programando un enlace multimodo entre el ordenador central del portanaves y los bancos de memoria del holoproyector de su mesa de reuniones. Cuando estuviera listo, tendrían acceso directo a toda la información almacenada en los ordenadores de a bordo de los cazas que habían participado en el incidente. Además de las grabaciones obtenidas por las cámaras de vuelo, si era necesario podrían comprobar también los registros generados por los diferentes instrumentos y sensores de cada uno de los cuatro aparatos —o al menos de tres de ellos, pues al parecer los daños en el ala-B del capitán Steinberg podrían hacer imposible sacar nada de él—. Gen'yaa esperaba encontrar algo entre todos esos datos que pudiera explicar qué había pasado exactamente, y estaba decidida a no permitir que nadie saliera de allí hasta que ella tuviera las respuestas que quería. Tenía que saber hasta qué punto sus pilotos eran responsables de haber provocado un siniestro de consecuencias inimaginables. Hasta ahora lo único que tenía claro era que al menos uno de ellos había ignorado —con o sin razón, eso era lo que estaba por determinar— las instrucciones que *todos* habían recibido, y había abierto fuego contra una nave civil de transporte. Gen'yaa no se sentía nada optimista.

La bothan consideró mentalmente algunos de los posibles escenarios que podrían darse a continuación en función de lo que encontrara o dejara de encontrar, intentando decidir qué era lo peor que podía pasar. Como la mayoría de los miembros de su especie, Talina Gen'yaa había sido educada para no descuidarse nunca y prepararse de antemano para cualquier situación, analizando en ella tanto los posibles beneficios y ventajas a obtener como los modos de reducir pérdidas si las cosas salían mal. En el caso que le ocupaba lo más probable era que cualquier táctica de minimización de daños pasara por la destrucción de las carreras de algunos de los allí presentes, con el fin de liberar a la Nueva República —y a sí misma— de cualquier responsabilidad por la muerte de seres inocentes. Gen'yaa lo haría con alegría si no encontraba mejor opción que ésa, pero su sentido común y su experiencia le decían que nada de lo que hiciera podría evitar que este suceso tuviera repercusiones, *serias* repercusiones, tanto en lo político como en lo militar, pudiendo llegar a afectar el curso de la guerra entre el Imperio y la Nueva República.

Para entender lo que estaba en juego era preciso haber estudiado la complicada y convulsa historia de esta región del espacio, especialmente agitada en una galaxia en la que los conflictos eran de por sí constantes.

Gen'yaa había leído todo lo que había podido encontrar sobre el cúmulo Viayak antes incluso de que al *Guarida del Lobo* se le ordenara tomar parte en el bloqueo del sistema Seibergia. Habría dado la mitad de sus condecoraciones con tal de no haber tenido que formar parte del operativo de la Nueva República aquí. Desde el primer momento había estado convencida de que había muy poco que ganar y sin duda mucho que perder en esta situación, y ahora las circunstancias parecían darle la razón.

Los comienzos de la crisis que los había traído a este sistema se remontaban a casi dos mil años estándar atrás, cuando Balania, por aquel entonces una de las principales potencias en todo el cúmulo Viayak, intentó anexionarse el cercano sistema Seibergia por la fuerza de las armas y fracasó.

Cuando los militares balanios comprendieron que habían subestimado fatalmente la resistencia que iban a presentar los y el decidido apoyo que iban a recibir por parte de la República —especialmente por parte de Corellia—, no tuvieron más remedio que abortar sus planes y retirar rápidamente a sus tropas del sistema.

Pero no pudieron sacar a todas. El primer contingente de la fuerza de invasión enviada para ocupar el planeta, compuesto por varios miles de hombres y mujeres pertenecientes en su mayoría a cuerpos de élite, había sido desplegado ya en territorio seibergio y no había forma de recuperarlos. Si aquellos soldados hubieran alcanzado sus objetivos tan rápida y limpiamente como se había previsto —haciéndose con el control de la capital y de las principales infraestructuras de comunicaciones—, Balania podría haber confiado en que la República aceptaría los hechos consumados para evitar involucrarse en un conflicto mayor, pero la jugada les salió mal. Ahora, tras su fracaso militar y político, y con el fin de ahorrarse el pago de una astronómica indemnización a Seibergia, el gobierno balanio intentó salvar la cara lo mejor que pudo. Sus representantes en el Senado Galáctico argumentaron que el general que mandaba las tropas que habían desembarcado en Seibergia se había amotinado, y que la operación se había llevado a cabo sin el conocimiento de sus superiores ni del gobierno. Dijeron también que la flota balania que había invadido posteriormente el espacio seibergio —y que lo había abandonado ya a toda prisa— había sido enviada con el único objetivo de capturar o neutralizar a los insurrectos, y que se había retirado inmediatamente al comprobar que la situación estaba ya controlada. Juraron que Balania jamás había pretendido invadir Seibergia, y pidieron disculpas por no haber podido anticiparse a los planes del díscolo general —supuestamente muerto durante el intento—. La mayor parte de los miembros del Senado no se creyeron aquello ni por un instante, pero no obstante decidieron aceptar la versión balania de los hechos con el único fin de no prolongar el conflicto Aquella declaración debería haber sido el final de una corta guerra, pero lo cierto era que el sonido de los láser y de las granadas se escuchaba aún en Seibergia. Los soldados balanios, traicionados y abandonados a su suerte, estaban muy bien entrenados y se encontraban lo suficientemente bien equipados como para defenderse y mantener sus posiciones, al menos durante un tiempo, en la pequeña extensión de terreno agreste y montañoso en la que habían establecido sus bases provisionales. Después de varios

sangrientos pero fútiles intentos de acabar con ellos, los seibergios les propusieron una negociación. El subsecuente tratado, firmado ante la indiferencia de Balania pero con las bendiciones de la República, autorizó a los supervivientes de la fuerza expedicionaria balania a quedarse si así lo deseaban, manteniendo una cierta autonomía en la región que habían capturado. A cambio debían cesar definitivamente las hostilidades, pues en caso contrario la propia República intervendría para someterlos. Los soldados balanios sabían que no tenían la menor oportunidad de ser evacuados y volver a Balania, y también que en aquel terreno escarpado, carente de recursos y completamente aislado, sus esperanzas de sobrevivir sin ayuda exterior serían prácticamente inexistentes.

Pero teniendo una muerte segura —por muy caras que vendieran sus vidas— como única alternativa, comprendieron que aquel acuerdo era lo mejor a lo que podían aspirar.

Tuvieron que luchar muy duro para salir adelante, pero lo cierto fue que se adaptaron rápidamente a su nueva realidad. Transformaron sus armas en instrumentos adecuados para la agricultura y el pastoreo, y con el tiempo tuvieron hijos que no conocerían la guerra. Las tierras que con tanto esfuerzo adaptaron y cultivaron recibieron el nombre de Región Balania, que ellos pronunciaban con tanto orgullo como los seibergios lo hacían con desprecio.

Tras muchas generaciones, los seibergio-balanios —así eran conocidos en la República— empezaron a recuperar cierto contacto con el mundo de sus antepasados, pero para entonces las cosas habían cambiado mucho en el cúmulo Viayak. Tras sellar el pacto con los supervivientes balanios, Seibergia no había desperdiciado la oportunidad que le brindaban sus ahora excelentes relaciones con la República y el firme apoyo prestado por los mundos corelianos. Estos últimos habían encontrado en Seibergia un excelente mercado para sus productos, especialmente naves espaciales de todo tipo y maquinaria pesada, que los seibergios podían comprar gracias a los generosos créditos prestados por la República. El planeta comenzó a prosperar rápidamente hasta llegar a ser uno de los más influyentes del sector, mientras que Balania, por otro lado, inició una lenta pero inexorable decadencia que le llevó a perder el control de sus colonias una detrás de otra, y a convertirse en un mundo de tercera fila en apenas un milenio. Los descendientes de los antiguos invasores ya no les daban ningún miedo a los seibergios, que no obstante no dejaron nunca de despreciarlos. Los habitantes de la Región Balania terminaron trabajando para los seibergios y comerciando con ellos, pero siempre desde el sometimiento y la explotación. Ellos lo soportaban todo porque no tenían ningún otro sitio a donde ir.

Con la caída de la República y el devenir del Imperio Seibergia alcanzó su máximo esplendor, pues no en vano había sido uno de los primeros mundos en apoyar abiertamente al senador Palpatine cuando éste se hizo con el poder.

Durante décadas, Seibergia fue centro político y administrativo de todos los planetas y colonias habitados del cúmulo Viayak. El entonces joven presidente seibergio, Doinos Somolovich, se encontró con el nombramiento de Moff Imperial del sector, lo que le liberó de la molesta obligación de convocar nuevas elecciones y le permitió mantenerse

en su puesto mucho más allá de lo que legalmente le habría correspondido. Inesperadamente, la minoría balania encontró en el Imperio una protección con la que nunca habían contado hasta entonces, ya que Palpatine no toleraba ningún tipo de abuso contra poblaciones humanas —si los seibergio-balanios hubieran pertenecido a una especie no humana, los seibergios hubieran podido exterminarlos de quererlo así sin que el Imperio hubiera movido un solo soldado de asalto—. No obstante, y aunque las universidades y la sanidad estatales se abrieron en teoría —que no siempre en la práctica— para ellos, los balanios no dejaron de ser en ningún momento ciudadanos de tercera, socialmente excluidos y rechazados siempre que, por una razón u otra, se veían obligados a alejarse de sus montañas.

Así estuvieron las cosas hasta hacía pocos meses.

Tras la derrota del Imperio en el planeta Iberya, liberado con la ayuda de la flota de la Nueva República, y su forzada retirada de los sistemas adyacentes, Seibergia había visto como, una a una, las guarniciones imperiales en el cúmulo Viayak eran trasladadas a otros puntos de la galaxia más estratégicos en la defensa de los intereses de Coruscant, todavía capital del Imperio una vez que los conatos de insurrección tras la muerte de Palpatine en Endor fueran completamente sofocados. Sate Pestage, cabeza visible del consejo que gobernaba ahora en el lugar del desaparecido Emperador, aseguró a Somolovich que los seibergios seguían contando con el perenne apoyo del Imperio, pero no obstante siguió retirando naves y tropas hasta dejar a Seibergia virtualmente indefensa en el caso de que la Nueva República decidiera hacerse con el control del sector. Los temores del gobierno seibergio se mostraron fundados, ya que antes de que la última nave imperial hubiera dejado atrás el cúmulo Viayak varios mundos se habían declarado independientes, como fue el caso de Eslivan, Balania, Corotaria o Vina Bosolia.

Somolovich intentó retenerlos por todos los medios a su alcance incluyendo la fuerza bruta, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Uno tras otro, todos estos mundos consiguieron romper sus lazos con Seibergia, aunque no sin que se libraran cruentos combates en algunos de ellos. La lucha fue especialmente dramática en Vina Bosolia, que había resultado prácticamente arrasado hacía apenas tres meses. Este planeta solicitó desesperadamente el socorro de la Nueva República, pero apenas se pudo hacer nada por ellos. Recuperándose aún de las tremendas pérdidas sufridas en la batalla de Endor, en la defensa de Mon Calamari y también —aunque en menor medida— en la liberación de Iberya, al tiempo que seguía combatiendo a muerte contra el Imperio en varios frentes, la antigua Alianza Rebelde no pudo más que contemplar con impotencia como Seibergia, incapaz de mantener su control sobre el planeta, aplicaba una sangrienta política de tierra quemada en Vina Bosolia.

El Diktat coreliano, Cisco Francmonde, era a todas luces el mejor aliado con el que podía contar Somolovich, pero se encontraba en una posición muy incómoda. Corellia no había llegado jamás a unirse al Imperio, pero a cambio había suscrito con él un tratado de amistad y mutua cooperación. Su declarada neutralidad durante la guerra civil a escala galáctica entre el Imperio y la Alianza Rebelde había resultado ser muy beneficiosa para

su economía —sin ir más lejos las flotas de las dos partes estaban equipadas con gran cantidad de naves de fabricación coreliana—, pero también había dividido a la población.

Decenas de miles de corelianos se habían alistado como voluntarios en ambos bandos. Aquellos que se unían a la Rebelión eran considerados criminales y detenidos como tales si se les encontraba en suelo coreliano, mientras que los que elegían incorporarse a las filas del Imperio lo hacían con las bendiciones del gobierno coreliano, que mantenía así una buena imagen frente a Palpatine y evitaba convertirse en blanco de sus recelos. El apoyo estatal hacía que fueran muchos más los corelianos que combatían junto al Imperio, pero algunos de los rebeldes se habían hecho tan célebres —como era el caso del antiguo contrabandista Han Solo o el del comandante del escuadrón Pícaro, Wedge Antilles, sin olvidar al general Crix Madine o a la político Doman Beruss, que formaba parte del Consejo provisional— que sus hazañas tenían mayor repercusión e influencia en la opinión pública.

Un año después de la muerte de Palpatine las simpatías del gobierno coreliano seguían siendo para el Imperio, aún demasiado poderoso como para volverle la espalda, pero todos los analistas coincidían en que el Diktat prefería evitar una confrontación directa con la Nueva República, pues ello crearía graves tensiones entre los corelianos hasta el punto quizá de desencadenar una guerra civil. Por esta razón, y como había hecho Sate Pestage antes que él, Francmonde había preferido ignorar hasta el momento las peticiones de colaboración por parte de los seibergios. Así pues, Somolovich se había quedado solo enarbolando la enseña imperial en el cúmulo Viayak, y todo hacía pensar que no encontraría apoyo más allá de las meras palabras en ninguna aventura militar que decidiera emprender.

Viendo en este complicado escenario político una ocasión de oro para mejorar su propia situación, la comunidad balania de Seibergia decidió ignorar el reciente ejemplo de Vina Bosolia y solicitó la ayuda de la Nueva República para liberarse de la opresión seibergia, más dura que nunca desde que el Imperio había dejado de estar allí para protegerles. Para otorgar fuerza a su demanda pidieron que la Región Balania fuera considerada como colonia de Balania, que se había unido recientemente a la Nueva República. En un primer momento, y a pesar de la insistencia de los embajadores de ese planeta, que defendieron vehemente ante el Consejo Provisional la causa de sus parientes, la Nueva República no se tomó esta petición con demasiada seriedad. «¿Cómo van a ser independientes de su propio mundo? ¿Cómo se puede considerar a una región de un planeta como parte integrante de otro?» Ésas y otras parecidas fueron las respuestas que los enviados seibergio-balanios tuvieron que escuchar una y otra vez para su frustración.

En Seibergia, no obstante, nadie encontró graciosas las pretensiones de la Región Balania. Por remotas que fueran las probabilidades de que tuvieran éxito, la mera posibilidad de que la Nueva República acampara en su propio mundo hacía que los seibergios se tomaran la amenaza muy en serio. En la opinión de mucha gente —incluyendo a Doinos Somolovich y a la práctica totalidad de los ministros de su gobierno—, había llegado el momento de arrojar a los balanios fuera del planeta de una

vez por todas. Los viejos odios y resentimientos, junto con una incomprensible xenofobia —incomprensible desde el punto de vista de los no humanos—, derivaron en la aparición más o menos espontánea de grupos paramilitares seibergios en todas las áreas limítrofes con la Región Balania e incluso dentro de ella —aunque en minoría, el número de seibergios que vivían en la Región Balania y especialmente en la ciudad de Nurtina era considerable—, decididos a resolver el problema por sus propios y violentos medios. El gobierno oficialmente ignoraba e incluso negaba la existencia de estas bandas, aunque era un secreto a voces que les estaba ofreciendo abundante apoyo material —armas, suministros e incluso entrenamiento militar a través de oficiales experimentados del ejército supuestamente «retirados»—. Somolovich confiaba en alcanzar su objetivo por medio de los paramilitares sin que ello provocase ningún tipo de intervención por parte de la Nueva República —que había amenazado con hacerlo, tarde ya, cuando lo de Vina Bosolia—, pero al igual que le sucediera a los estrategas balanios hacía dos mil años, su presunción se reveló equivocada.

La lamentable situación de los seibergio-balanios, expulsados de sus hogares y literalmente masacrados en muchos lugares a pesar de los esfuerzos de la naciente guerrilla balania, recibió mucha más atención de la esperada por parte de los cada vez más influyentes medios de comunicación de la Nueva República. Las imágenes de horror y desolación enviadas por los enviados especiales de las diferentes cadenas, transmitidas siempre en horarios de máxima audiencia en buena parte de la galaxia, hicieron que fuera virtualmente imposible para el Consejo Provisional pretender que lo que estaba pasando en Seibergia no era de su incumbencia.

La Nueva República estaba de hecho pagando un precio muy caro por no haber corrido en defensa de Vina Bosolia. Varios sistemas estelares que antes de esos sucesos eran candidatos a unirse a ella habían cancelado las negociaciones desde entonces, temerosos de no recibir ayuda alguna si llegaban a convertirse en blanco de las represalias imperiales —los ataques a modo de venganza sobre mundos que habían abandonado la causa imperial no eran infrecuentes—. La presidenta Mon Mothma se dio cuenta de que el sueño de la vieja Alianza Rebelde de una galaxia libre, unida y en paz jamás se haría realidad si no se hacía nada por los seibergio-balanios y otros como ellos. Al plantear su opinión en el Consejo se encontró con la oposición de aquellos miembros que pensaban —y no sin razón— que las fuerzas armadas de la Nueva República estaban abarcando ya más de lo que podían. Consideraban que todos los esfuerzos debían seguir concentrándose en mantener a raya al Imperio, si no se quería correr el riesgo de perderlo todo en un contraataque.

Después de muchas presiones internas y de interminables discusiones a puerta cerrada, los miembros del Consejo Provisional llegaron a un acuerdo. Se despacharía una pequeña flota al cúmulo Viayak para socorrer a los balanios como mejor fuera posible, pero se descartaba por completo la posibilidad de invadir Seibergia. El *Guarida del Lobo* fue una de las naves asignadas a la misión.

Durante las primeras semanas, las fuerzas enviadas por la Nueva República limitaron sus acciones a la protección y apoyo logístico a los convoyes de naves de carga que transportaban a refugiados seibergio-balanios a Balania, Corotaria y otros destinos. Algunas de estas naves ni siquiera tenían capacidad de vuelo hiperespacial, lo que convertía el viaje de dos años luz a Balania en un intento prácticamente suicida, pero así de desesperados estaban los seibergio-balanios que las compraban —normalmente a mercaderes foráneos con muy pocos escrúpulos, que cobraban precios exorbitantes por cualquier montón de chatarra al que aún le quedasen motores—. La *Compasión* —la lanzadera de búsqueda y rescate del *Guarida del Lobo* —había llevado a cabo tantas salidas que varios de los miembros del escuadrón Cabeza de Lobo habían tenido que hacer turnos para pilotarla, relevando de cuando en cuando a su exhausta piloto habitual, y los motores de la lanzadera y otros componentes vitales habían sido reemplazados ya una vez para prevenir accidentes derivados por la más que posible fatiga de los materiales.

Poco después, y a medida que la situación empeoraba, en las montañas de la Región Balania se habían establecido varios campamentos en los que acoger a los numerosos refugiados que no habían tenido ocasión de abandonar el planeta —en realidad eran una minoría los que habían podido hacerlo— o bien se negaban irse a pesar de las circunstancias. Para ello, naves de la Nueva República tuvieron inevitablemente que violar el espacio aéreo de Seibergia. Varios cazas seibergios —en su mayoría del barato modelo TIE estándar— y algunos de la Nueva República habían sido derribados cuando los locales abrieron fuego contra los cargueros de la Nueva República y sus escoltas. Los constantes obstáculos que las fuerzas armadas seibergias ponían a las operaciones de la Nueva República, y muy en particular el despliegue de minas espaciales en las principales rutas de salida del sistema, obligaron a Mon Mothma y al Consejo Provisional a adoptar una política más agresiva, por mucho que les pesara a algunos de sus miembros —y en particular a la consejera Doman Beruss, que advirtió sobre el riesgo de que se estuviera empujando a Corellia a tomar parte activa en el conflicto—. Hacía tres semanas que el *Guarida del Lobo*, junto con otras naves de guerra, había recibido la orden de establecer un bloqueo en el sistema Seibergia. Cualquier nave que no perteneciera a la flota de la Nueva República debía ser interceptada e inspeccionada, y todas aquellas que llevaran a bordo armas, municiones o combustible de graduación militar debían ser escoltadas fuera de los límites del sistema, pacíficamente si era posible, o por la fuerza si no quedaba otro remedio. Ahora que pensaba en ello, a Gen'yaa no le hubiera molestado en absoluto que las órdenes incluyeran también a las naves de los medios de comunicación.

Las cosas se habían complicado aún más apenas una semana antes cuando, tras las primeras acciones de cierta importancia llevadas a cabo por la guerrilla balania, tropas regulares seibergias habían cruzado las fronteras de la Región Balania. Gen'yaa recibió instrucciones de enviar patrullas del escuadrón *Cabeza de Lobo* en misiones de búsqueda y destrucción sobre la superficie del planeta, dirigidas no sólo contra los grupos

paramilitares, sino contra cualquier objetivo militar seibergio que sus sensores detectaran en el interior de la Región Balania. Estas acciones acarrearon airadas protestas por parte del gobierno seibergio, y esta vez el Diktat de Corellia no sólo las había escuchado sino que las había hecho propias. Oficialmente la Nueva República no estaba en guerra —todavía no— con Seibergia, pero las relaciones con los mundos corelianos estaban peor que nunca. Eran muchos los que pensaban que Francmonde no podría resistir por mucho tiempo las presiones de amplios sectores de la población coreliana en pro de una intervención armada en la crisis. Todos los días, frente al Palacio Presidencial, se escuchaban las voces airadas de los manifestantes que acusaban abiertamente al Diktat de estar permitiendo que la Nueva República atacara a placer a los amigos seibergios.

Si eso no fuera razón suficiente, el bloqueo estaba empezando a causar pérdidas a las compañías de comercio corelianas que operaban habitualmente en Seibergia, y también a un par de astilleros importantes con pedidos pendientes de entrega —y de cobro— para la armada seibergia.

A Gen'yaa no le resultaba difícil ver la mano de los servicios de inteligencia imperiales en toda esta crisis desde su mismo comienzo. Hubiera apostado su rango a que los agentes de Coruscant estaban infiltrados no sólo entre el gobierno seibergio y sus fuerzas armadas, sino también entre los propios balanios. No costaba nada imaginárselos sembrando la semilla para que la idea de la independencia respecto a Seibergia cobrara fuerza entre sus líderes, y así desencadenar todo lo demás. Corellia, por supuesto, estaba plagada de espías imperiales, actuando constantemente para alimentar el descontento de la población, provocando manifestaciones y revueltas, y contribuyendo en fin a que el Diktat fuera quedándose poco a poco sin opciones. Y eso, en opinión de Gen'yaa, era más grave incluso que el hecho de que la Nueva República pudiera perder apoyos como consecuencia de este conflicto. Lo peor que podía pasar en estos momentos era algo que el Emperador Palpatine había perseguido sin éxito durante años, pero que su sucesor Pestage parecía mucho más cerca de conseguir: que los mundos corelianos le declararan la guerra a la Nueva República y como consecuencia terminaran uniéndose al Imperio. Si eso llegaba a suceder el actual equilibrio de fuerzas se vendría abajo por completo, y el Imperio tendría el poder que necesitaba para derrotar a la Nueva República y recuperar la galaxia.

El Diktat de Corellia sólo estaba esperando —y sin duda temiendo a la vez— una provocación, una ofensa, una razón que le legitimara ante los menos pro-imperiales de entre sus ciudadanos para tomar parte activa en la guerra. Si se confirmaban los peores temores de Gen'yaa, sus pilotos podrían haberle dado una más que suficiente. Realmente el enfado de la bothan —cólera más bien— no tenía nada de fingido.

Gen'yaa se dio cuenta de que la técnico había completado ya su trabajo, y que todos los presentes estaban esperando a que ella diera la orden para proceder a la reproducción de las grabaciones. La capitana asintió con la cabeza en dirección a la técnico y ésta activó el holoproyector. Inmediatamente apareció frente a ellos la imagen de dos ala-A y un ala-B en vuelo.

Desde que el Alto Mando de la flota había señalado como prioridad para todas las unidades de cazabombarderos la eliminación de la gravísima amenaza que suponían los campos de minas seibergios —varias naves, tanto civiles como militares, habían sido destruidas o sufrido severos daños por esta causa—, Gen'yaa había ordenado a la teniente coronel Schroeder —más conocida entre sus compañeros como Llamarada— que dos tercios del escuadrón Cabeza de Lobo estuvieran permanentemente asignados a misiones de búsqueda e interceptación de los transportes que desplegaban las minas. Buscando la mayor efectividad, Llamarada había dispuesto patrullas mixtas de cazas ala-A, por su gran velocidad de interceptación, y cazabombarderos ala-B, por su mayor potencia de fuego y por ser los únicos aparatos equipados con cañones de iones —que podían desactivar los sistemas de una nave sin llegar a destruirla— de los que disponía el escuadrón. En esta ocasión, la patrulla de cuatro elementos había estado compuesta por los capitanes Gregory —al que apodaban Alce— y Steinberg —Torpedo— a bordo de los ala-B, y por Schroeder y un piloto nuevo llamado Deklas —que se hacía llamar Ermitaño— pilotando los ala-A. La escena que estaban viendo había sido capturada desde la cámara de vuelo del ala-B de Gregory.

—Líder, aquí Cabeza de Lobo Cinco —se dejó oír la voz de Steinberg—. Tengo en mis sensores a cuatro naves no identificadas viniendo desde el planeta, vector tres-cero-siete —Junto a la imagen del ala-B, casi en el centro del holograma, apareció momentáneamente un icono de color verde para indicar la procedencia de la transmisión. Tal y como constaba en los informes técnicos enviados por la jefa de mecánicos a petición de Gen'yaa, hacía poco que ese ala-B había sido modificado mediante la instalación de nuevos y más potentes equipos sensores y de comunicaciones que le permitían operar como centro táctico móvil. No era extraño por tanto que fuera Steinberg el primero en detectar la presencia de naves entrando en el área cubierta por la patrulla.

—Recibido, Cinco —se escuchó responder a Schroeder. El icono verde se trasladó a las cercanías del ala-B situado más a la izquierda de la imagen—. Avísame tan pronto como puedas identificar los tipos.

—Copiado, Líder. Aún están muy lejos como para poder confirmarlo, pero yo diría que se trata de cargueros de tamaño medio.

—¿Alguien quiere apostar a que son lo que estamos buscando? —intervino Gregory.

—Eso espero —comentó Deklas—. Llevamos tanto rato dando vueltas que ya no sé dónde termina mi trasero y dónde empieza el asiento.

—Basta ya, los dos. —El tono de Schroeder no mostraba irritación, pero aún así la orden fue respetada. Durante unos instantes nadie efectuó ninguna transmisión, hasta que el silencio en las comunicaciones fue roto de nuevo por Torpedo.

—Líder, aquí Cinco. Corrección, hay cinco naves. Repito, cinco naves, acercándose en vector tres-cero-seis. Confirmo cargueros ligeros.

—De acuerdo. Tres, Cinco, alas en posición de combate y cañones de iones armados. Puede que tengamos que desactivar a alguno de ellos antes de que los demás decidan

cooperar. Dos-Uno, tú y yo cubriremos a los ala-B hasta que estemos seguros de que esas naves no suponen una amenaza.

Tened todos vuestros sensores calibrados para escanear sus cargamentos tan pronto como sea seguro.

Los otros tres pilotos confirmaron las instrucciones de su comandante.

Dentro del área de proyección del holoproyector los ala-A desaparecieron hacia la parte superior de la imagen, mientras que el ala-B de Steinberg desplegaba sus alas centrales y el módulo de cabina rotaba noventa grados sobre su eje hasta alcanzar la posición habitual en combate.

—Líder, aquí Cinco. Confirmo cinco, repito, hay cinco cargueros. No hay marcas, identificación amigo-enemigo neutral.

—Neutrales, ¿eh? Vamos a ver lo neutrales que son —Gen'yaa comprobó como en la esquina inferior izquierda de la proyección se encendía un indicador amarillo, indicando que Schroeder acababa de pasar a una frecuencia abierta—. Naves no identificadas, les habla la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo de la Nueva República. Tenemos órdenes de verificar su cargamento y destino. Por favor, colaboren con nosotros y no les haremos perder más que un par de minutos de su tiempo.

La respuesta llegó unos segundos más tarde en la voz de un varón humano —casi con toda seguridad— con un inconfundible acento coreliano. Al escucharle, Gen'yaa hizo una mueca.

—Comandante, somos naves civiles en ruta a Balania. Llevamos a bordo refugiados procedentes de la Región Balania. No estamos armados. Por favor, no disparen.

—Líder, aquí Tres. Estos últimos días apenas hemos visto naves llevando refugiados —el indicador amarillo se había apagado. Gregory seguía transmitiendo por el canal de combate del escuadrón, lo que impedía que los pilotos de las naves que se disponían a interceptar pudieran haber escuchado su comentario—. ¿No te parece raro que de pronto nos topemos con cinco de golpe?

—Sí, es verdad. Es de suponer que casi todo aquello que pudiera volar y que pudiera ser comprado, alquilado o robado por los balanios habría intentado el viaje durante las primeras semanas, antes del bloqueo. Yo tampoco me lo creo, pero de todas formas habrá que asegurarse. El indicador amarillo se iluminó nuevamente cuando Schroeder volvió al canal abierto. —Si no llevan armas ni pertrechos militares a bordo no tienen de qué preocuparse, transportes. Y si es verdad que llevan refugiados a bordo, estamos aquí para ayudarles. De hecho, tan pronto como verifiquemos que lo que dice es cierto le escoltaremos con mucho gusto hasta su punto de salto. Ahora por favor reduzcan su velocidad a 20 MGLTs para que podamos revisar su carga con nuestros escáneres.

—Negativo, comandante. No podemos permitirnos reducir nuestra velocidad. Al abandonar la órbita de Seibergia hemos recibido una transmisión desde una estación de seguimiento militar. Nos han amenazado con derribarnos si no dábamos la vuelta, que mandaban cazas en nuestra persecución. No creo que tarden ya mucho en aparecer. Por favor, si de verdad quieren ayudarnos, encárguense de ellos.

—¿Cazas seibergios? —exclamó Gregory por la frecuencia de combate—. Casi me gustaría que fuera verdad y disfrutar de un poco de acción, pero estoy seguro de que ese tipo nos está tomando el pelo.

—Y yo estoy por darte la razón —respondió Schroeder—. Cinco, ¿alguna señal de esos supuestos cazas?

—Negativo, Líder. Ni una sola nave en mis sensores aparte de las cinco que tenemos delante.

—Justo lo que suponía. Transportes civiles, aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. No detectamos ningún caza seibergio en el área.

Si realmente les están persiguiendo, puedo asegurarles que están demasiado lejos de esta posición como para interceptarles antes de que abandonen el sistema. Tenemos tiempo de sobra, así que por favor, reduzcan su velocidad y así nos evitaremos todos un problema.

—Negativo, comandante. Me da igual que no puedan ustedes detectar a los cazas. Tenemos muy claro que no nos vamos a parar aquí a esperarlos.

—Líder, Aquí Cinco. Están a punto de entrar en el radio de acción de nuestros torpedos. Si mantienen el rumbo que llevan ahora calculo que dispondremos de aproximadamente tres minutos para interceptarles antes de que alcancen su punto de salto.

—Recibido Cinco. No vamos a perder ni un segundo más discutiendo con ellos. Estoy asignando códigos a cada una de esas naves en mi computadora de vuelo. Transmitiendo. Dos-Uno, tú y yo vamos a adelantarnos a escanear los objetivos Blanco Uno, Blanco Dos y Blanco Tres. Cinco, Tres, Blanco Cuatro y Blanco Cinco son vuestros. Tenéis permiso para desactivarlos si comprobáis que llevan algún cargamento sospechoso.

—De acuerdo, Líder. —En la imagen los dos ala-A aceleraron hasta perderse de vista, gracias a su superior velocidad.

—Transportes civiles, aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Vamos a inspeccionar sus naves con o sin su colaboración. Les aviso que si no reducen su velocidad esto puede ser peligroso tanto para ustedes como para nosotros, y yo no estoy dispuesta a arriesgar la vida de ninguno de mis pilotos. Una maniobra brusca por parte de cualquiera de ustedes y se encontrarán con un misil de impacto en mitad del casco.

—Comandante, por favor, no lo hagan. Algunos de estos cargueros son muy viejos y están bastante castigados. Nuestras toberas de maniobra no son muy dignas de confianza. Si se acercan demasiado a nosotros podemos llegar a colisionar accidentalmente.

—Buen intento, amigo, pero ya están advertidos. Si quieren evitar correr peligro alguno reduzcan su velocidad a 20 MGLTs tal y como ya les he indicado, y en ese caso podremos hacer nuestro trabajo sin riesgos para nadie.

—Líder, aquí Dos-Uno —se escuchó decir a Deklas—. Tengo contacto visual. Estaré sobre Blanco Uno en cuestión de segundos.

—Negativo, comandante —insistió el piloto presuntamente coreliano, su voz cargada ahora de tensión—. Le repito que no nos podemos permitir reducir nuestra velocidad. Si nos alcanzan los seibergios no tendremos ninguna oportunidad. Por favor, tienen ustedes que…

—¡Líder, aquí Dos-Uno! —transmitió Deklas—. ¡Blanco Uno va cargado hasta los topes de minas espaciales!

—Líder, aquí Cinco —informó Steinberg—. Nos aproximamos a los blancos asignados. Según mis sensores Blanco Cuatro es el que está hablando contigo.

—Líder, aquí Dos-Uno —continuó Deklas—. Confirmado Blanco Dos. Más minas. Ambos parecen desarmados. Solicito permiso para abrir fuego, tan sólo un par de descargas para dejarlos sin escudos y obligarles a cambiar de rumbo.

—Afirmativo, Dos-Uno —contestó Schroeder con calma—. Oh, sorpresa, Blanco Tres también lleva minas. Tres, Cinco, ¿nos estáis copiando?

—Alto y claro, Líder —respondió Gregory.

—Dos-Uno y yo vamos a neutralizar los escudos de nuestros objetivos para que podáis venir después a desactivarlos sin problemas. ¿Cuál es vuestra situación?

—Cinco está a punto de alcanzar a Blanco Cuatro. Yo me dirijo hacia…

La voz de Alce se interrumpió de repente. En el centro de la imagen una gran explosión, seguida de una andanada de rayos láser de color verde brillante, iluminó por un instante la silueta del ala-B de Steinberg antes de que Gregory, con los reflejos propios de un veterano, iniciara una brusca maniobra evasiva que le salvó de ser alcanzado también por los disparos.

—Cinco, ¿estás bien?

—¡Me han dado pero aún sigo en vuelo! Me he quedado sin escudos y he perdido los motores dos y tres.

—Sal de ahí, yo te cubro.

—Gracias, Tres, pero ten cuidado. —Por su voz parecía que, a pesar de todo, Steinberg seguía teniendo sus nervios bajo control—. Blanco Cinco lleva una batería de misiles camuflada y al menos dos torretas láser.

—No hay problema. Yo me cargaré a ese hijo de mala madre por ti.

—Negativo, Dos —intervino Llamarada—. Tú encárgate de desactivar a los blancos Uno a Tres antes de que tengan ocasión de escapar. Dos-Uno y yo vamos a por Blanco Cinco.

—Copiado, Líder. —Gen’yaa no tuvo ningún problema para percibir el enfado y la frustración subyacentes bajo la respuesta de Gregory. La mujer bothan se mordió el labio inferior comenzando a imaginarse lo que había sucedido después. Todos los presentes contemplaron como Gregory empleaba sus cañones de iones para desactivar a las tres primeras naves, completamente indefensas sin sus escudos. Gen’yaa instruyó a la suboficial técnica para que cambiara el origen de la proyección, de forma que mostrara alternativamente las grabaciones obtenidas por las cámaras de vuelo de los dos ala-A. Schroeder y Deklas dieron alcance al transporte armado y abrieron fuego sobre él. Antes

de destruirlo— Gen'yaa tenía que admitir que en este caso no les había quedado otra opción, ya que el carguero no cesó de disparar contra los ala-A en ningún momento —la propia Schroeder tuvo ocasión de barrer el objetivo con sus sensores y comprobar que sus compartimentos de carga iban repletos también de minas espaciales.

—Aquí Tres. Blancos Uno a Tres están desactivados y a la deriva, sistemas vitales en orden.

—Buen trabajo, Tres. Blanco Cinco ya no existe. Blanco Cuatro…

¿alguien ha visto a Blanco Cuatro?

—Aquí Cinco. Negativo, Líder. Ni siquiera tengo sensores.

—Aquí Dos-Uno. Yo tampoco… Espera, tengo una señal en vector de salida cuatro-cero-nueve.

—Espera… Lo tengo. Maldita sea, Dos-Uno, acelera a tope. Vamos a por él.

—No vamos a conseguirlo, Líder. Según mi computadora está a punto de saltar.

—Líder, aquí Tres. Estoy mucho más cerca que vosotros —Anticipándose a la orden de Gen'yaa, la técnico volvió a asignar la cámara de vuelo de Cabeza de Lobo Tres como origen de la proyección. Gregory seguía hablando.

—Creo que puedo alcanzarlo aún con un torpedo de protones.

—Copiado, Tres. ¿Tuviste ocasión de inspeccionarlo? —*Ésa es la pregunta clave*, pensó Gen'yaa—. En ese instante la voz del piloto del transporte en fuga se dejó oír de nuevo por el canal abierto.

—Cazas de la Nueva República, por favor, no nos disparen. No éramos parte de ese convoy, tienen que creerme…

—Aquí la comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Si eso fuera cierto no estarían huyendo de nosotros —Schoeder regresó a la frecuencia de combate—. Responde, Tres. Te he hecho una pregunta.

—Negativo, Líder, no tuve ocasión.

—Maldita sea, entonces estamos con las manos atadas.

—¿Por qué dices eso? Mira, Llamarada, no tenemos tiempo para discutir esto. Se nos va a escapar…

—Lo sé, lo sé… —Schroeder se quedó un instante en silencio, como si dudara acerca de lo que debía hacer. Gen'yaa tuvo que contenerse para no exclamar en voz alta. *Tenía sus órdenes, comandante. No abrir fuego contra ninguna nave no inspeccionada previamente. No había nada que pensar.*

—¡Llamarada, por el aliento corrupto del Emperador! ¡Es un blanco hostil y vamos a perderlo!

—Cazas de la Nueva República, gracias por no haberme atacado —La satisfacción evidente en la voz del piloto del transporte no dejaba lugar a dudas. Estaba a punto de efectuar el salto al hiperespacio y se creía ya a salvo.

Al final de su frase se escuchó lo que parecía una carcajada. ¿Simple alegría?

¿Alivio? ¿Burla? Al parecer fue esto último lo que interpretó Schroeder, que en ese momento tomó una decisión.

—De acuerdo, Tres, no sigas convenciéndome. Enciéndeles el trasero.

—Me alegro de que me hayas dado tu aprobación, porque acababa de disparar —Gen'yaa y el resto de oficiales sentados alrededor de la mesa habían podido ver con total claridad como dos estelas azuladas surgían por la parte inferior de la imagen, delatando el lanzamiento de los torpedos. Las estelas convergían ahora en el centro mismo del holograma, donde se sobreimpresionaba la retícula de disparo generada por la computadora de vuelo del ala-B en color rojo brillante, lo que indicaba que el sistema de guiado del torpedo tenía perfectamente localizado al objetivo. La capitana miró de reojo a Gregory, responsable de haber efectuado esos lanzamientos tan sólo hacía unas cuantas horas. Su cara no mostraba expresión alguna, y su mirada estaba clavada en la proyección como si estuviera hipnotizado por ella, pero sus puños estaban apretados sobre la mesa. Aunque era difícil decirlo dada la escasa iluminación de la sala en esos momentos, Schroeder, que estaba sentada a su lado, parecía haber palidecido. El teniente de navío Mesch Dey'jaa, su oficial de inteligencia, se acercó discretamente a Gen'yaa y le susurró al oído—. Capitán, acabo de terminar las comprobaciones en mi datapad. Los restos que aparecen en la grabación de Coronet News coinciden con Blanco Cuatro. Estoy casi seguro de que se trata de la misma nave.

Gen'yaa asintió en silencio, devolviendo su atención a la proyección. Nadie en la sala hizo el más mínimo comentario cuando una lejana explosión iluminó por un breve instante el centro del holograma y luego se desvaneció.

—¡Uaaaaa, justo a tiempo! —exclamó la voz de Gregory en la grabación.

—Sí —le respondió la de Schroeder con un suspiro—. Me alegro de que no esperases a que te diera el visto bueno, o ese condenado coreliano estaría llenando el espacio de minas de aquí a una hora.

—El tío sabía mentir, —comentó Deklas—. eso tenemos que concedérselo.

Casi me costaba no creerle.

—Eso es porque no tienes tanta experiencia en el oficio como Llamarada y como yo —bromeó Gregory—, ni has conocido a suficientes corelianos. Ah, y ese impresentable Diktat que tienen todavía va diciendo que no, que ellos no están ayudando a los seibergios a masacrar balanios…

—¡Basta, que paren la grabación! —ordenó Gen'yaa con brusquedad. Al volverse a mirarla todos pudieron comprobar que el ceño de la capitana estaba profundamente fruncido y que su mirada era más fría y dura que nunca—. Creo que hemos visto y oído más que suficiente por el momento.



Capítulo IV

Cuando el contador en su panel se puso todo a ceros Araña bajó la palanca del motivador de salto, desconectando así los hiperimpulsores. El ala-A reentró con suavidad en el espacio normal apenas a medio centenar de kilómetros de la posición del *Guarida del Lobo*. Casi al unísono, el caza de Iceberg salió del hiperespacio unos doscientos metros a su derecha. Araña contó mentalmente hasta diez sin dejar de observar su pantalla sensora, pero no vio aparecer nuevas señales. Impaciente, comenzó a dar golpecitos con el dedo sobre la pantalla.

—Vamos, Ru…

Le había dado tiempo a contar hasta treinta y empezaba ya a ponerse nervioso, cuando la computadora de vuelo emitió la señal de aviso que Araña estaba deseando escuchar. El piloto de la Nueva República comprobó como, al fin, otro icono verde se materializaba sobre la pantalla sensora, indicando la entrada de una nave amiga a algo más de tres kilómetros a su izquierda y uno y medio por encima en relación a su posición, y así de lejos de donde debería haber aparecido. La lanzadera clase Lambda del escuadrón, la *Compasión*, se había salido de rumbo por segunda vez en el día.

—Lo siento, chicos —le llegó la voz de Rúster por los auriculares del casco—. Casi me paso el punto de inversión.

—¿Otra vez te están dando problemas los motores? —preguntó Araña a sabiendas de que el controlador de vuelo de guardia en el *Guarida del Lobo* probablemente se encontraba a la escucha por esa frecuencia, esperando a que la *Compasión* anunciara su entrada en la zona. Aunque los problemas técnicos nunca podían descartarse del todo en la sobreutilizada lanzadera, Araña estaba convencido de que el verdadero problema era que su piloto estaba demasiado exhausta como para estar volando. Él mismo se sentía cansado— más de lo que le gustaría admitir —y eso que no había doblado turno como su compañera. Aunque admiraba su dedicación, en opinión de Araña la lumi estaba empezando a pasarse.

—No lo sé con seguridad —llegó la respuesta de Rúster tras un breve intervalo de silencio—. Tendré que comprobarlo con la teniente Hanniuska cuando lleguemos al *Guarida*, pero estoy por pensar que es alguna otra cosa.

Araña sonrió. Incluso estando agotada, Rúster no había dejado de darse cuenta de que Araña le estaba brindando una oportunidad para excusar la falta de precisión de su reentrada ante el controlador de vuelo, quien sin duda la había monitorizado y anotado en el registro de incidencias. No obstante, Rúster no había querido echarle la culpa a los motores de su lanzadera, pues eso sugeriría implícitamente que el personal de

mantenimiento —que los habían revisado justo antes de esta salida— no estaba haciendo bien su trabajo. *De Rúster siempre se puede aprender algo*, pensó Araña olvidando en parte su malestar hacia ella. —Recibido, *Compasión*. Mantén el rumbo que llevas ahora.

Estaremos contigo en unos segundos.

—Correcto, Cabeza de Lobo Nueve, gracias. *Guarida del Lobo*, aquí la *Compasión* y su escolta informando. Acabamos de entrar en vuestro perímetro.

—Aquí el *Guarida del Lobo*. Bienvenidos, *Compasión* y Sombras de Lobo. —La rapidez de la respuesta confirmó a Araña que estaba en lo cierto al suponer que el controlador estaba esperándoles y a la escucha. También notó, y con no poca satisfacción, que los de control de vuelo estaban al tanto de las nuevas designaciones de combate para los diferentes grupos dentro del escuadrón. Al tratarse de una unidad multipropósito, el escuadrón Cabeza de Lobo estaba equipado con varios modelos de cazas estelares distintos.

Dependiendo de la naturaleza de la misión las naves de un determinado tipo podían operar de modo semiindependiente, y con el tiempo esos grupos de vuelo habían ido tomando una cierta identidad propia. Los propios pilotos habían sugerido denominaciones para cada uno de estos «escuadrones dentro del escuadrón», y habían diseñado emblemas particulares que portaban con orgullo en sus cazadoras y monos de vuelo. Los ala-A componían el grupo Sombras de Lobo, los ala-X eran los Colmillos de Lobo, y los ala-B los Zarpas de Lobo. A Araña aquello le hacía mucha gracia. Como la mayoría de sus compañeros, no había visto un lobo en su vida —se trataba de una especie animal existente en muy pocos planetas, casi todos ellos poblados por humanos— pero desde que a alguien se le ocurriera en su día llamar Cabeza de Lobo al escuadrón, a veces le parecía que llevaba toda la vida rodeado de esos bichos. Araña era el oficial de mayor graduación en el grupo de ala-A, lo que extraoficialmente hacía de él Sombra de Lobo Líder. Eso le gustaba.

—Gracias, *Guarida del Lobo* —continuó Rúster—. Hemos acabado nuestro circuito por el sector designado. Esta vez no traemos pasajeros —había una nota de alegría en la voz de Rúster, y Araña sabía muy bien por qué. La ausencia de pasajeros significaba que se habían pasado cinco largas horas mirando al vacío y buscando entre grupos de asteroides dispersos para nada, pero también que no habían encontrado ninguno más de esos cochambrosos transportes, averiados y a la deriva, cargados de hambrientos y asustados refugiados, y eso cuando tenían suerte. Últimamente, había veces en la que lo único que podían rescatar eran trozos chamuscados de casco, además de las mortecinas lecturas que dejaban en sus sensores los restos de la energía liberada por una mina seibergia. Desde ese punto de vista, no era difícil para Araña compartir la satisfacción de su compañera por haber vuelto con las manos vacías.

—Entendido, *Compasión*. Tiene permiso para apontar en el hangar principal por el acceso de babor. Cabeza de Lobo Nueve, usted y su hombre ala quédense a la espera de recibir nuevas instrucciones. Lo siento, Sombras de Lobo.

Araña puso los ojos en blanco.

—No se preocupe, *Guarida del Lobo*. Ya sabe, a nosotros los chicos voladores siempre nos hace felices que nos permitan seguir encerrados en nuestras cabinas un ratito más —Aunque había intentado que el comentario sonara jocoso, no había podido evitar que el tono le saliera un tanto ácido. No era de extrañar que el controlador de vuelo prefiriera no contestar. Al parecer Iceberg y él iban a doblar turno después de todo. El piloto dejó escapar un suspiro—. Que tengas un feliz apontaje, *Compasión*. Ah, y procura dormir un poco.

—Gracias Nueve, y también a los dos por el paseo.

—El placer es nuestro.

—Cuando te apetezca dar otro no tienes más que llamarnos —añadió Iceberg.

Los dos ala-A se mantuvieron aún junto a la *Compasión* durante unos minutos más. Cuando la lanzadera de búsqueda y rescate alcanzó la entrada del hangar ellos se alejaron hasta una distancia prudencial y empezaron a volar en amplios círculos alrededor del portanaves.

—¿Cuánto tiempo de vuelo te queda, Ocho? —preguntó Araña mientras comprobaba sus instrumentos.

—Unas seis horas sin repostar. Cinco o menos si tuviéramos que entrar en combate.

—No creo que haya muchas posibilidades —bromeó Araña—. No sé de nadie que haya visto un TIE seibergio desde los primeros días de jaleo.

—Supongo que será porque los que se enfrentaron a nuestra flota cuando entramos en el sistema no duraron mucho.

Araña se rió.

—Sí, algo tendrá que ver con eso.

—Cabeza de Lobo Nueve, aquí el capitán de fragata Wumb. —Araña tensó la espalda contra el respaldo de su asiento. Si sus nuevas órdenes iban a venir directamente del segundo de a bordo del *Guarida del Lobo*, el sulustano Nil Wumb, eso sólo podía significar que estaba pasando algo serio.

—Le copio, señor —se apresuró a contestar. Wumb había captado toda su atención.

—La capitán de navío Gen'yaa me ha encargado que refuerce nuestro perímetro. El resto de los ala-A del escuadrón está ya tomando posiciones bajo el mando del capitán McKay. Quiero que ustedes dos se reúnan con ellos en las coordenadas diez-dieciocho-catorce relativas a nuestra posición actual. Una vez allí hágase usted cargo de la patrulla. Organícenos la mejor pantalla de cazas posible con esos recursos. —Araña hizo una mueca. Aquello no sonaba a operación de rutina.

—¿Debemos esperar problemas, señor?

—Aún no, Cabeza de Lobo Nueve. Digamos que la situación política se está complicando, y que hemos decidido ser precavidos.

—Comprendo, señor —Araña estaba lejos de sentirse satisfecho con esa explicación, y su curiosidad innata le urgía a pedir más detalles sobre lo que estaba pasando, pero llevaba el tiempo suficiente en servicio como para saber cuándo no era un buen momento— casi ninguno lo era, aunque unos eran mejores que otros —para interrogar a

un oficial superior—. ¿Le parece bien si voy enviando a los pilotos en parejas para que reposten sus cazas y que descansen un poco?

—Negativo, Cabeza de Lobo Nueve. Les mandaremos una de las naves cisterna de la flota dentro de cuatro o cuatro horas y media. Una vez que podamos coordinar nuestras patrullas con las del resto de unidades podrá hacer lo que ha dicho, pero no espere poner sus pies sobre la cubierta de vuelo antes de seis o siete horas en el mejor de los casos —Wumb hizo una breve pausa antes de añadir—. Estén atentos y tengan cuidado ahí fuera.

—Gracias señor, así lo haremos —*Oh, no, amigo mío, esto no tiene nada de rutinario*—. Cabeza de Lobo Nueve fuera.

Los dos pequeños cazas giraron para alejarse del portanaves de combate y pusieron rumbo hacia las coordenadas indicadas a velocidad de crucero. Medio minuto más tarde, Araña volvió a oír la voz de Iceberg en sus auriculares. La unidad de comunicaciones indicaba que su compañero estaba empleando una transmisión de corto alcance, con la intención de que nadie más que él la recibiera.

—Hey, Araña, ¿sonaría poco original si te dijera que tengo un mal presentimiento sobre esto?

—Efectivamente, colega, muy poco original. Pero la verdad es que a mí me pasa lo mismo.

El oficial de vuelo Han «Spuk» Chiu esperaba la llegada de la *Compasión* sobre la cubierta de vuelo del hangar principal. Había recibido órdenes de encargarse de que se repostara a la lanzadera para otra salida, y de no moverse de su lado durante las próximas ocho horas. Debía estar listo para despegar en cualquier momento si era preciso. Salvo él, todos los pilotos que no estaban volando en esos momentos se encontraban en la sala de reuniones del escuadrón, esperando noticias sobre lo que estaba sucediendo en el camarote de la capitana. Hasta el momento sólo había rumores, pero todo parecía indicar que alguno de sus compañeros estaba metido en un buen lío.

Seguramente tenía algo que ver con el ala-B hecho polvo que un grupo de técnicos verpine estaba revisando allí mismo, en un lateral del hangar.

Spuk lo había identificado enseguida, era el del oficial táctico, Torpedo. Lo que quedaba del radomo y las antenas bajo el fuselaje lo hacían inconfundible.

Juzgando por lo que podía verse a simple vista, el cazabombardero había recibido una buena.

La megafonía del hangar, avisando que una lanzadera estaba iniciando la maniobra final de aproximación, interrumpió los pensamientos de Spuk. El piloto miró hacia fuera a tiempo de ver cómo las luces de aterrizaje de la *Compasión* se destacaban contra el espacio estrellado, mientras el personal que se encontraba en la zona de babor de la cubierta de vuelo se apartaba del acceso sellado magnéticamente. Un instante después ya podía distinguirse claramente la silueta de la lanzadera, cuyas largas alas se iban plegando hacia arriba para permitirle entrar en el hangar. La nave se desvió un poco hacia su derecha antes de ser capturada por el rayo tractor que la guiaría a su punto de estacionamiento. Spuk movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

Definitivamente, no podía decirse que esa lumi fuera una piloto de primera. La *Compasión* cruzó el umbral de la entrada al hangar y Spuk se echó a andar hacia ella. La teniente Mar Hanniuska, la llamativa jefe de mecánicos del escuadrón, se reunió con él frente a la lanzadera una vez que el rayo tractor la depositó suavemente sobre la cubierta.

—Qué tal, oficial.

—Teniente —respondió él educadamente. Deseó que se le ocurriera algo más que decir, pero la bella mecánico parecía haberse olvidado ya de que estaba allí. Spuk suspiró mentalmente mientras observaba cómo la rampa de la lanzadera descendía lentamente hasta tocar el suelo. Poco después bajaba por ella la piloto.

—Hola, Mar —saludó Rúster al ver a Hanniuska—. Escucha, los motores están perfectamente. Siento mucho si…

—Lo sé, lo sé —le interrumpió la mecánico—. Eso no es lo que más preocupa en estos momentos. ¿Te importa si te digo que tienes un aspecto horrible?

Rúster se encogió de hombros.

—No. Total, todo el mundo lo dice…

Rúster se estiró con la mano su apelmazado cabello rubio, lo que hizo que Spuk se fijara en sus receptores neurales, que sobresalían a modo de cresta en la parte superior de su cabeza. Le habían dicho que esos órganos parecidos a tentáculos —la característica más destacable de los lumi, cuyo aspecto era totalmente humanoide por todo lo demás— eran lo que les daba a los lumi sus agudos sentidos. Por lo visto estaban cargados de electricidad estática y podían utilizarlos como medio de autodefensa. También permitían que aquellas personas que estuvieran familiarizados con ellos pudieran adivinar con bastante precisión de qué humor se encontraba su propietario o propietaria tan sólo fijándose en sus continuos cambios de color. Su tonalidad normal, oscilando entre el ámbar y el verde esmeralda, hacía muy difícil que a uno le pasaran desapercibidos, especialmente el grande que tenía sobre la frente. En esta ocasión, no obstante, los receptores de lumi lucían un marrón apagado poco atractivo. Spuk se preguntó qué significaba ese color, pero la teniente Hanniuska parecía saberlo.

—Podría mencionar tu arrugado traje de vuelo o las inmensas ojeras, pero en este caso yo diría que el marrón de tus receptores es definitivo.

—Sí, lo sé. Y sí, es verdad, estoy cansada. Muy cansada. Terriiiiblemente cansada —había un deje de irritación en la voz de Rúster, y la punta de sus receptores comenzó a adoptar un color más cercano al blanco. Spuk no podía dejar de observar fascinado cómo iban cambiando de gama cromática. Rúster, que al parecer no había reparado en su presencia— Spuk empezaba a pensar que era casi invisible para todas las mujeres a bordo de esa nave, —evitó mirar a Hanniuska a los ojos—. ¿Qué quieres que haga? No puedo irme a dormir tranquilamente sabiendo que otro grupo de refugiados puede estar por ahí.

Rúster hizo un gesto vago hacia el exterior del hangar —incluso ahora, esperando a que alguien les ayude— Cuando finalmente alzó la mirada, los ojos enrojecidos de la lumi reflejaban la sinceridad de sus palabras y el dolor que había en ellas.

—Ay, Rúster, eso es muy propio de ti —el tono de la mecánico se había suavizado al darse cuenta de lo cerca de venirse abajo que estaba su amiga— Pero como Llamarada ya te ha dicho, y soy muy consciente de que lo ha hecho, no vas a poder ayudar a nadie si te estrellas un día de estos con la *Compasión*. —Al oír a Hanniuska, Spuk se estaba arrepintiendo ya de haber pensado mal hacía sólo un momento de las habilidades como piloto de la lumi.

—¿Acaso no ha dado órdenes al resto de tus compañeros para que te echen una mano? —Hanniuska movió una mano en dirección a Spuk.

—Ah, Spuk, hola —Rúster le dirigió una breve sonrisa—. Sí, pero es que este turno lo iba a cubrir Granito… —La sola mención al más chiflado e inestable de los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo hizo que las dos mujeres se echaran a reír al unísono.

—Vale, supongo que eso lo explica —dijo Hanniuska—. Por esta vez pase.

¿Crees que Spuk, aquí presente, es lo suficientemente digno de tu confianza en lo que se refiere a pilotar tu querida *Compasión*?

—Sí, por supuesto que sí —Rúster le guiñó un ojo. El color ámbar iba volviendo gradualmente a sus receptores—. Considérala tuya por lo que queda del día.

—Gracias, Rúster —Spuk sonrió—. Creo que subiré a bordo para irme familiarizando con ella.

—Muy bien —De repente, Rúster se fijó en el aspecto del ala-B de Torpedo, a espaldas de Hanniuska—. Mar, ¿están bien todos los chicos? ¿ha pasado algo malo? —La mecánico no necesitaba volver la cabeza para saber qué estaba mirando Rúster con tanta alarma.

—No te preocupes, nadie ha resultado herido. Nadie de los nuestros, al menos… —Hanniuska parecía dudar acerca de si continuar hablando o no.

—¿Nadie de los nuestros? —repitió Rúster. Ahora sus receptores se estaban volviendo blancos muy deprisa. Spuk interpretó que las reticencias de Hanniuska se debían a su presencia allí. Después de todo era el miembro más reciente del escuadrón, y apenas hacía unas pocas semanas que Rúster y Hanniuska lo conocían. Aunque se moría por saber más detalles de lo que había pasado, decidió que lo mejor sería dejar solas a las dos mujeres. Ya se enteraría de todo, más pronto o más tarde. Discretamente, se apartó y comenzó a subir por la rampa en dirección a la cabina de la lanzadera.

—Está bien, te contaré lo poco que sé —le escuchó decir a Hanniuska— pero prepárate porque no va a gustarte nada.

Spuk ya no oyó nada más. Entró en la cabina, se sentó en el puesto del piloto y comenzó antes que nada a regular a su altura el asiento y los controles principales. Al mismo tiempo ordenó a la computadora de vuelo que ejecutase un programa de auto-diagnóstico de los diferentes sistemas de la nave.

Mientras leía los resultados que iban apareciendo por la pantalla de presentación de datos, no podía quitarse de la cabeza la conversación que estaba teniendo lugar afuera. Algo había salido muy mal, de eso no le cabía ya duda. Quizá había malinterpretado a Hanniuska. A lo mejor no le importaba si escuchaba lo que tenía que decirle a Rúster.

Aunque lo intentó, el morro de la lanzadera no le permitía verlas a ella y a la lumi. No las había visto irse, así que tenían que seguir ahí abajo. Su ansiedad fue en aumento hasta que no pudo aguantarlo más. Se levantó del asiento y salió de la cabina. Sintiéndose culpable por espiar así a sus propias compañeras, caminó hacia la rampa procurando no hacer ruido. Desde esa posición escuchó exclamar a Rúster:

—¿Qué han hecho qué? —Cuando quiso asomarse, Rúster iba ya caminando a grandes zancadas hacia el turboascensor más cercano. Sobre su cabeza, sus receptores neurales brillaban en un intenso color azul que se reflejaba en su cabello— si realmente era cabello, y no receptores más pequeños y delgados que los de la cresta. —Spuk hubiera podido jurar que había podido ver arcos voltaicos saltando de un apéndice a otro.

—¡Ru, ha tenido que ser un accidente…! —le dijo Hanniuska intentando no levantar demasiado la voz, pero Rúster ya no podía oírla—. Oh, por favor. Para qué narices habré tenido que abrir la boca… —En ese momento, la mecánico jefe se dio cuenta de que Spuk estaba allí. La forma en la que frunció el ceño fue más que suficiente para convencer a Spuk de que sería una buena idea volver a la cabina y seguir ejecutando diagnósticos, hiciera falta o no.

La capitán de navío Talina Gen’yaa despidió a todas las personas presentes alrededor de su mesa de reuniones, pero no antes de ordenarles mantener un silencio absoluto acerca de lo que habían visto y oído. Tan sólo quedaban allí su oficial de inteligencia, esperando de pie discretamente en segundo plano, y los pilotos Llamarada y Víbora, a los que había pedido que aguardasen un momento. Cuando las puertas se cerraron, Gen’yaa se quedó mirando con severidad a Llamarada durante unos instantes antes de hablar.

—Teniente coronel Schroeder —comenzó. Su voz no mostraba inflexiones ni rastros de emoción. Su rostro, a excepción de los ojos, se mostraba tan inmutable como si llevase puesta una máscara de duracero—. Debo relevarle temporalmente del mando del escuadrón Cabeza de Lobo. —Si aquello sorprendió a Llamarada no dio signos de ello. La piloto mantenía la vista al frente, evitando parpadear siquiera—. Usted y el capitán Gregory quedan suspendidos para pilotar nave alguna, y permanecerán confinados en sus camarotes hasta nueva orden.

—¿Estamos bajo arresto?

—No, pero no me den razones para que eso cambie —Tras una breve pausa, la bothan se volvió hacia Víbora y fijó en él toda la fuerza de su mirada.

Comandante Stauber, desde este preciso momento, actuará usted como comandante en activo del escuadrón Cabeza de Lobo. Si necesita a un oficial ejecutivo, elija a uno entre su gente. Pueden marcharse.

—A la orden, capitán —respondieron ambos al unísono antes de abandonar el camarote. Gen’yaa se dio la vuelta y miró al teniente de navío Mesch Dey’jeaa. El otro bothan dio un paso adelante y se reunió con ella junto a la mesa de reuniones. La capitana le indicó con un gesto que se sentara y comenzó a hablar sin preámbulos.

—Dado que no ha mencionado usted el tema, he de suponer que mi petición de que los pilotos de los tres transportes desactivados fueran interrogados no ha obtenido ningún resultado positivo.

—Me temo que ya era tarde, teniente. Siguiendo el procedimiento habitual, una vez que su carga de minas quedó confiscada se les prestó ayuda para que pudieran reiniciar sus sistemas y arrancar sus motores, y se les permitió regresar a Seibergia. Se supone que no estamos en guerra con ellos.

Gen'yaa le quitó relevancia al último comentario de Dey'jaa con un movimiento impaciente de su mano.

—Pero se trataba de militares, ¿verdad?

—Los pilotos sí. Los transportes no tenían marcas y estaban registrados como naves civiles, como todas las que utilizan para intentar burlar nuestro bloqueo.

—Los pillamos con las manos en la masa y ni siquiera se nos da la oportunidad de interrogarles antes de mandarlos de vuelta con nuestras excusas por las molestias. —La capitana permitió que el enfado que sentía se dejara notar en su voz y en su expresión, ofreciendo a Dey'jaa una breve visión de sus colmillos apretados en un gesto muy propio de una bothan. Gen'yaa inhaló profundamente y volvió a sus mucho más indiferentes tono y modales habituales—. ¿Su estimación de la situación, teniente?

—Esto es una bola de nieve, capitán —respondió Dey'jaa con un suspiro—. Aunque ninguno de los oficiales que han estado aquí diga nada, estoy seguro de que a estas horas ya hay varios rumores más o menos fundados circulando por toda la nave.

—Lo sé. Eso no pasaría si contásemos con una tripulación exclusivamente bothan. A los humanos y a los mon calamari les gustan demasiado los chismorreos —Gen'yaa no mostró ni irritación ni desprecio alguno al decirlo. Se estaba limitando a exponer un hecho con el que, por otra parte, su subordinado estaba de acuerdo.

Dey'jeaa asintió y se encogió de hombros. Nada podía hacerse para evitar la aparición de rumores entre la tripulación.

—Lo que me preocupa —dijo—, es lo que pueda oírse fuera del *Guarida del Lobo*. Los miembros de la comisión que envíe el almirante Ackbar podrían venir con opiniones preconcebidas.

—Ya llegaremos a eso. Teniendo en cuenta los hechos, quizá encontremos un modo de convencerles de que, en una situación de combate como ésa, nuestros pilotos hicieron lo que debían con la información de la que disponían. —Dey'jaa no contestó. El oficial de inteligencia estaba muy lejos de sentirse tan seguro en lo que respectaba a ese punto concreto—. Deje eso de mi cargo —añadió la capitana, percibiendo el escepticismo en la mirada del otro.

—Por favor, continúe.

—No cabe duda de que vamos a perder apoyos en más de un sistema a causa de esta desgracia. Recuerde lo de Vina Vosolia… —Gen'yaa asintió frunciendo los labios—. Lo peor va a ser la reacción de Corellia —Dey'jaa consultó su datapad antes de continuar—. He estado revisando los índices. Las predicciones son que en promedio un treinta y dos

por ciento de la población, más en la propia Corellia y en Sacorria, algo menos en Selonia, Drall, Talus y Tralus, apoyarían al Diktat si éste decidiera abrir hostilidades contra la Nueva República ahora mismo. El Imperio utilizará este incidente para hacer subir ese porcentaje. —Gen'yaa volvió a asentir. Eso era justo lo que ella misma había estado pensando poco antes—. La gente de Ysanne Isard son muy buenos en esta clase de cosas, y tienen muchos contactos en los medios de información corelianos.

—Hasta el momento, nuestra campaña contra los paramilitares seibergios no ha sido suficiente para provocar una intervención de Corellia —contrarrestó Gen'yaa obligando a Dey'jaa a probar sus argumentos— ¿Por qué la matanza de un puñado de refugiados balanios iba a cambiar eso? ¿O cree usted que sería por la posibilidad de que el piloto fuera coreliano?

Dey'jeaa meneó la cabeza.

—Lo del piloto influirá, pero la clave está en los refugiados.

—Explíquese.

—Cisco Francmonde puede ser un dictador, pero no se habría mantenido tanto tiempo como Diktat si no fuera inteligente. Puede estar usted segura de que Francmonde no tiene el más mínimo deseo de perder cuota alguna de poder en favor del Imperio cediendo a sus demandas. No obstante, si la presión llega a ser lo suficientemente alta, podría dar el paso que llevamos temiendo tanto tiempo. Hasta la fecha, se ha limitado a incrementar el nivel de hostilidad contra la Nueva República en sus alocuciones públicas, esperando supongo que con eso podrá salvar la cara frente al sector más imperialista de su población, sin hacer nada en realidad.

—Un juego peligroso.

—Lo es sin duda. Si eso no basta para mantener calmadas las aguas, y suponiendo que el apoyo a la declaración de guerra alcance, digamos, un cincuenta por ciento, mi opinión personal es que el Diktat podría intentar otra cosa como último recurso antes de abrirle las puertas a Sate Pestage.

Gen'yaa lo miró con curiosidad, invitándolo a proseguir.

—El Diktat podría ordenar a la flota coreliana el envío de naves al sistema Seibergia, aduciendo que se trata de ayuda para los seibergios que sufren a causa del bloqueo y de los ataques de la Nueva República, o incluso para los propios balanios, a quienes no estaríamos realmente defendiendo, sino tan sólo utilizando.

Mandarían un cierto número de transportes con comida y medicamentos, escoltados por un grupo de combate fuertemente armado.

—Una exhibición de fuerza, un gesto de cara a los pro-imperiales a la vez que un aviso para nosotros. —Dey'jaa no estaba diciendo nada que no se le hubiera pasado ya a ella por la cabeza—. Sí, ese escenario estaba entre mis planes de trabajo. De hecho, mientras hablábamos, le he enviado un mensaje al capitán Wumb con instrucciones para que refuerce nuestras defensas.

—Ése hubiera sido mi consejo —respondió Dey'jaa inclinando levemente la cabeza en señal de deferencia.

—¿Ve usted alguna posibilidad de un ataque frontal, saltándose la exhibición?

—Sabe tan bien como yo que eso sería el punto de no retorno para el Diktat.

Gen'yaa asintió.

—Llámeme paranoica si quiere, pero yo diría que a estas alturas Sate Pestage ha llamado ya al Diktat para ofrecerle todo su apoyo en el caso de que se vea trágicamente obligado a ir a la guerra contra los criminales rebeldes —No había trazo alguno de humor en la voz o en el gesto de la capitana. Gen'yaa miró fijamente a Dey'jaa e insistió—. ¿Alguna posibilidad, teniente?

Dey'jeaa dejó el datapad sobre la mesa.

—Sí y no. No creo que nos ataquen abiertamente, pero es un hecho que hay muchos pro-imperiales entre los oficiales de la flota coreliana. Si llegamos a encontrarnos con ellos frente a frente se producirán provocaciones de mayor o menor seriedad. Tarde o temprano, en cualquiera de los dos bandos, alguien puede ponerse nervioso y apretar un gatillo…

—Y un minuto más tarde Pestage e Isard estarán celebrando una fiesta histórica, allá en Coruscant. —Gen'yaa alzó la mirada hacia el techo y suspiró ruidosamente. Dey'jaa pensó que podría contar con los dedos de una mano las veces que había visto a su capitana revelar lo que sentía de forma tan evidente.

—También hay que tener en cuenta al Consejo Provisional —sugirió el oficial de inteligencia—. Quizá haya algo que ellos puedan hacer para impedir una crisis…

—Si alguna vez se ha visto a un diplomático capaz, sin duda se trata de Mon Mothma —concedió Gen'yaa encogiéndose de hombros—. Pero va a necesitar algo sólido para poder acallar las protestas de los corelianos, y de paso convencer al resto de la galaxia de la bondad de las intenciones de la Nueva República en todo este asunto de los balanios y los seibergios. Es responsabilidad nuestra el conseguirle ese algo.

—¿En qué está pensando usted?

—Para empezar, en pruebas definitivas de que ese transporte de refugiados no estaba allí por casualidad. Quizá el piloto había recibido algún tipo de presión para mantenerse en formación junto a las naves seibergias, había aceptado un soborno, o algo por el estilo. También algo que pueda justificar el hecho de que nuestros pilotos abrieran fuego, aparte de la simple suposición de que si cuatro naves llevaban minas, la quinta también. Ah, y si no es mucho pedir, simultáneos derrames cerebrales para Pestage, Isard y el Diktat de Corellia. —Una vez más, Dey'jaa no tuvo la impresión de que la capitana estuviese bromeando.

—¿Y si no podemos encontrar nada de todo eso?

Gen'yaa se tomó su tiempo antes de contestar, pero cuando lo hizo Dey'jeaa se vio sorprendido por la repentina e inusitada dureza en la voz de la mujer.

—En ese caso, Mon Mothma y los demás tendrán que conformarse con las cabezas de dos pilotos en una bandeja de plata.



Capítulo V

La puerta se cerró con un susurro a sus espaldas. El amortiguado sonido pareció prolongarse de forma indefinida en la percepción subjetiva de Llamarada, como si se repitiera una y otra vez, aumentando con cada eco la sensación de irrealidad que la embargaba. *Esto no puede estar pasando*, se decía a sí misma. Le parecía como si, al cerrarse, la puerta del camarote de la capitán de navío Gen'yaa le hubiera cercenado una parte invisible de su cuerpo, mutilándola. *Las alas, me ha cortado las alas*. Llamarada hizo una mueca, sintiéndose estúpida por pensar algo así. A pesar de todo no pudo evitar ceder al impulso de volver la vista atrás, esperando quizá ver restos de plumas y sangre entre las juntas de las puertas. *Qué cosas piensa una cuando acaban de tirarle a la unidad de reciclado de basura. Puede que sea la forma que tiene la mente de evitar hacerse ciertas preguntas. Preguntas como la de qué demonios voy a hacer yo ahora*. *Sí, ésa es un buen ejemplo*. Podía sentir a su lado la silenciosa presencia de Víbora, mirándola con el rabillo del ojo, sin saber qué decirle o quizá sin atreverse a hacerlo. Quizá tan sólo se preguntaba hasta cuándo iban a seguir plantados allí.

Esto no puede estar pasando.

El timbre electrónico de un comunicador se dejó oír en el pasillo.

Llamarada se miró el pequeño aparato adosado a su muñeca, pero no era el suyo el que sonaba.

—Es Ibero —dijo Víbora, apartándose el comunicador de la oreja izquierda— la más lejana a ella —y pulsando la tecla adecuada para devolverlo al modo pasivo—. Dice que nos están esperando en la sala de reuniones.

Llamarada aceptó la información asintiendo una única vez con la cabeza y ambos echaron a andar, ella haciéndolo como si fuera una autómata. Sus pasos levantaban ecos en el pasillo vacío. Llamarada se preguntó por qué Ibero había llamado a Víbora en lugar de a ella. No había forma de que estuviera al corriente de que había sido relevada, ¿o sí? Quizá había sido obvio para todos, excepto para ella misma, que eso era lo que la capitana se disponía a hacer, pero no por eso dejó de sentirse molesta con Ibero . *Aunque lo haya adivinado, mira qué listo, podría haber esperado a que yo se lo confirmara en persona. Maldita sea*. Miró a Víbora por un instante, y al hacerlo le dio la impresión de que su compañero acababa de girar la cabeza. Ahora su expresión era neutra, demasiado neutra quizá, casi como si estuviese disimulando. El enfado de Llamarada creció para abarcarlo también a él y situarlo de hecho en el objetivo central de su ira. *Ni siquiera me ha dicho que lo siente. Víbora el perfecto. El que nunca se equivoca. Probablemente llevaba tiempo buscando una ocasión como ésta para tomar el mando y poder hacer las*

cosas a su manera. Oh, él nunca cometería los mismos errores que yo. Me pregunto qué habría hecho si se hubiese visto en la misma situación…

Llamarada fue consciente en ese momento de que si estaba esperando a que Víbora dijese «lo siento» era tan sólo para poder contestarle de mala manera, con algo cruel y dañino. Tal vez un sarcástico comentario acerca del oficial imperial que se convirtió en comandante rebelde. *Puede que ése fuera su plan desde el principio. Ahora sí que está bien situado para vendernos al Imperio…*

¡Oh, vamos, Avery, eso es ridículo! Llamarada miró de nuevo al que hasta hacía unos minutos había sido su segundo, su oficial ejecutivo. Ni él ni tampoco Ibero tenían la culpa de nada, no se merecían que dirigiera hacia ellos su rencor. Pero tampoco era culpa de ella. Sí, era una tragedia lo de esos refugiados, y lo sentía de veras, pero Alce y ella habían hecho sólo lo que debían. Incluso la capitán de navío Gen'yaa, esa pretenciosa y egocéntrica bothan, tenía que ser capaz de comprenderlo. El comité de investigación también tendría que entenderlo.

¿Pero y si no lo hacían? O peor aún, ¿y si lo único que querían era alguien a quien enterrar vivo para minimizar las consecuencias políticas del incidente? *Oh, mierda, cómo odio la política. Las cosas estaban mejor cuando se trataba tan sólo de elegir entre nosotros o los imperiales*.

No tenía sentido seguir dándole vueltas. Siempre se había enorgullecido de tener una mente práctica. *Resolvamos el problema más inmediato,* se dijo.

Debía explicarle al resto del escuadrón lo que estaba sucediendo y después quitarse de en medio. Eso podía hacerlo. Ya estaban llegando a la sala de reuniones. La puerta estaba abierta, pero no había nadie fuera esperándoles.

Llamarada sintió la tentación de pedirle a Víbora que se encargara de todo, que informara él a los pilotos mientras ella se iba directamente a su camarote. A ducharse y a dormir, como se había propuesto antes de recibir la llamada de Gen'yaa. ¿Y no era eso acaso lo que la capitana le había ordenado? Se detuvo un metro antes de llegar a la puerta. Víbora la miró sin comprender, pero antes de que tuviera ocasión de preguntarle qué pasaba, Llamarada vio volverse hacia ella las caras de todos los que esperaban allí dentro. Su escuadrón. Su ex escuadrón. Las conversaciones que apenas había empezado a oír durante el último segundo cesaron de repente. Llamarada vio auténtica preocupación en aquellos rostros. Se recordó a sí misma que se había pasado años luchando junto a esa gente. Se merecían escuchar de sus labios y no de los de ninguna otra persona qué era lo que había pasado. Sí, tenían que oír su versión de los hechos, y al infierno con las órdenes de Gen'yaa en cuanto a eso, antes de que hubiera una versión oficial que lo deformara todo. Se lo debía a ellos y también a sí misma. El momento de debilidad quedó atrás y Llamarada entró decidida en la sala.

Alce ocupaba un asiento en la primera fila, junto con Torpedo e Ibero, pero parecía perdido en sus propios pensamientos. Llamarada se preguntó si se había dado cuenta siquiera de que había llegado, pero en ese momento sus miradas se encontraron. El dolor que vio en los ojos del hombre del que se creía enamorada la dejó consternada. Se dio

cuenta con profundo arrepentimiento de que en los últimos minutos había estado pensando nada más que en sí misma. Pero Alce, y no ella, había sido quien había lanzado los torpedos. Para él tenía que ser muchísimo peor el saber que realmente había matado a personas inocentes, aunque no supiera lo que hacía en el momento de disparar. *Y tú pensando en tu carrera y en tus absurdas paranoias…*

Llamarada resolvió tener una larga conversación con Alce cuando terminaran aquí. Le haría ver que no tenía razones para sentirse culpable por nada, que le podía haber sucedido a cualquiera. Sí, cuando pudieran hablarlo entre ellos, compartir lo que pensaban, lo que sentían, y ofrecerse su mutuo apoyo, ambos se encontrarían mejor.

Estaba deseando ya que llegara el momento de tener esa charla. Ese pensamiento positivo sirvió para reafirmarla y darle fuerzas para enfrentarse a lo que tenía que hacer ahora. Llamarada se dirigió sin titubear hacia el estrado que presidía la parte delantera de la sala, de frente a los asientos.

No todos los pilotos del escuadrón estaban allí. Ermitaño era el único representante de los Sombras de Lobo, y la miraba con preocupación pero sin ansiedad desde su asiento en la segunda fila, aparentemente ignorante de todo lo que había ido mal en su última misión. Los otros dos grupos estaban casi completos, aunque muchos vestían aún sus equipos de vuelo completos, y se les veía tan cansados como se encontraba ella. Llamarada sabía —ella misma había impartido las órdenes pertinentes— que algunos formaban parte de la otra patrulla enviada en busca de transportes seibergios —*y que no tuvieron la mala suerte de encontrarlos*, se dijo con ironía—, mientras que el resto habían llevado a cabo una misión sobre la Región Balania que tenía como objetivo asegurarse de que no había paramilitares seibergios en los alrededores de los campos de refugiados. Tenía muchas ganas de interrogar a Groznik, el piloto wookie que dirigía normalmente a los Zarpas de Lobo —los ala-B—, y que le dijera si habían visto algún rastro de tropas regulares seibergias. Tuvo que esforzarse para no torcer el gesto al recordar que tendría que ser Víbora el que hablara con Groznik y actuara en consecuencia. Llamarada esperó a que su oficial ejecutivo —ahora comandante— tomara asiento al otro lado de Ibero y tomó aire. *Vamos allá*.

Pero antes de que tuviera ocasión de pronunciar una sola palabra, una voz de mujer se dejó oír al fondo de la sala.

—Por favor, Llamarada, dime que no es verdad lo que he oído —El tono de voz de Rúster no era el de alguien que pedía, sino más bien el de quien exigía, mucho más agudo de lo que era habitual en ella, casi un grito en realidad. Eso sorprendió a Llamarada, pero lo que de verdad le echó atrás fue ver a la propietaria de esa voz. Rúster estaba de pie en un rincón, todo en su postura sugiriendo que se mantenía aislada de los demás a propósito.

Llamarada nunca había visto sus receptores neurales de un color tan azul. La luz que proyectaban confería al rostro de la lumi una cualidad extraña, fantasmagórica. Lo cierto es que daba miedo mirarlo. Allí no había ni rastro de la proverbial amabilidad de la piloto

de búsqueda y rescate. Llamarada se preguntó cómo era posible que hasta ese momento no hubiera reparado en ella.

—Ru…

—¡Por favor, dime que no es verdad! —Todo el mundo miraba hacia atrás, tan sorprendidos como Llamarada de oír hablar a Rúster con semejante ira.

Bendita sea la Fuerza, pensó Llamarada. *Hubiera jurado que Rúster era incapaz siquiera de sentir algo parecido a la ira*.

—Rúster, no sé qué es lo que te han dicho, pero…

—¿No lo sabes? Seré más clara entonces… ¡Dime que no es verdad que tu patrulla ha derribado un transporte cargado de refugiados balanios!

La sala se llenó en un instante de exclamaciones de sorpresa e incredulidad, y uno tras otro, todos los rostros se fueron volviendo hacia Llamarada. En las miradas de sus pilotos vio el mismo estupor y la misma angustia que había puesto Rúster en su demanda, la misma impaciencia por oír la respuesta de sus labios. Dinos que no es verdad. Víbora e Ibero intercambiaron una mirada de extrañeza. Nadie que no hubiera estado sentado en la mesa de reuniones del camarote de Gen'yaa debería saber nada de eso.

Llamarada miró a Ermitaño, pero el piloto de ala-A se limitó a negar con la cabeza, sin saber muy bien qué se le estaba preguntando. El joven era el único de los cuatro que no había sido convocado por la capitana. No tenía forma de saber que la nave derribada por Alce no era lo que habían creído que era, y por tanto difícilmente podía haber cometido indiscreción alguna. En realidad no importaba cómo o por boca de quién se había enterado Rúster del accidente.

Ya se encargaría alguien de descubrir dónde se había producido la fuga de información. *Accidente*, se repitió a si misma. Parecía una palabra tan adecuada… *Fue un accidente, Ru. Un accidente*. Llamarada no lo dijo en voz alta. Sabía que tendría que explicarse mucho mejor que eso si pretendía que Rúster lo viera de esa forma. Llamarada se sentiría feliz si pudiera convencer a aquellos que la miraban ahora, sus compañeros, sus amigos, de que Alce y ella no habían asesinado a nadie. No a propósito, ni tampoco por negligencia. Que el resto de la galaxia los condenaran después si querían, pero no ellos. No Rúster, entre todos. Llamarada volvió a mirar a Alce. Parecía incluso más hundido que hacía un instante, con los dedos de las manos entrelazados y mirándose la punta de las botas. Llamarada quiso gritarle que la mirara a ella, que leyera en sus ojos lo que pensaba. *No, amor, no lo creas, no pienses que has hecho nada malo. Tú sabes que fue un accidente, ¿verdad?* Y de pronto, sin previo aviso, le invadió un pensamiento más terrorífico incluso que todos los que la habían asaltado hasta ahora.

¿De verdad es eso lo que creo yo? ¿Que fue un accidente? ¿Acaso no era mi deber ordenar a Alce que no disparara?

Llamarada se dio cuenta de que a quien tenía que convencer, antes que a nadie, era a sí misma. ¿En qué momento había comenzado a dudar? Con un audible suspiro, Llamarada abandonó cualquier pretensión de estar en calma o de tenerlo todo bajo control. Agachó la cabeza por un instante y dejó de luchar sino un error más. No se

trataba de convencer a nadie de nada, ni de hacerles ver las cosas desde su punto de vista. Ya ni siquiera estaba segura de cuál era su punto de vista. Lo que tenía que hacer era limitarse a contar lo que había pasado, al menos la parte que ella había visto, y dejar que cada uno sacase sus propias conclusiones. Y sus propios juicios.

—Lo siento, Rúster —dijo al fin—. Me gustaría poder decirte que no es verdad, pero no puedo.

El silencio que siguió a esa declaración fue peor que las exclamaciones de un momento antes. Incluso Rúster parecía demasiado conmocionada para decir nada. Uno de los pilotos de ala-B, el simpático y bonachón Parody, se levantó y dio un par de pasos hacia la lumi antes de que ésta le detuviera alzando una mano frente a él.

—¡Quédate donde estás, Parody! —El tono de Rúster no dejaba lugar a dudas sobre si lo decía en serio. Parody se quedó petrificado—. Y ni siquiera intentes tocarme. Que nadie me toque ahora, por su propio bien —Parody asintió lentamente y volvió a su sitio con una expresión dolorida. Llamarada sabía que Rúster y él se conocían desde hacía más de dos años— una eternidad cuando se hablaba de pilotos de guerra, —cuando ambos, junto con Groznik y el propio Alce habían servido en diferentes unidades a bordo del crucero mon calamari *Libertad*, destruido posteriormente en la batalla de Endor.

No era difícil adivinar que Parody jamás había visto a Rúster tan fuera de sí, ni estaba acostumbrado a ser tratado con tanta rudeza por su parte. Sentado junto a él, Groznik aulló por lo bajo. Con la excepción quizá de los pilotos que llevaban menos tiempo en el escuadrón, todos comprendieron a qué se refería Rúster al avisar que no la tocaran. Bajo semejante estado de excitación, los receptores neurales de la lumi podrían reaccionar a cualquier contacto como si se tratara de una amenaza, fustigando al teórico asaltante con una descarga eléctrica. Llamarada se acordaba de una ocasión en la que, en el curso de un estúpido experimento sugerido por Ibero y por Granito, Rúster había dejado fritas las luces de un almacén junto con la cerradura electrónica de la puerta y los comunicadores de los tres, dejándolos encerrados, incomunicados y a oscuras hasta que alguien los encontró horas más tarde. El recuerdo de aquel hilarante suceso no le hacía gracia en este instante. Incluso sin instrumentos que lo confirmaran, resultaba obvio que los apéndices de Rúster habían alcanzado un nivel de carga sin precedentes. Quizá no tanto como para matar a un humanoide, pero seguro que más que suficiente para mandarlo derecho a la enfermería durante varios días. El repentino brillo de miedo en los ojos de Rúster demostró a Llamarada que la pacífica lumi era plenamente consciente del peligro que representaba en esos momentos para sus compañeros, y de ahí la violencia de su reacción.

—Quizá todos nosotros deberíamos calmarnos un poco —comenzó a decir Solo, el piloto de origen coreliano que comandaba a los Colmillos de Lobo—, y dejar que nuestra comandante se explique. ¿Llamarada?

Ya no soy comandante de nadie, pensó Llamarada con amargura, pero agradeció la intervención de Solo con un fruncimiento de labios que había pretendido ser una sonrisa. Al mirarlo se le vino a la cabeza el hecho de que, por todo lo que sabía, el piloto del transporte derribado era coreliano como él.

Cuando Llamarada se lo preguntó al poco de llegar aquí, Solo había admitido que había estado en Seibergia, e incluso en la propia Región Balania, durante sus días como piloto de carga. Le había dicho también que no se preocupara, que los tradicionales vínculos entre corelianos y seibergios no le afectaban en lo referente a hacer su trabajo. *Pero a lo mejor esto sí que te afecta.*

—Gracias, Solo —dijo respirando muy hondo, haciendo acopio de fuerzas.

Estaba decidida a contarlo todo con la mayor sinceridad, pero no podía dejar que esta reunión se le escapara de las manos antes de empezar siquiera.

—Eso es justo lo que voy a hacer si nadie más tiene objeciones —continuó mirando directamente a Rúster y utilizando a propósito un tono más frío e impersonal.

La piloto de búsqueda y rescate le devolvió la mirada durante unos instantes y finalmente se encogió de hombros. Llamarada podía —o creía— entender bien lo que sentía la lumi, pero no podía permitir que ni ella ni nadie rompiera la disciplina de esa manera. Incluso en el escuadrón Cabeza de Lobo, en el que la disciplina no estaba precisamente en lo más alto de la lista de prioridades, nadie le chillaba a un oficial superior. Punto. Víbora asintió, aprobando en silencio el modo en el que Llamarada había recuperado el control de la situación. Bajo otras circunstancias, Llamarada no le habría encontrado ningún significado oculto al gesto de Víbora, pero ahora no pudo evitar que hiciera resurgir la animosidad que había sentido hacia él mientras ambos venían hacia aquí. *Como si me hiciera falta que me dijeras tú si lo estoy haciendo bien o mal*, pensó antes de volver a sentirse disgustada consigo misma. *Basta ya de paranoia y acabemos con esto de una vez. Ah, no veo el momento de salir de aquí*.

Rúster hacía cuanto podía por serenarse. Sólo si se calmaba sus receptores neurales podrían ir disipando gradualmente el exceso de energía que habían llegado a acumular en tan poco tiempo. Sabía que no podría perdonarse si accidentalmente le hacía daño a alguien. Se obligó a respirar de forma más pausada, cerrando los ojos por un instante. El picor en su cabeza disminuyó ligeramente.

¿Qué le estaba pasando? No podía recordar una sola ocasión en la que se hubiese dejado llevar de este modo, ni siquiera cuando las tropas imperiales invadieron la Luna Lumi y ella tuvo que huir. Tuvo miedo entonces, mucho, y también dolor, angustia y desesperación. Pero nada como esta… rabia. Sobre el estrado, Llamarada comenzó a hablar, lenta y desapasionadamente, acerca de lo que había sucedido en el curso de su misión.

Cuando, hacía no más de veinte minutos, Mar Hanniuska le empezó a contar que la patrulla de Llamarada había interceptado a un convoy de naves seibergias que transportaban minas espaciales, la primera reacción de Rúster había sido de alegría. Hacía sólo tres días había salido con la *Compasión* en ayuda de la *Mashado*, una corbeta de la Nueva República que había sufrido daños graves al ser alcanzada por varias minas del

tipo B —dotadas de láser autónomos además de explosivos— . La *Mashado* había recibido una llamada de socorro procedente de una nave civil no identificada que, según pudo informar su piloto antes de perderse la comunicación, llevaba a bordo refugiados balanios. Al acudir en su rescate, la *Mashado* se encontró en mitad del campo de minas, plantado justo en el vector de salida de la ruta más directa entre Seibergia y Balania. Las baterías láser de la *Mashado* habían conseguido acabar con las minas más próximas antes de que la corbeta llegara a ser destruida, pero la tripulación se había visto obligada a apagar su reactor principal, en cuyo encofrado había aparecido una grieta como consecuencia de un impacto que había llegado atravesar el casco. Varios miembros del equipo que acudió a sellar la cámara del reactor habían quedado expuestos a niveles peligrosos de radiación antes de que pudieran terminar su trabajo. La veterana fragata médica *Redención*, que se encontraba cerca de Balania, se había puesto en contacto con el *Guarida del Lobo* para pedirles que se hicieran cargo de socorrer a la *Mashado*, al tener ellos a todas sus lanzaderas en vuelo y sus dependencias llenas de evacuados procedentes de la Región Balania, y Llamarada se encargó de organizar rápidamente la operación. En menos de una hora estaban allí. Una vez que los ala-B del escuadrón terminaron de limpiar lo que quedaba del campo de minas, Rúster pudo aproximarse a la corbeta dañada. Mientras llevaba a cabo las maniobras de acoplamiento, estuvo a punto de preguntarle al capitán de la *Mashado* si habían podido encontrar y prestar asistencia a la nave que había hecho la llamada de socorro, antes de verse ellos mismos en apuros. No llegó a formular su pregunta. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que la respuesta podía ser en justicia sí y no. Sí, los encontramos. No, no pudimos ayudarles. Apenas eran unos pocos los fragmentos que flotaban a la deriva en torno a la *Mashado*, pero Rúster se dio cuenta de que la mayoría pertenecían a otra nave que no era la corbeta.

Algunos eran trozos de gente. No era ni la primera ni probablemente la última vez que sucediera algo así mientras se prolongara el conflicto, eso lo sabía.

Tan sólo era la vez en la que ella había estado más cerca para ver los resultados. Oh, sí, estaba deseando que sus compañeros de escuadrón dieran caza a los que estaban haciendo eso. Sería capaz incluso de aplaudir si tuviera la ocasión de contemplar cómo los hacían desaparecer en el espacio. Lo que no se le había pasado siquiera por la imaginación era que, al hacerlo, se pudieran llevar por delante a otro puñado de inocentes paisanos. ¿Cómo había podido pasar? ¿Cómo habían sido capaces de cometer un error así? Sus propios compañeros, sus únicos amigos desde que se había convertido en exiliada… Ése, ése era el problema, descubrió Rúster, la causa de este hasta ahora desconocido sentimiento de ira. Se sentía traicionada en lo más profundo de su ser por aquellos en los que más había confiado. Nunca había sido tan ingenua como para pensar que los imperiales eran todos demonios y los rebeldes todos ángeles, pero siempre había creído que había una diferencia, que había elegido el bando correcto y no sólo el de aquellos que se oponían a los que habían invadido su mundo. No, no podía ser tan sólo por eso. Más allá de cualquier duda razonable, tenía muy claro que el Imperio era malvado y corrupto desde sus mismos cimientos, así que la guerra que contra él libraba la

Nueva República tenía necesariamente que ser justa. Pero, ¿y si se equivocaba? ¿Y si la Nueva república era tan sólo el próximo Imperio? ¿Y si no había una causa justa y una injusta, sino tan sólo una interminable lucha por el poder? ¿Y si aquellos a los que llamaba amigos no eran en realidad mejores que aquellos a los que consideraba enemigos?

Rúster intentó con todas sus fuerzas concentrarse en escuchar la narración de Llamarada sin perderse nada de ella. Era de vital importancia que comprendiera lo que realmente había sucedido, y cómo había sido posible que sucediera. Tan mal como se sentía, si había alguna explicación razonable, algo que hiciese inevitables aquellas muertes y exculpara por tanto a sus amigos, entonces podría vivir con ello. Probablemente. Mar Hanniuska no tenía esa información, y le había dicho lo que sabía sólo por la insistencia de Rúster, y porque eran amigas. Escuchó con atención el relato de Llamarada. En algunos momentos, ésta le cedía la palabra a Ermitaño o a Torpedo para que proporcionaran detalles adicionales que ella no había podido ver o que le hubieran podido pasar inadvertidos. A Rúster no le costó mucho darse cuenta de que Llamarada nunca se dirigía a Alce. Eso le pareció muy extraño, pero cuando Llamarada llegó al clímax de su historia Rúster lo comprendió todo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Alce había sido el que había disparado contra el transporte. Llamarada admitía que le había dado su permiso. Sin haberlo inspeccionado antes.

—¿Estás satisfecha, Llamarada? —prácticamente chilló Rúster, esforzándose por no perder su duramente recobrado autocontrol—. ¿Ningún blanco fallado, misión cumplida, efectividad cien por cien? ¿Es eso lo que has escrito en tu informe?

Por un instante, Rúster creyó que Llamarada iba a volver a llamarla al orden, o incluso a expulsarla de la sala de reuniones, pero no hizo nada de eso. De hecho, parecía que sus palabras le habían hecho mella. *Por supuesto que te sientes mal, amiga. Tú y tu novio habéis matado a cuarenta o cincuenta personas para desayunar*. Cuando parecía que Llamarada iba a contestar, otra voz diferente se dejó oír desde la primera fila de asientos.

—Deja de castigarla, Ru —dijo Alce poniéndose en pie lentamente— El único detalle que Llamarada ha omitido es el hecho de que yo disparé mis torpedos antes de que ella me autorizara a hacerlo.

—Pero lo hice —protestó Llamarada.

—Sólo porque yo te convencí, y para entonces mis torpedos estaban ya en camino de todos modos —Algo en el modo en que lo dijo convenció a Rúster de que Alce no estaba mintiendo para proteger a Llamarada. Lo que acababa de decir era verdad. Los murmullos volvieron a recorrer la sala. Antes de que Rúster pudiera decir nada, Raiven, uno de los pilotos de ala-X, ya se había puesto en pie.

—¿Disparaste antes de tener confirmación? —preguntó con incredulidad—. ¿Contra un transporte desarmado al que no habías podido barrer con tus sensores?

—¿Y qué es peor para ti, cabeza cuadrada? —intervino Granito en la discusión, haciendo gala una vez más de su característica falta de diplomacia—. ¿Lo de disparar o el

que lo hiciera sin que nadie se lo mandase? —El uso deliberado por parte de Granito de la expresión «cabeza cuadrada», empleada por la mayoría de los antiguos rebeldes para referirse a los imperiales, era algo más que un insulto. Al llamar de ese modo a Raiven le estaba recordando a él y a todos sus compañeros que en el pasado había luchado para el Imperio.

Considerando que al menos una tercera parte de los pilotos de caza de la Nueva República, y más aún en los primeros días de la Rebelión, eran antiguos oficiales imperiales que habían desertado, y sabiendo que la mayoría renegaba e incluso se avergonzaba de esos inicios, ese tema era algo que solía dejarse fuera de cualquier conversación pretendidamente educada. Algunos de los presentes protestaron, pidiéndole a Granito que se callara, pero el caldaniano continuó ignorándolos.

—¡Esos eran los tipos que estaban minando todo el espacio desde aquí hasta Balania!

—No, no lo eran —Raiven permaneció sentado, intentando por todos los medios no responder a la flagrante provocación de Granito a pesar de que cualquiera podía ver que había enrojecido hasta las orejas—. Eran simples refugiados que se vieron cogidos en mitad de un fuego cruzado. Sabíamos que eso podía pasar, y es por eso que todos tenemos órdenes de inspeccionar cualquier nave antes de iniciar ninguna acción ofensiva.

—No digo que no tengas razón —dijo Ermitaño abriendo la boca por vez primera—. Pero las otras cuatro naves iban cargadas de minas, y una de ellas casi acaba con Torpedo. Bajo esas circunstancias, cualquiera podría haber cometido la misma equivocación.

—Habla por ti, Ermitaño —dijo Sacart, otro de los pilotos de ala-X—. A mí al menos no se me hubiera ocurrido disparar sin una confirmación positiva previa.

—Hacer las cosas según dicen las normas está muy bien, Sacart —dijo Granito con sarcasmo—, ¡y conseguirá que tú y todos tus compañeros estéis muertos más pronto o más tarde! ¿Pero qué mierda os pasa, señores Colmillos de Lobo? ¡Si eso es lo que os enseña Solo, no os quiero a ninguno como escolta la próxima vez que tengamos que salir ahí fuera!

—Perdona, Granito —dijo Solo, poniendo una mano sobre el hombro de Drake, que estaba a punto de saltar en defensa de su honor y el de todos los pilotos de ala-X—, pero estás empezando a ir demasiado lejos.

—Estoy de acuerdo —interrumpió Víbora—. Granito, cuando acabemos aquí tú y yo vamos a charlar un rato. Tendrás ocasión de decirme *a mí* que es lo que piensas de todos *nosotros*, los cabeza-cuadrada de este escuadrón.

Granito alzó teatralmente ambas manos, pero se calló de todos modos. Víbora se volvió hacia el estrado.

—Por favor, Llamarada, continúa.

Ella lo miró durante unos instantes con una expresión inescrutable.

Finalmente asintió.

—Gracias, Víbora. En realidad no tengo más que decir, salvo una cosa.

Llamarada volvió su mirada hacia Alce.

—Lo siento, Alce. La capitán de navío Gen'yaa nos ha apartado temporalmente del escuadrón a ti y a mí. No podemos volver a volar hasta que se lleve a cabo una investigación oficial sobre este asunto —Aún levantado, Alce se limitó a encogerse de hombros. Un silencio tenso se hizo en la sala. Llamarada se acercó a Alce y le dijo algo que nadie más pudo oír. Palabras de consuelo, pensó Rúster, que observaba la escena con sentimientos encontrados. Estaba furiosa con los dos, más de lo que nunca se había sentido con nadie, pero aún así no podía evitar sentir cierta piedad por ellos. Rápidamente estaba llegando a la conclusión de que, al venir aquí, sus compañeros se habían encontrado con una situación para la que no estaban preparados. Como probaba la discusión que acababa de oír, era muy posible que al menos la mitad de los pilotos del escuadrón hubieran hecho lo mismo que Alce de haberse encontrado en su lugar. Aunque lamentaran en voz alta lo que había pasado, eran incapaces de ver lo que Llamarada y Alce habían hecho mal, o al menos lo justificaban. *Tantos años de guerra y aún no habéis aprendido nada*. Rúster sentía pena por todos ellos, pero sobre todo la sentía por esos pobres y desgraciados refugiados. No sólo por los que viajaban en ese transporte, no sólo por los balanios. Lo sentía por cada una de las víctimas inocentes del perpetuo estado de guerra en el que se encontraba sumida la galaxia. Por todos los que morían, por todos los que se veían obligados a huir dejándolo todo atrás. Por todos los que, día tras día, le hacían robarle horas al sueño para poder salir una vez más con su lanzadera, en su busca. Algunas veces, cuando el cansancio vencía y llegaba la depresión, no podía evitar pensar que su esfuerzo no servía para cambiar nada. Había demasiada locura en el universo como para poder enfrentarse a ella. Quizá la loca era ella. Si tan sólo hubiera más *Compasiones* y menos destructores estelares y cruceros de batalla… Poco a poco una profunda tristeza y una decepción sin límites se fueron apoderando de la lumi, hasta prevalecer sobre su sentimiento inicial de ira y arrinconarlo. Sobre el estrado, Llamarada se dirigía por última vez a los presentes.

—Desde este momento y hasta nueva orden, Víbora se hará cargo del escuadrón. Yo estoy relevada del mando —Mientras los murmullos recorrían de nuevo la sala, la hasta ahora comandante se dirigió con rapidez hacia la puerta, pero no llegó a alcanzarla. Alce la sujetó por el brazo y le pidió que esperara.

El piloto levantó la mirada hasta encontrarse con la de Rúster.

—Lamento mucho lo de esos refugiados —dijo. Sus ojos estaban llenos de dolor, pero su voz era firme—. Pero si volviera a encontrarme en esa situación haría exactamente lo mismo. Si esa nave hubiera ido cargada de minas, como creía firmemente hasta hace una hora, y si la hubiera dejado escapar como en teoría debía hacer, hubiera estado arriesgando las vidas de mucha, muchísima gente —Alce no dijo «más de los que maté», pero Rúster sabía que era eso lo que sugería. La lumi agitó la cabeza en una vigorosa negativa, haciendo que sus receptores neurales bailaran sobre ella, pero nadie se rió como hubieran hecho en otras circunstancias.

—Ahora escúchame tú a mí —dijo. Ahora que la furia la había abandonado, sólo quedaba la amargura impregnando su voz—. Todos vosotros, valientes pilotos de caza,

escuchadme. —Recorrió con la mirada las caras de sus compañeros, vueltas todas hacia ella—. Los viejos tiempos ya se acabaron. Ya no somos los pobres y siempre superados en número rebeldes que fuimos, luchando por nuestra vida y disparando antes de ser disparados. Ahora formamos parte de la Nueva República, y tenemos una responsabilidad mucho mayor de la que teníamos entonces. No todo está justificado para conseguir nuestros objetivos, ni siquiera para «mantener la paz y el orden en la galaxia». —Su uso de la cita preferida del Emperador Palpatine no le pasó desapercibido a nadie, pero a pesar de todo nadie pareció ofenderse. Algunos la miraban con expresiones piadosas, pensando quizá que hablaba bajo los efectos de su proverbial y crónico agotamiento. *Qué ciegos estáis*. Las primeras lágrimas que, al fin, acudían ya a empañar su mirada, le impidieron ver la comprensión en algunos, unos pocos, de los rostros que la miraban. De haber podido, hubiera encontrado irónico el hecho de que todos los antiguos «cabeza-cuadrada» estaban entre los que parecían entender. Pero a esas alturas lo único que Rúster podía hacer era darle voz a su frustración y dejar que los últimos restos de la tensión que erizaba sus receptores neurales se perdiera en el aire—. Ahora no sólo nos jugamos nuestras propias vidas, sacrificándonos por una abstracción, por la esperanza de libertad para todos en el universo, como a menudo nos gusta pensar, y como Mon Mothma, Leia Organa y todos los demás nos recuerdan en sus discursos. Ahora arriesgamos también las vidas de mucha otra gente, sus hogares, sus hábitats, su modo de vida, y no podemos decidir por ellos. No podemos decidir quién debe morir por el bien de la mayoría y quién no. ¿Cuántas vidas que *potencialmente* pueden salvarse merecen la pérdida real de una sola? ¿Puedes responderme a esta pregunta tan sencilla, Alce? Dices que mucha gente podría haber muerto si hubieras dejado escapar a ese transporte. Por el tamaño que Llamarada ha dicho que tenía, calculo que has matado alrededor de cincuenta personas. Esas cincuenta murieron para evitar… ¿cuántas posibles pero inciertas muertes?

¿Quinientas? ¿Cinco mil? ¿Cincuenta mil? ¿Cuántas, Alce?

—Ru, yo no tenía forma de saber que en esa nave viajaba nadie más aparte del piloto.

—Exacto, no tenías forma de saberlo, y aunque ese piloto repitió varias veces que llevaba refugiados a bordo tú elegiste no creerlo. No tenías forma de saberlo porque no habías inspeccionado esa nave, tal y como sabiamente se te había ordenado. ¡Por eso no tenías ningún derecho a disparar!

—Ahora lo sé, Ru —contestó Alce, aunque en su voz ya no había convicción—. Pero en esos momentos, toda mi experiencia y todo mi instinto me gritaba que derribara a ese transporte.

—En ese caso no deberías volver a confiar ni en tu experiencia ni en tu instinto. Matan gente.

Rúster no podía aguantar ni un instante más allí dentro. Las fuerzas le estaban fallando. Los nervios habían agotado las reservas que le quedaban a su ya exhausto cuerpo, y el golpe de adrenalina que la había mantenido en pie hasta ahora ya se había consumido. Pero no quería caerse al suelo como si fuera una dama histérica con un berrinche, desmayarse delante de todos y que tuvieran que sujetarla. Ahora no. Como

pudo echó a correr hacia la salida, pasando junto a Alce y Llamarada sin mirarles. Nadie intentó detenerla. Nadie la tocó.

Víbora se cubrió la cara con las dos manos tan pronto como todo el mundo, salvo Ibero y Torpedo, se fueron de la sala de reuniones. De todos los desastres que había presenciado desde que por primera vez había entrado a formar parte de un escuadrón de la Alianza Rebelde, este era el peor de todos.

Demasiadas veces había visto como compañeros suyos morían en mitad de una bola de fuego. En cada ocasión, los supervivientes lloraban a los camaradas perdidos, cada uno a su manera, aunque siempre había quien se hiciera el duro e incluso alguno a quien realmente le diera todo igual. Durante un tiempo la moral del grupo se resentía y los ánimos estaban por los suelos, pero siempre podían sobreponerse a la pérdida y superarlo. Juntos. Recordaba algunas discusiones muy feas en los últimos días del escuadrón Blanco, cuando la unidad fue disuelta y algunos no quisieron aceptarlo, pero ninguna como ésta. De alguna forma, Víbora sabía que las heridas eran más profundas esta vez. Estaba Granito, por ejemplo. Tan violento e irascible como pudiera serlo el peor de sus compatriotas caldanianos, pero noble como muy pocas de las personas que Víbora había conocido. A Víbora no le cabía duda de que Granito se había dejado llevar en defensa de su viejo amigo Alce, pero había conseguido ofender a medio escuadrón. Eso había sido un peligroso aviso de lo que podía suceder si Víbora no era capaz de hacerse con las riendas de la situación. Luego estaban Alce y Llamarada, por supuesto. Ésta última —y de eso Víbora estaba particularmente seguro—, había llegado a pensar, no se explicaba cómo, que él podría estar contento con su momentánea caída en desgracia y con el regalito que le había hecho Gen’yaa a él. Tenía que hablar con Llamarada y hacerle ver que, en lo que a él respectaba, podía recuperar el mando del escuadrón ahora mismo. Pensó en lo que había sucedido en otras ocasiones difíciles en busca de una pauta, una clave que le revelara cómo habían hecho para encontrar siempre una salida. *Teníamos un objetivo común*, se respondió enseguida, *un mismo enemigo contra el que unirnos, superando cualquier diferencia entre nosotros*. *Me pregunto si aún tenemos eso*. Víbora se apartó las manos de la cara y movió la cabeza de un lado al otro . *Rúster tiene razón. Esto ya no son los viejos tiempos*.

—Las cosas no están bien —dijo Ibero con expresión sombría.

—No, nada bien —Víbora suspiró ruidosamente— pero tendremos que enfrentarnos a esto, nos guste o no. Por cierto, ¿te he mencionado ya que acabas de convertirte en mi oficial ejecutivo en funciones?

Ibero se encogió de hombros.

—No, pero lo veía venir —contestó con una sonrisa de circunstancias.

—Y eso significa, por supuesto —continuó Víbora—, que entre los tres tenemos que cubrir inteligencia, operaciones y tácticas.

Los otros dos pilotos no parecieron sorprenderse.

—Ajá… —dijo Torpedo.

—No esperaba menos de vosotros —Víbora sonrió sin humor—. Por cierto, ¿sabéis alguno dónde andan los Sombras de Lobo, aparte de Ermitaño?

—Sí —respondió Ibero—, nos lo dijo Solo antes de que llegarais Llamarada y tú. El capitán de fragata Wumb, siguiendo al parecer instrucciones de la capitán de navío Gen'yaa, ha dado órdenes de reforzar nuestro perímetro defensivo. De momento Araña y los demás se están encargando de ello, pero se supone que tienes que ir a hablar con Wumb por si quieres opinar acerca de cómo organizar los relevos.

—Muy amable por su parte. Parece que Gen'yaa piensa de verdad que nos las vamos a ver con los corelianos, ¿eh? —Víbora arqueó una ceja al ver la mirada resignada de Ibero, que parecía decir «ya te advertí que pasaría esto»—. Y yo que creí que eras el optimista del escuadrón. Vale, dile a Ermitaño que descanse un poco antes de unirse a las patrullas, y habla con Solo. Le voy a proponer a Wumb que utilicemos también la mitad de los ala-X.

—De acuerdo. ¿Qué pasa con el resto?

—Mientras no se nos diga lo contrario, seguiremos con nuestro actual perfil de misiones. Aunque sea poca cosa, mantendremos a un par de ala-X y a alguno de los ala-B en las funciones propias del bloqueo, interceptando e inspeccionando cualquier tráfico sospechoso. Los Sombras de Lobo pueden ayudar con todo lo que venga de entrada al sistema. Al resto de los Zarpas los quiero volando sobre la Región Balania con la mayor frecuencia posible, ayudando a los comandos Lince que están sobre el terreno a establecer una zona de seguridad en torno a los campos de refugiados.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —dijo Torpedo—. Los paramilitares seibergios conocen muy bien el terreno que pisan, y se mueven deprisa. Los cazabombarderos no son un arma demasiado efectiva contra ese tipo de adversario.

—Concedido. Esa es la razón por la que quiero que Groznik y tú os sentéis a estudiar cómo podemos ser más efectivos contra los paramilitares, tan pronto como Groznik me pase el informe de su última incursión —Torpedo asintió e hizo una anotación sobre su datapad—. Y no os olvidéis de que tenemos que coordinar nuestras acciones con las de otros escuadrones. Esa es una de tus nuevas funciones, Ibero.

—No iba a preguntártelo.

—Lo siguiente en nuestra agenda es descubrir cómo narices sabía Rúster lo del… incidente. —«Incidente» parecía una palabra tan buena como cualquier otra para llamarlo—. Mi intención era preguntarle directamente a ella, pero…

—No parecía el momento, ¿verdad? —dijo Ibero. Víbora se encogió de hombros.

—Sobre eso tengo mis propias sospechas —intervino Torpedo—. La única persona que salió de esa sala en todo el rato que estuvimos allí fue esa suboficial técnico, la que estuvo programando el enlace entre el ordenador principal y el holoproyector.

—Ah, sí. ¿Crees que puede ser amiga de Rúster?

—No lo descarto, pero no estaba pensando directamente en ella. El único paquete de datos que no pudo obtener del ordenador principal fue el de mi nave, así que seguramente fue a preguntarle a Hanniuska si su gente había podido recuperar algo de los bancos de memoria de la computadora de vuelo.

—Y Hanniuska sí que es una de las mejores amigas que tiene Rúster fuera del escuadrón —asintió Víbora pensativo—. Será mejor que le hagas una visita a nuestra mecánico jefe y le hables sobre esto.

—Iré contigo —dijo Ibero—. Yo también tengo que hacerle algunas preguntas.

Víbora miró a Ibero con curiosidad.

—Te he visto hablando con Alce antes de que se fuera. ¿Tiene eso algo que ver?

—Puede ser. Es algo a lo que le llevo dando vueltas desde que vimos la grabación por primera vez, pero no quería preguntárselo delante de Gen'yaa. ¿Te acuerdas cuando Alce decía algo así como que el transporte era un blanco hostil y se estaba escapando? —Víbora y Torpedo intercambiaron una mirada y asintieron—. Bien. Le he preguntado a Alce qué quería decir exactamente con hostil. Si era simplemente lo que pensaba en ese momento, o si su ordenador de a bordo lo había identificado realmente como tal en su pantalla sensora.

De repente Víbora estaba muy interesado.

—¿Y qué te ha respondido?

—Que las dos cosas. Que disparó convencido de que la nave llevaba minas como las otras, pero que además el ordenador lo representaba como un punto rojo.

—¿Y cómo se lo explica él? —preguntó Torpedo—. No habían podido inspeccionarlo, ¿no?

—Dice que no sabe por qué, pero que tampoco le daba mayor importancia. Según él ni siquiera pensó en el color que tenía la señal en la pantalla cuando apretó el gatillo.

—¿Significa eso que él no le había asignado un código hostil de forma manual? —Víbora no pudo evitar que se le notara un punto de ansiedad en la voz.

—Se lo he preguntado directamente, y ha dicho que no, que no lo hizo.

Ibero miró a Torpedo.

—Y por eso me voy contigo a ver a Hanniuska.

—Si algo no funcionó como debía en la computadora de Alce… —Torpedo dejó el resto de la frase en suspenso.

—Corriendo los dos al hangar —dijo Víbora. Los otros dos pilotos se despidieron y salieron a toda prisa. Víbora los contempló mientras se marchaban y cruzó mentalmente los dedos. Si había algo que les permitiera salir de este lío, por pequeño o por rebuscado que fuera, se agarraría a lo que fuera con las dos manos.

Y hasta con los dientes si hacía falta.



Capítulo VI

El ambiente era gélido en aquel cobertizo, tanto que seguramente hubiera sido intolerable de no encontrarse tan repleto de gente. Sdermila calculaba que tenían que ser alrededor de doscientas personas las que se apretujaban allí dentro. Demasiadas sin duda, pero al menos así, entre todos, conseguían darse calor y mitigar aunque sólo fuera un poco el intenso frío, que se colaba por cada abertura entre los listones de chapa barata con los que estaban construidas las paredes. Las ropas de Sdermila estaban húmedas aún, a pesar de que había tratado de secarlas junto a la pequeña hoguera que habían prendido en el centro del cobertizo. Para evitar peleas los refugiados se iban turnando para ponerse alrededor, pero eran muchos para tan poco fuego.

Sdermila había tenido que apartarse y dejar su sitio a otra persona cuando aún no estaba seca del todo. Esperaba no coger un resfriado o algo peor, pero lo cierto era que no podía hacer gran cosa por evitarlo. Todos estaban igual. *Al menos*, pensó, *no ha llovido durante las dos últimas horas de caminata. Algo es algo*. La mujer intentó encogerse un poco más de forma que pudiera envolverse también las piernas con el abrigo, que usaba a modo de manta.

Una manta, Sdermila, si es que ni eso has cogido… El abrigo no era suficiente como para hacerle sentirse mínimamente caliente, pero era todo lo que tenía.

El intenso olor a kala'ballo tampoco ayudaba a nadie a encontrarse cómodo allí, pero al menos a eso estaba acostumbrada.

También había que contar con los ronquidos. Aunque, al igual que le sucedía a Sdermila, casi nadie podía dormir, había algunos afortunados a los que nada parecía perturbarles el sueño, y daba la impresión de que unos cuantos estaban coordinando sus esfuerzos para que la sonoridad del concierto no decayera ni por un instante. Muchas de las personas que se encontraban allí, rodeando a Sdermila, eran de su pueblo. Estaba segura de que uno de los «cantores nocturnos», como los hubiera llamado su marido, era Fiodorenos, el carnicero, y otro su primo Gordelos, uno de los pastores.

Sdermila pensaba que eran ellos porque los había escuchado hablar en voz baja hasta hacía un rato, y los ronquidos comenzaron justo después de que los dos se callaran. Ay, no podía dejar de acordarse de Taigor ni un solo instante.

Él era también uno de esos benditos que podían dormir bien en cualquier circunstancia, pasara lo que pasara. Siempre decía que te puedes enfrentar a cualquier cosa estando hambriento o incluso estando enfermo, pero no muerto de sueño, así que cuando peor están las cosas más importante es que duermas lo suficiente. Desde luego, en

ese aspecto como en otros, Taigor no tenía la menor dificultad para predicar con el ejemplo. Y él también roncaba.

Oh, y de qué manera… Sdermila sintió que los labios se le curvaban en una sonrisa al recordarlo. Ella, a quien los problemas afectaban mucho más a la hora de conciliar el sueño, solía enfadarse con él, preguntándose cómo podía bastarle con cerrar los ojos para estar plácidamente dormido —y «cantando»— un instante después, mientras que ella en cambio no podía dejar de dar vueltas.

Lo más chocante de todo era el hecho de que eran precisamente sus ronquidos, y la sensación de que todo estaba bien que de alguna forma transmitían, lo que terminaba por hacer que sus nervios se fueran calmando poco a poco y que al final también ella se quedara dormida.

Ahora Taigor no estaba, hacía mucho que se le había ido. La conciencia de su falta le golpeó con fuerza, como siempre lo hacía, e hizo que la tímida sonrisa que había aparecido sobre su rostro se desvaneciera por completo.

Tumbada allí, helada de frío, pasando hambre y también mucho miedo, rodeada por vecinos y por extraños, pero por nadie de su familia, Sdermila echaba de menos a su marido más que nunca.

—Oh, Taigor, ojalá estuvieras aquí… —Sdermila movía los labios sin llegar a producir sonido. Recurría inconscientemente al viejo hábito de hablar sola, buscando calmarse y quizá así conseguir dormir un poco. Sabía que Taigor tenía razón. Tenía que descansar ahora que tenía la posibilidad de hacerlo.

Hoy había sido un día muy duro, pero quién podía saber lo que les esperaba a todos mañana…

Habían tenido suerte al encontrar esta granja, lo bastante aislada como para no ser —probablemente— molestados durante la noche, pero no demasiado lejos del camino que llevaba al paso a través de las montañas septentrionales. La familia que poseía la granja pensaba marcharse al día siguiente, uniéndose al grupo de Sdermila. Así de asustados habían quedado al enterarse de que los seibergios estaban cerca. Dadas las circunstancias, habían sido extremadamente amables con los que iban a ser sus compañeros de viaje. Además del cobertizo, ofrecieron su propia casa para alojar a los niños y a las personas mayores, al menos hasta que ya no cupo nadie más.

Sdermila hubiera podido buscar un hueco allí, pero había preferido quedarse en el cobertizo para estar más cerca de su kala'ballo. La vieja bestia estaba atada a la entrada junto con otros siete animales, dos de los cuales pertenecían a los granjeros. Llevaba tanto tiempo trabajando con ése bicho que estaba segura de que sería capaz de reconocer sus bufidos en el caso de que alguien intentara llevárselo en mitad de la noche. Puede que no fuera gran cosa, pero en esos momentos el decrépito kala'ballo era todo cuanto poseía.

Sdermila se dio la vuelta intentando encontrar una postura más cómoda.

Al hacerlo su estómago dejó escapar un gruñido. *Más vale que te vayas acostumbrando a las comidas ligeras*, pensó, como si su estómago pudiera entenderla. En todo caso la víscera pareció resignarse y no volvió a protestar.

Era una pena que los granjeros no hubieran tenido más comida para compartir con sus hambrientos invitados. *O quizá sí que la tienen*, razonó, *pero han decidido guardarla para sí*. Sdermila no los culparía si fuera ése el caso. Su estofado de kalashiri se había convertido en la cena de una docena de personas, apenas un aperitivo tras repartir entre tantos lo que ella había cocinado para tan pocos —tan sólo para ella, en realidad, aunque había preparado lo suficiente para que con las sobras congeladas pudiera comer un par de veces más—. Aún así, Sdermila había reservado una pequeña ración para tener algo al día siguiente, en el caso de que las cosas siguieran yendo de mal en peor. Está bien ser generoso, solía decir Taigor, pero no estúpidamente generoso.

Sdermila escuchó un crujido y un rayo de luz muy tenue iluminó su cara por un instante. Al mirar vio que la luz provenía de las puertas, abiertas para admitir a más gente. *No van a encontrar sitio para tumbarse todos*, fue lo primero que pensó. Supuso que ésa era la razón por la que todo el mundo fingía dormir, para no perder el espacio que ocupaban. La mujer levantó la cabeza un poquito, lo justo para mirar por encima de los cuerpos de los que la rodeaban. Antes de que volvieran a cerrarse las puertas y regresara la oscuridad —hacía rato que de la pequeña hoguera no quedaban más que rescoldos— llegó a ver a los recién llegados por un breve instante, silueteados contra la luz mortecina que venía de fuera. Niños, todos eran niños. Eso quería decir que los adultos que viajaban con ellos habían tenido que permanecer fuera. *Pobres criaturas*, pensó Sdermila, sintiendo que el corazón se le encogía un poco más de lo que ya lo tenía. *Obligados a dejar sus casas y sus colegios, a caminar bajo la lluvia durante todo el día y parte de la noche, para dormir ahora, si pueden, rodeados de extraños y sin el consuelo de ningún pariente. Si nosotros tenemos tanto miedo, no puedo ni siquiera imaginarme lo aterrados que estarán ellos*. Al ocurrírsele pensar por un instante que entre esos niños hubieran podido estar sus nietos, Sdermila apenas fue capaz de contener las lágrimas que, de pronto, acudieron a sus ojos.

—No están aquí, Sdermila —murmuró para sí— los pequeños Drivan y Mila están a salvo, en Balania, con Jeiran y con Voeda. Estarán resguardados en un sitio cálido, no estarán pasando hambre ni tampoco estarán asustados —Sdermila se secó las lágrimas con una de las mangas del abrigo y volvió a tumbarse en el suelo. Se acordó de lo quedaba del estofado y suspiró. Si tan sólo uno de esos niños se la quedaba mirando se lo daría todo, aunque eso significara quedarse sin nada para comer ella.

Había un pequeño agujero en el techo. No quedaba exactamente encima de donde ella se encontraba, pero si se giraba un poco hacia la izquierda podía llegar a ver una estrella brillando allá arriba. Sdermila permaneció contemplando su luz durante un rato, hasta que desapareció de repente. Comprendió que se estaba nublando otra vez. Como tantos otros balanios se había pasado toda su vida mirando al cielo, de cuyos caprichos dependían sus cosechas de cereales y su pequeño huerto, y por tanto su misma subsistencia, intentando siempre adivinar los cambios del tiempo antes de que los anunciaran —Taigor siempre estaba diciendo que los meteorólogos seibergios eran tan dignos de confianza como sus políticos, o quizá incluso menos— Sdermila sabía que si seguía haciendo ese frío podía

estar nevando antes de que amaneciera. Justo lo que les faltaba. Le habían dicho que les quedaban al menos dos o tres días más de marcha hasta el más cercano de los campos de refugiados de la Nueva República, aunque lo cierto era que ninguna de las personas con las que había hablado Sdermila lo sabía a ciencia cierta. No sería fácil llegar hasta allí si la nieve empezaba a cubrir los caminos antes de tiempo. En cualquier caso, no tenían más opción que continuar. Si alguien había pensado que los seibergios iban a permitirles volver pronto a sus casas, seguramente había cambiado de opinión tras el mal encuentro que habían tenido esa tarde.

Llevaban varias horas andando cuando los vieron. Eran diez, o al menos esos contó Sdermila. Habían cruzado un viejo carro en mitad de la carretera y dos de ellos estaban sentados en lo alto, mirándolos de modo desafiante. La mayoría llevaban puestas encima algunas piezas de armadura, no del blanco inmaculado de las tropas de asalto imperiales —a los que Sdermila sólo había visto en el holoreceptor de Jeiran—, sino de las otras pintadas en tonos grises, marrones y verdes que usaban las unidades especiales y el ejército seibergio —menos efectivas para repeler un láser pero mucho más útiles como camuflaje—. Junto a la carretera, en la cuneta de la derecha, había un kala'ballo muerto, quizá el mismo que había tirado del carro. Sdermila tuvo que sujetar con más fuerza las riendas del suyo, que la seguía con el paso vacilante que había adquirido en sus últimos años. El anciano animal ya había olido el cadáver de su congénere y resoplaba de miedo, pero no hizo intento de huir. Sdermila escuchó susurrar a un hombre a su espalda, preguntándose qué iban a hacer.

Alguien le respondió que cerrara la boca y siguiera caminando. Estaban todavía a unos cincuenta metros del carro cuando escucharon las risas de los seibergios. Ella agachó la cabeza como vio hacer a sus compañeros de marcha y evitó mirar directamente a los paramilitares. El paso del grupo se iba reduciendo de forma notable a medida que los de cabeza iban llegando hasta los seibergios. Parecían dudar por qué lado del carro pasar, pero finalmente eligieron hacerlo por la izquierda. Por allí el hueco era más estrecho, pero al menos no tendrían que pasar junto al kala'ballo muerto. Eso podría asustar aún más a los animales que llevaban consigo, y también por supuesto a los niños.

Los seibergios dejaron de reír. Sdermila arriesgó una mirada por encima de las cabezas de los que la precedían. La mayoría de los seibergios eran muy jóvenes, apenas adolescentes, que sin embargo sujetaban armas letales con aparente despreocupación. Vio la anticipación en sus ojos, escondida apenas su impaciencia tras sus más o menos casuales posturas. Había algo perverso en el modo en el que observaban aproximarse a la muchedumbre. Predadores acechando a su presa mientras ésta camina hacia la trampa que le han tendido. Sdermila sintió un profundo escalofrío, pero su temblor no se debía al frío. Acababa de comprender que no iban a dejarles cruzar por las buenas.

Volvió a dirigir su vista al suelo, temerosa de pronto de que su curiosidad no hubiera pasado desapercibida. El tenso silencio sólo era roto por el llanto nervioso de un niño, al que su madre intentaba tranquilizar sin éxito. Cuando dejó de oírsele Sdermila sospechó que era porque le habían tapado la boca.

Los balanios siguieron caminando, aunque cada paso que daban parecía imperceptiblemente más corto que el anterior, esperando como estaban a que los hicieran parar de un momento a otro. La ligera llovizna que llevaba ya rato acompañándoles se estaba espesando poco a poco hasta empapar a personas y bestias, pero nadie parecía notarlo. Cuando los de delante estaban ya a la altura del carro se escuchó el primer disparo de bláster.

Hubo un chillido colectivo y los balanios comenzaron a arrojarse boca abajo sobre el camino o preferentemente sobre las cunetas, que se encontraban ya llenas de barro. Sdermila se tiró al suelo como los demás, y al hacerlo se le escaparon de las manos las riendas con las que sujetaba a su aterrado kala'ballo. Al caer rodó como pudo hacia el borde de la carretera, protegiéndose la cabeza con los brazos aún sabiendo que eso no la salvaría si el animal llegaba a golpearla con sus cascos. Durante unos terribles instantes ni siquiera se atrevió a moverse, mientras escuchaba los alaridos de pánico de personas y bestias, los gritos en seibergio y los disparos, muchos disparos.

Sdermila no sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando se dio cuenta de que de que las armas habían callado y cesado los gritos. Ni siquiera entonces se atrevió a levantar la cabeza, a pesar de que apenas podía respirar, pues tenía la cara medio enterrada en el fango. La lluvia era cada vez más fuerte. El ruido que hacían las gruesas gotas al estrellarse contra el barro y contra los charcos, contra el gastado duracreto de la carretera y contra sus propias ropas era todo lo que oía. Se preguntó si todos los demás estarían muertos, si los seibergios se habrían dado cuenta de que ella aún seguía con vida, si no habría uno de ellos, en ese mismo instante, caminando hacia ella con su arma a punto, apuntando a su cabeza para rematarla de un tiro.

Entonces escuchó gruñir muy cerca a un kala'ballo, el suyo, y luego a otro un poco más lejos. Alguien lloraba. Y de pronto se oyeron de nuevo las risas, mucho más fuertes que antes. Intentó permanecer lo más inmóvil posible, poniendo en ello toda su voluntad, pero los temblores que agitaban su cuerpo estaban más allá de su control. Sdermila tiritaba de miedo y de frío, ahora sí también de frío, pues estaba calada hasta los huesos.

—¡Vamos, corderitos! —exclamó alguien en seibergio, un idioma que todo balanio entendía razonablemente bien, aunque no muchos lo hablaran de forma fluida—. ¡Levantaos y miradme!

Sdermila no pudo obedecer a la primera. Tenía las piernas como dormidas, embotadas. Bajo el pánico de que le dispararan si no se levantaba enseguida, buscó frenéticamente algo a lo que agarrarse o donde apoyarse. Su mano se enganchó en lo que resultaron ser las riendas de su kala'ballo. La vieja bestia, al parecer, ni siquiera se había movido de su lado, paralizada por el miedo. Sdermila decidió creer que se había quedado por lealtad hacia ella.

Cuando consiguió por fin ponerse en pie acarició el cuello del kala'ballo, agradecida, con un cariño que no había sentido por él en muchos años. El animal se calmó un poco. A su alrededor casi todo el mundo se había levantado ya. Descubrió con sorpresa que nadie parecía estar herido. La única excepción era un kala'ballo, más joven que el suyo, que al parecer había intentado escaparse. Lo habían acribillado a disparos al otro lado del camino.

Uno de los seibergios estaba registrando las alforjas que llevaba, tirando al suelo la mayor parte de su contenido. Sdermila entendió entonces que no iban a matarlos, o al menos no todavía. Primero iban a robarles.

—Vamos a poner las cosas claras, ¿de acuerdo? —dijo el joven que había gritado, al parecer al mando del grupo, hablando en básico esta vez. Su tono era burlesco, cargado de desprecio—. Os encontráis en Seibergia. Nosotros somos seibergios y vosotros no. Estáis usando una carretera seibergia y debéis pagar el correspondiente peaje a las autoridades seibergias, es decir, a nosotros —Algunos de los otros jóvenes soltaron una carcajada—. Quiero ver los contenidos de vuestras bolsas perfectamente colocados en el suelo, delante vuestro, y nosotros decidiremos cuál es la cuota que debéis abonar cada uno.

Aquellos que no colaboren o que intenten guardarse algo serán castigados en el acto. Igual que el kala'ballo aquel —más risas—. ¿Está claro?

Al ver que nadie se atrevía a contestarle el seibergio disparó una ráfaga al aire. Algunas personas —Sdermila no fue capaz— volvieron a arrojarse al suelo, lo que dio nuevas causas para la hilaridad de los seibergios.

—¿Está claro? —repitió el cabecilla. Esta vez un coro de asustados y presurosos síes pareció dejarle satisfecho.

Diez minutos más tarde todo había terminado. Aquellas personas que llevaban dinero —imperial o seibergio— o cualquier objeto de algún valor, fueron eficientemente despojados de todo ello. Todo parecía indicar que esa banda estaba adquiriendo un montón de experiencia en lo de robar a gente indefensa.

El jovenzuelo que registró las escasas posesiones de Sdermila abrió incluso el contenedor de alimentos. Al descubrir que todo lo que había allí era estofado de kalashiri escupió dentro y luego volvió a cerrarlo. Cuando terminaron su trabajo, permitieron que los asustados y un tanto maltrechos caminantes continuaran su marcha, no sin despedirse primero con una nueva descarga de sus blásters y fusiles de asalto, para goce salvaje de los propios seibergios y el pánico feroz de los balanios. De éstos no eran pocos los que habían pensado que, ahora que tenían lo que querían, los paramilitares iban a matarlos de todas formas.

Mientras Sdermila pasaba junto al carro cruzado en el camino y a los sonrientes seibergios subidos en él, se escuchó una especie de zumbido sobre sus cabezas, amortiguado por la distancia. La aterrada mujer no se atrevió a mirar hacia el cielo, pero escuchó como uno de los jóvenes armados le decía a otro: Un ala-B.

—¿Estás seguro? —le contestó su compañero.

—Sí, mira, usa mis binoculares. Será mejor que nos apartemos de la carretera. Aquí se nos ve demasiado.

—Eh, no pensarás que pueda atacarnos, ¿no?

—¡Pues claro que puede, idiota! ¿No has escuchado las noticias? Ayer derribaron a un carguero que llevaba balanios tan sólo para estar seguros de que no era uno de los nuestros…

Sdermila no pudo entender nada más de lo que decían, pues ya se encontraba demasiado lejos de ellos. No estaba segura de haberles entendido correctamente, y en ese instante su único pensamiento era alejarse de allí lo antes posible.

La cara del adolescente seibergio que había escupido sobre su kalashiri no se le había olvidado. Por fortuna no había decidido tirarlo al barro. Un escupitajo no le haría daño a nadie, aunque no obstante no les contó nada de ese incidente a los vecinos con los que habían compartido el estofado. El sólo pensar en ello la ponía furiosa, pero no tanto como para pasar hambre por culpa de un niñato, ni tampoco quería arruinarles la cena a ninguno de los otros, no fueran a ser más escrupulosos que ella. Sdermila se movió incómoda sobre el suelo. ¿Qué edad tendría ese chico? ¿Dieciocho? ¿Menos aún quizá?

No podía dejar de preguntarse cómo alguien tan joven podía comportarse de una forma tan repugnante. ¿Qué le habían hecho ella o cualquiera de sus compañeros de marcha como para merecer tanto odio y tanto desprecio? Si las circunstancias hubieran sido otras le hubiera cruzado la cara de un bofetón y se le hubiera llevado agarrado de una oreja a ver a sus padres.

—Si las circunstancias hubieran sido otras, Sdermila —murmuró con amargura—, hubieras sabido quién era el chico y quiénes eran sus padres. Si las circunstancias hubieran sido otras un… un niño como él no llevaría un arma en la manos.

Por primera vez Sdermila se preguntó si su hijo Jeiran y su familia habrían conseguido llegar sin problemas al espaciopuerto de Nurtina. La mera duda le provocaba temblores. El cobertizo, de pronto, parecía mucho más frío aún que un minuto antes. ¿Y si también a ellos les habían asaltado a mitad de camino? Podrían haberles robado todo, dejándoles sin medios ni para tomar su vuelo ni tampoco para regresar a casa. Podrían haberles hecho daño….

—Por favor, Sdermila —murmuró enfadándose consigo misma— deja de pensar tonterías o vas a volverte loca. Por supuesto que llegaron bien a Nurtina. Se montaron en su nave y ahora están todos en Balania, esperando a que tú aprendas a no ser tan cabezota y vayas con ellos —Para empezar, ¿por qué razón había seguido a la muchedumbre que se dirigía hacia las montañas?

Podría haber reunido todo el dinero que tenía en casa y huir hacia Nurtina, en busca de Jeiran, y no precisamente en dirección contraria…

—No seas estúpida, Sdermila. Los seibergios que estaban prendiéndole fuego a medio pueblo venían por la carretera de Nurtina. Tres días, no, cuatro ya. Jeiran, Voeda y los niños se fueron hace cuatro días. Quizá hace cuatro días no había bandas de delincuentes seibergios, ni tampoco soldados, en la carretera de Nurtina. Les bastaba con un día para llegar hasta allí en transporte público. Seguro que entonces aún no había problemas para llegar. Sí, seguro que llegaron bien. Seguro… —Sdermila dejó de susurrar, temerosa de que alguien le estuviera escuchando. Respiró profundamente y se concentró en observar el agujero del techo, luchando por vaciar su mente de pensamientos oscuros e improductivos. Su hijo, su nuera y sus nietos estaban a salvo. Su error había sido no irse con ellos cuando tuvo la oportunidad. Esta mañana, cuando empezó por fin a arrepentirse de no haberlo hecho, era ya demasiado tarde. Si hubiera intentado ir hacia Nurtina se lo habrían impedido. Si hubiera llevado dinero consigo se lo habrían quitado. Las cosas estaban como estaban, le gustara o no, así que no tenía ningún sentido seguir preguntándose esto y aquello, temiendo lo uno y lamentando lo otro. Poco a poco fue recobrando la calma. A lo mejor hasta conseguía dormir un poco. Con los ojos entrecerrados, vio algo blanco caer a través del agujero del techo. Un copo de nieve. Luego cayó otro. Estaba comenzando a nevar.

Las puertas se abrieron otra vez con un chirrido metálico. *Qué poco cuidado han tenido esta vez*. No se incorporó para ver quién entraba. Serían más pobres niños. *Pero a ver si cierran pronto las puertas*, pensó, *están dejando escapar el poco calor que tenemos aquí dentro… ¿Es que no se dan cuenta?* Estaba a punto de darse la vuelta para ver qué pasaba cuando una voz de hombre se dejó oír con fuerza.

—Siento molestaros ahora que estabais descansando, amigos míos, pero necesito que me prestéis vuestra atención. Por favor.

Aquello había sonado más como una orden que como un ruego.

Sdermila se sentó con esfuerzo y miró hacia el propietario de la voz. A su alrededor casi todo el mundo miraba también. No podía distinguir bien los rasgos del hombre con tan poca luz, pero lo que sí podía ver era el enorme fusil láser que llevaba sujeto a la espalda. Justo detrás de él había dos hombres más, los dos armados. Tan sólo el hecho de que el hombre hubiera hablado en balanio ayudaba a que Sdermila y el resto de refugiados no se asustaran demasiado, o al menos no hasta el nivel del pánico, por su presencia allí. Tras unas cuantas exclamaciones de sorpresa y muchos susurros nerviosos, se hizo un completo silencio.

—Muchas gracias —dijo el hombre—. Mi nombre es Ciric Baranka. Soy miembro del Ejército Balanio de Liberación —la declaración provocó un nuevo torrente de murmullos. Aquellos hombres eran de la guerrilla. Sdermila recordó lo que algunos vecinos le habían contado de ellos. Hacía poco que se había organizado una guerrilla local, nacida como respuesta a las cada vez más frecuentes incursiones de los paramilitares seibergios. En varios lugares de la Región Balania, sobre todo en aquellos que habían sido especialmente afectados por los ataques, algunos hombres habían decidido armarse. Al principio eran pocos y su armamento era más bien simbólico, pero

proclamaban ser soldados del Ejército Balanio— al que daban no menos de quince o veinte nombres diferentes, casi tantos como grupos se habían formado. —Aparte de defender sus pueblos y aldeas de los paramilitares, algunos se vieron envueltos en varios incidentes de menor importancia con las autoridades seibergias. Nada grave, en realidad, hasta que en un pueblecito llamado Rideria resultaron muertos dos policías seibergios. Las fuerzas policiales habían sido enviadas para disolver una concentración de aldeanos que habían interrumpido el tráfico en la autopista de Nurtina— la única que entraba en la Región Balania, y que comunicaba su única ciudad importante con el resto del continente. —Una vez comprobado que los balanios no iban a deponer su actitud así como así, la policía recibió órdenes de abrir fuego con sus armas aturdidoras. Entre los aldeanos había algunos que portaban armas ocultas, aunque por desgracia para ellos no poseían nada tan sofisticado como un aturdidor. Lo que tenían eran antiguas pistolas láser, viejas ya cuando comenzaron las Guerras Clon, y adquiridas a un precio escandaloso en el mercado negro. Obsoletas y poco fiables, en suma, pero cuando disparaban seguían siendo letales. Los medios de comunicación seibergios no publicaron nada sobre lo que pasó a continuación, una auténtica matanza, cuando la policía hizo uso de sus blásters para repeler la agresión. Los cuerpos de los dos policías fallecidos, no obstante, su funeral y el desconsuelo de sus familias, tuvieron una presencia constante en los canales de noticias y en las revistas durante semanas. La tradicional desconfianza que la población seibergia sentía hacia los balanios, que había alcanzado niveles sin precedentes tras su inaudita, y a todos los efectos inútil, declaración de independencia, desembocó rápidamente en el más puro odio. Antes de que los inculpados por la muerte de los dos policías, aquellos que sobrevivieron al tiroteo inmediato y a la posterior persecución, fueran llevados ante un tribunal en la capital, Somolovich había utilizado ya el incidente para justificar su decisión de enviar tropas a ambos lados de las fronteras de la Región Balania, con el pretexto de proteger a la población seibergia de la zona, a quienes en realidad nadie había molestado todavía. Fue entonces cuando los grupos de balanios armados, enfrentados no sólo a los ahora mucho más numerosos y notablemente mejor equipados paramilitares, sino al propio ejército seibergio, unieron sus fuerzas y se organizaron como fuerza militar, adoptando el nombre de Ejército Balanio de Liberación, o simplemente EBL. La nueva guerrilla recibió el apoyo inmediato de la mayoría de la población balania, y aquellos que no la veían con buenos ojos se cuidaban muy mucho de decirlo en voz alta, temerosos de convertirse en víctimas de posibles represalias. La palabra «colaboracionista» era un insulto muy grave aquellos días, y prácticamente una sentencia de muerte en el caso de que fuera confirmado aunque sólo fuera a medias. Después de tanta represión y tantas humillaciones, muchos balanios estaban orgullosos de lo que hacía la guerrilla.

Jeiran estaba entre esos pocos que pensaban que el Ejército Balanio de Liberación y los que lo habían creado eras la causa de muchas de las calamidades que ahora sufrían. Eso no hacía de él un simpatizante de los seibergios ni mucho menos pero, como él mismo decía a veces en tono sarcástico cuando surgía el tema, «lo queramos o no

estamos viviendo en su planeta». También decía que la única forma que tenían de alcanzar esa soñada libertad de la que todo el mundo hablaba era marcharse de allí, tal y como había hecho Lania años atrás. Sdermila sufría mucho al oírle hablar así, pero prefería callar antes que responderle y contribuir a avivar más aún el amargo fatalismo, no exento de rencor hacia el mundo en el que les había tocado vivir, de que su hijo hacía gala en esas ocasiones. «Dos no se pelean si uno no quiere» era otro de los dichos preferidos de Taigor. Mejor tragarse sus opiniones, pensaba Sdermila, que darle más razones a Jeiran para querer emigrar, sobre todo teniendo en cuenta que Voeda parecía estar de acuerdo con su marido aunque no lo expresara de forma tan vehemente. Al final, sin embargo, habían acabado yéndose de todas maneras.

Ay, Sdermila. ¿Tanto te costaba admitir que…?

Haciendo un esfuerzo, se obligó a interrumpir aquella línea recurrente de pensamiento y a prestar atención a lo que decía ese hombre, el tal Ciric.

—Como habéis podido comprobar hoy en vuestras propias carnes, los seibergios no van a dejarnos vivir en paz. Durante dos mil años hemos trabajado sin descanso esta tierra que para ellos no tenía valor alguno. Desde que nuestros antepasados cambiaron sus armas por utensilios de labranza, jamás hemos vuelto a representar una amenaza para nuestros vecinos seibergios. Algunos, incluso, han venido a vivir entre nosotros, aunque sin pretender nunca ser nuestros iguales, sino más bien nuestros amos…

—Eso no es verdad —dijo un hombre al que Sdermila no conocía—. Yo estoy casado con una mujer seibergia, y eso hace de mis hijos medio seibergios también. No todos los seibergios son mala gente.

—No pretendas decirme que tu mujer jamás ha intentado ser tu dueña —replicó Ciric con una sonrisa, aparentemente sin molestarse por la interrupción.

—Bueno, es una mujer —ese comentario arrancó risas de muchos de los hombres presentes e incluso de algunas de las mujeres. Ciric miró al hombre con simpatía.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Kalemos Berideni.

—Encantado de conocerte, Kalemos. ¿Está tu mujer aquí contigo?

Kalemos pareció retraerse ante esa pregunta.

—No, no está aquí. Se ha llevado a los niños con su familia, a Senovia Sal. Los dos pensamos que era lo mejor, dadas las circunstancias.

—Debo darte la razón en eso, Kalemos. Estarán más seguros en Seibergia que aquí. Más seguros, pero no a salvo de todo —Ciric dejó de sonreír.

—¿Qué quieres decir? —De repente Kalemos parecía preocupado.

—Acabas de decirme que tus hijos son medio seibergios, pero en Seibergia los tratarán como medio balanios, que es como decir bastardos, y tu mujer no podrá protegerlos, ya que a ella la tratarán aún peor. Para la mayoría de los seibergios una mujer que se ha casado con un balanio es peor que una prostituta.

—¿Cómo te atreves…? —Kalemos se levantó apretando los puños, sus ojos luchando por contener lágrimas de indignación y de furia.

—Perdóname, amigo. No he pretendido ofenderos ni a ti ni a tu mujer ni a tus hijos, a quienes no conozco, pero sabes que lo que he dicho es la pura verdad. Dime, ¿qué tal son tus relaciones con tu familia política? —Kalemos no respondió. El pobre hombre se dejó caer al suelo, derrotado, y se cubrió la cara con las manos. Ciric movió la cabeza de un lado a otro—. Ya veo que no son buenas. La tuya es una triste historia, Kalemos, pero no es de las peores que conozco. Me han dicho que los paramilitares con los que os habéis topado por el camino hacia aquí se limitaron a asustaros y a robaros, ¿es eso cierto? —varias voces respondieron afirmativamente—. En ese caso debéis saber que habéis tenido mucha suerte. Aquí conmigo están algunos de mis compañeros. A Fenner, este joven que veis a mi derecha, lo sacaron de la cama a media noche. A él y a toda su familia. A Fenner y a su padre los obligaron a presenciar cómo su madre y su hermana mayor eran sistemáticamente violadas por varios hombres. Por los chillidos que se escuchaban fuera, Fenner supo que estaba pasando lo mismo en otras casas. Cuando terminaron, empujaron a la calle a Fenner y a su padre y se los llevaron del pueblo, junto con todos los hombres que aparentaban más de catorce años. Les obligaron a cavar una larga trinchera junto al bosque. Eso les dijeron, que era una trinchera, pero Fenner no les creyó. En un momento dado golpeó con su pala al seibergio que tenía más cerca y echó a correr entre los árboles. La oscuridad le ayudó. Eso y el hecho de que los seibergios estuvieran casi todos borrachos, por lo que su puntería no era muy buena. Pero tuvieron la suficiente como para asesinar a todos los demás, incluyendo al padre de Fenner, que o bien no se atrevieron a intentar huir como había hecho él, o bien conservaban aún la esperanza de poder ayudar a sus familiares, a sus mujeres y a sus hijos, retenidos aún en sus casas. —El joven Fenner dio un paso al frente, mirando de forma amenazadora a los hombres que tenía enfrente, como si los estuviera retando a llamarle cobarde por haberse escapado dejando atrás a sus padres y a su hermana. Todos apartaban la mirada, ninguno se atrevería a sugerir tal cosa. Ciric hizo una larga pausa antes de continuar con su narración—. Fenner permaneció escondido durante toda la noche, escuchando los disparos, viendo a lo lejos el resplandor de las llamas, oyendo los gritos desesperados de las mujeres y de los niños pequeños. A la mañana siguiente, cuando estuvo seguro de que los seibergios se habían ido, volvió al pueblo. Vio la trinchera, fosa en realidad, que él había ayudado a cavar, y que los seibergios habían dejado a medio cubrir. Entre la tierra sucia asomaban los cuerpos de todos los hombres del pueblo. Su padre, sus tíos, sus vecinos y amigos. Volvió a su casa, de la que apenas quedaba nada, y encontró junto a ella el cadáver chamuscado de su madre. Aunque buscó por todas partes y comprobó cada uno de los cuerpos, incluidos los que estaban en la zanja, no pudo hallar a su hermana. No puedo deciros qué fue de ella, no lo sé, tan sólo puedo tratar de imaginarlo. Pero creedme si os digo una cosa —Ciric puso una mano sobre el hombro del joven guerrillero— Fenner piensa en ello cada segundo. Tras vagar durante días por los alrededores del pueblo, al filo mismo de la locura y quizá el suicidio, se topó con una de nuestras patrullas, de la que yo formaba parte. Nos contó lo que había pasado e inmediatamente pidió unirse a nosotros. Con su ayuda, encontramos el rastro de la partida

de seibergios que habían atacado su pueblo y los seguimos. Los alcanzamos dos días y tres noches más tarde.

Pudimos rescatar a algunas de las mujeres jóvenes que se habían llevado consigo esas bestias para poder seguir abusando de ellas, probablemente hasta que encontrasen otro pueblo que arrasar y más carne fresca con la que saciar sus crueles instintos. Me llena de orgullo deciros que dos de aquellas mujeres se encuentran hoy luchando entre nosotros. Por desgracia no encontramos a la hermana de Fenner. Para aquellos de vosotros que os lo estáis preguntando, os diré que sí, que matamos a todos los seibergios. A todos. Algunos a esto lo llamaréis venganza. Otros lo llamaréis justicia, y justicia es, en efecto, pero yo lo llamo defensa propia. Defensa propia, sí, defensa de los nuestros, porque esos seibergios irían después a más pueblos.

Quizá el vuestro estaba ya próximo en su lista.

Ciric permaneció en silencio durante un rato, dejando que el horror de su relato penetrara hasta lo más hondo de las mentes y de los corazones de su audiencia, preparándolos para la segunda parte de su discurso. Sdermila sintió un estremecimiento, impresionada como todos sus vecinos por las vívidas y terribles imágenes que habían evocado las palabras de ese hombre. Vio que Drula, la mujer de Fiodorenos, empezaba a llorar, mientras su marido la consolaba entre sus brazos a la vez que blasfemaba entre sus dientes apretados con ira. Semejante historia no podía dejar a nadie indiferente.

Sumada a lo que habían padecido hoy, incluso ella sentía deseos de hacer pagar a los seibergios por las atrocidades cometidas contra su gente. Sobre todo, querría hacerles pagar por hacer que se fueran sus hijos y sus nietos. La mujer observó a Ciric Baranka y cómo él les devolvía a todos la mirada. Desde luego aquel hombre sabía cómo convencer a la gente para que lo siguieran.

Porque, ¿qué otra cosa podía querer de ellos? *Menudo soldado harías tú, Sdermila*, se dijo a sí misma. Mientras lo miraba, el líder guerrillero levantó una mano para llamar la atención de todo el mundo. Se disponía a hablar otra vez.

—Podría contaros un centenar de historias como la de Fenner, pero ni tenemos tiempo para ello, ni creo tampoco que os haga falta oírlas todas.

Como decía hace un rato, los seibergios no nos dejarán jamás vivir en paz. No pretendo decir que todos y cada uno de los seibergios sean malvados —dijo mirando a Kalemos Berideni—, ni que debamos matarlos a todos como hicimos con los asesinos de la familia de Fenner. Lo que sí digo es que es nuestro deber defendernos de los que invaden nuestra tierra, esta tierra en la que nuestros antepasados lucharon, y que nosotros nos hemos ganado con nuestro esfuerzo durante generaciones. Nosotros, los miembros del Ejército de Liberación Balanio, estamos decididos a combatir hasta nuestro último aliento contra aquellos que vienen a echarnos de nuestras casas, a torturarnos y a matarnos, a nosotros y a aquellos a los que queremos. Mientras estuvo aquí, el Imperio nos dio una cierta protección, pero en realidad no les importábamos lo más mínimo. No olvidéis que los seibergios se consideran a sí mismos ciudadanos imperiales, y jamás hubieran aceptado que nosotros gozásemos de la misma consideración. No, el Imperio

apenas nos ayudó, y por desgracia estamos empezando a comprender que la Nueva República no será mejor que ellos. Sus cazas están haciéndoselo pasar mal a los invasores, y eso está muy bien, pero su bloqueo también nos hace daño a nosotros al impedirnos recibir las armas que tan desesperadamente necesitamos para sobrevivir. Están aquí nada más para evitarse una vergüenza como la que tuvieron que afrentar cuando permitieron que Vina Bosolia fuera reducido a escombros, sin que ellos movieran un dedo para impedirlo. No arriesgarán las preciosas vidas de sus soldados bajando aquí a derrocar el gobierno del asesino Somolovich, y por supuesto saldrán corriendo antes de verse envueltos en una guerra con los mejores amigos del dictador, los corelianos. En el mejor de los casos aguantaran aquí hasta que sus reporteros encuentren un sitio más interesante al que ir con sus cámaras, y entonces todo será peor que antes de que aparecieran.

—Vamos hacia uno de sus campos de refugiados, ¿le parece que hacemos mal en ir? —preguntó una voz de mujer. Sdermila vio que se trataba de su vecina Redina, a la que apenas había visto en todo el día. A juzgar por la mirada que su marido, Dimeter, le estaba dirigiendo, él hubiera preferido que Redina se hubiera abstenido de intervenir.

—No, me parece bien —respondió Baranka—. No podemos ofreceros refugio y alimento a tanta gente. No tenemos cuarteles dignos de semejante nombre, tan sólo las montañas y los bosques, y eso no es para cualquiera, he de admitirlo. Id a los campos de la Nueva República, aceptad su ayuda mientras estén dispuestos a prestarla. Pero algunos debemos renunciar a ella y quedarnos a pelear, o ninguno de vosotros tendrá un sitio al que regresar cuando el personal de la Nueva República pliegue sus tiendas y se vayan con ellas a otra parte. Aquellos de vosotros que gozáis de buena salud y tenéis la fuerza necesaria como para resistir esta clase de vida debéis venir con nosotros. No podemos daros mucho, pero cada uno de los que vengáis recibiréis entrenamiento y un arma con la que luchar por lo que os pertenece. —Algunos se pusieron en pie de inmediato. Sdermila vio a Gordelos, Fioderenos y a otros vecinos de su pueblo, incluyendo a algunas chicas jóvenes, levantarse con el corazón inflamado en deseos de irse tras Ciric Baranka a donde éste quisiera llevarles. Kalemos Berideni, con expresión compungida pero a la vez decidida, también estaba entre ellos. Otros en cambio se quedaron sentados en el suelo, con las dudas que tenían sobre todo aquello reflejadas en sus caras. Se trataba de gente pacífica a la que jamás se le habría ocurrido la idea de empuñar un arma, y que incluso ahora, viéndose como se veían, seguían sin sentirse inclinados a utilizar la violencia. Era posible que algunos no confiasen en Baranka y en sus motivaciones. ¿Era ese hombre tan altruista como parecía, o bajo su discurso patriótico se ocultaba algo más? Fue finalmente Dimeter quien se atrevió a preguntar en voz alta lo que a muchos les rondaba por la mente.

—¿Y qué pasará si, a pesar de todo, algunos decidimos no unirnos a vosotros? —Esa pregunta le convirtió en objetivo de las miradas airadas de los que le rodeaban, muchos de los cuales habían quedado totalmente convencidos por la oratoria de Ciric. Algunos

llegaron a abuchearle. Ciric levantó ambas manos pidiendo silencio y se quedó mirando a Dimeter con expresión severa.

—Eres libre de tomar tus propias decisiones —dijo. Junto a él, Fenner fulminaba a Dimeter con una mirada de profundo e indisimulado desprecio—. No obligamos a nadie a luchar. Pero tampoco ayudaremos a aquellos que, pudiendo aportar algo, prefieran darnos la espalda. Si no morimos en el intento, es posible que llegue el día en que alcancemos nuestra meta y consigamos echar a los seibergios de nuestra tierra. Unidos con Balania o no, con el apoyo de la Nueva República o sin él, la Región Balania debe ser, y será, gobernada por aquellos que arriesgaron su vida por ella. Estoy seguro de que, antes de que podamos elegir a los que serán nuestros líderes en tiempo de paz, el gobierno provisional de la región y el de cada uno de los pueblos y aldeas que la componen estará formado por miembros de nuestro Ejército. Y después de eso, cuando podamos celebrar unas elecciones en condiciones, no tengo razones para dudar que nuestra gente elegirá preferentemente a aquellos candidatos que sean excombatientes. ¿A quién podría extrañarle, si ya habrán demostrado en la lucha su devoción y su generosidad para con los demás? ¿A quién le parecerá injusto, si habrán defendido a este pueblo con su propia sangre? Tampoco deberá sorprenderse nadie si, llegado el momento, nuestros nuevos gobernantes recuerden y tengan en cuenta quién hizo su parte y quién no. Lo contrario sí que sería injusto con aquellos que han muerto y con los que aún han de hacerlo en la batalla que tenemos por delante.

Los que se encontraban en pie celebraron las palabras de Ciric con una estruendosa ovación. Muchas caras se volvieron para ver la reacción de Dimeter. Sdermila lo vio mirar a su mujer con ternura durante unos instantes, decirle algo al oído que nadie más pudo oír, pero que a ella la hizo romper a llorar. Aunque Redina le sujetó intentando impedirlo, Dimeter se puso en pie junto a los otros, devolviéndole a Ciric la mirada. El líder guerrillero asintió en silencio, demostrando su aprobación por la decisión que había tomado. El gesto de Dimeter fue recibido con aplausos, mientras Fiodorenos se acercaba a darle palmadas en la espalda. Entre los que dudaban, hubo otros que siguieron el ejemplo, y enseguida se montó una improvisada oficina de reclutamiento a la entrada del cobertizo. Ciric estrechó las manos de cada nuevo combatiente, y tuvo palabras de agradecimiento y de consuelo para aquellos que eran rechazados por ser demasiado jóvenes, demasiado viejos o demasiado débiles como para unirse a la guerrilla.

A pesar de la aparente solidez de los argumentos de Ciric, Sdermila no podía dejar de sentir que esto no era justo, que se estaban equivocando. No había forma de malinterpretar las palabras del guerrillero cuando respondió a Dimeter. Aquellos que no se unieran a la guerrilla estando en condiciones de hacerlo se exponían a pagar después las consecuencias. Pero, ¿qué clase de nación pretendía construir esta gente, si antes de aspirar a ser ciudadano era obligatorio ser soldado? Quizá la única posible, se respondió a sí misma, teniendo en cuenta que la idea de crearla partía del odio y de la intolerancia de sus vecinos seibergios, y del afán de venganza de los propios balanios, entre otras cosas. Sdermila era demasiado vieja como para pensar siquiera en alistarse, pero tampoco lo

hubiera hecho si tuviese treinta años menos. Lo único que quería era ir a ese campamento y ver si la Nueva República podía y quería ayudarla a ir a Balania a reunirse con Jeiran, con Voeda y con sus nietos. Le daba igual si al sentir así estaba siendo egoísta y cobarde. A su manera llevaba toda la vida siendo desprendida y valiente. Ya no le importaba esta tierra ni quería ser parte de país alguno. Ahora lo único que quería era estar con su familia. Un día había sido suficiente para comprender que el único hogar posible para ella estaba allá donde se encontraran sus seres queridos.



Capítulo VII

Llamarada se encontraba sola en su camarote, sentada frente a su consola sin ver realmente el texto representado frente a sus ojos. Incapaz de conciliar el sueño, había pretendido distraerse repasando los informes de las últimas misiones de reconocimiento, pero no conseguía concentrarse lo suficiente como para entender nada de lo que veía. Después de eso había probado con una novela que se había descargado hacía algún tiempo del banco de datos de la sala de lecturas, y que hasta ahora no había tenido ocasión ni de empezar siquiera. Pensó que un poco de lectura ligera podría ayudarla a calmar la inquietud que reinaba en su mente, pero apenas pudo pasar del primer capítulo. Cuando se encontró leyendo el mismo párrafo por la que debía ser la décima vez se dio por vencida y apagó la consola disgustada.

Desde la desastrosa reunión del día anterior había estado eludiendo el contacto con otros miembros del escuadrón. No había respondido a ninguna de sus llamadas ni a sus mensajes electrónicos, y había pedido que un androide de protocolo le trajera sus comidas a su camarote para no tener que ir al comedor común. La única vez que había abandonado su encierro durante las últimas dieciséis horas había sido por orden de la capitán de navío Gen'yaa, para ser interrogada por el comité de investigación preliminar que había formado con oficiales de su tripulación. Le habían preguntado por cada detalle imaginable de su última misión —Llamarada empezaba a pensar que seguiría siendo la última por mucho tiempo, quizá para siempre— obligándole a repasar cada punto una y otra vez, y poniendo a prueba tanto su memoria como su paciencia para no mandarles a todos a freír mynocks. Víbora también estaba allí, pues Gen'yaa lo había incluido en el comité. Llamarada tenía que admitir que su relevo al frente del escuadrón no parecía estar disfrutando con todo esto más que ella misma, aunque ella había evitado mirarle a los ojos más de lo estrictamente necesario. Las preguntas de Víbora, hechas siempre con la mayor deferencia, se habían concentrado sobre los aspectos más técnicos de la misión, insistiendo mucho en conocer si la nave destruida en primer lugar había sido la única en disparar, y en si, por improbable que pareciera, los sensores del ala-A de Llamarada habían podido captar alguna lectura procedente del transporte que llevaba a bordo a los refugiados. No hacía falta un coeficiente intelectual muy alto para darse cuenta de que estaba intentando buscar elementos objetivos que pudieran diluir o incluso eliminar por completo su responsabilidad y la de Alce en el incidente, pero ella no había podido ofrecerle ninguno. Todo lo que recordaba sobre la misión estaba ya en su informe escrito y revisado, que Víbora y el resto de investigadores se sabían ya de memoria. Cuando al

fin se dieron por vencidos y Gen'yaa dio por concluido el interrogatorio Llamarada regresó directamente a su camarote.

Aparte de los miembros del comité, Alce era la única persona con la que había cruzado alguna palabra desde ayer, pero estaba muy claro que no se sentían cómodos estando juntos. Eso le dolía, y se notaba que a Alce también, pero era evidente que lo que había sucedido se estaba interponiendo entre ambos. Llamarada no podía dejar de preguntarse si Alce no la estaría culpando, aunque fuera de forma inconsciente, por no haberle impedido disparar. Quizá pensara que si ella le hubiera ordenado tajantemente que no lanzara los torpedos nada de esto estaría pasando. Llamarada había intentado que hablaran de ello, pero Alce no le había dado ocasión. Su esperanza, albergada por primera vez durante la reunión con el resto de pilotos, de que hablando podrían arreglar las cosas al menos entre ellos dos, se había desvanecido ya casi por completo. Cuando llegaron a sus camarotes —desde que comenzaron su relación a bordo de la *Joan d'Arc* siempre se las habían apañado para que se les asignaran alojamientos contiguos— Alce se había limitado a decir que no se sentía preparado para hablar de ello y se había encerrado en el suyo. Que ella supiera aún tenía que estar ahí dentro, aunque seguramente también a él lo habían interrogado.

Casi saltó del asiento cuando sonó el llamador de su puerta y escuchó la voz de Alce al otro lado, pero aún se sorprendió más al abrir y encontrárselo allí de pie, vestido con su equipo de vuelo completo y con el casco bajo el brazo.

—Hola —le dijo, aunque había un centenar de cosas que se moría por decirle en lugar de ésa. *Más tarde*, se dijo a sí misma, *quizá más tarde*. Alce respondió con una simple inclinación de cabeza y entró—. Nos han prohibido volar —le dijo ella al cabo de unos instantes—. Lo sabes, ¿verdad? —Viéndolo vestido así Llamarada tenía miedo de que Alce hubiera agravado sus ya considerables problemas desobedeciendo las clarísimas instrucciones de Gen'yaa a ese respecto.

—Sí. Pero nadie nos ha dicho que no podamos usar los simuladores de vuelo —Llamarada asintió sintiéndose mucho más tranquila. Eso explicaba la indumentaria. Era posible que Alce echara de menos volar más incluso que ella, y quizá la idea de usar el simulador no fuera del todo mala. A lo mejor haciendo estallar en llamas una o dos docenas de cazas TIE generados por computadora conseguía calmar sus nervios mucho mejor que con sus vanos intentos con la lectura, pero lo cierto era que no se encontraba de humor para ello. Además, había algo en la expresión de Alce que le hacía sospechar que la visita a los simuladores no le había hecho ningún bien. Llamarada lo observó mientras dejaba caer el casco sobre la litera y se sentaba pesadamente sobre ella. Sus ojos miraban absortos a algo que no estaba allí, en el camarote, al tiempo que fruncía los labios y movía la cabeza de un lado a otro. De repente Llamarada lo comprendió todo. Alce no había empleado el simulador para pasar el rato. Había estado reconstruyendo la misión, intentando comprobar si había hecho algo mal y si las cosas podrían haber sido diferentes.

En los días en que ambos formaban parte del escuadrón Blanco Alce había oficiado como instructor de combate, ayudando a los pilotos que se incorporaban al escuadrón a adaptarse a los modelos de caza y a las tácticas empleadas en la unidad antes de que Avalancha, su antigua comandante, les permitiera participar en misiones reales. Llamarada sabía que Alce era capaz de programar un simulador casi con los ojos cerrados para reproducir cualquier situación de vuelo, y que además podía hacerlo en muy poco tiempo. ¿Pero por qué, qué sentido tenía intentarlo siquiera? Un piloto tan veterano como Alce tenía poco que aprender de posibles errores —aunque no se podía negar que siempre había algo—, pero lo que sí podía conseguir fácilmente enfrentándose de nuevo al mismo escenario, aún tan reciente, era acabar mucho más deprimido que antes. A ella no le hacía falta pasar por una sesión de simulador para pensar en varias cosas que podría haber hecho para evitar encontrarse en la situación de tener que dudar sobre si abrir fuego o no sobre un transporte no inspeccionado, pero no había forma de cambiar algo que ya estaba hecho.

Alce levantó la mirada hasta encontrarse con la de ella. Llamarada supo que no se había equivocado al suponer lo que Alce había estado haciendo en el simulador.

—Metí la pata, Avery —dijo—. Cuando el carguero armado abrió fuego contra Torpedo yo podría haberlo esquivado pasando por debajo, o incluso a lo largo de su lado de babor, y darle una pasada con los sensores al transporte coreliano.

—Estoy segura de que sí. Y yo podría haberte ordenado que lo inspeccionaras antes de ir a desactivar a los otros tres y no al revés —No había terminado de decirlo cuando ya se estaba sintiendo mal por ello. *Por supuesto que podría haber hecho eso, pero no lo hice, y esta sensación es justo lo que yo preferiría evitarme, la razón por la que a mí nunca se me habría ocurrido repetir en el simulador esa maldita situación.*

—Se me olvidó el verdadero objetivo de nuestra misión, por qué estábamos allí —continuó Alce como si no hubiera oído lo que ella acababa de decir—. Cuando alcanzaron a Torpedo, lo único que tenía en la cabeza era derribarlos a todos antes de que tuvieran ocasión de volver a dispararnos a ninguno de nosotros.

—Eso son reflejos de combatiente, y han salvado nuestras vidas muy a menudo —Llamarada se sentó junto a Alce y le pasó un brazo por los hombros.

Él no se apartó ni rehuyó su contacto, lo cual alivió un poco a Llamarada. Eso, al menos, parecía una buena señal.

—Ya escuchaste a Rúster. Esos reflejos también matan gente.

—No deberías tomarla al pie de la letra. Ya conoces a Rúster. Chillaría horrorizada si te viera aplastar con la mano al más insignificante de los insectos —Aquello le arrancó a Alce un amago de sonrisa, pero su rostro volvió enseguida a adoptar la misma expresión dolorida.

—Es que, ¿sabes? Cuando pienso en ese último instante, creo todavía que disparar era la única opción que tenía. Pero si antes de llegar a eso hubiera hecho mejor mi trabajo, hubiera conseguido escanear a ese transporte y no hubiera tenido que decidir basándome en probabilidades.

—No te culpes por eso. Ermitaño y yo también tuvimos alguna oportunidad para acercarnos a esa nave y hacerle un barrido, pero tampoco lo hicimos. Supongo que estábamos demasiado ocupados persiguiendo a las otras tres y disparándoles para colapsar sus escudos, pero seguramente un solo ala-A hubiera bastado para eso. No pensé con claridad, eso es todo —Alce la miró súbitamente preocupado.

—Hey, cielo, jamás se me ocurriría sugerir eso. Ahora eres tú la que te estás echando la culpa y no la tienes.

—Quizá —admitió ella—, pero eso no significa que la tengas tú —Alce suspiró y se dejó caer de espaldas sobre la litera. Se puso las manos bajo la cabeza y se quedó mirando al techo.

—Debes pensar que soy un masoquista por ir al simulador a torturarme de esta forma, ¿verdad?

—Algo de eso hay.

—Supongo que lo soy. Si hubiera algo que pudiéramos hacer para…

Alce dejó el resto de la frase en suspenso. Llamarada pensó que el hecho de que Alce empezara a hablar en plural, incluyéndolos a los dos o incluso a Torpedo y a Ermitaño en lo que fuera que iba a decir, era ya un progreso considerable. Se tendió a su lado y adoptó su misma postura.

—¿Cómo te fue con Gen'yaa y su comité de investigación? —Llamarada no creía que Alce hubiera podido aportar nada nuevo tampoco, pero lo único que pretendía era alterar aunque sólo fuera un poco el rumbo de la conversación.

—A veces odio a esa mujer —Llamarada dejó escapar una pequeña carcajada— pero debo admitir que es condenadamente buena en este tipo de cosas. Le da igual si soy un asesino o simplemente un imbécil. Lo único que le preocupa es minimizar el impacto que esto pueda tener a nivel político. Insistieron mucho, sobre todo Víbora, en que les explicara por qué mi ordenador de vuelo identificó como hostil al transporte coreliano. Lo único de lo que estoy seguro es de que no lo marqué así de forma manual. Ibero me preguntó lo mismo después de la reunión —Llamarada se incorporó apoyándose sobre un brazo para poder verle la cara. Aquello daba más sentido si cabe a las preguntas que le habían hecho a ella, confirmando lo que ya se imaginaba.

—¿Así que están buscando un fallo técnico para echarle la culpa de todo?

—Parece la conclusión obvia, pero no me dio la impresión de que tengan nada concreto. De lo que estoy seguro es de que Gen'yaa no tardará en ordenar que desmonten pieza a pieza el ordenador de vuelo de mi ala-B, si es que no lo ha hecho ya.

—Es mejor culpar a un ordenador que a un oficial de la Nueva República —reflexionó Llamarada en voz alta— Especialmente si existe la más remota posibilidad de que parte de la responsabilidad le caiga a ella misma.

—Estoy seguro de que no quiere ver esto en su hoja de servicio —Alce se encogió levemente de hombros— pero dudo mucho que se pueda acusar al ordenador o a su software.

—Pues mira, si eso puede salvar nuestras carreras —continuó Llamarada pensativa— estoy completamente de acuerdo con esa estrategia.

—En este momento me da bastante igual mi carrera —dijo Alce secamente.

—No sigas haciéndote eso a ti mismo, por favor —Llamarada le echó un vistazo a su consola, ahora muda y opaca—. He estado leyendo un poco antes de que vinieras. Es una novela muy buena que me bajé de la sala de lecturas.

El argumento me ha enganchado enseguida —mintió—. Si quieres te la paso, o si no puedes conectarte tú y buscar algo que sea de tu gusto. Puedes usar mi consola si quieres, yo tengo sueño ya —volvió a mentir.

Alce inhaló profundamente.

—Quien sabe, a lo mejor tienes razón. —Se puso en pie y miró a la consola como disponiéndose a encenderla, pero de pronto pareció cambiar de idea—. Creo que me voy a acercar a la sala de lecturas en lugar de acceder desde aquí. El paseo me sentará bien. ¿Te importa si dejo aquí el casco y el resto del equipo?

—Por supuesto que no. ¿Quieres que vaya contigo?

—Gracias, pero no. Me apetece estar un rato a solas —Llamarada intentó no mostrar su decepción, pero no pudo ocultársela a Alce, que la conocía tan bien. Su expresión se suavizó un poco y añadió— Pero luego me gustaría verte.

¿Vas a estar aquí?

—Claro. Me voy a echar una siesta, pero no me importará si me despiertas.

Alce sonrió y se apoyó en el borde de la litera para darle un beso breve en los labios.

—Trato hecho. Hasta luego entonces.

—Hasta luego —le respondió Llamarada, aunque la puerta ya se cerraba detrás de Alce cuando lo dijo—. Podría haber ido peor —añadió en voz alta a modo de autoconsuelo.

Alce descubrió que realmente le apetecía caminar, así que decidió no tomar la ruta más directa a la sala de lecturas. En lugar de eso fue dando un rodeo, escogiendo pasillos que discurrieran paralelos al casco externo del *Guarida del Lobo*, aquellos en los que era más probable encontrar paneles de observación. Al cabo de un rato se detuvo junto a uno de esos paneles, excepcionalmente grande, que se extendía desde el nivel del suelo hasta casi el del techo, y de al menos seis metros de anchura. Conociendo el amor que la gran mayoría de los mon calamaris sentían por el espacio, no era de extrañar que los ingenieros que habían diseñado el portanaves se hubiesen propuesto proporcionar a los miembros de la tripulación que no sirviesen en el puente —en realidad tan sólo unos pocos trabajaban allí— algunos lugares como ése, desde los que también ellos pudieran admirar la grandeza del universo. Ahora que lo pensaba, Alce recordaba haber visto alguna vez a la teniente de navío Boradelis —la ingeniero jefe de a bordo, que como era lógico en una nave como aquella era de raza mon calamari— permaneciendo de pie en

ese mismo punto o en otro muy similar, con la mirada perdida en el campo de estrellas que rodeaba al *Guarida* cuando no se encontraba viajando por el hiperespacio.

Seguramente Alce había ido con demasiada prisa como para pararse a disfrutar de la vista, pero si había algo que ahora le sobraba era tiempo, por lo que resolvió concederse a sí mismo ese respiro.

Más allá de la curva formada por el horizonte de Seibergia, cuyo lado diurno quedaba justo debajo de ellos, se podía contemplar gran parte del cúmulo Viayak. Las estrellas se concentraban en una amplia y extremadamente luminosa franja que cruzaba diagonalmente su punto de vista.

A Alce se le ocurrió que parecían puestas allí por la gigantesca brocha de una especie de artista cósmico, a quien después de contemplar su obra se le hubiera ocurrido rematarla pintando aparte tres de los astros más brillantes con un pincel más fino, dos por encima y uno por debajo del grupo principal, de manera que no pudieran pasar desapercibidos entre la multitud. El resultado era simplemente precioso. Alce se acordaba como si hubiera sucedido ayer de la profunda impresión que le causó la primera vez que vio las estrellas así, desde el espacio, lejos de la excesiva iluminación y de la polución de las ciudades, y sin atmósfera alguna que pudiera filtrar aunque sólo fuera una mínima fracción de esta maravilla. Había sido su padre, piloto de la primera generación de bombarderos TIE producida para el recién creado Imperio, quien le había llevado a bordo de una nave biplaza de entrenamiento para el que sería su bautismo de vuelo. «Vas a ver dónde trabaja tu papá», le había dicho.

El recuerdo hizo sonreír a Alce. A pesar de que entonces apenas era un crío, jamás había olvidado aquel día. Fue el día en el que decidió que alguna vez también él sería piloto estelar como su padre. El espacio tal y como se veía desde la órbita de Alderaán no tenía nada que envidiar al que ahora contemplaba… Alce frunció los labios y suspiró. Le entristecía pensar en su padre y en su planeta natal, sabiendo que ninguno de los dos existía ya, pero aún así siguió mirando las estrellas durante un rato. No sabría decir cuánto tiempo llevaba allí exactamente cuando se sobresaltó al sentir la presión de una mano sobre su hombro.

—Lo siento, Alce —dijo Raiven—. Te he localizado por tu comunicador. No quería molestarte…

—No lo has hecho —respondió él educadamente—. ¿Puedo hacer algo por ti?

El joven piloto se encogió de hombros.

—Bueno, lo cierto es que estaba esperando una oportunidad para decirte que, con lo que dije en la sala de reuniones, no pretendía criticarte ni censurarte por lo que hiciste…

—A mí me sonó a que sí —replicó Alce, e inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. No había sido la mejor forma posible de animar a alguien que evidentemente intentaba disculparse. No había podido evitarlo. En esa reunión había llegado a sentirse rodeado y acosado por sus propios compañeros, y Raiven había contribuido en parte a hacerle sentir de ese modo.

—Supongo que tienes razón —dijo Raiven un poco retraído—, pero eso fue antes de conocer los hechos. Ahora sé lo que pasó y cómo pasó. Torpedo nos contó los detalles a unos cuantos, aunque se suponía que no debía hacerlo.

—No es fácil tener secretos en esta nave de cotillas —dijo Alce intentando suavizar la situación.

—Y tú que lo digas —Raiven sonrió— pero me alegro de que Torpedo se saltara las normas en este caso. Quería decirte que, si hubiera estado en tu lugar, creo que yo también habría apretado el gatillo. Tan sólo quería que lo supieras.

—Gracias, Raiven. Realmente te lo agradezco —Alce ofreció su mano extendida al otro piloto, y este se la estrechó visiblemente aliviado.

—Me encantaría que nos tomáramos algo en el *Refugio Antibombas*, pero se supone que tengo que estar en el espacio en quince minutos. Víbora ha decidido reforzar a Araña y sus locos del ala-A con algunos de nosotros, de manera que podamos tener permanentemente a un par de cazas vigilando nuestro patio trasero.

—Vaya. ¿Estamos esperando alguna visita desagradable?

—Por decirlo de algún modo, todo apunta a que el turismo coreliano en este sector podría experimentar un florecimiento sin precedentes.

Alce asintió con expresión sombría.

—Ya veo. En ese caso procura no llegar tarde al hangar.

—¡Vale, hasta luego! —se despidió Raiven echando a correr por el pasillo.

Alce continuó su paseo hacia la sala de lecturas con sentimientos encontrados. Aunque por un lado las sinceras disculpas de Raiven le habían hecho sentirse mejor, el comentario de su compañero le había dejado muy preocupado. Si la tensión en el área se había incrementado tanto a causa de este incidente como para que los corelianos pudieran tomar parte en el conflicto, las de los refugiados que iban a borde del transporte derribado no iban a ser las únicas muertes en caer sobre su conciencia. *Puede que no todos mis compañeros me vean como a un asesino, pero si esto desemboca en la apertura de un nuevo frente de guerra, millones en la galaxia maldecirán mi nombre*. Perdido en sus lúgubres pensamientos, casi se le había olvidado a dónde iba cuando la puerta de la sala de lecturas se abrió ante él.

Alce se acercó a la consola más cercana y se derrumbó sobre el asiento.

La sala de lecturas no era grande. Se trataba de un habitáculo rectangular de apenas quince metros cuadrados, con seis nichos adosados a la pared del fondo y tres más a cada lado. Cada nicho tenía un asiento, una consola de acceso público conectada a los bancos de datos *del Guarida del Lobo*, y un campo de aislamiento sonoro que se podía activar pulsando un botón, en el caso de que a uno le molestaran las conversaciones de otros lectores. Media docena de pósters holográficos cubrían las por otro lado desnudas paredes, y aparte de ellos no había nada más que ver allí. En realidad era raro encontrar a más de una o dos personas allí al mismo tiempo, ya que prácticamente todos los camarotes de pilotos y tripulación estaban equipados con consolas desde las que se podía acceder al mismo material que desde allí. Eso la convertía en el lugar perfecto cuando

uno quería estar un rato a solas y no se tenía un rango por encima del de capitán, que era condición primordial para poder disfrutar de uno de los pocos camarotes individuales que había en la nave. Alce era uno de los privilegiados que lo tenía, así que normalmente no iba a la sala de lecturas a no ser que hubiera quedado allí con alguien. Tan perdido estaba ahora en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no estaba solo hasta que escuchó un «hola, Alce» viniendo desde algún lugar situado a su derecha. Se giró sorprendido para encontrarse con Ibero, que estaba sentado en uno de los nichos de ese lado. Varios textos y lo que parecían ser un par de mapas flotaban sobre su consola. Un holoproyector de mano colocado sobre la mesa a su lado mostraba una imagen de una mujer joven de aspecto dulce con un bebé de menos de un año en sus brazos. Desde donde se encontraba Alce no tuvo problemas para reconocer a la mujer como la esposa de Ibero, a la que había conocido meses atrás. Ibero se la presentó a él y otros compañeros del escuadrón cuando, tras la batalla de Iberya, todos tuvieron que permanecer un par de semanas en su planeta esperando la llegada del *Guarida del Lobo* —que venía a sustituir a la fragata *Cueva del Lobo*, anterior nave nodriza del escuadrón que resultó destruida durante la lucha , hecho que obligó a que botaran al portanaves casi tres meses antes de la fecha prevista—. El bebé, claramente una niña, tenía que ser su hija Lucía —Ibero mencionaba su nombre tan a menudo que era imposible no recordarlo— nacida apenas un par de minutos después de que se desvaneciera el sonido del último disparo.

—Ha crecido mucho desde la última vez que la vi —dijo Alce alzando el mentón en dirección a la imagen.

—Cumplió seis meses estándar la semana pasada —explicó Ibero sonriendo con orgullo, la viva imagen del padre que pierde el contacto con el suelo bajo sus pies cada vez que alguien le pregunta por su hija.

—Seis meses ya. Desde luego es preciosa, con esos ojos tan grandes y esa sonrisa tan femenina —Ibero se rió encantado y le echó una mirada a la imagen—. Sí —dijo por toda respuesta, evidentemente de acuerdo con la opinión de Alce acerca de la belleza de la criatura. Después de eso los dos permanecieron en silencio. Alce había acudido allí en busca de soledad, y más que nada por no ofender a Llamarada encerrándose otra vez en su camarote, pero ahora le parecía descortés levantarse y marcharse nada más llegar y haberse encontrado a Ibero. Por otro lado, resultaba obvio que el otro piloto se sentía un tanto incómodo, o incluso violento. *Quizá le he interrumpido en su trabajo. O quizá es porque se trata de mí*. No era razonable esperar que todos sus compañeros tuviesen una reacción tan positiva como la de Raiven tras conocer los detalles del incidente. Algunos podían pensar, y quizá fuera verdad, que ellos no habrían cometido el mismo error que Alce. Al igual que Rúster, podrían sentir un justificado rechazo hacia él por lo que había hecho, y más aún teniendo en cuenta las terribles consecuencias que podían derivarse de ello. Ibero era oficial de Inteligencia, así que debía estar bien informado acerca de las posibles repercusiones en Corellia. El iberiano no había abierto la boca en la sala de reuniones, pero eso no significaba que no tuviera su propia opinión. Alce recordó que cuando Gen'yaa les mostró en su camarote la grabación de los informativos corelianos, la

imagen del cadáver de la niña flotando en el espacio había afectado mucho a Ibero. Alce miró hacia el pequeño holograma con la imagen de su mujer y su hija. Ibero siguió su mirada y pareció estremecerse. Un momento después tomó el aparato en sus manos y lo apagó. *Sí*, concluyó Alce, *está pensando precisamente en eso, en el cuerpo destrozado de esa niñita que aún estaría viva si yo me hubiera atenido a las instrucciones de Gen'yaa*.

Había estado a punto de preguntarle directamente a Ibero qué pensaba de él y de lo que había hecho, pedirle que le dijera a la cara lo que fuera y que terminaran de una vez con esto, pero de pronto se dio cuenta de que prefería no escucharlo. Había tenido bastante con oír a Rúster, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos haciéndole dudar si no sería su propia conciencia.

Visiblemente más tenso a cada instante que se prolongaba el silencio, Ibero miró de reojo hacia la consola, como si se preguntara si a Alce le molestaría que volviera a su trabajo. Decidió preguntarle por cortesía de qué se trataba y marcharse después de eso.

—Espero no haberte interrumpido. ¿Puedo preguntarte qué es eso que estás estudiando?

—Oh, esto —Ibero sonrió brevemente, agradeciendo la oportunidad de iniciar una conversación neutral en lugar de verse obligado, quizá, a enzarzarse en una discusión con Alce. Pulsó un par de teclas de la consola haciendo que el tamaño de algunos de los elementos que estaba visualizando doblaran su tamaño, de forma que Alce pudiera verlos bien desde donde se encontraba—. Estoy documentando un informe acerca de la población de la Región Balania.

Rúster va a llevar allí al doctor Al Saruff mañana, junto con diversos pertrechos para uno de los campos de refugiados. Están instalando un hospital de campaña, y dado que de momento —a Alce ese «de momento» le pareció muy significativo— el doctor no tiene mucho trabajo aquí, se ha ofrecido para prestar sus servicios en el campo hasta que Gen'yaa lo reclame de vuelta. Me preguntó si podría darle información adicional sobre los balanios, su historia, sus costumbres, esa clase de cosas. Dijo que saber más sobre ellos podría ayudarle a comprender mejor a sus futuros pacientes desde un punto de vista psicológico, y que eso era importante para él. Así que en eso estoy.

—Otra cosa más que añadir a tu ya sobrecargada lista de deberes, ¿no?

—No era difícil suponer que al estar Llamarada y él relevados del servicio, los otros tres oficiales con mando en el escuadrón habrían visto casi duplicarse su carga habitual de trabajo. Ibero movió la mano como quitándole importancia al hecho.

—Con esto en concreto estoy disfrutando —dijo señalando con el dedo a la información proyectada sobre la consola—. De verdad, no te creerías las cosas que llegaron a hacer los balanios para sobrevivir en estas montañas.

Alce había leído el memorándum electrónico que les habían entregado a cada uno de los pilotos cuando el *Guarida del Lobo* recibió órdenes de dirigirse a Seibergia. Además de cartas de navegación de todo el sistema y algunas específicas para el vuelo sobre la Región Balania, y de las estimaciones acerca de la oposición que podían esperar

encontrar —elaboradas por los servicios de Inteligencia de la Nueva República—, incluía también una descripción general de la situación política y de sus precedentes.

—Leí lo del intento de invasión de hace dos milenios, y recuerdo que se mencionaba el hecho de que los supervivientes balanios tuvieron que trabajar duro después de ser abandonados a su suerte. No conozco los detalles, aunque hay algo que me llamó la atención. Se decía que esas montañas eran un territorio extremadamente hostil y carente de recursos, pero al sobrevolarlas he visto mucha vegetación, e incluso campos de labranza diseminados por doquier.

—Ahora existe todo eso —asintió Ibero con una enigmática sonrisa—, pero cuando aterrizaron ahí por primera vez no había más que nieve y rocas peladas.

—Vaya —dijo Alce, descubriendo con no poca sorpresa que el tema había conseguido despertar su interés—. Tengo algo de tiempo libre, así que si no te importa contarme algo más…

—Verás —comenzó Ibero con no poca satisfacción. Alce se levantó y fue a sentarse al nicho contiguo al de Ibero—. Los militares balanios planificaron cuidadosamente cada una de las acciones que iban a llevar a cabo con el objetivo de tomar Seibergia. Pensaron en todos los detalles. Entre otras cosas, el lugar de su primer aterrizaje, que no fue elegido en absoluto al azar. Balania es un mundo bastante gélido para los estándares humanos, hasta el punto de parecerse casi a Hoth a medida que uno se va alejando de la zona ecuatorial.

Sus armas y su maquinaria estaban perfectamente adaptadas por tanto para funcionar de forma óptima bajo condiciones de frío extremo. La abundante información de inteligencia que habían recogido sobre los seibergios indicaba que el enemigo estaría en gran desventaja si se veía obligado a luchar con condiciones climatológicas adversas. Siempre que fueran capaces de hacerse con la supremacía aérea, los balanios podrían establecer bases e incluso colonias enteras en las áreas más montañosas y frías de Seibergia con relativa impunidad. Esas bases serían la clave que les permitiría desbordar desde dentro las defensas seibergias. La única alternativa para hacerse con el control de un planeta tan grande hubiera pasado por emplear un inmenso ejército, lo que sería impracticable por pura imposibilidad logística.

—El Imperio no necesitó usar fuerzas masivas en la mayoría de los planetas que conquistó por la vía militar —observó Alce.

—Eso es porque basaban su estrategia en el poderío de sus destructores estelares. Colocaban a dos o tres en órbita, y si las fuerzas armadas locales no se rendían de inmediato empezaban a machacar sus principales ciudades.

—Correcto —dijo Alce, dándose cuenta de lo que quería decir Ibero—. Pero hace dos mil años las naves de guerra no disponían de semejante potencia de fuego.

—Eso es —Ibero asintió—. La tecnología para la construcción de cañones láser lo suficientemente potentes como para destruir edificios desde la órbita de un planeta, a pesar de la cantidad de energía que se disipa en la atmósfera, la inevitable difracción del rayo y otras dificultades técnicas como la de recargar el arma lo suficientemente rápido y

evitar que se recaliente, no estuvo disponible hasta hace menos de un milenio. —Alce, que ya sabía todo eso, estuvo a punto de sugerir a Ibero que las armas nucleares existían desde antes incluso de que los corelianos fabricaran el primer motor de salto hiperespacial y fuera posible viajar a una velocidad superior a la de la luz. Las bombas de fusión y de fisión se empleaban con éxito en la industria minera para volar grandes asteroides y poder acceder así a los minerales de su núcleo, y a Alce no le cabía duda de que podrían destruir una ciudad lanzadas desde una nave en órbita. Pero antes de llegar a formular ese pensamiento en voz alta ya se había respondido a sí mismo. ¿Quién sería tan estúpido como para usar bombas atómicas sobre un planeta sobre el que se pretendía vivir después? De hecho, hasta que el Imperio construyó su primera Estrella de la Muerte, nadie parecía pensar que un arma tan destructiva pudiera ser de utilidad práctica.

Ibero continuó.

—Por lo que sabemos, los bretalianos fueron los primeros en utilizar el bombardeo orbital por láser, hace cosa de ochocientos años.

—Hasta que nuestra vieja amiga Joan d'Arc les hizo parar —dijo Alce con una sonrisa.

—En efecto —respondió Ibero con otra sonrisa. La mayor parte de sus compañeros conocían su interés por ese personaje histórico, sobre el que había escrito un ensayo. Alce de hecho lo había leído dos veces—. Pero volvamos a nuestra historia. Los balanios ejecutaron a la perfección la primera parte de su plan de invasión. Con la sorpresa como aliado, el primer contingente de tropas aterrizó justo aquí. —Ibero señaló el sitio exacto sobre un mapa tridimensional generado desde la consola. Mostraba un terreno elevado relativamente llano, cubierto de nieve en su mayor parte, y rodeado por montañas que hacían muy difícil, si bien no imposible por completo, el acceso por tierra desde las regiones más bajas—. Este lugar es un antiguo glaciar, y constituye el núcleo de lo que hoy conocemos como Región Balania. Tomaron posiciones aquí y en todos los pasos de montaña de los alrededores prácticamente sin oposición. El objetivo principal de este primer asalto era el establecimiento de una base sobre un terreno fácil de defender, donde nuevas tropas y equipo pesado pudieran ser desembarcados sin impedimentos, siempre que consiguieran evitar que sus transportes fueran interceptados en el espacio. El objetivo secundario era poner a prueba la capacidad defensiva de los seibergios y evaluar dónde y cómo aplicar su fuerza para derrotarlos de forma rápida y efectiva. Al poco de llegar los balanios hicieron un primer intento de avance hacia las ciudades más cercanas, a cientos de kilómetros en realidad, que fue rechazado con éxito por los seibergios. Los balanios contaban con ello y no les preocupó. Ya tenían su base e información de primera mano sobre los medios con los que contaba el enemigo, así que todo iba según lo previsto. Pero cuando las naves que llevaban a bordo la segunda y mucho más numerosa fuerza atacante entró en el sistema, se encontraron esperándoles a una fuerza combinada compuesta por navíos seibergios y de la República, aunque sería mucho más exacto decir que estas últimas eran todas corelianas.

Esta flota defensiva había capturado ya al crucero que había desembarcado a las primeras tropas y eliminado por completo a su escolta. Al almirante balanio al mando no le quedó otro remedio que ordenar a sus naves dar media vuelta y volver a casa, podríamos decir, con el rabo entre las piernas.

—¿No hubo batalla espacial?

—Ni un solo disparo. El gobierno balanio no podía creerse, y mucho menos entender, que los seibergios hubieran obtenido el apoyo de la República tan rápidamente. Tan sólo habían pasado tres días entre la primera y la segunda oleada del ataque, y sin embargo ya había allí una imponente formación de naves luciendo el emblema de la República. Ten en cuenta que el tiempo de reacción del Senado en este tipo de situaciones se medía en meses, cuando no en años. Los balanios no esperaban tener noticias de la República antes de tres o cuatro semanas en el peor de los casos, y para entonces esperaban haber afianzado ya su control sobre el planeta.

—¿Qué es lo que había pasado entonces? —A esas alturas Alce se encontraba completamente absorbido por el relato de Ibero, para deleite del otro.

—Una increíble coincidencia y el marketing de ventas coreliano en la mayor exhibición de su historia. Al mismo tiempo que los balanios efectuaban su primer aterrizaje en suelo seibergio, varios astilleros corelianos llevaban a cabo una gran exhibición de sus últimos diseños de naves de guerra, en beneficio de una comisión senatorial que debía decidir qué compañías se harían con un sustancioso contrato para la renovación de la flota de la República. Por indicación de su gobierno, la Armada Coreliana participaba en las maniobras con sus mejores y más modernas naves pertenecientes a las clases de navío candidatas a cubrir las necesidades de la República. Esto iba a ser el contrato del siglo a nivel galáctico, y si empresas corelianas se hacían con todo o con una parte substancial del mismo los beneficios para Corellia y el resto de mundos asociados serían tremendos. La comisión había estado ya en Kuat y en Fondor, donde también habían apostado fuerte para conseguir para sí el proyecto, así que los corelianos pusieron todo lo que tenían en esa exhibición.

Alce casi se echó a reír.

—Así que tenemos una poderosa flota, compuesta por las más potentes y sofisticadas naves del momento, practicando juegos de guerra a unos cuantos años luz del cúmulo Viayak…

—…y justo entonces se recibe la llamada de socorro del gobierno seibergio. El resto puedes imaginártelo tú mismo.

—Sí que me lo imagino. Corellia se encontró con una increíble, inesperada e inmejorable oportunidad para impresionar a los representantes del Senado con el poderío y la capacidad de sus naves, y al mismo tiempo anotarse un montón de puntos a nivel político.

—Exacto. Parece ser que algún anónimo burócrata balanio de la embajada en Corellia redactó un informe indicando que se iba a llevar a cabo una exhibición armamentística, pero de ser cierto eso el informe en cuestión fue archivado sin más.

—Evidentemente subestimaron a los agentes de venta corelianos —apuntó Alce con media sonrisa.

—Quienes, por supuesto, obtuvieron el ansiado contrato, que garantizó a Corellia una posición de liderato en la industria espacial contestada tan sólo por Kuat, que no obstante tardó décadas en empezar a recuperarse por las pérdidas que les supuso no vender ni una sola de las líneas de naves que tenían fabricándose en esos momentos. Pero esa, también, es otra historia.

—Fascinante —El entusiasmo de Ibero era contagioso, tanto que por un rato al menos Alce había llegado a olvidarse de sus preocupaciones personales—. ¿Y qué pasó entonces con las fuerzas balanias que estaban ya en Seibergia?

—Imagínatelos. Su propio gobierno los había sacrificado con tal de evitarse una confrontación directa con la República, y no tenían forma alguna de volver a casa. Alrededor de cinco mil hombres y mujeres atrapados en lo más inhóspito de un mundo que los quería ver muertos. No obstante, sus posiciones en las montañas resultaron ser prácticamente inexpugnables, incluso después de que perdieran hasta el último de sus cazas atmosféricos a manos de las fuerzas de defensa planetarias. El ejército seibergio intentó una y otra vez acabar con ellos, pero no hubo manera. La única forma en que se les podía atacar con éxito era desde el aire, pero los pilotos se veían obligados a volar muy bajo entre traicioneras laderas y escarpadas formaciones rocosas, si es que pretendían alcanzar sus objetivos sin ser derribados mucho antes por los misiles buscadores de los balanios. Entre los numerosos accidentes y la puntería de los balanios, que parecían disponer de una abundante reserva de misiles, el nivel de bajas entre las fuerzas aéreas empezaba a ser más que alarmante, y Seibergia no podía permitirse semejantes pérdidas para recuperar un terreno que en realidad no querían para nada. Así que finalmente se ofrecieron a negociar con ellos, aunque si hubieran sabido lo mermadas que estaban ya las fuerzas balanias hubieran insistido en los ataques. Apenas una cuarta parte del contingente inicial seguía con vida, y de sus preciados misiles apenas les quedaba alguno. El caso es que los balanios firmaron el acuerdo que se les ofrecía, obteniendo así el derecho a quedarse sus montañas y una parte del territorio despoblado que las rodeaba como teórica área de seguridad.

Entonces se encontraron con que poseían unos trescientos mil kilómetros cuadrados de tierra desolada, de los cuáles sólo eran seguros para ellos menos de diez mil, justo lo que ocupaba el viejo glaciar, con provisiones que podrían durarles un año en el mejor de los casos. Lo cierto era que el gobierno seibergio esperaba que poco a poco se fueran muriendo todos de hambre, si es que no los mataba antes el frío, pero aquellos soldados eran demasiado buenos como para sucumbir así.

—Tienes toda mi atención —dijo Alce cruzando los brazos sobre el pecho.

Ibero hizo desaparecer el mapa y en su lugar aparecieron varias imágenes. Mostraban diferentes perspectivas de lo que podría identificarse como instalaciones médicas. Había laboratorios, quirófanos, unidades de cuidados intensivos y salas de hospital, en los que se veía trabajando a seres humanos que vestían batas blancas y verdes. Alce no era

médico ni nada que se le pareciera, pero nada de lo que veía allí le parecía inusual o digno de una especial atención, salvo por un par de detalles.

—Son imágenes de un antiguo hospital, ¿no? —preguntó Alce confundido por el aparente cambio de tema.

—Sí. Todas son de hospitales balanios de hace aproximadamente dos mil años. Estaban equipados de forma muy similar a los que podían encontrarse en miles de mundos habitados por humanos, dentro y fuera de la República, y por lo que se puede ver, no eran muy diferentes de los que conocemos hoy en día.

—Supongo que la Medicina humana no ha cambiado demasiado en ese tiempo.

Ibero dejó escapar una carcajada.

—Probablemente la mayoría de los doctores humanos se horrorizarían si escuchasen ese comentario, y podrían darnos una conferencia de seis meses tan sólo para empezar a ilustrarnos sobre todos los avances médicos que han hecho su aparición desde que fueron tomadas estas imágenes. Pero honestamente, y basándonos tan sólo en lo que se ve aquí, creo que cualquier profano como tú y como yo llegaría a la misma conclusión. No obstante, te has dado cuenta de que corresponden a un hospital antiguo y no a uno nuevo. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—En primer lugar, el hecho de que sólo se ve personal humano trabajando en estas instalaciones. No hay ni un solo androide médico, cuando en nuestros días sería más fácil no ver personas.

—Es verdad. Por lo que recuerdo de mis cursos sobre robótica en la universidad los androides médicos son bastante recientes. Aunque en Medicina se han venido empleando ordenadores desde tiempos inmemoriales, no fue hasta hace unos pocos cientos de años que se empezó a confiar en androides especializados para llevar a cabo tareas de índole médica. Que yo sepa no había razones técnicas para ello, pero sí prejuicios muy extendidos contra la mera posibilidad de que se utilizasen máquinas como doctores. He aquí un tema que a mí personalmente me resulta interesantísimo, pero que tiene muy poco que ver con nuestra conversación —Ibero sonrió como si pidiera disculpas por excederse en sus explicaciones . *El tío está disfrutando de veras con esto*, pensó Alce divertido—. Ahora dime si hay alguna cosa más que no te cuadre en las imágenes.

—Hmm, no sé para qué sirven la mayoría de los dispositivos que se ven en éstas de los laboratorios, pero la mayoría al menos me parecen familiares. Excepto estas… urnas —Alce señaló con el dedo a qué se refería— Parecen contenedores o algo así, ¿no? Es lo que más extraño me resulta.

—Eres un buen observador —dijo Ibero asintiendo con la cabeza—. Antes de que te diga lo que son, ¿hay alguna cosa más?

Alce se rascó la cabeza sin darse cuenta de que lo hacía. Sí que había algo más, aunque no terminaba de caer en lo que era. No se trataba de ninguno de los objetos o del mobiliario que aparecía en las imágenes, sino más bien algo que echaba en falta en ellas y que debería haber estado allí. Vio Ibero sonreía de oreja a oreja esperando a que se diera por vencido. Fue entonces cuando lo supo.

—¡Tanques de bacta! —dijo casi chillando— ¡No hay tanques bacta por ninguna parte! Es tan evidente que no sé cómo no me he dado cuenta a la primera.

Ibero aplaudió.

—Excelente. Yo no fui capaz de verlo hasta que no leí los textos adjuntos. Mientras que las aplicaciones curativas del bacta eran bien conocidas ya por aquella época, su aplicación no estaba ni muchísimo menos tan extendida como en la actualidad. Balania era uno de esos mundos donde aún no se empleaban terapias basadas en el bacta, y por eso aquí no se ve nada ni remotamente parecido a un tanque de inmersión.

—Cuesta trabajo imaginar una Medicina sin bacta —dijo Alce moviendo la cabeza de un lado a otro.

—A mí me pasa lo mismo. Y eso nos lleva directamente a tu anterior descubrimiento —Ibero seleccionó una de las imágenes y la amplió—. Esas urnas, como tú las has llamado, son cilindros Spaarti…

—¿Dispositivos de clonación? —exclamó Alce cogido por sorpresa. Como prácticamente cualquiera en la galaxia, Alce había oído hablar sobre los instrumentos utilizados hacía casi medio siglo para crear millones de clones soldados durante los sangrientos conflictos conocidos como Guerras Clon. Una tecnología prohibida después por el Emperador Palpatine y erradicada por completo en toda la galaxia, o al menos así se suponía.

—Técnicamente sí, aunque fíjate en que son muy pequeños como para contener a un humano adulto. En realidad los utilizaban para fabricar órganos y tejidos para utilizarlos posteriormente en trasplantes. Cayeron en desuso a causa del bacta, de las innovaciones en biónica y en la creación de órganos sintéticos, y por supuesto a causa de las Guerras Clon, pero lo cierto es que eran muy comunes hace dos mil años. El personal médico incluido en la fuerza de invasión balania llevaba consigo varias unidades Spaarti portátiles, entre otros equipamientos —Ibero hizo una pausa antes de proseguir su historia, mientras eliminaba de la proyección las imágenes de los antiguos hospitales.

Alce se paró a pensar en lo que Ibero acababa de nombrar de pasada. El horror de las Guerras Clon había llevado a la prohibición de la tecnología de clonación en todos los mundos civilizados. Tal vez algo parecido había sucedido en tiempos remotos con las armas nucleares, y eso explicara el que ningún ejército contara con ellas en su arsenal. *Al parecer sólo aprendemos de los grandes desastres*, pensó Alce, que casi podía oír a Rúster diciendo algo por el estilo. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a concentrarse en la narración, que Ibero ya había proseguido.

—El problema más urgente al que se enfrentaban los balanios era por tanto la falta de comida. Pues bien, entre la variedad de tejidos congelados de los que disponían los médicos militares la mayoría eran humanos, pero también los había de procedencia animal y vegetal. Tenían también un amplio muestrario de virus y de bacterias, guardados en previsión de que fueran objeto de un ataque bacteriológico y tuvieran que verse sintetizando antídotos a toda prisa. Cuando comprendieron que no iban a ser evacuados, y mientras sus compañeros soldados estaban aún combatiendo a los seibergios, los mandos

ordenaron a su personal científico y sanitario que buscaran soluciones para sus más inmediatas y vitales necesidades.

—¿Se fabricaron su propia comida? —preguntó Alce estupefacto.

—Tan increíble como suena. En muy poco tiempo diseñaron bacterias capaces de medrar en aquel suelo prácticamente estéril e incrementar su fertilidad. A continuación desarrollaron vegetales comestibles que pudieran crecer en ese suelo, en condiciones tan poco favorables, y otros cuyo único propósito era ir erosionando el fondo rocoso para producir nuevo terreno cultivable. Lo único que no les faltaba era agua, pues además de los hielos perpetuos que los rodeaban las nevadas eran casi continuas. Finalmente modificaron genéticamente algunas de las especies animales balanias cuyas muestras de ADN llevaban en su inventario por una u otra razón, de manera que fueran capaces de crecer alimentándose con parte de los vegetales que produjeran y convertirse a su vez en fuente de alimento, de abono natural, y servir además como sustitutos para la maquinaria agrícola de la que carecían.

Tan pronto como se firmó la tregua, los balanios utilizaron su remanente de explosivos para volar las rocas que más les estorbaban y arrancarles aún más terreno de cultivo a las montañas. Esto era de vital importancia. Siglo y pico más tarde sus descendientes empezaron a ocupar el área de seguridad, una vez que desapareció el riesgo de ser nuevamente atacados por los seibergios, y con el tiempo llegaron a abandonar por completo su asentamiento primitivo sobre el viejo glaciar. Pero en esos primeros años, todo con lo que podían contar estaba allí, entre las montañas.

—No fue una tarea fácil —continuó Ibero—, y tan sólo el magnífico adiestramiento que habían recibido y su ardiente deseo de sobrevivir cuando unos y otros no daban un crédito por ellos, les permitieron salir adelante y tener éxito allá donde seres más corrientes habrían sin duda perecido. Fíjate que estaban entre lo mejor de las fuerzas armadas balanias, y que provenían de un mundo donde la vida al aire libre ya era dura de por sí. Los habían traicionado y abandonado a su destino, y ese hecho, en lugar de hacerles claudicar y aceptar la muerte que parecía segura, les empujó a luchar por su vida de forma mucho más tenaz si cabe. Su equipo de clonación no estaba diseñado para producir seres vivos viables, y apenas una décima parte de los intentos de clonar de animales llegaba a buen término. De esos muy pocos llegarían a la edad adulta. Los vegetales fueron algo más fáciles de producir, y eso les permitió disponer de una primera cosecha de cereales resistentes al frío poco antes de que sus raciones militares se agotasen por completo. Eso les dio un mínimo respiro, pero necesitaban a los animales. Eran conscientes de que el limitado número de dispositivos de clonación con el que contaban no duraría para siempre, por lo que era imprescindible que las especies genéticamente manipuladas que crearan fueran capaces de reproducirse por sí mismas. Para facilitar las cosas las diseñaron a todas para que fueran hermafroditas, pero lo cierto es que aún tardarían años en poder contar con animales en número suficiente. A pesar de sus esfuerzos no podían permitirse sacrificar ninguno, y sólo aquellos que se les morían de forma prematura pasaban a formar parte de la dieta. Ni siquiera con eso tenían suficiente

comida, puesto que su producción vegetal no bastaba para cubrir sus necesidades más básicas. Murieron muchos balanios durante su segundo año de permanencia en Seibergia, demasiado débiles para combatir las enfermedades o para recuperarse de los accidentes que sufrían, relativamente frecuentes a causa de lo escarpado del entorno y al casi permanente estado de congelación del suelo que pisaban. Al final del tercer año los supervivientes no eran más de seiscientos, y a pesar de todos sus cuidados buena parte de su equipamiento estaba empezando a fallar. Sin las piezas suficientes de recambio que les hubieran permitido repararlos, tuvieron que improvisar y ser extremadamente imaginativos para conservar funcionando lo que tenían. Poco a poco, a medida que las células de energía de las que disponían se fueron agotando, todo aquello que no podía ser alimentado o recargado con baterías solares —cuyo funcionamiento era muy poco óptimo bajo aquellos cielos casi siempre cubiertos— fue quedando condenado a convertirse en materia prima para la fabricación de herramientas de mano. Diez años más tarde no les quedaba casi nada de la moderna tecnología con la que habían llegado al planeta, aunque algunas cosas, armas de mano sobre todo, les duraron generaciones enteras.

—No sé cómo pudieron conseguirlo —dijo Alce profundamente impresionado. Su mirada cayó sobre un nuevo conjunto de imágenes que Ibero estaba haciendo aparecer—. Esos son sus animales, ¿no es así?

—Sí. Dados los recursos limitados de los que disponían y la necesidad urgente de obtener resultados en poco tiempo, decidieron concentrarse en tres únicos diseños. A lo largo de los siglos, otras especies autóctonas de Seibergia se han ido introduciendo poco a poco, pero las tres que ellos crearon siguen siendo, aún hoy, la base de la economía de la Región Balania junto con la agricultura. Fíjate, esto que ves aquí es un kalashiri, su primer éxito. Es un cruce entre reptil y pájaro. Feísimo, ¿verdad? A primera vista parece un reptil intentando parecerse a un pájaro, o un pájaro que nunca dejó de ser reptil.

Tiene el tamaño aproximado de un pollo común y básicamente es comida andante.

—Supongo que lo desplumarán primero.

—Digo yo. No te extrañe la cantidad de plumas, tenían que hacerlo resistente al frío. Mira, este otro es un kala'bra —prosiguió Ibero—. Aunque su carne es también comestible, los productos principales que se obtienen de él son su leche y su lana. La composición de la leche está tan bien equilibrada que una persona podría sobrevivir exclusivamente con ella. Si los hubieran podido producir suficientes kala'bras al principio muchos de los soldados que murieron durante los tres primeros años se habrían salvado —Ibero se encogió de hombros con cierta tristeza. Alce se dio cuenta de que en el poco tiempo que llevaba estudiando a los antepasados de los actuales pobladores de la Región Balania había llegado a admirarlos mucho—. También hacen quesos, entre otros muchos derivados. Ah, respecto a la lana, nunca deja de crecerles y además lo hace muy deprisa. Los balanios fabrican una gran variedad de tejidos a partir de ella.

—Sorprendente. ¿Y ese grande?

—Un kala'ballo, su tercera y última especie genéticamente modificada. Lo obtuvieron a partir del ADN de una raza de caballo que se da exclusivamente en Balania,

y es pura fuerza bruta. Aunque, como no podía ser menos, su carne es comestible, el kala'ballo es una máquina de trabajo además de un medio de locomoción. Lento, eso sí, ya que es demasiado robusto como para poder trotar.

—Menudo bicho. Por cierto, me llama la atención eso de que todos los nombres comiencen por «kala».

—Significa «modificado» en balanio —respondió Ibero con una sonrisa—. Lo he comprobado.

—No, si debería haberlo imaginado —se rió Alce.

Ibero continuó charlando durante casi media hora más, explicándole a Alce cómo se las habían apañado los balanios para hacer de sus montañas un lugar habitable, desde los primeros años hasta el presente, cuando su supervivencia parecía estar amenazada una vez más. Cuando acabó, Alce permaneció unos instantes en silencio, su mente repleta con las imágenes que la historia que le había contado Ibero había creado en ella. Su forma de pensar en lo referente a los seibergio-balanios había cambiado por completo. Los vídeos que últimamente había visto de ellos mostraban a pacíficos labriegos trabajando sus campos o pastoreando rebaños de esos mamíferos lanudos —kala'bras, se recordó a sí mismo—. Sus casas eran rústicas, la gran mayoría de sus caminos estaban sin pavimentar. No tenían ciudades dignas de tal nombre con la excepción de Nurtina, la que podría considerarse como capital de la Región Balania, sino cientos de pequeñas aldeas repartidas por doquier, rodeando las montañas. Las estadísticas decían que un veinte por cien de la población era analfabeta, y que menos de un uno por mil tenía estudios superiores. En apariencia, pobres, ignorantes e indefensos campesinos. Pero ahora Alce sabía que en los balanios había mucho más de lo que se podía ver a simple vista. Podían ser pobres, de eso no tenían culpa, pero no eran ignorantes ni habían estado siempre indefensos. Eran gente que había sobrevivido cuando todo, absolutamente todo, estaba en su contra, y que aún lo seguían haciendo . *Ésa es la clase de gente a la que sin querer he matado…*

Alce se dio cuenta de que Ibero lo observaba en respetuoso silencio, pero con una expresión que denotaba un cierto desconcierto. Alce se preguntó cuánto tiempo llevaba absorto.

—Hmm, Ibero… —empezó a decir. Se le acababa de ocurrir una idea, pero antes tenía que saber si era realizable.

—¿Sí?

—Estos días he oído que en la flota pedían voluntarios que quisieran echar una mano en esos campos.

—Así es —El iberiano miró a Alce entrecerrando los ojos, como si tratara de adivinar en qué estaba pensando su compañero—. Hay montones de cosas que hacer y muy pocas manos para hacerlas. Extraoficialmente se anima a todo el personal que no sea indispensable en sus unidades a solicitar un traslado temporal ahí abajo, y a ayudar en lo que puedan una vez estén allí.

—¿Crees que podrían venirles bien un par de pilotos?

—Llamarada y tú tenéis prohibido volar —Alce notó que a Ibero le incomodaba tener que mencionar ese detalle— Lo sabes perfectamente.

—Tenemos prohibido pilotar, no volar. Los miembros del comité estarán aquí mañana, pero les harán falta al menos dos o tres días más para estudiar toda la información que Gen'yaa y su gente están recopilando. Nadie va a necesitarnos aquí durante al menos tres días, ¿no es cierto?

—Supongo que tienes razón, pero… —Ibero se puso a dar golpecitos con los dedos sobre la mesa durante algunos instantes. Finalmente pareció llegar a una decisión—. De acuerdo, hablaré de esto con el teniente de navío Dey'jaa. Será más fácil si le pido opinión antes a él que si acudo directamente a la capitán de navío Gen'yaa —Alce sabía que Ibero, en su rol como oficial de inteligencia del escuadrón, solía compartir información e impresiones con su colega entre el personal del *Guarida del Lobo*. Parecía llevarse bien con el bothan, aunque Alce no sabría decir si entre los dos había amistad o tan sólo colaboración profesional—. Dey'jaa es un buen tipo —explicó Ibero, como si hubiera adivinado la pregunta sin formular de Alce—. Tan directo como pueda ser un bothan, tú ya me entiendes —El piloto iberiano se encogió de hombros—. Cuando sepa algo os avisaré a Llamarada y a ti, ¿de acuerdo?

—Gracias —Alce se puso en pie, preparándose para irse—. Ah, una cosa más. Ese informe tuyo, no es del tipo «sólo-para-quien-necesite-saberlo», ¿verdad?

—No, claro que no. Después de todo cualquiera puede encontrar la mayor parte de esto en una base de datos pública. Si quieres puedo enviarte una copia tu consola cuando lo termine.

—Estupendo. Gracias de nuevo por la clase de historia, Ibero.

—No hay de qué —Ibero le dijo adiós con la mano y le siguió con la mirada mientras Alce salía de la sala de lecturas. Con el rabillo del ojo, Alce llegó a ver como su compañero volvía a encender el pequeño holoproyector con la imagen de su familia. El suspiro del iberiano se confundió con el susurro de la puerta al cerrarse.

A Alce le pareció extraño que no Ibero no le hubiera preguntado por sus razones para querer ir de pronto en ayuda de los refugiados balanios. Quizá le parecían obvias, o quizá prefería no saberlas y mucho menos discutir sobre ellas. Podría ser que en el fondo no le importara, o que sí lo hiciera, pero que no quisiera inmiscuirse. Alce fue consciente en ese momento de lo poco que conocía a la mayoría de sus compañeros. *Nos reímos juntos y discutimos sobre cualquier cosa. Volamos uno al lado del otro y nos jugamos la vida para salvarle el pellejo al último piloto en llegar al escuadrón sin preguntarnos siquiera por qué lo hacemos. Pero cuando entramos en el terreno personal, en quiénes somos realmente cada uno de nosotros, ahí hay como un muro, o más bien un foso que nunca intentamos cruzar*. Alce tenía más relación con los pilotos a los que conocía desde el principio, los que habían estado con él en el antiguo escuadrón Azul o a bordo del crucero *Libertad* hasta antes de Endor.

Reek, Sparks, Groznik, Rúster… y por supuesto Llamarada, que era un caso completamente diferente. Tenía la sensación de haber estado siempre evitando intimar

demasiado con los nuevos pilotos. Eso era ciertamente algo común entre los veteranos, ya que lo más habitual era que los últimos en llegar fueran los primeros en marcharse… en un ataúd, o simplemente en mitad de una explosión. Pero no dejaba de ser extraño seguir pensando en Ibero, por ejemplo, como uno de los nuevos, cuando llevaban cerca de dos años volando juntos. La mayor parte de lo que sabía de él era a porque se lo había contado Llamarada, que tenía más contacto con él. Bueno, la verdad era que Llamarada tenía más contacto con todo el mundo, y no era sólo por ser la jefa. Cuando estaban fuera de servicio ella misma se encargaba de servir las bebidas en el bar oculto del escuadrón, el *Refugio Antibombas* —cuya localización y existencia misma dentro de la nave era un secreto guardado celosamente por los pilotos, y compartido con muy pocas personas de fuera del escuadrón—. Alce siempre había pensado que lo hacía para darse un baño de humildad y así no perder nunca la perspectiva, pero quizá lo hacía simplemente porque le gustaba, porque así tenía oportunidad de hablar con todo el mundo y conocerlos mejor. Aunque luego lo pasara peor cuando alguien faltaba. Por primera vez Alce lamentó el haberse aislado de la mayoría de sus compañeros, y le entraron ganas de cambiar su actitud hacia ellos. *Cuando pase todo esto lo haré. Empezaré invitando a Ibero a algo en el Refugio Antibombas mientras hablamos de cualquier cosa que no tenga que ver con nuestro trabajo*.

No fue hasta pasado un buen rato cuando cayó en la cuenta de que si no era exonerado por el comité, y no el de Gen'yaa, sino el que enviara el almirante Ackbar, lo más probable era que jamás tuviera la oportunidad de hacer lo que acababa de proponerse.

El teniente de navío Mesch Dey'jaa fue a buscar a la capitán de navío Gen'yaa a su camarote, sabiendo que a esa hora no estaba de servicio, pero al parecer no se encontraba allí. Tras consultar con el ordenador principal del *Guarida del Lobo*, éste le informó que la capitana estaba en el puente, y hacia allá se encaminó Dey'jaa. Encontró a Gen'yaa hablando con el capitán de fragata Wumb junto a la consola de navegación, desocupada en ese momento.

Vio al teniente de navío Vaiweehanen, el curtido twi'lek que ostentaba el cargo de oficial de Navegación, de pie al otro lado del puente, estirándose sus lekku —las colas cefálicas gemelas que distinguían a los miembros de su especie— sobre la espalda, al tiempo que bebía a sorbos de una taza humeante.

Seguramente uno de esos tés ithorianos tan olorosos que le gustan tanto.

Dey'jaa arrugó la nariz y se aproximó a la capitana y a su segundo en el mando.

—Capitán de navío Gen'yaa, capitán de fragata Wumb —saludó—. Si les interrumpo en algo importante puedo esperar allí, con el teniente Vaiweehanen.

—No, puede usted quedarse, teniente —dijo Gen'yaa. El sulustano respondió al saludo de Dey'jaa con una inclinación de cabeza—. ¿De qué se trata?

—Tan sólo un par de cosas, señora. He estado en el hangar, informándome sobre el estado en el que se encuentran los trabajos con el cazabombardero del capitán Gregory.

—¿Y? —El tono Gen'yaa era perfectamente mesurado, sin mostrar el más mínimo rastro de ansiedad o preocupación. Eso decía mucho de su capacidad de autocontrol, teniendo en cuenta que el comité de investigación oficial llegaba mañana, y que hasta el momento el equipo reunido por Gen'yaa tenía muy poco que ofrecerles aparte de la cruda realidad de las grabaciones tomadas por los cazas de la patrulla.

—Nada, me temo. La teniente Hanniuska y su gente no han encontrado problema alguno ni en el ordenador de vuelo ni en los equipos sensores.

Siguen sin encontrar qué es lo que falló.

—Lo que significa que seguramente no hubo fallo alguno —dijo Gen'yaa en el mismo tono, como si ya se esperase esas noticias. Dey'jaa sabía que no se trataba de eso. La capitana no era alguien que se agarrara a vanas esperanzas, sino que basaba su pensamiento en los hechos comprobados y en lo que de ellos pudiera derivarse, y a partir de ahí planeaba su estrategia. La presencia de un fallo técnico en este caso hubiera sido muy conveniente, pero ella no lo consideraría siquiera como una posible opción mientras no estuviese más que probado. Si no hay esperanza no hay decepción, decía un dicho bothan, y Dey'jaa estaba totalmente de acuerdo.

—Aún no lo han descartado por completo. Quieren ejecutar simulaciones con todas las naves implicadas conectadas al ordenador al mismo tiempo, incluida la del capitán Steinberg, si es que son capaces de recuperar algo de sus bancos de memoria.

—Negativo, teniente. Comunique a la teniente Hanniuska que no dispone de mi permiso para hacer eso. No podemos permitirnos tener nada menos que a cuatro cazas inoperativos para que ella haga sus pruebas. No cuando podríamos necesitarlos en cualquier momento —Gen'yaa lanzó una mirada hacia su segundo, que captando la señal se dispuso a instruir a Dey'jaa acerca de las últimas noticias.

—Acabamos de recibir una nueva grabación procedente de los servicios de noticias corelianos, seguramente mientras usted se encontraba en el hangar. Encontrará una copia en su directorio personal. El Diktat se ha dirigido a los ciudadanos de los cinco mundos corelianos en una alocución pública para informarles de la posición de su gobierno con respecto a la crisis en el sistema Seibergia, durante la cual llegó a mencionar este incidente. Aunque no revela nada en concreto, sí sugiere que Corellia podría tomar parte activa en el conflicto en cualquier momento, por lo que avisa al pueblo de que estén preparados para afrontar un posible estado de guerra —A Dey'jaa le costó trabajo no mostrar su conmoción ante lo que acababa de oír.

—Parece que, una a una, todas sus predicciones se están convirtiendo en realidad, teniente —comentó Gen'yaa como de pasada. En sus ojos, no obstante, el perceptivo Dey'jaa pudo ver lo que la capitana había querido decir con esa frase. *Lo siguiente que predije fue la llegada al sistema de una flota de combate coreliana*.

—No puedo decir que me alegre, señora.

—Tampoco yo, pero estar preparados de antemano es más importante si cabe cuando la situación a afrontar puede ser la peor que uno se imagina.

Dey'jaa captó ahí una nueva señal dirigida a él. *A partir de ahora mismo debo hacer mi trabajo contando con una guerra con Corellia como hecho cierto*.

—Sería terrible encontrarnos con otro frente abierto —comenzó a decir Wumb en tono sombrío—, y un nuevo enemigo declarado. Ésta podría ser la oportunidad que necesita el Imperio para darle la vuelta a las tornas, para quitarnos todo lo que con tanto sacrificio hemos ganado desde Endor.

—Dijo usted que tenía un par de cosas que contarnos, teniente Dey'jaa —continuó Gen'yaa como si no hubiera escuchado el comentario de Wumb—. ¿Cuál era la segunda?

—Los oficiales Schroeder y Gregory han formulado sendas peticiones para que se les permita bajar a los campos de refugiados balanios con el próximo envío de ayuda.

—¿Como voluntarios? —Gen'yaa permitió que se le notara un punto de sorpresa en la voz—. ¿Conciencias culpables, quizá?

—No lo sé, señora. En realidad no veo nada malo en permitirles que vayan. No creo que intenten escapar ni nada por el estilo…

—Por descontado, teniente. ¿Pero?

—Pero su comentario sobre conciencias culpables demuestra lo que pensaría la gente si esto se hiciera público. Podría arruinar nuestros esfuerzos para probar que son inocentes.

—Ahí ha pulsado usted la tecla clave. Estamos siendo observados por billones, dada la cobertura que los medios de comunicación de unos y otros le están dando a nuestra presencia en este sistema. Aquí no hay nada del ocultismo informativo que ha caracterizado muchos de nuestros pasados y presentes enfrentamientos contra el Imperio. Antes de dar cualquier paso, hay que tener en cuenta qué va a opinar de él la opinión pública.

—Sí, a eso me refería, señora —dijo Dey'jaa, un tanto confundido por las explicaciones de Gen'yaa. En esta ocasión lo tenía perdido. ¿Qué se proponía ahora la capitana?— Si alguno de los reporteros que acampan en el sistema llega a enterarse de esto, se escribirán miles de líneas sobre los dos pilotos que tratan de limpiar su culpa ayudando, o haciendo ver que ayudan, a otros refugiados como aquellos a los que mataron. O peor aún, podrían sugerir que son sus mandos quienes les obligan a representar esa farsa.

—Sólo si saben que se ofrecieron voluntarios *después* de matarlos.

Gen'yaa arqueó una ceja, aparentemente divertida por el desconcierto de su oficial de Inteligencia, quien de todas las personas a bordo debía ser quien mejor la conociera.

—¿Está usted sugiriendo…?

—Sí. Dígales que formulen sus peticiones. Después cambie los datos de sus peticiones de manera que figuren como registradas semanas antes del incidente, digamos poco después de que llegásemos aquí. Si la presencia de nuestros pilotos en un campo de refugiados llega a ser conocida por los medios, y podría convenirnos que así fuera,

podemos conseguir que esas peticiones sean filtradas casualmente. Eso podría poner a los periodistas de nuestro lado.

—¿Está usted segura de eso, capitán? —Al capitán de fragata Wumb parecía faltarle muy poco para sentirse escandalizado.

—Por supuesto que lo estoy —respondió Gen'yaa recuperando la habitual severidad de su expresión—. Las reglas por las que se rige nuestro trabajo han cambiado desde que tenemos que mirar al enemigo con un ojo y a las encuestas de opinión con el otro. Sobre todo si se trata de enemigos en potencia —añadió como clara referencia a Corellia—. Si tengo que hacer trampas para cumplir con mi deber, entonces trampas haré —Gen'yaa miró fijamente a su segundo, como desafiándole a mostrar su desacuerdo. Como de costumbre, fue el sulustano el primero en romper el contacto visual. Incluso él tenía que reconocer que Gen'yaa tenía razón en lo que decía, pensó Dey'jaa.

—Les comunicaré a los oficiales Schroeder y Gregory que sus peticiones han sido aceptadas, y les diré que nos respalden en lo del cambio de fecha si alguien llegara a preguntarles.

—Si saben lo que les conviene harán lo que usted les diga. Antes de que se marche, teniente Dey'jaa, yo también tenía algo que comentarles a usted y al capitán de fragata Wumb.

—¿Sí, señora? —preguntó Dey'jaa, presintiendo que su capitana estaba a punto de sorprenderle por segunda vez en el curso de esa conversación.

Wumb se la quedó mirando también, con la curiosidad brillando en sus grandes ojos negros.

—Estamos todos de acuerdo en que sería muy útil para nuestros propósitos si pudiéramos conocer la identidad del piloto del transporte, supuestamente un coreliano, y saber por qué se encontraba volando en formación con cuatro naves seibergias, mintiéndonos para que les permitiésemos a todos cruzar el bloqueo.

—Así es, señora.

—Pues me gustaría compartir con ustedes algunas ideas que tengo al respecto. Agradecería que me dieran, cada uno desde su punto de vista, su opinión acerca de la factibilidad de mi plan, y que colaborasen en su puesta en práctica si finalmente estamos de acuerdo en que puede llevarse a cabo.

—Puede usted contar conmigo, capitán —dijo Wumb.

—Y conmigo, señora —añadió Dey'jaa.

—Lo sé, caballeros, lo sé.



Capítulo VIII

Rúster condujo a la *Compasión* con extremo cuidado a través del umbral magnético de contención que protegía el acceso al hangar principal del *Guarida del Lobo* por su costado de babor. Tan pronto como estuvo fuera desconectó los repulsores antigravitatorios y empujó hasta la posición de un tercio la palanca que regulaba la potencia de sus dos motores sublumínicos. Un vistazo a las pantallas de datos con los indicadores de rendimiento bastó para confirmarle que ambos estaban funcionando a la perfección. Con un gesto que tenía mucho de automático accionó un interruptor colocado en el panel sobre su cabeza y las alas de la lanzadera clase Lambda se desplegaron suavemente hasta bloquearse en su posición de vuelo. Pisando el pedal derecho aplicó el timón etérico —así se llamaba al conjunto de pequeñas toberas de maniobra y a las bandas de deflección adosadas a las toberas principales que permitían hacer girar a la nave en ausencia de atmósfera— y efectuó un suave viraje hacia estribor, en dirección al punto de encuentro con su escolta. Los dos ala-X que acababan de abandonar el hangar detrás de ella aparecían ya como puntos verdes prácticamente en el centro de su pantalla sensora trasera. A una distancia segura del portanaves de combate, Rúster observó como los dos cazas despachados por Víbora tomaban posiciones en torno a ella, dispuestos a acompañar a la lanzadera de búsqueda y rescate hasta su punto de aterrizaje en la superficie del cercano Seibergia.

—Buenos días, Ru —se escuchó la voz animosa de Drake saliendo por los altavoces del panel de control. Como de costumbre Rúster no llevaba ni casco ni auriculares, pues resultaban un engorro a causa de sus extensiones neurales—. ¿Quieres unirte a Raiven y a mí para dar un paseíto?

—¿Cómo podría una chica decirles que no a dos caballeros como vosotros? —bromeó la lumi en respuesta, intentando que su voz sonara mucho más alegre de lo que en realidad se sentía. Aunque había podido dormir unas cuantas horas y los párpados no se le cerraban solos por primera vez en bastantes días, lo que aún no había recobrado era el ánimo. No había sido de mucha ayuda encontrarse a Alce y a Llamarada esperando para subir a bordo de su nave. De todos los seres que habitaban el *Guarida del Lobo*, ellos dos eran los últimos a los que le hubiera apetecido ver hoy. Desde la amarga discusión en la sala de reuniones, todo el tiempo que no había empleado en dormir se lo había pasado pensando en los refugiados muertos a manos de sus amigos. Mientras a un nivel puramente intelectual podía llegar a entender, si no compartir, las razones por las que habían llegado a hacerlo— básicamente por que creían de verdad que así estaban evitando un riesgo mayor —en lo más profundo de su corazón estaba muy lejos de

admitir nada semejante. Tenía muchas ganas de llevar a cabo esta misión en particular, transportar al jefe médico del *Guarida del Lobo* a uno de los campos de refugiados, junto con el equipo y las provisiones que ayudarían a mejorar un poco las condiciones de vida de esa pobre gente. Entre otras cosas, eso le daría la oportunidad de conversar con el doctor Al Saruff durante el vuelo. El ithoriano— o cabeza de martillo, como muchos humanoides llamaban a los nativos de esa especie —era un ser tan sensible hacia el sufrimiento ajeno, tan receptivo a la hora de escuchar los problemas de los demás, siempre tan comprensivo y tan tolerante con sus debilidades, que Rúster solía sentirse confortada con su mera presencia. No hacía mucho, tras observarle trabajar con un paciente, Rúster se había admirado de la capacidad del ithoriano para empatizar con los seres a los que atendía, y así se lo había dicho. Al Saruff le había quitado importancia al hecho y le había respondido que eso también era parte de su trabajo, que no entendía que se pudiera pretender sanar al cuerpo sin atender también al espíritu, que eso le habían enseñado a él y que la experiencia le había demostrado cuánta razón tenían sus maestros. Según él existían muchos males que no se pueden curar ni con la cirugía ni con los fármacos, o al menos no sólo con ellos, y le aseguró que a veces bastaba con escuchar a alguien y dejar que se desahogara para que fuera capaz de empezar a curarse a sí mismo. Que Rúster supiera no se encontraba enferma, pero si alguna vez en la vida había sentido la necesidad de hablar y que la escuchasen era ésta sin duda.

Algunos pensarían que ya había tenido oportunidad de desahogarse en la reunión, pero aquello no le había reportado ningún bien. Todavía sentía escalofríos cuando se acordaba de lo que la tensión, la ira y la decepción habían hecho con ella. Sus extensiones neurales se habían cargado tanto que podría haber causado fácilmente un accidente. No podía permitir que eso volviera a sucederle, y por eso tenía que hablar con el buen doctor Al Saruff. Si había alguien a bordo del *Guarida del Lobo* que fuera más pacifista aún que ella ése era el ithoriano, y por eso precisamente esperaba que él pudiera entenderla y ofrecerle el consuelo que sus compañeros, pilotos de guerra todos ellos, no podían darle. Ni siquiera Mar Hanniuska, que a su manera lo había intentado. Seguramente para Al Saruff también había supuesto un duro golpe enterarse de lo sucedido, pero los de su especie tenían una serenidad para aceptar las desgracias que ella no podía sino desear para sí. Pero, ¿cómo iban a hablar con Alce y Llamarada sentados allí, con ellos, dentro de la cabina de la *Compasión*?

En su fuero interno sabía que tenía que perdonarles, o intentarlo al menos. Al menos, su deseo de pasar algunos días trabajando en el campo de refugiados significaba algo, ¿no? Una parte de ella quería pensar que no se les podía culpar por aquellas muertes, dadas las circunstancias, o cuando menos que había que tener en cuenta que no era suya toda la culpa. Eran los seibergios los que estaban obligando a esos desgraciados a abandonar sus casas y a huir de la tierra en la que nacieron. Eran también los seibergios quienes estaban sembrando de minas espaciales la mitad del cúmulo Viayak. Y ese estúpido piloto coreliano… ¿Por qué razón se habría empeñado en escapar de esa forma? ¡De haberse dejado inspeccionar Llamarada y los demás le habrían escoltado gustosos,

por todas las estrellas! Pero la otra parte seguía pensando que Alce jamás debería haber disparado al no tener la posibilidad de comprobar si el coreliano decía o no la verdad. Y además Llamarada debería habérselo prohibido . *Ya estamos otra vez en el mismo sitio*, pensó con amargura. Rúster se mordió el labio inferior, intentado romper la cadena cíclica de pensamientos en la que llevaba debatiéndose las últimas treinta y seis horas.

El silencio en el interior de la cabina de la lanzadera tan sólo era roto esporádicamente por la unidad de comunicaciones. A la derecha de Rúster Llamarada ocupaba el asiento del copiloto. Alce y el doctor estaban sentados detrás de ellas. Dado que tenía que llevarles a todos casi hubiera preferido hacer el viaje yendo ella sola en la cabina, pero el compartimento de pasajeros estaba atestado hasta arriba de material diverso, por lo que los cuatro asientos de la cabina eran los únicos disponibles. Rúster decidió concentrarse en el vuelo y no pensar en nada más, aunque lo cierto era que había muy poco que hacer hasta que se aproximaran a la órbita de Seibergia.

Maldita sea. Si no fuera por los guantes me habría comido ya las uñas hasta la misma raíz…, pensó Araña. Le dolían las piernas de tanto tiempo como llevaba encerrado en la estrecha cabina de su ala-A. En realidad prácticamente todo el día, con intervalos de no más de tres o cuatro horas para descansar y refrescarse. Ese turno había comenzado hacía sólo dos horas, pero se le estaba haciendo muy largo. Con los nervios de estar esperando todo el tiempo a que sucediera algo, había sido incapaz de dormir en ninguna de las ocasiones en las que había regresado al *Guarida del Lobo*. No sentía sueño, pero esta incertidumbre le estaba matando. Todo el mundo sabía que algo gordo estaba a punto de suceder, pero el momento y el lugar exacto eran impredecibles. Cuando no estaban aquí colgados —saltando en el asiento cada vez que el ordenador de vuelo emitía un «bip»— ni durmiendo —o pretendiendo hacerlo— en sus literas, Víbora los tenía a todos prácticamente enclaustrados en la sala de los simuladores. El hecho de que todas las situaciones para las que se entrenaban involucraran flotas corelianas de composición diversa no dejaba demasiado lugar para la imaginación, ni tampoco para el optimismo.

En los tiempos más remotos del viaje a través del hiperespacio, éste había sido posible exclusivamente a través de agujeros de gusano naturales.

Los agujeros de gusano eran extraordinarias irregularidades en la esencia misma del universo, algo así como costuras en el tejido sutil compuesto por tiempo y espacio, donde ninguno de ellos se regía por las mismas reglas que eran inamovibles en el espacio normal. En la prehistoria de los viajes espaciales se descubrió que algunos de ellos podían ser utilizados como auténticas puertas, que conectaban regiones distantes dentro de la galaxia.

Cuáles de ellos conducían realmente a alguna parte y cuáles eran trampas mortales en las que aquellas naves que entraran jamás volverían a salir, ésa era una cuestión a desentrañar tan sólo por aventureros, por desesperados o por locos, capaces de pilotar sus

naves hasta la boca de un agujero de gusano inexplorado para intentar después gobernarlas intactas hasta el otro extremo, donde quiera que estuviera y si es que existía. Los afortunados que consiguieran sobrevivir y aparecieran en la vecindad de sistemas estelares con planetas habitables —o incluso ya habitados, aunque ése era un caso muy poco probable—, si les seguía acompañando la suerte volverían para convertirse en increíblemente ricos. En aquellos tiempos había cientos de gobiernos y corporaciones privadas dispuestos a pagar sumas astronómicas por las coordenadas y los parámetros de vuelo a través de nuevos agujeros de gusano, siempre que fueran estables y susceptibles de ser explotados militar o comercialmente. Estaban también aquellos que, aún sobreviviendo al peligrosísimo viaje, al salir al espacio normal se encontraban en mitad de la nada. Esos solían seguir buscando hasta que encontraban con un nuevo agujero con el que probar fortuna, o bien hasta que se arruinaban intentándolo.

Finalmente, estaban aquellos que simplemente desaparecían para siempre y pasaban a engrosar las estadísticas. Si habían llegado a comunicar su posición antes de llevar a cabo el intento, el agujero de gusano sería marcado como inseguro en todas las cartas de navegación. Si no lo habían hecho, que era lo más común pues se intentaba evitar que otros pudieran reclamar para sí el descubrimiento —y la recompensa—, el agujero de gusano seguiría allí, esperando a su siguiente víctima.

En aquellos días, miles de años antes de que se fundara la antigua República, cuando todas las especies inteligentes que se habían lanzado al espacio utilizaban estos agujeros de gusano en busca de nuevos mundos en los que establecer colonias o instalar industrias, la lucha por quedarse con los mejores lugares era absolutamente feroz. La mayor parte de las batallas tenía lugar en uno de los extremos de un agujero de gusano. Suponiendo que estuvieran al tanto de un ataque inminente, los defensores no tenían más que limitarse a esperar a que las naves enemigas fueran saliendo por la boca del agujero, una a una, y no había forma alguna en que pudieran llegar sin ser detectadas.

Desde que hacía ya casi veinticinco mil años estándar los corelianos —quién si no— desarrollaran los motivadores de salto —ingenios capaces de abrir un agujero de gusano artificial alrededor de una nave espacial— y los hiperimpulsores o motores de hiperespacio —que lo mantenían abierto y estable creciendo con la nave hacia su lugar de destino—, los viajes espaciales habían cambiado para siempre, abandonándose el uso de los agujeros de gusano naturales. Las únicas limitaciones a la travesía en sí y al punto de reentrada en el espacio normal venían dadas por la influencia gravitacional de estrellas, agujeros negros, planetas o cualquier otro cuerpo astral cuya masa hiciera imposible la misma existencia de un agujero de gusano, artificial o no. Las rutas que conectaban un lugar con otro, es decir, las líneas imaginarias sobre las cuales una nave podía navegar a través del hiperespacio, cambiaban a cada milisegundo. El movimiento de todos y cada uno de los objetos que se encontraran a lo largo del camino y cuya masa fuera lo suficientemente notable como para influir en él hacía altamente improbable el que se pudiera repetir un salto idéntico dos veces seguidas. De hecho, sin la ayuda de sofisticados ordenadores navigacionales, que llevaban a cabo increíblemente complejos

cálculos que involucraban una serie de ecuaciones diferentes para cada objeto —teniendo en cuenta su masa, trayectoria, velocidad inicial, aceleración estimada y otras variables—, sería materialmente imposible efectuar un salto seguro, que no pudiera terminar con la nave estrellada contra un cuerpo celeste, engullida por un agujero negro, varada sin referencias en una región sin cartografiar, o sin energía para intentar otro salto. Por todas estas razones, los puntos concretos por los que una nave que viajara por el hiperespacio podía salir de él dentro de los límites de un sistema estelar cambiaban de forma constante, variando desde infinitas posibilidades a tan sólo unas pocas.

Dependía de muchos factores además de los inherentes al propio viaje, incluyendo el tipo de nave, si viajaba sola o como parte de un convoy o una flota, y por supuesto de las decisiones que tomara su capitán a la hora de seleccionar los parámetros de seguridad —incluyendo a qué distancia del objetivo pretendía acercarse— con los que debía trabajar su ordenador navigacional a la hora de hacer sus cálculos.

Todo esto, que Araña había tenido que estudiar en profundidad como parte de su entrenamiento como piloto, se hacía dolorosamente patente en esos momentos, cuando un puñado de cazas, coordinados desde sus naves nodriza, tenían que intentar cubrir todos los posibles puntos por los que una armada coreliana podría entrar al sistema de un momento a otro. Se trataba de una tarea prácticamente irrealizable a no ser que se dispusiera de miles de naves, lo cual estaba muy lejos de ser el caso. De hecho muy pocos mundos en toda la galaxia podían presumir de contar con una pantalla impenetrable que cubriera todos los posibles puntos de entrada de una flota enemiga. Coruscant, el planeta capital del Imperio —al que ellos llamaban Centro Imperial— era uno de esos pocos, aunque incluso en su caso una nave pequeña viajando en solitario podría intentar la hazaña de entrar en el sistema sin ser detectada, siempre que después no intentara aproximarse al planeta y entrara por tanto en el radio de acción de los sensores de su sofisticado sistema de alerta —eso no significaba que no se pudiera entrar en Coruscant de modo ilegal, pero había que hacerlo recurriendo a argucias para engañar a los controladores humanos, al soborno de los mismos— se decía que la organización criminal Sol Negro tenía a no menos de tres mil controladores en nómina —o incluso a ocultar la nave propia detrás de otra más grande—. Por desgracia, y a pesar de que llevaba tiempo detrás de ello, la Nueva República no había sido capaz hasta el momento de capturar ningún interdictor imperial. De disponer de una de estas naves, colocándola a lo largo del vector de aproximación más probable desde Corellia hubiera sido posible utilizar sus potentísimos generadores gravitatorios para forzar la reentrada en el espacio normal en un punto concreto de todas las naves que se aproximaran. *En cualquier caso*, especuló Araña, *para cubrir todas las posibilidades hubieran sido necesarios varios interdictores, y eso sí que pertenece al terreno de los sueños*. *También habría que tener en cuenta*, pensó con ironía, *que los corelianos podrían considerar como un acto de guerra el que se los sacara a la fuerza del hiperespacio, y se supone que ante todo debemos evitar provocarlos.*

A bordo del *Guarida del Lobo*, el capitán de fragata Wumb se estaba encargando personalmente de dirigir las operaciones encaminadas a proteger el cuadrante que les había sido asignado. Sin esperanzas de recibir refuerzos adicionales —la guerra contra el Imperio absorbía la práctica totalidad de los recursos militares de la Nueva República—, Araña era muy consciente de que por mucho que se esforzaran los corelianos siempre podían llegar a sorprenderles. De cuando en cuando, y a medida que el ordenador principal del portanaves de combate iba rehaciendo sus cálculos, el líder del grupo Sombras de Lobo veía aparecer nuevos conjuntos de coordenadas sobre su pantalla principal. Entonces tenía que apresurarse a instruir a sus pilotos para que modificaran sus patrones de vuelo y mantuvieran sus sensores orientados hacia los puntos de entrada marcados como más probables, ignorando el resto.

Además de los ala-A de su grupo participaban en estas patrullas algunos de los ala-X de los Colmillos. En las últimas horas se había incrementado el nivel de esfuerzo con el objetivo mantener no ya dos, sino de cuatro a seis cazas del escuadrón permanentemente en vuelo, mientras que el resto eran repostados y puestos a punto para volver a salir tan pronto como sus pilotos hubieran descansado el mínimo imprescindible. En opinión de Araña estaban haciendo una peligrosa apuesta. A pesar de los ímprobos esfuerzos de la teniente Hanniuska y del resto de mecánicos, si se seguía trabajando a este ritmo máquinas y pilotos empezarían a ser cada vez menos dignos de confianza.

—Nueve —la voz en sus auriculares sobresaltó a Araña e interrumpió sus pensamientos—. Aquí Veinte —ésa era la designación de Halcón— Tengo una nave entrando en mi sector. Acaba de salir del hiperespacio y viene por dos-seis-ocho, apenas a doce kilómetros de mi posición.

—¿Tienes identificación? —Entre sus tareas para este turno de servicio, Araña había recibido aviso de la llegada de la lanzadera del comité de investigación enviado por el almirante Ackbar. Tenían que escoltarla hasta el *Alma Valiente*, el veterano acorazado que servía como nave insignia del vicealmirante Sinessis, el humano que estaba al mando de la fuerza de bloqueo. Por lo que Araña sabía, la capitán de navío Gen'yaa tenía que estar ya allí, esperando a bordo del *Alma Valiente* para recibir a los investigadores junto a Sinessis.

—Aún no —contestó Halcón—. Mi computadora está teniendo problemas para hacer concordar las lecturas de los sensores con algún tipo conocido. El tamaño se corresponde con el de un carguero ligero, quizá un yate, probablemente coreliano. Eso es todo lo que te puedo decir por ahora.

—Copiado. No tiene pinta de ser la flota que esperamos —Araña relajó los dedos de su mano derecha, los cuales tenía firmemente apretados alrededor de la palanca de vuelo—. Mantén los ojos abiertos e infórmame tan pronto como lo tengas a tu alcance.

—Recibido, Nueve.

Araña continuó ejecutando su plan de vuelo, el cual lo llevaría ahora algunos miles de kilómetros más cerca de Seibergia. Sus sensores le proporcionaban datos acerca del escaso tráfico de entrada y salida del planeta, junto con las señales de las naves seibergias

estacionadas en órbitas bajas bajo la constante supervisión de los navíos de la Nueva República. No vio nada en todo ello que le pareciera sospechoso o fuera de lo normal, y pronto se encontró sumido de vuelta en sus pensamientos. La verdad era que estaba harto ya de ese lugar y de esa misión, siempre con esas constantes patrullas que se le estaban volviendo eternas, y pasando el resto del tiempo encerrado en el *Guarida del Lobo*. Empezaba a estar desesperado por bajar a la superficie de un planeta y estirar las piernas un poco. Araña había crecido rodeado de bosques y, aunque le gustaba la vida a bordo de las naves espaciales, a menudo echaba de menos poder caminar sobre suelo de verdad, respirar aire natural y sentir la fuerza de una auténtica gravedad manteniendo sus pies sobre la tierra. Pero más que ninguna otra cosa estaba cansado y enfermo de tanta política. La Nueva República sabía que los malos aquí eran los seibergios, pero no obstante no se les había permitido ir más allá de llevar a cabo algunos ataques de castigo contra las escurridizas bandas de paramilitares. No podían hacer lo que sabían que debían hacer porque si lo hacían se enfadarían los corelianos, y eso la Nueva República no podía permitírselo. Pero entonces, si no iban a poder nada, ¿para qué los enviaban allí? ¿A observar? ¿A pasear la bandera? Y a pesar de tanto tacto y tanto cuidado, resultaba que los miedos de los políticos estaban a punto de convertirse en realidad de todas formas. Simplemente porque un piloto había derribado por accidente a un carguero que no debía estar allí. Por lo que había visto Araña hasta el momento, todo lo que se les ocurría a los políticos para resolver el asunto era acusar a ese piloto y a su oficial al mando, que resultaban ser un compañero suyo y su propia comandante. Al final del día los seibergios seguirían masacrando a los balanios con total impunidad, la Nueva República estaría —quizá— en guerra con Corellia como todos temían, y dos buenos pilotos tendrían que pasar por un consejo de guerra tan sólo para que los mandos pudieran acostarse tranquilos pensando que habían hecho lo que debían. ¿A quién podía extrañarle que la mayoría de los pilotos, incluido él, estuvieran en estado de enfado constante, por no mencionar el estrés y el cansancio?

—¡Condenada sea el alma del Emperador! —Una vez más, la voz de Halcón sacó a Araña de sus pensamientos. La exclamación y el tono empleado por el otro piloto al proferirla le pusieron inmediatamente en estado de alerta.

—¿Qué sucede, Veinte? Informa.

—¡Los malditos periodistas corelianos, eso es lo que sucede! Me he acercado para identificar e inspeccionar esa nave de la que os he avisado hace un momento, ¡y de pronto han acelerado para evadirme y han intentado ponerse a mi cola! ¡He estado a punto de encenderles el culo con un misil de impacto y los estúpidos nerfs tan sólo pretendían sacar una buena toma de mi caza!

Las cosas que llegan a hacer, pensó Araña haciendo suya la ira de Halcón, *¡es la cuarta vez en una semana!*

—No pasa nada, Veinte, nadie ha salido herido —contestó. Entonces se acordó de algo sobre lo que Víbora le había avisado—. Veinte, espero que no te hayan grabado haciéndoles algún gesto obsceno o algo por el estilo, ¿verdad? A esa gente le encantaría

poder volver a casa con un holograma de un piloto de la Nueva República insultando a la audiencia de los cinco mundos corelianos.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—No, jefe, no he hecho nada de eso, pero gracias por recordármelo. Ahora mismo les estoy sonriendo y les saludo con la mano. Mira, me están respondiendo. La madre que los…

—Vale, bien hecho, Veinte *—Oh, por favor. Dadme una ala entera de TIEs Avanzados escupiendo fuego con todos sus lásers apuntando hacia mí, pero no me hagáis enfrentarme a más periodistas*—. Ponte en contacto con ellos y avísales para que se mantengan una distancia de seguridad adecuada de cualquiera de nuestras naves, con el fin de evitar… *—que los derribemos*— … indeseables accidentes.

—Copiado, Nueve —La conformidad de Halcón sonó como un gruñido en los oídos de Araña.

La gente se está poniendo muy nerviosa por aquí, y yo el primero.

Llamarada observó en silencio como Rúster igualaba la trayectoria y la velocidad de la *Compasión* con las recomendadas por el ordenador de vuelo para el descenso hacia Seibergia. A su derecha, a unos trescientos metros hacia delante y por encima de la lanzadera, podía ver el ala-X de Drake a través del transpariacero del visor lateral. Raiven, al que no podía ver, tenía que estar en una posición simétrica a la de su compañero pero por el lado de babor y más retrasado respecto a ellos. Las tres naves completarían tres cuartos de órbita antes de penetrar en la atmósfera sobre uno de los océanos del planeta, cruzando la línea de la costa apenas a unos doscientos kilómetros de los límites de la Región Balania. La ruta había sido planeada cuidadosamente de forma que tuvieran que recorrer el mínimo trecho posible sobre el continente, y no bajarían por debajo de los cuarenta y cinco mil metros hasta que se encontraran bien dentro de la Región Balania. Aunque no se esperaba que las baterías de misiles seibergias se atrevieran a disparar contra ellos por temor a las represalias, era mejor no correr riesgos. Llamarada echó una ojeada en dirección a Rúster, y vio como la concentración le hacía arrugar la frente de cuando en cuando. Aparte de eso, la lumi mantenía una expresión neutral, por no decir que no mostraba expresión alguna. No obstante, los colores cambiantes de sus extensiones neurales revelaban lo engañoso de la calma que pretendía transmitir. Llamarada miró hacia atrás sobre su hombro para ver a Alce. Lo encontró mirando por el visor de su lado hacia la superficie cubierta de nubes del planeta, entre las cuales se vislumbraban algunos trazos del azul grisáceo del mar varios kilómetros por debajo. Ni siquiera se dio cuenta de que le estaba observando. Llamarada había escuchado, atónita, su idea de que ambos se presentaran voluntarios para pasar varios días en un campo de refugiados. Él trató de convencerla argumentando que no les haría ningún daño salir del ambiente cerrado de la nave, aunque fuera por poco tiempo, y de

paso hacer algo útil. Tras pensarlo un poco había decidido aceptar, aunque por razones distintas a las de Alce. Había llegado a la conclusión de que el escuadrón trabajaría mejor si ellos dos no estaban allí como recordatorio constante del lío en el que estaban todos metidos por su causa, e incrementando la división en el hasta entonces bien avenido grupo. Envió su petición al mismo tiempo que Alce la suya, pensando en que lo más probable era que ambas fueran rechazadas. Cuando apenas cuarenta minutos más tarde aquello se había convertido en una orden de Gen'yaa, y encima con trampa de por medio, se había tragado su indignación a duras penas y había hecho lo que le decían por no crearse más problemas de los que ya tenía. En esos momentos, y dejando aparte sus consideraciones sobre el escuadrón, no estaba demasiado segura de que este viaje les fuera a ayudar a superar los recientes acontecimientos, y se preguntaba si no volverían acaso aún más deprimidos que antes de estar en contacto con los refugiados balanios.

Seguramente es egoísta por mi parte pensar de este modo, pero no puedo evitarlo.

—Comprobad todos vuestros atalajes de seguridad —dijo Rúster. Era la primera vez que les había dirigido la palabra desde que abordaron la lanzadera—. Seguramente cualquiera de vosotros lo haría mucho mejor, pero yo no voy a poder evitar que la lanzadera se menee un poco cuando entremos en la atmósfera.

—Gracias, capitán —dijo el doctor Al Saruff con su voz baja y ronca— No me cabe la menor duda de que nos llevará usted a salvo hasta nuestro destino, y de forma tan confortable como sea posible.

Rúster agradeció las amables palabras del ithoriano dirigiéndole una fugaz sonrisa por encima del hombro. Llamarada sabía que, bajo otras circunstancias, Rúster habría hecho ese comentario en tono de broma, riéndose de sí misma como siempre solía hacer cuando sus supuestamente limitadas habilidades como piloto salían a relucir. Pero en esta ocasión lo había dicho de una forma tan seca y amarga que le hizo sentirse dolida. Lo cierto era que le hubiera gustado contestar en términos parecidos a los que había empleado el doctor, pero en su boca o en la de Alce el elogio habría sonado inevitablemente a condescendiente. Llamarada sabía que sólo el tiempo y una larga conversación con Rúster, que no parecía probable por el momento, podrían ayudar a sellar la brecha abierta entre ambas. Por el momento, lo mejor que se podía hacer era dejar las cosas tal y como estaban.

En el exterior de la lanzadera, la atmósfera de Seibergia se iba haciendo gradualmente más densa a su alrededor. La intensa fricción contra los escudos los hacía brillar de forma intensa en tonos carmesí. Los paneles visores se oscurecieron automáticamente para proteger a los ocupantes de la nave, que de otra forma se encontrarían deslumbrados o incluso cegados, mientras que los sistemas de refrigeración se ponían en marcha para aislarlos de la notable elevación de temperatura que sufría el casco exterior de la nave, a pesar de que la mayor parte del calor fuera disipado por los escudos. Tal y como Rúster había anunciado, la nave empezó a saltar y a agitarse debido a las turbulencias y a los cambios de presión que se registraban a medida que la lanzadera iba pasando a través de las diferentes capas de la atmósfera. En opinión de Llamarada Rúster estaba haciendo un

buen trabajo manteniendo el vuelo lo más suave posible, pero se cuidó muy mucho de decirlo en voz alta.

Aproximadamente dos minutos después de que penetraran en la estratosfera los paneles visores empezaron a recuperar su transparencia habitual, pero el banco de algodonosas nubes que estaban atravesando no le dejaba ver gran cosa del paisaje. Cuando finalmente cruzaron una zona despejada, la línea del continente era claramente visible al frente. Más allá, el terreno se elevaba rápidamente sobre el nivel del mar hasta quedar oculto a la vista por la bruma y una nueva capa de nubes. El color de éstas variaba desde un gris oscuro hasta el casi negro.

—Ya casi estamos —informó Rúster a sus pasajeros—. En diez minutos más distinguiremos los primeros picos —La lumi apartó la vista del panel de control y pareció reparar por vez primera en las nubes que velaban el horizonte—. Bueno, los veríamos si el tiempo fuera mucho mejor de lo que es ahora sobre la Región Balania.

—No me digas que me he traído el bañador y las píldoras de protección solar para nada —dijo Llamarada con tono angustiado. Su salida humorística consiguió hacer sonreír a Rúster, si bien no llegó tan lejos como para hacerle soltar una carcajada. En cualquier caso, la tensión dentro de la cabina pareció descender al menos un poco.

Como se había temido Sdermila, antes de que amaneciera del todo había ya casi un metro de nieve, que caía todavía cuando el considerablemente disminuido grupo de refugiados abandonó el cobertizo que les había servido de refugio durante la noche. Encabezando la columna se había puesto a dos kala'ballos jóvenes que arrastraban una gran plancha metálica que alguna vez había formado parte de una cosechadora, y que ahora servía como improvisado quitanieves. La mañana era oscura y muy fría. Ni siquiera se veía el sol de Seibergia, oculto tras una impenetrable cortina de nubes. Sdermila se alegró de tener la costumbre de guardarse las manoplas en los bolsillos del abrigo, pues gracias a eso no se las había dejado en casa. Si no las llevara puestas ahora se le estarían congelando los dedos.

Los hombres de la guerrilla se habían ido dos horas antes que ellos, llevándose consigo a sus nuevos reclutas. Les habían dejado tan sólo a uno de los partisanos más jóvenes, apenas un muchacho, al que Ciric Baranka había encomendado la tarea de guiar a los refugiados hasta el campo de la Nueva República, cuya posición conocía perfectamente al parecer. Ancianos, mujeres y niños habían quedado atrás, llorando en silencio su desgracia y el desamparo en el que quedaban. Para Sdermila, que había presenciado las patéticas escenas de despedida a respetuosa distancia, había sido casi como ver marcharse otra vez a su propia familia. La diferencia, importantísima, era que sus seres queridos se habían ido a un sitio mejor y más seguro, y Sdermila tenía fundadas esperanzas de volverlos a ver, muy pronto quizá. En cambio, aquellos que se habían unido al Ejército Balanio de Liberación podrían no volver jamás. Entre la gente que se

debatía a su alrededor para avanzar, cargados de bultos, a través de la capa de nieve que los kala'ballos de delante no llegaban a apartar del todo, sólo se veían rostros hundidos por la pena, la depresión, la angustia y el miedo. No había prácticamente nadie que en los últimos días no hubiera perdido a alguien o que no temiera haberlo hecho. La falta de noticias sobre lo que había acontecido en otros pueblos hacía temer siempre lo peor a aquellos que no encontraban razones para ser optimistas, sino más bien todo lo contrario. Sin duda ella era afortunada porque aquellos a los que quería estaban lejos, muy lejos de esta tierra en la que todo se había vuelto padecimiento. Justo delante de Sdermila, su amiga Redina caminaba en silencio. Había intentado consolarla de algún modo, pero la que hasta ayer mismo había sido su vecina no tenía ganas de hablar. *No puedo culparla por ello*, pensó, *después de que haya tenido que separarse de Dimeter y que se le haya destrozado la vida de un día para otro.* A su derecha iba una mujer joven a la que no conocía, llevando una niña agarrada de una mano y a un niño de la otra. El abrigo que llevaba la mujer era grueso, pero no tanto como para ocultar su avanzado estado de gestación. Sdermila la miró de reojo, no queriendo molestarla con su curiosidad. La joven madre —aún le debían faltar dos o tres años para cumplir los treinta— estaba luchando para no romper a llorar, pero de vez en cuando se le escapaba una lágrima que ella se apresuraba a secarse contra uno de sus hombros, sin soltar nunca a ninguno de sus hijos. La niña, a quien Sdermila calculó unos cinco años de edad, le preguntó a su madre por qué lloraba. Ella le respondió que no lloraba, que eran tan sólo algunos copos de nieve que se le habían metido en el ojo. La niña preguntó que a dónde había ido papá. La mujer le contestó que había regresado a casa para buscar una cosa que se les había olvidado allí. La niña insistía, preguntando por qué no habían vuelto todos con él a buscar esa cosa, que por qué tenía que ir él solito. Sin dar tiempo a su madre para que intentara responderle, continuó preguntando que por qué no iba ella hoy al colegio, que no era fiesta ni estaba malita. Sdermila apretó los labios. Pobre mujer, pobres niños. Seguramente su padre se había ido con la guerrilla, por su propia voluntad quizá, pero más probablemente presionado por ese Ciric Baranka y sus veladas amenazas.

Igual que el pobre Dimeter y muchos otros. Cuando los de la guerrilla se marcharon, muy pocos de los hombres que habían viajado en el grupo seguían allí, y casi todos ellos eran ancianos. Del resto, la mayoría parecían estar condicionados por heridas, por lesiones o por minusvalías de algún tipo.

Sdermila no sabía cuánto de todo aquello era real y cuánto fingido. Se les veía avanzar cojeando, o sujetándose un brazo o la espalda, o tosiendo de cuando en cuando, siempre con la vista al suelo para evitar las miradas de los demás, especialmente las de aquellos cuyos parientes se habían alistado y que miraban con rencor o con desprecio a los que se habían quedado. Incluso ahora, las amenazas de Ciric empezaban a hacerse realidad. Aquellos que habían decidido no luchar iban a convertirse en apestados, incluso si se comprobaba que sus males eran genuinos. A su lado, la angustia evidente de la mujer, que se esforzaba por contestar a su hija sin que se le notaran su propio miedo y el dolor que sentía, atenazaba el corazón de Sdermila. Escenas similares se repetían aquí y

allá a lo largo de toda la patética columna de refugiados. *¿Qué hemos hecho,* se preguntó Sdermila, *para merecernos esto?*

Cuando Sdermila bajó la mirada se encontró con el niño, aún más pequeño que su hermana —no podía tener más de cuatro años, como su Mila—, mirándola fijamente con sus grandes ojos grises asomando entre la capucha de su abrigo y varias vueltas de una bufanda de adulto. Sdermila no tuvo más remedio que devolverle la mirada, sonriendo a la criatura.

—¿Cómo te llamas? —La voz del niño, aunque amortiguada por la bufanda, sonó clara y desprovista de miedo. *Demasiado pequeño para entender nada de lo que está pasando, pobrecillo.*

—Sdermila. ¿Y tú?

—Sderrrrrmila —pronunció el niño ignorando su pregunta—. ¿Qué llevas ahí? —Su manita, protegida por un guante que le venía varias tallas grande, señalaba detrás de ella, hacia las dos alforjas cargadas a lomos de su kala'ballo.

—No molestes a esta señora, Figor —dijo la madre del niño, interrumpiendo por un instante su diálogo con su hija mayor.

—No se preocupe usted —dijo Sdermila mirando aún al niño—. No me está molestando en absoluto. Así que te llamas Figor, ¿eh?

El pequeño asintió antes de volver la cabeza hacia su madre.

—Es que quiero saber qué hay dentro de esas bolsas.

—Yo también quiero saberlo —prácticamente gritó su hermana para desesperación de su madre.

—Me temo que están prácticamente vacías —dijo Sdermila encogiendo los hombros—. De haber sabido que iba a conoceros habría metido algunas galletas —Sdermila vio la desolación en los ojos del niño y entonces se dio cuenta de lo que pasaba—. Tienes hambre, ¿verdad? —El niño asintió de nuevo, apartando la mirada de Sdermila con visible decepción.

—Bueno, me queda un poco de estofado… —empezó a decir, recordando lo que había estado pensando durante la noche pasada. *¿Cómo podría guardarme la comida para mí cuando estos dos chiquillos se mueren de hambre?*

—¿Estofado? —El niño giró de golpe la cara hacia ella, sus ojos brillando de nuevo por la alegría.

—¿De kalashiri? —preguntó la niña.

—De Kalashiri, sí, pero estoy segura de que nunca has probado uno tan rico —Sdermila le guiñó el ojo a la madre.

—Oh, por favor, no les haga caso —La madre sacudía la cabeza de un lado a otro, un tanto abochornada—. Estos dos críos son unos descarados.

—Es que son niños, ni más ni menos —dijo Sdermila comprensiva—. Yo he criado a dos chicos, por no mencionar las veces que me he quedado con mis dos nietos. Son también un niño y una niña, ¿sabe? —Sdermila le echó una mirada al vientre prominente de la mujer, y tras una pausa añadió—. Y veo que está usted esperando otro.

—Sí, la pequeñina. Me quedan dos semanas —La mujer llegó a sonreír por un instante, pero la tristeza volvió enseguida a sus facciones. Como si se acabara de preguntar dónde y en qué condiciones estarían dentro de dos semanas. Qué sería de sus hijos y de ella, qué de su marido. Sdermila podía leer todo eso en su rostro con tanta facilidad que se quedó consternada. Si la mujer se echaba a llorar ya no podría parar, y eso sería fatal para los dos niños. Sdermila se propuso hacer todo lo que pudiera para animarla o distraerla, lo que fuera con tal de que la pobre superara el momento y no se viniera abajo. Iba a tener que ser muy fuerte.

—¿Así que ya sabe usted que va a ser una niña? —La mujer asintió—. En mis tiempos había que aguantar la incertidumbre hasta que nacieran, al menos aquí en las montañas.

—Nosotros vivimos muy cerca de Nurtina —dijo la joven a modo de explicación, y en realidad sí que lo era. Sdermila sabía que las personas que vivían en la ciudad o en sus alrededores tenían acceso a mejores y más modernos servicios médicos. *Cerca de Nurtina*… pensó con súbita aprensión, viendo sus temores confirmados. *Si esta familia ha tenido que dejar su casa, eso quiere decir que la situación en Nurtina no es mejor que aquí. Ay, espero que Jeiran y Voeda no tuvieran problemas, que no sufran mis niños como sufren estos… ¡Pero basta de pensar en ti y en tus problemas, Sdermila!*

Seguro que a Jeiran le fue bien. Ahora tienes que seguir hablando, para no dejar que esta mujer siga dándole vueltas a lo que le está pasando, y de paso tú tampoco.

—Así que no está usted habituada a estas montañas nuestras, ¿verdad?—comentó Sdermila tan casualmente como pudo, haciendo un gesto con la mano que abarcaba tanto el paisaje en sí como las condiciones climatológicas inherentes a él.

—No, pero no creo que alguien pueda habituarse nunca a caminar por la nieve tirando de dos niños —respondió la joven un poco a la defensiva.

—Y eso sin mencionar a la que lleva usted dentro —dijo Sdermila sonriendo comprensiva—. En realidad lo decía por eso, no se me ofenda. Me preguntaba si no le gustaría montar en mi kala’ballo. Es viejo, pero tampoco es que lleve mucha carga. *Hora de trabajar, vieja bestia.*

—Oh, yo… —La mujer se quedó momentáneamente sin palabras, y una sonrisa abochornada pero agradecida floreció en su rostro—. Gracias, muchas gracias. Estoy bien, de verdad, pero mis hijos…

—No diga más, les ayudaré a subir —Sdermila sonrió abiertamente al niño—. ¿Estás listo, Figor?

—¡Sí! —exclamó el pequeño muy excitado, olvidándose casi del hambre que tenía. Sdermila lo empujó hasta la silla y se aseguró de que estuviera bien agarrado antes de dirigirse a su hermana mayor.

—¿Y tú, jovencita?

Repentinamente tímida, la niña volvió la vista hacia su madre pidiendo confirmación.

—Lía, se llama Lía —informó la mujer sonriendo ya con menos apuro. Sdermila sintió que acababa de derribarse un muro entre las dos—. Ah, y mi nombre es Deveralia. Perdóneme por no haberlo mencionado antes. ¿Y cómo dijo usted que se llama?

—Sdermila —respondió Figor orgulloso desde su cómoda posición en lo alto del kala'ballo, que de momento no se había inmutado por tener que llevar más peso.

—Muy bien, Figor —dijo Sdermila mientras ayudaba a Lía a subir detrás de su hermano. Al mirar hacia la madre comprobó que parecía mucho más relajada, ahora que la desconfianza y la incomodidad que pudiera sentir al hablar con una extraña se iba desvaneciendo por momentos. De hecho, consideró Sdermila, se la veía un tanto aliviada por tener a alguien en quien apoyarse, aunque el estrés y lo mucho que sin duda habría caminado en los últimos días había dejado profundas marcas de fatiga en su rostro. En el tiempo que llevaban andando una al lado de la otra, Sdermila no recordaba haber visto a Deveralia hablar con nadie aparte de con sus hijos. Seguramente se habían unido al grupo durante la noche, y lo más probable era que no conociesen a nadie aquí. En esas condiciones la marcha del marido tenía que haber sido aún más traumática, puesto que se quedaban solos, sin nadie en quien confiar que pudiera ayudarles en caso de apuro. Sdermila sintió que el corazón le dolía en simpatía por el sufrimiento de esa familia. Sus propias preocupaciones parecían pequeñas al compararlas con las suyas, y se dio cuenta de que había tomado una decisión en relación con Deveralia y sus hijos.

Estabais solos, pero ahora me vais a tener a mí.

Una vez que Figor y Lía se encontraron seguros sobre su montura, echaron a caminar de nuevo, Sdermila sujetando las riendas del kala'ballo con más cuidado aún que antes. De forma casi inevitable, la conversación derivó hacia temas relacionados con los niños. Sdermila escuchó divertida las historias que le contó Deveralia sobre Figor y Lía, encontrando un secreto placer en el hecho de que la tarea de criar y educar a un niño no parecía haber cambiado tanto desde sus tiempos, ni siquiera si se vivía en Nurtina. Casi sin darse cuenta, las dos mujeres empezaron a tutearse y a tratarse con tanta familiaridad como si se conocieran desde hacía años. De vez en cuando Sdermila les echaba un vistazo a los dos niños, que parecían felices cabalgando sobre su viejo y lento kala'ballo. Sin bajarse de allí se habían devorado lo que quedaba de su estofado en menos tiempo del que se tardaba en contarlo. Sdermila había insistido para que Deveralia también comiera un poco. Para acallar sus protestas, le había dicho que ella había tenido la precaución de tomarse una buena ración como desayuno, por si luego no había ocasión, y que no sería capaz de comer más aunque quisiera. Seguramente Taigor la hubiera perdonado por esta vez.

Una hora más tarde la charla había empezado ya a decaer, e incluso Figor y Lía parecían de un humor más sombrío. Ya no nevaba con tanta fuerza como antes, menos mal, pero ahora un viento frío se abatía sin piedad sobre la columna de refugiados. Fue precisamente a causa del viento por lo que a Sdermila le costó ser consciente de que se oía un ruido a lo lejos, una especie de zumbido o algo así. Al principio no pudo identificar qué lo causaba ni de dónde provenía. Rebotaba en las montañas y el eco lo

devolvía, extrañamente amplificado, desde varias direcciones distintas. Poco a poco se fue haciendo más y más fuerte hasta que casi todo el mundo se detuvo a mirar hacia el cielo, intentando averiguar qué sucedía. Como Sdermila, la mayoría de los caminantes no estaban familiarizados con ese tipo de sonido, pero Figor y Lía sí.

—Se acerca una nave, mamá —dijo la niña. Sdermila se giró a tiempo de ver como Figor señalaba hacia un lugar concreto entre las nubes grises. Ella miró en esa dirección, pero por más que se esforzaba no conseguía ver nada allí. Deveralia la cogió por el hombro y le indicó hacia dónde mirar exactamente, y sí, allí estaba. Tres líneas que convergían en un punto en el centro, definiéndose más y más a cada instante, hasta que finalmente la silueta de una nave con tres alas, una hacia arriba y dos hacia abajo formando un ángulo, fue claramente visible. Sdermila sintió un golpe de miedo que la dejó casi paralizada. Cuando se giró para mirar a Deveralia comprobó que también ella estaba asustada.

—Niños, bajaos —dijo Sdermila luchando por que no se le notara en la voz el pánico que sentía. Deveralia se acercó al kala'ballo y cogió a Figor en brazos mientras Sdermila hacía lo propio con Lía. *Oh, Señor, ¿y ahora qué?*

Rúster empujó los mandos y condujo a la *Compasión* en un suave descenso hacia la última etapa del trayecto. El campo estaba a poco más de cuarenta kilómetros de su posición actual, y los sensores de la lanzadera estaban recibiendo ya la señal del radiofaro que la guiaría por la ruta más segura en su aproximación al área de aterrizaje. Las montañas se alzaban amenazadoras a su alrededor, aunque apenas podía ver nada de ellas. La visibilidad no iba más allá de los ciento cincuenta metros en el mejor de los casos, y la lumi se veía obligada a hacer correcciones constantes con el timón para evitar que los fuertes vientos cruzados la hicieran salirse de su rumbo.

Gruesos copos de nieve se estrellaban contra los escudos distorsionando la vista hasta convertirla en algo irreal, y eso que la fuerza de la nevada había disminuido según el ordenador de vuelo. Si no fuera por las ayudas navigacionales que éste le proporcionaba, Rúster no creía que fuera capaz de pilotar la lanzadera a través de esos valles.

—Si me volvéis a oír alguna vez quejándome sobre lo aburridos que son los vuelos en espacio profundo —se escuchó decir a Drake por el comunicador— , recordadme este viajecito.

—Justo lo que estaba pensando —coincidió Rúster. Ya no podía ver a los dos ala-X, aunque sabía que seguían allí gracias a los sensores, aproximadamente a un kilómetro de ella por detrás y por delante respectivamente, ligeramente a mayor altura. Raiven y Drake habían adoptado una formación más abierta con el fin de disponer de más tiempo de reacción en el caso de que se topasen con un obstáculo imprevisto, y Rúster aprobaba la medida. Volar en estas condiciones ya era bastante peligroso sin necesidad de añadirle el riesgo de que se produjese una colisión entre ellos.

—No sé de qué os quejáis —dijo Raiven—. Cuando estaba en la Academia de Carida nos hacían volar por sitios peores que éste en nuestros cazas TIE sin escudos. Un error y ¡buuuum! Ya eras historia.

—Quieres decir en simuladores de vuelo, ¿verdad? —preguntó Rúster.

—En realidad no. Nuestros instructores defendían firmemente la teoría de que si te ponías nervioso simplemente por tener que volar bajo condiciones adversas, tenías todas las papeletas para sucumbir al pánico cuando te vieses en presencia del enemigo.

—Eso tiene cierto sentido, lo admito —dijo Drake—, pero hay formas mejores de descartar a los pilotos mediocres que dejándolos matarse, ¿no?

—Ya sabes, no es así como piensa el Imperio. Si no, todos los cazas TIE irían equipados con escudos.

—Chico, tenías que estar loco para unirte a esa gente.

—Loco por volar y por recorrer la galaxia, sí.

Drake se echó a reír.

—¿Eso no está sacado de una campaña imperial de reclutamiento?

—¿Cómo lo sabías? —bromeó Raiven.

Rúster meneó la cabeza de un lado a otro. El Imperio no le concedía demasiado valor a la vida, ni siquiera a la de aquellos que le servían. No tenía nada de sorprendente que gente como Raiven, Víbora y tantos otros terminaran desertando para unirse a la Rebelión. Levantó la mirada del panel de instrumentos y entrecerró los ojos intentando ver algo más allá del visor frontal de la lanzadera, pero la tormenta de nieve lo hacía prácticamente imposible. A pesar de que tenía los nervios bajo control estaba muy lejos de sentirse cómoda. *Supongo que jamás habría llegado a piloto imperial, suponiendo que me hubiesen dejado acercarme siquiera a la Academia de Carida con esta colorida e inconfundiblemente alienígena cresta mía*. Estaba a punto de volver a concentrar toda su atención en los mandos cuando le pareció captar un atisbo de movimiento sobre el terreno, allá adelante. A su derecha, Llamarada se incorporó para ver mejor. También ella lo había notado.

—Ahí abajo hay gente —dijo—. Avanzan en columna, pero no parecen tropas. Deben ser refugiados.

—Probablemente se dirigen al mismo campo al que vamos nosotros —comentó Alce detrás de Rúster.

—Pero a ellos les va a costar dos días o más llegar a pie y con este tiempo —respondió la lumi—, mientras que nosotros estaremos allí dentro de poco más de cinco minutos. —Rúster se calló lo que más le preocupaba. Que bajo esas condiciones quizá no todos los refugiados consiguieran llegar hasta el campo.

—Tan pronto como descarguemos la lanzadera podemos volver y ofrecerles un viaje mucho más cómodo a algunos de ellos —propuso Alce—. Por lo menos a los niños y a las personas mayores.

—Mira, ahí y ahí, por ejemplo —dijo Llamarada—. Sí, veo dos o tres sitios lo suficientemente llanos como para que podamos aterrizar sin peligro. Lo hacemos una vez y después tú te marchas. Seguro que a Raiven y a Drake no les importa esperar un poco.

—Eso haremos, sí —dijo Rúster relajándose un poco. Llamarada y Alce tenían razón, y tenía que reconocer que se habían anotado un tanto a su favor con esa proposición—. Podemos llevar a cuarenta o cincuenta personas en la *Compasión* si se aprietan un poco. Con eso podría bastar para evacuar a los que se encuentren en peores condiciones como para seguir caminando.

Rúster miró hacia abajo, pero ya habían dejado atrás a los refugiados.

Se puso a calcular mentalmente cuánto tiempo les llevaría descargar y estar de vuelta con la lanzadera, sintiendo como la ansiedad crecía dentro de ella.

Siempre le pasaba lo mismo cada vez que pensaba que había alguien que dependía de ella, alguien a quien podía socorrer tan sólo si se daba un poco más de prisa. Tuvo que hacer un notable esfuerzo para no incrementar la velocidad. *Como todo el mundo me dice últimamente, no podré ayudar a nadie si me estrello con este pájaro*.

De pronto volvió a percibir movimiento frente a ella, a lo lejos. Los sensores no señalaban nada, pero ella estaba segura de haber visto algo. El sendero semioculto por la nieve que seguían los refugiados, siempre en permanente ascenso por la ladera de la montaña que estaban sobrevolando, giraba a la derecha unos kilómetros más adelante para evitar una formación rocosa. Después recuperaba su orientación anterior y se perdía en medio de un paso bastante estrecho, una especie de garganta abierta entre dos paredes de roca. La lumi frunció el ceño mientras intentaba ver más allá, antes de pasar por encima.

—¿Qué pasa, Ru? —preguntó Llamarada.

—Creo que nada… —Pero entonces lo vio otra vez, distinguible apenas entre los enormes peñascos cubiertos de nieve que flanqueaban aquella parte del sendero. No tuvo tiempo de sentir miedo, y mucho menos aún de avisar a sus pasajeros. Cambió el curso bruscamente hacia babor apoyando todo su peso en el pedal izquierdo y tirando de los controles para cerrar el giro lo máximo posible, a la vez que de un golpe empujaba la palanca de potencia hasta el final de su recorrido. El zumbido de los motores se convirtió en estruendo al ser forzados de esa manera, pero Rúster, con los dientes apretados y los ojos abiertos de par en par, ni siquiera se dio cuenta del ruido.

Por su mente desfilaron muchas cosas, entre otras que los escudos tenían que estar apenas a media carga tras el desgaste que habría supuesto la entrada en la atmósfera, y que no había considerado necesario recargarlos para no tener que sacrificar velocidad durante un rato. O que en la luna Lumi no había visto nunca nevar de esa forma, pero que quizá ya nunca podría contárselo a nadie.

Lo que acababa de ver era un AT-ST imperial, un caminante de exploración todo terreno, con sus cañones frontales apuntando directamente hacia ella.

La *Compasión* recibió una tremenda sacudida. *Impacto directo*, pensó con extraña lucidez, mientras que de pronto todo parecía suceder muy despacio. No necesitaba mirar para saber que habían perdido el ala derecha.

En vano luchó por recuperar aunque sólo fuera una pizca de control sobre la mortalmente herida lanzadera, que giraba sobre si misma en dirección hacia el suelo, el casco temblando con tanta fuerza que estuvo segura de que se iba a desintegrar. Tiró hacia atrás de la palanca de potencia y conectó los repulsores en un intento desesperado por reducir la velocidad de la caída. Escuchó que Alce y Llamarada gritaban, que el doctor Al Saruff lanzaba al aire un escalofriante lamento, expresión del terror más puro. Oyó también el aullido tremendo de los repulsores a pleno rendimiento, pero todo ello le llegaba amortiguado, como si viniera de muy lejos. Cuando al fin ella misma empezó a chillar, le pareció que era otra persona, una extraña, quien lo hacía.

—¡SOCORRO, SOCORRO, SOCORRO!



Capítulo IX

Como era habitual en cualquier navío militar a partir de cierto tamaño, el nivel de actividad en el puente del portanaves de combate *Guarida del Lobo* no decrecía nunca. En cualquier momento había oficiales y personal técnico atendiendo las diferentes consolas, monitorizando los vuelos de los cazas, las entradas y salidas del hangar, el tráfico de todo tipo en el espacio cercano, el funcionamiento de los distintos sistemas de la nave y un millar de cosas más.

La gente entraba y salía constantemente, pero por lo general nadie tenía tiempo de pararse a disfrutar del magnífico espectáculo ofrecido por el enorme panel observación —fabricado en el mejor transpariacero— que dominaba el lugar, dando la impresión de que todo el puente estaba abierto al espacio.

Desde que la capitán de navío Gen'yaa había ordenado el estado de prealerta para todas las operaciones, la tensión en el puente era tan sólida que casi podía cortarse con un vibrocuchillo. Cada cual creía sentir sobre sí la dura y fría mirada de la capitana bothan, desde su asiento en la zona elevada en la parte trasera de la sala. Esa sensación era más que suficiente para que todo el mundo evitara distraerse y permaneciera concentrado en su tarea.

Tampoco se relajaba nadie cuando, como en ese instante, era el capitán de fragata Nil Wumb quien se encontraba al mando del puente. En lugar de permanecer sentado como hacía Gen'yaa, el sulustano acostumbraba a pasear todo el tiempo de un lado a otro, a menudo deteniéndose a espaldas de alguno de los tripulantes para observar su trabajo. Raramente permanecía más de cinco minutos en el mismo sitio y sólo muy ocasionalmente hacía alguna pregunta u ofrecía sugerencias. Era corriente verle sentarse frente a cualquier consola que por una razón u otra se encontrara desocupada en un momento dado —navegación, armamento, comunicaciones, daba igual a qué sección correspondiera—, y curiosear un poco entre las visualizaciones disponibles. A estas alturas todo el mundo era más o menos consciente de que Wumb no se comportaba así deliberadamente para hacerles sentir su presencia, y de ese modo estimularles a trabajar más —aunque sin duda lo consiguiera—, sino que lo hacía porque le gustaba saber de todo y mantenerse al día en lo referente a la tecnología —no en vano el *Guarida del Lobo* era una de las naves más modernas de la Nueva República—. Aunque ahora ocupase una posición de mando, los oficiales del puente comentaban en susurros que el sulustano nunca dejaría del todo de ser uno de ellos. Todos lo apreciaban por eso y en absoluto le respetaban menos que a la propia Gen'yaa.

El alférez de navío Proteys, un joven mon calamari asignado actualmente al control de vuelo de las patrullas de cazas, era más que consciente del hecho de que Wumb estaba parado de pie justo detrás suyo, pero no permitió que eso le distrajera en lo más mínimo. Las comunicaciones entre los pilotos de caza, lejos de los comentarios relajados que intercambiaban tan sólo una semana antes, estaban cargadas de ansiedad. Cada nuevo contacto en los escáners podía significar la prácticamente anunciada llegada de la flota del Diktat. Los informes de Inteligencia hablaban de movimientos fuera de lo habitual entre la armada coreliana. Incluso antes de que Francmonde acabara de pronunciar su ya famoso discurso, varias naves de guerra habían abandonado sus órbitas previas en tono a Corellia, Selonia, Estación Central y los mundos gemelos Talus y Tralus. Otras, que hasta poco antes se estaban encargando de la vigilancia de las vastas rutas comerciales conocidas como el Pasillo Coreliano, habían sido relevadas por otras naves de menor potencia de fuego pero al parecer no habían regresado a sus bases. El destino de todos esos navíos era desconocido pero predecible. Más pronto o más tarde, la mayor parte de ellas vendrían al sistema Seibergia. Proteys tenía en su consola toda la información disponible sobre cada una de esos navíos. En el caso de que, tal y como se esperaba, una flota armada coreliana entrase en el sistema y lo hiciera dentro del área cubierta por los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo, el trabajo del alférez Proteys adquiriría una importancia vital. Sería él y no otro quien tendría que contrastar las lecturas captadas por los sensores de los cazas contra los datos conocidos acerca de los navíos corelianos e identificarlos, de forma que el vicealmirante Sinessis y cada uno de los capitanes de las naves de la Nueva República dispusieran de la máxima información posible, antes de tener que vérselas cara a cara con el adversario. El joven mon calamari sabía que no podía permitirse ni una sola equivocación.

El capitán de fragata Wumb observaba como el alférez Proteys repasaba una vez más los perfiles y características principales de varias naves corelianas. *Es la tercera vez en la última hora. A estas alturas debe ser capaz de identificar cualquiera de ellas a simple vista*. Wumb no era inmune al nerviosismo que se ocultaba tras la meticulosidad del joven oficial, pero su mayor experiencia le permitía mantenerlo bajo control. No en vano el sulustano era un veterano que había sobrevivido a algunos de los más dramáticos encuentros entre la Alianza y la Armada Imperial, incluyendo la terrible batalla de Endor. Sí, desde luego sabía muy bien lo que era una batalla espacial a gran escala. Y además, como buen sulustano, la memoria de Wumb era extraordinariamente buena.

En Endor, la nave a bordo de la que servía, la *Tannia*, una corbeta de fabricación coreliana —qué irónico resultaba ese detalle en estos momentos—, había sufrido daños terribles al ser alcanzada por la explosión del crucero mon calamari *Libertad*, el primero en caer ante el superláser de la Estrella de la Muerte. Con el puente de mando literalmente desintegrado y más de la mitad de la tripulación muerta o gravemente herida, la *Tannia* quedó a la deriva, impulsada sin control por sus todavía operativos motores contra el *Hogar Uno*, la nave insignia del almirante Ackbar. Por aquel entonces teniente de navío y oficial de Navegación de la corbeta, Wumb consiguió corregir el rumbo de la

nave desde el puente secundario, apenas segundos antes de que los artilleros del *Hogar Uno* se vieran obligados a volar a la *Tannia* por los aires antes de que se estrellara contra ellos. Con el control de la *Tannia* recuperado a duras penas, y a pesar de que la corbeta estaba medio deshecha, Wumb y lo que quedaba de la tripulación fueron capaces de volver al combate y contribuir lo mejor que pudieron a la histórica victoria de aquel día. Por esa acción el sulustano recibió la Media Luna de Kalidor, una de las más importantes condecoraciones de la Alianza, y fue ascendido a capitán de corbeta.

Un año más tarde, su siguiente nave, la fragata Nebulon-B *Cueva del Lobo*, se perdió durante la batalla de Iberya. Aquella fue la segunda vez durante su carrera en la que Wumb creyó que estaba a punto de morir.

Mortalmente herida, la fragata caía en llamas hacia la atmósfera de Iberya. La última cápsula de evacuación localizada en la sección del puente estaba dañada e inutilizable. A pesar de saber que el puñado de supervivientes que todavía se encontraban a bordo del *Cueva del Lobo*, entre los cuales se contaban Wumb y Gen'yaa, estaban todos condenados, la bothan aún tuvo arrestos para ordenar que siguieran disparando contra las defensas orbitales mientras les quedara algún arma operativa. Wumb se hizo cargo él mismo de una torreta láser, consciente de que aquellos pocos disparos sueltos no servirían de gran cosa, pero haciendo suya la postura de su capitana a las puertas de la muerte. *Si tenemos que morir moriremos*, les había dicho Gen'yaa, *pero nos iremos peleando, sin que se nos note el miedo*. De pronto, la *Compasión* apareció desde no se sabía dónde y todos ellos fueron rescatados en el último momento. La batalla se ganó e Iberya fue liberado. El *Cueva del Lobo* y el escuadrón Cabeza del Lobo habían contribuido decisivamente a salvar el día para la joven Nueva República, arrancándole un nuevo sistema estelar al Imperio.

Apenas habían transcurrido seis meses desde aquello. Gen'yaa recibió el Corazón Rebelde por su probada valentía y Wumb recibió un nuevo ascenso, esta vez a capitán de fragata. *Las medallas y las promociones llegan con rapidez en estos tiempos de guerra interminable*, reflexionó Wumb. *Casi tan deprisa como aumenta el recuento de víctimas*. Wumb apartó la mirada de las pantallas del alférez Proteys y la dirigió hacia el panel de observación. Visto así, el espacio parecía siempre un lugar pacífico, pero Wumb sabía bien que no era así en absoluto. Las estrellas que ahora contemplaba habían sido silenciosos testigos de innumerables episodios de violencia, destrucción y muerte, y todavía lo eran. *Por toda la bondad que hay en el universo*, rogó Wumb en silencio, *que no veamos hoy el comienzo de una nueva guerra, cuando todavía estamos inmersos en otra*. El sulustano se aguantó las ganas de dejar escapar un suspiro y se volvió hacia la siguiente consola a la derecha de Proteys, atendida por la alférez de navío Sarago. La misión principal de la oficial humana consistía en esos momentos en llevar a cabo el seguimiento de la lanzadera de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo, en su vuelo a la Región Balania.

—¿Han comunicado ya la *Compasión* y sus escoltas su llegada al campo?

—Aún no, señor. Las condiciones climatológicas en el área de aterrizaje les están retrasando. Tienen una tormenta de nieve considerable justo encima.

—Comprendo. Avíseme cuando estén allí.

—Sí señor.

Wumb se dedicó a recorrer el puente durante varios minutos hasta que APD-5, el androide avanzado de protocolo a cargo de los sistemas de comunicaciones, llamó su atención.

—Señor, acabamos de recibir una solicitud de transmisión holográfica procedente del *Alma Valiente* para usted. Es de la capitán de navío Gen'yaa.

—Muy bien —Wumb caminó de vuelta hasta su sillón de mando, donde estaría dentro del área cubierta por el holotricorder instalado en el puente—. Abre el enlace, APD-5.

—Recibiendo, señor —La figura de Talina Gen'yaa, a una escala de un cuarto de su tamaño real, se materializó de inmediato frente a él.

—A sus órdenes, capitán.

—¿Ha llegado ya la lanzadera del comité? —preguntó la bothan sin detenerse en preámbulos.

—Aún no, señora. He dado instrucciones a nuestros cazas para que la escolten directamente hasta el *Alma Valiente* tan pronto como entren en el espacio normal.

—Muy bien. Aquí está todo listo para la primera sesión. Regresaré al *Guarida* tan pronto como le haya comunicado al comité los resultados de nuestra investigación preliminar —*Resultados que aún no ha compartido usted conmigo*, pensó Wumb—. Imagino que nuestros pilotos no han cambiado de idea en el último momento, ¿verdad? —Wumb no necesitaba preguntar a qué pilotos se refería la capitana.

—No, señora. Subieron a la *Compasión* como usted dispuso y están ahora de camino a…

—Señor —dijo el alférez Proteys girándose en el asiento para mirar directamente a Wumb. El sulustano se puso en tensión. El alférez no le hubiera interrumpido en una conversación precisamente con la capitán de navío Gen'yaa si no tuviera una buena razón para ello. De hecho, los ojos ya de por sí saltones del mon calamari parecían a punto de salírsele de las órbitas—. ¿De qué se trata, alférez? —Wumb mantuvo su voz firme, consciente de la mirada de Gen'yaa fija en él desde su representación holográfica.

—Señor, debe usted escuchar esto —Sin esperar confirmación, el mon calamari conectó la salida de sonido de su consola con la unidad personal de comunicaciones instalada en el sillón de mando, de forma que Wumb pudiera escuchar las transmisiones de los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo sin moverse de donde estaba. El sulustano asintió en dirección a APD-5, que hizo los ajustes necesarios para que también Gen'yaa pudiera oírlas a través del enlace abierto entre el *Guarida del Lobo* y el *Alma Valiente*.

—… tengo tres señales más —se escuchó decir con toda claridad a uno de los pilotos—. Corrección, son seis. Han salido del hiperespacio en doce-dos-siete.

—Chico, ése es bien grande —comentó otro.

—Cinco más, jefe de vuelo.

—Atentos todos, esto se está poniendo serio —Ésa era la voz de Araña, el piloto al mando de la patrulla—. *Guarida del Lobo,* aquí Cabeza de Lobo Nueve.

Wumb apretó uno de los botones de su unidad de comunicaciones. El pequeño monitor que la coronaba le informó en el acto de que podía hablar directamente con los pilotos por la frecuencia de combate —encriptada y en principio segura— asignada a la patrulla. —Cabeza de Lobo Nueve, aquí el capitán de fragata Wumb. Informe.

—Señor, esto tiene mal aspecto. Tenemos en nuestros sensores a tres naves capitales corelianas, incluida una de un tipo que no había visto hasta ahora. Mi ordenador de vuelo sugiere que se trata de un crucero clase Nova.

Las otras dos son de la clase Pulsar. Alrededor de estas tres hay varias fragatas anti-caza y un escuadrón completo de corbetas de última generación, combinadas con varias cañoneras. Detrás de toda esta flota viene lo que parece ser un convoy de cargueros de tamaño medio, no menos de treinta naves. Señor, la clase Nova está desplegando cazas. Todavía estamos muy lejos para poder discriminar de qué tipo son.

—Señor, acabamos de identificar el clase Nova como el *Primer Ciudadano* —informó el alférez Proteys. Wumb miró de reojo el holograma de Gen'yaa. La capitana estaba hablando con alguien que se encontraba fuera del área abarcada por la proyección.

No vamos a poder detenerles, fue lo primero que pensó Wumb. Al final, las predicciones se habían hecho realidad y Corellia había efectuado su movimiento. Y menudo movimiento. Esos cruceros eran de lo último en naves de guerra que había salido de los reputados astilleros corelianos. Wumb conocía las características más importantes de sus diseños, que de hecho acababa de ver representados en la consola del alférez Proteys hacía apenas unos minutos. Líneas angulares, controles y generadores escudos distribuidos y una impresionante artillería. Meses atrás la Nueva República había iniciado conversaciones con intermediarios a fin de adquirir algunas naves tanto de la clase Nova como de la clase Pulsar, contando con que el gobierno coreliano no pondría demasiadas trabas a esa venta aunque no la sancionara directamente para evitarse complicaciones con el Imperio. La presente crisis había hecho que lo que parecía complicado se tornara imposible antes de que se llegara a alcanzar ningún acuerdo. A raíz del establecimiento del bloqueo a Seibergia, el Diktat había prohibido la venta de cualquier clase de equipamiento militar a la Nueva República, ni siquiera a través de terceros. Ahora Wumb recordaba con preocupación lo que sabía sobre esas naves. No le cabía duda de que un solo crucero Pulsar podía enfrentarse en condiciones de superioridad al *Alma Valiente*, el navío más potente con el que contaba la Nueva República en el sistema. Aunque más pequeños en tamaño que el viejo acorazado, los cruceros Pulsar eran más avanzados en todos los aspectos, especialmente en lo referente a maniobrabilidad en combate y a la potencia de sus escudos. Por si uno no fuera suficiente, los corelianos se habían traído dos, y con ellos un crucero de la clase Nova, el verdadero orgullo de su flota. Wumb llevó a cabo una consulta apresurada en los bancos de datos del ordenador principal del *Guarida del Lobo*. Los informes de Inteligencia hablaban de sólo dos cruceros clase

Nova operando en la armada coreliana, y de un tercero más en construcción. Se estimaba que uno de esos navíos sería un serio oponente para un destructor estelar de la clase Imperial II, y que era definitivamente superior a los cruceros mon calamari de la Nueva República, con la única excepción quizá del *Hogar Uno*. *Incluso sin ese Nova tendrían suficiente potencia de fuego como para machacarnos*, calculó Wumb con un pesimismo basado en datos objetivos. El sulustano observó con creciente inquietud los datos que iban apareciendo sobre la pantalla táctica frente a él, a medida que las lecturas enviadas por los cazas se iban traduciendo en perfiles de naves.

Había seis CC-9800, el equivalente coreliano a las fragatas Nebulon-B2 de Kuat modificadas con las que el Imperio estaba empezando a sustituir las Nebulon-B. Eran naves de escolta especialmente diseñadas para la neutralización de los cazas enemigos, pero varias de ellas trabajando de forma conjunta podían llegar a derrotar a una nave capital como el *Alma Valiente*, y una nave nodriza de tamaño medio como era el *Guarida del Lobo* podría sucumbir ante sólo dos. Las corbetas eran de un modelo evolucionado respecto a las que todavía utilizaba la Nueva República, y considerablemente mejores. Todo un escuadrón de ellas reforzadas por cañoneras. No cabía duda de que la armada coreliana se proponía romper el bloqueo militar a Seibergia usando la fuerza bruta y no la diplomacia.

Wumb repasó mentalmente la composición de la flota que la Nueva República tenía desplegada en el sistema. Además del *Alma Valiente* y del *Guarida del Lobo*, había cuatro veteranas Nebulon-B y media docena de corbetas. El *Alma Valiente* llevaba a bordo un escuadrón de ala-Y y dos de las fragatas contribuían con su propio complemento de cazas, de los modelos ala-A y ala-X en su mayoría. Más que suficiente para mantener un bloqueo como el que tenían establecido, pero muy inferior desde todos los puntos de vista a la armada que tenían ahora enfrente. Wumb apretó los puños con impotencia. *No tenemos ni una sola oportunidad*.

—Le hemos copiado, Cabeza de Lobo Nueve —dijo el sulustano ocultando su preocupación—. Envíennos toda la información que puedan recoger con sus sensores, especialmente de las naves capitales. Les enviaremos refuerzos tan pronto como sea posible —Wumb acompañó la frase con un gesto imperativo dirigido a uno de los oficiales del puente. Éste asintió indicando que había comprendido y tecleó un código en su consola. Las alarmas comenzaron a sonar en toda la nave alertando a la tripulación de que acababan de entrar en situación de combate. Dentro de los siguientes cinco minutos todo el personal debía estar en sus puestos, y todos los cazas operativos estarían en el espacio en aproximadamente diez. Mientras que los oficiales del puente repartían órdenes a través de sus comunicadores a sus áreas de influencia, Wumb volvió a dirigirse a Araña—. Cabeza de Lobo nueve, en estos momentos ustedes son todo lo que tenemos para intentar contener a los corelianos. Mantengan las distancias y no respondan a provocaciones. Eso significa que no abran fuego a no ser que les disparen primero con intenciones hostiles y no meramente disuasorias. ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señor.

—Muy bien. *Guarida del Lobo* fuera.

—Acabo de informar al almirante —dijo Gen'yaa en tono neutral tan pronto como Wumb cortó la comunicación con los cazas de perímetro—. Ha ordenado que dirija usted el *Guarida* en ruta de interceptación. En estos momentos el *Alma Valiente* y el resto de naves de la flota se dirigen hacia su posición a toda velocidad, pero vamos a tardar en poder prestarle apoyo. Las instrucciones del almirante son que ignore usted a los cazas y a las naves de tamaño medio, pero que si una de esas naves capitales hace intento de sobrepasarle utilice contra ella el cañón de iones.

—Comprendo, señora —*Y también usted, por supuesto*. Un disparo directo del potente cañón de iones del *Guarida del Lobo*, equiparable a los utilizados por muchos sistemas de defensa planetarios, podría dejar a uno de esos cruceros temporalmente fuera de combate, suponiendo que pudieran acercarse lo suficiente, pero no había forma de que el portanaves pudiera resistir el fuego de respuesta de los otros dos. *Si tenemos que llegar a eso, estamos condenados*. No obstante, desde un punto de vista táctico el sacrificio del *Guarida del Lobo* tendría sentido. Si podían detener, aunque sólo fuera de forma provisional, a uno de los tres principales navíos enemigos— Wumb se dio cuenta de que por primera vez había empleado en su mente la palabra «enemigo» para referirse a los corelianos —el cómputo de probabilidades mejoraría de forma considerable para el resto de naves de la Nueva República.

—Buena suerte, capitán —El tono de Gen'yaa pareció hacerse menos frío por un instante—. Sé que el *Guarida* está en las mejores manos. *Alma Valiente* fuera.

—Gracias, señora —le respondió Wumb al holograma que ya se desvanecía. No era difícil imaginar que Gen'yaa no se alegraba en absoluto de encontrarse lejos de su nave justo cuando ésta se encontraba a punto de— previsiblemente —entrar en combate. Wumb podía comprenderlo bien, pues a él le hubiera sucedido lo mismo. Por otro lado, estaba un poco sorprendido por el hecho de que, aparte de transmitirle las órdenes del vicealmirante Sinessis, la capitana no le había hecho la menor sugerencia acerca de cómo llevar a cabo su misión. *No se fía o no le importa mi juicio cuando se trata de opinar sobre temas estratégicos o políticos, pero lo hace ciegamente cuando se trata de lo estrictamente militar. No sé si sentirme halagado u ofendido*.

—Señor, los cruceros de la clase Pulsar son el *Independiente* y el *Soberano* —recitó el alférez Proteys.

—Ah, sí, el *Soberano* —murmuró Wumb para sí, recordando un incidente muy comentado entre los oficiales de la Nueva República cuando se tuvo conocimiento de él. El *Soberano* era el navío que había interceptado a un destructor imperial que entró en espacio coreliano sin previo aviso, haría cosa de siete u ocho meses. Cumpliendo al pie de la letra sus instrucciones, el capitán del *Soberano* se enfrentó al *invasor* con su nave, causándole daños de importancia a pesar de contar con menor potencia de fuego, y quizá lo hubiera destruido si no hubiera recibido órdenes tajantes desde Corellia para que cesara las hostilidades. Wumb se acordaba de que el nombre del destructor era *Imparable*, lo cual no dejaba de tener su gracia, dadas las circunstancias.

Su capitán debía pensar que aunque se proclamase neutral se podía considerar a Corellia como parte del Imperio, y que por tanto no necesitaba avisar ni pedir permiso a las autoridades antes de entrar en el sistema. Su error o su exceso de arrogancia, fuera lo que fuera, estuvo a punto de costarle su nave, y obligó a Sate Pestage a presentar disculpas formales al Diktat Francmonde por la invasión no premeditada de su espacio local. Seguramente el tipo lo había pagado con sus galones, si no con su propio pellejo. Semejante precedente ponía bien de manifiesto la capacidad del capitán del *Soberano*, la de su tripulación y la del propio navío. Wumb consultó la información de Inteligencia disponible acerca del *Primer Ciudadano* y del *Independiente*. Tal y como esperaba, también estaban gobernados por oficiales competentes que sabían lo que era un combate. *No hay duda, nos están lanzando lo mejor que tienen*. El sulustano cerró sus grandes ojos de roedor durante unos segundos.

En ese tiempo volvió a escuchar en su mente los gritos de los heridos a bordo del *Tannia* y del *Cueva del Lobo*, pero Wumb silenció esos recuerdos. No podían hacerle ningún bien justo ahora, cuando estaba a punto de arriesgar las vidas de otra tripulación. Incluso con los ojos cerrados podía sentir sobre sí las miradas de buena parte de los presentes en el puente. Algunas reflejarían inevitablemente el miedo a no volver a ver a sus familias, a sus amigos, sus casas o sus planetas natales. Tenía que escudarse contra esas miradas, en las que no podía permitirse reparar. También dejó a un lado sus propios pensamientos y preocupaciones, sus esperanzas y sus temores, y cualquier otra cosa que pudiera distraerle de la tarea que tenía ante sí. Cuando volvió a abrir los ojos su mente estaba completa y absolutamente enfocada en su misión. Ahora no existía ni podía existir nada más para él.

Ojalá existiera algo después.

Wumb se dirigió al oficial de navegación con tono firme y perfectamente controlado, obligándose a pronunciar correctamente cada consonante y no cloquear como hacían muchos sulustanos al hablar en básico.

—¿Teniente Vaiweehanen?

—El curso está ya trazado, señor —informó el twi’lek.

Wumb asintió mostrando su aprobación y pulsó otra tecla en el comunicador, conectando con la sección de Ingeniería.

—Teniente Boradelis, ¿está usted ahí?

—Sí, señor —dijo la voz de la mon calamari.

—Nos enfrentamos a tres cruceros de gran tamaño. Una vez que entremos en combate no vamos a necesitar tanta velocidad como potencia de escudos.

—Entendido, señor. Lo haremos lo mejor que podamos.

—Bien. También debo avisarle que es muy probable que tengamos que usar el cañón de iones, así que debe estar usted lista para compensar el gasto de energía. No quiero que nos quedemos sin escudos después de disparar, ni siquiera durante una milésima de segundo. Ya ve lo que le insisto en el tema de los escudos.

—Lo comprendo, señor. Será de mucha ayuda si puede usted avisarnos dos o tres segundos antes de disparar el cañón.

—Cuente con ello, teniente. Puente fuera. Alférez Sarago, comunique a la *Compasión* que permanezca en la superficie hasta nueva orden. En cuanto a su escolta… —Wumb se detuvo al notar algo extraño en la expresión de la mujer—. ¿Alférez?

—Acabamos de recibir una llamada de socorro de la *Compasión*.

—¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sé, señor. Un momento, señor, Cabeza de Lobo Catorce está informando —Sarago hizo una pausa mientras escuchaba con atención por sus auriculares. Wumb empleó ese tiempo en echar un vistazo a la pantalla táctica, sobre la cual estaban representadas todas las naves corelianas. Las fragatas estaban maniobrando ya para ponerse al frente de la formación y proteger a los cruceros de posibles ataques de cazabombarderos. Las corbetas modificadas y las cañoneras estaban tomando los flancos y la retaguardia, proporcionando una segunda línea de defensa y cubriendo a los cargueros que venían detrás.

Tácticas clásicas pero efectivas. Wumb se dio cuenta de que la alférez Sarago se volvía hacia él.

—Señor, la *Compasión* ha sido derribada.

Eso no se lo esperaba.

—¿Derribada?

—Sí, señor. Eso es lo que acaba de informar Cabeza de Lobo Catorce.

Su compañero y él están sobrevolando la zona en busca de supervivientes.

Wumb se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo del asiento. En la pantalla táctica los símbolos seguían moviéndose indicando las posiciones de cada nave. El alférez Sarago anunciaba en voz alta cada nueva identificación positiva, superponiéndose a las voces de los pilotos que estaban allí, en primera línea, a punto de entrar en contacto con los cazas corelianos. Los mamparos del *Guarida* vibraban ligeramente, revelando que los motores estaban trabajando a plena potencia, acelerando a la nave poco a poco hasta su máxima velocidad sublumínica. *Esto no podía haber pasado en peor momento*, pensó Wumb. Conocía a los cuatro tripulantes de la lanzadera de búsqueda y rescate. El buen doctor, los pilotos, y sobre todo a la lumi, a la que sus compañeros llamaban Rúster. La misma que se había jugado la vida para salvarlos a Gen'yaa y a él, sacándolos del *Cueva del Lobo* antes de que se convirtiera en una antorcha en los cielos de Iberya. Perderla a ella y a sus pasajeros sería una tragedia, pero estaba decidido a no dejar que sus sentimientos afectaran a sus decisiones. *Por mucho que me odie a mí mismo por ello, sólo hay una cosa que se pueda hacer ahora.*

—Deje que hable yo mismo con la escolta, alférez.

No abran fuego a no ser que les disparen primero con intenciones hostiles y no meramente disuasorias. Por supuesto, Araña sabía muy bien lo que quería decir el capitán de fragata Wumb con esa orden. Teniendo en cuenta lo que tenían delante, si se les ocurría abrir fuego contra los corelianos los iban a vaporizar, punto. Si eran los corelianos los que disparaban primero —y disparar con intenciones hostiles significaba que además acertaran el blanco, pues en caso de fallo se podría considerar «disparo disuasorio»— a ellos los vaporizarían igual, pero al menos nadie podría culpar a la Nueva República de haber iniciado una guerra. *No es que sea un gran consuelo llegado el caso*.

—Mirad, chicos —dijo por la frecuencia de combate, utilizando una transmisión de corto alcance que ni siquiera sería captada por otras unidades amigas—. Ya habéis oído al capitán Wumb, sólo si alguno de nuestros cazas es alcanzado tendremos permiso para devolver el fuego, y vamos a hacer todo lo posible para que no tengamos que vernos en esa situación. Nuestro objetivo es ganar tiempo para el resto de la flota, y eso es lo que vamos a hacer. Formad por parejas y cuando sus cazas de avanzada alcancen nuestra posición intentad rodearles. Si continúan hacia nuestra flota los seguimos y mantenemos sus traseros en nuestros puntos de mira, sólo para ponerles un poco nerviosos, pero no se os ocurra marcarlos como blancos en la computadora, o se dispararían sus indicadores de amenaza y pensarían que nos disponemos a atacarles. Si se dan la vuelta buscando el enfrentamiento, rompemos contacto y ya veremos lo que pasa. ¿Está todo claro?

Araña escuchó varias respuestas afirmativas, la mayoría simples clicks en el comunicador. Cuatro ala-A y dos ala-X contra, ¿cuántos enemigos potenciales? Sus sensores le avisaban ya de que dos escuadrones completos de cazas corelianos se estaban aproximando, reduciendo rápidamente la distancia que los separaba de ellos. Eso era sólo para abrir boca, porque lo realmente aterrador era la flota que venía detrás. El ordenador identificó a los cazas corelianos como ala-X, lo cual no era realmente una sorpresa conociendo el éxito que el modelo más famoso de la Incom Corporation había obtenido entre los mundos no afiliados al Imperio. La Armada Coreliana lo había adoptado como estándar para sus unidades embarcadas poco después de que la Alianza Rebelde demostrara las cualidades en combate del aparato, al destruir la primera Estrella de la Muerte con tan sólo un puñado de ellos. La reputación de los pilotos corelianos no podía ser más impresionante. La lista de ases en ambos bandos de la ya larga guerra entre el Imperio y la Alianza tenía muchos nombres corelianos ocupando las posiciones más altas, incluyendo leyendas vivas como Han Solo y Wedge Antilles o el mayor as imperial de todos los tiempos, el barón Soontir Fel —su título nobiliario se lo había concedido el Emperador Palpatine en persona en reconocimiento a sus servicios—. Afortunadamente para Araña y sus compañeros, ninguno de ellos estaría a los mandos de esos ala-X que se acercaban. No obstante, si aquellos pilotos que dejaron Corellia en busca de aventuras eran tan buenos, uno no podía dejar de preguntarse cómo serían los que se quedaron en casa. Araña resopló . *No hace falta que sean muy buenos para mandarnos al infierno, superándonos cuatro a uno en número*.

—Aquí Diez. ¿No os parece un tanto curiosa su formación? —Ése había sido Solo, el único coreliano del escuadrón Cabeza de Lobo. Sacart y él pilotaban los dos ala-X del grupo Colmillos. Aunque Solo y él tenían la misma graduación, Araña estaba nominalmente al mando de la patrulla, al menos hasta que aparecieran Víbora o Ibero, puesto que ni Llamarada ni Alce, los otros dos pilotos de mayor rango, podían hacerlo. Araña daba por sentado que no era él el único en preguntarse cuál sería la reacción de Solo en el caso de que tuvieran que enfrentarse a su propia gente, y le preocupaba no saber la respuesta cuando estaban a un par de minutos escasos de que los temores se convirtieran en realidad. *Me tenía que tocar a mí estar a su lado cuando sucediera, maldita sea…*

—¿Su formación? —Araña había estado prestando más atención al tono de Solo, en busca de algún indicio que le permitiera averiguar en qué condición mental se encontraba su compañero, que a sus palabras. Pero cuando se fijó mejor en la disposición de las señales sobre su pantalla sensores se dio cuenta de pronto de a qué se refería el coreliano. *Oh, no, no puedo creerlo…*

—¡Un desfile! —exclamó Reek— ¡Están volando como si se estuvieran luciendo en un desfile!

Los dos escuadrones corelianos se aproximaban uno al lado del otro, adoptando una formación «en doble diamante», cada uno de ellos compuesto por cuatro rombos más pequeños con un ala-X en cada vértice. Cada nave estaba situada a una altitud diferente en relación al plano de vuelo común, de forma que el efecto pudiera verse desde todas las direcciones. En otras circunstancias Araña les hubiera aplaudido, pero considerando lo delicado de la situación en lugar de eso se sintió furioso y ofendido. *Estamos al borde mismo de entrar en guerra y ellos se ponen a provocarnos con semejante numerito.*

¿Pero quiénes se creen que son estos payasos?

—Os ahorraré el esfuerzo de comprobarlo —continuó Solo—. La nave de los periodistas corelianos a los que Veinte estuvo a punto de dar un susto hace un rato ha vuelto. Seguro que están disfrutando con esto.

—Sí, apostaría lo que fuera a que sí —murmuró Araña entre dientes. Todo el cansancio, el aburrimiento y la frustración de las últimas semanas se le condensaban ahora en furia dirigida hacia los corelianos. Por un instante lo único que deseó fue lanzar un misil de impacto contra el centro de su preciosa formación para ver cómo la deshacían a toda prisa. Sintió gotas de sudor resbalándole por la frente y por el cuello. Le picaba la cabeza debajo del casco y se dio cuenta de que se le había acelerado la respiración. *Nos advirtieron.*

Nos dijeron que habría provocaciones y tenían razón. No puedo dejar que me cieguen. Araña se recordó a sí mismo que había vidas en juego, la suya y las de sus compañeros para empezar. *Mantente frío, Arañita, o terminarás metiendo la pata*.

—Por cierto —siguió hablando Solo—, según mi unidad R2 esos ala-X son de una versión más moderna que los nuestros. Si sus datos son correctos, son un cinco por ciento

más rápidos y pueden ir armados alternativamente con misiles avanzados de impacto en lugar de los torpedos de protones habituales.

—Fantástico —gruñó Sacart.

—Cazas de la Nueva República —se dejó oír una voz de barítono por la frecuencia abierta estándar de la Nueva República, sintonizada automáticamente por las unidades de comunicaciones de todas las naves—. Les habla el comandante Baler, de la Armada Coreliana. Estamos escoltando un convoy de transportes con destino a Seibergia. Despejen el área o les consideraremos como hostiles.

Sí, claro.

—Aquí el capitán Somarriva de la Nueva República. Bonita exhibición esa suya —Araña comprobó los datos proyectados por el ordenador frente a sus ojos. Los ala-X corelianos estaban a menos de cuarenta kilómetros. Incluso a la velocidad moderada a la que venían estarían dentro del radio de acción efectivo de sus misiles en menos de un minuto—. Así que esto es lo que llaman una escolta. Me pregunto qué será para ustedes una fuerza de invasión.

—No somos invasores. Seibergia es nuestro amigo y aliado, y entramos en el sistema invitados por el legítimo gobierno, lo cual no puede decirse de ustedes. Repito, despejen el área o les consideraremos como hostiles.

—No tenemos intención de molestarles —*veinticinco kilómetros*—. Nuestra misión aquí es proteger el tráfico civil y evitar la entrega de armas a ninguna de las partes en conflicto.

—Tengo entendido que tienen ustedes una forma un tanto curiosa de proteger el tráfico civil. Escuadrones Coronet y Helibia, alas en posición de ataque —Araña hizo una mueca cuando el tal comandante Baler dio esa orden sin molestarse en salir de la frecuencia de la Nueva República, probablemente a propósito. *¿Se creerá acaso que nos vamos a asustar con tanta facilidad?*

Como si no lleváramos años ya combatiendo contra el Imperio.

—No nos pongamos nerviosos, comandante. Lo único que necesitamos es inspeccionar sus cargueros con nuestros escáners y verificar que no transportan armas. —*Quince kilómetros. Ahora veremos si vais o no en serio*—. Después de eso estaremos encantados de escoltarles nosotros mismos.

—Escuadrones Coronet y Helibia, escoged blancos a vuestra discreción.

Araña no tuvo que volver a verificar la distancia. Su indicador de amenaza empezó a parpadear en color amarillo y apenas tres segundos más tarde pasó al rojo. El ordenador comenzó a emitir un agudo pitido de aviso. Araña se estremeció de forma involuntaria. Al menos tres cazas corelianos habían fijado sobre él sus sistemas de guiado de misiles.

—*Compasión*, aquí Cabeza de Lobo Dos-Dos —sonó la voz de Raiven en los auriculares de Drake—. Contesta, por favor.

No hubo respuesta. O bien la unidad de comunicaciones de la lanzadera había resultado dañada por el impacto o bien sus pasajeros no se encontraban en condiciones de contestar. Drake esperaba de todo corazón que se tratara de lo primero. Quinientos metros más abajo su compañero estaba llevando a cabo su segunda pasada sobre los restos humeantes de la *Compasión*, buscando una señal, un indicio de movimiento, algo que sugiriera la presencia de supervivientes.

—Dos-Dos, ¿puedes ver algo?

—Negativo. El casco no parece muy mal, pero lo que queda del ala izquierda ha ido a caer justo encima de la cabina y no me deja ver nada, y menos a esta velocidad. Maldita sea, si tan sólo pudiera acercarme un poco más despacio…

—Más tarde quizá, ahora ni se te ocurra —Si se hubiese tratado de un accidente, Raiven podría apagar los motores y aproximarse a la lanzadera flotando sobre sus repulsores, lo que le permitiría utilizar más efectivamente sus sensores, comprobar en qué estado se encontraba la cabina e incluso ver a sus ocupantes. Por el momento, sin embargo, no se podía pensar siquiera en hacer algo así. No con lo que fuera que había alcanzado a la lanzadera oculto en alguna parte, apuntando quizá a los dos cazas de escolta. Ni Raiven ni él habían visto nada, aparte de la columna de refugiados que habían sobrevolado segundos antes de detectar el disparo y recibir la llamada de socorro de Rúster. No parecía que el ataque hubiera podido venir de esa dirección, pero no había forma de estar seguro. ¿Podía esa gente llevar consigo un láser de gran calibre? ¿Realmente se trataba de refugiados? Drake se mordió el labio inferior. Eso no tenía sentido. Había visto niños en el grupo, y no le parecía nada probable el que los paramilitares seibergios pudieran viajar con niños. Y si se trataba de balanios, como parecía, incluso suponiendo que entre ellos hubiera miembros de la guerrilla armados, ¿qué sentido tendría que disparasen contra una nave de la Nueva República? A menos que no se hubieran dado cuenta de que era de la Nueva República. O que estuvieran enterados del incidente protagonizado por Alce y Llamarada y quisieran vengarse por lo que consideraban un ataque deliberado. *Este lugar le vuelve a uno paranoico. No me explico como no se han producido otras desgracias antes de que Alce derribara a ese transporte. O quien sabe, quizá ya ha pasado antes pero no había cámaras que lo grabasen y por eso nadie se ha dado cuenta*.

Drake hizo un gesto de disgusto. Ése no resultaba precisamente un pensamiento con el que uno pudiera sentirse cómodo. Fuera como fuera, lo de la *Compasión* no tenía pinta de haber sido un accidente. Había un enemigo ahí afuera, ¿pero dónde? Comprobó las pantallas sensoras con ansiedad creciente. Nada. La tormenta de nieve daba lugar a toda clase de ecos e interferencias, haciendo prácticamente imposible obtener lecturas fiables.

Estaba bastante seguro de que no había otras naves en el aire aparte de las suyas, pero en este terreno y bajo estas condiciones meteorológicas, podía haber una docena de baterías terrestres ocultas entre las rocas y no las vería aunque le fuera en ello la vida. O las vidas de sus amigos. Tenía la esperanza de que las pasadas a baja altura de Raiven

sobre el lugar del siniestro hicieran moverse al enemigo y quizá forzarle a descubrirse, pero los sensores de su ala-X seguían sin captar nada.

—*Compasión*, aquí Cabeza de Lobo Dos-Dos —repitió Raiven—. Contesta, por favor.

—Cabeza de Lobo Catorce, aquí el capitán de fragata Wumb desde el *Guarida del Lobo*.

Drake parpadeó sorprendido.

—Aquí Cabeza de Lobo Catorce. Le copio, señor.

—He sido informado de que la *Compasión* ha sido derribada. ¿Hay supervivientes?

—Aún no lo sabemos, señor. Hemos localizado la lanzadera, pero no podemos ver la cabina desde el aire y desconocemos el alcance real de los daños. Hasta el momento no han respondido a nuestras llamadas. El lugar del impacto es demasiado accidentado como para que podamos posarnos a menos de un kilómetro, incluso si no hubiera hostiles en el área.

—¿Han identificado al agresor de la *Compasión*?

—Negativo, señor. Nuestros sensores no detectan otras naves en la zona, así que pensamos que el atacante debe estar camuflado en el terreno.

Tenemos problemas para localizarlo a causa de la tormenta.

—Comprendo. Transmita las coordenadas del lugar del siniestro a nuestros campos. Si tenemos comandos operando en las cercanías es posible que puedan hacer algo. En cuanto lo hayan hecho quiero que abandonen ustedes el planeta y se unan al resto del escuadrón Cabeza de Lobo. Vuelen tan deprisa como puedan.

—Señor, repita la última orden, por favor.

—La ha comprendido usted a la primera, teniente. Transmitan las coordenadas y márchense. Un grupo de combate coreliano acaba de entrar en el sistema y les necesitamos a ustedes y a sus cazas para ayudar a defender la flota. La alférez Sarago les proporcionará nuevos vectores. Wumb fuera.

Drake se quedó consternado. Al parecer la flota estaba a punto de ser atacada por los corelianos después de todo, quién lo hubiera creído hacía tan sólo un par de semanas. Por las palabras y el tono empleado por el capitán de fragata Wumb, las cosas estaban lo suficientemente mal como para necesitar hasta el último de los cazas disponibles. Echó una mirada hacia el suelo. Allá abajo la *Compasión* era apenas un punto gris cada vez menos visible a medida que los restos se iban cubriendo de nieve. ¿Debían abandonar a sus compañeros a su suerte? Drake golpeó el lateral de la carlinga con el puño cerrado. Esto le hacía sentirse peor que si se hubiese tragado un cajón de rodamientos empapados en ácido, pero una cosa era cierta: Raiven y él no podían estar en dos sitios a la vez, y aquí ni siquiera sabían si podían ser realmente de ayuda. Por lo que sabían, dentro de la *Compasión* quizá no quedase nadie con vida.

—¿Drake? —llamó Raiven. Drake sabía que su compañero había llegado a la misma conclusión que él. Tan terrible como era, no tenían elección y tampoco tiempo que perder.

—Lo sé, lo sé. Estoy transmitiendo las malditas coordenadas en este momento.

Ibero se sintió momentáneamente desorientado cuando las alarmas lo despertaron bruscamente. Tuvo que repetir la orden para que se encendieran las luces dos veces. La primera vez el ordenador fue incapaz de entenderle, lo que no tenía nada de extraordinario teniendo en cuenta su voz somnolienta y el hecho de que había formulado la orden en iberiano en lugar de hacerlo en básico. Con un gesto mecánico alcanzó su traje de vuelo y empezó a ponérselo incluso antes de entender qué estaba pasando. Las últimas brumas del sueño se habían desvanecido ya cuando selló los cierres presurizados de las botas y empezó a ajustarse la unidad de soporte vital sobre el pecho. *Allá vamos otra vez.* Al sacar el casco del armario activó accidentalmente su holoproyector de mano, el cual había dejado metido en el hueco entre el propio casco y el mono de vuelo de recambio que estaba detrás. Su mujer y su hija le sonrieron desde el interior del armario, tal y como lo habían hecho en el instante exacto en que se grabó ese holograma. El corazón pareció detenérsele por un segundo, al ser consciente una vez más de que quizá no volviera a verlas nunca. En los ojos de Fe, su mujer, podía leer la eterna pregunta, ésa que ella nunca decía en voz alta pero que no necesitaba pronunciarse. *¿Por qué no lo dejas?* Desde la batalla de Iberya había recibido varias ofertas para trabajar en su planeta natal, desde jefe de proyecto en su antigua empresa de ingeniería hasta instructor de vuelo en la Academia Militar de Pilotos. La tentación era muy fuerte. No tenía más que mandar su renuncia al Mando de Cazas y tomar un asiento en el primer transporte hacia Iberya que pudiera encontrar. Fe sería feliz, y él podría estar con ella y ver crecer a Lucía. Eso no llegaría a suceder si terminaban matándole en alguna parte, incinerado dentro de la cabina de su caza o asfixiado y congelado en mitad del espacio. El sólo imaginarse a Fe conteniendo las lágrimas cuando Lucía preguntase por su padre le aterrorizaba.

A veces le daba por pensar que ya había cumplido con su parte en la guerra contra el Imperio, y que se había ganado el derecho a recuperar su propia vida. Algunas de esas veces había estado a punto de empezar a redactar su carta de renuncia, cuyo contenido completo había escrito y reescrito en su mente, pero siempre se obligaba a sí mismo a no sentarse a la consola, a apagarla incluso si es que estaba encendida. Sabía que si alguna vez escribía esa carta a continuación la enviaría, y entonces ya no habría vuelta atrás. En esos momentos pensaba en las miradas de sus compañeros cuando fuera a despedirse, y un sentimiento de vergüenza lo inundaba.

Muchos de ellos llevaban combatiendo desde mucho antes de que él pusiera sus pies por primera vez sobre la cubierta de una nave militar. Algunos no tenían ya una vida a la que volver, pues el Imperio o la propia guerra les había quitado todo lo que les importaba antes de convertirse en lo que eran ahora. La mayoría entenderían sus razones, seguro que sí. Seguramente nadie le reprocharía nada, pero Ibero no se sentía capaz de abandonarles sabiendo que al día siguiente volverían a jugarse la vida, sin él. Había intentado

explicárselo a su mujer, pero ella no le dejó hablar. «Hay cosas que es mejor no intentar explicarlas» había dicho, y tenía razón. Ibero temía, aunque no se atrevía a preguntárselo directamente, que Fe pensara que por no dejar a sus compañeros en la estacada era a ellas a las que estaba, quizá, abandonando.

Esto se me está haciendo más difícil cada día que pasa. Ibero soltó un taco y abrió la puerta de su camarote, uniéndose a otros pilotos que corrían ya por el pasillo en dirección al hangar principal o a la cubierta de vuelo. Dentro del armario, el holoproyector se quedó encendido, mostrando aún la imagen congelada de su familia.

Los cuatro elevadores del *Guarida del Lobo* estaban funcionando al máximo de su capacidad, bajando cazas desde la zona de estacionamiento hasta la cubierta de vuelo, donde se hallaban sólo las naves que se hallaban ya a la espera de salir antes de que sonara la alarma. El ala-A que precedía a Spuk se colocó en posición sobre la plataforma del elevador más cercano y desapareció hacia abajo. Él era el siguiente. Mientras esperaba su turno de lanzamiento, Spuk inició los cuatro motores del ala-X y comprobó en el panel de instrumentos las lecturas de cada uno de ellos. Sentía un extraño nudo en el estómago. Esto no era un ejercicio. Los lásers se iban a disparar a plena potencia —y no sólo con la justa para «iluminar» los sensores, como se hacía en las maniobras de entrenamiento— y misiles y torpedos serían lanzados de verdad, no solamente simulados. La última vez en la que Spuk tuvo que luchar por su vida, su ala-A fue alcanzado por uno de los cañones de iones del destructor imperial *Indomable*. Minutos más tarde su caza desactivado fue arrastrado a bordo por un rayo tractor y a Spuk lo capturaron. Se había pasado más de dos años en un campo de concentración, hasta que poco después de la batalla de Endor encontró la ocasión de escapar junto con un puñado de prisioneros. Descubrió con sorpresa que la Alianza Rebelde que había conocido ya no existía, transformada en la Nueva República —hacía meses que no llegaban nuevos prisioneros al campo, y por tanto ni él ni sus compañeros de fuga tenían noticias recientes del exterior—, y supo de inmediato cuál era su sitio. Pocos meses más tarde volvía a servir en un escuadrón de cazas. Hasta ahora, todas las misiones en las que había participado habían sido patrullas y prácticas —la mayor parte de la acción desde que estaban en Seibergia la habían acaparado los Zarpas de Lobo—, e incluso un par de salidas con la lanzadera de búsqueda y rescate. Pero ahora la cosa volvía a ir en serio. Su corazón latía con la ansiedad propia de los momentos previos al combate, tal y como lo había hecho hacía una eternidad —o eso le parecía—, cuando abandonó con su nave el hangar del crucero mon calamari *Intrépido* para no regresar. Spuk supo que iba a experimentar una fuerte sensación de *dejà-vu* cuando volara a través del campo de contención magnética del *Guarida del Lobo* pilotando este ala-X, tan nuevo que apenas tenía aún una sola rozadura.

El ala-A en el que lo capturaron también era nuevo. *Pero esta vez estaré de vuelta a la hora de la comida. Lo prometo*.

El elevador que tenía enfrente volvió a su posición. Cuando se encendieron las luces verdes de los montantes conectó los repulsores y condujo suavemente el ala-X hasta la plataforma, posándose justo en el centro del círculo blanco. En cuestión de segundos el elevador se detuvo en el nivel de la cubierta de vuelo y Spuk recibió la autorización para despegar. Cerró la carlinga y volvió a dirigir energía a los repulsores. A su derecha, el ala-X pilotado por Ibero, mucho más parcheado que el suyo, comenzó a moverse hacia la salida de estribor. A su izquierda dos ala-B, los pilotados por Parody y por Sparks, iniciaban también la maniobra de despegue. Eran los cuatro últimos en salir. Uno tras otro, de derecha a izquierda, cruzaron el umbral y Spuk sintió el ya anunciado escalofrío. *A la hora de comer*, se repitió a sí mismo. Al dejar atrás las paredes del hangar un millón de estrellas le rodearon, pero no era momento de pararse a contemplar la vista.

—Todos los cazas —sonó fuerte y clara la voz de Víbora a través del comunicador—. Confirmad por números y seguidme.

—Aquí Dos-Cuatro —respondió Spuk cuando le llegó el turno justo al final de la lista—. Preparado, Líder.

—¡Escuadrón Cabeza de Lobo, no abráis fuego, repito, no abráis fuego contra los ala-X corelianos! —ordenó Araña, utilizando la misma frecuencia abierta que el comandante coreliano. Esperaba que con eso fuera suficiente para que los otros hicieran lo mismo. *A menos que hayan decidido dispararnos hagamos lo que hagamos*— Cambiad vuestro rumbo para dejarles pasar sin que haya peligro de colisión —Araña empujó la palanca de vuelo hacia delante, haciendo descender suavemente a su ala-A por debajo de la formación de cazas corelianos. Sunami, que volaba como su hombre-ala, imitó la maniobra siguiéndolo de cerca. Reek y Halcón viraron hacia babor, mientras que Solo y Sacart lo hicieron hacia estribor. El tono de aviso cesó cuando los ala-X corelianos alcanzaban la posición que habían ocupado instantes antes las naves del escuadrón Cabeza de Lobo. El ordenador de vuelo interpretó las lecturas de los sensores indicando la proximidad de las otras naves, y envió a los auriculares de Araña un sonido generado artificialmente que se asemejaba mucho al que haría un grupo de ala-X dando una pasada a baja altura sobre un observador estático. Araña miró hacia arriba justo a tiempo de vislumbrar la panza y la parte inferior de las alas pintadas en blanco y verde de uno de los cazas corelianos antes de que se perdiera de vista. Resopló con momentáneo alivio. *Muy bien, ¿y ahora qué?*

Los corelianos, que no habían alterado su espectacular formación en lo más mínimo hasta el último instante, la rompieron de forma rápida pero ordenada en elementos de cuatro cazas, y giraron ciento ochenta grados en persecución de los aparatos de la Nueva República.

—Aquí Diez. Parece que son ellos quienes se nos quieren pegar a la cola, Nueve —transmitió Solo.

Araña echó un vistazo a su pantalla sensora trasera y frunció el ceño.

—Vale, si quieren jugar, jugaremos.

—No me parece una buena idea, Nueve. De momento deberíamos limitarnos a volar a la evasiva. Cualquier movimiento agresivo por nuestra parte y ya no habrá quien pare la carnicería.

—Copiado. Quizá tengas razón —*O quizá estás tan sólo intentando retrasar lo inevitable. Si nos vemos obligados a defendernos, ¿serás capaz de abrir fuego contra tus compatriotas?* Araña torció el gesto. No podía preguntarle eso a Solo ahora, en mitad de este jaleo, y con el resto de pilotos escuchando.

Hay que fastidiarse, como si no tuviéramos ya bastantes problemas. Frente a él, Araña podía ver ya a simple vista las luces de posición de una veintena de naves de distintos tamaños, el grueso de la flota coreliana aproximándose.

Según sus sensores, las tres de delante eran fragatas CC-9800. Araña inspiró profundamente antes de efectuar su siguiente transmisión.

—Vamos a ver si podemos mantener ocupados a estos cazas durante un rato sin que empiecen los tiros. Pase lo que pase no os acerquéis demasiado a las fragatas.

Escuchó cinco clicks en rápida sucesión. Todos sus compañeros confirmaban que habían copiado sus instrucciones. Apenas un segundo más tarde su indicador de amenaza volvió a parpadear. Tenía a cuatro ala-X detrás de él, y al menos dos estaban apuntándole con sus sistemas de guiado.

—Cazas de la Nueva República —se escuchó la voz del comandante Baler una vez más—, retírense inmediatamente a un radio de no menos de diez kilómetros de nuestras naves. Hagan lo que les digo o abriremos fuego contra ustedes.

—Lo siento, comandante —respondió Araña intentando no sonar tan irritado como se sentía por la prepotencia del coreliano—. Como ya le he explicado antes, tenemos órdenes de inspeccionar sus cargueros primero.

—Hoy no vais a inspeccionar nada —Sin más aviso que el repentino paso al tuteo, como si Baler hubiera decidido acabar con los formulismos, uno de los cazas que seguían a Araña disparó. Vio pasar los rayos anaranjados por ambos flancos de su ala-A, y el ordenador de vuelo generó el correspondiente sonido en cada uno de sus auriculares. No podía saber si el que había apretado el gatillo era Baler o no, pero de todos modos sintió que la sangre le hervía en las venas. Puesto que no le habían dado, aquello había que considerarlo como fuego disuasorio, por seguir la definición del capitán de fragata Wumb, pero el cuerpo le pedía devolverlo . *No sé cómo va a acabar esto, pero tengo que enseñarle modales a ese cuello tieso*.

—Comandante Baler —dijo Araña en un tono mucho más duro que el que había empleado hasta el momento—. Tengo que avisarle. No nos obligue a llevar a cabo ninguna acción ofensiva —Se sintió casi enfermo. Por un instante se preguntó si su malestar tendría algo que ver con sus recientes dificultades para conciliar el sueño, o con

las albóndigas de a saber qué carne había preparado Ivonne— la cocinera wookie del escuadrón —para la última comida que había probado, pero lo descartó todo con una sacudida de cabeza . *Son estos corelianos creídos los que me están dando náuseas.*

—No nos obliguéis *vosotros* a hacerlo —respondió Baler—. Este disparo ha sido sólo un aviso, pero me estoy hartando ya de vosotros. Salid de aquí u os freímos.

Inmediatamente tras el primer disparo, Sunami había incrementado la distancia que lo separaba del caza de Araña. Eso le ponía en situación de amenazar a sus perseguidores y proteger si era preciso a su jefe de vuelo, pero también lo dejaba indefenso ante otro cuarteto de ala-X que tomaba posiciones a su cola. *Malditos sean… ¡Nos están empujando como si fuéramos una manada de estúpidos banthas de Tatooine!*

—Nueve, dame la orden y le doy un susto a ese bastardo —dijo Sunami.

—Y entonces los otros te mandan a ti al infierno. Todavía no, Dos-Tres.

Aunque no será por falta de ganas.

—El capitán de fragata Wumb nos ha ordenado aguantar el tipo mientras no nos den a ninguno, y de momento no se han atrevido a tanto.

—Me encanta —masculló Sunami en respuesta.

En el puente principal del acorazado *Alma Valiente*, la capitana de navío Gen'yaa apenas podía contener su impaciencia. Nadie que la estuviese observando sería capaz de adivinar su inquietud, no obstante. Parecía un bloque de hielo con forma humanoide, la expresión inmutable mientras aguardaba de pie y en discreto silencio junto al vicealmirante Sinessis y al capitán del *Alma Valiente*, un nativo de Duros de piel azulada llamado Odicri.

Nada más tener noticia de su entrada en el sistema, el almirante le había ordenado al oficial de comunicaciones del puente que contactara con los mandos corelianos, pero pasaba el tiempo y seguían esperando una respuesta que no llegaba.

—Parece que no quieren hablar con nosotros —dijo Sinessis con cara de circunstancias. Como tantos otros altos oficiales de la Nueva República, había iniciado su carrera en la Armada Imperial. Eso había sido hacía más de veinte años, antes de que apareciera la Rebelión, o al menos antes de que su existencia fuera conocida por el Imperio. Sinessis trabajó lealmente a las órdenes del Emperador durante quince años. En los dos últimos el crucero ligero que comandaba fue asignado con frecuencia a la tarea de transportar numerosos grupos de trabajadores a aquellos lugares en los que se estuvieran llevando a cabo construcciones de índole militar, de un extremo a otro de la galaxia conocida. Nada que no fuera habitual en tiempos de paz, salvo por el detalle de que la gran mayoría de esos trabajadores eran en realidad esclavos pertenecientes a varias especies alienígenas, principalmente wookies y mon calamaris. Sinessis se sentía tan disgustado por verse obligado a llevar a cabo este tipo de misiones que, tras ver rechazadas varias peticiones de cambio de destino, estaba decidido a presentar su dimisión en la Armada y comenzar una nueva vida en la flota mercante. Fue entonces

cuando se le aproximó un antiguo compañero de la Academia Naval, que finalmente lo reclutó para la causa de la Alianza Rebelde. Ahora, cuando llevaba ya siete años combatiendo al Imperio al que una vez sirvió, Sinessis todavía sentía una punzada de vergüenza en lo más hondo de sus ser cuando se encontraba con un miembro de alguna de las especies que ayudó a esclavizar. Su profundo conocimiento del cúmulo Viayak, acumulado durante sus años como capitán imperial, hizo de él la persona más adecuada para recibir el mando de las operaciones de la Nueva República en el área. Gen'yaa sabía todo esto porque había tenido acceso a una copia de su expediente militar, proporcionado por sus contactos en la red de espías bothan. Siempre era bueno saber para quién trabajaba una.

—Eso no debería sorprendernos, señor —dijo la bothan respondiendo al último comentario de Sinessis—. No iniciarán conversación alguna con nosotros hasta que se hayan hecho con el control del sistema. Eso les dará una ventaja decisiva en unas hipotéticas negociaciones con la Nueva República.

Odicri movió la cabeza de un lado a otro.

—La única cosa que se negociará será a qué velocidad, si rápida, o muy rápida, nos tenemos que ir de aquí.

—Cuentan con que el poderío de la flota que han enviado nos disuadirá de presentar resistencia alguna —confirmó Sinessis—, pero no podemos quedarnos aquí mirando mientras ellos toman el sistema, y negociar entonces una rendición política. Si la Nueva República muestra semejante debilidad apenas un año después de ser fundada, muchos verán en ello la prueba de que el Imperio terminará derrotándonos al final, por muchas que sean las victorias que hemos acumulado hasta el momento. La Nueva República quedará deshecha en menos tiempo del que se tardó en redactar la declaración de su creación.

—*Alma Valiente*, aquí el capitán de fragata Wumb del *Guarida del Lobo*.

El vicealmirante asintió en dirección al oficial de comunicaciones.

—Aquí el vicealmirante Sinessis. Le copiamos alto y claro, capitán.

—Señor, están disparando contra nuestros cazas de perímetro. Todavía no hay bajas, pero no sé por cuánto tiempo más podrán mantener la posición.

Sinessis frunció el ceño con preocupación.

—¿Los corelianos han lanzado torpedos o misiles contra nuestra gente?

—Negativo, señor. Sólo han usado láseres, pero de momento no parece que tengan intención real de derribarlos. Mi impresión es que aún no les han dado permiso para hacerlo.

—Bien —El almirante pareció animarse un tanto—. Al menos eso demuestra que no vienen buscando una confrontación directa. Quizá todavía podamos negociar sin tener que rendirnos. Hemos enviado a todos nuestros ala-Y en su ayuda. Estarán allí en… doce minutos, quizá algo menos.

—El resto del escuadrón Cabeza de Lobo está también en camino hacia el área en la que se encuentran sus compañeros. Los alcanzarán en dos minutos, pero los cazas por sí solos no van a ser amenaza suficiente como para que la flota coreliana se detenga.

—Eso ya lo sé. ¿Cuál es su tiempo estimado de llegada a la zona de conflicto?

—Considerando que la zona de conflicto se está moviendo hacia nosotros, calculo diez minutos.

—De acuerdo. —A una señal del capitán Odicri, uno de los oficiales del puente hizo que las estimaciones para el resto de naves aparecieran sobre la consola más cercana al almirante. Sinessis se dio cuenta y comenzó a leer los datos en voz alta en beneficio del capitán de fragata Wumb—. Cuatro de nuestras corbetas estarán allí en unos quince minutos. Las fragatas *Arvel Crynyd*, *Koth Melan* y *Bria Tharen* llegarán poco después. He tenido que dejar en retaguardia a las otras dos corbetas y a la fragata restante, por si a los seibergios se les ocurre unirse a la refriega. Ya sabe que tienen varias naves en órbita. —A Gen'yaa le sonó como si el almirante se estuviera excusando por no ayudar a Wumb con todas las fuerzas disponibles. *Sabe tan bien como yo que lo está enviando al matadero*—. Por otro lado, al *Alma Valiente* tardará aún media hora en llegar. Ojalá pudiéramos ir más deprisa.

—Sé lo que tenemos que hacer, señor.

—Buena suerte, capitán.

—Gracias, señor. *Guarida del Lobo* fuera.

El vicealmirante Sinessis asintió con solemnidad, aunque Wumb no pudiera ver el gesto. Gen'yaa no dijo nada. Lo que el sulustano tenía que hacer podía significar la pérdida del *Guarida del Lobo* y de su tripulación, incluyendo al propio Wumb. Ella había estado otras veces en situaciones en las que morir con su nave parecía algo más que una posibilidad, y de hecho había estado a punto de suceder con el *Cueva del Lobo*. Lo que era nuevo para ella era esta sensación de temer por su nave y por su gente pero encontrarse lejos de ellos, incapaz de ayudar e incapaz de compartir su destino, fuera el que fuera. Le cambiaría el puesto a Wumb ahora mismo si tuviera la ocasión. Se dio cuenta de que el almirante la estaba mirando, y vio la comprensión en sus ojos.

Gen'yaa hizo entonces algo que muy pocas veces antes había hecho en su vida. Rehuir la mirada de alguien.

Araña echó un rápido vistazo sobre su hombro y vio dos ala-X muy cerca de su cola, cambiando de posición entre ellos a medida que él maniobraba para tenerlo siempre cubierto. Uno de ellos disparó otra salva con sus láseres que pasó a metro y medio escaso por encima de su cabeza, llegando a hacer brillar sus escudos por un instante. *Ese hijo de… ¿Hasta cuándo tendremos que aguantar esto?* Cada vez más irritado, Araña comenzó a realizar maniobras evasivas con el único objetivo de mantener ocupados a los pilotos corelianos, y sin apartar la vista mientras lo hacía de las cada vez más próximas

fragatas CC-9800. Contra eso no iban a poder hacer nada mientras no recibieran apoyo. El sudor le había empapado ya por completo el cuello del mono de vuelo y le seguía cayendo por la frente. Una gota se le metió en un ojo y el escozor le obligó a parpadear. Araña maldijo entre dientes y bajó el nivel de los calentadores, pero no estaba sudando por que tuviera calor y lo sabía. Su malestar físico se unía a su ansiedad creciente. Quitó el seguro que cubría el gatillo principal de la palanca de mando y lo acarició con dos dedos, preguntándose si sería capaz de derribar al menos a un par de sus perseguidores antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Casi sin pensarlo, movió el selector de armamento hacia la posición correspondiente a los misiles de impacto, al tiempo que ponía el disparador en modo dual, de forma que los dos lanzadores se activaran a la vez con una sola pulsación del gatillo.

El ordenador de vuelo emitió un pitido. Otra nave acababa de salir del hiperespacio, transmitiendo una identificación amigo-enemigo perteneciente a la Nueva República.

—¡Nueve, aquí Siete! —llamó Reek—. ¡Es la lanzadera del comité, ha reentrado en espacio normal justo entre los corelianos y nosotros!

—¿Entre…? —Araña no tuvo tiempo de acabar la frase. La fragata que iba en cabeza disparó una ráfaga con sus baterías delanteras que acertó de pleno a la lanzadera, colapsando sus escudos en el acto. Un segundo disparo apenas una décima de segundo más tarde la hizo estallar. Durante un instante se vieron pequeños fragmentos incandescentes, alejándose en todas direcciones de la nube de fuego que ocupaba el lugar donde había estado la nave, y que ya empezaba a desvanecerse. Un momento después no quedaba nada. La tripulación y los pasajeros de la lanzadera no sabrían jamás qué los había matado. Araña sintió una furia ciega creciendo dentro de él y dominándolo por completo.

—¡Guarida del Lobo, aquí Cabeza de Lobo Nueve! —transmitió al tiempo que echaba otra mirada hacia los ala-X a su espalda. Repitió la llamada dos veces, pero no recibió más respuesta que un chisporroteo de estática. Los cruceros corelianos estaban utilizando sus potentes sistemas de contra-medidas causando interferencias en todas las frecuencias de la Nueva República. Las unidades de comunicación de sus cazas no serían capaces de transmitir más allá de un radio de seis o siete kilómetros. Araña casi sonrió.

Nadie podría acusarle de no haber pedido confirmación antes de disparar como le había sucedido a Alce. Nuevos puntos de color verde aparecían ya en los límites de sus pantallas sensoras. Por su rumbo parecían provenir de la posición del *Guarida del Lobo*. Tenía que tratarse del resto del escuadrón, y ya casi estaban allí. Araña tomó una decisión. *Se acabó la espera*.

—Aquí Nueve. Ésa era una de nuestras naves y está claro que han disparado contra ella con intenciones hostiles y no disuasorias —Su voz sonó rasposa pero firme. Tragó saliva para aclararse la garganta antes de hablar de nuevo. Cuando lo hizo se sintió bien por primera vez en mucho tiempo, súbitamente calmado, casi como si se encontrara en reposo—. Ahora ya podemos disparar nosotros, y vamos a derribar a tantos de ellos como podamos.

—¡Nueve, espera! —llamó Solo.

—A mi señal —ordenó Araña ignorando por completo a su compañero.

Los extremos de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa feroz.

—Uno, dos, tres, ¡AHORA!



Capítulo X

Su primer pensamiento semiconsciente fue de sorpresa. Alce recordaba vagamente haber oído alguna vez que ésa era una sensación bastante común en personas que se enfrentaban a lo que parecía una muerte segura y descubrían más tarde que, contra toda esperanza, habían sobrevivido. Ésta era ya la tercera vez que Alce pasaba por el angustioso trance de ser derribado, pero en las otras dos ocasiones le había sucedido en el espacio, y además era él quien pilotaba. La primera vez había conseguido eyectarse a tiempo de su ala-Y, y tuvo la suerte de que le recogieran a los pocos minutos. La segunda se quedó atrapado en los restos de su ala-B, y para cuando llegaron hasta él estaba medio muerto de frío. De hecho tuvo que pasar un día entero metido en un tanque bacta con síntomas de congelación severa en manos y pies. Aquello le había parecido terrible, sin duda, pero no había sido nada comparado con esto. *El terror de ver la tierra cada vez más y más cerca, girando salvajemente ante tus ojos hasta que todo resulta irreconocible. La fuerza de la gravedad tirando de tus entrañas en cien direcciones diferentes haciendo inútiles los esfuerzos del compensador inercial de la nave, mientras que el corazón parece que se te va a salir por la boca*. Su mente intentaba aún poner en orden todas esas traumáticas sensaciones, preguntándose en primer lugar qué había pasado exactamente. *Algo golpeó la lanzadera y un segundo después caíamos fuera de control. ¿Alguien nos disparó?* Se esforzó por recordar algo más.

Había nieve, mucha nieve, una roca grande, el sonido del metal desgarrándose a nuestro alrededor… Alce parpadeó varias veces antes de abrir del todo los ojos, completamente aturdido. Lo primero que vio fueron los copos de nieve estrellándose contra el visor frontal, que estaba rajado. La brecha corría en diagonal desde la esquina superior izquierda hasta casi el extremo contrario.

Más allá pudo apreciar muy poco del paisaje, oculto por una larga sección de lo que probablemente había sido el ala izquierda. Lo poco que podía ver eran rocas y nieve blanca, purísima, todo inclinado casi verticalmente desde su punto de vista. Eso junto con el modo en que las correas que le sujetaban al asiento le apretaban el cuerpo le hicieron darse cuenta de que la nave estaba prácticamente volcada sobre su flanco derecho. Alce se sentía como si le hubiera caído un ráncor sobre la cabeza. Tenía un sabor salado en la boca. Por lo que le dolía la lengua, seguramente se la había mordido en el momento del impacto. Intentó moverla para tocarse el paladar y entonces le dolió aún más, pero al menos comprobó que no se la había seccionado. Aparte de eso parecía que había salido ileso. Alce movió la cabeza de un lado a otro, despacio, y de pronto, como si alguien

hubiera encendido de golpe la luz en el interior de su cerebro, recuperó plenamente la consciencia.

Con la compresión le llegó un horrible pensamiento que lo dejó paralizado. *¿Y si soy el único superviviente?* Y entonces otro peor. *Oh, Avery, mi Avery…*

—¿E-Eztáis tod-doz bien? —Su propia voz sonó irreconocible en sus oídos, casi tanto como sus palabras, pronunciadas sólo a medias. Miró a su alrededor. El interior de la cabina era un completo desastre, aunque la estructura había resistido bastante bien el choque. Frente a él, los respaldos de los dos asientos delanteros le impedían ver a Rúster y a Llamarada. No, eso no era del todo cierto, algo sí que veía. Parte del brazo y de la pierna izquierdos de Llamarada, colgando inmóviles sobre el reposabrazos acolchado. Esa visión le llenó de pánico. *No, no, no puede estar muerta, ella no, oh, no, por favor…*

Sin apartar la vista del brazo de Llamarada, Alce se debatió intentando soltar las correas de seguridad, pero parecían haberse atascado o él al menos se veía incapaz de abrirlas. Tragó sangre y saliva ignorando la molestia de la lengua, en un intento por aclararse la garganta.

—¿Estáis todos bien? —repitió, esta vez con mucha mayor claridad. Durante unos terribles instantes pensó que nadie iba a responder. De repente percibió movimiento a la izquierda de Llamarada. La mano derecha de Rúster era apenas visible, oscilando a medio camino entre su asiento y el de Llamarada. Alce la vio levantarse lentamente y desaparecer tras el respaldo.

—Estoy… aquí —dijo la lumi en un tono tan bajo que casi no la oyó.

—¿Puedes ver… cómo está Llamarada? —preguntó Alce peleando aún con los cierres de las correas. Con el rabillo del ojo vio al doctor Al Saruff, desplomado e inmóvil contra el mamparo de la derecha, pero Alce sólo podía pensar en Llamarada. *Avery, por favor, por favor…*

—Creo que se ha desmayado —respondió Rúster al cabo de un momento, su voz un poco más firme—. Pero parece que está bien… —En ese momento oyeron quejarse a Llamarada. Alce dio un respingo.

—No, no lo estoy —se le escuchó decir por fin, aunque el dolor hacía su voz más aguda de lo normal—. La cabeza me da vueltas y el brazo me duele horrores…

—Si te duele es que estás viva —dijo Alce en un tono cargado de alivio.

Después de creerla muerta por un instante, el que Llamarada pudiera haberse roto un brazo le parecía una minucia. Escuchó un click y a punto estuvo de ir a parar encima del doctor. La hebilla de las correas de seguridad se había abierto. En su nerviosismo había estado tirando del cierre en lugar de presionarlo. Casi se echó a reír.

—Supongo que sí —gruñó Llamarada—. Pero recuérdame luego que te rompa uno de los tuyos por ese comentario.

Rúster volvió la cabeza para mirar a Ben Al Saruff.

—¿Doctor? ¿Está usted bien?

—Está inconsciente —dijo Alce. Ahora que había conseguido liberarse pudo girarse para ver mejor al ithoriano, sujetándose bien para no caerse. Su primera impresión de que

el doctor estaba apoyado contra el mamparo era correcta. El asiento estaba prácticamente arrancado del suelo. Al Saruff tenía los ojos cerrados, pero su pecho se movía rítmicamente bajo la holgada túnica.

—No hay heridas que yo pueda ver.

—¿Alcanzas a levantarle uno de sus párpados? Mira a ver si se le dilata o se le contrae la pupila —Rúster había seguido varios cursos de medicina básica y primeros auxilios antes y después de convertirse en piloto de búsqueda y rescate. Alce sabía que era muy competente en el tratamiento de urgencia de quemaduras, fracturas y daños causados por exposición al vacío.

—Un segundo —Alce se estiró cuanto pudo y levantó con mucho cuidado con dos dedos el párpado izquierdo del ithoriano— Sí, se dilata —Al soltarlo, el párpado se cerró de nuevo con elasticidad.

Rúster abrió con facilidad el cierre de sus correas y se giró en el asiento tanto como pudo sin caer sobre Llamarada.

—No llego desde aquí. Intenta tomarle el pulso.

—¿En el cuello? —preguntó Alce inseguro mientras ponía la mano sobre el grueso cuello de Al Saruff. Le pareció que era como tocar roca sólida.

—No, prueba mejor en la muñeca.

Alce movió los dedos sobre la piel rugosa que cubría la muñeca izquierda del doctor hasta que encontró un abultamiento que podría corresponderse con una arteria. Efectivamente, enseguida notó los potentes latidos. Los contó durante unos instantes, haciendo un cálculo mental.

—No puedo ver bien mi cronómetro sin soltarme, pero yo diría que tiene el pulso muy rápido, unas ciento cincuenta o ciento sesenta pulsaciones por minuto.

—Creo que eso es más o menos normal para un ithoriano. No soy experta en ellos, pero creo que el doctor tiene una conmoción, una grande. Si eso es todo lo que tiene se recuperará. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, bastante bien —Lo cierto era que ya casi no se acordaba del corte en la lengua y el dolor de cabeza se le había pasado—. ¿Puedes hacer algo por Llamarada?

Rúster observó al doctor durante algunos instantes más y luego asintió con la cabeza.

—Vamos a ver ese brazo, Avery —La lumi apoyó medio cuerpo sobre el asiento de Llamarada y extendió el brazo izquierdo hasta poder tocar el derecho de su compañera. Ni siquiera llegó a apoyarse, pero Llamarada no pudo evitar soltar un chillido.

—Se nota un abultamiento extraño aquí, cerca de la muñeca —dijo Rúster pasando la mano con extremo cuidado sobre la superficie del brazo—. Tienes roto el cúbito y probablemente también el radio. Intentaré hacer algo al respecto en cuanto podamos salir de aquí —La lumi rebuscó en uno de los bolsillos de su mono de vuelo y extrajo un par de píldoras—. Son sedantes —explicó mientras se los ponía a Llamarada entre los labios—. Trágatelos.

Llamarada obedeció.

—Gracias.

—De nada —Rúster echó una mirada a través del visor rajado y a continuación inspeccionó la unidad de comunicaciones. Probó a pulsar varios botones sin resultados aparentes. Como el resto de instrumentos del panel los indicadores de la unidad de comunicaciones estaban opacos, sin mostrar señal alguna de vida.

—Nada, tan frita como todo lo demás, me temo. —Se giró para mirar hacia atrás—. Alce, creo que deberíamos salir cuanto antes.

—¿Crees que esto puede aún explotar?

Rúster negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Es otra cosa lo que me preocupa.

Alce frunció el ceño por un instante, comprendiendo.

—Nos derribaron —dijo en tono de afirmación. Rúster asintió—. ¿Pudiste ver qué fue lo que nos disparó?

—Sí. Un AT-ST imperial.

Alce casi se atragantó.

—Mierda. Espero que Raiven y Drake lo hayan visto y den buena cuenta de él. Mientras tanto intentaré abrir una salida.

—Vale. Mientras lo haces veré qué puedo hacer por el doctor —La lumi se movió con cautela, intentando llegar hasta el ithoriano a través de la estrecha separación entre su asiento y el de Llamarada. Alce la sujetó hasta que pudo apoyarse de pie sobre el propio mamparo, con cuidado de no pisar al doctor.

—¿Dónde viste ese AT-ST?

—Hacia el sudoeste, siguiendo el sendero. Justo al otro lado de un paso muy estrecho entre dos paredes de roca.

—Entendido. Iré a echar un vistazo con los electrobinoculares.

Alce se arrastró con dificultad sobre el asiento del ithoriano y alcanzó la puerta de la cabina. Ésta daba acceso al habitáculo intermedio situado entre el compartimento de carga y pasajeros y la cabina, y en él se ubicaba el acceso a la rampa de salida. El marco izquierdo de la puerta, convertido ahora en lado inferior dada la posición inclinada de la nave, había decido a la presión del mamparo y estaba torcido hacia arriba. La puerta, que se recogía sobre ese lado, se había quedado completamente bloqueada, aunque por fortuna no estaba cerrada del todo. Quedaba un hueco de unos cuarenta centímetros, suficiente en principio para pasar. Alce apoyó el abdomen sobre el borde engomado de la puerta y se asomó al otro lado. La puerta no cedió ni un ápice bajo su peso. *Vamos a tener que ampliar la abertura para que pase el doctor*.

Las luces de emergencia habían fallado, así que sin más luz que la que llegaba desde la cabina el compartimento estaba bastante oscuro. Alce sacó una pequeña linterna de bolsillo e iluminó con ella el compartimento. Había una caída de casi cuatro metros hasta el mamparo derecho, pero eso no sería un obstáculo insalvable. Había pequeños agarraderos repartidos por las paredes, más o menos a medio metro unos de otros, que servían para facilitar los movimientos del personal en condiciones de ingravidez. Alce se

colocó la linterna entre los dientes y se fue sujetando a los agarraderos para descender sin peligro.

—Alce, ¿estás bien? —llamó Rúster desde la cabina.

—Sí —respondió Alce cuando pudo liberar una mano y sujetar con ella la linterna. Tenía ganas de escupir, pero el acondicionamiento mental de años como piloto le impedía hacerlo estando aún dentro de la nave, por muy mal estado en que se encontrara—. Voy a intentar abrir la rampa.

—Si ves que no puedes, prueba suerte con la esclusa de emergencia que encontrarás en la parte superior.

—De acuerdo.

Alce apoyó ambos pies lo mejor que pudo sobre el armario que cubría la mayor parte del mamparo derecho, convertido ahora en suelo, y que había reventado a causa del golpe. Sus contenidos estaban esparcidos por todo el compartimento, aunque muchos habían vuelto a caer encima del propio armario. Entre el caos de objetos que habían quedado apilados de cualquier forma Alce vio trajes de vacío, monos térmicos, abrigos y botas diseñados para uso en climas árticos, células de energía y herramientas de todo tipo. Los controles de la rampa estaban en el mamparo opuesto a la cabina, junto a la puerta doble que daba acceso al compartimento de pasajeros, cuya hoja izquierda estaba bastante dañada. Alce esperaba que pudieran abrirla para acceder a parte al menos del cargamento, pero primero tenían que conseguir salir. Al apoyar la palma sobre la placa de apertura de la rampa no sucedió nada. *Vaya sorpresa*, pensó mientras comenzaba a buscar el mecanismo de emergencia. Enseguida vio una etiqueta amarilla cerca de los inoperantes controles, indicando un panel oculto debajo. Alce lo abrió y rompió el precinto que cubría la palanca que había en el interior. Tiró de ella con fuerza tal y como indicaba la etiqueta, aunque no le hacía falta leerla para saber cómo usarla. El ruido producido por la detonación de los microexplosivos instalados en las juntas de la rampa sorprendió a Alce por lo escaso. La rampa se había abierto apenas unos centímetros. Por la parte inferior se coló un poco de nieve. Alce masculló una blasfemia y metió la mano por el hueco para asegurarse, pero lo que se temía era cierto.

—Maldita sea…¡Estamos medio enterrados en la nieve! —Pateó la rampa varias veces con todas sus fuerzas, pero no tardó en convencerse de que era imposible abrirla—. Vale, vamos a ver qué pasa con la esclusa superior.

Alce se acercó hasta el techo de la lanzadera, ahora pared, y movió por él el foco de luz de la linterna hasta que vio dónde exactamente estaba la esclusa. En lugar de volver a ponerse la linterna entre los dientes la colocó encendida dentro de uno de los bolsillos que llevaba en el pecho de su cazadora, y se apoyó en los agarraderos que había bajo la esclusa para alcanzarla, no sin cierta dificultad. Junto a la esclusa encontró otro panel prácticamente idéntico al de la rampa. Esta vez, al tirar de la palanca la esclusa se abrió hacia fuera con fuerza, haciendo un ruido semejante al de una arcaica botella de vidrio al ser descorchada. Un viento helado le golpeó en la cara empujando gruesos copos de nieve por encima de sus hombros hacia el interior de la nave, al tiempo que la luz lo

deslumbraba por unos instantes. Alce apagó la linterna y asomó la cabeza por la esclusa, protegiéndose los ojos con la mano. La nieve alcanzaba hasta poco más de medio metro por debajo de donde se encontraba. La apertura había quedado orientada aproximadamente hacia el norte y Rúster había dicho que el AT-ST estaba hacia el sudoeste, por lo que le pareció seguro salir. El casco de la *Compasión* le ocultaría de sus atacantes, en el caso de que estuvieran vigilando el lugar del impacto en busca de posibles supervivientes. Decidió regresar al interior de la nave y empleó un par de minutos en equiparse para el frío con las ropas termales que encontró tiradas por allí. También cambió sus botas de piloto por otras más adecuadas para caminar por la nieve. Cuando estuvo preparado volvió a escalar hasta la esclusa y salió al exterior. Al apoyar su peso sobre la nieve recién caída se hundió en ella hasta las rodillas.

En ese momento escuchó el sonido de los motores de un ala-X desvaneciéndose a lo lejos. Escudriñó el cielo en su busca pero era imposible ver más allá de las nubes. *¿Se van? No puede ser, tienen que haber visto dónde estamos. Incluso si no nos han visto caer a causa de la tormenta, sus sensores tienen que detectar por fuerza una masa metálica tan grande como la Compasión*. Alce echó rápidamente mano a su comunicador, esperando que la distancia no fuera tan grande aún como para que Raiven y Drake no pudieran captar ya su señal, pero cambió de idea y no llegó a activarlo. Si había un caminante imperial en los alrededores sería mejor no anunciarles que habían sobrevivido al impacto.

—Tienen que tener una buena razón para dejarnos aquí —murmuró para sí mismo, preguntándose qué podía ser tan importante como para que sus compañeros se marcharan de esa forma, sin comprobar si estaban bien, sin buscar y neutralizar al AT-ST que los había derribado.

Ninguno de los pensamientos que se le venían a la cabeza resultaban alentadores. *Espero que las cosas vayan bien ahí arriba.* Avanzando con cuidado, se alejó unos pocos pasos y se volvió para inspeccionar brevemente la lanzadera.

La mayor parte del ala izquierda descansaba sobre la sección de la cabina, pero pudo ver otros restos repartidos alrededor de una gran roca a unos doscientos cincuenta metros hacia el noreste, y también a lo largo del surco de algo más de cien que la lanzadera había dejado en la nieve al arrastrarse desde el punto donde había tocado tierra por primera vez. Mucho más cerca estaba el ala superior, relativamente intacta, ya que se había partido justo por el encastre con el casco principal. La nieve, que seguía cayendo con insistencia, lo iba cubriendo todo poco a poco. Aunque estaba viéndola desde el lado opuesto, Alce no dudó que aquella era la roca que recordaba. Si estaba interpretando correctamente las señales en el terreno y los daños sufridos por la lanzadera, Rúster había conseguido sacar la lanzadera de la barrena —provocada por la pérdida del ala derecha— cuando ya estaban muy cerca del suelo usando los repulsores, pero no había podido evitar que golpearan la parte superior de la roca con el ala izquierda. A consecuencia de ese impacto la lanzadera había volcado hacia el lado opuesto, sin altura suficiente como para que los repulsores pudieran estabilizarla de nuevo, y se había estrellado contra la nieve. Antes de

romperse también, el ala superior —que hacía de estabilizador vertical en vuelo atmosférico— había evitado que quedaran completamente cabeza abajo. Antes de detenerse del todo, lo que quedaba del ala izquierda, que ya tenía que ir medio colgando, había tropezado con una segunda roca, más pequeña, que asomaba por el otro lado del casco, cerca de donde había quedado la popa. El ala se había terminado de desgajar al tiempo que el casco de la lanzadera dejaba de deslizarse, y había caído hacia delante, ocultando la cabina.

El casco en sí parecía relativamente intacto a simple vista, aunque lo peor se lo había llevado sin duda el flanco derecho, oculto ahora bajo la nieve.

Seguramente eso les había salvado, la nieve, que había actuado a modo de colchón amortiguando el primer impacto. Pero Alce sabía bien que la nieve no hubiera supuesto ninguna diferencia si Rúster no hubiera sido capaz de controlar el descenso, al menos hasta el choque contra la gran roca. De hecho era casi increíble lo que había hecho la lumi. Un aterrizaje forzoso en plena tormenta de nieve, con un ala de menos, utilizando sólo los repulsores, y en mitad de una ladera plagada de rocas puntiagudas como arrecifes. *Nos tendríamos que haber destrozado contra la montaña y no lo hemos hecho*. Alce movió la cabeza de un lado a otro. *Y todavía dice que es un desastre como piloto*.

Alce regresó junto a la lanzadera. Oculto bajo los restos del ala izquierda tomó sus binoculares y empezó a buscar el lugar que le había descrito Rúster.

El sendero de montaña que seguían los refugiados que habían visto desde el aire no era fácil de distinguir desde donde se encontraba, pero de todas formas encontró el paso. Estaba a unos diez kilómetros, quizá algo más. No estaba nada mal, teniendo en cuenta que Rúster apenas había dispuesto de tiempo para poner tierra de por medio antes de que los alcanzaran. Aumentó la ampliación ofrecida por los binoculares concentrándose en el área que rodeaba el estrecho paso. Al principio no pudo ver nada, pero de pronto vio la conocida silueta de un «pollo», como los soldados de infantería llamaban a los caminantes del modelo AT-ST —los cuales avanzaban sobre dos únicas «patas», a diferencia de los enormes AT-AT que tenían cuatro— surgiendo de la garganta rocosa. Alce conocía demasiado bien esas formas como para no reconocerlas de inmediato.

Jamás podría olvidar la primera vez que vio una de esas máquinas. Se encontraba en un mundo del borde exterior llamado Ten'see IV, su primer destino como soldado de a pie de la Alianza Rebelde, mientras esperaba a que los de seguridad dieran el visto bueno a su solicitud para recibir entrenamiento en cazas estelares. La visión de los caminantes imperiales arrasando lo que quedaba de su base, después de que los bombarderos TIE la hubieran destruido ya casi por completo, era algo que tenía clavado en la memoria.

Siguió el avance del AT-ST con creciente inquietud.

—No cabe duda —dijo en voz alta—, viene hacia aquí. Alce sintió un profundo escalofrío. Durante el desesperado escape de la base rebelde en Ten'see IV, había conseguido destruir uno con un mortero de campaña, disparando desde debajo mismo de la cabeza del artefacto. Se había considerado muy, muy afortunado por aquello.

Ahora no tenía ni siquiera un mortero, sino tan sólo su pistola bláster.

—¡Todos los cazas, preparaos para el combate! —Víbora prácticamente chilló la orden, sintiéndose súbitamente enfermo. Acababa de ver varias explosiones iluminando el espacio por unos instantes, justo en el área donde la patrulla de Araña se estaba enfrentando a los cazas corelianos. Por los gritos que le llegaban a través de su unidad de comunicaciones, ahora que estaban lo suficientemente cerca como para que el campo de interferencias del enemigo no les afectara tanto, algunas de esas explosiones habían sido las naves de uno o más de sus pilotos. Haciendo un esfuerzo consciente dejó a un lado la preocupación por sus compañeros. *Ya nos preocuparemos luego de las bajas.*

Ahora es momento de hacer algo por los vivos. A su alrededor los ala-X y los ala-B bloqueaban sus alas en posición de combate, al tiempo que cada piloto comprobaba una vez más sus escudos y activaba sus sistemas de armamento.

Víbora sabía que contaba con menos de medio minuto para impartir instrucciones, así que no perdió ni un segundo.

—Reek, Ermitaño, conmigo. Ayudaremos a Araña y a los otros. Groznik, tu prioridad y la de los Zarpas son las fragatas. Manteneos juntos y concentraos en una cada vez, a ver si podéis bajarles los escudos. Si conseguís desactivar alguna mejor que mejor. Ibero, Spuk y tú pegaos a los Zarpas y dadles toda la cobertura que podáis. A partir de ya sólo quiero oír identificativos de unidad. Buena suerte a todos —Los acuses de recibo llegaron en forma de clicks. Víbora los contó mentalmente a pesar de que su ordenador de vuelo estaba programado para hacerlo por él a la vez que registraba el origen de cada señal de aceptación. A él le salieron las cuentas y ya no comprobó nada más. Un instante más tarde ya no había tiempo ni siquiera para pensar. Tan sólo para luchar por sobrevivir y sobrevivir para seguir luchando.

—Señor, acabamos de recuperar las comunicaciones con el escuadrón Cabeza de Lobo —informó APD-5. El androide de protocolo avanzado tenía varios dedos de su mano izquierda introducidos directamente en sendos puertos de la unidad principal de comunicaciones, haciendo muy difícil distinguir a simple vista dónde acababan unos y empezaban otros. Las interfaces multifuncionales máquina-máquina de APD-5 le permitían operar con los sistemas de la nave a una velocidad sencillamente inimaginable para los oficiales de carne y hueso que trabajaban a su alrededor. Su tono, a diferencia del que empleaban otros androides cuyas funciones se ceñían exclusivamente a la etiqueta y la interpretación idiomática, era tranquilo y prácticamente carente de inflexiones, indiferente a la tensión que afectaba en mayor o menor medida a los seres orgánicos que habitaban el puente del *Guarida del Lobo*—. Están atacando a las fragatas enemigas bajo fuego intenso de sus cazas. La situación no es buena. Cabeza de Lobo Líder informa de varias bajas.

—Esperemos que todos hayan tenido tiempo de eyectarse —dijo sombrío el capitán de fragata Wumb—. Sensores, ¿a qué distancia estamos del radio efectivo de las fragatas de vanguardia?

—Menos de mil quinientos kilómetros, señor.

—Casi estamos allí —El sulustano se giró hacia el oficial de Inteligencia, que acababa de entrar en el puente y estaba de pie a su lado—. Eche un vistazo a la pantalla táctica, teniente Dey'jaa —le dijo bajando la voz—. Fíjese en lo que están haciendo las fragatas y las corbetas de los corelianos. En cuanto nos detectaron empezaron a colocarse delante de sus cruceros, interponiéndose entre ellos y nosotros. Conocen esta nave y saben lo que puede hacer nuestro cañón de iones.

—Eso parece —La expresión del bothan no cambió en lo más mínimo—. Conocidos los regulares intercambios de información entre la Inteligencia Imperial y sus contrapartes en Corellia, no debe sorprendernos que nuestros adversarios hayan tenido noticias del *Guarida del Lobo* y su bautismo de fuego en el sector Mantara. Me consta que el hecho causó una notable conmoción en la Armada Imperial.

Wumb asintió.

—Es lógico. No creo que les hubieran desactivado un destructor estelar de un solo disparo desde la batalla de Hoth. Seguro que los corelianos han detectado también al *Alma Valiente* aproximándose. Querrán reservar los cruceros para vérselas con él sin temor a sufrir daños. APD-5, intenta abrirme una conexión con los ala-Y del *Alma Valiente*. Ya tienen que estar lo bastante cerca como para recibir una transmisión directa.

—Enseguida, señor —Casi de inmediato, la voz del comandante del escuadrón de cazabombarderos surgía por el altavoz de su unidad personal de comunicaciones.

—Aquí Lancero Líder, *Guarida del Lobo*. Esperamos sus instrucciones.

—Lancero Líder, aquí el capitán de fragata Wumb, temporalmente al mando del *Guarida del Lobo*. ¿Tienen ustedes en sus pantallas sensoras a las fragatas corelianas?

—Sí, señor. ¿Qué quiere usted que hagamos?

—Tan pronto como puedan fijar sus sistemas de guía, lancen todos sus torpedos contra las tres naves más próximas, preferiblemente apuntando a sus baterías láser y a sus lanzadores de misiles, y no se guarden nada para más tarde. Los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo les han dado ya una pasada para debilitar sus escudos, así que si no se quitan de en medio algunos de sus torpedos deberían poder atravesarlos y causarles daños de importancia.

—Entendido, señor. Lancero Líder fuera.

—Oficial de timón, prepárese para cambiar de rumbo bruscamente hacia arriba o hacia abajo relativos según le ordene. Motores sub-luz a toda potencia. Saben lo del cañón de iones —le susurró a Dey'jaa—. Veremos si saben también lo rápido que podemos movernos. Oficial de Armamento —dijo alzando de nuevo la voz— tan pronto como tengan una solución de tiro sobre uno de esos cruceros abriremos fuego con el cañón de iones, máxima energía. —Wumb escuchó al oficial de Timón, nombre por el que se conocía al piloto de la nave, y al de Armamento confirmar sus órdenes y se volvió

hacia el androide de comunicaciones—. APD-5, comprueba si podemos hablar ya con nuestras corbetas. Según las estimaciones del vicealmirante Sinessis ya deberían estar también dentro de nuestro alcance.

—Sí, señor. Los capitanes de la *Gyndine*, la *Ord Mantell*, la *Dubrillion* y la *Ithor* le reciben, señor.

—Muy bien. Capitanes, aquí el capitán de fragata Wumb del *Guarida del Lobo*. Tenemos enfrente a varias corbetas modificadas y también a un grupo de cañoneras. Cuento con que varias de esas naves intentarán aprovechar su velocidad para rodear al *Guarida del Lobo* y cogernos en una pinza entre ellas y las CC-9800, antes de que tengamos ocasión de disparar. No hace falta que les diga que se van a encontrar ustedes en seria inferioridad numérica, pero es de vital importancia que las mantengan a raya durante unos minutos. Deben impedirles interferir en nuestra misión a toda costa, ¿está claro?

—Tan claro como las aguas de Mon Calamari, señor —respondió el capitán de la Ord Mantell en representación de los cuatro.

—Gracias, capitanes. Que la Fuerza nos acompañe a todos.

El doctor Al Saruff dejó escapar un quejido antes de abrir los ojos.

Rúster suspiró aliviada.

—¿Está usted bien, doctor?

—Oh, capitán Rus'ti, ¿es usted? —Rúster se dio cuenta de que el ithoriano parecía tener problemas para enfocar la mirada. De hecho sus ojos estaban mirando en distintas direcciones—. ¿Nos hemos estrellado?

—Sí, doctor. Creo que ha sufrido usted una conmoción. Iba a examinarle ahora mismo. ¿Puede usted moverse?

—¿Están bien los demás? —preguntó Al Saruff como si no hubiese escuchado a Rúster.

—Sí, bastante bien, aunque la teniente coronel Schroeder tiene un brazo roto. ¿Y usted?

—¿Sabe qué huesos están afectados? ¿Es limpia la fractura?

—Doctor, le estoy preguntando que cómo se encuentra usted.

Al Saruff cerró los ojos. Rúster temió que fuera a desmayarse de nuevo, pero entonces vio que el ithoriano estaba intentando moverse. Un gruñido de dolor salió por su boca izquierda, al tiempo que apretaba los dientes de la derecha.

—Ah, mi cadera. Me duele mucho —dijo volviendo a abrir los ojos.

Alarmada, Rúster empezó a levantar las ropas de Al Saruff para poder inspeccionar sus lesiones, buscando algo con que cortar la gruesa túnica, pero el doctor levantó una mano indicándole que se detuviera.

—No, capitán —dijo usando su boca izquierda—, eso no será necesario. Está fracturada. Probablemente la pierna derecha está dañada también, a la altura del fémur y también cerca de la articulación inferior. —Al Saruff volvió a gemir—. Y diría que tengo lesiones internas.

—No hable usted más, doctor —dijo Rúster en tono calmado, aunque estaba muy lejos de sentirse tan confiada como pretendía aparentar. La realidad era que estaba empezando a sentirse muy, muy preocupada—. Le daré un sedante más fuerte tan pronto como podamos acceder al compartimento de carga y abrir uno de los contenedores con suministros médicos. De momento se tendrá que conformar con los analgésicos básicos que tengo aquí —La lumi dejó caer cuatro píldoras sobre la palma de su mano, y finalmente decidió añadir cuatro más. *Debe pesar unos ciento setenta kilos, si no más.*

—Eso vendrá bien, gracias —dijo el doctor, haciendo suficiente acopio de fuerzas como para sonreír de forma tranquilizadora.

—No se preocupe —dijo Rúster mientras Al Saruff se tragaba las píldoras.

—La ayuda está de camino —añadió, esperando que fuera cierto.

Llamarada, a quien ya comenzaban a hacerle efecto los calmantes, miró con preocupación a través del panel frontal, aunque apenas se podía ver nada.

—Tenemos que sacarle, Ru.

—Lo sé. Aquí dentro no puedo hacer gran cosa —*Y fuera tampoco podré hacer mucho más*, pensó Rúster a la vez que fruncía los labios con expresión compungida. Evidentemente su diagnóstico inicial sobre la condición del doctor había sido muy, muy optimista. Ahora temía por su vida.

Un ruido les hizo volver la vista hacia la maltrecha compuerta de acceso a la cabina. La cabeza de Alce asomó por el hueco.

—Tenías razón, Ru —dijo muy serio—. Es un caminante y viene hacia acá. Será mejor que salgamos cuanto antes.

—¿Qué hay de nuestra escolta? —preguntó Llamarada.

—Ya están muy lejos de aquí, me temo. Seguramente tienen problemas más serios ahí arriba —A pesar de la seriedad del momento, los ojos de Alce sonrieron al mirarla—. Me alegro de verte en pie, cielo.

—Alce, el doctor está mal herido —interrumpió Rúster, antes de que Llamarada pudiera contestar—. No podrá salir de la nave por sí mismo.

Tendremos que sacarlo nosotros, pero no de cualquier manera. Si no tenemos cuidado al moverlo podemos agravar su situación, o incluso matarlo.

—Maldita sea —Alce miró con preocupación al ithoriano—. La escotilla está atascada, y dudo mucho que podamos abrirla más en el tiempo del que disponemos. Contaba ya con que al doctor le iba a costar bastante trabajo salir por ahí, suponiendo que pudiera moverse solo. Pero ahora…

—Déjenme aquí —consiguió susurrar Al Saruff con voz pastosa, mientras sus párpados comenzaban ya a cerrarse por efecto de los calmantes—. Sálvense ustedes.

—Heroicas palabras, doctor —se apresuró a responder Rúster—, pero vaya quitándose esa idea de la cabeza. No vamos a dejarle aquí.

—Será mejor que la escuche, doctor —añadió Llamarada.

El ithoriano no contestó. Rúster comprobó de nuevo su pulso y su respiración, perdiéndose al hacerlo el significativo cruce de miradas entre Alce y Llamarada.

—Ya está inconsciente —dijo al terminar su examen.

—Mejor así —dijo Alce. Rúster arqueó una ceja y se volvió a mirar a su compañero. Había algo en el tono de Alce… De repente parecía molesto, casi avergonzado—. Odio tener que decir esto, pero no podemos estar aquí para cuando llegue ese caminante.

—Pero acabas de decir que la escotilla está bloqueada… —comenzó a decir Rúster mientras su mirada iba de Alce a Llamarada. La lumi sintió que sus extensiones neurales comenzaban a cargarse de electricidad. Muy deprisa. *No, no puedo creerlo. Alce no puede estar sugiriendo lo que creo que está sugiriendo*—. Alce, no querrás decir que… que tenemos que irnos sin el doctor, ¿verdad?

—Lo siento —respondió Alce bajando la mirada—. No veo ninguna otra salida.

—Pero… podemos rendirnos. Pediremos asistencia médica para el doctor.

—Rúster, tú no lo entiendes…

—¡Por supuesto que lo entiendo! ¡Eres tú quien…!

—¡Rúster! —exclamó Llamarada cortando en seco a la lumi—. Escúchame bien. La rendición supone una muerte segura para el doctor. Puedes apostar a que quienes quieran que sean los que nos han derribado, imperiales o seibergios tanto da, ni siquiera se van a tomar la molestia de evacuarle.

—¿Cómo no van a…? —Rúster dejó el resto de su pregunta en el aire.

Llamarada tenía razón y ella lo sabía. Conociendo los prejuicios del Imperio y sus aliados contra cualquier especie no humana, había muy pocas probabilidades de que ayudasen a un doctor ithoriano de la Nueva República.

Más aún teniendo en cuenta que dispondrían de tres oficiales humanos a los que interrogar. O dos, mejor dicho. *Cualquiera sabe cómo me catalogarán a mí*.

La lumi respiró hondo antes de volver a hablar.

—Marchaos vosotros. Yo me quedaré con él —dijo con determinación.

—Eso ni siquiera lo pienses —respondió Llamarada categóricamente, alzando su mano buena para acallar sus protestas antes de que las formulara—. Alce, ¿tenemos alguna posibilidad de defendernos?

—¿Con nuestros blásters? Esa cosa tiene un blindaje realmente serio.

Podríamos lanzarle bolas de nieve y hacerle el mismo daño.

—¿Y qué hay de los cañones de la lanzadera?

Alce se quedó mirando a Llamarada con la boca medio abierta, desconcertado por un instante. Rúster contuvo la respiración, agarrándose a la chispa de esperanza que Llamarada acababa de encender. Una lanzadera estándar de la clase Lambda estaría armada con seis cañones láser, dos instalados en el fuselaje, encima y debajo de la cabina, y dos bajo cada ala, junto a los ejes de rotación de cada una de ellas. A la *Compasión* se

le había desprovisto de la mayor parte de su poder ofensivo, dejándole un único cañón bajo cada ala y ninguno en el fuselaje. Ese sacrificio en lo referente al armamento había permitido reforzar los generadores de escudos, algo vital considerando que entre las misiones de la lanzadera se encontraba a menudo la de efectuar rescates bajo fuego enemigo. No obstante, los dos cañones restantes se podían comparar en potencia de fuego a los de un ala-B.

—Ni siquiera se me había ocurrido pensar en ellos —dijo Alce frunciendo el ceño—. El derecho lo perdimos cuando nos alcanzaron, o quizá durante el aterrizaje. Pero creo que he visto el otro, sujeto aún a lo que queda del ala izquierda. Si el cable de alimentación no está dañado todavía podría dispararse unas cuantas veces.

—Vuelve a salir y comprueba en qué estado está. Rúster y yo iremos detrás de ti. Como poco podremos distraer su atención lejos de la lanzadera.

Saldremos las dos.

—Llamarada miró a Rúster al decir esto último. La lumi bajó la mirada y asintió. Llamarada volvía a tener razón.

Sin más dilación, Alce desapareció a través de la semiabierta compuerta.

—Vamos a hacer todo lo que podamos por el doctor, Ru —dijo Llamarada—. De un modo u otro conseguiremos sacarlo de aquí. Pero si las cosas salen mal, lo que no voy a consentir es que caigas tú con él, sabiendo que con eso no vas a salvarle, ¿está claro?

—Supongo que sí.

—Muy bien —Llamarada se sujetó al respaldo de su asiento con el brazo sano y comenzó a moverse hacia el ahora vacío asiento de Alce—. Vas a tener que ayudarme un poco.

—Sí, espera —Rúster apoyó un pie contra el retorcido mamparo derecho y otro en el panel de instrumentos, y una vez que se sintió segura utilizó ambos brazos para sujetar a Llamarada. La lumi estaba estupefacta aún ante la calma y la claridad de pensamientos de que hacían gala sus dos compañeros. Desde que entró a formar parte de la Alianza Rebelde había pasado por un buen número de experiencias dramáticas, pero si en esta ocasión se hubiera encontrado sola sencillamente no hubiera sabido qué hacer. Para Llamarada y Alce, sin embargo, ésta parecía ser simplemente una más de las situaciones críticas a las que se tenían que enfrentar cada día. Rúster se mordió el labio inferior. *Pensaba que los conocía, que lo sabía todo de ellos, pero me han vuelto a sorprender. ¿Cuántas cosas más ignoro?*

—¿Durante cuánto tiempo estará durmiendo el doctor? —preguntó Llamarada mientras pasaba sobre el asiento para llegar hasta la compuerta.

—Es difícil de decir. Por lo menos una hora.

—Le habremos sacado antes, ya lo verás.

Rúster asintió. Sabía que, a pesar de lo que acababa de afirmar, Llamarada no se hacía ilusiones acerca de sus probabilidades de éxito. *Intenta darme ánimos. O quizá impedir que haga alguna tontería, como ponerme delante del caminante gritando que nos rendimos. No haré nada semejante. No tenemos muchas posibilidades, pero Alce y*

Llamarada parecen decididos a correr el riesgo mientras exista esperanza. Intentaré no olvidarme de eso si salimos de ésta. Tras lanzarle una última mirada al ithoriano inconsciente la lumi siguió a Llamarada a través del hueco de la puerta.

—¡Espera, Avery, será más fácil si voy yo primero!

—¡Han alcanzado a Quince! —se escuchó exclamar a Torpedo. Víbora volvió la cabeza y vio el ala-B de Sparks a lo lejos, dejando una estela de humo a su paso. Las cosas se ponían peor a cada segundo que pasaba. Cuando alcanzaron la zona de combate Sacart ya había sido derribado, y Halcón se había visto obligado a abandonar la lucha antes de que su ala-A se deshiciera en pedazos bajo sus pies. Ahora le había tocado a Sparks.

—¿Tienes problemas, Quince? —preguntó Groznik. Tras la voz sintetizada generada por la unidad de traducción que llevaba siempre colgada del cuello, una parte del lenguaje wookie se filtraba cada vez que hablaba a través del comunicador. Una vez más, el limitado aparato se veía incapaz de sugerir una traducción para el gruñido de impaciencia que dejaba escapar entre sus colmillos mientras esperaba la contestación de Sparks.

—Creo que no le funcionan las comunicaciones, Jefe Zarpas.

—Quince —insistió Groznik a pesar del aviso de Parody—, si me copias sal de aquí y vuelve al *Guarida* tan rápido como puedas.

—Nosotros le cubriremos —dijo Víbora—. Dos-Uno, sígueme.

—¡Negativo, Líder! —fue la respuesta de Ermitaño—. ¡Tengo a dos detrás de mí!

Víbora comprobó sus pantallas sensoras y le ordenó a la computadora de vuelo que resaltara la señal del ala-A de Ermitaño. Efectivamente, había dos ala-X corelianos intentando ponerse a la cola del piloto que hasta pocos instantes antes le había estado haciendo de hombre ala. La maniobra evasiva que había iniciado Ermitaño le estaba llevando lejos de Víbora, demasiado como para poder ayudarle a tiempo. Casi lo tenían.

—Aquí Líder. ¿Puede alguien ayudar a Dos-Uno?

—Aquí Siete —respondió Reek—. Ocho y yo vamos en camino. Aguanta un poco, Dos-Uno.

—¡Daos prisa, maldita sea! ¡Acabo de perder el motor de estribor y estoy perdiendo mucha velocidad!

—Aquí Ocho —dijo Iceberg. Tengo fijado al número dos.

—Perfecto, el líder es mío. Dos-Uno, corta hacia estribor cuando…

—¡No puedo, me han dad…!

—¡Ermitaño! —En el grito de Reek se sentían la desesperación y la frustración que sentía por no haber podido salvar a su compañero—. Líder, a Dos-Uno le han picado el billete. No hemos podido hacer nada.

—¿Le habéis visto saltar? —preguntó Víbora mientras procuraba no perder de vista a Sparks.

—Negativo, aunque aún no estábamos lo suficientemente cerca como para estar seguros.

Mierda, mierda, mierda….

—Dos-Tres y yo podemos ir en ayuda de Sparks, Líder —sugirió Araña.

—Negativo. Lo haré yo mismo.

—Pero…

—He dicho negativo, Nueve. Tú y el resto de los Sombras intentad mantener a los cazas corelianos ocupados y lejos del *Guarida*. Ya está casi aquí, a menos de cincuenta kilómetros.

—Copiado, Líder.

Víbora intentó concentrarse en cubrir la retirada de Sparks ignorando las exclamaciones, los avisos y los gritos que saturaban las comunicaciones. Las transmisiones le informaban acerca de lo que cada piloto estaba haciendo y quiénes estaban en peligro, pero sabía por su propia experiencia que también podían convertirse en una peligrosa distracción. A pesar de todo no podía permitirse el lujo de desconectar la unidad de comunicaciones, por lo que las voces de su gente siguieron llegando a sus auriculares, levantando ecos en su mente como lásers rebotando dentro de una sala sellada magnéticamente, mientras él se lanzaba a una frenética carrera por salvarle la vida a Sparks.

—Aquí Tres. Diez, ¿dónde estás? —Víbora vio dos ala-X enemigos virar en pos del ala-B de Sparks. Una víctima fácil a la que sólo tenían que rematar.

—¡Justo detrás de ti, Tres! —Sparks cambió de rumbo en lo que parecía ser un amago de maniobra evasiva, aunque a Víbora el movimiento del cazabombardero le pareció lento y torpe, muy alejado de las habilidades contrastadas de su piloto. Aquello no era buena señal, pero no tan mala como hubiera sido que el ala-B hubiera seguido en línea recta. *Al menos demuestra que Sparks está consciente*.

—¡Aquí Dos-Tres, uno menos! Nueve, ése es tuyo —Los dos ala-X estaban lo suficientemente cerca del ala-B dañado como para hacerlo saltar por los aires con un par de misiles de impacto. Los corelianos tenían que haberse dado cuenta de que ni la nave ni su piloto estaban en condiciones de esquivar un misil.

—¡Once, aquí Jefe Zarpas, no te acerques tanto a esa fragata! Oh, no, ¿para qué me molesto en decirte nada? —Los corelianos seguían sin abrir fuego sobre Sparks, para extrañeza de Víbora. *O bien están tan confiados que lo único que quieren es hacer durar la diversión, o bien les han ordenado no malgastar cabezas de guerra en previsión de un eventual ataque contra nuestras naves capitales*. Fuera lo que fuera, si los pilotos de los ala-X insistían en derribar a su presa sólo con los lásers, Víbora aún tendría ocasión de impedírselo.

—Merecía la pena, Jefe. Sus escudos están ya por debajo del veinte por ciento —Víbora echó una mirada rápida a su pantalla sensora trasera para asegurarse que no tenía cazas enemigos detrás. Movió el selector de armamento a la posición de misiles, seleccionó el modo dual y esperó hasta el último instante antes de dejar que su

computadora de vuelo intentara fijar el sistema de guiado sobre el ala-X más próximo a Sparks.

—¿Y los tuyos qué? Está bien, no me lo digas. Acabemos con ella. Uno-Ocho, Cinco, ¿estáis conmigo? —La retícula del visor de puntería de Víbora se encendió en color rojo y el ordenador de vuelo envío un tono de aviso a sus auriculares. Lo tenía. Al mismo tiempo que el coreliano empezaba a virar hacia el exterior de su trayectoria anterior, lo que se debía sin duda a que su indicador de amenaza le había advertido del peligro que corría, Víbora apretó el gatillo y vio como las estelas de los dos misiles describían un pronunciado arco hacia su blanco.

—Afirmativo, Jefe —Sin dirigirle siquiera una segunda mirada al ala-X que intentaba darse a la fuga, Víbora giró en persecución de su compañero. El coreliano tenía ya a Sparks dentro del alcance de sus láseres y comenzó a disparar sobre él. El ya maltrecho ala-B se estremeció violentamente al recibir un impacto tras otro. El estabilizador de estribor se desprendió limpiamente del fuselaje. Dos de los cuatro motores se apagaron, y el rastro de humo se hizo aún más denso.

—Disparad vuestros torpedos a mi señal… Tres, dos, uno, ¡AHORA!

Víbora lanzó un segundo par de misiles contra el caza que seguía a Sparks. A diferencia de su jefe de vuelo, este piloto había decidido confiar en la potencia de sus escudos y se mantuvo tras su objetivo. Sus disparos arrancaron nuevos trozos de metal del casco y de las superficies de control del castigado cazabombardero.

—¡Impacto directo, Jefe Zarpas! ¡Se van! —Unos reflejos metálicos surgiendo de la parte trasera del ala-X coreliano indicaron a Víbora que el coreliano estaba intentando despistar a los misiles soltando láminas de *chaff*, pero era demasiado tarde. Las dos cabezas de guerra detonaron al impactar contra los escudos del caza, aproximadamente a medio metro de sus toberas de salida. El ala-X dio varias vueltas sobre sí mismo antes de que el piloto consiguiera recuperar el control. Seguramente ya no se sentía tan confiado.

Víbora redirigió parte de la energía de sus propios escudos hacia los motores, lo que le permitió acercarse lo suficiente a su imprudente adversario como para alcanzarle con sus láseres. Los mermados escudos del ala-X apenas opusieron resistencia. El motor superior del lado de babor reventó llevándose por delante el ala del mismo lado y la cabeza de la desprotegida unidad R2. El piloto se eyectó fuera de su nave justo antes de que toda ella estallara en pedazos.

Sparks estaba libre por el momento. Sólo ahora fue Víbora realmente consciente del significado de las transmisiones que el resto de pilotos habían estado intercambiando durante los últimos segundos. Acababan de dejar fuera de combate a una de las peligrosas fragatas enemigas.

—Buen trabajo, gente —dijo por la frecuencia del escuadrón—. Ignorad a ésa y buscad un nuevo blanco sobre el que concentrar vuestro fuego. Nueve, voy hacia tu posición.

Víbora ya no podía hacer nada más por Sparks. Su indicador de amenaza comenzó a parpadear insistentemente, avisándole de que tenía sus propios problemas. Por si eso

fuera poco, el líder por circunstancias del escuadrón Cabeza de Lobo era consciente de que, a cada momento que pasaba, el proteger las vidas de sus pilotos se iba volviendo menos prioritario.

A medida que la situación del *Guarida del Lobo* se hiciera más y más comprometida, todos ellos se irían volviendo sacrificables con tal de garantizar la supervivencia de la nave nodriza y sus varios cientos de ocupantes. Mientras llevaba a cabo una maniobra evasiva que le sacara del punto de mira de los cazas corelianos que lo acosaban, Víbora tuvo ocasión de echar un último vistazo al ala-B medio destrozado. Su vuelo era demasiado errático, incluso teniendo en cuenta la pérdida de un estabilizador. O bien sus toberas de maniobra estaban tan dañadas que la efectividad del timón etérico estaba bajo mínimos, o bien Sparks estaba malherido. Probablemente se trataba de ambas cosas. Víbora apretó los dientes. *Cuatro pilotos fuera de combate, y lo peor todavía está por llegar.*

Llamarada y Rúster salieron al exterior a través de la esclusa de emergencia que había abierto Alce, equipadas como él con ropas y botas para climas árticos. Llamarada avanzó con dificultad hacia el lugar en el que se encontraba Alce, pisando la nieve con desconfianza. Rúster la seguía de cerca.

Con el rabillo del ojo, Llamarada se fijó en la expresión anonadada de Rúster al comprobar desde fuera el estado en el que había quedado la nave. La capucha del abrigo térmico que llevaba ocultaba casi por completo sus extensiones neurales, pero no le hacía falta verlas para saber que la lumi estaba profundamente impresionada aunque no lo dijera. Sujetando su brazo herido contra el pecho, luchando simplemente para poder dar un paso después de otro, Llamarada se sintió tremendamente expuesta y vulnerable. A los mandos de un caza estelar se sentía siempre cómoda, confiada en la capacidad de su nave y en su propia destreza para traerla de vuelta del más terrible de los combates. Pero ahora se encontraba varada en mitad de ninguna parte, sin nada más que un par de blásters para defenderse a sí misma y a sus compañeros del ataque de un caminante imperial. Cuando la propuso estando todavía dentro de la cabina, la idea de usar uno de los cañones de la lanzadera le había parecido cuando menos factible, pero en ese instante, al observar a Alce mientras inspeccionaba atentamente el encastre del cañón izquierdo, Llamarada dudó. *Que la Fuerza nos ayude, no sé cómo vamos a salir de ésta*.

Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no mostrar su vacilación al llegar junto a Alce y comenzar a hablarle. Lo último que le hacía falta era darse cuenta de que a ella estaba empezando a fallarle la confianza.

—¿Qué hay de nuestros amiguitos? —preguntó.

—¿Los del AT-ST? Siguen acercándose. No debe ser fácil, ni siquiera para ese trasto, avanzar con un metro y medio de nieve, y todavía será peor cuando tengan que abandonar el sendero para llegar hasta aquí, pero aún así no creo que nos quede mucho tiempo.

—El cañón no tiene mala pinta.

—Es verdad, parece intacto. Si el cable de alimentación está bien y conseguimos desprender el cañón de la estructura del ala podremos apuntarlo al AT-ST.

—¿Puedes hacerlo?

—Tengo que hacerlo —Alce golpeó el borde de ataque del ala con el pie, de forma tentativa, cerca de uno de los puntos de enganche con el cuerpo del arma, el cual parecía a punto de romperse. Un remache saltó a la primera—. Bien. Por suerte para nosotros el ala está hecha un desastre… —Alce volvió a patear el ala, esta vez con bastante más fuerza, pero en esta ocasión el golpe no obtuvo resultados aparentes. Insistió e insistió, pero el resto del encastre parecía sólido. Alce dejó escapar un taco y se puso a buscar a su alrededor con la mirada. Cerca de donde estaban había esparcidas varias piezas procedentes del tren de aterrizaje, asomando a medias entre la nieve. Alce eligió una barra metálica que había quedado suelta, parte del sistema de plegado del tren, para utilizarla como palanca. Introdujo un extremo en el hueco que el remache roto había dejado entre el cañón y la superficie del ala, y después tiró hacia abajo del otro con todas sus fuerzas. El cañón giró ligeramente con respecto al encastre, pero eso fue todo.

—¿Podéis echarme una mano? —preguntó sin dejar de tirar. A pesar del frío, Alce estaba rompiendo a sudar por el esfuerzo—. Si no podemos arrancarlo al menos tendríamos que conseguir apuntarlo del todo hacia arriba.

Las dos mujeres pusieron todo su empeño en ayudarle, aunque en el caso de Llamarada la lesión del brazo limitaba mucho sus posibilidades. Rúster terminó colgándose literalmente de la palanca, mientras Alce apoyaba los pies en el borde del ala y tiraba del cañón con todas sus fuerzas en dirección contraria. De repente, con un chirrido metálico que hizo resentirse a sus oídos, el cañón empezó a desgajarse de su encastre con la estructura del ala.

—¡Con cuidado ahora, no vayamos a dañar el cable! —exclamó Alce dejándose caer sobre la nieve—. Ni a dispararlo accidentalmente —añadió tras pensarlo a posteriori—. Eso arruinaría nuestra pequeña sorpresa para el caminante.

La parte trasera del cañón se desprendió del todo y Alce se apresuró a sujetarla para que no cayera de golpe. Rúster se soltó de la barra y se unió a Llamarada, que observaba expectante.

—¿Está todo bien? —preguntó esta última.

—Vamos a comprobarlo —contestó Alce depositando lentamente la base del arma sobre el lecho de nieve, donde se hundió unos treinta centímetros—. Esto es el acumulador de energía —dijo señalando a una pieza cilíndrica, de color verde oscuro con letras de aviso blancas, que sobresalía por la parte de atrás. Muy cerca de ella había un conector en el que se insertaba un cable grueso y oscuro, cubierto de fibroplástico, cuyo otro extremo se perdía en el interior del ala. Alce dio un par de tirones y luego lo siguió con la mano hasta donde pudo llegar. Finalmente sonrió con satisfacción—. No parece que esté roto. Buen trabajo, chicas.

—¿Cómo vas a hacer que dispare? —preguntó Rúster preocupada—. Ya has visto cómo está el panel de control. Sería un milagro que funcionara el control de armamento.

—Ésa es la parte fácil —contestó Alce al tiempo que sacaba la palanca de donde estaba encajada y la movía hacia el borde del ala, donde todavía resistían un par de remaches que mantenían sujeta la parte delantera del cañón—. Puedo dispararlo manualmente abriendo y cerrando la válvula de seguridad del acumulador. Es ese interruptor con forma de palanca… ¡bien! —dijo al romperse uno de los remaches y soltarse el otro. Libre de su último punto de anclaje, la boca del cañón cayó a la nieve sin apenas hacer ruido. Lo único que lo conectaba ya con la nave era el propio cable de alimentación, del que sobraba lo suficiente como para que no estuviera en tensión.

—¿Pero funcionará sin los motores? —insistió Rúster—. No creo que podamos rearrancar ninguno. Hasta ahora no me había querido plantear todo esto, pero…

—Tranquila, Ru —dijo Llamarada—. En las bobinas de los generadores debe quedar aún energía como para una docena de disparos. Por eso era tan importante que el cable estuviera en buenas condiciones.

—Pero…

—Pero, ¿qué? —preguntó Alce, que se había arrodillado junto al acumulador para comprobar que la válvula no estuviera atascada.

—Que seguramente empleamos gran parte de esa energía en la parte final del descenso —Rúster miró a Llamarada y a Alce alternativamente—. Tuve que forzar muchísimo los repulsores para conseguir que llegáramos al suelo más o menos enteros. Antes de estrellarnos desconecté del todo los motores para minimizar el riesgo de explosión, por lo que los generadores ya no seguirían recargándose y… Oh, por todos los Sith…

Alce levantó la parte delantera del cañón y la colocó sobre un trozo mellado de chapa, procedente de una de las compuertas del tren de aterrizaje, que estaba firmemente empotrado en la nieve. Cuando se dio la vuelta buscando algo para apoyar también la parte de atrás del arma, Llamarada vio que había palidecido.

—Adiós a nuestro grandioso plan —dijo mirando a Alce, que se quedó inmóvil frunciendo los labios con la cabeza gacha. Rúster, consternada, dejó escapar de golpe el aire que tenía en los pulmones como si alguien le hubiera golpeado en pleno estómago.

—Quizá no —dijo Alce recobrando su aplomo—. ¿Siguieron funcionando todo el tiempo? Los repulsores, quiero decir —Llamarada se sorprendió al comprender a dónde quería ir Alce a parar preguntando aquello. *No pensará seguir adelante con esto, ¿verdad?*— Intenta recordarlo, Ru —insistió Alce.

La lumi lo pensó en silencio durante unos instantes.

—S-sí, sí que lo hicieron. No sentí ninguna pérdida de potencia hasta el último momento.

—Entonces podemos esperar que quede energía como para una o dos descargas, entre los generadores y el propio acumulador del cañón. Haremos lo que dijo antes Llamarada. Vosotras les distraéis y yo les disparo.

—¿Qué? —Llamarada no podía terminar de creerse lo que acababa de oír—. No puedes estar hablando en serio. Es una locura… —Dio un par de pasos hasta situarse justo delante de Alce, mirándole directamente a los ojos, casi implorándole, mientras se esforzaba por seguir razonando con claridad—. Si esto falla no habrá una segunda oportunidad. Qué infiernos, ¡ni siquiera disponiendo de plena potencia sería fácil dañar esa cosa! ¡Recuerda las grabaciones de Hoth que hemos visto!

—No necesito grabación alguna para saber exactamente a qué nos enfrentamos —dijo Alce esquivando su mirada. Cogió los binoculares y le dio la espalda. Llamarada lo contempló mientras caminaba hasta su puesto de observación en el estrecho hueco entre los restos del ala y la cabina de la lanzadera—. Ya he visto caminantes imperiales en acción —dijo desde allí—. ¿Recuerdas lo que te conté de Ten'see IV?

Por supuesto, pensó ella, ¿cómo iba a olvidarlo? En realidad eso no hacía más que reafirmarla en su determinación a no dejar que el hombre al que amaba se suicidara inútilmente. Lo sentía de veras por el doctor, pero la única opción que les quedaba era la de intentar escapar los tres a pie, aunque no había forma de evitar que les vieran desde el caminante. Llamarada miró de reojo a Rúster. Si la lumi intentaba poner alguna objeción pondría el bláster en la posición de aturdir y le dispararía con él, y después se la llevaría a rastras de aquí. Pero no, Rúster no iba a protestar ni a resistirse en modo alguno. Por su expresión parecía haberse dado cuenta, en ese preciso instante, de cuán real era el peligro que corrían . *Seguro que Alce también le ha contado a ella lo de Ten'see IV*. La capucha del abrigo de Rúster se había caído un poco mientras se esforzaban por arrancar el cañón del ala, y ahora podía ver perfectamente como sus extensiones neurales, que unos minutos antes adoptaban un color azul pálido que podía denotar intranquilidad o preocupación, pasaban rápidamente a un blanco puro e inusualmente brillante, reflejo casi de la nieve que pisaban. Llamarada recordaba bien las explicaciones de Rúster acerca de lo que significaba cada color, y también se acordaba de ése. El blanco era miedo. No tenía nada de extraño. También a ella empezaba a encogérsele el corazón, y sí, estaba asustada.

Asustada por Alce, sobre todo.

Los momentos tan difíciles por los que habían pasado estos últimos días cruzaron por su mente a la velocidad de un relámpago. Se daba cuenta de que por muy mal que le hubiera hecho sentirse a ella, la muerte de los refugiados había afectado a Alce mucho más. Cada una de las palabras que había pronunciado las veces en las que habían intentado hablar de ello tomaba ahora un nuevo significado. *Se siente culpable de veras. Cree que tiene que hacer algo para redimirse, incluso si no es del todo consciente de ello. Piensa que sacrificarse por salvarnos a los demás podría ser ese algo*. Llamarada negó con la cabeza . *No, no puedo permitir que lo haga*.

—Lo del cañón era una buena idea, pero no era la única —dijo. Alce ni siquiera volvió la cabeza. *Cómo lamento haberla sugerido, maldita sea*—. Podríamos distraerles, correr camino abajo de forma que nos sigan lejos de la lanzadera, y escabullirnos después entre las rocas, ir por algún sitio por dónde el AT-ST no pueda meterse.

—Eso no funcionaría y tú lo sabes —respondió él con dureza—. Difícilmente podríamos correr con toda esta nieve blanda. Para el caminante también es un estorbo, pero no tanto como para nosotros. Nos alcanzaría antes de que pudiéramos alejarnos lo suficiente, y entonces el doctor se quedaría sin su única oportunidad de sobrevivir.

—¿Pretendes entonces cambiar tu vida por la suya? El doctor quizá no sobreviva de todos modos —Llamarada casi sintió asco de sí misma por tener que recurrir a eso, y prefirió no ver la cara que habría puesto Rúster a su espalda al oírlo, pero en ese instante todo le daba igual con tal de hacer a Alce cambiar de idea.

—No lo hago sólo por el doctor. También lo hago por vosotras —Alce bajó los binoculares y regresó junto a ella—. Incluso si no consigo dañarlo, lo retendré lo suficiente como para que no os persiga de inmediato. Rúster y tú podréis hacer lo que has dicho, escabulliros por algún sitio, y luego pedir ayuda. Si me capturan, intentaré convencerles de que no queda nadie en la lanzadera, ganaré tiempo para vosotras, y también para el doctor.

Llamarada no pudo responder. El razonamiento de Alce era correcto, salvo que quizá no le capturaran y se limitaran a aplastarle, pasándole por encima con esa bestia mecánica. Pero sabía que si decía eso en voz alta tan sólo conseguiría darle más argumentos. Si sus atacantes no estaban interesados en hacer prisioneros, la huida de dos de ellos era mucho mejor que la muerte de todos. Ni Rúster ni ella tenían la fuerza suficiente como para levantar el cañón y dispararlo al mismo tiempo, y ella encima tenía un brazo roto. Tenía que ser él quien se quedara, y nada podría convencerle de otra cosa una vez que ya había tomado su decisión.

Alce la conocía demasiado bien. De alguna forma pudo ver la rendición en su mirada y eso le hizo dulcificar la suya. Asintió lentamente y puso las manos sobre los hombros de ella. Un latigazo de dolor recorrió el brazo de Llamarada, pero ella apretó los dientes y lo ignoró. Cuando Alce habló su voz se había vuelto mucho más tierna.

—No queda tiempo para seguir discutiendo. El caminante está ya a menos de tres kilómetros. Ya nos tienen a tiro, pero todavía no saben que les estamos esperando.

—Lewis… —comenzó a decir ella, utilizando su verdadero nombre en lugar de su apodo.

—Luego —dijo él sonriendo—. Dímelo luego. Ahora empieza a correr y ocúltate con Rúster detrás de esas rocas de allí —Llamarada volvió la cabeza para ver el lugar al que Alce señalaba y asintió—. Espera hasta que el caminante esté a punto de pasar por encima de mí, y entonces le disparas con tu bláster.

—Soy diestra, ya lo sabes. Soy un desastre disparando con la izquierda.

Alce soltó una breve carcajada.

—No pretendo que lo destruyas tú sola, cielo, tan sólo que distraigas la atención de los pilotos lejos de la lanzadera antes de que me vean. Un disparo de bláster será mucho más efectivo para eso que si Rúster y tú os limitáis a dar saltos sobre la nieve oscilando los brazos. Aprovecharé ese momento para disparar el cañón.

—Está bien. Y justo después sales corriendo. Pase lo que pase.

—Te lo prometo —Alce la besó con rapidez y, sin dirigirle una segunda mirada, se fue directo a su escondrijo para seguir vigilando el avance del AT-ST.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rúster.

Llamarada tomó aire y lo expulsó lentamente, observando como se condensaba al salir de su boca y hacía borrosa por un instante la figura del hombre que se alejaba.

—Exactamente lo que ha dicho Alce. Vámonos.

Sdermila había visto como la nave más grande caía y se perdía de vista.

Las dos pequeñas se habían quedado dando vueltas durante un rato y luego se habían ido. Muchos de los refugiados volvían ya al camino dispuestos a continuar la marcha, aunque el joven guía les había dicho que esperasen a que él volviera de comprobar si había o no peligro más adelante.

—En esa nave debe haber gente herida —le dijo Sdermila a Deveralia.

—Nosotros no podemos hacer nada —respondió la joven, todavía bastante asustada. Aunque casi todo el mundo se había puesto ya de pie ella seguía aún agachada, cubriendo protectoramente a Figor y a Lía bajo su brazos y obligándoles a quedarse donde estaban.

—Tú quédate con los niños. Yo me acercaré a ver si puedo echar una mano.

—¿Estás loca? ¡No vayas, Sdermila! ¡Podrían matarte! —pero Sdermila ya se había puesto en camino, tirando de las riendas de su kala'ballo.

—¿A dónde va, mamá? —preguntó Lía casi en un susurro.

—Va… Va a intentar ayudar a los… los pasajeros de la nave que se ha estrellado.

—¿No podemos ir también nosotros? —preguntó Figor.

—¡No! —Los dos niños la miraron con sorpresa. No estaban acostumbrados a escucharla hablar en ese tono. Se dieron cuenta de que su madre estaba asustada de verdad, y también muchos otros de los adultos que les rodeaban, a excepción de la señora Sdermila, que parecía muy valiente. En su corta experiencia habían comprobado que los mayores casi nunca tenían miedo como les pasaba a los niños. Siempre te decían que no había que asustarse, que no había nada de lo que tener miedo. Pero ahora sentían temblar a su madre. Para Lía y para Figor de pronto se hizo mucho más difícil seguir viendo lo que les estaba pasando como una aventura. Los dos hermanos desearon estar de vuelta en casa y que su padre volviera. Quizá él sabría lo que hacer.

Deveralia también deseaba con todas sus fuerzas que Sante estuviera allí, con ellos. Contemplando a Sdermila mientras se alejaba, la joven rezó como no lo había hecho desde que tenía la edad de sus hijos.

—Señor, el escuadrón Cabeza de Lobo acaba de neutralizar a una CC-9800. Se está retirando del combate.

—Las otras están maniobrando para cubrir el hueco en la formación, no obstante —dijo Wumb frunciendo el ceño por la concentración—. Pero si los torpedos del escuadrón Lancero consiguen dañar a otra antes de que consigan cerrarlo…

—Sensores, señor. Los ala-Y acaban de lanzar sus torpedos.

—Bien. Teniente Vaiwahannen, prepárese.

—¿Arriba o abajo, señor? —El twi'lek no era sólo el oficial de Navegación del *Guarida del Lobo*, sino probablemente el mejor piloto de navío que tenían a bordo. Sin que Wumb se lo hubiera ordenado explícitamente, había abandonado la consola de navegación— de muy poca utilidad en esos momentos —y había acudido a hacerse cargo del timón durante el combate.

Wumb se había dado cuenta del detalle y lo había aceptado sin comentarios.

—Espere —Docenas de estelas azuladas pasaron sobre el *Guarida del Lobo* en dirección a las fragatas corelianas. Sus artilleros comenzaron a disparar, intentando interceptar el mayor número posible de cabezas de guerra mientras aún estaban en vuelo, pero era imposible que las derribaran a todas.

Con que tan sólo una de esas naves se desviara de su curso, el *Guarida* tendría una oportunidad de alcanzar una posición desde la que abrir fuego sobre alguno de los cruceros enemigos.

—Cabeza de Lobo Líder, aquí el capitán de fragata Wumb. Una o dos de las fragatas enemigas están a punto de ser alcanzadas por una gran andanada de torpedos de protones. ¿Le quedan torpedos a alguno de sus pilotos?

—Negativo, señor. Los han usado todos.

—Lástima. En ese caso quiero que sus ala-B se preparen para disparar con su cañones de iones contra aquella nave que resulte peor parada. Necesito que al menos una se aparte de nuestro camino.

—Pero entonces no podremos seguir manteniendo a sus cazas lejos del *Guarida*, señor…

—Los ala-Y del escuadrón Lancero nos cubrirán, comandante. Ahora cumpla sus órdenes.

—Roger, señor. Cabeza de Lobo Líder fuera.

—Diez segundos para impacto, señor —informó la alférez Sarago vigilando con suma atención las lecturas que iban apareciendo sobre sus pantallas de datos—. Nueve, ocho, siete… —*Vamos, corelianos, moveos, moveos…*— Tres, dos, uno… ¡Impactos múltiples, señor!

Entre las naves que ocupaban la vanguardia de la flota coreliana se sucedió una serie de tremendas explosiones, espectaculares incluso vistas desde esa distancia. Cuando la última esfera de fuego se disipó, todas las naves enemigas seguían allí, aparentemente intactas. Wumb dudaba no obstante que se pudiera decir lo mismo de sus escudos.

—Siguen viniendo… —dijo Dey'jaa haciéndose eco de los pensamientos de Wumb.

—Aún nos quedan nuestros pilotos. Esperemos un poco más —la imagen ampliada tomada por las holocámaras montadas en el casco del portanaves mostraban como los cuatro ala-B que le quedaban al escuadrón Cabeza de Lobo, junto con los tres ala-X, se disponían a atacar a una de las CC-9800 corelianas. El alférez Proteys confirmó que, según los sensores, esa nave había perdido la mayor parte de sus escudos a causa del

bombardeo. Dey'jaa y Wumb observaban la escena atentamente, sin atreverse casi a respirar. A pesar de la cobertura proporcionada por el puñado de ala-A que aún quedaban en combate, uno de los ala-X fue alcanzado por un caza coreliano del mismo tipo. Su piloto consiguió mantenerse en vuelo a pesar de todo y junto a sus compañeros abrió fuego con sus láseres. Una de las baterías de la fragata quedó reducida a chatarra, creando un punto muerto en sus defensas. Los ala-B concentraron los disparos de sus cañones de iones en esa área. Al ir a remontar, el cazabombardero que iba en cabeza fue acertado de lleno por una de las torretas láser del otro costado de la fragata, estallando en el acto y rociando con sus restos en llamas el casco de la nave enemiga. Pero cuando los otros tres terminaron su pasada y se desviaron en direcciones diferentes, ésa y todas las demás armas de la fragata se quedaron mudas e inmóviles, al tiempo que se apagaban todas las luces y se desvanecía el impulso de los motores. El casco entero estaba cubierto por relámpagos azulados producto de la ionización masiva que acababa de dejar inutilizados la mayor parte de los sistemas electromagnéticos de la nave.

—Aquí Cabeza de Lobo Líder. La fragata está desactivada, señor.

—Ésa no podrá moverse para contrarrestar nuestra maniobra. Teniente Vaiwehannen, preparado para descender… ¡AHORA!

A Dey'jaa le pareció que las estrellas y las naves que tenían enfrente saltaban bruscamente hacia arriba perdiéndose más allá del límite superior del panel frontal, sobre el que ya en esos momentos empezaba a descender el cobertor de duracero que lo protegía en combate. El aullido de los motores se hizo audible a través de los mamparos, empujando al *Guarida del Lobo* en su picado. De pronto, bajo la quilla de la fragata enemiga que iba ahora a la deriva, se hizo visible por un instante el casco de uno de los dos cruceros de la clase Pulsar.

—Oficial de Armamento, señor. Tenemos solución de tiro sobre el *Soberano*. La ventana es de… ¡siete segundos!

—¡Ingeniería, tres segundos! —exclamó Wumb, y tres latidos más tarde dio la orden definitiva.

—¡¡¡FUEGO!!!

El gigantesco cañón de iones del *Guarida del Lobo* cobró vida, al tiempo que las luces del puente parpadeaban y perdían luminosidad como si no les llegara suficiente potencia. Ráfaga tras ráfaga de energía, de un azul tan intenso que hubiera dañado la vista de la tripulación del portanaves si aún estuviera despejado el visor, volaron hacia el crucero coreliano en un lapso de tiempo de apenas dos segundos. La última se estrelló contra la proa de una fragata que ascendía a toda velocidad a cubrir el hueco, pero ya no había remedio. Los escudos del *Soberano* quedaron colapsados en décimas de segundos y sus sistemas se saturaron un instante después. Inteligentemente, el capitán del crucero ordenó desconectarlos todos antes de que los circuitos quedaran irremisiblemente dañados, como le había sucedido a la CC-9800 atacada por los ala-B de la Nueva República un momento antes. Su rapidez de pensamiento y la eficiencia de su tripulación al llevar a cabo la orden salvó al *Soberano* de quedar incapacitado por mucho tiempo,

pero Wumb había conseguido su objetivo. Una nave de ese tamaño no podría volver a rearrancar todos sus equipos y sistemas antes de una o quizá dos horas. Contra todo pronóstico, el *Guarida del Lobo* acababa de dejar fuera de combate a todo un crucero clase Pulsar, pero ahora les tocaba a los corelianos devolver el golpe.

Ya sus ala-X disparaban sus misiles contra el portanaves, a la vez que los ala-Y del escuadrón Lancero eran diezmados en su desesperado intento por retrasar lo inevitable. Dos de las CC-9800 que todavía estaban operativas, junto con los cruceros *Primer Ciudadano* e *Independiente*, maniobraban ya para acabar con el solitario portanaves tan pronto como se retirasen los cazas.

—¡¡¡ATRÁS, ATRÁS, ATRÁS!!! —gritó Wumb, sabiendo que toda la velocidad de su nave no sería suficiente para salvarles ahora, cuando estaban ya al alcance de las baterías láser de tantas naves enemigas.

Los últimos minutos parecían estirarse y estirarse y no acabar nunca.

Alce aguardaba encogido bajo los restos del ala, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para no sucumbir al feroz deseo de asomarse para ver dónde estaba el AT-ST. Estaba completamente seguro de que en esos momentos la tripulación del «pollo» vigilaba con la mayor atención los restos de la lanzadera en busca de posibles supervivientes. Demasiado tarde para hacer nada al respecto, Alce se preguntó si verían las huellas que Llamarada y Rúster habían dejado en la nieve al alejarse de la lanzadera. Su única posibilidad de dañar el AT-ST dependía de que estuviera muy, muy cerca cuando le disparase.

Confiaba en que el caminante se aproximase para inspeccionar lo que quedaba de la *Compasión* y que eso le diera la ocasión que buscaba. Pero si uno de los ocupantes del AT-ST veía las huellas, podrían detenerse a distancia prudencial y hacer su inspección desde allí. De hacerlo así, tarde o temprano terminarían viéndolo a él. O peor aún, podían decidir disparar directamente contra los restos de la lanzadera, tan sólo para estar seguros. El ala bajo la que se ocultaba era el blanco más obvio, ya que les impediría ver la cabina. También podrían dar un rodeo y seguir las huellas hasta dar con sus dos compañeras, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo salvo exponerse él también. Todavía estaba nevando, aunque con menos intensidad que cuando se habían estrellado. Quizá las huellas estaban ya medio ocultas, imposibles de ver desde lo alto del AT-ST. Quizá. Alce rogó en silencio que así fuera.

Qué larga se le estaba haciendo la espera. ¿Cuánto tiempo llevaba acurrucado allí, preguntándose todo lo que podía salir mal? De pronto le pareció escuchar algo. No tardó en reconocer el ronroneo dolorosamente familiar de los motores del caminante, mezclado con los chirridos que hacían al moverse las juntas de las articulaciones de sus patas. Poco a poco todo esos sonidos le iban llegando cada vez con mayor claridad, transportados por el viento. Alce se estremeció víctima de un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. *Aquí*

viene, maldita sea. El ruido se hacía más y más fuerte, penetrando sus oídos, despertando recuerdos terribles y clavándole el miedo en los huesos. Por un instante se preguntó si acaso los imperiales mantendrían sus caminantes pobremente lubricados a propósito, para asegurarse de que siempre armaran ese estruendo al andar. No podía negarse que causaba un importante efecto psicológico sobre el enemigo. *A mí al menos me está poniendo los nervios de punta*. Alce esperó y esperó hasta que le pareció que el caminante estaba ya muy cerca, y finalmente se arriesgó a echar un rápido vistazo sobre los restos del ala.

Bendita Fuerza, lo tenía casi encima. La escarapela seibergia, pintada sobre el costado del casco, se veía perfectamente. Alce hizo una mueca.

Aquella era una pregunta que tenía ya respuesta. Si todavía había quienes dudaran que el ejército regular seibergio estuviera operando dentro de la Región Balania, esto desde luego debería convencerlos. *Si salgo con vida de ésta, ése será un informe que redactaré con mucho gusto*. Alce se tumbó en la nieve boca arriba, con la cabeza hacia el AT-ST, y se quedó completamente inmóvil, sin atreverse a respirar apenas. Se le ocurrió que hubiera sido buena idea echarse algo de nieve por encima, pero ahora ya era tarde para eso. Giró los ojos hacia arriba tanto como pudo y un instante más tarde pudo ver asomar la parte superior del AT-ST por encima del ala, alzándose ominoso apenas a quince metros de su cara. La «cabeza» de la máquina giró lentamente de izquierda a derecha, ligeramente inclinada hacia abajo, buscando posibles blancos. Los dos cañones bláster gemelos que surgían de su morro se le antojaban criaturas malvadas y mortales, ansiosas por encontrar una presa a la que dar muerte. Alce se encontró repentinamente débil, una ola de fatalismo derramándose dentro de su mente, minando su resolución. *Esto no va a salir bien. Llamarada, Rúster y el doctor dependen de mí y de lo que haga ahora, pero es todo inútil*.

Por un instante, se sintió de nuevo corriendo y tropezando entre los matorrales y zarzas que rodeaban la base rebelde de Ten'see IV, aferrándose al mortero y negándose a soltarlo por mucho que le pesara, con un AT-ST igual que éste persiguiéndoles a sus compañeros y a él por la ladera de una colina. La vieja herida en el hombro izquierdo, causada por una esquirla de metal que saltó del caminante cuando lo destruyó, empezó a picarle como si se hubiera cerrado ayer mismo. En Ten'see IV no hacía este frío, pero su amigo Peyga, que estaba a su lado aquel día y vivió para contarlo, había encontrado la muerte meses más tarde durante la evacuación de Hoth, en circunstancias macabramente parecidas. *Quizá esto fue lo último que vio, y quizá este frío lo último que sintió*. De alguna forma, en ese pensamiento encontró las fuerzas que necesitaba. *No te preocupes por mí, Peyga, que no tengo prisa por irme contigo. Hice morder el polvo a aquel «pollo» en Ten'see IV, ¿te acuerdas?*

Pues voy a hacerlo otra vez, por ti y por los chicos. Alce consideró aquello por unos instantes y estuvo a punto de sonreír. No creía que a Llamarada le gustase saber que los que podían ser sus últimos pensamientos en vida se los había dedicado a un puñado de soldados de infantería, estando ella tan cerca .

Tranquila, mi vida. Tú sabes que todo lo que hago lo hago por ti.

Los ocho metros y pico de altura del AT-ST se elevaban sobre él. Alce se puso en movimiento. Apoyando todo su peso contra la parte trasera del cañón de la lanzadera, levantó el arma hacia arriba y la apoyó en el ala, apuntando directamente a la parte inferior del caminante. No podían haberle visto desde la cabina, pero quizá sus sensores detectaron el movimiento. El hecho fue que la máquina echó una pata hacia atrás y empezó a agachar la cabeza. Alce apretó los dientes. En ese momento se escuchó un disparo de bláster a su espalda y luego otro. Ambos disparos se perdieron bien a la izquierda de su supuesto objetivo, pero un tercero llegó a rebotar sobre el casco. El AT-ST levantó la cabeza bruscamente para apuntar sus cañones hacia el origen de la amenaza. La articulación del «cuello» del caminante, donde el blindaje no era tan grueso y parte del mecanismo impulsor estaba a la vista, quedó expuesta por un momento. *Bien hecho, cielo*. Con un supremo esfuerzo, Alce se abrazó al cañón y tiró de él hasta conseguir ponerlo completamente vertical sobre la nieve. Con una última mirada hacia su blanco, Alce golpeó con el pie la válvula de seguridad del acumulador del cañón. A pesar de cerrar los ojos el rayo lo cegó, haciéndole imposible ver si el disparo había causado algún daño aún en el caso de que hubiera podido pararse a mirar. Alce dejó caer el cañón y se lanzó al suelo. Gateó y se arrastró sobre la nieve sin apenas ver nada, alejándose tan aprisa como podía intentando mantener los restos de la *Compasión* entre él y el AT-ST. Lo único que escuchaba eran los latidos de su corazón, golpeando en sus oídos a una velocidad imposible, y sus propios jadeos al respirar con la boca abierta de par en par el aire helado. De pronto, de algún lugar por detrás suya, le llegó un ruido muy raro, estrepitoso pero extrañamente apagado, como el que haría el tronco de un gran árbol al caer sobre la nieve tras ser talado por un androide maderero. Alce se detuvo y levantó la cabeza. Descubrió que había recuperado ya la visión, aunque todavía veía chispitas luminosas bailando frente a sus ojos. A una veintena de metros ladera arriba, junto a una roca muy afilada, vio a Llamarada con las rodillas clavadas en la nieve. Tenía el brazo derecho doblado sobre el pecho, mientras que en la mano izquierda sostenía aún el bláster. Tras la roca, Rúster se levantó muy despacio, el polvo de nieve que le caía de la parte frontal del abrigo revelando que había estado tumbada boca abajo, seguramente por orden de Llamarada. Ésta le estaba mirando a él. Rúster miraba a algo que estaba más allá. *Como un tronco cayendo en la nieve…* Alce se dio la vuelta.

El AT-ST se había derrumbado junto a la *Compasión*, con la cabeza por delante, muy cerca del sitio donde Alce se había ocultado. De su cuello casi oculto por el módulo de la cabina salía una gruesa columna de humo negro.

—Tres, ¿estás bien? —preguntó Solo. Había visto de refilón cómo el ala-X de Ibero resultaba alcanzado antes de que terminaran su pasada sobre la fragata coreliana.

—Un poco sacudido, pero sí —respondió el otro piloto. Solo le escuchó mascullar una maldición en iberiano antes de volver al básico—. Pero Cinco no ha tenido tanta suerte. La condenada fragata lo cazó justo antes de quedar desactivada.

—Aquí Uno-Ocho —transmitió Parody—. Yo iba justo detrás de Cinco.

Estoy casi seguro de haberlo visto eyectarse. Por un momento me ha parecido incluso recibir la señal de su baliza.

Solo se sintió aliviado sólo a medias al escucharlo. Eyectado no era lo mismo que vivo, especialmente cuando uno tiene que saltar en mitad de una batalla como ésta, pero al menos Torpedo tendría una oportunidad. *Esto no debería estar pasando*, pensó con creciente rabia y desesperación. *Se suponía que debíamos evitar la confrontación, pero Araña tuvo que…*

—Aquí Nueve —Solo se sorprendió al escuchar la voz de Araña justo cuando estaba pensando en él—. Los ala-X enemigos están rociando al *Guarida del Lobo* con misiles de impacto. Tienen por lo menos cuatro o cinco escuadrones de ala-X en el aire, ¡no hay manera de que podamos con tantos!

Solo estaba a punto de preguntarle a Araña si no se sentía feliz con un entorno tan rico en blancos, cuando sonó la respuesta cortante de Víbora.

—Nuestro deber es intentarlo —Solo asintió en silencio. Eso también iba con él. Daba igual quién había empezado esta masacre ni qué se habría podido hacer para evitarla, si tal cosa era posible. Lo único que importaba ahora era proteger lo mejor posible a las naves amigas y las vidas de sus tripulaciones, e impedir que el enemigo se hiciera con el control del sistema. Incluso si era costa del sacrificio de hasta el último de los pilotos de caza, pocos en número en comparación con los ocupantes del resto de navíos. Prefería no pensar ahora, todavía no, en el hecho de que el enemigo en esta ocasión era su propia gente.

Tras comprobar que el ala-X al que perseguía se retiraba dañado del combate, Víbora le permitió escapar y voló directamente bajo la quilla del *Guarida del Lobo* buscando llegar lo antes posible al lado de estribor del portanaves, donde Araña y Reek trataban de repeler un nuevo ataque. Al hacerlo dispuso de una breve pero clara vista del interior del hangar principal.

Estaba en llamas.

—Aquí la *Ord Mantell*. Necesitamos ayuda urgente, repito, ayuda urgente.

Hemos perdido toda nuestra artillería y dos cañoneras enemigas nos están dando caza. No resistiremos otra andanada.

—Aquí Lancero Dos, haremos lo que podamos. Cabeza de Lobo Líder, he copiado que tampoco os quedan torpedos. Confirma, por favor.

—Negativo, Lancero Dos. —Víbora no se extrañó de que fuera el segundo del escuadrón de ala-Y el que se dirigiera a él. Su comandante y más de la mitad de sus pilotos habían caído ya—. No hay torpedos.

—Aquí Cabeza de Lobo Uno-Cuatro, Líder —se escuchó de pronto la voz de Drake—. Dos-Dos y yo estamos casi ahí. Dinos dónde quieres nuestros torpedos.

—¡Cuánto me alegro de escucharos! —exclamó Víbora. Tal y como estaban las cosas, la llegada de los ala-X de Drake y Raiven, junto con los seis torpedos que llevaba cada uno, suponía una considerable mejora de sus fuerzas—. ¿Tenéis en vuestros sensores a la *Ord Mantell*?

—Afirmativo, Líder. También a las dos cañoneras.

—Bien. Elegid blancos y disparad dos torpedos cada uno. Lancero Dos, eso debería ayudaros a desactivarlas.

—Roger, Cabeza de Lobo Líder.

—Torpedos en camino, Líder —informó Drake.

Víbora contempló con no poca satisfacción cómo los dos pares de estelas azules finalizaban abruptamente al alcanzar los escudos de las dos naves corelianas, debilitándolos de forma notable. Atacadas por tres de los ala-Y supervivientes, que empleaban con precisión sus cañones de iones sobre ellas, las cañoneras se vieron forzadas a defenderse y abortaron por tanto la persecución de la *Ord Mantell*. La corbeta herida maniobró para abandonar la lucha, mientras el piloto de uno de los ala-Y pagaba su valentía con la vida al recibir un impacto directo. Víbora hizo un gesto de dolor. *Allá va otro*.

—Uno-Cuatro, uníos al resto de los Colmillos y esperad confirmación de nuevos blancos.

—¡Aquí Ocho! —gritó de pronto Iceberg. Víbora ni siquiera sabía dónde estaba—. No tengo ya escudos y me están zurrando fuerte. ¡Necesito ayuda!

—Aquí Siete —respondió Sunami—. Intento cubrirte, pero…

—¡Oh, no, mierda, me han…! —La frase de Iceberg se quedó en el aire.

Víbora no tuvo que esperar mucho para tener confirmación de lo que eso significaba.

—¡Líder, han derribado a Ocho! ¡Su ala-A ha saltado en pedazos!

—¡Cuidado, Siete! ¡Ahora estás solo y tienes a media docena de corelianos contigo!

—¡Lenguas de hutt! ¡Esperad, intentaré acercarme a vosotros!

Víbora sintió que el corazón se le hundía un poco más. Con Torpedo y con Iceberg eran ya cuatro los pilotos derribados, y dos más los que habían abandonado el combate. Ahora que lo pensaba, ni siquiera sabía con certeza si Halcón y Sparks habían alcanzado la relativa seguridad del hangar del *Guarida*.

Que además está ardiendo…

—Líder, aquí Dos-Dos. Tenemos a tiro a los cruceros.

—De acuerdo Dos-Dos —Víbora consultó las pantallas sensoras. Las naves corelianas de menor tamaño se estaban abriendo hacia los flancos, dejando espacio al *Primer Ciudadano* y al *Independiente* para que éstos pudieran abrir fuego contra el

Guarida del Lobo. Aún sabiendo que iba a servir de poco, había que intentar hacer algo—. Lanzadle todo lo que tenéis al *Primer Ciudadano*, a ver si…

—Aquí el capitán de fragata Wumb. Cabeza de Lobo Dos-Dos, no disparen. Cabeza de Lobo Líder, los escudos de esos cruceros son demasiado fuertes, es inútil que los ataquen con tan pocas fuerzas. Ordene a sus pilotos que se concentren en las fragatas que quedan.

Víbora aceptó la orden, convencido de que estaban a punto de entrar en el último acto del drama.

—Escuadrón Cabeza de Lobo, ya lo habéis oído. Reagrupaos mientras selecciono un nuevo blanco. Lancero Dos, ¿sigues ahí?

No hubo respuesta.

—*Guarida del Lobo*, aquí la *Arvel Crynyd* uniéndonos a la lucha con la *Koth Melan* y la *Bria Tharen*. ¿Hay alguna posibilidad de que puedan ustedes volver a disparar ese cañón de iones suyo?

—Negativo —A los oídos de Víbora, la voz de Wumb sonó cargada de estrés. Comprendió que el sulustano daba ya la batalla por perdida—. En estos momentos estamos retrocediendo hacia su posición, pero no sé cuánto podremos aguantar.

—Comprendido, capitán Wumb. Reúnase con nosotros y entre todos haremos cuanto podamos por contener a los cruceros hasta que llegue el *Alma Valiente*.

Tres viejas Nebulon-B y un portanaves contra todo eso. No podrán hacer gran cosa.

—¿Cuánto nos falta aún? —preguntó impaciente el vicealmirante Sinessis en el puente del *Alma Valiente*. Había ordenado al capitán de la *Bria Tharen* que se encargasen de retransmitir las comunicaciones entre las naves que se encontraban en el área de combate. Aunque con dificultades, podían escuchar parte al menos de lo que hablaban entre sí los capitanes de las tres fragatas, el *Guarida del Lobo*, las corbetas que quedaban y los pilotos de caza supervivientes. Entre eso y lo que captaban los sensores de largo alcance, Sinessis tenía una idea bastante clara del curso de la batalla. Lo que oía no le ayudaba precisamente a mantener los nervios bajo control.

—Diez minutos, señor —respondió el capitán Odicri.

—Mi nave habrá sido destruida mucho antes de eso —dijo la capitana de navío Gen'yaa.

—Lo sé y lo siento, capitán. Hemos perdido ya a la *Gyndine* y a la *Dubrillion*, pero al menos nos han dado una oportunidad de hacer nuestro trabajo.

—No vamos a poder detenerlos, almirante. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí, puede que así sea, pero sí que podemos hacer que la victoria les salga muy cara a los corelianos. —Sinessis estaba contrariado por el comentario de la bothan, aunque trataba de ocultarlo—. Si nos llevamos por delante suficientes naves, habremos cumplido nuestra misión. No podrán mantener el control del sistema con lo que les quede.

—Quizá no. Pero en ese caso los seibergios lo recuperarán fácilmente.

De una forma u otra habremos perdido vidas y naves para nada.

—¡Coronel, sé cómo se siente usted pero no tenemos elección! —explotó finalmente el vicealmirante—. Si no comparte mi criterio, al menos cumpla mis órdenes. Y ahora le ordeno que se calle.

—Sí, señor. —Sinessis vio que el vello blanquecino de Gen'yaa, allá donde era visible, se erizaba completamente. Sus ojos parecían también echar chispas, pero la bothan cruzó los brazos sobre el pecho y no dijo nada más. En el puente del *Alma Valiente* se hizo un tenso silencio, roto tan sólo por el sonido de las transmisiones, hechas cada vez en tonos más urgentes, procedentes de las naves que combatían en primera línea. Sinessis, a quien no le gustaba verse obligado a chillar a un subordinado en presencia de otros, y menos si se trataba de un oficial de alta graduación como Gen'yaa, intentó serenarse. No tuvo tiempo de conseguirlo. El oficial de sensores se volvió de repente hacia el capitán Odicri reclamando su atención. Señalaba un icono que acababa de iluminarse sobre la pantalla táctica.

—Señor, otra nave capital acaba de entrar en el sistema muy cerca del área de combate.

—¿Puede identificarla, alférez?

—Sí, señor, deme un segundo… —El joven palideció visiblemente—. Señor, es un destructor estelar clase Imperial II.

—¿QUÉ?

Talina Gen'yaa inspiró profundamente, pero le pareció como si el aire no terminara nunca de alcanzar sus pulmones.



Capítulo XI

Aunque la tormenta de nieve estaba empezando a amainar el viento era aún bastante fuerte. Alce tenía la cara congelada y la garganta dolorida, pero casi no sentía el frío. Permanecía agachado con el bláster en alto, apuntando a la escotilla superior del AT-ST esperando a que se abriera. Si alguno de los tripulantes del caminante se asomaba portando un arma, le dispararía entre los ojos sin dudarlo.

—¿Cuánto tiempo hace ya? —gritó sin quitar la vista de la máquina caída.

—Cinco minutos, quizá más —respondió Rúster.

Desde donde se encontraba no podía apreciar signos de vida en la cabina del caminante, pero eso no quería decir que no hubiera supervivientes.

Seguro que a ellos les pasaba lo mismo con la lanzadera. No se atrevía a confiarse, pero tampoco podía estar así todo el día.

—Está bien, voy hacia allá —dijo bajando el bláster, aunque no lo guardó en la funda—. Pero no dejéis de vigilar esa escotilla.

—De acuerdo.

Tras echar un último vistazo a los restos humeantes del AT-ST, Alce les dio la espalda y echó a caminar cuesta arriba. Sabía que debía inspeccionar de cerca el caminante, pero decidió que podía esperar. Ahora lo que más necesitaba en el universo era abrazar a Llamarada. Vagamente consciente de que nuevas contusiones se habían añadido a su ya dolorido cuerpo, avanzó poco a poco hacia donde se encontraban sus compañeras, todavía con el bláster en la mano. Llamarada se había sentado en la nieve para permitir que Rúster le atendiera. Desde donde se encontraba escuchó el chasquido que hicieron los huesos cuando, con un movimiento experto, la lumi colocó en su sitio el cúbito y el radio del brazo derecho de Llamarada. Llamarada hizo un gesto de dolor a pesar de los calmantes que se había tomado, pero ni chilló ni apartó la vista del AT-ST. Cuando vio acercarse a Alce le dirigió un amago de sonrisa. Alce se la devolvió.

Estaba apenas a cuatro o cinco pasos de Llamarada y de Rúster cuando se escuchó un disparo y un rayo láser pasó silbando a diez centímetros escasos por encima de su cabeza. Alce se tiró al suelo de forma instintiva y se dejó rodar por la pendiente. Eso le salvó la vida. El siguiente disparo pasó medio metro más abajo.

—¿Quién ha disparado, Avery? —gritó.

—¡No lo sé!

—¡Vino de allá arriba! —contestó Rúster—. ¡De detrás de esa elevación!

Alce miró en esa dirección. No se veía nada, pero eso no significaba que no estuvieran allí.

—¡De acuerdo! ¡Quedaos las dos donde estáis y sobre todo no asoméis la cabeza!

—¿No has hecho ya bastante el héroe por un día? —le gritó Llamarada.

—Fuiste tú la que dijiste que disparabas mal con la mano izquierda, ¿recuerdas? ¡Y Rúster no le dispararía a nadie!

—¡Lo haré si tengo que hacerlo! —respondió valientemente la lumi.

—Aprecio el gesto, pero me temo que tu puntería será todavía peor con cualquiera de las dos manos, así que sólo quedo yo —Sin esperar respuesta, Alce comenzó a reptar por la nieve en dirección a sus ocultos atacantes.

Sdermila vio a dos personas agachadas detrás de una roca medio cubierta por la nieve. Una se sujetaba el brazo como si estuviera herida. La mujer apretó el paso obligando al kala'ballo a seguirla.

—Vamos, vieja bestia, que puede que hagamos falta. Deja de protestar y date por avisado. Puede que tengas que llevar peso, así que… —Sdermila se detuvo asustada al escuchar un sonido que a la fuerza había aprendido a reconocer: el disparo de un arma láser. Las dos personas a las que acababa de ver se encogieron detrás de la roca, aunque una de ellas, la que estaba herida, parecía querer levantarse y la otra no se lo permitía. Sdermila consideró si no sería lo más prudente que ella se tirara también al suelo. No podía ver quién disparaba, así que seguramente estaba al otro lado de esa cresta—. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Vieja bestia, ¿qué harías tú? No, no me lo digas. Tú te darías la vuelta si no te estuviese sujetando por las riendas. Pero una de esas personas parece herida, y podría haber más…

Una de las dos figuras, por la voz una mujer, gritó en básico en dirección a Sdermila.

—¡Eh, usted, póngase a cubierto ahora mismo! —La mujer acompañó las palabras con insistentes gestos con su mano sana indicándole que se agachase. Sonaron más disparos.

—¡Túmbate, vieja bestia, túmbate! Oh, Taigor, ¿por qué estoy haciendo esto?

Ignorante de la llegada de la mujer balania, Alce había conseguido alcanzar una pequeña grieta en el terreno que le proporcionaba una cierta cobertura, pero ya no podía seguir avanzando. Seguía sin ver a sus atacantes pero estaba claro que ellos sabían muy bien dónde estaba él. Una vez más, un chorro de nieve se alzó a su espalda en el punto de impacto de una nueva descarga, apenas a medio metro de sus piernas. Intentó encogerlas aún más, mientras parte de la nieve vaporizada por el disparo volvía a caerle encima en forma de gélidas gotas de agua. Otro disparo. Otro. Si osaba levantar la cabeza para intentar localizar al enemigo y devolver el fuego corría el riesgo de que un rayo láser se la arrancara de cuajo. Empezaba a pensar que con lo del AT-ST se le había acabado la

suerte cuando notó una pausa en la ducha helada a la que estaba siendo sometido. Sin embargo seguía escuchando el zumbido de los disparos de bláster. *Están disparando hacia otro blanco*, pensó con aprensión. No podía tratarse de nadie más que de Llamarada y de Rúster.

Apretando los dientes y sujetando el bláster con fuerza —los guantes le estorbaban para manejarlo, pero sabía que si se los quitaba pronto dejaría de sentirse los dedos a causa del frío y eso sería peor—, arriesgó una mirada hacia el lugar que había indicado Rúster. Lo hizo justo a tiempo de ver como alguien disparaba contra sus agresores desde algún sitio a su derecha, y mucho más cerca de ellos. El enemigo —todo hacía suponer que se trataba de soldados seibergios que habían ido acompañando al AT-ST— respondió disparando desde varios puntos a la vez. Al menos eran tres. Alce se quedó confundido por un momento. Conociendo a Llamarada, no debería extrañarle que hubiese decidido actuar por su cuenta, herida o no. ¿Pero podía haber alcanzado esa posición en tan poco tiempo, aprovechando que sus agresores estaban concentrados intentando acertarle a él? Miró hacia atrás procurando no levantar la cabeza. No, Llamarada seguía allí, junto a Rúster, detrás de la misma roca donde las había dejado, disparando a ciegas por encima de ella haciendo lo posible por distraer a sus atacantes. *Así que tenemos a un amigo sobre el terreno*, dedujo Alce. *Pues quien quiera que sea es más que bienvenido.* Aguzó el oído intentando distinguir de dónde venían los disparos que oía. Cuando estuvo seguro de que era su desconocido aliado quien hacía fuego aprovechó la distracción para saltar hacia delante y hacia la izquierda, corriendo en busca de un nuevo refugio. El enemigo se dio cuenta y abrieron fuego sobre él, pero tardaron unos instantes en afinar su puntería. Alce volvió a tirarse al suelo detrás de un pronunciado montículo de nieve bajo el que se ocultaba una roca. Había conseguido verlos. Tres o cuatro soldados de asalto con armadura ártica, a unos ochenta metros de su nueva posición. Estaban más lejos de lo que creía. Era un tiro difícil para un bláster, pero no era imposible. De nuevo esperó hasta escuchar más disparos a su derecha. Ahí estaban. Ahora al frente, el enemigo que respondía. Alce se levantó y echó a correr de nuevo en zig-zag, disparando sin cesar hacia el lugar donde había visto a los soldados de asalto. Se tiró al suelo y echó a rodar, esta vez hacia su derecha. Los disparos barrieron el punto donde se había hallado un instante antes. Alce apuntó y volvió a disparar. Esta vez hizo blanco. Otro salto y otra roca. Desde su nuevo escondite pudo ver como un segundo soldado caía víctima de un disparo de su amigo desconocido. A unos dos metros por encima suya pasaron varios rayos láser, dirigidos hacia la loma tras la que se ocultaba el enemigo. *Ahí está otra vez la mano izquierda de Avery*, pensó casi divertido a pesar de lo comprometido de la situación. Desde enfrente respondieron con poca convicción, y poco después se escuchó el zumbido de un pequeño pero potente motor. Al asomarse vio alejarse una motojet montada por dos soldados de asalto. *Todo apunta a que ser disparados desde tres posiciones distintas no es su idea de escenario controlado*. Alce abrió fuego varias veces contra los soldados en fuga, pero estaban ya demasiado lejos y se perdieron enseguida al otro lado de la pendiente.

—¡Mierda de hutt! —exclamó en voz alta—. Me parece que estoy empezando a entender por qué nunca había oído hablar de Seibergia como destino de vacaciones.

—¿Estás bien? —le gritó Llamarada desde atrás.

—¡Sí, perfectamente! —Alce miró en dirección hacia el lugar donde suponía que debía hallarse la persona que les había ayudado— estaba casi seguro de que se había tratado de un único tirador, pues en ningún momento le había parecido escuchar más de un arma disparando al mismo tiempo, —pero no pudo ver a nadie. Quizá quien fuera había salido en persecución de los seibergios. *O también puede ser que se mantenga oculto porque sepa que hay más enemigos en los alrededores*. Alce regresó adoptando todas las precauciones posibles, caminando agachado y con el bláster siempre a punto.

Cuando llegó junto a Rúster y Llamarada se encontró a una mujer mayor junto a ellas, que sujetaba a lo que parecía la versión viviente de un AT-AT, sólo que no tan grande —ni por asomo— y muchísimo más peludo. Alce reconoció la especie a la que pertenecía el animal por las imágenes que le había mostrado Ibero.

—Alce, ésta es Sdermila —dijo Rúster sin alzar apenas la vista. La lumi estaba terminando de vendarle el brazo a Llamarada, labor que al parecer no había tenido ocasión de completar cuando empezaron los disparos—. Sdermila, éste es Alce.

—Encantado de conocerla —dijo Alce un tanto confundido. No creía que esa mujer fuera el tirador aliado.

—Yo también estoy encantada de conocerle a usted —respondió Sdermila en un básico estándar con un poco de acento, pero bastante decente. La mujer balania hizo un intento de sonreír y a Alce le cayó bien de inmediato. Se la veía cansada y seguramente estaba también asustada, pero se estaba esforzando para mostrar el coraje que requerían las circunstancias. Alce dedujo que Sdermila debía viajar con la caravana de refugiados que habían visto, pero lo que no entendía era qué hacía aquí ella sola con su bestia de carga. Rúster, que en esos momentos terminaba con el vendaje, se encargó de responder a su no formulada pregunta.

—Sdermila vio caer la lanzadera y vino a ver si podía prestarnos ayuda.

Alce se quedó de una pieza al oír aquello. Una mujer ya mayor, a la que probablemente habían echado a la fuerza de su casa en los últimos días, sola e indefensa. Y a pesar de todo había acudido en ayuda de unos desconocidos bajo una tormenta de nieve y en mitad de un tiroteo. Decididamente le gustaba esa mujer.

Alce desvió su atención hacia Llamarada, que le guiñó un ojo en modo tranquilizador. *Estoy bien*, decía su mirada. Rúster aplicó un espray sobre el vendaje, ya terminado, y éste se endureció al instante inmovilizando el brazo desde el codo hasta mitad de la mano. A continuación se puso a desenrollar un poco más de venda para improvisar un cabestrillo.

—Quizá sí que pueda usted ayudarnos, Sdermila —dijo Llamarada, sentada aún en el suelo—. O más exactamente ese animal que trae.

—Es un kala'ballo —dijo Alce recordando el nombre, lo que le ganó una mirada un tanto sorprendida por parte de sus dos compañeras. Sdermila, por otro lado, no mostró

reacción alguna ante la exhibición de conocimiento de Alce. Todo el mundo sabía lo que era un kala'ballo. ¿O no?

—Es viejo —dijo la mujer—, pero seguro que puede con usted. No parece una carga muy pesada.

—No es para mí —respondió Llamarada, que no pudo contener una media sonrisa al oírse describir como «una carga no muy pesada»—. Nuestro doctor está aún dentro de la nave. Está herido.

—Ah, pues bajemos hasta allí a ver qué podemos hacer.

—Esperad un momento —dijo Alce, que había sacado los electrobinoculares y miraba en dirección hacia la loma donde se había producido el reciente combate—. No creo que estemos a salvo aún. Alguien nos ha estado ayudando, disparando contra nuestros atacantes desde aquellos riscos. Sdermila, ¿sabe usted de quién puede tratarse?

—Quizá de nuestro guía, un chico de la guerrilla. Se adelantó a explorar y ya no hemos vuelto a saber nada de él.

—Eso lo explicaría. Ahora no consigo verlo ni a él ni a nadie más, pero eso no significa que no haya más soldados seibergios en los alrededores. Sin mencionar al AT-ST, que todavía no hemos inspeccionado. Sus tripulantes podrían…

—Alce, el doctor —urgió Rúster—. Está muy mal. No puede seguir esperando a que nosotros nos aseguremos de que no hay peligro. Yo al menos voy a correr el riesgo.

—Mantendremos los ojos bien abiertos —dijo Llamarada poniéndose en pie—. Tú y yo.

—Está bien —aceptó Alce de mala gana—. Pero poneos a cubierto de inmediato si escucháis un solo disparo.

Los artilleros del *Guarida del Lobo* hacían lo que podían para defender la nave con los medios a su alcance. Todas las baterías láser y los lanzadores de misiles de que disponía el *Guarida del Lobo* disparaban sin descanso, principalmente contra los ala-X que acosaban al portanaves en su huida.

Ocasionalmente, su esfuerzo era recompensado por la visión de uno de los cazas corelianos explotando en pedazos o retirándose dañado del combate.

Pero uno tras otro, todos los emplazamientos de armas iban siendo alcanzados y destruidos, algunas veces junto con las vidas de aquellos que las operaban.

Con ello a los pilotos enemigos cada vez les era más fácil encontrar brechas en las defensas para lanzar sus misiles de impacto sin que nada pudiera evitarlo.

—¡Preparados para impacto! —avisó el alférez Proteys no por primera vez. El puente fue sacudido por una nueva explosión, mucho más fuerte que ninguna de las anteriores. Varias luces se apagaron y algunas consolas dejaron de funcionar. Aunque todos los paneles visores estaban cubiertos desde el comienzo del combate, Wumb no necesitaba mirar para saber qué había pasado esta vez.

—Allá va nuestro cañón de iones —dijo en voz alta, y nadie se sorprendió.

Era cuestión de tiempo, ya que tras haber dejado incapacitado temporalmente al *Soberano*, el cañón de iones del *Guarida del Lobo* se había convertido en el objetivo primario de los ataques junto con el hangar principal.

—Ahora vendrán a por nosotros el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*.

—¿Por qué habrán esperado tanto tiempo? —preguntó Mesch Dey'jaa. El bothan se apoyó en el sillón de mando de Wumb para volver a ponerse de pie.

La explosión le había hecho perder el equilibrio y al caer se había mordido el labio con uno de sus agudos colmillos. Su frondosa barba negra estaba manchada de sangre.

—Es obvio que no podíamos disparar de nuevo el cañón de iones sin volver la proa hacia ellos, y el simple intento nos costaría sacrificar lo que nos queda de escudos. Sería un suicidio.

—Usted es aquí el oficial de Inteligencia y el analista psicológico, teniente. Respóndase a sí mismo.

Dey'jaa pareció confundido durante un instante, pero enseguida comprendió a qué se refería el sulustano.

—La historia de la Alianza Rebelde está plagada de sacrificios heroicos. Deben pensar que si se nos da la ocasión, podríamos estar dispuestos a morir con tal de neutralizar a otro de sus cruceros.

Wumb asintió.

—Y así lo ordenaría yo si pensara que tenemos alguna oportunidad de conseguirlo. —Si esa afirmación impresionó a Dey'jaa, el bothan no lo demostró en modo alguno, con lo cual se ganó la secreta aprobación de Wumb—. Es imposible recargar los acumuladores del cañón en tan poco tiempo —explicó—, ni siquiera redirigiendo a ellos toda la energía de la nave, y no sólo nuestros pobres escudos. No nos queda más remedio que seguir defendiéndonos con las armas convencionales, mientras todavía nos quede alguna. Por desgracia esta nave no está diseñada para este tipo de combate.

—¿Lo están alguna vez? —preguntó Dey'jaa de forma retórica, exhibiendo una media sonrisa. Wumb lo miró con curiosidad. *No, Dey'jaa no está asustado en absoluto, aunque es imposible adivinar lo que piensan estos bothan.*

Nuestra situación es desesperada y él lo sabe casi tan bien como yo. Después de todo, también estaba en el Cueva del Lobo.

—¡Señor, dos de las fragatas corelianas van a conseguir rodearnos! —exclamó el alférez Proteys, su piel color salmón visiblemente oscurecida por el estrés.

Antes de que Wumb pudiera comprobar por sí mismo la posición de las naves enemigas sobre la pantalla táctica, se sintió otra potente explosión en algún lugar de la zona central del casco. A ésa le siguió otra, mucho más cerca de la popa, que de nuevo hizo oscilar las luces. Algunas ya no volvieron a encenderse, dejando el puente en semipenumbra. Esta vez Dey'jaa había encontrado asidero a tiempo y no se cayó. Empezó a sonar una alarma.

—Se acabó —dijo Wumb—. Ya no podemos seguir corriendo. Quizá debería usted buscar un asiento y abrocharse las bandas de seguridad, teniente Dey'jaa. APD-5, transmite una orden por las comunicaciones internas para que los oficiales al mando de cada puesto envíen a todo el personal que no sea imprescindible a las cápsulas de salvamento. Teniente Vaiwahannen, media vuelta a la nave. Intente meternos entre el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*, a ver si podemos conseguir que se disparen el uno al otro antes de que nos aplasten.

—Eso haría del ser aplastados una experiencia menos desagradable —respondió el twi'lek con su habitual ironía. Nadie se rió.

—Estoy bien aquí —respondió Dey'jaa con coraje a la anterior sugerencia de Wumb.

—Si esa alarma significa lo que yo creo podríamos perder la gravedad artificial en cualquier momento, y usted es el único que sigue sin estar atado a ningún sitio. Control de fuego, quiero todas las armas que estén aún operativas apuntando a los cruceros. Les demostraremos que aún mordemos.

—¡A la orden, señor!

—Creo que al teniente Vaiwehannen no le importará si me siento en su puesto mientras él está ocupado pilotando la nave —dijo Dey'jaa reconsiderando su postura.

—Muy bien, teniente. Ingeniería, aquí el capitán Wumb. Cuéntenme las malas noticias.

—Ingeniería, señor —se escuchó la voz de la teniente de navío Boradelis.

—Seguramente habrá notado usted que acabamos de perder el motor superior del lado de estribor, y probablemente nos veremos obligados a parar el de babor antes de que reviente por sí mismo. Aparte de eso, tenemos varias brechas en el casco exterior en las cubiertas tres, cuatro y… Oh, no, ¿ahora qué?

—¡Los escudos han caído! —gritó alguien en el puente. Wumb cerró los ojos por un instante.

—Señor, los escudos…

—Lo sé, teniente Boradelis. Mantenga ese motor funcionando todo el tiempo posible, es lo único que le pido. Wumb fuera.

Mientras el *Guarida del Lobo* viraba para lo que probablemente sería su último ataque, Wumb se preguntó cómo era posible que se sintiera tan calmado, sabiendo con certeza lo que estaba a punto de suceder. Era como estar otra vez a bordo del *Tannia* o del *Cueva del Lobo*, pero sin la ansiedad ni el miedo. *Puede que uno llegue a acostumbrarse a esta sensación, después de todo. Quizá eso signifique que esta vez es la buena. Nada de milagros en el último momento. Nada de rescates heroicos. Bien, estoy listo, y allá vamos.*

—¿Qué sucede, alférez Proteys? —preguntó al observar un cambio de postura en el mon calamari.

—Nuevas lecturas, señor. Se trata de…

—¡¡¡UN DESTRUCTOR ESTELAR!!!

Víbora sintió que se le helaba la sangre en las venas al escuchar en sus auriculares el mismo grito viniendo de media docena de gargantas diferentes.

Justo cuando pensábamos que las cosas no podían ir peor…

—Cabeza de Lobo Líder, aquí el capitán de fragata Wumb. ¿Me copia usted?

—Bastante claro, señor.

—Escoja a dos de los pilotos que le queden y envíelos en direcciones diferentes. Quiero que salten fuera del sistema y que vuelen hacia espacio de la Nueva República tan rápido como puedan. Con el campo de interferencias de los corelianos dudo mucho que ninguno de nuestros mensajes esté llegando a su destino. Es de vital importancia que alguien sepa lo que está pas…

De repente una nueva y sorprendentemente potente señal se impuso a la que procedía del *Guarida del Lobo*, por lo que a Víbora le fue imposible continuar escuchando al capitán de fragata Wumb. La transmisión estaba sin encriptar y, como Víbora se encargó de comprobar a toda prisa, se estaba efectuando a través de un amplio rango de canales. Cada una de las naves en el área, coreliana o de la Nueva República, tenía forzosamente que recibirla. Al cabo de unos segundos empezó a escucharse con total claridad la voz de una mujer. Era una voz que comunicaba paz y serenidad, pero que a la vez imponía respeto. La voz de alguien acostumbrada a dar órdenes y a que éstas se cumplieran sin cuestionarse. Incluso si no se hubiera identificado a sí misma, Víbora y seguramente muchos otros la hubieran reconocido igualmente. El piloto abrió la boca de par en par, totalmente anonadado por la sorpresa.

—Les habla la consejera Leia Organa de la Nueva República, a bordo del destructor estelar *Libertador*. A todas las naves de la Nueva República, cesen las hostilidades de inmediato. A los comandantes corelianos, les conmino a que ordenen ustedes a sus pilotos y tripulaciones a que también cesen el fuego.

Mon Mothma, Presidente de la Nueva República, me ha conferido el mando completo de nuestras fuerzas en la zona así como la autoridad para iniciar negociaciones de paz con ustedes aquí y ahora. A todas las naves de la Nueva República, repito, cesen las hostilidades de inmediato. A los comandantes corelianos, estoy esperando su respuesta. No rechacen mi oferta de diálogo.

Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre por hoy.

Araña se apoyó en el respaldo de su asiento, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio y agotamiento. En la vida se había sentido tan cansado. La batalla se había acabado menos de un minuto después de que llegaran la princesa Leia y el *Libertador*. Junto al resto de supervivientes del escuadrón, Araña había seguido las instrucciones de los controladores de vuelo del *Guarida del Lobo* para acceder al hangar a través del acceso de estribor. El de babor estaba fuera de servicio. Por la densa humareda que había visto

durante la maniobra de apontaje, no resultaba difícil adivinar que una o más cabezas de guerra habían penetrado a través de los exhaustos escudos para explotar en el interior del hangar, pero el propio humo le había ocultado la verdadera extensión de los daños. El sonido de potentes turbinas entrando en funcionamiento le hizo abrir los ojos. Al hacerlo notó que se le nublaba la visión. Una especie de puntos negros en constante movimiento se superponían a lo que estaba mirando, haciéndole sentirse mareado. *Hey, hey, hey, ¿qué es esto?* Parpadeó varias veces y sacudió la cabeza para despejarse. Por un instante había creído que estaba a punto de desmayarse, pero la desagradable sensación se había desvanecido ya. El ruido que escuchaba procedía de los compresores que en ese momento comenzaban a insuflar aire limpio en el hangar al máximo de su capacidad, al tiempo que expulsaban al espacio la atmósfera contaminada más allá de la capacidad de los filtros del sistema de reciclado. La nube de humo se iba despejando poco a poco frente a sus ojos, revelando el completo desastre en el que se habían convertido al menos la tercera parte del hangar y de la cubierta de vuelo. El lado de babor era donde solían estacionarse los transportes de tropas y las lanzaderas. Por lo que sabía, Rúster había salido con la *Compasión* rumbo a Seibergia, a llevar a cabo una misión a la Región Balania. Pero las naves de los comandos Lince habían sido menos afortunadas. Todo lo que quedaba del *Unicornio*, uno de los dos Delta Dx-9 con los que contaba la unidad, era un montón de chatarra. Su nave gemela, el *Dragón Krayt*, parecía afectada también, aunque al menos estaba de una pieza. La lanzadera clase Lambda *Trovador*, muy similar a la *Compasión* pero conservando todo su armamento original, lucía engañosamente intacta. Una segunda y más atenta mirada le permitieron comprobar que las alas superior y de estribor tenían más agujeros que una cueva sulustana. Las planchas del techo del hangar se habían desprendido en amplias secciones. Conductos de todo tipo, cables de alimentación y líneas de comunicaciones, todos quemados y retorcidos, colgaban por doquier. Algunos de ellos aún no habían podido ser aislados de sus fuentes de energía y seguían regando de chispas la cubierta inferior.

Mirase donde mirase, todas las superficies se veían chamuscadas, cuando no quemadas por completo, a excepción de aquellos puntos ocultos por la espuma antiincendios.

—Menudo desastre —dijo en voz alta al tiempo que abría la carlinga. No había nadie que pudiera acercarle una escalera, así que se sentó en el borde de ataque de su caza y se dejó caer hasta la cubierta. El calor se filtraba a través de la suela de sus botas. De repente se le había hecho insoportable llevar puesto el casco de vuelo, así que se lo quitó y lo tiró dentro de la cabina.

Halcón fue la primera persona a la que vio, aunque casi no pudo reconocerlo bajo la gruesa capa de ceniza, oscura como el espacio, que lo cubría de la cabeza a los pies, cara y cabello incluidos. El piloto estaba sentado encima de una caja tan sucia como él mismo, sujetando aún un extintor químico.

—Halcón, ¿Eres tú?

—Supongo que sí —respondió el otro sin mirar, obviamente sin ganas de hablar. Araña escuchó unos pasos acercándose rápidos a su espalda. Al darse la vuelta se encontró cara a cara con Solo.

—¿En qué estabas pensando? —le gritó el coreliano deteniéndose a centímetros escasos de su nariz. Su habitual expresión amable había desaparecido. La cara de Solo era una máscara de furia cuando agarró a Araña con las dos manos por la pechera del traje de vuelo y lo atrajo aún más hacia sí. Su siguiente frase casi la escupió—. Sacart no tuvo ni la más mínima oportunidad.

—Lo siento por él —dijo Araña con sinceridad, pero molesto no obstante por el tono de Solo y la acusación implícita en sus palabras—. ¿Qué querías que hiciera, si puede saberse?

—¡Que esperases al resto del escuadrón, para empezar! ¡Que no iniciases una batalla tú solito, maldito gatillo caliente!

—Me estás arrugando el traje de vuelo.

—¡Pues no será lo único que te arrugue, imbécil de mierda!

Solo siguió agarrando a Araña con el brazo izquierdo mientras echaba el derecho hacia atrás. Araña se preparó para esquivar el puñetazo y responderle con uno de su cosecha, pero alguien sujetó desde atrás el brazo del coreliano.

—Ya basta, Solo —dijo Víbora con frialdad—. Ya hemos sufrido suficientes bajas hoy, ¿no crees?

—¡Y ahí tienes al responsable! —Solo se debatió intentando liberar el brazo, pero la presa de Víbora era firme.

—Déjale que intente pegarme si quiere —dijo Araña.

—No empeores las cosas, y no me hagas pensar que de verdad eres imbécil —contestó Víbora. Araña se quedó callado, cogido por sorpresa por el aguijonazo de Víbora.

—Mucho mejor. Y ahora escuchadme los dos. Puede que si Araña hubiese esperado a que los demás llegásemos hasta vosotros Sacart y los demás estuvieran ahora aquí con nosotros, o puede que no. Puede que los corelianos hubieran decidido ya derribaros a todos antes de que pudieseis recibir refuerzos, o puede que no. No es el lugar ni desde luego el momento para decidirlo, y en todo caso otros más sabios lo harán por nosotros.

—Si nos hubiéramos mantenido en formación —insistió Solo, aunque menos violentamente— habríamos estado en condiciones de cubrirnos mucho mejor los unos a los otros. Pero tú tenías que ordenarnos romper en parejas.

—Esa era la única forma en que podíamos seguir volando a la defensiva y ganar algo de tiempo. En formación cerrada les hubiera sido aún más fácil sacarnos de allí a empujones.

—Te estabas muriendo por empezar a disparar, no intentes negarlo.

Querías hacer pagar a los corelianos por todo el…

—He dicho basta, Solo —le interrumpió Víbora. Solo se volvió hacia él.

Tras mirarle fijamente a los ojos durante unos instantes respiró hondo y asintió con la cabeza. Víbora le soltó el brazo.

—Ahora iros de aquí cada uno por vuestro lado y daos una buena ducha fría. Eso va también por todos vosotros —añadió abarcando con una mirada al resto de pilotos que habían acudido al oír los gritos, y que ahora les rodeaban silenciosos—. ¡Vamos, fuera!

—Me parece bien lo de la ducha —dijo Solo dándose la vuelta y echando a andar hacia el turboascensor más cercano, no sin lanzarle a Araña una última mirada en la que se mezclaban la amargura y el rencor.

—Sí, una buena ducha —repitió Araña, sintiendo como empezaban a abandonarle sus últimas fuerzas. Volvió a ver los puntos negros, pero los ignoró con terquedad. *Tiene que ser el cansancio*. Pero había una cosa peor que esa desagradable sensación de debilidad física. Eran las palabras de Solo, abriéndose paso a través de su enfado y de su orgullo para hacerle dudar de sí mismo.

Víbora observó a Araña y a algunos otros pilotos mientras abandonaban el hangar. Entre ellos vio a Spuk, que había vuelto aparentemente indemne de su primera misión de combate con el escuadrón. Ése era un hecho que normalmente era motivo de celebración, pero estaba claro que hoy no era día de fiestas, sino más bien de lamentaciones. Aunque todavía podía suceder que alguno de los pilotos derribados fuera rescatado, seguramente serían varios los que no volverían jamás. Tomó nota mentalmente para que no se le olvidara hablar con Spuk más tarde y felicitarle aunque sólo fuera de palabra, pero eso tendría que esperar. Antes de poder concederse el más mínimo respiro tenía montones de cosas urgentes que hacer.

Lo primero, desde luego, era enterarse de hasta qué punto era mala la situación, cuáles habían sido los daños materiales y las bajas a nivel de la flota, y averiguar si las lanzaderas de búsqueda y rescate de otras naves habían recuperado a alguno de los suyos. Por razones obvias las comunicaciones, encriptadas o no, se habían reducido al mínimo tras el final del combate. Que los corelianos averiguaran por sí mismos cuáles habían sido las pérdidas de la Nueva República, no hacía falta darles más pistas. Pero Víbora necesitaba esa información, y no sólo por su interés militar. Se había dejado buenos amigos ahí fuera.

Después de eso, y por muy mal que se sintiera, tendría que empezar a trabajar para mantener operativo al escuadrón. Por todo lo que sabía, acababan de entrar en guerra contra un nuevo enemigo. A pesar de la tregua temporal que les había conseguido la princesa Leia —como le pasaba a casi todo el mundo, a Víbora le costaba acostumbrarse a llamarla simplemente «consejera»—, podían tener que salir de nuevo en cualquier momento, y hacerlo en condiciones de combatir. Víbora resopló al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la manga de su viejo traje de vuelo negro, recuerdo de sus días como piloto imperial. La tarea que tenía por delante se le antojaba tremendamente ardua

y complicada. *Ni siquiera sé por dónde empezar,* pensó desalentado. *La moral de la gente está por los suelos, y eso ya es bastante malo de por sí. A algunos de los pilotos se los ve deprimidos, otros tienen la agresividad a flor de piel, como es el caso de Araña y de Solo. Todos están cansados. Puedo entenderlos. ¿Cómo no iba a hacerlo, si yo me siento igual que ellos? Pero si no somos capaces de superar todo esto, es como si ya estuviésemos muertos. Piloto estresado, piloto derribado, dice el proverbio, y es verdad. Tengo que hablar con todos ellos, pero, ¿qué les digo? Llamarada sabría qué. A ella se le dan mucho mejor este tipo de cosas. ¿Por qué tendrían ella y Alce que bajar al planeta? Podrían ser muy útiles aquí, incluso si no les dejan volar. Si Gen'yaa no pone objeciones los llamaré de vuelta. Y a Rúster.*

Tiene narices, justo cuando más la necesitábamos a ella y a la Compasión.

Maldita sea, definitivamente tenemos una podrida suerte.

Frente a él, varios cazas con daños visibles estaban siendo cargados a toda prisa en los elevadores para subirlos a la zona de estacionamiento. Los pocos que habían vuelto intactos los estaban remolcando a las áreas laterales del hangar con el fin de despejar la cubierta de vuelo, o al menos la zona de estribor, que era la única de la que se podía disponer de momento. Cerca del acceso de babor estaban empezando ya a retirar los restos y a parchear los daños más urgentes. Víbora soltó un gruñido al fijarse en el ala-B que estaban subiendo ahora. Parecía el de Granito, aunque estaba en tan mal estado que era difícil estar seguro. *Las reparaciones son lo más urgente*, decidió. *La mayoría de las naves necesitan de las manos y la experiencia de Mar Hanniuska y su gente*. Uno de los estabilizadores del ala-B se desprendió al ponerse en marcha el elevador y cayó con gran estrépito sobre la cubierta, atrayendo las miradas de todos los que se encontraban allí.

—Algunos desesperadamente —dijo en voz alta, y de repente se quedó helado. Era muy probable que Mar estuviera en el hangar cuando explotaron los misiles. Víbora volvió la cabeza buscando en todas direcciones, pero no pudo encontrar a la mecánico jefe ni a ningún miembro de su equipo. *Espero que estén todos bien…* Fue entonces cuando reparó en Halcón, sentado aún en el mismo sitio donde se lo habían encontrado, al parecer demasiado agotado como para hacer algo tan aparentemente simple como ponerse en pie e irse de allí.

—Halcón, ¿estás bien?

—Sí, jefe —asintió el piloto. Su voz era apenas un susurro—. No estoy herido, sólo sucio.

—Me alegro. ¿Has visto a la teniente Hanniuska?

—Hmmm, no. Quiero decir, no sé. —El piloto carraspeó intentando aclararse la garganta sin demasiado éxito—. Ha habido mucha confusión por aquí.

—¿Qué hay de Sparks? Tuvo que llegar más o menos detrás de ti. Con todo este caos no veo su caza.

—Eso es porque el rayo tractor lo dejó por allí, a babor… —Halcón hizo un gesto vago indicando la zona más afectada por la explosión del misil y por el incendio. Viendo la cara de consternación de Víbora al recibir esa noticia, Halcón pareció reaccionar,

apresurándose a añadir— No, bueno, cuando nos alcanzaron a él ya le habían evacuado a la enfermería.

—¿Entonces está herido?

—Supongo que sí, pero no pude verlo de cerca, lo siento.

—¿Preguntas por Sparks? —Víbora se giró y vio acercarse a Ibero, que era quien había hablado, acompañado por Raiven. Ambos parecían mortalmente serios, lo cual no sorprendió a Víbora dadas las circunstancias.

Recordó que los ala-X habían sido los primeros en entrar en el hangar, así que era probable que al llevar más tiempo allí Ibero y Raiven estuvieran mejor informados que él.

—¿Sabéis algo de él?

—Sí. He llamado a la enfermería. Sparks ha sufrido un ataque cardiaco de carácter moderado.

—¿Un ataque cardiaco? —repitió Víbora desconcertado. Halcón mientras tanto hizo acopio de fuerzas y consiguió ponerse de pie junto a ellos.

—Eso es lo que me ha contado el androide médico con el que he hablado. Al parecer su caza recibió un impacto directo de un rayo de iones, disparado probablemente por una de las CC-9800. Antes de colapsarse, los escudos absorbieron el grueso de la descarga, pero una parte se filtró y entró en la cabina. Además de perder la computadora de vuelo y la mayor parte de los sistemas, Sparks casi se electrocuta. Eso disparó el ataque, aunque por fortuna no llegó a perder del todo la conciencia. Ahora está fuera de peligro, es todo lo que sé.

—Colas de barabel… ¿Y qué hay de los demás? ¿Has conseguido hablar con el puente también?

—Lo he intentado, pero no responde nadie. Michael…

—Seguramente están hasta arriba —dijo Víbora levantando la mano para pedirle a Ibero que esperara—. Déjame probar otra vez, a ver si pueden darnos alguna buena noticia. Puente, aquí el comandante Stauber, desde el hangar.

¿Me copian?

—Afirmativo, señor —respondió la voz de una mujer, aparentemente exhausta—. Aquí la alférez de navío Sarago. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, alférez, varios de mis pilotos han tenido que saltar durante el combate. ¿Puede decirme si se ha recuperado ya a alguno?

—Negativo, señor. El *Alma Valiente*, la *Arvel Crynyd* y la *Koth Melan* han puesto en vuelo sus lanzaderas de búsqueda y rescate, pero ya era tarde. Los corelianos llegaron antes. Si ha habido supervivientes ahora los tienen ellos.

—Comprendido, alférez. Stauber fuera —Víbora dejó escapar un gruñido.

—¿Habéis oído eso?

—Sí, Michael…

—No hay manera de saber quién está a salvo y quién no. Maldita sea…

—Michael, aún hay más.

—A lo mejor están todos vivos, quién sabe —continuó Víbora. Halcón empezó a asentir mostrándose de acuerdo, pero no pudo decir nada al ser víctima de un repentino ataque de tos. Víbora le palmeó la espalda de forma ausente. Había escuchado que Ibero añadía algo, pero en realidad ya no le estaba escuchando. Lo único en lo que podía pensar era en los pilotos que no habían regresado. *Ojalá se hayan eyectado todos a tiempo. Ojalá estén bien, a bordo de una nave coreliana, aunque sea confinados en un calabozo. Pero, ¿a quién quiero engañar? También pueden estar todos muertos, es más fácil eso que lo otro. Oh, mierda de hutt. También aquí en el Guarida ha tenido que haber bajas. Este incendio, las brechas que he visto en el casco… Y sigo sin ver a Hanniuska…* Víbora sacudió la cabeza. Tenía que mantenerse frío.

Gen'yaa y Wumb se ocuparían del *Guarida del Lobo* y su tripulación. Él tenía que concentrarse en el escuadrón.

—Exactamente, ¿cuántos pilotos faltan? Sparks y Halcón están aquí. Sacart, Ermitaño, Torpedo, Iceberg… ¿Alguien más?

—Sí —dijo Raiven—. Alce, Llamarada y Rúster, junto con el doctor Al Saruff.

—¿Qué?

—Eso es lo que Ibero intentaba decirte. Han derribado a la *Compasión* sobre la Región Balania. Drake y yo ni siquiera pudimos ver quién o qué lo hizo. Drake está ahora mismo informando al capitán de fragata Wumb, por eso no está aquí con nosotros. —Ahora Víbora era todo oídos. Esperó en silencio a que Raiven prosiguiera—. Localizamos lo que quedaba de la lanzadera, pero desde el aire no se detectaban signos de vida. Nos ordenaron volver sin que hubiéramos podido echar un vistazo de cerca, pero lo más probable es que estén todos muertos.

Víbora sintió que se le revolvía el estómago. Casi la mitad del escuadrón había desaparecido en la última media hora. Entre ellos estaban todos sus amigos más antiguos con la única excepción de Granito. *Ahora él y yo somos todo lo que queda de los viejos tiempos.*

—Michael, ¿te encuentras bien?

—¿Eh? Ah, sí, no os preocupéis por mí. Nuestra primera prioridad sería asegurarnos de que realmente no se puede hacer nada por Llamarada y los demás. Podríamos… ¿Qué? Ya, Ibero, no hace falta que me lo digas. Seguro que el vicealmirante Sinessis ha prohibido todos los vuelos sobre espacio aéreo Seibergio, pero me da igual si… Oh, mierda, si ni siquiera tenemos un solo transporte disponible… —dijo haciendo un gesto hacia los restos humeantes agolpados cerca del acceso de babor.

—El *Alma Valiente* y las fragatas tienen aún sus lanzaderas —propuso Ibero—. Nos aseguraremos de que alguna de ellas vaya en busca de la *Compasión* tan pronto como sea posible, aunque haya que negociarlo con los corelianos y con los seibergios.

—Vale, ya me encargo yo. Vosotros limitaos a descansar, como ya les he dicho a los demás. Yo me quedaré un rato e intentaré encontrar a la teniente Hanniuska, a ver para cuándo podemos tener reparados al menos la mitad de los cazas dañados.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. —*Marchaos y dejadme en paz, por favor*—. Luego te llamo, Ibero.

Halcón, tu pásate por la enfermería. Con máscara o sin ella, tienes aspecto de haber respirado demasiado humo.

—Lo haré —prometió Halcón empezando a toser de nuevo.

—Michael, si me necesitas… —comenzó Ibero.

—Luego. Luego hablamos, ya te llamaré.

—De acuerdo. Venga Raiven, acompañemos a Halcón a la enfermería.

Víbora esperó a que los tres se hubieran marchado, y entonces se acercó hasta el contenedor sobre el que Halcón había estado sentado. Dejando escapar de golpe toda la rabia y la frustración contenida, le dio puñetazos y patadas una y otra vez hasta que se encontró jadeando por falta de aire.

Arrugó el gesto a causa del daño que se había hecho, sobre todo en los nudillos, despellejados y casi en carne viva. Pero otra clase de dolor, mucho más sutil y retorcido, comenzaba ya a quemarle desde dentro. Era el causado por la sensación de pérdida y de fracaso, por la pena mezclada con las auto recriminaciones por no haber sido capaz de hacerlo mejor, mientras los rostros de todos los que probablemente habían muerto —aún insistía en seguir utilizando la palabra «probablemente» en sus pensamientos— se le venían a la mente una y otra vez.

Solo estaba ya en la sección médica de la nave cuando Ibero y Raiven aparecieron con Halcón. Tras dejarlo en manos de uno de los androides médicos de la enfermería intentaron entrar a ver a Sparks, pero el 2-1B que lo atendía no lo consintió.

—Esto es un desastre —explicó Solo cuando la puerta de acceso a la unidad de cuidados intensivos se cerró frente a ellos—. Ahí dentro hay docenas de heridos. La mayor parte vienen de la zona del hangar, pero también los hay de otras áreas. Las cubiertas tres y cuatro están muy dañadas. Hubo una brecha en el casco exterior y se tragó a varias personas antes de que pudieran sellar los mamparos. Y no os lo vais a creer cuando os cuente a quien acaban de traer. A Araña —dijo sin pararse a esperar una respuesta—. Se cayó redondo dentro del turboascensor. He escuchado decir a uno de los ayudantes de Al Saruff que es un caso de agotamiento extremo. He estado a punto de darle un puñetazo ahí abajo…

—Lo hemos visto —dijo Ibero.

Solo movió la cabeza de un lado a otro. Tenía que recuperar un poco de autocontrol él mismo antes de ponerse a acusar a nadie de perder los nervios.

—También ha estado aquí Drake. Vino después de hablar con el capitán de fragata Wumb, en cuanto se enteró de lo de Sparks. Me ha contado lo que ha pasado con la *Compasión*. Raiven, tú eres su compañero de camarote y además también estabas allí. ¿Te importaría ir a buscarlo, a ver si se encuentra bien?

Raiven asintió.

—Claro. Creo que sé por dónde puede estar.

—Tenía que pasarle a Drake… —comentó Ibero después de que se fuera Raiven—. ¿Cuánto tiempo hace de lo de Hoja? ¿Cinco meses?

—Algo así —confirmó Solo—. Maldita sea, si es que por algo recomiendan que no te emparejes con nadie de tu escuadrón. Ver cómo matan a tu novia delante tuyo debe dejar hecho polvo a cualquiera.

—Imagínate. Y ahora derriban una lanzadera con varios compañeros dentro apenas a doscientos metros de él, y de nuevo no puede hacer nada para evitarlo. Para él ha tenido que ser casi como pasar otra vez por lo mismo.

Solo suspiró.

—En fin, Raiven se ha convertido en su mejor amigo aquí.

Si alguien puede animarle es él.

—Eso espero, de verdad. ¿Y tú cómo estás?

Solo parpadeó al verse convertido de pronto en el objeto de la conversación.

—No estoy mal —dijo tras una corta pausa en la que hizo lo que pudo por ordenar sus ideas. Llevaba semanas temiendo que pasara esto, intentando imaginarse cómo iba a reaccionar y cómo iba a sentirse después.

Ahora ya sabía la respuesta a la primera de esas cuestiones y no creía que nadie pudiera reprocharle nada. Mientras había durado la lucha se había comportado como si los que estaban enfrente fueran pilotos imperiales en lugar de posibles amigos de la infancia. En cuanto a la segunda, que era justo la que le acababa de plantear Ibero, descubrió que seguía siendo incapaz de contestarla. Quizá lo que más se aproximaba era… confuso. Había creído saber quién era y cuál era su sitio, pero ahora no estaba ya seguro de nada.

Desde que eligió unirse al bando rebelde, sabía de sobra que cada vez que fuera al combate podía haber algún compatriota entre las filas enemigas. Pero de ser así —y en todo caso era algo que nunca podría saberse a ciencia cierta—, serían compatriotas que habían elegido ir en contra de todo aquello en lo que él creía, y eso le daba una justificación moral suficiente como para no sentirse mal consigo mismo ni con sus acciones. Esta vez todo había sido diferente. Por un lado no le cabía la menor duda de que sus adversarios eran *todos* corelianos. Y por otro no actuaban en contra de sus ideales, sino que se limitaban a defender los intereses de Corellia. ¿Dónde le dejaba eso a él?

¿Cómo debía sentirse?

—Supongo que cuando me marché de Corellia y empecé a recorrer la galaxia me convertí en una especie de ciudadano universal —*Y una mierda de bronto,* pensó. Aquello había sonado como una respuesta ensayada, que era exactamente lo que era, pero no se le ocurría nada mejor para salir del paso—. No es que no me sienta coreliano. Lo sigo siendo, pero creo de todo corazón en la Nueva República y en lo que representa. Si eso me obliga a luchar contra otros corelianos, puedo afrontarlo. Aunque no digo que me guste, por supuesto.

—Por supuesto.

Lo que acababa de decir era cierto, desde luego, pero no respondía a la pregunta de Ibero. Probablemente nada que pudiera decir lo haría. Por la expresión de su compañero era difícil saber si le había creído o no, pero al menos no parecía que fuera a insistir más sobre el tema. Sin duda Ibero tenía sus propias preocupaciones. *Y creo saber cuáles son*.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—Tu ala-X fue alcanzado durante la batalla. Después he visto los daños y sé lo cerca que has estado de ser uno más de los que no han vuelto.

Ahora era Ibero quien parecía cogido por sorpresa. Tras unos instantes de silencio terminó asintiendo.

—No sabía que fueras tan hábil leyendo mentes ajenas.

—Es tu mirada. Parece perderse de cuando en cuando, durante un brevísimo instante. Como si un pensamiento concreto te persiguiera, pero estuvieras peleando todo el tiempo por sacártelo de la mente.

Ibero arqueó una ceja.

—Creía que Drake era el único ex-policía que teníamos en el escuadrón, pero veo que tú también eres un observador de primera.

—En mi caso es porque me gusta jugar al sabacc.

Ibero soltó una corta carcajada, pero su expresión permaneció seria.

—Sí, vale, me han dado un buen susto. Verás, me han derribado ya un par de veces. Después de Mon Calamari tuve incluso que pasarme varios días en un tanque bacta. Un mal trago, sin duda, pero ni me detuvo ni me hizo replantearme en lo más mínimo lo de ser piloto de caza y luchar contra el Imperio. Pero… —Solo asintió, animando a Ibero a continuar—. Pero no es lo mismo desde que nació mi hija. Tan sólo pensar que podría no volver a verlas a ella y a mi mujer, que Lucía podría tener que crecer sin un padre… Tengo que luchar constantemente contra ese miedo para que no me paralice —Un escalofrío involuntario acentuó las últimas palabras de Ibero. Solo apretó los labios. Podía o al menos creía entender lo que sentía el iberiano. Tener una familia propia era un lujo para un piloto en tiempos de guerra, y a la mayoría ni siquiera se les ocurría pensar en ello. Ibero era la única excepción en el escuadrón, y Solo podía ver que no era fácil para él. Si dirigirse al combate era siempre algo terrible, por muy adictos al riesgo que fueran todos, tenía que ser mucho más duro si tenías a alguien que realmente te importaba esperándote en casa. Al menos eso era lo que se imaginaba Solo, porque para él la certeza era imposible. Aparte del *Guarida*, ni siquiera tenía un sitio al que pudiera llamara hogar. Cuando eligió unirse a la Alianza Rebelde estaba renunciando implícitamente a volver a Corellia, al menos mientras continuara la guerra. Su decisión le había convertido, como a tantos otros, en un fuera de la ley, en un proscrito, en un desterrado. Ibero bajó la mirada y Solo se sintió repentinamente incómodo. Lamentó haberle preguntado.

—Lo estás llevando muy bien —dijo aunque sólo fuera por romper el silencio— Si yo…

—¿Capitán Tengroth? —dijo una voz a su espalda. El coreliano se volvió para encontrarse con el rostro barbudo del teniente de navío Dey'jaa—. Ah, Ibero, me alegro de que tú también estés aquí.

—Hola, Mesch —dijo Ibero levantando la barbilla a modo de saludo. La llegada del oficial de Inteligencia del *Guarida del Lobo* había hecho desaparecer rápidamente de su rostro la expresión vulnerable que lucía un instante antes, para ser sustituida por otra mucho más neutra aunque no carente de cierta suspicacia—. ¿Podemos ayudarte en algo?

—En realidad sí. Venía buscando al capitán Tengroth, pero me parece muy adecuado que estés tú presente —Solo se puso tenso de inmediato. Ibero y Dey'jaa se trataban el uno al otro con familiaridad, pero el bothan se había dirigido a él formalmente, usando su rango. Incluso Ibero parecía sospechar algo. *Lo veía venir. Me he convertido en un problema de seguridad a sus ojos.*

Acabo de derribar dos cazas corelianos, pero seguro que eso no prueba nada para ellos. Tendré suerte si me confinan en mi camarote en lugar de mandarme directamente al bloque de detención, sólo por si acaso.

—La consejera Organa se reunirá con el almirante coreliano, un tal Sellman, dentro de una hora a bordo del *Primer Ciudadano* —continuó Dey'jaa aparentemente ajeno a las tribulaciones de Solo—. Las negociaciones darán comienzo de inmediato, y no hace falta que diga que las cosas están realmente serias. Antes de marcharse, la capitán de navío Gen'yaa me confió una idea que había tenido, y yo le prometí trabajar sobre ello. Lo cierto es que la presente situación ha hecho que sea de la mayor importancia poner en práctica su plan. Y para eso le necesito a usted, capitán Tengroth.

Solo se quedó pasmado, completamente cogido por sorpresa, pero contestó sin vacilar. Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Estaremos mucho más cómodos en mi camarote… —Dey'jaa pareció reparar por primera vez en el aspecto de los dos pilotos, ambos vistiendo aún sus trajes de vuelo y el equipo de soporte vital completo—. Pero no hace falta que sea enseguida, claro. ¿Qué tal en… diez minutos?

—Allí estaremos —contesto Ibero. Sin más comentarios, ambos pilotos salieron a toda prisa de la sección médica, seguidos poco después por Dey'jaa a un paso mucho más calmado.

Mar Hanniuska se encontraba de pie en la zona de estacionamiento, junto al hueco de uno de los elevadores, mirando sin ver la destrucción que reinaba en la cubierta de vuelo, un nivel más abajo. Se dio la vuelta lentamente y su mirada se posó una vez más sobre el técnico verpine que, tan cubierto de grasa y ceniza como ella, trabajaba sin descanso a pocos metros de ella sobre un ala-A en muy mal estado, indiferente al parecer a todo lo que le rodeaba.

Hanniuska hundió los hombros y sacudió la cabeza con tristeza, deseando ser capaz también ella de abstraerse de todo y de concentrarse tan sólo en el trabajo. Una lágrima solitaria resbaló sobre su mejilla dejando un surco claro sobre su cara ennegrecida por el humo. Así la encontró Víbora. Su alivio inicial al verla aparentemente ilesa comenzó a desvanecerse al percibir su estado de ánimo.

—¿Mar? ¿Estás bien?

—No, no lo estoy —Víbora siguió su mirada hasta el ocupado insectoide, que seguía a lo suyo sin inmutarse como si los dos humanos simplemente no estuviesen allí. Víbora se preguntó cuál de los cuatro verpine que había en el equipo de Hanniuska era aquel concretamente. Conocía sus nombres, Meggo, Detrs, Kllips y Phasx, por una tonta canción compuesta por alguien del escuadrón, probablemente Reek o Drake, acerca de los encantos más obvios de la mecánico jefe. El estribillo era terriblemente pegajoso, virtualmente imposible de olvidar en cuanto lo habías escuchado una vez.

…mira a Hanniuska, que a ella le da igual,
la chica es tan guapa que no parece normal,
pero ay si te acercas un centímetro de más,
te las verás con Meggo, Detrs, Kllips y Phasx.

Ahí estaba otra vez, y ahora le costaría trabajo quitárselo de la cabeza.

Víbora se habría reído de sí mismo si la situación no fuera la que era.

Desahogarse a golpes con el contenedor le había servido de algo, pero estaba muy lejos de sentirse bien. Y a pesar de todo seguía repitiéndose el estúpido estribillo una y otra vez mientras observaba al verpine. Meggo, Detrs, Kllips y Phasx. Sí, sabía sus nombres, pero eso no le ayudaba a distinguir a uno del otro. Hanniuska en cambio parecía no tener la menor dificultad para saber quién era quién. *Supongo que también sería fácil para mí si me hubiera pasado tantos años como ella viviendo entre verpines.*

—¿Dónde están los otros? —No había terminado aún de hacer la pregunta cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—Detrs y Kllips están muertos. Meggo está en la enfermería con heridas muy graves. Lo mantienen sedado a la espera de quede libre uno de los tanques bacta, pero puede que no viva para verlo. Del resto de mecánicos, hay siete muertos y cinco heridos, aunque ninguno está tan mal como Meggo.

Víbora se mordió el labio.

—Lo siento mucho.

Hanniuska asintió.

—Phasx ha decidido que lo mejor que puede hacer es ponerse a trabajar, ya que no puede hacer nada para ayudar a sus hermanos o a sus amigos. Estos verpines son tan prácticos en su forma de pensar… Probablemente tiene razón, pero no creo que yo pudiera… —Hanniuska se interrumpió, acordándose súbitamente de algo—. Antes de que nos alcanzaran vi cómo se llevaban a Sparks en una camilla. ¿Cómo está?

—Me han dicho que saldrá de ésta.

Hanniuska se lo quedó mirando, notando probablemente el filo de amargura en su voz.

—¿Y el resto de los chicos? Aquí todavía faltan cazas…

Víbora le devolvió la mirada.

—Hemos perdido a Torpedo, a Sacart, a Iceberg y a Ermitaño. No sabemos si ha sobrevivido alguno de ellos, porque los corelianos se han apresurado a recuperar a todos los pilotos eyectados, los suyos y los nuestros. Además me acabo de enterar de que han derribado a la *Compasión* sobre Seibergia con Rúster, Alce, Llamarada y el Doctor Al Saruff a bordo.

—¿Qué? ¿También la *Compasión*? —Consternada, Hanniuska bajó la vista al suelo—. Tenía que haberlo imaginado. Las cosas han tenido que ser duras también ahí afuera.

—Todo un infierno. Y es posible que aún no haya acabado.

La mujer asintió en silencio, todavía con la cabeza gacha. Una nueva lágrima trazó un segundo surco sobre su mejilla. Hanniuska se llevaba bien con la mayoría de los pilotos. Algunos incluso eran buenos amigos suyos, especialmente Rúster entre todos ellos. Víbora se arrepintió de haber venido en su busca tan pronto, sin enterarse primero de si había habido bajas —y vaya si las había— entre su gente. Las noticias que acababa de darle no podían sino ahondar en su pena. Maldiciéndose a sí mismo por su falta de tacto esperó a que Hanniuska rompiera a llorar en cualquier instante, temiendo el momento a la vez que esperando ser capaz de ofrecerle algún consuelo. Pero no sucedió.

La mecánico jefe desenganchó un hidroespáner de su cinturón de herramientas y se subió ágilmente a la nave adyacente al ala-A que ocupaba a Phasx.

—Me aseguraré de que estas latas volantes estén de nuevo en condiciones de combatir cuando las necesitéis.

—Gracias —dijo Víbora, pensando en añadir algo más pero sin que se le ocurriera nada. Empezaba a darse la vuelta cuando volvió a escuchar la voz de la mujer.

—Víbora…

—¿Sí?

—La próxima vez derriba por mí a un par de corelianos.

Víbora se marchó sin contestar, sintiendo como aumentaba en su interior la inquietud que le acompañaba desde que había visto pelearse a Solo y a Araña. La reacción de Hanniuska era una prueba más de algo que empezaba a preocuparle profundamente. Antes de la reciente batalla, si alguien les hubiera preguntado, la inmensa mayoría de la gente de la Nueva República hubieran respondido que no querían una guerra contra los mundos corelianos, y habrían sido sinceros al decirlo. Esas mismas personas, al menos a bordo de ésta y del resto de las naves que habían tomado parte en la refriega, ahora estaban sedientas de venganza, y no era difícil suponer que entre los corelianos del otro bando el sentimiento sería recíproco. *Todos hemos sufrido bajas hoy, aunque seguramente las nuestras han sido peores. No puedo imaginar cómo van a evitar que esas muertes se interpongan y arruinen cualquier intento de negociación de paz.* Víbora meneó la cabeza lentamente de un lado a otro .

Buena suerte, princesa Leia. Seguro que va usted a necesitarla. Y si realmente existe tal cosa, que la Fuerza le acompañe.

—No sé cómo vamos a apañárnoslas para sacarlo —Alce movió la cabeza de un lado a otro mientras salía a través de la escotilla de emergencia—. El acceso a la cabina está bloqueado sin remedio. Necesitaríamos un soplete láser para poder abrir una salida.

—Tiene que haber alguna otra forma —dijo Llamarada—. No podemos dejarlo aquí, quién sabe cuánto puede tardar en llegar un equipo de rescate.

—Si es que llega —contestó Alce. Ante la mirada de desaprobación que le dirigió Llamarada, el alderaano decidió elaborar un poco más su respuesta—. Quiero decir si es que llega a tiempo. Podría aparecer otro de esos pollos andantes, y seguro que no tendríamos tanta suerte como con el primero. Esos soldados que huyeron en la motojet pueden estar pidiendo refuerzos en este mismo instante.

—¿Tú crees que pueden ser parte de una ofensiva seibergia? Hasta ahora nunca habíamos detectado vehículos militares seibergios tan lejos de la línea fronteriza. Tenemos que hacernos con una unidad de comunicaciones como sea…

—Por favor, pensad en algo —rogó Rúster apareciendo a espaldas de Alce— Creo que el doctor estaba en lo cierto. Debe tener alguna herida interna, una hemorragia o algo así. Creo que está a punto de entrar en coma.

Sdermila observaba a la gente de la Nueva República viéndoles entrar y salir de la nave accidentada, preguntándose cómo podía ayudarles. Otros refugiados habían ido acercándose en los últimos minutos, aunque la mayor parte del grupo se había quedado en el sendero. Al mirar hacia allá, Sdermila vio a Deveralia y a sus hijos, y un poco más lejos a Redina. Sdermila les saludó oscilando un brazo para hacerles saber que estaba allí y que estaba bien.

Deveralia respondió levantando tímidamente la mano, aunque volvió a bajarla enseguida. Sdermila se volvió hacia los extranjeros. Por lo visto seguían sin poder sacar a su doctor. Tirando de su kala'ballo, se aproximó a la nave intentando ver la cabina. Fue entonces cuando reparó en el panel visor rajado.

—Discúlpeme, señora —llamó a la mujer que llevaba el brazo en cabestrillo, la que se había presentado con el curioso nombre de Llamarada y que parecía ser la jefa—. ¿Han probado ustedes a romper el parabrisas?

—¿El parabrisas? —repitió Llamarada—. Ah, se refiere usted al visor. Está hecho de transpariacero. Incluso estando fracturado no hay manera de que podamos romperlo. Alce lo ha intentado ya en vano.

—Pero si pudieran romperlo, ¿correría peligro el hombre que está atrapado dentro?

—Podríamos cubrirle con unas mantas. ¿Por qué? ¿Tiene usted alguna idea? —El escepticismo y la esperanza se mezclaban a partes iguales en la voz de la joven.

—Quizá sí. O quizá no, si esa cosa es tan dura como dice usted.

—¿Cómo lo haría?

—Con mi kala'ballo. Él podría romperlo, bueno, eso creo.

La joven no se detuvo a preguntar detalles. Corrió hacia sus compañeros y les dijo algo. Ambos volvieron a entrar en la nave dándose mucha prisa.

Cuando salieron, la joven regresó hasta donde se encontraba Sdermila.

—¿Qué necesita? Tenemos algunas herramientas…

—No, no, sólo quédense detrás de mí —Sdermila tiró de las riendas obligando al kala'ballo a moverse—. Vamos, vieja bestia. Veamos si dentro de ese feo corpachón tuyo queda algo de tu mal genio —Sdermila hizo volverse al animal de forma que sus cuartos traseros quedaran frente al visor dañado, a menos de medio metro de donde su lado derecho desaparecía bajo la nieve.

Una vez allí dejó caer las riendas y retrocedió unos pasos. El kala'ballo parecía bastante tranquilo, tanto que ni siquiera se movió de donde estaba a pesar de que ya nada lo sujetaba. Sdermila se agachó y cogió un puñado de nieve entre las manos, dándole forma hasta conseguir una bola de buen tamaño. Sin pensarlo dos veces apuntó a los cuartos traseros del animal y se la arrojó con todas sus fuerzas. La sobresaltada bestia reaccionó soltando una tremenda coz, de tal manera que golpeó el visor con los dos cascos traseros al mismo tiempo. Casi sin ruido, el transpariacero se agrietó en todas direcciones formando una tela de araña. Ahora sí, el viejo kala'ballo hizo amago de escaparse, pero Sdermila ya estaba a su lado recobrando las riendas. Un corpulento anciano que había estado observando la escena a poca distancia se acercó cojeando por el otro lado del animal y le ayudó a sujetarlo.

—¡Sí, será suficiente! —exclamó con satisfacción el extranjero alto, al que las mujeres llamaban Alce, mientras golpeaba el visor con una barra metálica.

Varios trozos se desprendieron, cayendo hacia el interior de la cabina.

—¡Rúster, échame una mano aquí!

—Sshhh. Vale ya, vieja bestia —Sdermila susurró junto a la oreja del kala'ballo al tiempo que le acariciaba el pelaje del cuello con la mano libre—. Has hecho un buen trabajo. Estoy muy contenta contigo.

—Todavía es un buen kala'ballo —comentó el anciano cojo en balanio—. Nunca se puede decir cuándo uno de estos animales es demasiado viejo.

—Muchas gracias, Sdermila —dijo Llamarada—. Usted y ese… ¿kala'ballo? Sí, usted y ese kala'ballo suyo puede que hayan salvado la vida de nuestro doctor.

Sdermila asintió, notando que se le humedecían los ojos.

—Lo siento —dijo Llamarada al darse cuenta—. ¿He dicho algo que no debiera?

—No, no, qué va —respondió ella recobrando la compostura—. De parte del kala'ballo y mía, de nada.

Llamarada sonrió y caminó de vuelta hacia la nave.

—Ya lo has visto, Taigor —dijo Sdermila para sí, en un tono tan bajo que nadie más pudo oírlo—. La vieja bestia acaba de redimirse. Te mató a ti, pero ahora ha salvado la vida de otro hombre. —En esos momentos Alce salía a través del visor roto sujetando dos

de los extremos de una gran manta marrón, al parecer con considerables dificultades. Rúster sujetaba la otra parte lo mejor que podía, y su rostro estaba rojo por el esfuerzo. Dos mujeres balanias y el anciano que la había ayudado a sujetar al kala'ballo se apresuraron a colaborar. Lo primero que pensó Sdermila fue que el doctor de la Nueva República tenía que ser muy grande, muy gordo, o las dos cosas a la vez. Pero cuando terminaron de sacarlo y tuvo ocasión de ver mejor el cuerpo que yacía sobre la manta, jadeó sorprendida—. Bueno, quizá no se trate exactamente de un hombre, Taigor —se corrigió a sí misma— pero el caso es que le ha salvado la vida.

Acomodaron al doctor Al Saruff lo mejor posible sobre una camilla flotante que Alce y Rúster consiguieron extraer del compartimento de carga de la lanzadera. Era evidente que los balanios no habían visto nunca a un ithoriano porque su apariencia causó sensación. La primera persona que se recobró de la sorpresa fue la señora mayor, Sdermila, que ahora ayudaba a Rúster mientras ésta examinaba el magullado cuerpo del doctor. Bajo la dirección de Llamarada, algunas de las mujeres más fuertes entre el grupo de refugiados —una vez que comprobaron que no había peligro evidente, eran muchos los balanios que se habían aproximado hasta allí— hicieron una cadena humana hasta el interior mismo de la *Compasión*, en un intento por recobrar todo lo que se pudiera de su cargamento. La mayoría de los contenedores habían resistido bastante bien el golpe sin sufrir grandes daños, pero algunos de los elementos más valiosos, como eran los dos procesadores de alimentos y el generador de energía, jamás podrían ser extraídos a través de la relativamente estrecha escotilla de emergencia. No había tiempo para intentar desmontarlos y sacarlos por piezas y, en todo caso, tampoco podían llevarse demasiadas cosas con tan sólo un puñado de kala'ballos para cargarlas.

Mientras Alce observaba con atención los alrededores, docenas de paquetes sellados conteniendo comida y medicinas, tiendas de campaña y todo tipo de suministros, fueron pasando de mano en mano hasta el exterior de la lanzadera, donde Llamarada se encargaba de clasificarlos. Alce bajó los electrobinoculares para echarle un vistazo a los diversos montones de material recobrado apilados uno al lado del otro. Pronto tendrían todo lo que podían llevarse. Alce dudó. Quería inspeccionar el AT-ST antes de que se marchasen, pero por otro lado no le gustaba la idea de descuidar la guardia mientras todo el mundo, Llamarada y Rúster incluidas, estaban demasiado ocupados como para darse cuenta de si algo o alguien se acercaba. Hasta el momento no había visto nada que le hiciera pensar que pudiera haber más tropas en las cercanías, pero eso no le tranquilizaba. Con su equipo invernal un pelotón de soldados de asalto como los que les habían atacado antes podía ser virtualmente invisible hasta encontrarse a muy poca distancia. En este terreno, en trescientos metros a la redonda habría al menos un centenar de sitios donde un par de ellos podían ocultarse con un bláster ametrallador tipo E o con un lanzador de misiles de mano. Pero si realmente estaban allí, ¿a qué estaban esperando para atacarles u

obligarles a entregarse? Y sin embargo el sitio más obvio desde el que les podían tender una emboscada lo tenían encima. Era el propio AT-ST, cuyos ocupantes podían estar vivos y al acecho, esperando tan sólo el mejor momento para cogerles desprevenidos por la espalda. Alce se decidió. Llamó a Llamarada e hizo un gesto hacia el caminante caído. Ella asintió y se palmeó el bláster que colgaba de su cintura. Alce sonrió y le arrojó los electrobinoculares, que ella atrapó al vuelo con su mano sana. A veces le seguía sorprendiendo lo bien que se entendían el uno al otro sin necesidad de hablarse siquiera. Un poco más tranquilo, se encaminó hacia el AT-ST.

Alce abrió la escotilla superior con el mayor cuidado posible, con el cañón del bláster por delante, listo para disparar al menor signo inesperado de movimiento. Sus precauciones demostraron ser superfluas: los dos ocupantes del caminante estaban muertos como ya había sospechado, pero hasta ahora no se había atrevido a darlo por cierto.

No hacía falta ser doctor en Medicina para saber que uno de ellos tenía el cráneo roto. Su casco estaba hundido completamente por encima de la frente a consecuencia de un impacto brutal contra el parabrisas blindado. El tipo había sido lo suficientemente estúpido o descuidado como para no llevar ajustadas las cintas de seguridad.

El otro confundió a Alce al principio, hasta el punto de que no se atrevió a guardar el bláster hasta estar seguro. No llevaba puesto el casco, pero la forma en que éste descansaba sobre el destrozado panel de control hacía pensar que no se le había caído, sino que él mismo lo había puesto allí tras el colapso del caminante. Tenía la cabeza apoyada mansamente sobre el pecho, dándole el aspecto de un androide al que hubieran desactivado, pero no se veía sangre ni ninguna otra señal de posibles golpes o heridas. Tan sólo su palidez extrema hacía pensar que aquel hombre estaba más allá de este mundo. Alce usó el bláster para volverle la cara, muy despacio, en busca de alguna pista sobre lo que había acabado con el soldado, y al hacerlo algo se resbaló desde su boca. Parecía una especia de joya o medallita, representando lo que parecía ser el emblema de la unidad militar a la que pertenecía. Colgaba de una cadenita que el soldado llevaba alrededor del cuello, por debajo de la armadura. Cuando Alce, intrigado, la giró para verla bien, descubrió que la joya escondía un minúsculo compartimento en la parte de atrás. Estaba abierto y vacío.

—Veneno —dijo Alce en voz alta—, tiene que ser algún tipo de veneno.

No había forma de saberlo a ciencia cierta a no ser que se le pudiera practicar una autopsia al cadáver, cosa que tenía muy pocas probabilidades de suceder, o mediante el análisis de los restos microscópicos que pudieran quedar en el interior de la joya.

Alce decidió comprobar si el otro soldado también llevaba un collar similar. Si estaba en lo cierto al suponer que el símbolo grabado en la joya era un distintivo militar, parecía lógico suponer que otros soldados también tuvieran el suyo. Enfundó el bláster y utilizó las dos manos para quitarle el casco al de la cabeza hundida. No pudo evitar mancharse los guantes con la sangre que, medio congelada, cubría casi por completo la cara y el pelo del hombre. Al palparle el cuello por debajo de la armadura confirmó sus sospechas. Con

mucho cuidado, pasó el collar alrededor de la cabeza y tras limpiarlo como pudo —utilizó el cuello del uniforme del otro soldado, que sobresalía un poco de su armadura— comprobó que la joya, idéntica a la otra, estaba intacta, con su compartimento oculto bien cerrado. Antes de abandonar la cabina del caminante abrió todos los compartimentos y registró las dos armaduras. Se llevó las armas personales de los soldados —blásters ligeros de procedencia imperial—, sus chips de identificación y un datapad, que podría o no contener información de interés. Cuando salió por fin del AT-ST, Alce agradeció el viento frío que le recibió nada más asomarse al exterior. Le helaba la cara, pero también se llevaba el olor a muerte que impregnaba sus fosas nasales.

Mientras tanto, Rúster y Sdermila habían atado la camilla flotante sobre la que se encontraba el doctor al kala'ballo de la mujer. Los distintos paquetes seleccionados entre todo lo que se había conseguido recuperar de la *Compasión* estaban sujetos a lomos de los restantes animales, y repartidos entre las mochilas y bolsas de los propios refugiados. La mayor parte de éstos había vuelto ya al sendero. La columna estaba lista para reanudar la marcha.

—Viajaremos con ellos —le explicó Llamarada a Alce—. Después de todo van hacia el mismo campo de refugiados al que nos dirigíamos nosotros. Así podremos ofrecerles alguna protección.

—Y a la vez pasaremos más desapercibidos yendo entre ellos —dijo Alce en voz baja, de forma que ni Rúster ni ninguno de los balanios más próximos pudieran oírle—, en el caso de que entre estas montañas se oculten indeseables mirones.

Llamarada asintió.

—También lo he tenido en cuenta. ¿Qué has encontrado en el caminante?

—Los dos tripulantes están muertos. Uno de ellos a causa del golpe, el otro se ha suicidado —Llamarada se lo quedó mirando arqueando las cejas—. Se envenenó. Los dos llevaban uno de estos —explicó Alce enseñándole el collar—. El veneno está oculto aquí, detrás del colgante. Estoy seguro de que no es un condimento para sus comidas campestres.

—¿Por qué crees que tendrán tanto miedo de ser capturados?

—Vete a saber. Quizá hayan cometido tantas atrocidades que temen que los balanios les torturen, si llegan a ponerles las manos encima.

—¿Puedes imaginarte a estas mujeres, niños y ancianos torturando al alguien?

—No, pero la gente puede llegar hacer cosas terribles cuando se les ha empujado demasiado. De todas formas estaba pensando en la guerrilla.

—Puede ser. Sdermila ya los mencionó antes, ¿te acuerdas? Una de las mujeres me ha confirmado que tuvieron un encuentro con ellos la noche pasada. Reclutaron a todos los hombres que estaban en condiciones de combatir y a no pocas mujeres. Por eso no hay más que ancianos y madres con sus hijos. Al marcharse les dejaron a un muchacho para que les hiciera de guía.

—Es verdad, el guía. Si era él quien disparaba contra los soldados de asalto, desde luego nos ha salvado el cuello. No creo que hubiéramos conseguido ponerles en fuga sin

su ayuda. ¿Pero por qué no ha dado señales de vida…? —Alce se detuvo antes de terminar la frase. Por la mirada de Llamarada, a ella se le había ocurrido la misma idea. Alce echó a correr hacia el lugar donde pensaba que se ocultaba su invisible aliado.

No tardó en encontrarlo. Un rayo láser había pasado a través de su garganta destrozándole el cuello. De hecho tenía la cabeza prácticamente colgando. Por su aspecto no podía tener más de quince años. Alce se sintió de repente asqueado y muy, muy furioso.

—No se puede hacer nada —le dijo a Llamarada y a Rúster, que había acudido con un medicpac recién rescatado de la lanzadera.

—Pobre chico —dijo Llamarada. Rúster hizo un gesto de congoja y apartó la mirada del cuerpo.

—Ya que hemos llegado hasta aquí voy a ir a echar un vistazo —dijo Alce mirando hacia la cercana loma desde la que disparaban los soldados de asalto.

—No me esperéis, ya os alcanzaré yo.

Llamarada sacudió la cabeza y se dio la vuelta junto a Rúster. Alce continuó hacia la loma, dando un cauto rodeo para mantenerse tras la cobertura de las rocas y no exponerse demasiado. Al llegar allí descubrió el cadáver de un soldado de asalto y una motojet con el motor agujereado en dos sitios distintos por sendos disparos de bláster. Cerca del soldado encontró un fusil láser de precisión medio enterrado en la nieve. Alce lo cogió. Era del mismo tipo que solían emplear los francotiradores de los comandos imperiales de élite, y llevaba instalada una mira térmica. Seguramente la nieve había contribuido a confundir al dispositivo, atenuando las lecturas que recibía y dificultándole la adquisición de blancos. De no ser así, era muy probable que Alce hubiera acabado igual que el chaval de la guerrilla, al que probablemente debía la vida. Al mirar alrededor, reparó en una serie de huellas desiguales alejándose más o menos en la misma dirección que había seguido la motojet que escapó. Al acercarse a examinarlas, vio también algunas manchas de sangre, casi absorbidas ya por la nieve pero visibles todavía, salpicando las huellas aquí y allá. *Así que uno de ellos estaba herido. Esta motojet había quedado inservible, así que no le quedó más remedio que intentar escapar a pie*. Alce dio algunos pasos siguiendo las huellas. Algunos metros más allá el soldado parecía haberse caído. A partir de allí las huellas eran incluso más irregulares . *Va casi arrastrándose. No puede haber llegado muy lejos*.

Sujetando el bláster de precisión frente a él y sin quitar el dedo del gatillo, Alce comenzó a seguir las huellas tan rápido como podía, a pesar de que en algunos puntos se hundía hasta las rodillas en la gruesa capa de nieve.



Capítulo XII

Tras ser informada acerca de las bajas sufridas a bordo del *Guarida del Lobo* y los daños que el propio portanaves había sostenido, la capitán de navío Talina Gen'yaa ansiaba más que nunca poder volver a su nave para hacerse cargo en persona de la situación, pero el vicealmirante Sinessis había prohibido cualquier vuelo que no fuera absolutamente indispensable. Lo cierto era que aún sin esas restricciones no habría tenido forma de regresar, al menos por el momento. Según acababan de explicarle las dos lanzaderas del *Guarida* habían sido destruidas, y en el *Alma Valiente* no quedaba ni una sola disponible. Todas se encontraban barriendo literalmente el área del reciente combate buscando cápsulas de evacuación o pilotos que hubieran saltado de sus cazas. Tras ver retirarse a las lanzaderas corelianas, que habían dispuesto de tiempo de sobra para llevar a cabo su cometido, se sabía ya que ésa era una búsqueda condenada al fracaso. Hasta el momento todo lo que habían podido encontrar era el cuerpo semicalcinado de uno de los pilotos del escuadrón Lancero. *Punto para el otro bando*, pensó la bothan con amargura.

De pie en la parte frontal del amplio puente —mucho mayor que el del *Guarida*—, de cara a un panel de observación que le permitía contemplar las evoluciones de los cazas del *Alma Valiente* —qué pocos de los ala-Y habían regresado—, Gen'yaa meditaba en calma, consciente de que el capitán Odicri había dado órdenes a sus oficiales para que no se la molestara —un detalle un tanto condescendiente quizá, pero del que no se quejaba—. Mientras aguardaba más noticias y una oportunidad para marcharse del viejo acorazado, la bothan se dedicó a analizar la nueva situación con la calma y la frialdad que procuraba aplicar a la resolución de cualquier problema, por pequeño que fuera.

Los corelianos lo habían apostado todo a un único y definitivo acto, un golpe que debería haberles dado una rápida e incruenta —para ellos— victoria estratégica. Pero la repentina llegada del *Libertador* había arruinado sus posibilidades de éxito, al reducir de forma considerable la desventaja de la flota de la Nueva República. Con el destructor estelar allí, los corelianos difícilmente podrían alcanzar el control del sistema sin sufrir graves pérdidas por su parte, y Gen'yaa no creía que estuviesen dispuestos a correr ese riesgo: necesitaban demasiado sus grandes naves si querían mantener su independencia respecto al Imperio. Todavía podían pedirle refuerzos al Diktat, sí, pero la Nueva República haría lo mismo, y ahora lo sabían. Al enviar allí a una de sus naves de guerra más capaces, Mon Mothma le había hecho llegar un mensaje muy claro al Diktat: si nos obligáis a pelear eso es lo que haremos. De ese modo había conseguido forzar una negociación y ganar algo de tiempo, un logro nada despreciable, aunque por desgracia los corelianos empezaban con ventaja. Por si el poderío de sus cruceros no fuera suficiente

para permitirles dictar sus condiciones, se habían hecho con una valiosa carta con la que jugar: ellos tenían prisioneros y la Nueva República no.

Al menos el *Guarida* había sobrevivido a la batalla. La hazaña de Wumb resultaba casi increíble. Tal y como se le había ordenado, el sulustano había conseguido incapacitar temporalmente a uno de los cruceros enemigos, pero había logrado hacerlo sin que el portanaves fuera aniquilado en el proceso, como todos habían esperado y temido. De no ser por el *Libertador* así hubiera sucedido al final, de haber continuado la lucha, pero en lugar de permitir que la nave fuera destruida mientras escapaba, Wumb había elegido caer combatiendo. Si hubiera conseguido meter al *Guarida* entre el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*, como sin duda había pretendido, ambos cruceros habrían recibido daños por fuego amigo. Ahora que lo pensaba, la única forma que hubieran tenido los corelianos de evitarlo habría sido limitarse a usar armas de iones, en cuyo caso el *Guarida del Lobo* hubiera sido desactivado pero no destruido —a no ser que lo remataran después, lo cual no parecía probable teniendo la oportunidad de capturar al portanaves semiintacto—. Gen'yaa se preguntó si no sería eso precisamente lo que había ido buscando el astuto sulustano. La desactivación se traduciría en la supervivencia de la mayor parte de la tripulación, y eso era más importante que el hecho de que los corelianos pudieran hacerse con la nave, que aunque contaba con un diseño muy novedoso no contenía secretos que los corelianos pudieran vender o ceder después al Imperio, y además sólo podía ser reparada en Mon Calamari —lo que hacía imposible que pudiera ser eventualmente utilizada contra la Nueva República—. Desde luego Wumb era muy bueno, incluso mejor de lo que ella había creído hasta el momento, y sin duda también era valiente. La bothan no pudo evitar una ligera punzada de envidia al pensar en la gloria y el prestigio que esta proeza iba a garantizarle a su subordinado, pero enseguida suprimió ese sentimiento. Estaba orgullosa de su segundo y de su tripulación y, puestos a considerarlo todo, parte del mérito de su éxito recaería sobre sus hombros por el hecho de ser ella su capitán, y responsable por tanto de su constante adiestramiento. Qué ironía. Antes de que enviaran al *Guarida del Lobo* al cúmulo Viayak, su carrera hacia el almirantazgo prometía ser corta y rápida, y una gesta como ésta, incluso sin haber sido ella la protagonista directa, no habría hecho sino apuntalar la solidez de sus aspiraciones. Gen'yaa estaba en el buen camino para alcanzar su meta, y no a causa de sus contactos, sino por su trabajo.

Y sin embargo, dos torpedos de protones disparados a destiempo lo habían puesto todo en peligro. No sólo su carrera, sino el futuro mismo de la Nueva República.

Lo había visto venir. Más pronto o más tarde tenía que suceder un accidente como ése, era sólo cuestión de tiempo. Pero ay, ojalá no hubiera sido uno de sus pilotos el que derribara al maldito transporte. Hasta el momento su investigación no había arrojado resultado alguno. La única opción para salvar la cara de la Nueva República seguía siendo descargar todo el peso de la ley militar sobre las cabezas del capitán Gregory y de la teniente coronel Schroeder, pero aún así era muy probable que el daño estuviera ya hecho. Gen'yaa no depositaba demasiadas esperanzas en la posibilidad de que un consejo

de guerra a los dos pilotos, por sí solo, pudiera servir para evitar la confrontación con Corellia ahora que las cosas habían ido tan lejos. A menos que la consejera Leia Organa fuera realmente el genio negociador que muchos creían, la Nueva República se vería obligada a elegir entre una vergonzosa retirada del sistema Seibergia —con la consiguiente pérdida de apoyos a nivel galáctico— con tal de no darle al Imperio lo que estaba buscando, o quedarse y luchar, opción que a quien más beneficiaría sería al eterno enemigo. Nadie podía atreverse a vaticinar cuál de las dos posibilidades tendría peores consecuencias para la Nueva República a medio o largo plazo.

En cuanto al pueblo de la Región Balania, ellos estaban condenados en cualquier caso.

Incluso si lo que ahora parecía imposible sucediese, y se consiguiese evitar entrar en guerra contra Corellia sin sacrificar la imagen de la Nueva República, todo esto no podía dejar de afectarla a ella personalmente. Del mismo modo en que su carrera se beneficiaba del heroísmo y buen hacer de la tripulación del *Guarida del Lobo,* las acciones del escuadrón Cabeza de Lobo también se relacionaban con ella, pues era su oficial al mando, aquella que les impartía las órdenes. Eso le hacía participar tanto en sus éxitos como en sus fracasos. Ahora acababa de enterarse de que Gregory y Schroeder probablemente habían muerto. Gen'yaa maldecía la hora en la que había aceptado, e incluso aplaudido, la idea de enviarles a la Región Balania, pues esto la dejaba sin opciones.

Ya no podría celebrarse ni juicio ni consejo de guerra alguno. No habría humillación pública para los dos pilotos, pero tampoco se les podría declarar inocentes, objetivo que Gen'yaa se había propuesto —por ser el final más beneficioso para ella y para la Nueva República— desde el mismo instante en que puso en marcha su propio comité de investigación. Maldita sea. Su nombre aparecería en los documentos de Historia junto al de aquellos que habían causado, o podrían haber causado, una guerra entre los mundos corelianos y la Nueva República, y precipitado quizá el final del sueño de la Rebelión.

Gen'yaa frunció el ceño con gran disgusto. Una parte de su mente se rebelaba ante su falta de consideración hacia las vidas de esos pilotos que, hasta la fecha, podrían haber sido considerados héroes de la Nueva República por sus pasadas hazañas. De hecho se les había condecorado varias veces a ambos.

¿Lamentaba sus muertes solamente porque quería que se les sometiera a juicio? Sí, un juicio hubiera estado bien. Cualquiera que fuera el veredicto hubiera sido mejor que esto que algunos llamarían «justicia poética». La galaxia entera daría por sentado que Gregory y Schroeder habían sido culpables de una negligencia criminal que había conducido a la muerte de varias decenas de inocentes, y asentiría con satisfacción al saber que ambos pilotos habían muerto poco después del mismo modo en que lo habían hecho sus víctimas.

Gen'yaa sentía náuseas de sólo pensarlo. *Esto no es justicia, ni poética de ninguna otra clase. Incluso si eran culpables no tenían por qué morir por ello*. La capitana hizo una mueca, sorprendida a medias de sus propios sentimientos. Se preguntó si no serían

sus genes humanos los que de vez en cuando le hacían sentir y pensar en un modo que ella misma le desconcertaba.

Pero no, no creía que fuera eso exactamente. Si uno se paraba a analizarlo no había virtudes o defectos que pudieran considerarse como exclusivamente humanos o bothan. Dey'jaa, por ejemplo, era completamente bothan, pero no mostraba una ambición sin límites como otros de su especie. ¿Tenía límites la suya propia? Gen'yaa pensaba que sí. Ella no pretendía llegar a ser presidente de la Nueva República, objetivo sin duda de su benefactor, el consejero Borsk Fey'lya. Ni siquiera se le ocurría desear ser consejera o senadora, posibilidad que quedaría abierta cuando el Senado Galáctico fuera restituido como Mon Mothma había prometido ya. Gen'yaa sabía bien cuál era su sitio, y si llegar a él era bueno para el pueblo bothan mejor que mejor. ¿Había algo malo, o mejor dicho, poco bothan, en desear que esos pilotos hubieran sobrevivido por algo más que por el hecho de que vivos eran más útiles para sus intereses personales? Descubrió que ya se había respondido a sí misma un momento antes, cuando reflexionaba acerca de los logros de Nil Wumb. Respetaba a su tripulación y a los miembros del escuadrón Cabeza de Lobo tanto como pretendía ser respetada por ellos. Aunque no era habitual que se parara a pensarlo, y mucho menos decirlo en voz alta, lo cierto era que deseaba lo mejor para todos ellos, y eso no incluía ni la muerte, ni la derrota, ni la humillación. Después de todo, era su capitán.

Gen'yaa sonrió sin humor. *¿Así que no soy un bloque de hielo como todo el mundo, yo misma incluida, pensaba?* Pero la capitana no se llevaba a engaño. Suponiendo que Gregory y Schroeder hubieran sobrevivido, si llegaba a tener que escoger entre ellos y su propia carrera la elección sería obvia.

Después de todo, Gregory había desobedecido sus órdenes y Schroeder se lo había consentido.

Gen'yaa dejó a un lado las cavilaciones y retornó con celeridad al análisis de los problemas que debía afrontar. Quizá no todo estuviera perdido.

Se preguntó si Dey'jaa habría tenido ocasión de poner en práctica su plan. Si de él se obtenían los resultados que esperaba, dispondría de los medios para probar lo que hasta ahora sólo su intuición y su natural inclinación a sospechar de todo le decían: que la presencia de un carguero civil junto a un convoy de naves seibergias que se disponían a desplegar minas espaciales no podía ser fruto de la casualidad. Si podía demostrar eso, entonces podría conseguir que Schroeder y Gregory fueran absueltos en un hipotético consejo, incluso si el alderaano había efectuado su último disparo sin una identificación positiva de su objetivo. Sí, los quería a los dos vivos, y volando otra vez, si era posible.

Eso sería bueno para todo el mundo, empezando por ella misma.

—Capitán de navío Gen'yaa —escuchó la voz del capitán Odicri tras ella—, tenemos una transmisión para usted procedente del *Primer Ciudadano*.

—¿Del *Primer Ciudadano*? —*El almirante Sinessis no ha volado hasta el Primer Ciudadano, ¿verdad?* Si se había iniciado ya una negociación, tenía lógica que ésta se

estuviera llevando a cabo a bordo de la nave insignia coreliana, pero lo que ignoraba es que el almirante fuera a participar en ella.

Sinessis había abandonado el puente del *Alma Valiente* apenas cesó el combate, supuestamente para ir a la Sala Táctica a planear su estrategia en el caso de que la tregua fuera interrumpida por otra explosión de violencia. Pero si no era él…

—¿De quién se trata?

—Es la consejera Organa —Los grandes ojos rojos del duro no mostraban señal alguna de que Odicri estuviera bromeando. Gen'yaa asintió ocultando su sorpresa y siguió al capitán del *Alma Valiente* hasta el área cubierta por el holoproyector. El cilindro iluminado sobre el disco de proyección del aparato mostraba ya la imagen tridimensional de una mujer joven de corta estatura y cabello muy oscuro, que vestía un uniforme militar de la Nueva República sobre el que no se veían marcas de rango. La consejera Leia Organa. La princesa Leia en persona.

—Alteza, soy la capitán de navío Gen'yaa, capitana del portanaves de combate *Guarida del Lobo*.

—Me alegro de conocerla, capitán Gen'yaa. Por favor, llámeme mejor consejera —Sin ninguna pausa perceptible tras aclarar en dignidad de qué se presentaba, Leia Organa continuó hablando—. Aunque mis anfitriones corelianos me han asegurado que ésta es una línea privada y no monitorizada, preferiría que no revelara usted ningún detalle de carácter estratégico durante esta conversación.

—Entiendo, consejera.

—Bien. Con anterioridad al desastre de hoy, el incidente protagonizado por pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo se había convertido en el auténtico foco de esta crisis. Los corelianos lo consideran aún el punto de no retorno.

—¿Y qué les parece haber hecho saltar por los aires la lanzadera en la que viajaba el comité encargado de investigar ese preciso incidente?

—Buen punto, capitán —A pesar de sus palabras, la imagen holográfica de Leia Organa frunció el ceño en dirección a Gen'yaa y negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Ése era un punto que no debía comentarse en este momento—. Dicen que ha sido accidente, causado por el hecho de que la lanzadera casualmente entró en el espacio real demasiado cerca de una de sus naves, causando la reacción de sus defensas automáticas que interpretaron su presencia como una amenaza. Yo les creo, capitán. —*Y yo también*— pensó Gen'yaa —*pero eso hace nuestra posición un tanto más defendible, ¿no es así? Cualquiera puede sufrir o causar un accidente, incluidos ellos mismos.*

—Pero la cuestión de la destrucción del transporte civil permanece —prosiguió la consejera—. Me han informado que, antes de los últimos y más desafortunados sucesos, había conducido usted su propia investigación con personal a su cargo. ¿Han llegado ustedes a alguna conclusión?

—Aún no, consejera, aunque aún no hemos dado por concluido nuestro trabajo. Nuestros… —Gen'yaa se quedó callada por unos instantes. Tenía que decirle a la consejera que había surgido una seria complicación a causa del siniestro de la

Compasión, pero ¿cómo? Si esta conversación estaba siendo seguida por los corelianos, como Organa parecía sospechar, ni siquiera podía mencionar el asunto. Si los corelianos llegaran a enterarse de que el piloto que mató a los refugiados y su comandante estaban en Seibergia, vivos o muertos, se apresurarían a acudir en su búsqueda y captura.

—¿Sí, coronel?

Gen'yaa inspiró.

—Es algo que debo pedirle a usted. Quizá pueda ayudarnos.

Leia Organa la miró directamente a los ojos a través de la distancia que separaba las respectivas naves en las que se encontraban. Tenía que estar preguntándose qué se proponía Gen'yaa, pero su expresión permaneció inmutable.

—La escucho.

—Varios miembros de mi tripulación se presentaron voluntarios para permanecer unos días trabajando en uno de nuestros campos de refugiados en la Región Balania.

—Eso es algo que les honra —El tono de la consejera era completamente neutral. Gen'yaa no tenía modo alguno de saber si alguien le había informado o no acerca del hecho de que los dos pilotos más directamente involucrados en el incidente iban a viajar a la Región Balania. Si ése era el caso, podría captar la indirecta y darse cuenta de lo que intentaba decirle. Gen'yaa tuvo la impresión de que sí que lo sabía. En ese instante se le vino una idea a la cabeza que, por un momento, le hizo dudar. Había oído decir que Leia Organa tenía las habilidades de un Jedi al igual que su supuesto hermano, Skywalker.

Aunque personalmente ella no creía en la existencia de la Fuerza, Gen'yaa daba por cierto que los Jedi tenían poderes paranormales que hasta ahora nadie había sabido explicar. ¿Podría Organa leer su mente, incluso a distancia? ¿Y si descubría que lo de presentarse voluntarios había sido una manipulación suya? Gen'yaa decidió no seguir preocupándose por esa posibilidad. Organa era una diplomática. Si un pequeño engaño le permitía evitar una guerra, la apoyaría. En cualquier caso, no podía volverse atrás en algo que ya había hecho.

—La lanzadera en la que viajaban fue derribada sobre la Región Balania en los primeros instantes de la batalla. Cuatro personas iban a bordo, incluyendo al jefe médico del *Guarida del Lobo*. Yo misma acabo de enterarme.

La alarma de Leia Organa parecía sincera.

—¿Están todos bien?

—Aún no lo sabemos. Mi primera intención hubiera sido solicitar una expedición de rescate, pero me han dicho que los corelianos han avisado que considerarán como un acto de guerra cualquier nueva violación del espacio aéreo seibergio, y el fin de la tregua por tanto.

—Así es, capitán, pero no creo que nos nieguen el permiso para enviar una nave en socorro de su gente. Hablaré con el almirante coreliano.

—Muchas gracias, consejera.

—Comprendo y comparto su preocupación por los miembros de su tripulación, capitán. Mientras tanto, regrese usted a su nave y compruebe si sus subordinados han

realizado algún avance en la investigación. Si se da el caso, contacte conmigo de inmediato a través del almirante Sinessis. Yo haré lo mismo cuando pueda organizarse el rescate de su gente.

—De nuevo gracias, consejera.

—No tiene usted por qué dármelas, capitán. Ah, y esto es algo personal, felicite usted de mi parte a su tripulación y a sus pilotos por su excelente trabajo. Si sucediera que mis anfitriones me estuvieran escuchando a causa de algún error con la línea de comunicaciones, no creo que deban molestarse por que le diga a usted esto. Organa fuera.

La imagen se desvaneció antes de que Gen'yaa pudiera dar las gracias por tercera vez. Las últimas frases de Organa habían sonado casi como una provocación a los corelianos, en el caso de que la transmisión realmente estuviese siendo monitorizada. El mensaje estaba bastante claro: no abusen de su posición. Una flota considerablemente inferior a la suya ha conseguido ponerles en apuros y detener su avance. Ahora que las fuerzas están más equilibradas, si intentan recurrir de nuevo a la violencia deberán atenerse a las consecuencias.

Qué inteligente por parte de Organa aprovechar de esa forma cada ocasión para influir en el ánimo de sus adversarios. Gen'yaa tenía forzosamente que respetar a la mujer. El elogio que había dirigido a sus subordinados también la había encendido a ella, fuera ésa la intención de Organa o no. Y al parecer Gen'yaa no era la única que estaba impresionada.

La expresión facial de los nativos de Duro le resultaba prácticamente inescrutable, pero lo cierto era que el tono del capitán Odicri estaba lleno de consideración cuando se dirigió de nuevo a ella.

—Haré regresar ahora mismo a una de las lanzaderas, capitán Gen'yaa.

Estará usted de vuelta en su nave antes de media hora.

La noche había caído sobre la Región Balania, aunque Rúster no podría decir cuándo exactamente había sucedido. La gruesa capa de nubes que ocultaba por completo el cielo dejaba pasar tan poca luz que Rúster no había sabido nunca dónde estaba el sol del sistema. Seibergia no tenía lunas que pudieran iluminar sus cielos nocturnos, por lo que la oscuridad reinante hubiera sido igual de absoluta aunque hubieran estado despejados. Sin atreverse a encender ni siquiera una humilde linterna por miedo a llamar la atención de posibles tropas o paramilitares seibergios, los refugiados avanzaban por el cada vez más estrecho sendero lentamente, casi a ciegas, cada uno siguiendo la espalda de la persona o de la bestia que tuvieran delante. El frío era ahora terrible. La única razón por la que Rúster no se quejaba en voz alta, a pesar de que tenía que apretar los dientes para que no le castañeteasen, era que le hubiera dado vergüenza hacerlo. Mientras que ella vestía ropas y botas termales, la gran mayoría de los balanios se protegían tan sólo con abrigos y capas corrientes, o en algunos casos con mantas que se envolvían en torno al

cuerpo. El gélido viento soplaba con fuerza entre los acantilados y se metía por las chimeneas naturales formadas entre las rocas. El ruido que hacía era tan tremendo en ocasiones que parecía como si las montañas fueran parte en realidad de un inmenso órgano, en el que alguien tocara una lúgubre y ominosa sinfonía cuyas siniestras notas invadían la mente de la lumi con un miedo atávico e irracional. A su alrededor, niños, mujeres y ancianos seguían caminando en silencio como lo habían hecho durante todo el día, prácticamente en fila india, cargando con sus escasas provisiones y con los paquetes rescatados de la *Compasión*. Apenas se les escuchaba un gemido o un lamento, aunque Rúster había visto lágrimas en muchos rostros cuando todavía había luz suficiente como para distinguirlas. Sentir tanta pena y tanto sufrimiento en torno suyo, sabiéndose incapaz de hacer nada por aliviarlo, llenaba su corazón de una angustia casi intolerable. Las únicas personas por las que podía hacer algo eran los heridos.

Además de la del doctor ahora llevaban una segunda camilla flotante, atada de igual modo a los cuartos traseros de un kala'ballo. El soldado de asalto seibergio estaba inconsciente cuando lo trajo Alce, y Rúster se había asegurado de que siguiera en ese estado. El sedante que le había administrado cumpliría la doble función de ayudarle a descansar y evitar que les causara problemas. El soldado, bastante joven a juzgar por su rostro lampiño y sin arrugas, tenía una herida limpia causada por un disparo de bláster justo debajo de la axila izquierda. El rayo podría haberle arrancado el brazo o incluso atravesarle el corazón, pero el tipo había tenido suerte. Había perdido bastante sangre, eso sí, pero Rúster no dudaba de que se recuperaría pronto. Los parches de bacta de los que disponía serían mucho más efectivos en su caso que en el de Ben Al Saruff.

El ithoriano necesitaba urgentemente la ayuda de un cirujano. El examen que le había realizado con ayuda del escáner médico incluido en el medpac había confirmado el autodiagnóstico del doctor y los peores temores de Rúster.

Al Saruff tenía rotas dos de las costillas superiores, y una de ellas había penetrado en uno de sus sacos respiratorios. Ambas fracturas estaban astilladas, y los fragmentos de hueso habían causado daños muy graves en los tejidos circundantes aparte de en el propio saco respiratorio. La única buena noticia era que la hemorragia interna parecía haber remitido un poco, aunque Rúster no sabía si achacarle todo el mérito al bacta —quizá los ithorianos tuvieran una velocidad de coagulación superior a la de los humanoides—. Le había inyectado antibióticos para evitar posibles infecciones, pero en cualquier caso las heridas eran lo suficientemente serias como para causarle la muerte al doctor en cualquier momento, sin necesidad de que se produjeran otras complicaciones. Había dos lesiones más, magulladuras aparte: una fisura en el hueso principal de la cadera —cuyo nombre ithoriano desconocía— y una fractura abierta en la pierna izquierda, pero ninguna de ellas preocupaba demasiado a Rúster, pues sabía cómo tratarlas. Había reducido ambas fracturas e inmovilizado la pierna, aplicando después apósitos de bacta que acelerarían la soldadura de los huesos. Si no surgían otros problemas, la recuperación sería completa y sin secuelas, pero para eso el doctor tenía que sobrevivir a sus lesiones internas.

Y eso Rúster lo dudaba.

Llamarada había asumido el liderazgo de la columna de refugiados con tanta naturalidad como había demostrado Alce al adoptar el rol de guía y escolta. Rúster casi les envidiaba. Odiaba sentir el peso del bláster que le habían dado, colgando de su cintura y rozándole el muslo a cada paso haciéndole imposible olvidar que lo llevaba. Entendía, no obstante, que fuera necesario. Si volvían a ser atacados por otro grupo de seibergios no tendrían más remedio que defenderse. Confrontada con la realidad de la guerra, mucho más cerca de ella de lo que se había sentido nunca en la cabina de su lanzadera —incluso cuando tenía que volar bajo fuego enemigo—, Rúster se había visto obligada a aceptar algunos compromisos tales como el de llevar un arma, y también el de usarla si llegaba el momento. Prefería no pensar en ello siquiera. Una vez había derribado un par de cazas TIE imperiales que se acercaron más de la cuenta a la *Compasión* ignorando el peligro de sus cañones, pero aquello parecía diferente. No podía ver las caras de los pilotos enemigos, sólo sus máquinas, y siempre podía esperar que los mecanismos de eyección automática les hubieran salvado de morir realmente a sus manos.

Ese mecanismo de autoconvencimiento —de autoengaño quizá— no le serviría de nada si tenía que disparar contra alguien y veía la sangre manando de las heridas. Su mente regresó al día en el que la luna Lumi fue invadida y ella tuvo que correr por su vida. Los soldados de asalto no respetaron a nadie. Mucha gente a la que quería murió en las dos horas escasas pero brutales que les llevó a los imperiales hacerse con el control completo de todas las infraestructuras. Mataron a Ros'ty, su pareja, a pesar de que iba desarmado.

En lugar de huir con ella, Ros'ty había insistido en quedarse atrás para intentar razonar con los invasores. Rúster lo había visto desde lejos, de pie en mitad de la plaza que daba acceso al centro cívico —el ayuntamiento—, levantando las manos como si se dispusiera a abrazar al soldado que se le acercaba. Un instante más tarde se desplomaba con un agujero enorme atravesando su vientre, sus extensiones neurales cambiando rápidamente de color para expresar no miedo ni odio, sino solamente incomprensión. No podía entender por qué lo habían asesinado. Rúster estaba segura de que hubiera disparado contra aquel soldado de haber tenido un arma como ahora. Quizá tendría que obligarse a sí misma a recordar aquello más a menudo.

La voz de Llamarada interrumpió sus reflexiones al indicar al grupo que se detuvieran. Rúster miró a su alrededor, intentando discernir algo entre las sombras. Era difícil saberlo con seguridad, pero parecía que estaban más o menos en mitad de un paso de montaña. Paredes de roca se elevaban a ambos lados protegiéndoles de lo peor del viento, lo que hacía que la sensación de frío no fuera tan intensa. Después de tantas horas de ascenso, el terreno era casi llano, anunciando el descenso que les aguardaba al otro lado del paso, y que al parecer les conduciría hasta las cercanías del campo de la Nueva República. Pero ese camino no lo tomarían hasta después de que amaneciera. Sería demasiado peligroso iniciar la bajada ahora, en la oscuridad, por mucha prisa que tuvieran por sentirse a salvo. Además, la gente estaba exhausta, aunque casi nadie se quejara. Ella se sentía desde luego como si ya no pudiera dar otro paso, ahora que se

había parado, y eso que no llevaba tanto tiempo de marcha como los pobres balanios. También descubrió que se sentía hambrienta.

—Rúster —volvió a escuchar a Llamarada—, ayúdame a distribuir barras energéticas. Tendrán que bastar por esta noche. Alce cree que no podemos arriesgarnos a encender hogueras aún, y yo soy de la misma opinión.

—Lo que vosotros digáis. No quiero ver a otro caminante subiendo por el camino detrás nuestro, ni a otro grupo de soldados de asalto disparándonos.

—Yo tampoco, te lo aseguro. Y hablando del sith, ¿qué tal nuestro invitado indeseado? Estoy pensando que no sería mala idea interrogarle, a ver si conseguimos que nos diga si hay o no otras tropas por aquí.

—Podría darle un estimulante para contrarrestar el efecto del sedante, pero creo que sería mejor esperar un poco más. Con la sangre que ha perdido debe estar bastante débil aún. Le pondría otra bolsa de sintética, pero tenemos tan pocas que…

—Si no se está muriendo no gastes ninguna más con él —dijo Llamarada adivinando lo que Rúster iba a decir—. Usa ese estimulante cuando creas que está lo suficientemente recuperado como para hablar con nosotros.

—De acuerdo. ¿Cómo está tu brazo?

—Mejor, gracias a ti. Me pica un poco, pero supongo que eso es normal, ¿no?

—Sí, sí que lo es. En un tanque bacta lo tendrías completamente curado en menos de seis horas, pero con los parches llevará un poco más. Te quitaré el vendaje dentro de tres días, y si todo va bien podrás usar el brazo de nuevo en una semana.

—Estupendo. ¿Qué tal el doctor?

Rúster se mordió el labio inferior antes de contestar.

—Mal. Estoy muy preocupada por él, Avery. Sin asistencia médica de verdad podría morirse muy pronto, aunque en realidad no sé cuánto tiempo le queda. Los ithorianos son más fuertes que los humanoides en algunos aspectos, pero más delicados en otros. Es tan poco lo que sé sobre ellos…

—¿Pero no puedes hacer nada por él?

—¡No! —exclamó Rúster sin poder contenerse. Su chillido atrajo las miradas de los balanios más próximos. La lumi se ruborizó—. No —repitió en un tono mucho más calmado—. Lo siento, Avery. Sé que no pretendías decir…

—Sabes que no.

—Verás, no tenemos equipo como para montar nada que se parezca a un quirófano, y yo estoy muy lejos de poder hacer de cirujano. Hoy has visto todo lo que sé hacer: aplicar parches de bacta y colocar huesos rotos, siempre que se trate de fracturas limpias.

—No seas tan modesta, Ru. Lo que has hecho hoy, incluyendo ese increíble aterrizaje de emergencia, te convierte en mi heroína personal para lo que me queda de vida.

Rúster casi sonrió.

—Gracias. Yo podría decir lo mismo de Alce y de ti —Rúster bajó la mirada—. Tengo miedo, Avery. Miedo de que lo que sé no sea suficiente. De no ser capaz de salvar al doctor ni de ayudar a esta pobre gente.

—Perdonen, ¿Rúster? —Era Sdermila la que se acercaba a tientas en la oscuridad. Usted es la ayudante del doctor, ¿verdad?

—Eso parece. ¿Puedo hacer algo por usted, Sdermila?

—Es mi amiga Deveralia. Creo que está a punto de tener a su bebé.

Ahora.

—Oh, bendita sea la Fuerza. ¿Está usted segura?

—Mucho. He tenido dos hijos, pero ella va ya por el tercero. Dice que ya viene, y a estas alturas debe saber bastante bien lo que se siente.

Llamarada suspiró.

—Me parece que en realidad no he visto aún todo lo que sabes de Medicina, Ru —Tal y como lo dijo, el comentario de Llamarada no sonó a chiste.

—A ver, tengo el autodoc y el escáner, desinfectantes… Necesitamos agua esterilizada. Avery, tú sabes en qué contenedores está. Búscamelos y después repartes esas barras energéticas. No dejes ninguna para mí, se me acaba de quitar el apetito. Sdermila, acaba de decir usted que ha tenido dos hijos. Seguramente sabe mucho más que yo acerca de lo que se debe hacer en un parto. ¿Me ayudará usted?

—Oh —La señora balania apenas lo dudó un instante—. Sí, por supuesto, lo haré.

Tres horas más tarde, Sdermila descansaba en el interior de una de las tiendas que habían recuperado de la nave estrellada. Figor y Lía dormían profundamente a su lado, compartiendo uno de los sacos que también habían sacado de allí. Las dos agotadas criaturas habían caído apenas terminaron de instalar la tienda. Pobrecillos. Cuando se despertaran se enterarían de que ya estaba allí su hermanita. Deveralia y el bebé estaban bien. Ahí estaban los dos, cerca de la entrada de la tienda, la mujer amamantando en silencio a la recién nacida. Hasta mañana o pasado mañana de sus pechos no saldría más que calostro, pero Sdermila sabía bien que la succión contribuiría a hacer que le subiera la leche. Además ayudaba y mucho a consolar a la pequeña. Sdermila sonrió en la oscuridad. Apenas las veía, pero de cuando en cuando se oían los chupetones.

Cuando la cabeza del bebé asomó entre las piernas de su madre, Rúster estaba casi más pálida que la propia Deveralia, pero lo cierto era que se las había apañado muy bien. Sdermila había observado fascinada como esos extraños apéndices que llevaba repartidos por la cabeza cambiaban sutilmente de color mientras se afanaba en seguir las instrucciones de una pequeña máquina parlante, a la que llamaba autodoc. Jamás había visto un aparato como ése. Al final Rúster le había pedido que cortara el cordón umbilical mientras ella se encargaba de hacer el nudo. Qué momento. Deveralia, pobre chiquilla, se había echado a llorar al ver la cara de su hijita. Las suyas eran lágrimas de emoción y de alegría, pero al mismo tiempo también de pena, porque su marido no estaba junto a ella como lo había estado cuando nacieron Lía y Figor. Sdermila se había quedado con ella dándole el magro consuelo de su compañía, mientras Rúster se iba a ver cómo estaba el

doctor. Qué ser más extraño. Rúster le había dicho que se trataba de un ithoriano, y que ella era una lumi. Sdermila no había conocido a ningún alienígena en toda su vida. Había oído decir que de cuando en cuando aparecía alguno por el espaciopuerto de Nurtina, pero nunca había sentido demasiada curiosidad por saber cómo eran, bastantes cosas tenía ya ella en la cabeza. El cuidado de sus dos hijos y el trabajo en su modesta plantación habían requerido toda su atención hasta hacía muy poco. Ahora, a su edad, descubría de repente que existía todo un universo más allá de su mundo, con gente interesante como Rúster y cosas sorprendentes como el autodoc. Se preguntaba si habría sido capaz de hacer algo por Taigor ella misma, aquel maldito día en que le coceó el kala'ballo, de haber contado con uno de esos aparatos para que le dijera lo que tenía que hacer. Pero no, Rúster tenía uno y le había confesado que ni siquiera con su ayuda podía curar al doctor ithoriano. Dijo que tenía heridas internas. Lo mismo que dijo entonces el doctor seibergio cuando al fin hizo acto de presencia, demasiado tarde, pues el pobre Taigor ya había muerto. Dios, cuánto sufrió.

Día y medio de agonía esperando a un médico que no llegaba nunca, mientras su vecina Kaliga cuidaba en su casa de Jeiran y de Lania. Ah, Kaliga. Ahora su marido y ella estaban muertos también, desintegrados junto con la mitad de su casa porque Divanian creyó que sería capaz de detener a los seibergios con su patético rifle.

Sdermila se secó las lágrimas que empezaban a rodarle por la cara.

Lloraba por Taigor, como siempre, pero también por Kaliga y por Divanian, por Redina y por Dimeter, por Deveralia y por sus hijos, y por todo el sufrimiento que estaba viendo en estos días. A pesar de lo que había dicho, Sdermila esperaba que Rúster pudiera salvar al doctor. Había venido para ayudarles y no se merecía morir así. Era la primera vez que veía a completos extraños portándose bien con su gente. Cuando salió de la tienda en la que Deveralia acababa de dar a luz a su bebé, una vez que hubo terminado todo, se encontró a Llamarada esperando con una caja de barras energéticas, o algo así las llamó. Sdermila devoró todas las que le dio la joven, sorprendida al descubrir lo hambrienta que estaba. El otro hombre, Alce, estaba en alguna parte en las afueras de su improvisado campamento, organizando guardias con voluntarios.

Sí, esta sorprendente gente que en lugar de sus verdaderos nombres preferían utilizar extraños apodos —se le ocurrió que quizá Rúster sí fuera un nombre, aunque fuera uno que ella no hubiese oído jamás—, realmente estaban aquí con intención de ayudar. Esto incrementaba la fe de Sdermila en esa Nueva República a la que pertenecían. Mañana le preguntaría a Rúster si, una vez que hubieran llegado al campo de refugiados, había algún modo para que ella pudiera ir a Balania, o al menos ponerse en contacto con Jeiran, Voeda y los niños. Algo podrían hacer, seguro. Sdermila volvió a sonreír en la oscuridad.

De pronto las cosas parecían un poco menos desesperadas que la noche antes. Sucumbió al sueño apenas cerró los ojos.

Y soñó con su familia.

Dentro de la tienda que compartía con Llamarada y una docena de balanios, Alce se veía completamente incapaz de conciliar el sueño. A Llamarada parecía pasarle tres

cuartos de lo mismo. Llevaba todo el rato dando vueltas y tosiendo de cuando en cuando, y un par de veces la había escuchado gemir —y maldecir por lo bajo después— al haberse apoyado inadvertidamente sobre su brazo lastimado. Alce pensó que el insomnio de ambos no tenía nada de sorprendente. Tan duros como habían sido los últimos días, éste los había superado a todos. Los habían derribado, se habían estrellado, les había atacado un caminante y después les había tiroteado una partida de soldados de asalto. En las horas que habían seguido a esos frenéticos episodios de peligro y de miedo no habían tenido ocasión de pararse a pensar en lo que les había sucedido, ni a asimilar por tanto la experiencia. El rescate del doctor Al Saruff, la persecución del soldado de asalto herido, la complicada marcha por el sendero nevado —cruzando por varios pasos estrechos que les hacían temer una nueva emboscada—, y finalmente la organización del campamento habían consumido todas sus fuerzas, pero a pesar del cansancio físico la inquietud mantenía sus mentes en plena actividad, impidiéndoles alcanzar el descanso que tanto necesitaban.

Todavía no se había acabado el peligro. Mientras que éste era probablemente el mejor lugar posible para haber acampado, justo en la parte más alta del sendero, había al menos una docena de formas diferentes en las que podían atacarles incluso allí. Para empezar, no podía descartarse que otro AT-ST pudiera seguirles hasta allí por el mismo camino que habían utilizado ellos, aunque sin duda sería divisado por sus vigías voluntarios con tiempo suficiente para… ¿Para qué? Bueno, al menos para dar la alarma y salir corriendo en dirección contraria. Otras posibilidades no les dejarían ni siquiera eso. Las paredes de roca que se alzaban a ambos lados del campamento ofrecían multitud de escondites desde los que toda una escuadra de soldados con equipo de montaña podrían estar observándoles en esos momentos.

Bastaría con que un transporte aéreo silencioso los dejase cerca de una de las cimas y que se descolgaran después hasta una de las cornisas con la ayuda de repulsores personales. Uno o más francotiradores podrían descender por chimeneas naturales hasta colocarse en una posición desde la que disparar contra el campamento con total impunidad. Un pequeño grupo de comandos podría aproximarse en la oscuridad por ambos extremos del paso en el que se encontraban, cortarle la garganta a las mujeres y ancianos que hacían guardia con las escasas armas de las que disponían, y tomar después el resto del campamento por sorpresa. Ninguno de los vigías tenía experiencia en el manejo de armas, con la única excepción del viejo cojo que se había hecho cargo del bláster de precisión. Se había presentado como Anderas, y se había empeñado en dirigirse a Alce exclusivamente como capitán en cuanto estuvo enterado de su graduación. Había sido el primero en presentarse voluntario para montar guardia, contando que hacía cuarenta años el Imperio lo había reclutado como guía nativo y le había proporcionado entrenamiento militar.

Anderas había escupido en la nieve inmediatamente después de pronunciar la palabra «Imperio», hecho que sorprendió a Alce. Por las explicaciones de Ibero, había entendido que los balanios habían experimentado una cierta mejora en sus condiciones de vida

durante el periodo de dominación imperial, pero obviamente no todos compartían esa opinión. Anderas le explicó que la guerrilla lo había rechazado a causa de su pierna —dañada por una caída durante su etapa como guía—, no por su edad. Dadas su experiencia —que demostró cargando y descargando en pocos segundos el bláster de francotirador, a pesar de ser un modelo moderno— y sus ansias evidentes por ayudar, Alce lo había aceptado como vigía y le había asignado la tercera y última guardia. Ahora, al pensar en ello, se estaba empezando a arrepentir de haberlo hecho. Recordaba que había sido Anderas quien ayudó a Sdermila a calmar a su kala'ballo después de que lo provocaran para que rompiera el visor de la *Compasión*. Después, cuando Alce descendió del caminante caído, allí estaba Anderas, observando con atención los restos del AT-ST y conteniéndose al parecer para no ir a inspeccionarlo él mismo. De nuevo lo vio cuando regresó arrastrando el cuerpo del soldado de asalto inconsciente, mirando al seibergio con un odio infinito reflejado en sus ojos, y eso era lo que más le preocupaba. *Maldita sea, no debería extrañarme si ahora mismo estuviera en la tienda donde están los heridos, apuntando a la cabeza del soldado y acariciando el gatillo*. Ese pensamiento hizo que Alce finalmente se levantara y saliera de la tienda, poniendo todo el cuidado en no perturbar el sueño inquieto de Llamarada.

Anderas no estaba en la tienda de los heridos. Allí tan sólo estaban el doctor y el soldado seibergio, inconscientes sobre sus respectivas camillas, y Rúster, hecha un ovillo junto a la que ocupaba Al Saruff. La lumi abrió los ojos al escucharle entrar. Alce la tranquilizó con un gesto indicándole que todo iba bien y volvió a salir. Mucho más calmado, visitó uno tras otro los cinco puestos de guardia que había establecido, dejando el de Anderas intencionadamente para el final. Ninguna de las cuatro mujeres de media edad que ocupaban los primeros puestos estaba dormida. Estaba claro que se habían tomado muy en serio su función. Prudentemente, Alce susurró un aviso antes de acercarse a ninguna de ellas, evitando así que alguna pudiera asustarse y pegarle un tiro.

Ninguna de ellas había visto ni oído nada extraño desde que estaban de guardia que no fuera el sonido que hacía el viento al soplar entre las rocas. En cada ocasión Alce daba las gracias y continuaba su recorrido, hasta que al fin alcanzó la posición cubierta por Anderas. Desde donde se encontraba el anciano se dominaba el comienzo del descenso hacia el otro lado del paso, el camino que tendrían que recorrer al día siguiente. La oscuridad era tan intensa aún que Alce apenas podía ver nada más allá de la solitaria figura de Anderas.

—A sus órdenes, capitán —dijo el hombre en voz baja cuando Alce le avisó de que se aproximaba—. Nada que informar, señor. La guardia está transcurriendo sin incidentes.

—Gracias, Anderas —respondió Alce, recordando que el hombre le había pedido que le llamara Anderas a secas, y no señor Anderas, a pesar de que él siguiera insistiendo en darle tratamiento militar.

—Si me permite un comentario, señor, debería usted estar descansando.

Ha estado usted despierto en las otras dos guardias.

—¿Y usted cómo lo sabe? No, no me lo diga. También usted estaba en vela —*Y muriéndose por echarle mano al bláster de precisión, según me parece*.

—Nosotros los balanios dormimos más bien poco, señor —A Alce le pareció ver que Anderas sonreía—. Está en nuestros genes. A partir de una cierta edad, ya casi no dormimos apenas. Pero usted es joven aún, capitán.

—Dormí bastante durante el viaje hasta aquí —mintió Alce—, antes de que nos hicieran bajar de modo tan poco amable.

—Ahí cometieron su último error, señor. Les dio usted una buena lección —El tono del balanio estaba tan cargado de admiración que Alce se sintió cohibido.

—Tuve muchísima suerte, eso es todo.

—Yo no creo en la suerte. Es Dios, que ayuda siempre a los mejores entre Sus hijos.

—Quizá sea así —respondió Alce sin dudarlo—. Gracias. —Ibero había incluido un par de párrafos en su informe acerca de las creencias religiosas de los balanios, pero aunque no lo hubiera leído Alce no se hubiera sorprendido demasiado por el apasionado comentario del anciano. No era la primera vez que se encontraba con un creyente monoteísta. La Nueva República estaba compuesta por tal amalgama de especies, culturas y religiones diversas que, tras haber servido en un buen número de bases y naves diferentes a lo largo de los años, Alce estaba familiarizado con la mayoría de las creencias más extendidas. Aunque el culto a la Fuerza había sido el más importante en los días de la antigua República, la implacable persecución que el Imperio había llevado a cabo contra los miembros de la Orden Jedi y contra todo aquel que les manifestara su apoyo, aunque fuera tan sólo de palabra, había hecho que otras religiones cobraran más fuerza en comparación. Aunque como alderaano había sido educado en la existencia de la Fuerza, a Alce no le costaba ningún trabajo entender a los monoteístas. Para él, la diferencia entre creer en un Dios único y creador de todas las cosas, o creer en una fuerza unificadora, generada por todos los seres vivos pero con voluntad propia, era más que nada una cuestión filosófica.

—De nada, capitán —dijo Anderas, complacido—. Es un honor para mí tener la oportunidad de ayudar a un representante de la Nueva República.

Ojalá pueda ver el día en el que la Región Balania sea admitida en su hermandad de mundos.

Desde luego el hombre es todo un devoto. Lo último que quería Alce era enfrascarse en una discusión política con el viejo balanio, así que prefirió callarse lo que pensaba acerca de las posibilidades que tenía de convertirse en realidad el deseo que el hombre acababa de formular en voz alta. En su opinión, reforzada por los últimos acontecimientos, los separatistas balanios jamás conseguirían salirse con la suya. Nunca serían ciudadanos de la Nueva República a menos que sus vecinos seibergios decidieran unirse ellos mismos, renegando de su lealtad para con el Imperio y de sus propios sueños de grandeza. Si los balanios querían ser independientes tendrían que marcharse de Seibergia. Anderas respetó su silencio, malinterpretándolo quizá como asentimiento, y se limitó a acompañarle mientras se dedicaba a observar los negros acantilados, silueteados

apenas contra un cielo tan sólo ligeramente menos oscuro. Nada. Las sombras eran impenetrables incluso para sus electrobinoculares. Ahí podía haber cualquier cosa o nada en absoluto. Y sin embargo…

Algo va mal, pensó Alce, aunque era incapaz de decir qué le hacía pensar así. *Seguramente no son más que mis nervios por no poder ver ni una condenada…* De pronto se acordó del bláster de francotirador, ahora en manos de Anderas, y en particular de su mira de precisión, cuya capacidad de visión nocturna era muy superior a la de los electrobinoculares. Sin una tormenta cayendo sobre sus cabezas, la nieve que cubría el terreno podría servir como un excelente fondo de frío sobre el que en teoría cualquier presencia de calor sería detectada fácilmente por la mira.

—Anderas, por favor, pásame el bláster.

—Por supuesto, capitán —dijo el balanio, aunque estaba claro que la idea de separarse de la preciosa arma no le hacía muy feliz.

—Gracias —Alce puso el ojo derecho sobre la mira y cerró el izquierdo.

Ahora podía apreciar bastantes más detalles del entorno, aunque los colores resultaran irreales —e incluso confusos para alguien que no estuviese entrenado—, predominando una amplia gama de azules. Alce fue moviendo el bláster lentamente, describiendo un arco de ciento ochenta grados siguiendo la línea del terreno, y luego de vuelta a la posición inicial haciendo un recorrido por los riscos más cercanos. Alce se detuvo a mitad de su segundo barrido.

¿Había visto moverse un punto marrón, o había sido sólo su imaginación?

Ahora ya no se veía nada.

—Anderas, ¿hay alguna clase de vida animal en estas montañas?

—No a esta altura. En los valles sí que pueden encontrase algunos kala'bras salvajes que se alimentan de los arbustos, pero aquí… No, no lo creo —Alce asintió. Si realmente había visto algo más caliente que las piedras, todo apuntaba a que se trataba de visitantes. Tras buscar infructuosamente sendero abajo durante varios minutos, apuntó el bláster hacia las paredes rocosas a ambos lados, recorriendo muy despacio las fracturas y chimeneas semiocultas entre las rocas, y que percibía como franjas negras verticales incrustadas entre extensiones de azules oscuros. Tampoco nada. Un cuarto de hora más tarde seguía sin haber visto ningún otro rastro de colores cálidos, y empezaba a convencerse ya de que lo de antes había sido impresión suya. A su lado, Anderas había pasado del excitado nerviosismo de los primeros minutos a un evidente aburrimiento. El hombre llegó incluso a bostezar una vez, a pesar de su declaración acerca de que los viejos balanios apenas necesitan dormir. El propio Alce empezaba a notarse un tanto somnoliento, sintiéndose estúpido por su excesiva paranoia. Ya quedaba poco para que amaneciera. Consideró la idea de volver a la tienda y dormir aunque sólo fuese una hora. Apartó la vista de la mira y se dispuso a devolverle el bláster a Anderas. Justo entonces, la voz de un hombre que no era el balanio le dejó paralizado donde estaba.

—Tira el arma. Ahora.

—Vale, vale —se apresuró a contestar mientras por dentro se maldecía a sí mismo. *Sí que había visto algo, maldita sea. Me estaban observando, esperando a que bajara la guardia, y al final lo he hecho. Mierda de hutt*. Con el rabillo del ojo vio que Anderas levantaba las manos muy despacio—. Voy a soltarla, no dispares.

—¿Alce? ¿Eres tú?

No puede ser….

—¿Pantera?

—Ja, ¡la gente que se encuentra uno en estas montañas!

A Alce le faltó poco para ponerse a saltar de alegría mientras Anderas, aún con las manos en alto, lo miraba completamente desconcertado. Pantera era el comandante de los comandos Lince, la única fuerza amiga que operaba en todo Seibergia, y que había llegado hasta aquí a bordo también del *Guarida del Lobo*. Quizá su suerte estaba cambiando.

Centro Imperial, el mundo que fuera conocido como Coruscant cuando era la capital de la antigua República, brillaba en todo su esplendor ante los ojos de Sate Pestage. El que aún hoy era el hombre más poderoso de la galaxia, se apoyó sobre la balaustrada que rodeaba el balcón de sus aposentos privados en el Palacio Imperial y sonrió satisfecho. Las reparaciones de los daños causados por los levantamientos populares que siguieron a la noticia de la muerte de Palpatine acababan de darse por concluidas, al menos aquí, en el Distrito Imperial. Tan sólo quedaba un detalle: la inauguración pública de la reconstruida estatua del anterior Emperador. Bajo su base estarían aún las manchas de sangre dejadas por aquellos que se atrevieron a derribarla el mismo día en el que se conoció el desenlace de la batalla de Endor. Dos pelotones de soldados de asalto de élite, apoyados por una falange de la Guardia Carmesí —la guardia personal del Emperador—, habían masacrado a los revoltosos antes de que el polvo levantado por la caída del monumento volviera a posarse en el suelo. ¿Cómo habían podido creer, ni siquiera por un instante, que matando al Emperador mataban también a su Imperio? Bien, los rebeldes tenían su gratitud por haber retirado al viejo cuervo, aunque la única recompensa que pudieran esperar por su parte fuera la persecución y el exterminio. La Nueva República que tan felizmente habían proclamado se había hecho más fuerte en el año que había transcurrido desde entonces, pero Pestage sabía que era sólo apariencia. Los rebeldes sabían pelear, de eso no cabía duda, a pesar de las estupideces que tenía que escuchar cada día, en recepciones oficiales y en reuniones de seguimiento de la guerra, por boca de relamidos y egocéntricos generales y almirantes que jamás habían visto con sus propios ojos lo que era una batalla de verdad. De lo que los rebeldes no tenían ni la menor idea era de cómo gobernar una galaxia con cientos de miles de mundos habitados, cada uno de ellos con sus propios gobiernos locales y sus disputas privadas. Sin un férreo control militar y una eficiente burocracia, su Nueva República se colapsaría muy pronto, y los fragmentos caerían sobre las cabezas de aquellos que la crearon aplastándolos sin remedio. La Rebelión supondría apenas un capítulo en el más generoso de los libros de Historia, un párrafo escaso en el resto. Sería divertido escuchar a Mon Mothma hablar

sobre libertad y democracia cuando empezara el desastre —Pestage estaba convencido de que de hecho ya había comenzado— Sí, los rebeldes tendrían exactamente lo que se merecían. Él estaría esperando para darles el golpe de gracia y reclamar en un instante hasta el último de los mundos que estaba ahora en sus manos. Todos esos ciegos y necios habitantes del Borde Exterior, todos esos despreciables alienígenas, todos ellos, sí, se volverían infinitamente más dóciles después del caos, la destrucción y el hambre que uno o dos años de gobierno de la Nueva República bastarían para causar en sus sistemas afiliados.

—Todo estará listo en cinco minutos, Excelencia.

Sate Pestage se dio la vuelta sobresaltado. Ysanne Isard estaba de pie a su espalda, apenas a un paso, mirándole fijamente con sus ojos de colores desiguales. Uno azul frío, el otro ardiente rojo. Esos ojos extraños siempre conseguían desconcertarle. Isard vestía un uniforme de oficial de Inteligencia sin galones ni signos de rango. El mechón blanco que le caía al frente de su larga melena negra era el único rastro de color aparte de sus ojos. Pestage no ignoraba que su Directora de Inteligencia poseía un uniforme mucho más estridente, una versión en rojo carmesí del traje de gala de los grandes almirantes, que utilizaba dentro de sus dominios para impresionar a sus subordinados. Quizá él no estuviera tan bien ni tan rápidamente informado como ella, pero aún era el Emperador. Todo lo que sucedía, no sólo en Centro Imperial sino en cualquier otro lugar de la galaxia sobre el que mereciera la pena saber algo, tarde o temprano llegaba a sus oídos. Hasta el momento Isard no había vestido otra cosa que no fuera el negro estándar en su presencia.

Pestage deducía de ese hecho que a él no lo consideraba un subordinado. Qué amable viniendo de ella. Si no necesitara tanto de sus habilidades ordenaría su ejecución inmediata sin pensárselo dos veces. Aunque no disponía de la más mínima prueba, estaba seguro de que suya era la mano despiadada que se ocultaba tras la caída en desgracia y posterior muerte de su propio padre, el anterior Director de Inteligencia Imperial. Lamentablemente Pestage era muy consciente de que la mente privilegiada de esa mujer era probablemente la mejor arma con la que contaba para acabar con sus enemigos, al menos mientras esos enemigos lo fueran también de ella. El plan que Isard había urdido para poner a Corellia prácticamente en sus manos era sencillamente brillante, una prueba más de su incuestionable talento. Pestage no tenía ningún reparo en reconocer sus méritos, siempre que tuviera junto a él a media de docena de guardias carmesí selectos cada vez que Isard se encontraba cerca.

Le habían informado que la Directora era muy capaz de matar con sus propias manos, pues era experta en varias disciplinas de lucha cuerpo a cuerpo así como en el manejo de todo tipo de armas, convencionales o no. Conteniendo un escalofrío miró de reojo hacia la entrada al balcón, donde se encontraban como de costumbre dos de los guardias con sus lanzas energéticas cargadas y a punto. Pestage no dudaba de su lealtad, pero iba a tener que decirle un par de palabras a su capitán acerca de eso de admitir visitas en sus aposentos sin un anuncio previo. Ni siquiera si se trataba de la Directora de Inteligencia Imperial. Pensándolo bien, especialmente si se trataba de ella.

—Directora Isard —dijo en un tono de voz mesurado y sin inflexiones, ocultando su sorpresa ante su silenciosa llegada. *Aunque estoy seguro de que ella se ha dado cuenta y de que ha disfrutado con ello*, pensó molesto.

—Espero no haberle sobresaltado, Excelencia.

—No, no lo ha hecho —mintió. *Si será zorra*—. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre Seibergia?

—Organa sigue a bordo del *Primer Ciudadano*, pero la tensión no hace sino incrementarse a cada segundo que pasa. El Diktat acaba de enviar a otro escuadrón de cañoneras escoltando al *Misionero*, el otro crucero de la clase Nova que tienen operativo. En los astilleros orbitales de Sacorria trabajan contra reloj para poner a punto al tercero, pero no lo conseguirán.

Pestage arqueó una ceja extrañado.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque nuestros agentes lo han saboteado. No nos interesa que los corelianos puedan jugar con tanta ventaja en Seibergia como para que la Nueva República pueda decidir retirarse sin volver a presentar batalla. No se preocupe, Excelencia, no es probable que descubran lo del sabotaje. Y si lo hicieran, todas las evidencias apuntan hacia la Nueva República —Pestage asintió complacido mientras Ysanne Isard continuaba con su explicaciones—. Sin sus Novas, Corellia queda relativamente indefensa. Podría usted tomar el sistema mañana mismo, si quisiera.

—No estará sugiriendo que…

—Por supuesto que no, Excelencia —se apresuró a decir Isard. Pestage se preguntó si se lo había imaginado o si realmente la había visto sonreír ante su repentina agitación—. Sólo lo menciono como una posibilidad, aunque una que es desaconsejable desde un punto de vista estratégico. Corellia nos es mucho más útil como un aliado que como un resentido y derrotado sirviente.

—Eso por no mencionar cuántos oficiales corelianos hay entre nuestras fuerzas armadas.

—Sí, Excelencia. Algunos de ellos están entre los mejores que tenemos. Fel, sin ir más lejos.

—Bien. ¿Qué hay de la Nueva República? ¿Qué está haciendo Mon Mothma?

—Refuerza sus posiciones en Seibergia a costa de debilitar otros frentes.

Han ordenado regresar al único crucero mon calamari tipo M-80 que tenían en el sector Tapani, el *Rescatador*.

—Eso nos permitirá amenazar Mrlsst, y hacerles ver que no vemos con buenos ojos sus tratos con la Nueva República.

—Así es. De hecho le he enviado aviso al vicealmirante Hask para que prepare un plan al respecto y se lo presente a usted, Excelencia.

—Como siempre alabo su iniciativa, Directora —*Pero procure no excederse si sabe lo que le conviene*, pensó Pestage para sí—. Debo asumir que ese crucero mon calamari del que me ha hablado, el *Rescatador*, se dirige a Seibergia, ¿no es así?

—Sí, estará allí mañana. Por otro lado el destructor estelar *Borrasca* acaba de llegar.

—¿Otro destructor, dice usted? ¿El *Borrasca*?

—Antes era el *Tormenta Negra*.

—Ah, aquel cuya tripulación se amotinó en Iberya y se puso de parte de los rebeldes.

—Y cuya participación fue clave para que termináramos perdiendo ese sistema. Sí, Excelencia.

—Corríjame si me equivoco pero, ¿no estaba esa nave dañada más allá de cualquier esperanza de reparación? Al menos eso fue lo que su gente escribió en el informe final sobre la batalla.

Ysanne Isard frunció levemente el ceño, apenas por un instante, pero a Pestage le fue suficiente con eso para notar hasta qué punto le molestaba a la Directora de Inteligencia que él pudiera sugerirle que el servicio que dirigía no era todo lo eficaz que debía.

—Debo admitir que subestimamos los recursos de los iberianos. Se han revelado como unos maestros en el arte de la improvisación…

Sate Pestage hizo un gesto interrumpiendo las explicaciones de Isard, consciente de que eso la molestaría más aún.

—No estoy interesado en los detalles. Lo único que me gustaría escuchar es que ese *Borrasca* —el Emperador pronunció la palabra iberiana con sumo desprecio— ha reventado en pedazos junto con el *Libertador*. No necesito su ayuda para recordar dónde y cómo perdimos a ése —El *Libertador* había sido en otro tiempo el *Dictaminador*, uno de los dos destructores de la clase Imperial II que los rebeldes capturaron en la batalla de Endor. El otro había sido el *Acusador*, que todavía estaba reparándose en los astilleros de Mon Calamari, si había que dar crédito a los más recientes informes enviados por los espías. Pestage gruñó para sus adentros al recordar que aquel había sido otro de los considerados «irreparables». Si había algo que no podía soportar era ver cómo las herramientas más representativas del Imperio eran robadas para ser empleadas luego en contra de sus legítimos propietarios. Era como un chiste de mal gusto, una obscenidad incluso. Pero también había ahí una advertencia, por mucho que a él le disgustara: lo que una vez fue tuyo se puede volver contra ti.

—Su deseo de ver destruidas a esas naves podría cumplirse muy pronto, Excelencia. Aunque al caer seguramente se llevarán por delante algunas de las más preciadas joyas de los corelianos.

Pestage se echó a reír a pesar de sí mismo.

—Eso haría sin duda que el Diktat se mostrara mucho más abierto a negociar los términos de una alianza completa con el Imperio.

—Corellia se unirá a nosotros, Excelencia, y tan sólo el golpe psicológico que ese acontecimiento supondrá para la Nueva República, que depende de sus corelianos mucho más que nosotros, hará que su cohesión interna se resquebraje sin remedio. Como premio adicional recuperaremos el cúmulo Viayak, y todo ello sin que tengamos que hacer un solo disparo.

—Excelente, Directora. Excelente, en verdad. Y ahora, dígales a los funcionarios que esperan ahí afuera que pueden proceder con la ceremonia. Es hora de presentarle homenaje a nuestro llorado Emperador Palpatine.

—Así se hará en justicia, para mayor gloria del Imperio, y para la suya, su digno sucesor.

—Gracias, directora —¿Había un deje de burla en el modo en el que la mujer había pronunciado la palabra «digno»?

Isard salía ya de los aposentos de Pestage, ondulando las caderas de forma casi imperceptible al pasar por entre los dos guardias. Ninguno de los dos se movió, pero era imposible saber hacia dónde miraban bajo los visores espejados de sus cascos. Si no fuera por la chocante diferencia de color entre sus ojos, a Isard se la podría considerar una mujer bastante atractiva. El entrenamiento físico al que se sometía a diario le había proporcionado unas formas atléticas muy del agrado de Pestage, por mucho que le fastidiara admitirlo. El Emperador se preguntó malhumorado si la próxima vez que se vieran Isard llevaría puesto el famoso uniforme rojo. O si llevaría algo siquiera, si pensaba que con eso iba a poder someterle. Pestage descubrió que la perspectiva no le parecía totalmente indeseable, y eso le enfureció más aún.

Zorra.



Capítulo XIII

El *Guarida* tenía aún peor aspecto de lo que la capitán de navío Talina Gen'yaa se había esperado, y eso a pesar de que conocía de antemano los daños sufridos por su nave. Mientras la lanzadera armada que la conducía desde el *Alma Valiente* se aproximaba al hangar por el flanco de estribor del portanaves, Gen'yaa arrugó el gesto al observar el casco ennegrecido y chamuscado en grandes áreas, las brechas sobre las que trabajaban técnicos con trajes de vacío, o los restos semifundidos de baterías láser, lanzadores de misiles y sistemas sensores. Estuvo tentada de pedirle al piloto de la lanzadera que antes de apontar diera una vuelta alrededor de la nave, de modo que tuviera ocasión de inspeccionar los daños en la sección de los motores y en el costado de babor, pero lo pensó mejor. Tenía prisa por hallarse de nuevo en su puente de mando.

Cuando por fin se encontró allí, el primer rostro que vio fue el del androide APD-5, que le informó de que tenían para ella una transmisión holográfica segura en espera, procedente esta vez del *Libertador*. Gen'yaa saludó militarmente en dirección a su segundo en el mando, el capitán de fragata Nil Wumb, de pie en la parte frontal del puente, y se dirigió directamente hacia la unidad de comunicaciones. Sobre el proyector aparecieron el rostro y los hombros de una mujer.

—Capitán de navío Gen'yaa, mi nombre es Invierno. Soy la asistente personal de la consejera Leia Organa.

—La escucho, Invierno —La mujer se parecía extrañamente a la propia consejera, pero en lugar de la larga mata de pelo negro que conferían a la princesa alderaana buena parte de su distinguida belleza, el cabello de Invierno era completamente blanco y además lo llevaba bastante más corto. Gen'yaa decidió de inmediato que la tal Invierno era mucho más que una simple asistente, aunque no sabría explicar qué era exactamente lo que le había producido esa impresión.

—La consejera ha alcanzado un compromiso con los corelianos en lo que respecta al rescate de su lanzadera, la que se estrelló en la Región Balania con personal suyo a bordo. Aunque no nos permitirán enviar un equipo de búsqueda y rescate a la zona, han accedido a enviar uno de los suyos. Han prometido informarnos tan pronto como encuentren a su gente.

Gen'yaa frunció el ceño.

—¿Saben los corelianos a quien van a rescatar?

—No, capitán, no lo saben —En su mirada, Gen'yaa vio que Invierno sabía exactamente a qué se refería exactamente con esa pregunta, y que comprendía también cuáles eran las implicaciones ocultas. Eso probaba que Leia Organa se había dado cuenta

de lo que había querido decirle al informarle sobre el siniestro de la *Compasión*. *O eso, o realmente es capaz de leer la mente a miles de kilómetros de distancia*.

—Por supuesto —dijo Gen'yaa—, nos aseguraremos de que envían una nave de rescate, y *sólo* una nave de rescate.

—Por supuesto —De nuevo, Invierno parecía entender perfectamente lo que Gen'yaa dejaba sin decir. Una nave de rescate, y no un transporte de tropas, por ejemplo. Sin duda los corelianos sabían perfectamente que la Nueva República disponía de operativos sobre el terreno, y podrían estar tentados de aprovechar esta ocasión para desplegar sus propios comandos.

Pero eso no podía conducir más que a una reanudación en tierra de la guerra que se había conseguido detener, al menos por el momento, en el espacio.

—Muy bien, Invierno. Por favor, transmita a la consejera mi gratitud.

—Así lo haré. *Libertador* fuera.

Al cortarse la transmisión y desactivarse el holoproyector, Gen'yaa vio aproximarse al capitán de fragata Wumb, que había esperado respetuosamente a que terminara su conversación con Invierno. Desde la última vez que había estado con él —parecía mentira que hubiera sido hacía apenas unas cuantas horas— la piel verdosa del sulustano había adquirido un tono ceniciento, y bajo sus grandes ojos de roedor se habían formado pronunciadas bolsas.

—Bienvenida de nuevo a bordo, capitán Gen'yaa.

—Gracias, capitán Wumb. Mis felicitaciones por su excelente actuación durante la batalla —Mientras lo decía, Gen'yaa se preguntaba qué hubiera pasado si no se hubiera encontrado en el *Alma Valiente* cuando estalló el combate, sino allí, en su nave, y si hubiera sido capaz de hacerlo mejor que Wumb. Quizá habría podido incapacitar también al crucero coreliano igual que él, pero sin sufrir tantos daños en el intento. *O quizá no*, pensó cuando Wumb estaba ya respondiendo. *También podría haber fracasado y perder el Guarida como perdí el Cueva del Lobo.*

—Difícilmente se me puede felicitar, señora. Han muerto varias decenas de tripulantes, y la nave ha sufrido mucho.

—Sabe usted tan bien como yo que podría haber sido mucho peor —respondió Gen'yaa con convicción. El almirante Sinessis le estaba enviando a usted y a la tripulación del *Guarida* a la muerte cuando dio las órdenes que le transmití.

—Debo admitir que eso fue justamente lo que pensé en aquel instante.

Wumb apartó la mirada por un momento, y Gen'yaa supo que había sido sincero.

—Pero cuando muere gente que está al mando de uno, no se puede evitar pensar que debió haber algo más que se pudo hacer y no se hizo.

—Le comprendo bien. Pero hace un momento me preguntaba a mí misma si yo hubiera podido hacerlo mejor que usted, de haber estado en su lugar —dijo Gen'yaa, sintiendo un repentino impulso de ser honesta también ella, y cediendo a él para su propia sorpresa—. Mi respuesta fue no.

—Gracias, capitán. Muchas gracias. Lo que acaba de decir significa mucho para mí —Gen'yaa observó con curiosidad hasta qué punto habían afectado a Wumb sus palabras. *Los sulustanos no son tan diferentes de los humanos*, pensó. *Brillantes en ocasiones, a menudo inseguros, y siempre receptivos al elogio*. La reflexión traía consigo una pregunta casi obvia. ¿Y los bothan? ¿Hasta qué punto somos diferentes? Con un aguijonazo de dolor se respondió a sí misma . *Nunca lo sabrás. Te guste o no llevas genes humanos*.

—Ahora váyase a descansar —continuó diciéndole a Wumb, su expresión inmutable a pesar de la amargura de sus pensamientos—. Yo me haré cargo del *Guarida*.

—La nave es suya, señora —Wumb saludó militarmente y se marchó.

Gen'yaa se volvió y recorrió el puente con la mirada. Aparentemente aquí todo estaba intacto, aunque aquí y allá un par de técnicos se afanaban en sustituir los circuitos de una consola dañados por una sobrecarga de tensión, o en recuperar la operatividad de un sistema bloqueado. Más allá del gran panel visor, nuevamente descubierto, esa impresión de normalidad resultaba desmentida por los desperfectos evidentes en la superficie externa de la nave, sobre todo en la zona en la que había estado el cañón de iones. De la poderosa arma tan sólo quedaban los restos, retorcidos y ennegrecidos, del abultamiento del casco en el que se había alojado, y que ahora parecían más bien un muñón desgarrado, recordatorio doliente de la mutilación traumática de un miembro. Gen'yaa se alegró de no haber inspeccionado el resto de los daños. En los tripulantes muertos prefería no pensar. Lo mejor que podía decirse al respecto es que habían caído cumpliendo con su deber.

Al devolver su atención al interior del puente descubrió la presencia de su oficial de Inteligencia, que se encontraba discretamente sentado frente a una consola a la que nadie estaba atendiendo en ese momento.

—Teniente de navío Dey'jaa —dijo acercándose hasta él. Dey'jaa se puso en pie y saludó. Una herida ya a medio cicatrizar adornaba su labio inferior—. Veo que ha probado el sabor de su propia sangre durante el combate.

—No es nada, señora. Tan sólo el resultado de mi estupidez por no atarme a un asiento apenas empezó el movimiento. ¿Cómo le fue a usted en el *Alma Valiente*?

—Preferiría que me quemaran viva y que luego me enterraran en sal antes volver a verme lejos de mi nave mientras mi tripulación está combatiendo —Dey'jaa sonrió levemente y Gen'yaa decidió acompañarle en el gesto—. Y ahora dígame. ¿Sobrevivió el piloto coreliano?

—Sí —Dey'jaa sabía muy bien a quién se refería la capitana—. Rovardi y él van ya de camino a Sullust.

—Muy bien. Rovardi, ¿eh?

—Sí, señora. ¿Hay algún problema con él?

—No, ninguno en absoluto, Rovardi servirá. Es que lo encuentro irónico.

—¿El qué, señora?

—Que precisamente ahora, con los tiempos que corren, le estemos confiando nuestra suerte a un coreliano y a un antiguo oficial imperial.

—Estos tiempos difícilmente pueden considerarse normales.

—Me pregunto si alguna vez veremos unos que lo sean. Bien, mientras esperamos, revisemos todos los datos que hemos conseguido reunir acerca del incidente con el transporte de refugiados. Leia Organa en persona me ha pedido que la mantenga informada.

—Hasta el momento no tenemos nada que podamos usar.

—Lo sé, pero puede que hayamos pasado algo por alto.

Solo y Raiven habían necesitado cerca de quince horas estándar para alcanzar la órbita de Sullust a bordo de sus ala-X. Ésta no era la primera visita que hacían ninguno de los dos al planeta natal del capitán de fragata Wumb.

Desde los días anteriores a la batalla de Endor, cuando la flota rebelde eligió ese sistema para concentrar sus fuerzas antes de emprender el definitivo ataque contra la segunda Estrella de la Muerte, el Mando de Cazas de la Alianza había mantenido una de sus principales bases allí. Era un hecho sobradamente conocido que muchos de los escuadrones de cazas de la Nueva República enviaban a Sullust sus naves para que fueran sometidas a revisiones periódicas, recibieran actualizaciones de equipamiento y de software, y en general para cualquier reparación que por una u otra razón no pudiera ser llevada a cabo en sus naves nodrizas. En el caso de que los corelianos, quienes sin duda habían tenido que detectar el paso de los dos ala-X, hubieran conseguido extrapolar correctamente su destino a partir de su rumbo —el cual no habían hecho el más mínimo esfuerzo por ocultar—, no encontrarían nada extraño en ese vuelo. Nada menos sospechoso justo después de una batalla que un par de cazas yendo urgentemente a recoger componentes de repuesto, por ejemplo.

Lo que los corelianos probablemente ignoraban era que la base de la Nueva República en Sullust incluía entre sus instalaciones el depósito privado del escuadrón Cabeza de Lobo.

El lugar era básicamente un gran almacén, construido bajo tierra como prácticamente todos los edificios existentes en el inhóspito planeta. Con una extensión de cubierta considerablemente mayor que la del hangar principal del *Guarida del Lobo*, el depósito estaba equipado con varios turboascensores de carga que lo conectaban con uno de los muelles de atraque de la base, un nivel más arriba. El techo disponía además de una sección móvil que podía retraerse en menos de treinta segundos, al tiempo que se activaba un portal electromagnético situado justo encima. Esto permitía el aterrizaje y despegue, directamente hacia o desde el depósito, de transportes ligeros, cazas, o remolcadores. Allí se mantenía bajo guardia gran cantidad y diversidad de material, incluyendo casi cualquier cosa que concebiblemente pudiera precisarse en el curso de una

misión. El arsenal contaba con varias de las naves capturadas por el escuadrón en pasadas operaciones, enviadas allí después de que los expertos de Inteligencia las hubiesen inspeccionado a conciencia y hubieran extraído de ellas hasta el último byte de información posible. Una de esas naves era lo que Raiven y Solo habían ido a buscar, como primer paso del plan concebido por la capitán de navío Gen'yaa y el teniente de navío Dey'jaa.

Tras dejar sus ala-X en manos de los dos pilotos de reemplazo que las llevarían de vuelta al *Guarida del Lobo*, bajaron al depósito utilizando uno de los turboascensores de carga, desde el cual localizaron inmediatamente su objetivo. Ambos se dirigieron con paso decidido hacia un carguero coreliano ligero modelo YT-2100, que se encontraba estacionado entre un bombardero TIE, al que le faltaba uno de los paneles solares, y un ala-Y desprovisto de marcas de identificación, que había pertenecido a un cartel pirata. El *Al'yin'ia* había sido recuperado por el *Guarida del Lobo* cinco meses atrás en condiciones deplorables, tras haber sido víctima de un ataque imperial en el curso del cual murieron todos sus tripulantes —sólo se recuperó el cuerpo del piloto, amarrado aún a su asiento. Sus compañeros, probablemente dos o tres a juzgar por los efectos personales encontrados en el camarote común, habían sido succionados por una grieta en el casco a través de la cual se había escapado toda la atmósfera interior de la nave—. Las primeras reparaciones las habían llevado a cabo Mar Hanniuska y su equipo, Granito y Solo, que en tiempos había poseído una nave muy similar. El propio Solo, Raiven, Drake y Halcón usaron posteriormente la nave —sin permiso— para dar caza a un espía y saboteador imperial conocido como Martillo, que había conseguido infiltrarse hábilmente en el escuadrón Cabeza de Lobo, y que había volado con ellos en varias misiones sin levantar sospechas. Entre otras muchas cosas, el espía había asesinado a Hoja, miembro también del escuadrón, que mantenía una relación sentimental con Drake. La joven piloto tuvo la mala fortuna de toparse con Martillo cuando, sabiendo que estaba a punto de ser descubierto, se disponía a huir robando uno de los ala-B del grupo Zarpas. Cuando semanas más tarde Drake —que había presenciado desde lejos como Martillo disparaba sobre Hoja y había salido tras él en su ala-X sin conseguir alcanzarlo— y los demás regresaron de su misión encubierta —que finalizó con la muerte del espía—, el *Al'yin'ia* fue finalmente conducido a Sullust como estaba previsto antes de que ellos lo tomaran prestado. Allí se terminó de equiparlo y se le puso de nuevo en condiciones plenamente operativas, a la espera de que pudiera volver a ser utilizado por el escuadrón. Ese momento había llegado.

Cuando Raiven y Solo se acercaron al YT-2100, un quarren vistiendo un mono de mecánico descendió por la rampa de acceso y se plantó ante ellos.

—Comandante Tengroth y teniente Rovardi, supongo.

—Sí, así es —respondió Solo mostrando su placa holográfica identificativa.

—Sargento Bunido a su servicio. La nave está repostada y a punto. Los transpondedores han sido sustituidos para hacerla pasar por un transporte coreliano civil llamado *Mercader Nómada*.

—¿Armamento? —preguntó Raiven.

—Las baterías cuádruples superior e inferior se encuentran plenamente operativas. Además hemos instalado dos nuevos cañones láser en la sección de proa, justo debajo de la cabina. No es el *Halcón Milenario*, pero no se puede decir que esté precisamente indefensa.

En opinión de Raiven, el carguero tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo vio. Solo se tomó su tiempo para inspeccionarlo desde la proa hasta la popa, antes de asentir aparentemente satisfecho.

—¿Y la carga?

—Una docena de cajas llenas, perfectamente aisladas y protegidas con fibrocaucho. Encontrar y recolectar esta mercancía ha sido lo más duro de todo, y también lo más caro, me atrevería a decir. Espero que puedan ustedes justificarlo.

—Aquí tiene la aprobación firmada por la capitán de navío Talina Gen'yaa, al mando del portanaves de combate *Guarida del Lobo* —Raiven miró a su compañero sin comprender, pero no dijo nada. Las explicaciones podían esperar a que ambos se encontraran a bordo.

—Muy bien. No es que quiera desconfiar de ustedes, señor, pero no sería la primera vez que pilotos como ustedes intentan poner sus manos sobre este tipo de material para…hum… sus propios propósitos.

—Ése no es nuestro caso —se apresuró Solo a responder.

—¿No son ustedes del escuadrón Cabeza de Lobo? Alguien me contó que una vez abordaron una lanzadera imperial que transportaba…

—Sargento, realmente no tenemos tiempo para esto —Solo se estaba acalorando por momentos. Raiven tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no reírse.

—Tómatelo con calma, Solo —le susurró a su compañero, pero el quarren tenía mejor oído del que había esperado.

—Lo siento, señor —dijo entre el movimiento de los tentáculos que rodeaban su boca— Ahora que lo pienso, me dijeron que eran del escuadrón Blanco, no del Cabeza de Lobo. Y me pregunto, ¿por qué los habré relacionado? En fin, ¿le ha llamado Solo el teniente? Creí que se llamaba usted Tengroth.

—Así es. Solo no es más que mi apodo.

—Ah, sí, los pilotos de caza y sus curiosos nombres de guerra. Es que me había preguntado por un instante si no sería usted pariente del general Solo, ya sabe. Por su acento, me ha parecido que usted también es coreliano.

—Lo soy, pero no tengo nada que ver con el general Solo. Y le repito, sargento, que no tenemos tiempo para perderlo de charla. Tenemos que salir de inmediato.

—¿Tienen ustedes prisa, señor?

—¿Son todos los quarren tan curiosos, *sargento*? —Ahora Solo parecía estar a punto de perder el control de sus nervios. Al parecer el color rojo bermellón de su cara, el modo en el que apretaba los dientes y los puños al hablar, y las chispas que echaba con la mirada fueron aviso suficiente para el técnico cotilla.

—Eeeeh, no. Tan sólo pretendía ser amable, señor. No es fácil ser el único quarren en este lugar tan seco, ¿sabe usted? Todo son cuevas y más cuevas. No hay mar ni cielo azul sobre la cabeza, no hay…

—Bien, muy bien. Venga, Raiven, nos vamos.

—Tú eres el jefe aquí —Raiven ascendió por la rampa detrás de Solo, despidiéndose del sargento Bunido con un gesto apresurado de la mano. El quarren se lo devolvió y se apartó a un lado. Antes de que se cerrara la escotilla, no obstante, a Raiven le pareció escuchar cómo se reía el técnico.

Claro que tampoco estaba muy seguro de cómo sonaba la risa de un quarren.

—Definitivamente tengo que saber lo que contienen las cajas —dijo para sí—. Aunque me da en la nariz que ya lo sé.

—Ya casi hemos llegado, teniente coronel —le dijo a Llamarada uno de los comandos Lince, un descomunal humano negro a quien sus compañeros llamaban Media Noche—. Después del siguiente recodo podremos ver ya Campo Uno. Los otros dos están más al sur, Campo Dos y Campo Tres.

—Los nombres eran previsibles —Llamarada echó un vistazo a su espalda. La columna de refugiados se extendía a lo largo del camino de montaña, la mayor parte del cual habían dejado ya atrás. Las figuras de los kala'ballos se alzaban aquí y allá, tan cargados de bultos y de contenedores de diversos tamaños que la mayoría parecían a punto del colapso. Bestias y personas se encontraban visiblemente exhaustos después de todo un día de marcha sobre el peligroso y traicionero sendero, con constantes repechos y pronunciados descensos, curvas abruptas al borde de barrancos y precipicios, y un terreno imposible en el que o bien te hundías en la nieve o bien resbalabas en el hielo. Éste se formaba en las zonas umbrías que los tímidos rayos de sol que se colaban entre las nubes no conseguían alcanzar, y había sido causa ya de no pocas caídas. Una mujer mayor que Sdermila se había roto un tobillo, y aunque Rúster había hecho todo lo que estaba en su mano por ayudarla, pasarían semanas antes de que pudiera volver a caminar por sí misma. Dos de los comandos y el propio Alce se turnaban para llevarla a hombros, ya que no hubo forma de convencer a la anciana para que aceptara subirse en la camilla flotante en la que yacía el soldado seibergio herido. La mujer que había dado a luz, Deveralia, iba con su bebé en la del doctor, pero tampoco ella quería cambiarse. La mayor parte de la gente había resbalado al menos una o dos veces, añadiendo golpes y pequeños cortes al cansancio que lastraba sus pies. Para su desesperación, Llamarada era una de las personas que más veces habían dado con sus huesos en el suelo, haciéndole sentirse torpe y furiosa consigo misma. No estaba acostumbrada a caminar sobre este tipo de terreno o, mejor dicho, sobre ningún tipo de terreno natural. Había nacido en el espacio y en él había crecido, educada por nómadas espaciales que raramente bajaban a un planeta. La mayor parte de su vida había transcurrido a bordo de naves y estaciones

espaciales, pisando cubiertas metálicas perfectamente lisas, sometida tan sólo a gravedad artificial o a ninguna en absoluto. No podía evitar sentirse insegura cuando el suelo sobre el que andaba era irregular, o poco sólido, o miserablemente escurridizo. El llevar un brazo en cabestrillo tampoco ayudaba demasiado. Una semana, le había dicho Rúster. No podía esperar a quitarse el maldito vendaje y recuperar el uso de su brazo, aunque sólo fuera para poder agarrarse mejor cada vez que patinaba en el cochino hielo o tropezaba por culpa de la condenada nieve. Por si no fuera bastante con tener que aguantar la gravedad de Seibergia, demasiado elevada para su gusto, y que por si sola estaba consiguiendo ya que el cuello, la espalda y las piernas le dolieran un auténtico horror.

Sintiéndose tan mal físicamente como se sentía, le había sorprendido muchísimo comprobar que Alce estaba disfrutando de veras con la caminata, incluso cuando llevaba a la anciana a cuestas. Claro, él había vivido en planetas de verdad durante casi toda su vida. Desde cierto punto de vista, esto tenía que ser para él como estar de vuelta en casa. En cuanto a los balanios, caídas aparte, la mayor parte de ellos parecían relativamente cómodos en lo relativo al terreno que pisaban. Las únicas excepciones, por supuesto, eran aquellos que procedían de Nurtina, el único lugar en toda la Región Balania digno de ser llamado ciudad. Era fácil distinguir a los urbanitas, ya que se les notaba que estaban casi —sólo casi— tan fuera de su elemento como ella misma. A estas alturas, no obstante, casi todo el mundo, habituados o no a la montaña, iba ya arrastrando los pies.

—Esta gente se alegrará de llegar al fin a un lugar en el que puedan descansar y comer algo decente —comentó en voz alta.

—Supongo que sí, señora.

Llamarada lo miró de reojo. Tenía la sensación de que el comando se estaba guardando algo para así. Quizá se había mordido la lengua antes de contestar que quien más iba a alegrarse cuando alcanzaran el campo sería ella misma. Este soldado en particular le había ayudado a levantarse del suelo por lo menos tres o cuatro veces hasta el momento, aunque en ninguna de esas ocasiones le había pillado ni siquiera sonriendo. Al menos tenía que alabarle por su discreción.

—Estoy preocupada por el corte de las comunicaciones —dijo, dejando aparcado el tema de su tendencia a resbalar o tropezar a cada diez pasos—. Pantera me ha comentado antes que habíais perdido el contacto con el satélite.

—Sí, es verdad. Ayer por la mañana, justo después de que nos avisaran para que fuéramos a buscarles a ustedes, dejamos de recibir las transmisiones del campamento. No es normal que fallen todos los comunicadores a la vez, así que dedujimos que tenía que ser culpa del satélite.

—La ansiedad por no saber qué está pasando más allá de estos picos me está matando. Los dos ala-X que nos escoltaban se marcharon antes de que pudiéramos abandonar la lanzadera, y eso no se entiende a no ser que recibieran órdenes en ese sentido desde el *Guarida*. Me pregunto si tiene algo que ver con el fallo del satélite.

—Puede ser. Escuché que las cosas se estaban poniendo tensas ahí arriba.

—Así es, pero hasta ahora los seibergios nos evitaban la mayor parte del tiempo. A los que estábamos esperando era a los corelianos. Todo apuntaba a que podrían aparecer en cualquier momento.

—Pronto sabremos más, señora. Una vez que tengamos el campo a la vista, podremos contactar con nuestra gente allí mediante un enlace por láser de baja energía. Los problemas con el satélite sólo afectan a nuestras comunicaciones tierra a tierra, pero las comunicaciones con la flota siguen siendo posibles siempre que tengamos a alguna de nuestras naves en este lado del planeta. Si ha pasado algo con la flota en el campamento deben saberlo.

—Estupendo. Entonces también podrán comunicar que nos han encontrado. En el *Guarida* deben darnos por muertos.

—No por mucho tiempo, señora —dijo el comando señalando hacia el frente.

Cien metros más allá, la pared de roca que tenían a la izquierda giraba bruscamente sobre sí misma junto con el propio sendero excavado sobre ella.

Al llegar al recodo, Llamarada pudo ver por fin su objetivo, a unos diez o quince kilómetros de suave y mucho más fácil descenso. Hasta ese instante, pensaba que nada de lo que se encontrara en la Región Balania podía sorprenderla ya, pero descubrió que estaba muy equivocada. *Así que era esto lo que Media Noche prefería no mencionar*.

Campo Uno, el lugar al que tantas ganas tenía de llegar, era un enorme y sucio amontonamiento de tiendas de campaña que se extendían por unos siete u ocho kilómetros cuadrados de terreno más o menos llano, y en cuyo centro se divisaba una antena plana de comunicaciones. Aparte de eso, prácticamente no había nada más. Llamarada le pidió a Media Noche sus electrobinoculares mientras otro comando, al que Llamarada conocía sólo como Cortocircuito, comenzaba a montar el foco para el enlace vía láser.

Había hogueras encendidas frente a algunas de las tiendas, aunque por lo que Llamarada podía ver producían más humo que auténticas llamas. La gente se arremolinaba alrededor tratando de calentarse, mientras bebían directamente de recipientes y boles metálicos lo que parecía ser un simple caldo. Vio a otros haciendo cola con sus tazones vacíos en las manos, esperando pacientemente a que un par de refugiados como ellos se los llenaran a la entrada de una tienda mayor que el promedio. En los límites del campo divisó a algunos de los comandos haciendo guardia. Los únicos vehículos a la vista eran un par de motojets aparcadas cerca de la antena. Al otro lado de la explanada y un poco por debajo había una zona vacía marcada con banderines rojos, donde la nieve estaba más limpia que en el resto del campo. Aquello era seguramente el área de aterrizaje de lanzaderas, aunque sólo había sitio para una a la vez. Algunos de los refugiados caminaban en círculos alrededor de la zona delimitada por los banderines, probablemente intentando encontrar el calor que las escasas fogatas no podían darles.

—Parece que hay mucha más gente de la que cabe en las tiendas —dijo en voz alta, sin poder evitar que la consternación que le invadía se le notara en la voz.

—No sabes qué razón tienes —dijo Pantera, que en esos momentos llegaba a su altura. El jefe de los comandos Lince se encogió de hombros con aspecto de sentirse casi avergonzado, lo mismo que Media Noche. La mirada de este último parecía decir «lo siento por no avisarla, pero tenía que verlo por usted misma». Llamarada le devolvió los electrobinoculares sin hacer ningún comentario.

—Estábamos esperando con impaciencia a la *Compasión* —continuó Pantera—. Las tiendas y las provisiones que traíais, junto con los procesadores de alimentos y el generador de energía, nos habrían ayudado a mejorar las condiciones del campamento, pero ahora…

—Ni procesadores de alimentos, ni generador de energía, y apenas las tiendas suficientes para alojar a los refugiados que vienen con nosotros.

Pantera asintió.

—Por no mencionar la escasez de personal de asistencia que tenemos. Un puñado de voluntarios y mis propios hombres, repartidos entre los tres campos. Menos de cincuenta personas para atender a ocho mil, y ese número se incrementa cada día.

—Sabía que esto era malo, pero no podía imaginarme… —Llamarada dejó la frase sin acabar, notando que Cortocircuito acababa de terminar su trabajo.

—El enlace está listo —dijo el comando— ¿Qué quiere usted que les diga?

—Sólo que nos han encontrado. Que se lo transmitan cuanto antes al *Guarida del Lobo*. Que les avisen de que necesitamos evacuación urgente para el doctor Al Saruff. Podemos esperar a llegar hasta allí para enterarnos de las noticias.

—De acuerdo, señora.

—Tiene una pinta horrible —dijo Alce en voz baja al llegar junto a Llamarada, cargando aún con la anciana balania. La expresión de la vieja mujer apenas se alteró ante la visión del campo. A Llamarada se le ocurrió que quizá no viera bien y no se estuviera dando cuenta, pero algo en su mirada le hizo pensar que no era así, que veía lo suficiente. Era más bien como si la anciana no esperase otra cosa al final de este viaje que más desgracias y que, por tanto, al ver ante sí la confirmación de sus augurios no se sorprendiera en lo más mínimo. Tan sólo se resignaba.

—Horrible, sí —Llamarada suspiró—. Oh, Lewis, sólo ahora me doy cuenta de hasta qué punto necesita ayuda esta gente.

Desde que la cabeza de la columna había alcanzado el punto donde giraba el camino, Sdermila había estado oyendo murmullos, susurros e incluso alguna exclamación de desesperación proveniente de las personas que iban en las primeras filas. *Estamos cerca del campo de la Nueva República*, pensó extrañándose mucho. *Deberían estar contentos, ¿no es así?* Pero entonces ella misma llegó al recodo y lo vio. El campamento estaba demasiado lejos como para distinguir demasiados detalles a simple vista, pero lo que pudo ver de él bastó para que dejara inmediatamente de preguntarse qué causaba las

muestras de descontento. Sdermila jadeó. Su optimismo de la noche pasada se desvaneció como si fuera humo, devolviéndole de golpe a la angustia y la inseguridad del primer día, cuando huyó del pueblo con los demás escuchando los disparos a su espalda.

—¿Qué es, Sdermila? ¿Pasa algo?

Sdermila volvió la cabeza para mirar a Deveralia, sin saber muy bien qué decirle. La joven iba sentada en el borde de la camilla ocupada en su mayor parte por el masivo cuerpo del doctor alienígena, atada aún a su viejo kala'ballo que, libre de otras cargas, la arrastraba sin demasiados problemas. Una manta cubría a Deveralia y a su bebé. La pequeña criatura dormía cómodamente en los brazos de su madre, quien gracias a los calmantes que le había dado Rúster soportaba bien las molestias de su primer día tras el parto. Figor y Lía caminaban en silencio a su lado, aparentemente demasiado cansados como para sentir curiosidad alguna por la vista del campamento. Al igual que la pobre mujer que se había roto el tobillo, Deveralia había rechazado la oferta para ir en la otra camilla, la del seibergio, a pesar de que en ella hubiera disfrutado de espacio suficiente como para ir recostada. Decía que no se acercaría al soldado de asalto si podía evitarlo, ni quería verlo tampoco cerca de ninguno de sus hijos, especialmente de la recién nacida. Desde que los comandos de la nueva República los acompañaban, Rúster le había permitido recuperar la conciencia para no seguir gastando sedantes que podrían hacerles falta más adelante. Bajo la mirada vigilante de uno de los soldados, el seibergio parecía bastante calmado, pero Sdermila comprendía bien que Deveralia no quisiera fiarse.

—Dime, Sdermila —insistió la joven madre— ¿Qué sucede?

Sdermila suspiró. El corpachón del kala'ballo junto con la gente que les rodeaba impedían a Deveralia ver aquello a lo casi todo el mundo miraba.

Quizá fuera mejor así.

—Estamos llegando al campo de la Nueva República —explicó, dudando acerca de si debía añadir algo más. Taigor solía decir que siempre hay tiempo para recibir las malas noticias, si no ibas a poder hacer nada por remediarlas. Cuanto más tiempo se ignoren, más tiempo se puede pasar uno sin preocuparse por ellas. Sdermila no había sido nunca capaz de decidir si estaba de acuerdo o no con su marido sobre aquel particular. Si, por ejemplo, algo malo le sucediera a alguien de su familia, a ella le gustaría saberlo. Pero si no puedes hacer nada, hubiera insistido Taigor, ¿no sería mejor permanecer en la ignorancia? Había que admitir que desde ese punto de vista el viejo dicho de Taigor tenía sentido. Seguramente sería así para la mayor parte de la gente, aunque ella personalmente prefiriera saber la verdad.

¿Qué sería mejor en el caso de Deveralia? *Ha sufrido ya bastante, la pobrecilla*, reflexionó Sdermila. *¿Por qué debería adelantarle aquello que la hará sufrir aún más? De todas formas pronto lo verá por si misma*, en cuanto lleguemos. Con ese pensamiento en la mente, decidió callarse de momento, aunque la siguiente pregunta de Sdermila se lo puso mucho más difícil.

—¿Puedes ver el hospital? ¿Es grande? Tienen que tener uno en el campamento. Me gustaría que un médico viera a mi niña. Bueno, y también a mí. Creo que estoy sangrando un poco todavía.

Sdermila puso gesto compungido.

—Rúster dijo que…

—Esa mujer no es médico, Sdermila, aunque hace todo lo que puede. El verdadero doctor es éste de aquí, recuerda, y está claro que él necesita a otro médico incluso más que nosotras. Y ahora dime, ¿ves el hospital?

Sdermila volvió a suspirar una segunda vez. Le pasó las riendas del kala'ballo a los niños, que aceptaron el encargo sin la alegría que habían mostrado las primeras veces que les permitió «conducir» al animal. Sdermila inspiró profundamente y se acercó a la camilla flotante antes de responderle a Deveralia.

—No, Deveralia. No veo que haya ningún hospital.

—Pero… tiene que haber uno. ¿Qué clase de campo de refugiados es ése, si ni siquiera tienen un hospital de campaña?

Sdermila, que no había visitado un auténtico hospital en su vida, comprendió que su impresión de que Deveralia y su familia estaban acostumbrados a una vida mucho más cómoda que ella era acertada. Decidió que no tenía sentido seguir suavizándole las cosas a la joven, o después el trauma al comprobar la realidad sería mucho peor.

—El cobertizo en el que dormimos la otra noche tenía mejor aspecto.

—Oh, tan malo es… —Deveralia parecía estar a punto de echarse a llorar.

Sdermila se mordió el labio inferior. Tenía que decir algo, lo que fuera, para hacerle pensar en otra cosa. A los niños no les haría ningún bien ver llorar a su madre. Otra vez.

—Yo no me preocuparía demasiado, Deveralia. Yo a la niña la veo muy bien. Y además es preciosa.

—Sí, ¿verdad? —Deveralia sonrió por un instante, aunque una lágrima solitaria rodaba ya por su mejilla—. Se ha adelantado tres semanas. Siempre he oído decir que a partir de la treinta y seis, si nacen bien de peso, no tiene por qué haber ningún problema, pero aún así…

—Seguramente ha sido la caminata de varios días lo que ha hecho que te pusieras de parto antes de tiempo. De todas formas tres semanas de adelanto no es mucho, y a mí me ha parecido que la niña de peso está bien. Por lo menos dos kilos y medio, ¿no crees? Y además tiene apetito, no hay mejor señal que ésa.

Deveralia apretó los labios.

—Puede que tengas razón. Sí, se la ve bien, pero me quedaría más tranquila si la pudiera ver un médico.

—Quizá haya médico, incluso si no hay hospital. —No había acabado de decirlo cuando se dio cuenta de que no era verdad. Rúster le había dicho que el objetivo de su viaje era llevar al campo de refugiados algunas de las cosas que más necesitaban. Estaba segura de que una de ellas era el propio doctor.

—A lo mejor —respondió Deveralia, más esperando que fuera así que creyéndolo del todo. Viéndola un poco más tranquila, Sdermila prefirió callar ahora, no fuera que se le notara lo que en verdad pensaba. Obedeciendo a un impulso, extendió la mano y acarició con afecto el pelo de la joven. Deveralia le sonrió, aunque sus ojos estaban tristes. Sdermila enseguida entendió por qué.

—Ojalá estuviera Sante aquí.

Sante, su marido. Sabe Dios dónde anda ahora. Él, Dimeter, aquel hombre llamado Kalemos, y todos los demás que se fueron con ese Ciric y sus guerrilleros. Sdermila buscó a su vecina Redina con la mirada, encontrándola un par de filas por detrás de ella. En su expresión ausente, así como en la de otras mujeres, descubrió los mismos miedos, las mismas preguntas que atormentaban sin duda a Deveralia. ¿Dónde está? ¿Estará bien? ¿Cuándo vendrá?

A pesar de que Deveralia apenas lo había susurrado, Figor y Lía volvieron la cabeza hacia ellas al escuchar el nombre de su padre. Ninguno de los dos dijo nada. Habían preguntado muchas veces ya por él, pero su madre parecía no saber qué contestarles. A veces incluso se ponía a llorar cuando le preguntaban, aunque siempre fingía que era por culpa del viento, o de algo que se le había metido en el ojo. Sdermila observó a los dos hermanos y se dio cuenta de que estaban aprendiendo a guardarse para sí sus pensamientos.

Sdermila sintió pena por ellos. Las circunstancias les estaban obligando a madurar demasiado aprisa.

—Vamos, amigos —dijo uno de los soldados de la Nueva República, intentando sonar animoso—. Estaremos en el campo antes de que se haga de noche. Allí podrán tomarse una sopa caliente y tendrán un sitio en el que descansar.

La gente apenas reaccionó al anuncio. A casi todos parecía haberles deprimido la contemplación del campamento y su dura realidad. Los murmullos, no obstante, habían cesado casi por completo al imponerse la resignación y el pragmatismo de aquellos que estaban acostumbrados a tener que luchar por todo y a que nada les fuera regalado. A Sdermila se le escapó un tercer suspiro, pero se prometió a sí misma que ése sería el último. Obligándose a sonreír, habló dirigiéndose a Deveralia, pero en un tono lo bastante alto como para que los que estaban alrededor pudieran escucharla.

—Mi marido siempre decía que no hay que ver la botella medio vacía, sino medio llena.

—En este caso podríamos decir que aún queda algo de vino en el fondo —replicó una mujer a la que no conocía—, en lugar de decir que está casi vacía del todo.

—¿Vino? —preguntó alguien, un anciano de rasgos muy marcados que caminaba apoyándose en un recio bastón, alzando la voz más aún que Sdermila—. ¡Si me dan tan sólo unas gotas afirmaré que ese cochambroso campo es el mismísimo paraíso! —El comentario les hizo reír a todos, incluyendo al soldado que había hablado al principio, y a los niños, que probablemente no habían entendido del todo el chiste pero que se sumaban con gozo a la repentina alegría de los adultos. Una tras otra, las gracias a costa del campo

de refugiados y lo que podía ofrecerles se fueron sucediendo, y con las carcajadas los pies de todos parecieron volverse más ligeros.

—Gracias, Sdermila —dijo Deveralia en voz baja, sonriéndole con ternura.

—¿Gracias? ¿Por qué, mi niña?

—Por todo. Por darme conversación. Por intentar animarnos a mis hijos y a mí todo el tiempo. Por ayudarme anoche en el parto. Por empujar a todo el mundo a reírse y a contemplar nuestra situación con menos amargura.

—Bah, estás exagerando.

—No, es verdad. Escúchame, Sdermila. Me quedé huérfana cuando era una adolescente, ¿sabes? Tenía un hermano mayor, pero se alistó al Imperio con tal de salir de aquí y nunca más he vuelto a verlo. Los padres de Sante tampoco viven ya, así que puede decirse que eres la primera persona mayor que me trata con afecto en mucho tiempo y… Puede que sólo hayan pasado dos o tres días desde que te conozco, pero te quiero ya como a alguien de mi propia familia. —Deveralia se interrumpió sonrojándose. No había pretendido decir tantas cosas cuando empezó a hablar, pero ahora que estaba dicho no se arrepentía—. Yo sólo… Yo sólo quería que lo supieras.

Conmovida y emocionada en lo más profundo de su ser, Sdermila tomó la mano de la joven entre las suyas y respondió.

—Y yo te quiero a ti y a tus hijos. No te preocupes por nada, mi niña, que todo va a salir bien.

—Comprobad que el seguro de vuestras armas no esté puesto —susurró Fenner—, pero no disparéis hasta que yo os dé la orden.

Sante palpó el costado de su bláster, intentando encontrar en la oscuridad el selector del seguro. Le daba miedo tocar ninguno de los mecanismos del rifle sin verlos primero y hacer algo mal. Podría dispararse por accidente y herir a alguien —probablemente a sí mismo—, o como poco revelar su posición antes de tiempo a los paramilitares seibergios a los que se disponían a atacar. Sante maldijo en voz baja, sintiendo como gotas de sudor se deslizaban por su frente a pesar del frío de la noche, muy intenso a una hora escasa del amanecer, a pesar de que en las tierras medias en las que se encontraban no había nevado aún, a diferencia de lo que sucedía más hacia las montañas. Sante entrecerró los ojos con el lateral del bláster a centímetros de su cara, pero por mucho que forzara la vista era imposible distinguir las pequeñas etiquetas impresas encima o debajo de cada uno de los botones, interruptores o palancas repartidos por la maldita cosa.

—El seguro es éste de aquí —dijo en voz baja uno de los guerrilleros veteranos al tiempo que estiraba el brazo por encima de su hombro y movía el selector hacia abajo.

—Gracias.

—¿Acaso no te hemos enseñado a manejar un arma láser?

—Bueno, sí, pero entonces había luz. Pensé que si no me acordaba de algo siempre podría encontrarlo todo leyendo las etiquetas, pero… —Sante dejó el resto de la frase en el aire, sintiéndose muy estúpido a su pesar.

El partisano no se rió, pero tampoco parecía enfadado ni molesto por la incompetencia del recluta. Sante dedujo que debía estar acostumbrado a este tipo de cosas, que debían pasarle a menudo a gente como él, que jamás habían puesto sus manos sobre un arma.

—Debes practicar continuamente, acostumbrarte a manejar tu arma sin mirarla. Montarla y desmontarla, reemplazar las células de energía, todo. Si no eres capaz de hacer esto, o no lo haces lo suficientemente rápido, tu falta de destreza puede costarte la vida a ti y también a aquellos que dependen de ti.

Tus compañeros, tus amigos más íntimos, tu propia familia. Piensa en ello.

—Lo haré. Practicaré más, lo prometo.

—Bien. Ahora mantente en silencio. Estás a punto de disparar contra blancos vivos por primera vez. Veamos qué tal se te da.

Sante tragó saliva, sintiéndose repentinamente enfermo. Esta gente parecía ansiosa, feliz ante la perspectiva de matar. El tal Fenner, el que estaba al mando del grupo, era el peor de todos. Tan joven como era, su mirada de fanático era suficiente para hacer que hombres mucho mayores palidecieran y bajaran la vista ante él. Sante se estremeció incómodo al recordar cómo les había instruido acerca del mejor modo de cortarle la garganta a un centinela desprevenido. Fenner había sonreído como si ése fuera su mayor placer, y el único objetivo en su vida acabar con tantos seibergios como pudiera. Claro, que si la mitad de lo que Ciric Baranka había contado sobre él cuando los reclutó era cierto, no se podía culpar del todo al joven por haberse convertido en el asesino sediento de sangre que parecía ser. Sante aún no había conseguido odiar a los seibergios tanto como se suponía que debía hacerlo, a pesar de que por su culpa hubiera tenido que escapar con su familia en mitad de la noche con tan sólo la ropa que llevaban puesta. Su familia, su pobre familia. Dios, cómo los echaba de menos. Pensaba constantemente en su mujer y en sus hijos, aunque intentaba borrar de su memoria el horror de sus caras la noche de la huida, los sollozos de Figor y de Lía, las lágrimas furtivas de Deveralia. Ahora tenían que estar en algún lugar de las montañas que tenía a su espalda, con un poco de suerte descansando ya en un campo de refugiados de la Nueva República. El bebé vendría al mundo en tres semanas más o menos. Le había preguntado a Fenner si le dejarían ir al campo para entonces, y estar presente cuando naciera su hija. Fenner se había reído en su cara y le había respondido que si era capaz de matar hasta el último seibergio en la Región Balania antes de la tercera semana podría ir.

Aquello había sido muy cruel por su parte. Le hacía más fácil odiar a Fenner y al maldito Ejército Balanio de Liberación al que ahora pertenecía antes que a los seibergios. Ah, pero sus jefes estaban trabajando en eso. Ayer les habían llevado a una aldea en ruinas, uno de esos sitios pintorescos que a Deveralia y a él les gustaba visitar de recién casados, antes de que tuvieran a Lía. Recordaba con nostalgia aquellas excursiones, los

pueblecitos tranquilos, tan distintos de Nurtina, muy parecidos a ése al que ahora acechaban, y que estaba aparentemente intacto. Pero en el de ayer todas las casas, y hasta la hierba que las rodeaba, habían ardido hasta no ser más que cenizas. El olor de la madera quemada se mezclaba en sus fosas nasales con el de la carne chamuscada en descomposición. Los cadáveres semicalcinados de veintitantas personas, todos hombres, permanecían sin enterrar, apilados en el centro de la aldea a modo de mortal advertencia para cada balanio que aún siguiera con vida y tuviera ocasión de contemplarla. Algunos de sus compañeros no pudieron evitar vomitar todo lo que tenían en el estómago, y el de Sante había probado ser igual de delicado. Muchos juraron allí y entonces vengarse de los seibergios, gritando insultos y amenazas con voces furiosas y las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo y por la ira. Sante también había chillado, pero cuando se marcharon de la aldea, no sin antes cavar una fosa común en la que enterraron todos los cuerpos, una extraña sensación se apoderó de él. La de que el espectáculo siniestro que acababan de presenciar había sido preparado precisamente para que ellos lo vieran. No es que pensara ni por un solo instante que el Ejército Balanio de Liberación había matado a esa gente. No, no se trataba de eso. Pero sí que pensó que su grupo no había sido el primero en descubrir la masacre. ¿Y si en lugar de enterrar los cadáveres, aquellos guerrilleros que los encontraron los dejaron allí a propósito? Quizá habían sido ellos, y no los seibergios, quienes habían sacado los cuerpos de entre los restos de sus casas y los habían colocado unos encima de otros para crear una escena mucho más dramática y terrible. Nada sería mejor para hacerles hervir la sangre a los nuevos reclutas, e imbuirles el ardor guerrero que precisarían para enfrentarse al enemigo en su propio terreno y con sus mismas tácticas. Lo cierto era que funcionaba.

A su alrededor, la mayoría de los nuevos guerrilleros parecían casi tan ansiosos como Fenner por empezar a disparar. Acariciaban los gatillos incesantemente, apretando sus armas con fuerza, impacientes por utilizarlas sobre los odiados seibergios. Todos menos Dimeter, el hombre maduro que se había atrevido a cuestionar a Ciric Baranka en el cobertizo. Aunque apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad, Sante se dio cuenta de que Dimeter lo estaba mirando. *Somos los últimos cuerdos aquí*, pensó, imaginando que por la mente de Dimeter debían estar pasando las mismas ideas que por la suya. *No queremos matar a nadie. No creemos que ésa pueda ser la solución para nuestra mísera situación actual, ni tampoco la respuesta a las injusticias que ha tenido que soportar nuestra gente durante casi dos milenios. Pero aquí estamos, a pesar de todo. Oh, Deveralia. Podré volver a mirarte a los ojos como solía, cuando vuelva a tu lado con las manos manchadas de sangre? ¿Podré abrazar a Lía y a Figor, y a la pequeñina cuyo nombre aún no hemos decidido? Oh, Señor, nunca he sido un verdadero creyente, pero ahora quiero creer. Ayúdame a no convertirme en un asesino, porque sé que cuando llegue el momento dispararé y mataré como todos los demás. Ayúdame a seguir siendo la misma persona que era, aún en medio de toda esta locura. Pero sobre todo, oh, por favor, permíteme volver junto a mi familia.*

—Fenner, ya he vuelto —susurró alguien a quien Sante no pudo ver.

Pensó que debía tratarse del veterano al que Fenner había enviado a explorar hacía una media hora, impresión que fue confirmada por lo que escuchó a continuación.

—¿Has visto a sus centinelas? —respondió la voz de Fenner—. Desde aquí no puedo verlos, ni siquiera con los electrobinoculares.

—Sí, sólo hay dos. Uno está medio dormido detrás de esa primera casa.

Puede que esté borracho. El otro está al otro lado del pueblo. Si quieres puedo dar un rodeo y encargarme de ése.

—De acuerdo. Yo eliminaré al que está de este lado. Vosotros, los reclutas, escuchadme bien. Antes de tomar este pueblo para utilizarlo como cuartel, esos seibergios que están ahí abajo expulsaron de sus casas a la gente que vivía en ellas, nuestra gente. A los que se resistieron los mataron en el acto. Muchos ya sabéis de lo que os estoy hablando por vuestras recientes experiencias —Sante vio que algunos asentían en silencio—. Bien, ahora vais a tener la ocasión de vengaros. Vamos a matarlos a todos. Esta noche no queremos prisioneros, así que no dudéis. Aunque alguno intente rendirse, disparadle de todas formas. ¿Está todo claro? —Fenner alzó la mano para indicarles que no respondiesen en voz alta. Sante asintió como todos los demás, incluido Dimeter—. Muy bien. Viallic, danos a Vasha y a mí dos minutos y luego síguenos con el resto del grupo.

—Comprendido —respondió el guerrillero que había ayudado a Sante con el bláster.

Sin más palabras, Fenner y el llamado Vasha se perdieron ladera abajo, utilizando las rocas y arbustos que salpicaban la colina para ocultar su avance a los ojos de los centinelas apostados por los paramilitares, en el caso de que a alguno de ellos se le ocurriera mirar en esa dirección y contara con mejor equipo de visión nocturna que ellos. Sante y los demás aguardaron en tenso silencio hasta que Viallic les ordenó que se pusieran en movimiento.

Aún estaban a mitad del descenso cuando los deslumbró la luz de varios reflectores de gran potencia, que se encendieron al unísono en el lado opuesto de la aldea.

—¡Parad, parad ahí, maldita sea! —susurró Viallic—. Deben haber descubierto a Fenner y a Vasha. No se han oído disparos. Si todavía están con vida aún podríamos rescatarlos, siempre que no nos…

—¡Atrás, atrás! —se escuchó la voz de Fenner, viniendo desde más abajo.

—¿Qué ha pasado?

En ese momento el joven líder guerrillero llegó hasta su altura y pudieron verle la cara.

—Es una trampa. El guardia era un monigote. Ha sido tocarlo y encenderse todas esas luces de mierda. ¡Vamos, todos vosotros, corred y no olvidéis agachar la cabeza!

—¿Qué hay de Vasha?

Antes de que Fenner pudiera responder, escucharon un sonido terrible, casi ensordecedor en comparación con el silencio que había reinado hasta un instante antes. Mientras ascendían a toda prisa, los compañeros de Sante no cesaban de mirar hacia las luces por encima del hombro, preguntándose qué era aquello, pero Sante lo sabía. Los

había visto y los había escuchado más de una vez, vigilando el espaciopuerto de Nurtina cuando todavía era el Imperio quien se encargaba de la seguridad allí.

—¡Caminantes! —gritó en lugar de susurrar como habían hecho todos hasta ahora. Era tanto el ruido que hacían las articulaciones y los motores de las máquinas que le hubiera tapado de no hacerlo así. Varias caras se volvieron hacia él, todavía sin comprender. Sólo Fenner y Viallic parecían saber de lo que les hablaba Sante, pero no tuvieron tiempo ni para instruir a los demás ni para planear una retirada metódica ni para ninguna otra cosa. Las luces los enfocaron y de pronto el infierno cayó sobre ellos. Sante soltó el bláster y se tiró al suelo cubriéndose la cabeza con los brazos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, encogido sobre sí mismo y temblando de puro miedo. En un momento dado el silbido machacón de los turbolásers se fue apagando y volvió momentáneamente el silencio, tan sólo para ser roto de nuevo por el ruido que hacían los caminantes al ponerse en movimiento, entre un coro de órdenes gritadas en seibergio. Sante quiso levantarse y correr, lo deseó con todas sus fuerzas, pero su cuerpo estaba paralizado por el pánico que sentía. Eso fue lo que le salvó. Otros que también habían sobrevivido al bombardeo e intentaron escapar en ese instante fueron abatidos sin contemplaciones. Al cabo de un minuto, o quizá de un cuarto de hora, una voz filtrada artificialmente sonó a su espalda, sacándole de su estupor.

—Tú, levántate con las manos por encima de la cabeza, bien arriba. Si intentas cualquier cosa te mato.

Sante hizo lo que se le ordenaba aunque las piernas apenas le sostenían, y una vez en pie se dio la vuelta muy despacio a indicación de la misma voz. La luz le dio de golpe en la cara haciéndole parpadear y que se le saltaran las lágrimas. Cuando consiguió volver a enfocar la vista comprobó que todo un pelotón de soldados de asalto les rodeaba a Dimeter y a él, al parecer los dos únicos supervivientes del grupo guerrillero. Los cuerpos de los demás estaban esparcidos por toda la ladera, caídos en posturas inverosímiles.

Despedazados, mutilados, quemados, la mayoría de los cadáveres ni siquiera eran reconocibles. Otros sí. A cinco o seis metros de donde se encontraba Sante, Viallic parecía mirarle desde el suelo, con una expresión que era mezcla de dolor y de rabia congelada en su rostro inerte. Apenas había nada de él del pecho hacia abajo. Sólo una enorme mancha oscura y algunos restos de vísceras.

Sante luchó por contener las náuseas y no vomitar sobre los pies del soldado que le apuntaba.

Ibero vio aparecer una señal azul sobre su pantalla sensora frontal, entre los puntos verdes que marcaban la posición de las naves de la Nueva República y los de color violeta asignado a los corelianos. Una nave civil acababa de entrar en el espacio normal a menos de mil kilómetros de su posición. Esperó a que el ordenador de vuelo de su ala-X

analizara las lecturas de los sensores y le proporcionara una posible identificación del tipo de nave.

El piloto asintió cuando sobre la pantalla de datos se le presentó el esquema de un carguero ligero modelo YT-2100. Los dos pilotos sulustanos que habían traído de vuelta los ala-X de Raiven y Solo habían llegado hacía casi un día entero, trayendo consigo —sin saber lo que era— una tarjeta de datos encriptada con la nueva identificación del transporte, la ruta que seguirían en su viaje a Seibergia y su tiempo estimado de llegada. A bordo del *Guarida del Lobo*, además de la capitán de navío Gen'yaa y el teniente de navío Dey'jaa, sólo Víbora e Ibero estaban al corriente de la misión encubierta que los dos pilotos estaban llevando a cabo. Algunos de los otros habían preguntado a dónde habían ido Raiven y Solo. Drake había sido especialmente insistente, pero tanto Víbora como Ibero se habían limitado a responder con el proverbial «no necesitas saberlo». No era fácil guardar secretos en su reducido grupo, pero Ibero entendía perfectamente que en este caso fuera absolutamente necesario.

La más pequeña filtración podría terminar llegando a oídos de los corelianos —¿cómo estar seguros de que no tenían agentes en la flota, o a bordo incluso del *Guarida del Lobo*?— y si llegaban a sospechar siquiera del intento de penetración no había duda de que pondrían todos los medios necesarios para que Raiven y Solo no pudieran ni acercarse a Seibergia. Ibero se había asegurado de que fuera precisamente Spuk quien le acompañara de patrulla, ya que era el único miembro del escuadrón que no estaba allí cuando recuperaron el *Al'yin'ia*. Cualquier otro podría llegar a reconocer el carguero y relacionar su repentina aparición en escena con la desaparición de sus dos compañeros. Ibero se había planteado la posibilidad de llevarse a uno de los sulustanos, pero no podía descartarse que hubieran visto al *Al'yin'ia* en Sullust.

Alguien podría hacer un comentario, comenzaría un rumor, e incluso si no había espías lo que sí había eran periodistas, al menos media docena repartidos entre las distintas naves de la Nueva República —ninguno en el *Guarida del Lobo*, gracias a la Fuerza, pues aún no se había hecho público de qué nave nodriza partieron los cazas involucrados en el desgraciado accidente de hacía una semana—. Había demasiado en juego como para permitirse correr ningún riesgo. En consecuencia, Víbora e Ibero habían acordado que ningún piloto del escuadrón que no fuera Spuk o uno de ellos dos debía estar en la zona cuando el *Al'yin'ia*, mejor dicho, el *Mercader Nómada*, asomara el morro en el sistema.

—Sancho —le dijo Ibero a su unidad R2—, envía un código de interrogación a ese YT-2100 que se aproxima. Veamos quiénes dice su transpondedor que son. El androide emitió una respuesta afirmativa y llevó a cabo la orden. La respuesta apareció casi de inmediato sobre la pantalla. La nave se identificaba a sí misma como el *Mercader Nómada*, con licencia de Corellia. *Son ellos.*

—Dos-Cuatro, sígueme.

—A la orden —contestó Spuk. Al mirar a su derecha Ibero vio al otro ala-X maniobrando al unísono con el suyo. Dos kilómetros más allá, sus sombras corelianas,

también dos ala-X, siguieron tras ellos como era de esperar. Ibero los ignoró, más que acostumbrado a esas alturas a su constante presencia.

Llevaba siendo así desde las horas inmediatamente posteriores a la batalla. A la llegada del *Libertador* le había seguido poco después la del *Misionero*, otro de esos impresionantes cruceros clase Nova de los corelianos, que vino acompañado de un escuadrón completo de cañoneras. Por parte de la Nueva República llegaron después el destructor estelar *Borrasca* y el crucero mon calamari *Rescatador*, ambos con sus hangares repletos de cazas, lo que vino a equilibrar las fuerzas presentes por parte de ambos bandos. Aparte de estos navíos, naves de transporte y cazas aislados de refresco llegaban continuamente para reaprovisionar o reforzar a ambas flotas, consiguiendo entre todos que la situación actual fuera literalmente explosiva. Cualquier movimiento de una nave tenía una respuesta inmediata en la flota contraria, y aunque no se habían registrado nuevos incidentes, no faltaban oportunidades para que se produjera uno en cualquier momento.

Las operaciones de la Nueva República dentro del espacio aéreo seibergio se habían interrumpido de forma indefinida, tal y como habían exigido los corelianos antes de sentarse a negociar, pero por otro lado a ninguno de los transportes que formaban parte del convoy original se le había permitido continuar viaje hacia Seibergia mientras no aceptasen ser inspeccionados —a lo cual, por supuesto, se seguían negando los corelianos—. En ese punto la Nueva República se mostraba inflexible, y ahora que las fuerzas estaban prácticamente igualadas los corelianos habían optado por la prudencia y mantenían a sus naves de carga en sus posiciones estacionarias, conscientes de que sus aliados seibergios seguían recibiendo los recursos que precisaban, aunque fuera en menores cantidades. El bloqueo parcial sobre Seibergia se mantenía aún, pero su efectividad era ahora más que dudosa y ambas partes lo sabían. Al menos la mitad de los intentos de inspección de las naves civiles que se dirigían a Seibergia terminaban siendo abortados por los cazas corelianos o por sus cañoneras, especialmente si la nave a interceptar procedía de alguno de los mundos corelianos. Obviamente, ésas eran precisamente las más sospechosas de estar pasando armas y suministros militares de contrabando a los seibergios, por lo que los pilotos de la Nueva República estaban obligados a hacer todo lo posible por acercarse a ellas y barrerlas con sus escáners, pese a la oposición de sus «sombras». En momentos así era cuando el nivel de tensión alcanzaba sus cotas más altas, llegando hasta límites insospechados cuando la inspección resultaba positiva y había que cortarle el paso a la nave infractora. Hasta el momento, nadie había cedido todavía al impulso de apretar el gatillo, pero eso podía cambiar en cualquier instante con o sin negociaciones. Era difícil no preguntarse si el riesgo merecía la pena. Por cada nave detenida sin duda se estaba colando otra.

Aquí estamos, pensó Ibero, *todos dando vueltas por el sistema hasta que alguien se ponga más nervioso de la cuenta y abra fuego, o hasta que las negociaciones salgan del punto muerto en el que se encuentran ahora*. A él desde luego le parecía mucho más probable que pasara antes lo primero que lo segundo. Para llegar a esa conclusión le

bastaba con escuchar las conversaciones entre los pilotos de su propio escuadrón. Al principio era sólo Granito, pero cada vez eran más los que se preguntaban en voz alta a qué estaban esperando. Desde que el *Borrasca* y el *Rescatador* se habían unido al grupo de combate de la Nueva República en Seibergia, la mayor parte del personal coincidía en pensar que estaban en condiciones de darle una paliza a los corelianos y devolverles con creces los daños sufridos en el primer embate.

Lo de Granito era una causa perdida —tanto era así que no le dejaban salir a patrullar a no ser que fuera acompañado de Parody, cuyo carácter era mucho más templado, o del propio Groznik—, pero Ibero sospechaba que el caldaniano no era el único al que en un momento dado podría pasársele por la cabeza aprovechar cualquier excusa para romper la tregua por su cuenta. Había llegado a hablar con algunos de los pilotos aparentemente más descontentos, intentando hacer que se pararan a pensar y que comprendieran las consecuencias que tendría el que los mundos corelianos le declararan la guerra a la Nueva República, pero la respuesta había sido fría, casi hostil en ocasiones.

Lo peor de todo era que no estaba teniendo demasiada ayuda por parte de Víbora. A menudo lo encontraba distante y perdido en sus pensamientos, irritable a veces, y su tendencia a gritar las órdenes iba en aumento. Ibero no pensaba que Víbora estuviera de acuerdo con los más beligerantes entre sus compañeros, pero a veces llegaba a dudar. *Que la Fuerza nos ayude si llegamos a perder la esperanza en las posibilidades de alcanzar una solución pacífica*. Ibero frunció los labios. *Y yo que estaba contento de que nos enviaran aquí. Qué idiota fui al pensar que esto sería casi como unas vacaciones comparado con la guerra contra el Imperio*. Casi de forma inconsciente, rezó para que Solo y Raiven encontraran algo de lo que habían ido a buscar.

—Atención, *Mercante Nómada* —transmitió— Aquí Cabeza de Lobo Tres, de la Nueva República. Prepárense para ser inspeccionados. Reduzcan la velocidad y no hagan maniobras bruscas.

Su mayor inquietud ahora era que Spuk pudiera identificar las voces de Solo o de Raiven —ignoraba cuál de los dos iba a contestar—, a pesar de conocerles desde hacía muy poco tiempo. Ibero se estaba preguntando si los dos pilotos habrían tenido la precaución de acoplar un filtro a su unidad de comunicaciones, pero al escuchar la transmisión procedente del *Mercader Nómada* se dio cuenta de que se había preocupado en vano. Solo estaba exagerando tanto su acento coreliano que él mismo apenas lo reconocía.

—Aquí el *Mercader Nómada*, una nave coreliana, fabricada en Corellia y pilotada por un auténtico coreliano. ¿No hay nadie por aquí que nos pueda quitar de encima a estos petardos de la Nueva República?

—*Mercader Nómada* —resonó otra voz por la misma frecuencia—. Les habla el capitán Vian del Cuerpo de Cazas Estelares de la Armada de Corellia.

Continúe su camino, nos aseguraremos de que los rebeldes no les molesten.

¿Rebeldes? pensó Ibero . *Perfecto. He aquí el típico representante de la facción pro-imperial coreliana. Justo lo que necesitábamos.*

—Capitán Vian, aquí Cabeza de Lobo Tres. No queremos molestar a nadie, tan sólo comprobar que no están transportando armas.

—No es asunto tuyo, rebelde. No os acerquéis a ese carguero si queréis evitaros problemas.

Ibero casi sonrió. Sin saberlo, los pilotos corelianos estaban siguiendo el guión no escrito prácticamente palabra por palabra.

—Tengo que obedecer mis órdenes, capitán. Yo me aseguro de que no llevan armas y si no es así me dará igual si van cargados con toda la especia brillestim de Kessel.

Después de eso se produjo un silencio. Era muy probable que un oficial pro-imperial odiara casi tanto a los contrabandistas de especia como a la gente de la Nueva República, a los que un año después de Endor insistía en llamar rebeldes.

—Si llevan especia —dijo el tal Vian finalmente— la prisión de Kessel será precisamente su próximo destino. Nosotros los inspeccionaremos, vosotros manteneos alejados.

—Lo que usted diga, capitán. Avísenos si detectan ustedes armas o explosivos, ¿de acuerdo? En ese caso aceptaremos gustosos su ayuda para mandarlos de vuelta por donde han venido.

El piloto coreliano respondió con una única palabra, que por supuesto era un insulto. Ahora sí, Ibero sonrió de oreja a oreja. *Eso tú, tu padre y tu abuelo*, pensó divertido.

—No transportamos especia, capitán —dijo la voz de Solo—. Somos comerciantes honrados, de esos que ya no abundan.

—Me alegro de saberlo, pero vamos a inspeccionarles de todas formas —respondió Vian cortante. Ibero observó como los dos ala-X corelianos se aproximaban al YT-2100 y le daban una pasada a corta distancia. Las lecturas de sus sensores debieron dejarles satisfechos, puesto que Vian permitió al carguero proseguir su viaje sin hacer más preguntas.

—Puede continuar, *Mercader Nómada*.

—¿Así que no hay armas? —insistió Ibero—. No les importará entonces que los inspeccionemos nosotros ahora, ¿verdad?

—Lo he dicho ya una vez y no lo voy a repetir. No se acerquen más a esa nave o dejaremos de mostrarnos amistosos.

¿Os estáis mostrando amistosos? Cómo me alegro de saberlo.

—Bien, de acuerdo, no vamos a iniciar otra batalla por un exceso de celo. Aceptaremos su palabra de que no son armas lo que transportan y lo dejaremos correr.

—Haced lo que os parezca, rebeldes, pero no os acerquéis ni un metro más —*No iba a repetirlo y van ya tres veces. Ja.*

—Muchísimas gracias, capitán —se escuchó la voz alegre de Solo—. Da gusto ver que todavía quedan corelianos como los de antes. *Mercante Nómada* fuera.

Buena suerte, les deseó Ibero con el pensamiento, sintiéndose animado por este pequeño éxito. Viró alejándose del YT-2100 seguido por Spuk y, algunos segundos después, también por los dos corelianos.

—Perdona, Tres —dijo Spuk un poco más tarde— ¿Estabas provocando a propósito a los corelianos o ha sido sólo impresión mía?

Un tipo listo este Spuk.

—¿Provocarles? No, por supuesto que no. ¿Qué ganaríamos con eso? —*Tan sólo empujarles un poquito para que asegurarnos de que dejaban pasar a nuestros amigos, pero no puedo contarte eso*—. Basta de charla, ¿eh? Todavía nos quedan dos horas de patrulla y un montón de espacio por cubrir.

—Afirmativo.

Ibero sonrió. Casi había podido escuchar como Spuk se encogía de hombros dentro de la cabina.

—Control de Vuelo de Nurtina, aquí el carguero coreliano *Mercader Nómada* solicitando permiso para aterrizar.

—*Mercader Nómada*, aquí Control de Vuelo de Nurtina. Transmita su identificación y su manifiesto de carga.

No ha dicho «por favor», pensó Solo. El acento de ese tipo era claramente seibergio, como era de suponer, pero su tono era seco, cargado de sospecha. Había esperado que su propio y excesivo acento coreliano le hubiera granjeado las simpatías inmediatas de los controladores y quizá poder saltarse una parte del protocolo, pero al parecer el truco no iba a funcionar.

—Transmitiendo ahora, Nurtina —Solo le lanzó una mirada a Raiven, sentado detrás de él en el puesto de copiloto. Su compañero se limitó a hacer una mueca de resignación. No les quedaba más remedio que tener paciencia y esperar a que les respondieran desde el espaciopuerto de Nurtina.

Sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, Solo se puso a dar golpecitos con los dedos sobre el panel de control. Había sido duro reconocer la voz de Ibero y no poder preguntarle si había alguna noticia sobre los compañeros que estaban desaparecidos cuando Raiven y él se marcharon con destino a Sullust. Quizá se había podido rescatar a Llamarada y a los demás. A lo mejor los corelianos habían facilitado ya una lista de prisioneros, y quizá estuvieran en ella todos los pilotos del escuadrón derribados durante la batalla.

O también podría haber sucedido que se hubieran recuperado algunos cadáveres, bien en el espacio, bien en la superficie de Seibergia. Solo sintió un escalofrío a causa de ese último pensamiento e hizo todo lo posible por apartarlo de su mente. Al menos la tregua seguía en pie, y eso era ya algo.

Habían seguido un camino indirecto para volver al sistema Seibergia, cuyos dos últimos saltos quedaban dentro de la principal ruta comercial procedente del sector coreliano, y se aseguraron de que su paso quedaba registrado en las boyas de navegación situadas en ambos puntos. En el caso de que alguien se tomara la molestia de comprobarlo parecería que realmente habían partido desde Corellia, a no ser que llegaran hasta el extremo de verificar también los registros de salida de los numerosos espaciopuertos y estaciones espaciales que existían en el sistema coreliano, lo cual no

parecía probable. El rodeo les había costado tardar más del doble que en el viaje de ida con sus ala-X, por lo que en total llevaban fuera algo más de dos días, día y medio desde que dejaron Sullust. Durante todo ese tiempo habían temido no encontrar a su vuelta más que los restos dispersos de una nueva y más mortífera batalla. Su alivio al comprobar que no había pasado nada de momento era sólo relativo. Los dos pilotos observaron con preocupación cómo se habían reforzado las dos flotas en sólo dos días. Mientras aún se estaba negociando, o intentando negociar, una salida a la crisis, ambas partes se estaban preparando para una guerra abierta en el sistema Seibergia. Dada la cantidad de naves capitales presentes en la zona, si volvían a romperse las hostilidades la anterior batalla parecería en comparación una simple escaramuza, un mero ensayo antes de que se representara el verdadero drama.

—Más vale que tengamos éxito en esto —comentó Raiven haciéndose eco de sus pensamientos. Solo simplemente asintió. ¿Qué podía decir él? Si alguna vez en la vida había deseado algo con todo su corazón era ahora, y lo que deseaba era poder parar esa guerra aún sin declarar. Esta misión había significado una liberación para él, y no sólo porque le hacía sentirse menos impotente respecto a lo que pudiera ocurrir. Desde que la implicación de Corellia en el conflicto balanio-seibergio empezó a ser algo más que probable, había notado que a bordo del *Guarida del Lobo* todo el mundo, incluidos sus propios compañeros, empezaba a mirarle de un modo diferente. No exactamente con sospecha, o no todos al menos, pero sí con una especie de curiosidad. A menudo sorprendía a alguien mirándole aún de reojo después de cruzarse por un pasillo. A veces apretaban los labios, o arqueaban una ceja, o se encogían de hombros, como si quisieran expresarle su solidaridad, se apiadaran de él, o se preguntaran cómo debía sentirse alguien en su situación.

O cómo reaccionaría si la posibilidad de tener que luchar contra otros corelianos se convirtiera en certeza. En el *Guarida del Lobo* había otros compatriotas aparte de él. Al toparse entre ellos se intercambiaban miradas de reconocimiento, de preocupación compartida, pero nada más. Jamás se detenían a hablar. Parecía como si al admitir que estaban preocupados y comentarlo en voz alta fueran a sugerir de algún modo que no estaban seguros de ser capaces de cumplir con su deber cuando el enemigo a combatir fuera su propia gente. Solo se preguntó si no sería que en el fondo tenían miedo de parecer sospechosos a los ojos de otros tripulantes. Dos corelianos hablando entre ellos en un rincón no significaba nada en condiciones normales, nada más que paisanos comentando las últimas noticias sobre casa, o los resultados de las ligas deportivas. Con una guerra contra Corellia en el horizonte cercano, ¿podrían acaso dar la impresión de estar conspirando?

La situación empeoró mucho, muchísimo, en las pocas horas que permaneció en el portanaves después de la batalla. El hecho de que Araña no confiara del todo en él en los momentos previos a que se desatara la tormenta le había resultado obvio, y lo cierto era que le había molestado profundamente.

Por supuesto que él hubiera hecho las cosas de forma diferente de haberse encontrado al mando de la patrulla, pero eso no significaba que se hubiera abstenido de disparar llegado el momento. ¿Acaso no había prestado juramento de fidelidad a la Nueva República, como todos los demás? Que Solo supiera, ese juramento no incluía una cláusula que lo invalidara automáticamente en caso de confrontación contra su planeta natal. Pero, ¿podía culpar realmente a Araña y a los demás por dudar? *Sí, maldita sea, claro que puedo*, pensó con amargura. Había probado su lealtad cientos de veces, y lo había hecho una vez más al derribar a dos de sus compatriotas durante la batalla. Araña había ido a parar a la enfermería víctima de una crisis de agotamiento. Quizá eso le había hecho excederse en su reacción. Tendría que concederle al menos el beneficio de la duda, pues hasta ahora siempre se habían llevado bien. Pero no se trataba sólo de Araña. La tripulación entera del *Guarida* le miraba ahora, conscientemente o no, con la sospecha que antes no había existido, o al menos no tan claramente. Si no le hubieran enviado lejos del portanaves, tarde o temprano habría acabado peleándose a puñetazos con alguien cuando no hubiese podido aguantar más el que le mirasen de *esa* forma.

Raiven, por otra parte, parecía inmune al sentimiento anticoreliano que con tanta rapidez se había propagado por las cubiertas y los pasillos del *Guarida del Lobo*. Pero claro, él había sido un imperial, y estaba más que acostumbrado a que algunos lo mirasen con desconfianza. Raiven, Víbora, y todos aquellos que portaban el estigma de haber estado alguna vez en el bando equivocado. Llevarían esa carga encima mientras existiera el Imperio, sin que importara el valor que habían demostrado al romper con su pasado y luchar lado a lado con los que antes habían sido sus enemigos. No, ni Raiven ni Víbora prejuzgarían a nadie a causa de su origen o de sus circunstancias.

Habían aprendido bien esa lección al sufrir en su propia piel lo que significaba ser el blanco de la sospecha injustificada, y ahora actuaban en consecuencia.

Eso le hacía sentirse más cerca de ellos que nunca. *Quién sabe, quizá yo también termine aprendiendo algo de todo esto.*

—Mercader Nómada, aquí Control de Vuelo de Nurtina —Les copio, Nurtina— se apresuró Solo a responder, poniendo a un lado sus preocupaciones y concentrándose de nuevo en lo que tenía entre manos.

—Tenemos una pregunta para ustedes. Su manifiesto de carga dice que transportan cajas de Whyren Reserva. ¿Es eso cierto?

—Por supuesto que sí. El mejor whisky elaborado en Corellia con doce años de antigüedad.

—¿Y por qué traen Whyren Reserva a Nurtina, entre todos los lugares posibles, y precisamente ahora?

Solo se había esperado esta pregunta y se encontraba preparado para contestar.

—¿Por qué? Porque me han dicho que ahora en Nurtina hay más buenos seibergios que nunca, y que yo sepa a casi todos les gusta el whisky. —Solo sabía que no estaba inventando nada. Para nadie era un secreto que las fuerzas armadas seibergias estaban ocupando Nurtina, con el pretexto de actuar como refuerzo para la policía local,

supuestamente desbordada e incapaz de contener los disturbios causados por la población balania mayoritaria en la ciudad. El controlador no se rió con el comentario de Solo, pero su tono de voz sonó considerablemente más relajado cuando volvió a hablar.

—De acuerdo, *Mercader Nómada*. Tienen permiso para aterrizar en el área C, hangar Dos. Procuren no salirse del vector de entrada que les estamos transmitiendo en estos momentos o se arriesgan a ser derribados por las defensas terrestres.

—Comprendido, Control de Vuelo, gracias por el aviso. Acabamos de recibir el vector.

—Bien. Prepárense para una inspección tan pronto como estén en el suelo. Obedezcan las órdenes de los inspectores y no tendrán ningún problema.

—Muy bien, gracias de nuevo. *Mercader Nómada* fuera.

—¿Qué piensas? —preguntó Raiven.

—Que de momento vamos bien. Abre una de las cajas, anda. Me da en la nariz que esos inspectores van a ser soldados seibergios. Seguro que se muestran mucho más amables con nosotros si ven que van a poder volverse al cuartel con un par de esas botellas metidas bajo la guerrera.

—Bien pensado. Por cierto, ¿lo del whisky fue idea de Dey'jaa o de Gen'yaa?

—De ninguno. Eso fue mi contribución al plan, además de proponerte a ti como acompañante.

—Ah, muchas gracias. Quizá podríamos guardarnos un par de botellas también nosotros. Ya sabes, para cuando termine todo esto.

Solo sonrió.

—¿Ves como tú también tienes buenas ideas cuando quieres?

Raiven se levantó y salió de la cabina, dejando a Solo momentáneamente a solas. Mientras iniciaba la maniobra de descenso hacia el planeta no pudo evitar experimentar una fuerte sensación de *dejà-vu*. Aquí estaba, regresando a Nurtina a bordo de un transporte coreliano con un cargamento de licor, como si los dos últimos años jamás hubieran existido.

Como si el tiempo que había pasado pilotando cazas estelares para la Alianza Rebelde primero, y para la Nueva República después, no fuera sino un sueño que hubiera tenido mientras echaba una cabezada en la cabina de su viejo YT-2000 —tan parecido a esta nave— durante una transacción particularmente larga por el hiperespacio. Sólo había estado un par de veces aquí durante sus días como piloto de carga independiente, pero recordaba bien el lugar. Por aquel entonces la presencia del Imperio era aún muy poderosa en todo el cúmulo Viayak, pero sobre todo en Seibergia. La última vez que, como ahora, se había aproximado a este planeta, fue interceptado por dos cazas TIE que inspeccionaron su cargamento con sus sensores antes de que desde tierra le dieran un vector de entrada. Después lo escoltaron en su vuelo atmosférico hasta muy cerca del espaciopuerto, cuando estaba ya a tiro de las baterías automáticas instaladas en el mismo y de los AT-ST que transitaban por el pasillo exterior, junto a la verja. Todas las naves que se dirigían a Nurtina recibían el mismo tratamiento, aunque en aquellos días no era

inusual para el pequeño espaciopuerto civil recibir la visita de transportes ligeros como el suyo.

La mayoría estaban pilotados por corelianos que no querían o no se atrevían a iniciar una más fructífera carrera como contrabandistas, por ejemplo, y se contentaban con vivir haciendo honrados pero mucho más seguros portes de mercancías legales. Los grandes cruceros de carga ignoraban completamente la Región Balania cuando pasaban por Seibergia, así que el modesto comercio exterior y el transporte de pasajeros hacia o desde el espaciopuerto de Nurtina estaba casi por completo en manos de gente como él.

En su segundo viaje se había dado una vuelta él solo por las anodinas pero animadas calles de la ciudad de Nurtina, buscando un lugar en el que poder regalarse con una comida mejor que los insípidos platos combinados que servían en la cantina del espaciopuerto. Terminó comiéndose algo llamado kalashiri que aparecía repetido en todos los menús, cocinado en un centenar de formas diferentes. La que eligió no le gustó demasiado, pero en cambio disfrutó con la compañía de los parroquianos del pequeño mesón en el que había entrado. Los balanios le parecieron amables y hospitalarios. Se mostraban encantados de darle conversación a un extraño como él, lo cual no podía decirse de los habitantes de la mayor parte de los lugares que había visitado. Solo había visto imágenes recientes de Nurtina en las noticias de la Holored, pero apenas la reconoció. Se había convertido en una ciudad fantasma de calles desiertas y tiendas vacías, a pesar de los esfuerzos de los seibergios por aparentar que todo era normal. A él no se lo pareció.

Ahora no había cazas TIE merodeando alrededor, pero como le revelaron los sensores militares ocultos del *Mercader Nómada*, las baterías de misiles de impacto basadas en tierra seguían funcionando perfectamente. De hecho sus sistemas de seguimiento tenían localizado al YT-2100 prácticamente desde que habían entrado en la estratosfera. El controlador no había mentido.

—Bien —dijo Raiven volviendo a su asiento—. Todo está preparado para las visitas. ¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

—Sí, en el propio espaciopuerto. Haremos correr la noticia de que tenemos a la venta un buen número de botellas de Whyren Reserva, a buen precio. Eso nos dará oportunidades de sobra para hablar con gente que podría saber algo. Mecánicos, jefes de hangar, mozos de carga, pilotos en paro, en fin, toda la fauna que puede encontrarse en un espaciopuerto de tercera como éste. Además, tengo por cierto que a los seibergios les gusta el sabacc casi tanto como a los corelianos.

—Tenía que haberlo visto venir —gruñó Raiven.

—Eh, no hay nada malo en jugar unas cuantas manos —protestó Solo, incapaz de contener la involuntaria sonrisa que iluminó repentinamente su rostro. Resultaba curioso lo mucho que le animaba la perspectiva de jugar unas cuantas partidas de sabacc. *Los viejos hábitos nunca mueren*—. No, en serio.

La gente habla un montón, sin pensar siquiera en lo que están diciendo, cuando tienen su atención puesta en las cartas. Ni te lo imaginas.

—Vale, te creo, pero procura que a ti no te pase lo mismo, ¿eh? Muy bien, vendemos whisky y jugamos al sabacc. Tremendo plan, veremos a dónde nos conduce.

—Están aterrizando, señora.

—Bien. Ahora sólo nos queda esperar —Talina Gen'yaa miró hacia el exterior a través del panel visor frontal del puente del *Guarida del Lobo*. El masivo casco del crucero mon calamari *Rescatador* ocultaba la mayor parte del espacio más allá, mientras se alejaba lentamente del portanaves. El capitán de fragata Wumb dirigía la maniobra de desacoplamiento una vez que todos los suministros, piezas y componentes que les había traído el *Rescatador* estaban ya a bordo. Los paneles semiorgánicos de Mon Calamari les permitirían parchear adecuadamente los daños en el casco y sellar definitivamente todas las grietas. Una vez que estuvieran convenientemente implantados, poco a poco se irían fundiendo por sí solos con las secciones originales y no se necesitaría ninguna reparación adicional. Todas las naves de Mon Calamari se recubrían utilizando el mismo tipo de paneles, tanto para el casco en sí como para los mamparos del interior. Esos paneles se cultivaban y se les daba forma en el lecho marino, y más adelante se combinaban indistintamente sobre estructuras de edificios o sobre las cuadernas de naves en construcción. A no ser que su estructura molecular resultara destruida o alterada, conservaban durante años la capacidad de autorrepararse, cubriendo los pequeños deterioros causados por el uso o la erosión. Cuando los daños eran tan serios como los sostenidos por el *Guarida del Lobo*, se colocaban paneles nuevos sobre las áreas destruidas. El *Rescatador* les había hecho llegar también los componentes solicitados por la jefe ingeniero para poder rectificar los generadores de escudo, forzados más allá de sus posibilidades durante la batalla, y recuperar su plena operatividad. Dos de las baterías láser perdidas habían sido reemplazadas por otras equivalentes proporcionadas por el *Borrasca*, y el acceso de babor del hangar principal estaba a punto de ser reabierto. Lamentablemente eso era todo lo que podía repararse sin entrar en un dique seco. Ni el cañón de iones destrozado por los misiles de los ala-X corelianos, ni el motor que los disparos del *Primer Ciudadano* habían poco menos que fundido, podían ser sustituidos en espacio abierto, ni siquiera en el caso de que dispusiesen de las piezas y materiales necesarios. La capacidad ofensiva del portanaves era prácticamente inexistente, por lo que se verían limitados a defenderse— y eso sólo con la ayuda de los cazas —si volvían a verse en situación de combate.

Invierno había llamado hacía tres horas. El equipo de rescate enviado por los corelianos había regresado con las manos vacías. Habían encontrado los restos de la *Compasión* en las coordenadas proporcionadas por los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo, pero no habían encontrado rastro de sus ocupantes, ni vivos ni muertos. Al menos eso era lo que decían los corelianos, y el tono de Invierno insinuaba que ella tenía sus dudas acerca de su sinceridad. Habían tardado demasiado en informar de los resultados

de su búsqueda, teniendo en cuenta que sabían perfectamente dónde encontrar la lanzadera derribada. Aunque Invierno no lo había dicho, por el tiempo que los corelianos habían permanecido sobre la superficie del planeta —monitorizado por varias naves de la Nueva República—, era fácil suponer que habían llevado a cabo una concienzuda búsqueda en los alrededores. ¿Habrían encontrado supervivientes a los que retenían ahora en custodia, como al resto de prisioneros capturados tras la batalla? Gen'yaa frunció el ceño, preocupada por esa posibilidad. Si de algún modo habían descubierto que tenían en sus manos a los autores materiales de la muerte de los refugiados balanios —sin olvidar al piloto presuntamente coreliano—, las consecuencias serían inimaginables. Les bastaría con ponerlos al alcance de los numerosos corresponsales de guerra que, enviados por varios sistemas —y no sólo desde Corellia—, aguardaban a bordo del *Primer Ciudadano* para informar sobre las negociaciones tan pronto como se produjera algún avance o retroceso en las mismas. Éstos son los rostros de los asesinos, dirían los titulares y recitarían los locutores, y a continuación se mostraría la imagen de Gregory y de Schroeder, vistiendo por supuesto uniformes de la Nueva República.

—Capitán Gen'yaa, por favor —dijo el androide de comunicaciones acercándose—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Gen'yaa arqueó una ceja, casi agradecida por la interrupción.

—Sí, APD-5. ¿De qué se trata?

—Acabamos de desencriptar una transmisión procedente de uno de nuestros campos de refugiados en la Región Balania, señora. Unidades de los comandos Lince han encontrado a los pasajeros de la *Compasión*. Todos ellos sobrevivieron al siniestro, aunque el doctor Al Saruff está gravemente herido.

Han solicitado evacuación inmediata para él.

Gen'yaa casi se rió en voz alta de puro alivio, causado sólo en parte por el hecho de que los tres pilotos y el doctor se encontraran con vida. Debía hacérselo saber cuanto antes a la consejera Organa y comunicarle de paso que, según le acababa de informar APD-5, el doctor Al Saruff estaba malherido.

Ellos en teoría no podían evacuarle, pero los corelianos sí.

—Abre una línea con el *Libertador,* APD-5.

—¿Quiere usted hablar con su capitán, señora?

—No. Con una persona que responde al nombre de Invierno.

—Comprendido, señora.

El androide insertó dos de los dedos de su mano derecha, en los que se encontraban algunas sus interfaces informáticas, en los correspondientes puertos de la unidad principal de comunicaciones. Al cabo de pocos segundos volvió la cabeza hacia Gen'yaa.

—Línea abierta, señora. ¿Quiere usted que envíe contestación a los comandos Lince?

—Aún no. Espera a que yo misma obtenga alguna respuesta, pero lo que sí puedes hacer es informar al comandante en funciones del escuadrón Cabeza de Lobo. Seguramente se alegrará de saber que tres de sus pilotos perdidos acaban de alzarse de entre los muertos.

—¿Disculpe, señora? Ah, oh, comprendo. Lo haré enseguida.



Capítulo XIV

Mientras esperaban a que les sirvieran un pequeño refrigerio, Leia Organa se dedicó a observar al hombre sentado frente a ella al otro lado de la larga mesa de reuniones. Mientras lo hacía, tuvo cuidado de no mantener la vista sobre él más de dos o tres segundos seguidos. Entre las reglas no escritas de la diplomacia estaba la de no mirar fijamente a tu adversario cuando no estaba hablando, a no ser que contaras ya con una posición de ventaja en la negociación en curso. El almirante Bren Sellman no estaba hablando en esos instantes, y ella se encontraba muy lejos de llevarle ventaja. Él tampoco la miraba más de lo necesario, pero Leia sabía que no era porque el coreliano se considerara en desventaja, sino que se trataba de pura cortesía. No era la clase de atención que uno dispensaría a un igual, sino una consideración especial que los hombres de ciertos mundos solían mostrar hacia las mujeres en general. Los hombres nacidos en Corellia solían pertenecer a ese grupo, como ella sabía muy bien. Incluso Han —la mayoría de la gente, al menos en la Nueva República, lo conocían ahora como General Solo, pero para ella siempre sería Han a secas—, que se jactaba de ser un bribón sin modales, no podía evitar que se le escaparan ciertos detalles de buena educación cuando se encontraba en presencia del sexo opuesto. Las maneras de Sellman no eran simplemente correctas, sino que se las podría considerar exquisitas, especialmente tratándose de un militar. Eso denotaba una procedencia de clase alta, lo cual concordaba con lo que Leia había leído de él a bordo de la lanzadera que la había traído aquí, en un informe que Invierno se apresuró a entregarle antes de que saliera.

Por ahora, los corelianos estaban evitando utilizar la palabra «negociación» para referirse a lo que estaban haciendo allí, prefiriendo sustituirla por la mucho menos comprometida «conversación». No podía ser una coincidencia que el hombre elegido para hablar con ella —única representante de la Nueva República en una mesa en la que había sentadas seis personas—, sin duda por el propio Diktat, fuera precisamente el almirante que mandaba la flota de guerra que habían enviado a Seibergia. Por lo que ella sabía, Sellman no había vacilado en ordenar a sus fuerzas que atacaran a las naves de la Nueva República, a pesar de que no podía ignorar que con ello estaba empujando a su pueblo a una guerra de consecuencias imprevisibles e incalculables. Por otro lado, sin embargo, había aceptado con rapidez su propuesta de tregua —no había tenido tiempo de consultar con Corellia, así que la decisión era suya sin duda—, y no parecía deseoso de reabrir las hostilidades, aunque tampoco dispuesto a ofrecer concesiones. Un militar al que al parecer no le importaba renunciar a una victoria en combate cuando había una posibilidad de alcanzar sus objetivos de forma pacífica no era algo precisamente común.

El hecho de encontrarse frente a un hombre de esas características alimentaba las esperanzas de Leia de no estar allí en vano.

El almirante le recordaba mucho a otro ilustre coreliano, no a Han, sino a alguien a quien había conocido años atrás: el senador Garm Bel Iblis. Los recuerdos que tenía de él eran sorprendentemente frescos a pesar de tiempo transcurrido desde la última vez que lo vio. Leia contaba con dieciocho años recién cumplidos cuando ocupó la posición de su padre —o más bien el hombre a quien entonces creía su padre— como representante de Alderaán en el Senado Imperial. En aquellos días, Bel Iblis ocupaba el mismo cargo por Corellia. Garm Bel Iblis era un hombre brillante, como Sellman también parecía, y un político honesto en un tiempo en el que esas cualidades, brillantez y honestidad, eran extremadamente raras de encontrar en alguien de su profesión. A pesar de ser considerablemente más joven que su padre, Bel Iblis y Bail Organa se habían hecho buenos amigos mucho antes de que Leia tuviera la oportunidad de conocer al coreliano en persona. Junto con Mon Mothma, por aquel entonces senadora por Chandrila, los tres trabajaron en secreto durante años para construir lo que media galaxia terminaría conociendo como la Alianza Rebelde, y la otra media «la escoria rebelde». De los tres, Bel Iblis era el más beligerante. Pensaba que sólo una insurrección armada podía llegar a derrocar al dictador Palpatine y devolver la democracia a la galaxia, y le frustraba tanto que Mon Mothma y Bail Organa no compartieran su opinión que llegó a plantearse romper con ellos y liderar su propia revuelta. Pero entonces, poco después de que Leia sucediera a su padre en el Senado, Garm Bel Iblis fue víctima de un atentado terrorista. Jamás pudo probarse nada, pero para todos los miembros de la oposición estaba claro que era el propio canciller supremo Palpatine quien estaba detrás del ataque. La bomba acabó con la vida de numerosas personas, entre las que se incluía la esposa de Bel Iblis, pero corrieron rumores acerca de que el senador podría haber sobrevivido. Esos mismos rumores insinuaban también que había estado involucrado de algún modo en la recuperación de los planes robados de la Estrella de la Muerte, haciendo posible que terminaran llegando a manos de Leia y le cambiaran la vida para siempre, y también probablemente el destino de toda la galaxia.

Mon Mothma pasó a la clandestinidad al conocer la noticia del atentado contra su colega, no sin antes comunicarle a Bail Organa que este hecho había terminado por abrirle los ojos, y que había decidido darle la razón a Bel Iblis en cuanto a la necesidad de utilizar la fuerza para enfrentarse al Emperador. Con o sin su ayuda iba a dar los pasos necesarios para dotar de armas a la incipiente Rebelión. A pesar de sus profundas convicciones pacifistas, el padre de Leia no pudo seguir oponiéndose por más tiempo a esta idea, y le prometió a Mon Mothma que utilizaría sus contactos en el Senado —mucho más numerosos e influyentes que aquellos con los que contaba en esos momentos la chandrilana— para conseguirle lo que necesitara. Con los años, Leia había llegado a la conclusión de que la verdadera intención de su padre al enviarla de viaje por tiempo indefinido con la misión de recabar apoyos entre los mundos del Borde Exterior, no había sido otra que la de protegerla apartándola de su lado. Ya entonces debía temer que,

muerto o desaparecido Bel Iblis y oculta Mon Mothma, la alargada sombra de Palpatine terminaría cerniéndose sobre él.

Sin duda, ni siquiera en la peor de sus pesadillas, pudo llegar a imaginar lo lejos que iba a llegar el Emperador en su venganza.

En cuanto a qué sucedió realmente con el antiguo senador de Corellia, Leia sospechaba que Mon Mothma sabía más de lo que admitía, pero ése era uno de los pocos temas de los que la presidente de la Nueva República se negaba a hablar, ni siquiera con ella. Eran muchos, Leia entre ellos, los que habían creído una vez que el destino de ese hombre era convertirse en el próximo Diktat de Corellia. El que un senador de la República se convirtiera con el tiempo en jefe de estado del mundo o de la confederación a la que representaba era un hecho que tenía lugar con cierta frecuencia, y en el caso de Bel Iblis a nadie le hubiera extrañado que así sucediera. De haber sido así, muy probablemente los mundos corelianos serían ahora parte de la Nueva República, y Garm Bel Iblis podría incluso ser Presidente Provisional en lugar de Mon Mothma. Lo que en realidad sucedió fue que, tras su desaparición, en la política coreliana se registró un importante cambio de dirección.

Mientras que con las primeras acciones militares de la Alianza Rebelde —y en particular la destrucción de la Estrella de la Muerte— la guerra se extendía a lo largo y ancho de la galaxia, en Corellia resultaba elegido como Diktat un candidato mucho más moderado de lo que hubiera sido Bel Iblis. Demostrando una maestría en el enrevesado arte de la política de la que pocos le hubieran creído poseedor hasta muy poco antes, Cisco Francmonde hizo su debut declarando no beligerantes a los mundos corelianos, ignorando con ello las urgentes peticiones de ayuda de Mon Mothma por un lado, y la insistente presión del Emperador Palpatine por el otro. No beligerantes, pero no exactamente neutrales. Para evitar convertirse en objetivo de la ira de Palpatine, Francmonde le declaró inteligentemente sus simpatías hacia su causa, y ofreció al Imperio el apoyo logístico de Corellia siempre que le fuera necesario. Durante años, Francmonde tuvo que hacer una concesión tras otra al Emperador, pero no obstante consiguió mantener a Corellia fuera de la contienda. Cuando se acercaba ya el momento de convocar nuevas elecciones, utilizó el conflicto galáctico para justificar su decisión de suspenderlas indefinidamente hasta que la situación volviera a ser lo suficientemente estable. Los corelianos aceptaron esta medida —que otros, como era el caso del seibergio Doinos Somolovich, se apresuraron a imitar— sin apenas protestar, ya que una gran mayoría había llegado a convencerse de que Francmonde era el único político capaz de mantener la paz y la prosperidad presentes y a las que no estaban dispuestos a renunciar. Los meses se convirtieron en años sin que la guerra pareciera estar mucho más cerca de acabarse, y con ella el tema de las elecciones seguía aparcado a pesar de los esfuerzos de la débil oposición. Con el tiempo, de Cisco Francmonde se hablaba cada vez menos por su nombre. A estas alturas, se había convertido simplemente en el Diktat de Corellia.

La presente crisis iba a ponerle a prueba como ninguna otra lo había hecho antes. ¿Sería capaz el Diktat de seguir manteniendo su política de neutralidad? *Ésa tiene que ser*

su intención, reflexionó Leia, *o habría elegido a una persona diferente para conducir estas conversaciones, como las llaman ellos.* No podía dejar de admirar la astucia y la sabiduría que el Diktat demostraba con esa elección. Sellman le recordaba a Bel Iblis no por su aspecto —ambos compartían el porte distinguido, pero poco más—, ni tampoco por supuesto por la forma de pensar —el que Sellman no se opusiera frontalmente al Imperio demostraba unos ideales muy diferentes a los del antiguo senador y a los de tantos otros corelianos que se habían unido a la Alianza Rebelde—, sino por su personalidad. Aunque nunca había sabido explicar por qué, Leia siempre había tenido una excepcional habilidad para conocer a las personas y adivinar tanto su estado de ánimo como las verdaderas intenciones que se ocultaban tras sus gestos y sus palabras. El primero en reconocer esa facultad suya fue, cómo no, su padre. Aún no había dejado del todo atrás la pubertad cuando ya Bail Organa empezó a pedirle que le acompañara en reuniones informales con delegados de otros mundos, cuyos propósitos reales le ayudaba a averiguar. Con una simple mirada, Leia le hacía saber a su padre si creía que su interlocutor o interlocutores estaban mintiendo, o si ocultaban algo, o si parecían demasiado ansiosos por alcanzar un acuerdo.

Ahora conocía el origen de esa misteriosa capacidad. Luke se lo había contado hacía poco más de un año mientras ambos se encontraban en la luna de Endor, haciendo de aquella una de las noches más extrañas de su vida. Luke y ella eran hermanos gemelos, y su verdadero padre había sido una vez un caballero Jedi. No se trataba de Bail Organa, sino de Anakin Skywalker, el hombre que había llevado el terror a la galaxia bajo el nombre de Darth Vader, y cuyo rostro enmascarado y su mecánica respiración seguían presentes, todavía hoy, en muchas de las pesadillas de Leia. Ambos habían heredado de él su extraordinaria sensibilidad a la Fuerza, y esa misma sensibilidad le permitió reconocer al instante que lo que su recién declarado hermano le decía era cierto. El aceptar aquella verdad le llevó mucho, mucho más tiempo, y sólo consiguió hacerse a la idea de forma gradual. Más recientemente, Luke le había explicado que la habilidad para leer los sentimientos y las intenciones de la gente era uno de sus dones naturales, y el único que había entrenado inconscientemente.

Lo que ese don le decía en estos momentos era que el almirante Sellman era tan inteligente como honrado, igual que lo era Bel Iblis, y que su determinación a hacer siempre lo que creyera que debía hacerse, sin importar las dificultades, era la misma, a pesar de tener convicciones diferentes. Si Leia conseguía demostrarle que la situación por la que atravesaban había sido fabricada por el Emperador y sus agentes, Sellman podría muy bien ignorar la opinión de los más recalcitrantes pro-imperiales de sus oficiales —algunos de los cuales se sentaban a esa misma mesa— y avenirse a buscar con ella una solución razonable a la presente crisis.

Por el momento, no obstante, Leia estaba muy lejos de encontrarse en ese punto. No tenía pruebas de nada, sólo sospechas y teorías más o menos fundadas. Estaba claro que necesitaba disponer de sólidas evidencias si pretendía hacer que Sellman —y por extensión todo el pueblo coreliano— cambiara su modo de ver el incidente con el

transporte derribado. Un incidente que, a ojos del almirante, demostraba que a la Nueva República no le importaban los balanios sino que se limitaba a utilizarlos para alcanzar sus supuestos objetivos: primero apartar a Somolovich del poder, después obligar a Seibergia a unirse a la Nueva República, y finalmente hacerse con el control del cúmulo Viayak y por extensión de todo el sector.

Los asistentes salieron de la sala de reuniones tras haberles servido a todos. Leia tomó un sorbo del té coreliano, casi tan bueno como su café, pero ligeramente menos estimulante. El almirante Sellman la estudió con curiosidad al percibir su deleite, que ella no había hecho el menor esfuerzo por ocultar.

—¿Le gusta a usted nuestro té, consejera?

—Me encanta, almirante. El senador Garm Bel Iblis solía llevarle a mi padre paquetes de este mismo té cada vez que se veían, ya fuera en Coruscant, en Alderaán, o allí en Corellia.

—Ah, Bel Iblis —Sellman frunció el ceño levemente—. Había olvidado que usted probablemente lo conoció.

Leia asintió, admitiendo el hecho.

—Aquellos eran otros tiempos.

—En eso estamos de acuerdo. Bien consejera, quizá ahora podríamos retomar nuestra discusión en el punto en el que la dejamos: su negativa a permitir que nuestros transportes lleguen hasta Seibergia. Sin duda es usted consciente de que hay gente que necesita el cargamento de esas naves, y este retraso no está haciendo sino aumentar la urgencia de esa necesidad. Mis órdenes son muy claras al respecto. Ante todo debo hacer llegar esa ayuda al pueblo seibergio, y ustedes me lo están impidiendo.

Allá vamos otra vez, pensó Leia. Tras apurar el té, dejó la taza sobre la mesa y utilizó una servilleta para limpiarse los labios. De momento las pastas se quedarían donde estaban.

—Como le he explicado ya antes, lo único que pedimos es que nos deje inspeccionar esas naves, y así todos podremos cumplir con nuestras órdenes.

—Creo haber sido lo suficientemente claro al respecto. No podemos admitir esa inspección. A todos los efectos, nuestras naves son territorio coreliano, y ustedes, hoy por hoy, no son bienvenidos en él.

Leia no se inmutó por el último comentario de Sellman.

—Almirante, según lo que acaba de decir usted hace un instante, que hay gente que necesita de verdad el cargamento que llevan a bordo sus naves, uno pensaría que se trata principalmente de comida y de medicinas. No veo qué mal puede haber en que nos autorice a tomar un simple escáner. Lo hacemos, verificamos que, efectivamente, no se incluyen armas ni pertrechos militares, y los transportes siguen viaje hacia Seibergia. Fin del problema. Si es una cuestión de principios, nosotros… —Leia se interrumpió al sentir abrirse la puerta a su espalda con un siseo casi inaudible. Al volver la cabeza vio asomarse a un joven teniente coreliano.

—Disculpe, almirante. Acabamos de recibir una solicitud de transmisión desde el *Libertador*. La asistente de la consejera Organa pide poder hablar con ella. Dice que es importante.

—No llamaría por algo trivial, almirante —dijo Leia. Eso era verdad, y Leia no pudo dejar de preguntarse si se trataría de buenas o de malas noticias.

—Puede usted atender esa llamada, consejera. El teniente la acompañará a la misma sala que ha utilizado usted anteriormente para efectuar sus transmisiones privadas.

—Gracias, almirante, pero no será necesario. Si no le importa, preferiría hablar desde aquí, si eso es posible. De ese modo no tendremos que interrumpir la reunión, y podremos tomar juntos una decisión si eso es lo que la situación requiere.

Sellman exhibió una de sus raras sonrisas.

—Por supuesto que es posible, consejera. Gracias a usted por su confianza. —El centro de la mesa de reuniones se plegó hacia ambos lados y el disco de un holoproyector apareció por la abertura. El dispositivo rotó alrededor de su eje hasta que el foco del tricorder quedó centrado sobre Leia. Notó un ligero calor en la cara cuando la luz del aparato se encendió para iluminarla. Segundos después, la imagen tridimensional de la cabeza y los hombros de Invierno aparecieron sobre la mesa, mirando directamente a Leia casi como si realmente estuviera allí.

—Consejera.

—Invierno, el almirante Sellman y sus oficiales te están escuchando también —*Un pequeño aviso no debería molestar al almirante*—. ¿Ha sucedido algo?

—Se trata de la *Compasión*, consejera. La lanzadera de búsqueda y rescate accidentada que sus anfitriones accedieron a buscar por nosotros.

—Como ya le comuniqué, consejera, no encontramos ningún rastro de sus tripulantes —intervino Sellman.

—Eso fue porque consiguieron llegar por sus propios medios hasta uno de nuestros campos de refugiados, señor —explicó Invierno, que aunque no podía ver al almirante, sí que le había oído—. El hecho es que uno de ellos, un doctor ithoriano que iba allí para atender las necesidades médicas de los refugiados, está gravemente herido. Su vida corre serio peligro, por lo que han pedido su evacuación urgente.

—Nos encargaremos de ello —se apresuró a decir el almirante—. Debemos tener a alguien entre nuestro personal médico que haya tratado alguna vez a ithorianos —Sellman tecleó sobre un pequeño panel que se encontraba en su sección de la mesa—. Puente, aquí el almirante Sellman.

—Aquí el puente, almirante —se escuchó la inmediata respuesta—. Soy el capitán Bormeis.

—Capitán, quiero que envíe una de nuestras lanzaderas a Seibergia, a las coordenadas que voy a facilitarle —Leia asintió en dirección a Invierno y ésta procedió a transmitir la posición exacta de Campo Uno—. También quiero que localice en nuestra flota a un médico que tenga experiencia con ithorianos.

—A sus órdenes, almirante —Sellman copió la serie de dígitos proporcionados por Invierno y las retransmitió al capitán del *Primer Ciudadano*.

—Bien, ya tengo las coordenadas —confirmó Bormeis—. Pero creo que tenemos un problema, señor. Esta posición está en el interior de la Región Balania.

—¿Y?

—Me han informado que las condiciones atmosféricas en toda esa zona van a ser terribles durante las próximas doce o catorce horas. Demasiado como para enviar una lanzadera entre esas montañas.

—Entiendo. Prepárelo todo y envíe la lanzadera tan pronto como lo considere usted prudente, sin esperar a consultarlo conmigo.

—Afirmativo, almirante. Así lo haré.

—Almirante Sellman fuera. Lo siento, consejera —la mirada del coreliano mostraba una preocupación que parecía sincera—. Espero que no lleguemos demasiado tarde como para poder ayudar a ese doctor.

—Hay cosas que no están en nuestras manos, almirante, y la climatología suele ser una de ellas. Muchísimas gracias por su interés y por su ayuda —*Otro punto para él*, pensó Leia. *Después de esto, denegarle la posibilidad de socorrer al pueblo seibergio parecería casi un acto criminal, y él lo sabe*. Leia asintió en dirección a Invierno, que cortó la transmisión holográfica desde el *Libertador*.

—Es lo menos que podemos hacer. La vida debería estar siempre por encima de los intereses políticos. Y ahora, estábamos discutiendo el asunto de nuestros envíos de ayuda a Seibergia…

—El pueblo seibergio no está pasando hambre, almirante —dijo Leia, intentando que su tono de voz sonara lo más respetuoso y comprensivo posible—, aunque debo admitir que nuestro bloqueo está causando problemas reales en el abastecimiento. —Sellman asintió, y Leia detectó procedente de él algo parecido a la alegría. *Cree que está a punto de obtener una concesión, por el precio irrisorio de un viaje en lanzadera*. Leia decidió que había llegado el momento de, efectivamente, hacer esa concesión, pero sería ella quien le pusiera precio—. Sé que el hecho de que la Nueva República se haya implicado en esta crisis ha sido causa de un profundo malestar entre su gente, y que han llegado a oírse voces en Corellia acusándonos de utilizar a la población balania para poder hacernos con Seibergia —Sellman no hizo ningún intento de negar o de confirmar las palabras de Leia. Se limitó a cruzar los brazos sobre la mesa y a esperar—. Almirante, si hemos invadido el espacio y los cielos de Seibergia ha sido con dos únicos objetivos: proporcionar refugio a los balanios que huyen hacia las montañas y defenderlos del acoso de las fuerzas paramilitares. Esas mismas fuerzas que, bien equipadas, les han obligado por las armas a abandonar sus casas y, al mismo tiempo, han sembrado de minas las rutas espaciales que han venido utilizando los pocos balanios que han podido abandonar el planeta. Todo esto ha sido llevado a cabo con la complicidad del gobierno seibergio.

—Consejera… —empezó Sellman a decir, mostrando en su voz la irritación que comenzaba a crecer en su interior, y que Leia percibía a través de la Fuerza. La consejera alzó la mano con la palma abierta para contener la protesta del coreliano.

—Por favor, almirante, déjeme usted terminar. Comprendemos que no podemos continuar atacando a los paramilitares como hemos hecho hasta ahora. No sin arriesgarnos a causar más daños colaterales —la referencia al incidente con el transporte era muy clara, así como la consideración que la Nueva República le daba al suceso—, o una nueva y más grave confrontación entre nuestras respectivas flotas, que sin duda acarrearía terribles consecuencias más allá de la inmediata pérdida de vidas por ambas partes.

Puede usted comprobar que hemos suspendido por completo nuestras actividades ofensivas.

—Doy por sentado que el segundo de los riesgos que ha mencionado usted es el que más preocupa a sus militares, consejera, pero continúe.

Es decir: no se haga la santa conmigo, consejera. Leia casi podía escuchar lo que el almirante estaba pensando, y eso no tenía nada que ver con sus habilidades heredadas. Al mismo tiempo, no le había pasado desapercibido el hecho de que Sellman hubiera dicho «a sus militares» y no «a la Nueva República» o simplemente «a usted». Aún admitía la posibilidad de que las buenas intenciones de Leia, como representante de la Nueva República, fueran sinceras, a pesar de que su paciencia estuviera empezando a agotarse.

—Gracias, almirante. Lo que iba a decir es que pretendemos continuar llevando a cabo misiones relacionadas con el primer objetivo, es decir, ayudar a los refugiados que, en mayor número cada día, siguen llegando a nuestros ya saturados campos. Y sí, comprendo que no pueda usted consentir que volvamos a invadir el espacio aéreo seibergio ni siquiera con esos fines, ya que eso nos permitiría seguir realizando acciones ofensivas, aunque fuera a pequeña escala.

—Todas sus naves, incluso las lanzaderas de búsqueda y rescate, están armadas.

Leia dejó escapar un suspiro.

—Por desgracia así es. Ése es un signo más de estos tiempos de guerra en los que nos ha tocado vivir, como ya hemos comentado antes.

—Y además, podrían ustedes aprovisionar a la guerrilla balania con armas, municiones y todo tipo de cosas —Ahora fue Sellman el que alzó la mano, imitando el anterior gesto de Leia—. Aunque va usted a decirme que jamás han prestado apoyo a la guerrilla, lo cierto es que su equipamiento militar proviene casi exclusivamente de mundos de la Nueva República.

—Tiene usted razón, almirante, pero me gustaría señalar que desde que hemos establecido nuestro bloqueo la guerrilla balania ha sido la más perjudicada, pues como usted bien ha dicho sus principales fuentes de armamento se encuentran en el exterior del planeta, a diferencia de lo que sucede con los paramilitares seibergios. Lo que pretendo expresar es que comprendo muy bien la posición en la que se encuentra usted, y es por eso que se me ha ocurrido proponerle una alternativa.

—La escucho —La irritación había desaparecido de la voz de Sellman, junto con la sensación de alegría anticipada. Podía imaginarse que la propuesta de Leia no iba a ser la ganga con la que había llegado a especular, pero aún así no podía evitar sentir curiosidad por saber qué se traía ella entre manos.

—Aceptaré su palabra, la de usted, almirante, de que los suministros que transportan sus naves no incluyen elementos de naturaleza militar, y que en cualquier caso su destino no serán nunca los grupos paramilitares que actúan en la región balania. —Lo que Leia intentaba sugerir al hablar en primera persona y aclarar que no se dirigía a los corelianos en general, sino a Sellman en particular, era que éste no iba a ser un acuerdo entre Corellia y la Nueva República, que tenían intereses y necesidades que podían forzar, impedir o deformar la forma y el contenido de cualquier entendimiento al que pudieran llegar ahora, sino un pacto entre ellos dos, el almirante Sellman y la consejera Organa. Dos personas. Dos seres que, a pesar de tener que responder finalmente antes sus respectivos gobiernos, podían poner su honor personal sobre la mesa y aceptar un compromiso que los vinculara a ambos. Sus gobiernos podrían desautorizarlos y anular cualquier trato que hubieran realizado, pero no serían ellos quienes traicionaran el espíritu del acuerdo.

Sellman entrecerró los ojos y la miró fijamente. *Lo ha entendido. Y ahora es cuando yo le leo la letra pequeña.*

—Si me da usted esa palabra, permitiremos pasar al convoy sin inspeccionar a ninguna de sus naves, pero debe consentir usted en que una parte de ese cargamento sea enviado a nuestros campos de refugiados, tan pronto como el tiempo en la región Balania lo permita. De esta forma, toda la población del planeta se verá beneficiada por su ayuda. Los seibergios, por supuesto, pero también los balanios.

El almirante Sellman permaneció en silencio durante todo un minuto, sin dejar de mirar a Leia directamente a los ojos. Ella le devolvió la mirada —*y al infierno con las reglas de la diplomacia, en este momento somos iguales*—, esperando en suspense, sin atreverse casi a respirar. Los otros cuatro oficiales corelianos de alta graduación presentes se mantuvieron también callados —en realidad apenas habían intervenido en las conversaciones, salvo para aconsejar esporádicamente al almirante—, cada uno de ellos guardándose para sí tanto su opinión sobre la propuesta como sus emociones al respecto, conscientes de que en este momento eran meros testigos. Si realmente se alcanzaba un acuerdo todos ellos participarían en las discusiones de detalle, pero la esencia iba a ser decidida ahora mismo, y lo sería exclusivamente por ese hombre y por esa mujer.

—Los suyos también —dijo finalmente el almirante, sobresaltando a algunos de los congregados—. Me refiero a los suministros que se proponían enviar a los balanios —aclaró, notando el desconcierto en las caras vueltas hacia él—. No me preocupan las tiendas de campaña y toda esa clase de material, pero la comida y las medicinas tendrán que compartirlas también con los seibergios que viven en la Región Balania. Todo ello será cargado a bordo de *nuestras* naves.

Leia no pensó ni por un instante en argumentar que esos seibergios a los que se refería Sellman no estaban sufriendo ni siquiera una décima parte de lo que sus vecinos balanios estaban aguantando. Abrió la boca y pronunció una única palabra.

—Sí.

—Consejera Organa —dijo el almirante sin apartar de ella su mirada—, ahora sé que su reputación era bien merecida.

Sellman se puso en pie y extendió su mano derecha hacia Leia. Ella se levantó también y tomó la mano que se le ofrecía entre las suyas. Algunos de los oficiales corelianos aplaudieron tímidamente. Mientras sonreía y asentía cortés hacia el almirante, la mente de Leia pensaba ya en su siguiente meta: conseguir una lista de los prisioneros que los corelianos habían hecho durante e inmediatamente después de la batalla, y permiso para que pudieran ser visitados por personal de la Nueva República como paso previo a su liberación.

—Tenemos ya respuesta a su petición, señora —le dijo uno de los comandos Lince a Llamarada cuando ella y Alce llegaron al refugio prefabricado que albergaba la unidad de comunicaciones del campo, junto a la gran antena.

—Bien. ¿Cuánto tardarán en enviar la lanzadera para evacuar al doctor Al Saruff?

—Es un poco complicado, señora…

—Cuéntenoslo todo, cabo —dijo Pantera, que entraba también en ese instante.

—Casi al mismo tiempo que les derribaban a ustedes se desató una batalla ahí arriba —Llamarada y Alce intercambiaron sendas miradas de alarma.

Pantera se limitó a asentir. Uno de sus tenientes le había contado ya algo mientras ponía bajo su custodia al prisionero seibergio.

—Una flota coreliana con varias naves capitales entró en el sistema, y los nuestros hicieron lo que pudieron por contenerles. Al parecer, nuestro satélite de comunicaciones lo derribaron los seibergios aprovechando la confusión. Las cosas se estaban poniendo muy feas cuando apareció el *Libertador*, con la consejera Leia Organa a bordo. Entre ella y los cañones del *Libertador* convencieron a los corelianos para alcanzar una tregua. Resumiéndolo mucho, los corelianos no dejan que ninguna nave de la Nueva República descienda sobre Seibergia, pero han prometido encargarse ellos mismos de evacuar al doctor tan pronto como amaine la tormenta.

—¿Tormenta? ¿Qué tormenta? —preguntó Llamarada, intentando aún asimilar todo lo que el comando había dicho en un puñado de frases.

—La que está a punto de caernos encima, señora. Va a ser de las gordas.

La cabeza de Rúster apareció en la entrada al ya abarrotado refugio.

—¿Qué pasa, Llamarada? ¿Cuándo vienen a por el doctor? —Al ver la expresión de los rostros que la miraban, la lumi palideció—. No van a venir, ¿verdad?

—Aún no, Ru. Está a punto de llegar otra tormenta —Llamarada decidió callarse de momento el resto de cosas de las que acababa de enterarse. En esos instantes nada podía ser más importante para Rúster que la vida de Ben Al Saruff—. Hasta que no mejore el tiempo no podrán enviarnos a una lanzadera.

—Pero es que no va a poder aguantar mucho más. Puede que no llegue ni siquiera hasta el amanecer.

—¿No hay nada más que puedas hacer por él, lo que sea? —preguntó Llamarada, consciente de que ya le había hecho la misma pregunta la noche anterior y que la respuesta difícilmente podía ser otra que la que Rúster le había dado entonces.

—Sí —contestó la lumi para su sorpresa. Sus extensiones neurales se habían vuelto de un color tan blanco como su cara. Exactamente el mismo color que tenían cuando estaban esperando a que les atacara el caminante seibergio—. Puedo correr el riesgo de suministrarle una sobredosis de estimulante para obligarle a despertarse. Si eso no lo mata, luego le preguntaré a él qué hacer a continuación.

La capitana de navío Gen'yaa se acababa de retirar a descansar tras lo que había sido un larguísimo turno de guardia en el puente. Una vez más había dejado el *Guarida del Lobo* en manos de Nil Wumb, a quien acompañaban prácticamente los mismos oficiales que habían estado con él durante la batalla, quienes volvían a entrar en servicio al mismo tiempo que él. El sulustano observó las pantallas mientras los recién reparados sensores del portanaves llevaban a cabo el seguimiento de las naves de transporte corelianas y de sus escoltas de nuevo en ruta hacia Seibergia, después de casi tres días de detención forzosa. En el silencio que reinaba en el puente, el sonido de las voces provenientes de la unidad de comunicaciones llegaban a todas partes a pesar del reducido volumen al que estaba ajustada la salida. Siguiendo instrucciones de Wumb, APD-5 había programado un canal para sintonizar los servicios corelianos de noticias, sacando partido del hecho de que estaban siendo retransmitidos en abierto para la flota coreliana.

—… la presión ejercida por el almirante Sellman ha conseguido su fruto finalmente. La Nueva República ha renunciado en su intención de inspeccionar nuestros cargueros y ha retirado sus naves para permitirles proseguir su viaje a Seibergia. El portavoz del Ministerio de Defensa, el señor Jondl Misharra, ha explicado a esta reportera que la ayuda va a ser distribuida también entre la población balania, alcanzando incluso a los campos de refugiados ilegalmente instalados por la Nueva República. De este modo el gobierno de Corellia demuestra que su política sigue basándose en la neutralidad y en la defensa de la paz, allá dónde ésta es amenazada. Hoy mismo, el Diktat ha efectuado una llamada a todos los mundos que quieran también contribuir enviando suministros de primera necesidad a esta afligida región de la galaxia. Esta llamada ha sido respondida ya por…

Wumb hizo una mueca y desconectó él mismo la recepción del noticiero.

Con las manos cruzadas a la espalda, subió los tres escalones que conducían al pasillo lateral del puente, el que daba a babor, y caminó hasta el final del pasamanos. Allí se apoyó para mirar hacia el exterior a través del gran panel de observación, mientras escuchaba las informaciones que esporádicamente intercambiaban entre sí los miembros de la tripulación del puente.

El convoy coreliano no podía distinguirse a simple vista, salvo por los ocasionales destellos causados por las toberas de maniobra de los cargueros o la súbita aceleración de uno o más de los ala-X de escolta cambiando de posición. En esos casos, los gases ionizados expulsados por las turbinas de las naves iluminaban el espacio por un brevísimo instante, allá a lo lejos, asemejándose a cometas errantes que desaparecían antes casi de que uno hubiera reparado en su presencia. Lo que sí se veía perfectamente era la silueta en forma de punta de flecha del *Libertador*, cuyas superficies superiores reflejaban la luz del sol de Seibergia, que en esos momentos le daba casi de pleno. No era fácil acostumbrarse a contar con destructores estelares en el propio bando. La visión de sus mortíferos contornos conseguía aún que los corazones de muchos de los seres que servían en la flota de la Nueva República se acelerasen, víctimas de un involuntario espasmo de miedo, antes de reparar en que la escarapela pintada sobre su casco no era el símbolo del Imperio. Wumb había visto antes al *Libertador*, pero por aquel entonces se llamaba *Dictaminador*, y sus imponentes baterías láser, junto con las del resto de destructores del Escuadrón de la Muerte, nominalmente al mando del mismísimo Darth Vader, segaban vidas sin pausa entre las tripulaciones de las naves de la Alianza atrapadas frente a la segunda Estrella de la Muerte. Wumb bajó la mirada apartándola del inmenso navío y volviéndola hacia su propia nave. Frente a sus ojos, los restos retorcidos de lo que había sido el cañón de iones le recordaban lo cerca que había estado, una vez más, de encontrarse con la muerte que desde Endor no había dejado de susurrar amenazas a su espalda.

El brusco cambio que acababa de dar la situación no le hacía en absoluto infeliz, a pesar de que algunas de las naves que pasaban casi invisibles —salvo para los sensores— rumbo a Seibergia, varios miles de kilómetros hacia proa, fueran las mismas que apenas setenta y dos horas antes había luchado para detener. Sólo a bordo del *Guarida del Lobo*, docenas de personas habían perdido la vida intentando evitar que cruzasen las líneas del bloqueo, y muchas otras sufrían aún a causa de sus heridas. Algunas de éstas jamás volverían a pisar la cubierta de una nave de guerra. Pero la travesía de los cargueros corelianos, bajo las condiciones impuestas por las consejera Organa, significaba que la repetición de esa última batalla era ahora menos probable que la última vez que había salido del puente para irse a su camarote.

Eso era algo digno de ser celebrado, aunque aún fuera muy pronto como para bajar la guardia. Wumb era muy consciente de que el peligro seguía allí, acechando.

—¿Capitán de fragata Wumb? —dijo APD-5 acercándose por el pasillo—. Hay una nueva solicitud de transmisión para usted, procedente de Campo Uno.

Es la teniente coronel Schroeder.

—Voy para allá —Wumb caminó de vuelta hacia el sillón de mando, indicando al androide de comunicaciones que abriera el canal—. Teniente coronel, aquí el capitán de fragata Wumb. ¿Me copia usted?

—Afirmativo, señor. Tenemos una tormenta de nieve muy seria aquí. No sé cómo afectará eso a la calidad de la transmisión.

—Su voz suena un poco distorsionada y hay algo de ruido de fondo, pero aparte de eso la copiamos lo suficientemente bien. Me alegro de escucharla de nuevo. ¿Cómo se encuentra el doctor Al Saruff?

—Mal, señor. En estos instantes la capitán Rus'ti se dispone a llevar a cabo un intento desesperado por salvarle la vida. Pero no es por eso por lo que me he puesto en contacto. ¿La línea es segura?

—Tan segura como lo sean nuestros códigos de encriptación más recientes, señora —intervino APD-5 aunque la pregunta no fuera dirigida a él.

Calculo que las probabilidades de que los corelianos o el Imperio hayan conseguido romperlos tan pronto no alcanzan el uno por mil.

—Gracias, APD-5 —dijo Wumb—. Ahora activa el campo de aislamiento sonoro y desconéctate de este canal. Puede usted hablar, teniente coronel.

—Señor, no sé qué es lo que sabe sobre el siniestro de la *Compasión*.

—Sus escoltas informaron de que fue derribada, pero no pudieron ver al atacante. Hemos supuesto que se trataba de paramilitares.

—Negativo, señor. Lo hizo un AT-ST del ejército seibergio. El capitán Gregory consiguió destruirlo utilizando uno de los cañones de la *Compasión*, y eso nos permitió escapar y llegar hasta aquí.

—Me sorprende usted, teniente coronel. Esas noticias son preocupantes.

¿Ese AT-ST estaba solo?

—Lo acompañaba un grupo reducido de soldados de asalto que se desplazaban en motojets. El capitán Gregory capturó a uno de ellos con vida y lo hemos traído con nosotros. De momento no ha respondido a ninguna de nuestras preguntas, pero nuestra teoría es que actuaban como exploradores.

Posiblemente se dirigían a encontrase con el resto de sus tropas cuando vieron nuestra lanzadera, y nos derribaron para evitar que pudiéramos informar sobre su presencia allí.

—¿Así que su conclusión es que el ejército balanio ha comenzado ya la invasión de la Región Balania?

—Afirmativo, señor. De otra forma no se explica la presencia de un caminante y de tropas regulares tan al interior. Al enterarnos de que había tenido lugar una batalla espacial, mi primer pensamiento ha sido que los seibergios estaban informados que la flota coreliana venía de camino, y que habían coordinado sus acciones para que coincidieran con la entrada de sus naves en el sistema. ¿Es cierto que fueron ellos quienes destruyeron nuestro satélite geoestacional?

—Eso parece. Se detectó el lanzamiento de un misil desde la estratosfera, probablemente desde un Interceptor TIE. A partir de ese instante estamos ciegos y sordos

respecto a lo que sucede en la mayor parte de la Región Balania, al no poder enviar cazas de reconocimiento ni instalar un nuevo satélite. No tenemos más información que la que nos han podido enviar desde los campos, pues también ellos habían perdido el contacto con sus patrullas.

—Todo concuerda, señor.

La expresión de Wumb se oscureció . *Y yo que pensaba que las cosas estaban mejorando. Esto podría obligarnos a intervenir, con corelianos o sin ellos.*

—Una nave de búsqueda y rescate coreliana acudió en búsqueda de la *Compasión* a petición nuestra. Les dimos las coordenadas del punto de siniestro y tenemos la certeza de que descendieron a la superficie, aunque no pudiéramos ver lo que hacían allí. Nos dijeron que no había nadie en la lanzadera ni en los alrededores cuando llegaron, pero no mencionaron nada de un AT-ST destruido.

—Pues tuvieron que verlo, señor. Cayó prácticamente encima de la *Compasión*.

—Así que o bien están ocultando ese hecho, o bien los seibergios se llevaron el AT-ST antes de que llegara el equipo de rescate coreliano.

—Para moverlo de allí les habrían hecho falta unos buenos repulsores, pero sin duda podrían haberlo hecho. Sin una inspección en detalle, las piezas más pequeñas que pudieran haberse quedado en el terreno, medio ocultas además por la nieve, podrían pasar por restos procedentes de nuestra lanzadera.

—Es posible. ¿Tiene usted alguna prueba de la presencia de ese caminante o de las tropas que lo acompañaban en el interior de la Región Balania?

—Afirmativo, señor. Cogimos los chips de identificación de un soldado muerto y de los tripulantes del AT-ST, un datapad, y los collares suicidas de todos ellos.

—Repita la última parte, teniente coronel. He entendido que hablaba usted de collares suicidas, ¿es así?

—Afirmativo, eso es lo que he dicho, señor. Cada uno de los seibergios llevaba un collar con un colgante, un símbolo militar. En la parte de atrás se ocultaba una dosis letal de algún tipo de droga, con casi total seguridad un veneno mortal. Uno de los pilotos del AT-ST hizo uso de él para quitarse la vida antes de que tuviéramos ocasión de inspeccionar la cabina.

—Comprendo —*Esto cada vez tiene peor aspecto*—. ¿Tiene alguna otra información?

—Afirmativo, señor. La situación de los refugiados, al menos en este campo, es desesperada. Necesitamos reemplazar el equipo y las provisiones que se perdieron con la *Compasión*. Tiendas y comida, sobre todo.

—Los corelianos han aceptado enviar algunos suministros a nuestros campos de refugiados. Trataré de asegurarme de que le llegue lo que ha pedido, pero no puedo prometerle nada.

—Lo comprendo, señor. No tengo nada más de lo que informar.

—Muchas gracias, teniente coronel. No pierda de vista las cosas que cogieron de los soldados seibergios. De momento eso y su palabra es todo lo que tenemos para demostrar

que el ejército seibergio se ha adentrado en la Región Balania. La ayuda llegará cuando cese la tormenta, pero como ya le he advertido, serán los corelianos quienes la lleven. No les permita que vean al prisionero ni tampoco, bajo ninguna circunstancia, acepten una posible oferta para sacarlos a ustedes del planeta. El único que se subirá a una nave coreliana será el doctor Al Saruff, y eso porque no hay otro remedio, ¿entendido?

—Afirmativo, señor. Hemos venido a echar una mano, y aquí hay muchísimo que hacer antes de que podamos permitirnos regresar.

—Exactamente eso es lo que debe decirles a los corelianos si se da el caso. Cuídense, ¿de acuerdo? Y si tiene la ocasión, deséele buena suerte a la capitán Rus'ti, sea lo que sea lo que esté haciendo. *Guarida del Lobo* fuera.

Wumb desvió la mirada hacia el panel de observación, contemplando por un instante al *Libertador* y a las estrellas más allá.

—APD-5, abre una línea con el *Alma Valiente*. Quiero hablar el vicealmirante Sinessis. Y despierta a la capitán de navío Gen'yaa.

—Doctor Al Saruff, ¿puede usted oírme?

En el exterior la tormenta arreciaba con gran violencia. Empujada por el vociferante viento, la nieve caía sin cesar cubriéndolo todo, y golpeando con fuerza contra las paredes y el techo de la tienda en la que se encontraban Rúster y Ben Al Saruff, junto con uno de los comandos Lince —un tal sargento Daboro— y el prisionero balanio, aparentemente dormido sobre su camilla en la parte del fondo. Esa tienda era la de mayor tamaño que había entre las que habían podido recuperar de la *Compasión*, con capacidad para unas cuarenta personas. Rúster la había convertido a toda prisa en un hospital provisional con la ayuda de Alce y un par de comandos. Aunque de momento sólo estaban allí los dos pacientes que había traído con ella, la lumi sabía que no tardaría en quedárseles pequeña. El resto de refugios habían sido erigidos en cada hueco disponible, con el tiempo justo para que todos los recién llegados pudieran cobijarse antes de que los cielos comenzaran a descargar toda su furia sobre el desprotegido campamento. Rúster intentaba apartar de su mente la profunda impresión que la visión de ese lugar le había causado. Los ojos de los balanios reflejaban tanta desesperación que hacía daño mirarlos. Los niños, sobre todo los más pequeños, le hacían sentir ganas de llorar. Las pobres criaturas no podían comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor, ni por qué sus vidas se habían vuelto de pronto tan miserables. Tiendas de fibroplástico y sopa aguada. Si eso era todo lo que podían ofrecer a esta gente para ayudarles a paliar su desgracia, la Nueva República estaba muy lejos de ser una esperanza real para los desdichados de la galaxia. Se invertía tanto esfuerzo y tantos recursos en la guerra… ¿Era ésta tan inevitable? Palpatine estaba muerto, ¿no era así? ¿No podía Mon Mothma y su legión de diplomáticos sentarse a hablar con los nuevos gobernantes del Imperio y alcanzar con ellos una paz duradera? La peor de las paces es preferible a la mejor de las guerras. Había

escuchado decir eso antes, pero sólo ahora comprendía del todo cuánta verdad se escondía bajo esas palabras. No podía evitar preguntarse si merecía la pena pagar el precio de tanto sufrimiento a cambio de la libertad. Estos balanios, por ejemplo, habían vivido mucho mejor cuando se encontraban bajo el yugo del Imperio.

Rúster negó con la cabeza. Esas ideas no le conducirían a ninguna parte y además la realidad era mucho más complicada que todo eso. Había comenzado a entenderlo cuando estaban aún en la lanzadera, intentando decidir que sería mejor dadas las circunstancias, si rendirse o luchar. Sí, era cierto que los balanios vivían mejor antes, pero eso era sólo porque son de raza humana. Ese hecho por si solo era razón más que suficiente para mantenerse en guerra. *Pero intenta explicárselo a esos niños que lloran porque tienen hambre y frío*.

Lo mejor que podía hacer era concentrarse en la tarea que tenía delante.

Eso ya sería bastante duro de por sí. *Quizá mi mente se está empeñando en darle vueltas a todo porque en el fondo me da mucho más miedo pensar en lo que me propongo hacer. Porque estoy asustada de intentarlo y fracasar, y que el doctor se me muera en los brazos.*

—¿Doctor? ¿me escucha usted?

Nada aún. Ben Al Saruff parecía ya más muerto que vivo. Daba la impresión de que cada inspiración le costaba un mayor esfuerzo que la anterior. Rúster miró a su alrededor, más que nada para apartar la vista, aunque sólo fuera por un instante, de los rasgos macilentos del agonizante ithoriano. A su lado el sargento Daboro esperaba en silencio. El delgado pero musculoso humano, experto en explosivos —por lo visto sus compañeros le apodaban *Mechas*—, era entre los comandos Lince el que había recibido un entrenamiento médico más completo, aunque carecía de la amplia experiencia práctica de Rúster. Al mirar hacia la pared trasera de la tienda, descubrió que el soldado seibergio no dormía en realidad, sino que los estaba observando. Su muñeca derecha, la del lado opuesto a su herida, estaba sujeta a la cabecera de la camilla por unas esposas de choque —cualquier intento por soltarlas provocaba una descarga eléctrica de media intensidad, no letal, pero muy desagradable para el sujeto—. Alce y Pantera lo habían estado interrogando tras llegar al campamento, pero ni siquiera les había dicho su nombre. Rúster les había pedido que lo dejaran para mañana y ellos habían accedido comprensivos. No quería que nadie los distrajera a Daboro y a ella. Si el seibergio hacía aunque sólo fuera un ruido, Rúster no dudaría en volver a sedarlo.

—El estimulante debería haber hecho efecto ya —comentó Daboro.

—¿Sabes algo acerca de los ithorianos y cómo reaccionan a los estimulantes?

—No, lo siento, señora.

—Llámame Rúster como hace todo el mundo, o no sabré con quién estás hablando —Rúster hizo una mueca de disgusto y levantó las palmas de ambas manos en un gesto de disculpa—. Perdóname, estoy nerviosa.

—Lo comprendo, Rúster. Yo también estoy nervioso.

Rúster asintió y de nuevo puso toda su atención en el médico ithoriano.

El suero seguía goteando rítmicamente desde la botella colgada de uno de los listones que sujetaban el techo de la tienda. Ya casi se había acabado, pero Daboro tenía otra en la mano. Rúster se preguntó si debería suministrarle otra dosis de estimulante, pero sabía que podían llegar a ser muy peligrosos si no sabías bien cómo usarlos. Una sobredosis podía dejar al paciente en coma profundo o incluso matarle.

—¿Doctor? ¿Me oye usted? —*Todavía puedes volverte atrás, Rúster.*

¿Qué crees que vas a poder hacer? Quizá me equivoco al pensar que ésta es la única salida. A lo mejor el doctor aguanta hasta que pase la tormenta y puedan venir a por él. Si intento operarle por mi cuenta lo más probable es que lo mate, y sin embargo, si no hago nada, aún podría sobrevivir. Esto es demasiado para mí. No soy más que una piloto de lanzaderas, y no demasiado buena, aunque Llamarada y Alce parecen pensar que he mejorado en eso.

Puedo reducir una fractura y poner parches de bacta. Bueno, ahora también sé algo acerca de partos humanos, ¿pero esto? No, no lo haré. Ya he hecho todo lo que he podido, lo mejor que he sabido. No voy a operarle.

—¿C-c-capitán? —la voz de Al Saruff sonaba débil y vacilante, pero estaba consciente. Rúster se acercó más a él para poder oírle mejor.

—Doctor, ¿cómo se encuentra?

—La si-situac-ción s-se está volviendo de-sesperada, ¿verdad?

Rúster hizo una mueca de dolor.

—Sí, doctor, así es. Dos de sus costillas están rotas, y una de ellas ha penetrado en su saco respiratorio derecho. Bueno, no sé cómo llaman ustedes a sus… pulmones.

—Sa-sacos resp-pi-ratorios l-los describe muy b-bien.

—Esa herida, y el daño que las astillas de hueso han causado en los tejidos circundantes, le han provocado varias hemorragias internas, además de sus dificultades respiratorias, que cada vez van a más. Ya ha perdido usted mucha sangre, y no sé cuánto mal pueden causar los coágulos. Tengo miedo de que en cualquier momento sufra usted una embolia, una insuficiencia respiratoria aguda, un fallo cardiaco o todo eso a la vez. Necesita cirugía urgente, doctor.

—Y u-usted e-es lo más p-parecido q-que t-te-tengo a un ci-cirujano.

—Es verdad —Rúster sintió unos deseos tremendos de echarse a llorar, pero pudo contenerse.

—B-b-bien, no s-será difff-ícil. S-ssólo ab-brirme el pe-pecho, s-sacar la co-ostilla d-del s-saco, sut-uturar la herida, co-colocar en ssu s-sitio l-las co-cost… —Al Saruff tosió antes de poder continuar—. Q-quitar l-las astillas, l-limp-piar los coág-gulos y cer-rar t-todo otra v-vez.

—Bendita Fuerza, tiene que estar usted bromeando, doctor. ¿No hay otra opción?

—M-mala-mente p-puedo b-bromear c-con esto. M-me estoy ju-jugando l-la vida.

Rúster eso lo sabía, como también había sabido lo que tenía que hacer en líneas generales, antes de que Al Saruff se lo dijera. Pero hasta este momento había conservado

la esperanza de que el doctor le dijera que no hacía falta que le operase. Ahora se sentía incapaz de hacerlo.

—El autodoc no está programado para ithorianos —dijo, aunque una parte de su mente le chillaba que ésa no era excusa para cruzarse de brazos y no hacer nada mientras el doctor se le iba poco a poco—. No voy a saber hacer todo eso. Seguramente le mataré sin querer.

—Tendré que ser mi propio autodoc —respondió el ithoriano sin tartamudear, como si estuviese sacando fuerzas de una reserva oculta.

Rúster abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—¿Qué ha usado p-para despertarme?

—Stimil 500, quince miligramos.

—S-Stimil… T-tendrá que valer. —El ojo derecho del itoriano giró para mirar hacia la vía que Rúster le había puesto en el brazo. Satisfecho al parecer con lo que había visto, continuó—. Póngame diez m-miligramos más ahora, y otros v-veinte cada m-media hora o así. C-cada v-ez que vea que estoy a punto de desmayarme o-otra vez.

—Pero eso podría…

—Ssshh, d-déjeme hablar. In-inyécteme también c-cuarenta, no, cincuenta miligramos de Nervioxol. ¿T-tenemos Nervioxol?

—Sí, más que suficiente —respondió Daboro antes de que Rúster pudiera comprobarlo.

—E-eso n-neutralizará los centros de d-dolor pero no con-contrarrest…

Un nuevo ataque de tos volvió a interrumpirle. Rúster vio saliva mezclada con sangre resbalándole por la comisura de ambas bocas. En la sangre apreció pequeñas burbujas. Venía directamente de los sacos respiratorios. Rúster le limpió con una gasa intentando controlar el temblor de las manos.

—Creo que el doctor intentaba explicar que el Nervioxol no neutralizará los efectos del Stimil 500 —explicó Daboro—. Sé algo acerca de supresores neurales.

Rúster le echó una mirada al sargento. Al pensar en ello, se dio cuenta de que en la instrucción médica que le habrían dado a un comando como él, las drogas para eliminar o al menos amortiguar el dolor tenían que estar a la cabeza del temario.

—E-eso es —dijo el ithoriano recobrándose un poco—. Vamos. N-no perdamos más tiempo. Ca-capitán…

—¿Sí, doctor? —Junto a ella, y aparentemente mucho más calmado, Daboro estaba abriendo ya un paquete de Stimil 500. Por un instante Rúster se sintió tentada de pedirle que ocupara su lugar.

—U-usted será m-mis ojos y mis m-manos.

Rúster inspiró y expiró tres veces seguidas, muy lentamente, y después se miró las manos. Para su sorpresa habían dejado de temblar. Daboro ya había hecho pasar el estimulante por la vía y estaba a punto de inyectar también el supresor neural.

—Dígame por dónde empiezo.

—Escalpelo l-láser a t-res cent-tímetros de l-ongitud. C-corte sobre mi pecho d-derecho, d-directamente sobre las c-costillas rotas.

Sin pensárselo dos veces, Rúster hizo lo que Al Saruff le había dicho. La sangre, casi negra, empezó a manar lentamente a través de la incisión, pero Rúster ni siquiera pestañeó.

Araña abrió los ojos sintiéndose terriblemente confuso. ¿Dónde estaba?

¿La zona médica? ¿Por qué? No le habían herido durante la batalla, ¿o sí? Lo único que recordaba era haberse sentido tremendamente exhausto y mareado.

Ahora, sin embargo, se encontraba descansado, mucho más de lo que lo había estado en mucho tiempo, aunque un tanto aturdido. Quizá había dormido demasiado. ¿Pero cómo era eso posible, en mitad de una crisis? Y de nuevo, ¿por qué aquí?

—¿Capitán Somarriba? —Araña giró la cabeza hacia la voz, encontrándose con uno de los androides médicos del doctor Ben Al Saruff— a quien él, como muchos otros, solía llamar doctor Benny. —No se trataba del usual modelo 2-1B de Automaton Industrias, sino un ejemplar de la nueva serie SY-S, más comúnmente conocidos como «Tijeras».

—Estoy complacido al comprobar que ha recuperado usted la consciencia —continuó el androide—. Le someteré a unos tests rápidos para asegurarnos de que todo está bien y después podrá usted volver al servicio activo. Por favor, mantenga los ojos bien abiertos mientras llevo a cabo un escáner de retina.

—¿Por qué he sido hospitalizado?

—Principalmente por agotamiento —El Tijeras pasó una de sus manos especializadas sobre el rostro de Araña. El piloto tuvo una visión fugaz de un grupo de pequeñas lentes moviéndose entre dos de los dedos. A continuación el androide colocó una mano diferente sobre su frente. Araña escuchó un zumbido muy bajo—. Ya puede cerrar los ojos si quiere. ¿Ha tenido usted dificultades para dormir últimamente, capitán?

Araña casi se echó a reír.

—¿Y quién no las tendría, después de varias semanas en estado de prealerta y otra en alerta completa? No he pasado ocho horas seguidas en mi litera desde antes de que viniésemos a parar a este sistema de mala muerte.

—¿Pero no durmió usted correctamente durante sus periodos de descanso? El doctor Al Saruff distribuyó píldoras relajantes a los pilotos para ayudarles. Cada una de ellas garantiza un sueño profundo de entre dos horas y dos horas diez minutos en un humanoide. Vuelva la cabeza hacia su izquierda, por favor.

—No me las tomé —admitió Araña—. Nunca me han gustado las drogas de ninguna clase. Siento aversión hacia ellas.

—Esas píldoras difícilmente pueden ser consideradas como drogas, capitán. Ahora a su derecha, por favor. Gracias. El hecho es que tenía usted tantas toxinas acumuladas en

su organismo por falta de sueño, que podría haberse desmayado en cualquier momento. Es una suerte que no le sucediera estando en vuelo. ¿Se ha sentido usted nervioso, sobre excitado, enfadado o demasiado agresivo?

—Puede que sí. Pero es que hubo una batalla, ¿sabes?

—Sí, señor. Estaba usted también al borde de experimentar alucinaciones, o de confundir la realidad con su propia imaginación. Los seres humanos necesitan soñar casi tanto como comer.

—Algo de eso he oído alguna vez. ¿Alucinaciones, dices? —Araña empezaba a sentirse muy preocupado.

—Sí, señor. ¿Tuvo usted alguna?

—Err….No, no lo creo —*¿Las tuve?*

—Bien. Comandante Stauber, ya puede usted hablar con el capitán Somarriba. Puede marcharse cuando quiera. Le declaro apto para volar.

—Gracias, SYS-0 —dijo Víbora. Araña no le había visto hasta ese momento. Debía estar esperando fuera de su campo de visión—. ¿Cómo te encuentras, piloto?

—Muy bien, jefe. De hecho, casi demasiado bien. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Tres días.

—¡Tres días!

—Efectivamente. Está claro que lo necesitabas, y lo sorprendente es que nos lo hemos podido permitir. Pero ahora volvemos a estar en prealerta.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace quince minutos. Ahora escúchame bien. La próxima vez que decidas ser tu propio doctor, piénsatelo dos veces. Maldita sea, tanto preocuparnos todos por si Rúster dormía o no dormía, y resulta que el problema más serio lo teníamos contigo. Si las píldoras no te inspiraban confianza, lo que tenías que haber hecho es hablar con el doctor Al Saruff para que te explicara en qué consisten y cómo actúan, o bien para que te diera otra solución más de tu agrado. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —Araña enrojeció. El tono de Víbora se había vuelto demasiado serio de pronto, incluso tratándose de él.

—Estupendo, porque la próxima vez te doy una patada en el culo y te echo del escuadrón. ¿He hablado claro?

—Sí, señor.

—No me llames señor, bocazas, que sabes que no me gusta. Ahora vístete y vete directamente a la sala de reuniones. Allí te informaré de lo que ha pasado mientras… —Los gritos procedentes de otra cabina interrumpieron a Víbora. Araña volvió la cabeza para mirar en esa dirección, pero la pantalla estaba opacada, por lo que no pudo ver nada. Le había parecido que era Sparks el que gritaba.

—Luego te veo —dijo Víbora, yéndose directamente hacia la cabina en la que se escuchaba el jaleo. Araña quería haberle preguntado a Víbora por los pilotos que no habían vuelto inmediatamente tras el combate, eso ante todo, pero también decirle otras

cosas. Que no había sufrido alucinaciones. Que, exhausto o no, había hecho lo que debía. Que no se sentía responsable de haber iniciado la batalla.

Esperaba tener la oportunidad de explicárselo en otro momento, a él y al resto de sus compañeros. Sobre todo a Solo.

Pero antes, no obstante, tendría que meditar mucho sobre lo que había sucedido, y quizá también estudiar las grabaciones de la batalla.

Víbora entró en la cabina justo a tiempo de ver cómo Sparks le lanzaba una bandeja de comida aún medio llena al androide médico. Uno de los cubiertos le golpeó a él en un muslo, manchándole de puré los pantalones.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Víbora, cuánto me alegro de verte! ¡Esta oxidada colección de circuitos, tuercas y tornillos dice que no puedo volver a volar! ¿Dónde está el doctor Al Saruff? ¡Quiero que venga él, y no esta chatarra!

—El doctor Al Saruff está en la Región Balania, pasándolo probablemente mucho peor que tú.

—¿De qué estás hablando? Los chicos me dijeron que…

—Los chicos no te lo contaron todo para no complicar más tu situación. El androide médico me ha dicho hace un rato que ya deberías ser capaz de oír malas noticias sin alterarte demasiado, pero al parecer se equivoca.

—Se equivoca en muchas cosas, ya lo ves. No le vendría mal una revisión técnica a ese Tijeras.

—Puede ser, pero el diagnóstico que SYS-0 ha emitido en tu caso es correcto. He enviado personalmente el resultado de los tests y de los análisis que te han hecho a otros médicos de la flota, médicos humanos. Uno en el *Rescatador* y otro en el *Libertador,* ambos de reputación intachable. Los dos se han mostrado completamente de acuerdo con el androide. Tu corazón no está bien. Había una lesión previa que o bien desconocías tú mismo o bien preferiste no declarar. No, no me lo digas, no quiero saberlo. El hecho es que la descarga de iones que sufriste la ha complicado. Sufriste un pequeño infarto en la cabina, y otro más grave cuando te traían hacia aquí. Quizá deberías saber que fue ese mismo Tijeras el que te salvó la vida. Ahora, gracias a él, estás ya bastante recuperado. De aquí en adelante podrás llevar una vida normal, pero no como piloto de caza.

—Podrían sustituirme el corazón por un órgano cyborg —respondió Sparks fríamente, como si no le hubiera sorprendido del todo lo que Víbora acababa de contarle—. Conozco un tipo al que se lo han hecho.

—Eso es decisión tuya, amigo mío, y también tu dinero, porque la nueva República no va a pagarlo. No si tu vida no corre peligro. Por la misma razón tampoco te pondrán en lista de espera de trasplantes, que sería la otra solución posible. Lo he preguntado.

—¿Qué? ¡No es justo, mierda de hutt, no es justo! Les he entregado mi vida y ahora se limitan a darme un apretón de manos y mandarme a casa. ¿A qué casa? No he tenido otra durante años que no fueran las bases militares y las naves en las que he servido. ¿Sabes qué? Sí que declaré que tenía una lesión de corazón congénita cuando me presenté voluntario para unirme a la Alianza como piloto. Eso fue antes de Yavin y de la Estrella de la Muerte, cuando estaban desesperados por conseguir pilotos con experiencia. ¿Quieres saber lo que me dijeron? Que me aceptarían incluso si no tuviera brazos ni piernas, que robarían las prótesis si hacía falta.

—Ahora las cosas son diferentes —dijo Víbora, sintiéndose abochornado y violento, como si fuera él el responsable de la política de la Nueva República y las más que justificadas protestas de Sparks fueran dirigidas contra él.

—Sí que lo son. Rúster tenía razón en eso. Estos ya no son los viejos tiempos.

—¿Vengo en mal momento? —dijo una voz metálica a espaldas de Víbora, imponiéndose a lo que parecía una serie de gruñidos. Al volverse, Víbora se encontró con Groznik— la voz que había oído era la de su traductor, —plantado en la entrada de la cabina en compañía de Parody y de Granito—. Podemos volver más tarde.

—No, Groznik —contestó Víbora, aliviado como si el wookie y los demás hubieran llegado para rescatarle a él en lugar de para hacerle una visita a su compañero y amigo. Eso hizo que se sintiera aún más avergonzado, pero de todas formas se movió hacia la salida—. Sparks, tengo cosas que hacer… —empezó a decir mirando hacia el hombre tumbado sobre la camilla. La barba de tres días le hacía parecer más viejo, pero no tanto como su expresión deprimida, llena de decepción y amargura, tan diferente al buen humor del que Sparks solía hacer gala. Sus ojos ya no brillaban como solían.

—Vete, Víbora. Haz lo que tengas que hacer, lo comprendo —Sparks levantó la mano y la agitó en un adiós cansado. Víbora asintió y salió de la cabina sin decirle nada a los tres pilotos del grupo Zarpas que esperaban para entrar. Al escuchar los primeros gritos de enojo de Granito y los terroríficos aullidos de Groznik, se acercó hasta donde estaba el androide médico, recomendándole que buscara algo que hacer lejos de allí, preferiblemente en otra cubierta.

—No es culpa tuya, SYS-0, pero ahí dentro hay un wookie y un lunático que podrían hacerte pagar los platos rotos.

—No recuerdo haber visto platos rotos, señor. La bandeja era metálica.

Ah, ¿se trata de una expresión humana, señor?

—Sí. Una que viene a significar que lo mejor será que te marches durante un rato, si deseas seguir funcionando durante muchos años.

—Gracias, señor. Aprecio su preocupación.

Víbora se marchó del área médica caminando con grandes zancadas, deseando alejarse de allí cuanto antes. La alegría que había experimentado hacía apenas unas horas al enterarse de que Llamarada, Alce y Rúster seguían con vida había quedado ensombrecida por la preocupación por los que aún seguían desaparecidos —seguían sin tener noticia alguna de ellos— y por los heridos, culminando ahora con el terrible sabor

de boca que le había dejado la visita a Sparks. Durante un momento de debilidad su único deseo fue que Llamarada estuviera de vuelta y que él pudiera dejar de ser el comandante en funciones del escuadrón.

—Sabacc perfecto —declaró Solo colocando su última carta boca arriba.

El campo aleatorio acababa de convertir el Ocho de Monedas en nada menos que el Idiota. Los otros cuatro jugadores, todos seibergios, daban por sentado que la del coreliano era una mano perdedora, ya que sus otras cartas sumaban entre todas veintitrés. Una carta de valor positivo le habría hecho pasarse, y una de valor negativo le habría alejado de la puntuación de sabacc, pero el valor del Idiota era cero, como sabían hasta los niños pequeños, y eso le daba a Solo la victoria absoluta en la partida. La pequeña sala de reposo del *Mercader Nómada* se llenó con los gritos de rabia y decepción de los seibergios, al ver como el sonriente piloto echaba mano al abultado montón de créditos que a esas alturas había alcanzado la bolsa. Uno de ellos se quejó en voz alta de que no había visto al Idiota durante varias manos, sugiriendo implícitamente que Solo podría haberla tenido escondida y a salvo de la acción del campo aleatorio, esperando una ocasión como ésta para utilizarla y llevarse la bolsa. Vigilando la escena desde la cabina, Raiven abrió discretamente la funda del bláster que llevaba colgado del cinturón. Solo y él habían estado de acuerdo en que lo mejor sería que no participase en el juego y se quedara apartado, manteniendo los ojos bien abiertos por si alguno de los seibergios resultaba ser un mal perdedor. De pronto la precaución parecía más que acertada. *Primera partida, primer problema,* pensó Raiven haciendo una mueca.

—Me parece que no andas muy bien de memoria, compañero —dijo Solo sin perder ni la calma ni la sonrisa—. Tu amigo Dieter tuvo el Idiota metido en el anulador de campo aleatorio durante toda la mano anterior, aunque no le sirvió de gran cosa. ¿A que sí?

—Sí, es verdad —admitió encogiéndose de hombros el tal Dieter—. Me vinieron de primeras el Idiota y el Dos de Sables, y me tiré todo el juego esperando a que me saliera un maldito Tres de lo que fuera para hacer una Mano del Idiota, pero no hubo manera. Al final, encima, el Dos de Sables se me convirtió en el Cinco de Báculos…

—Vale, vale, estaba de broma —dijo el primer seibergio, vaciando de un trago los últimos restos de Whyren Reserva que le quedaban en el vaso. Al dejarlo de nuevo en la mesa soltó una carcajada como para probar su sinceridad. Ayudados probablemente por las generosas dosis del whisky coreliano que todos habían consumido desde que subieron a bordo, sus tres compañeros se echaron a reír con él. Solo se unió a ellos hasta que terminaron todos tosiendo, con los ojos lagrimeando y dándose palmadas unos a otros en la espalda. Raiven se relajó un poco, pero mantuvo la mano cerca de la empuñadura del bláster. *Los borrachos cambian de humor a la velocidad de la luz.*

Cuando se marcharon los seibergios, acarreando con sorprendente seguridad las dos cajas de licor que habían comprado entre los cuatro, Raiven se levantó y fue a reunirse con Solo en la mesa de juego.

—Por un momento creí que iba a tener que rescatarte antes de que decidieran freírte.

—Las cosas no estaban tan serias —Ante la mirada incrédula de Raiven, Solo decidió elaborar un poco más su explicación—. No, en serio. No estaban tan enfadados como querían hacernos creer. Saben que recuperarán con creces lo que han perdido revendiendo parte del whisky. El precio que les estamos ofreciendo sería caro para Coronet City, pero aquí es una ganga.

—Si tú lo dices… En fin, ¿cómo ha ido?

Solo enseñó los dientes en una gran sonrisa.

—Geniaaaal. He ganado casi quinientos créditos corelianos. Son mucho más fáciles de cambiar que la moneda local, así que insistí mucho en que o jugábamos con créditos corelianos o nada.

Raiven soltó un gruñido.

—No me refiero al juego, pirata. ¿Has obtenido alguna información útil?

—¿Acaso no lo grabaste todo? —preguntó Solo súbitamente serio.

—Por supuesto que lo hice. Pero no podía oíros bien desde la cabina, y no me apetece tener que revisar tres horas de grabación si puedes darme un resumen. ¿Estás sobrio?

—Ahora me estás ofendiendo, ¿sabes? Me tomé sólo dos vasos, pero los hice durar para que pareciera que estaba bebiendo tanto como ellos. Es un viejo truco de jugador.

—Ya veo —Raiven estaba perplejo por lo *coreliano* que parecía Solo desde que había adoptado ese papel, y no sólo por el acento o las expresiones típicas que utilizaba. No era que antes no lo pareciera, sino que ahora Raiven hubiera podido confundirlo con uno de los aventureros corelianos que aparecían en los holofilmes que veía cuando era niño. Todos ellos bebían whisky y jugaban al sabacc casi todo el tiempo. Eran descarados y atrevidos, encantadores e imprudentes, despreciando las leyes de probabilidades con la misma despreocupación cuando apostaban a las cartas que cuando estaban arriesgando la vida. Raiven estaba por pensar que aquellos personajes novelescos no estaban tan alejados de la realidad. Se preguntó cuánto de todo eso iba impreso en los genes comunes de los corelianos y cuanto eran conductas aprendidas, algo que hacían en un intento por parecerse al modelo que el resto de la galaxia tenía de ellos. En cualquier caso lo que estaba claro era que Solo estaba disfrutando de veras con esta misión, más incluso de lo que Raiven habría esperado. Era cierto que en ocasiones se volvía mortalmente serio, casi introspectivo, cuando hablaban sobre los sucesos acaecidos en las últimas semanas. Pero ahora, después de más de dos horas de sabacc, parecía haberse olvidado de todo. *Estoy empezando a entender algunas de las cosas que dice de él su expediente*—. Muy bien, ¿has averiguado algo entonces?

—No mucho, tengo que admitirlo —Solo se encogió de hombros—. He dejado caer que nos haría algo más que felices poder ganar un dinerito extra transportando refugiados balanios fuera de aquí en nuestro viaje de regreso. Me han dicho que es un poco tarde

para eso, que la mayoría de los que podían pagarse el pasaje ya se han ido, y que el resto no se atreverán a poner sus pies en Nurtina ahora que está llena de soldados seibergios. Me han explicado además que las noticias sobre el derribo de ese carguero han circulado deprisa, que todo el mundo habla de ello, por lo que a los balanios no deben quedarles ganas de probar suerte mientras los cazas de la Nueva República sigan ahí afuera. En realidad me han recomendado que no nos vayamos hasta que los corelianos tomen el sistema, pero no sé si era preocupación sincera o más bien que quieren volver a echar otra partidita y sacarme el dinero que les he ganado —Solo sonrió por un momento—. Les he preguntado tan discretamente como he podido si conocían al piloto del carguero, dando por sentado que se trataba de un coreliano y que quizá fuera amigo mío, pero todos han dicho que no.

—Quizá lo saben pero no se fían de ti como para decírtelo.

—Quizá, aunque siempre he pensado que el Whyren Reserva hace milagros cuando se trata de aflojar lenguas. No desesperes aún. Éste era sólo el primer intento. A lo mejor nuestros próximos clientes están mejor informados o tienen menos reparos en contar lo que saben.

Raiven suspiró ruidosamente.

—Ojalá tengas razón.

La luz inusitadamente intensa de la mañana sorprendió a Rúster cuando intentó abandonar la tienda. La lumi se protegió sus cansados y enrojecidos ojos con el dorso de la mano y salió al exterior no sin dificultades. La nieve acumulada a ambos lados le llegaba a la altura de los muslos, pero alguien se había tomado el trabajo de despejar un camino frente a la tienda. Rúster sólo se hundió hasta los tobillos. Unos metros más allá, sobre la intersección con otro camino abierto en la nieve, Llamarada y Alce se encontraban sentados sobre un par de contenedores vacíos. A su alrededor el campamento bullía de actividad. Por todas partes se veía a personal de la Nueva República, comandos Lince y refugiados balanios muy ocupados reparando los daños causados por la tormenta, y despejando senderos entre tiendas y refugios.

Llamarada y Alce, que al parecer habían estado esperándola, se levantaron de golpe tan pronto como la vieron salir. Alce llevaba una pala metálica en las manos, y por el color ligeramente carmesí de su cara daba la impresión de haber estado trabajando hasta muy poco antes.

—Espera, Ru —dijo el piloto—, yo te ayudo.

—No, estoy bien, gracias. Habéis hecho un buen trabajo con las palas… ¿Cuándo ha acabado la tormenta? —Al hablar, Rúster sintió la boca completamente seca.

—Hará una hora más o menos —respondió Llamarada. Su brazo derecho descansaba sobre el cabestrillo que Rúster le había colocado el día anterior—. Llevas ahí dentro casi diez.

Rúster asintió. Diez horas. Había parecido una vida entera, y de hecho podía serlo para el doctor Al Saruff. El ithoriano los había obligado a Daboro y a ella a mantenerlo consciente hasta que estaban a punto de cerrar la herida, probablemente no hacía más allá de hora y media. Después de eso…

—¿Cómo está? —preguntó Alce.

—Ha entrado en coma. No sé si es por la sangre que ha perdido, por un exceso de estimulantes o por algo que he hecho mal. No lo sé. Probablemente es todo eso al mismo tiempo.

—Pero todavía está vivo —dijo Llamarada, obviamente intentando animarla.

—No por mucho tiempo, me temo —Rúster se sentía incapaz de ver las cosas con el optimismo que Llamarada pretendía imbuirle. Se sentía agotada y vacía, como si las horas que se había pasado luchando por la vida de Ben Al Saruff le hubieran desprovisto de todo menos del cansancio. Llamarada y Alce la miraban con preocupación, como si estuviesen esperando a que añadiera algo más, pero no sabía qué otra cosa podía decirles. Ella, Daboro y el propio doctor más que nadie, lo habían intentado. Sí, Al Saruff seguía con vida, pero eso no era decir demasiado. En realidad podría morirse en cualquier momento a causa de una nueva hemorragia que ya no podría aguantar, una simple complicación de su estado, o de un fallo sistémico de cualquier clase. Podría no salir jamás del coma, o hacerlo con daños irreversibles, físicos, neurológicos o de ambos tipos a la vez.

De pronto la sobresaltó un ruido por encima de su cabeza. Rúster lo reconoció como el sonido de una nave invirtiendo flujo para reducir su velocidad a la vez que activaba sus repulsores gravitatorios. Sorprendida, miró hacia arriba, hacia el lugar al que Alce señalaba.

—Allí —dijo su compañero—. Es una lanzadera coreliana. Debe ser la ayuda que estábamos esperando. Vienen a evacuar al doctor.

Rúster se dio la vuelta y casi se fue al suelo en sus prisas por volver a entrar en la tienda. Prácticamente arrolló al sargento Daboro, que salía para comprobar si el sonido que había oído era lo que parecía.

—¡Están aquí! —le dijo—. ¡Los corelianos! ¡Hay que activar los repulsores de la camilla y llevarlo a la zona de aterrizaje!

—Cúbrele con unas mantas —dijo Llamarada tras ella—. ¡Aquí fuera hace frío!

—¡Sí, sí, eso también, sargento! ¡Vamos, vamos!

—Alce —escuchó aún decir a Llamarada—, tú y yo vamos a llevarnos al seibergio a otra parte, por si acaso.

Menos de cinco minutos después la lanzadera volvía a elevarse hacia el cielo, desapareciendo casi de inmediato tras las nubes plomizas que lo cubrían por completo. Rúster sintió que alguien, Alce o Daboro, no sabría decirlo, le pasaba los brazos por

debajo de las axilas para sujetarla. Sólo entonces se dio cuenta de que le estaban fallando las piernas. Notó que los párpados se cerraban sobre sus ojos, pero esta vez no se resistió. La lumi no volvió a pensar ni a ser consciente de nada durante el resto del día.



Capítulo XV

—Lo siento, capitán —dijo la imagen holográfica del vicealmirante Sinessis—, pero no puedo concederle el permiso para enviar una patrulla de reconocimiento a la Región Balania. Eso significaría casi con toda seguridad la rotura de la tregua por parte de los corelianos. No podemos correr ese riesgo.

Talina Gen'yaa se mordió la parte interior de la mejilla, intentando que su enfado no fuera demasiado evidente. Esto había sido una pérdida de tiempo.

Sinessis ya le había dejado claro la primera vez que el informe de la teniente coronel Schroeder no era razón suficiente como para hacer nada. Había tenido la esperanza de la consejera Organa tuviera una opinión diferente, pero no debía ser así, o el discurso del vicealmirante habría cambiado en las últimas horas. Maldita sea. A pesar de la cautela de Sinessis, Gen'yaa estaba empezando a preguntarse si los corelianos estaban realmente dispuestos a combatir. Ahora se iban a encontrar delante nada menos que a dos destructores estelares y a un crucero mon calamari, sin olvidar al más que respetable *Alma Valiente*. ¿Arriesgarían el *Primer Ciudadano*, el *Misionero* y sus otras naves capitales por una simple cuestión de orgullo nacional? Esos navíos eran la mejor garantía con la que contaba el Diktat para mantener el presente estatus de independencia de los mundos corelianos, lo mismo frente al Imperio que frente a la Nueva República. No podían permitirse perderlos, teniendo en cuenta que sus intereses no estaban realmente en juego. Gen'yaa daba por sentado que los corelianos protestarían de forma contundente si la Nueva República volvía a invadir el espacio seibergio, y sin duda las negociaciones actualmente en curso sufrirían una importante recesión. Pero lo que no tenía tan claro es que fueran a ir más allá de las palabras, siempre y cuando no se atacaran objetivos fuera de la Región Balania. Había intentado hacerle ver eso a Sinessis, pero el vicealmirante se negaba a escucharla.

Decidió que lo mejor sería no insistir. Si había un modo prácticamente infalible para echarle el freno a su, todavía, prometedora carrera, ése sería ganarse la reputación de discutir siempre las órdenes de sus superiores.

Pero no le era fácil callarse.

—Señor, no tenemos ninguna otra forma de saber qué es lo que está pasando en la Región Balania. No desde que los seibergios destruyeron nuestro satélite y a nuestras naves de retaguardia se les ordenó alejarse de la órbita del planeta.

—Esas órdenes fueron dadas por la consejera Organa en persona, capitán —A pesar de los esfuerzos de Gen'yaa por parecer considerada, resultaba obvio que el vicealmirante Sinessis estaba empezando a perder la paciencia con ella. Otra vez—. Me

consta que lo hizo como un gesto de buena voluntad hacia los corelianos y, sinceramente, alabo y comparto la prudencia de la consejera. Debemos evitar una confrontación con Corellia por todos los medios.

—¿Y qué hay de las razones que nos trajeron aquí en un principio, señor?

—No las olvido ni por un sólo instante, capitán. Pero no tenemos la seguridad de que el ejército seibergio haya avanzado un solo metro más allá de Nurtina. Si los paramilitares han conseguido ponerles las manos encima a unos cuantos AT-ST dejados atrás por los imperiales, bueno, son malas noticias, pero eso no significa que hasta el último de los pueblos balanios se encuentre en peligro. Debo recordarle a usted que ninguno de nuestros campos ha sido objeto de ataque alguno, a pesar de que los seibergios han tenido tres días para intentarlo con total impunidad.

—Sí, señor —Gen'yaa renunció a decir ni una palabra más. Nada de lo que dijera convencería al vicealmirante. Por supuesto que los campos de refugiados no habían sido atacados. Somolovich estaba encantado con que los balanios corrieran en masa a refugiarse en ellos. Cuando la situación en ellos se volviera insostenible— no podía faltar mucho para que eso sucediera, —y estando la Nueva República atada de manos por la presencia de la flota coreliana, podrían verse obligados a evacuar los campos cuando los refugiados empezaran a morirse de hambre y de frío, o a caer víctimas de las epidemias causadas por la falta de higiene. A los supervivientes se les llevaría a la ya superpoblada Balania, o se les repartiría entre aquellos mundos de la Nueva República que estuviesen dispuestos a acoger a unos cuantos miles. Y entonces, los únicos balanios que quedarían en Seibergia serían los muertos.

Limpieza étnica terminada con éxito, objetivo cumplido. Gen'yaa se encogió mentalmente de hombros. *Nadie podrá decir que no lo haya intentado. El fracaso y la catástrofe humana no caerán sobre mis hombros.*

—Aprecio su preocupación, capitán de navío Gen'yaa —dijo Sinessis, aparentemente más sosegado al comprobar la aceptación de su subordinada—, y me aseguraré de que el Alto Mando sepa del excelente comportamiento que el *Guarida del Lobo* y el escuadrón Cabeza del Lobo han tenido en toda esta crisis, a pesar del infortunado incidente con ese transporte civil —*No podía evitar recordármelo, ¿verdad?*— Pero todos nosotros tenemos que ser capaces de reconocer y aceptar cuáles son nuestras prioridades aquí.

—Lo comprendo perfectamente, señor. Puede usted contar con nosotros.

—Ya lo sé, capitán. *Alma Valiente* fuera.

Gen'yaa permaneció mirando al ya inactivo holoproyector durante cerca de medio minuto, luchando por contener la frustración que la falta de vista y el exceso de prudencia tanto del vicealmirante Sinessis como sobre todo de la consejera Organa —eso sí que era una decepción— le habían causado. Tras ella, el capitán de fragata Nil Wumb había presenciado en silencio toda la conversación. El sulustano se acercó hasta su lado.

—¿Quiere usted que cancelemos el estado de prealerta, señora?

Ninguna otra nave de la flota lo ha adoptado.

—No, capitán. Tarde o temprano, lo que está sucediendo ahí abajo se hará evidente hasta para los que no quieren verlo. Cuando eso suceda quiero que seamos los primeros en disposición de actuar.

—Bien, señora. Aunque espero que no nos veamos obligados a combatir de nuevo. Incluso con las reparaciones de emergencia que hemos efectuado, el *Guarida* está bastante tocado.

—¿Cree usted que no lo sé?

—Lo siento, señora, no era mi intención ser impertinente —Gen'yaa había lamentado de inmediato haberse dejado llevar por su genio y más aún haberlo pagado con su segundo de a bordo, pero no obstante no se disculpó. Wumb la conocía lo suficientemente bien como para no sentirse ofendido con tanta facilidad. Además, de cuando en cuando, no estaba de más recordarle a la gente cuál era su sitio. *Justo lo que Sinessis acaba de hacer conmigo, por cierto*.

Nadie volvió a hablar en el puente durante un rato, hasta que media hora más tarde el controlador de vuelo de servicio llamó la atención de Gen'yaa.

—Señora, un ala-X procedente del *Libertador* solicita permiso para apontar en nuestro hangar. El piloto ha pedido poder hablar en persona con usted.

Gen'yaa arqueó una ceja.

—Qué extraño. ¿Se ha identificado ese piloto, alférez?

—Negativo, señora. No ha comunicado ni su nombre ni su rango, sólo la identificación del caza, aunque por la voz me ha parecido que se trata de una mujer humana. ¿Quiere que…?

—No, no será necesario. Envíela al hangar principal. Me encontraré allí con ella.

—A sus órdenes, señora.

—El puente es suyo, capitán Wumb. No tardaré mucho.

—Bien, señora.

Gen'yaa llegó a la cubierta de vuelo a tiempo de ver cómo el ala-X era conducido por el rayo tractor hasta una posición de estacionamiento desocupada en un lateral del hangar. Tras la batalla había varias para elegir.

La piloto descendió por la escalerilla que le había acercado un técnico. Al ver a Gen'yaa se dirigió directamente hacia ella. La mujer era de corta estatura y aspecto atlético, y en su forma de andar se percibía una agilidad y una economía de movimientos poco comunes. Gen'yaa había visto entrenar a los comandos Lince más de una vez, y las mujeres que había entre ellos caminaban así. Quienquiera que fuera esa mujer, sabía cómo utilizar su cuerpo en combate. Aunque todos los pilotos de caza procuraban mantenerse en buena forma, muy pocos entre ellos serían capaces de aguantar un asalto ante el menos hábil de los comandos. Gen'yaa tenía la impresión de que esta dama sí que podría.

—Capitán de navío Gen'yaa —dijo deteniéndose a un paso de la bothan, a la vez que se quitaba el casco de vuelo. Su cabello blanco le cayó sobre los hombros. Eso y el azul

glacial de sus ojos eran los rasgos que más desmentían el parecido con Leia Organa, que por otro lado resultaba aún más obvio al verla frente a frente.

—Invierno.

—Sí, capitán. Lamento el secretismo, pero la consejera Organa me pidió que fuera tan discreta como me resultara posible.

—¿Qué es tan importante como para que haya tenido que venir a decírmelo en persona?

A Invierno no pareció molestarle la relativa dureza de Gen'yaa.

—Nada, en realidad. Pero prefería verla a usted cara a cara en lugar de hacerlo otra vez vía holograma. Es lo que haría la consejera Organa si tuviera la ocasión.

Gen'yaa comenzó a caminar hacia la pequeña oficina de la teniente de navío Hanniuska, sabiendo que la encontraría vacía —había comprobado que la mecánico jefe estaba una cubierta más arriba, dirigiendo las reparaciones sobre varios cazas del escuadrón Cabeza de Lobo—. Allí podrían hablar a salvo de las miradas curiosas de técnicos, pilotos o cualquier otra persona que acertara a encontrarse en el hangar en esos momentos. A Gen'yaa no le hacía falta volverse para saber que más de un par de ojos las observaban con curiosidad, pues no era habitual que la capitana bajara hasta allí, y menos a recibir a un piloto desconocido. La enigmática joven la siguió sin hacer preguntas. Tan pronto como la puerta del habitáculo se cerró tras ellas, Gen'yaa se plantó frente a Invierno y, sin ofrecerla siquiera asiento —tampoco era fácil encontrarlo allí, pues Hanniuska tenía todas las superficies horizontales cubiertas de cables, engranajes y componentes a medio montar—, decidió ir directamente al grano.

—Parece que cuenta usted con la total confianza de la consejera, ¿no es así?

—Sí —admitió Invierno.

—¿Suele ella escuchar cuando usted le habla?

—Sí que lo hace —Invierno sonrió por un instante—. Aunque siempre es ella quien toma sus propias decisiones, no necesariamente siguiendo mi consejo o el de otros.

—Ya veo. Por favor, siéntese —Algunas personas tendían a sentirse inseguras, e incluso a ponerse nerviosas, cuando se les hacía permanecer en pie, pero evidentemente Invierno no era de esa clase. A Gen'yaa no le sorprendió comprobarlo. Como si fuera lo más normal del mundo, la mujer de pelo blanco apartó una caja con unidades de energía agotadas y se sentó sobre el contenedor que había debajo. Tras dejar el casco en el suelo, cruzó las piernas con desenvoltura y volvió a sonreír en dirección a Gen'yaa.

—Gracias. Seguramente tiene usted muchas otras cosas que hacer, así que no le robaré mucho tiempo.

—Tómese el que necesite —respondió Gen'yaa apoyándose sobre el borde la mesa, no sin antes pasar la mano para asegurarse de que no iba a mancharse el uniforme—. He dejado al *Guarida* en buenas manos.

Invierno asintió.

—Su tripulación es muy competente, capitán. —Gen'yaa aceptó el elogio con una simple inclinación de cabeza. Invierno continuó—. Estoy al corriente de su reciente conversación con el vicealmirante Sinessis. Él mismo informó a la consejera.

—¿Sigue a bordo del *Primer Ciudadano*?

—No. La consejera ha regresado al *Libertador*. El próximo encuentro con los corelianos ha sido fijado para mañana, una vez que hayan vuelto todos los cargueros. La consejera ha convocado al vicealmirante Sinessis y a algunos de los capitanes de la flota para discutir con ellos cuál puede ser la evolución de la situación a partir de este momento. ¿Cree usted de verdad que los seibergios se están aprovechando de la cobertura que les están dando los corelianos para ocupar la Región Balania?

—Sí, estoy convencida de ello. Y si me dejaran enviar aunque sólo fuera una simple sonda para tomar unas cuantas fotos desde la estratosfera, además podría probarlo.

—No está claro que eso pudiera hacer cambiar a los corelianos de postura, capitán, pero sí que podría forzarnos a movernos a nosotros. Quizá sea una suerte que no podamos verificar sus sospechas por el momento.

—¿Por qué dice eso?

—Si se llega a saber que el gobierno seibergio está empleando su ejército para llevar a cabo una limpieza étnica en la Región Balania, todos los ciudadanos de la Nueva República esperarían de nosotros que cumpliéramos nuestro compromiso de defender a la población balania. Tendríamos que ir contra las tropas seibergias con todas las fuerzas a nuestra disposición, a pesar de la oposición de los corelianos.

—No necesariamente. Podríamos mantenerlo en secreto por un tiempo, mientras utilizamos las evidencias para obligar a los corelianos a cambiar de política. No creo que les agradase la idea de ser presentados ante toda la galaxia como cómplices de un genocidio.

—No veo como podríamos mantener algo así en secreto. Hay periodistas por todas partes intentando colarse en nuestras frecuencias, ofreciendo sobornos a todo el mundo a cambio de información y observando de cerca todo lo que hacemos, haciendo conjeturas y publicándolas sin pruebas en forma de artículos de opinión. Hacemos todo lo que podemos por evitar que interfieran en nuestras operaciones, pero no podemos echarles de aquí, ni siquiera aunque los corelianos decidiesen hacer lo propio con los enviados de sus propios medios de comunicación. Somos una democracia y una de las normas básicas es la libertad de palabra.

—Todo eso me lo sé.

—Entonces debe estar de acuerdo conmigo en que más pronto que tarde se produciría una filtración y la prensa se enteraría de que hemos hecho ese hipotético reconocimiento, sobre todo si los resultados confirmaran lo que creemos —Gen'yaa frunció los labios. Invierno tenía razón en lo referente a los medios. Si ella misma había tomado tantas precauciones para evitar que su pequeña operación en Nurtina fuera descubierta, no había sido tanto por temor a la reacción del vicealmirante si descubría que había actuado sin su

permiso, como para evitar que ningún periodista pudiera enterarse de algo y de ese modo terminaran sabiéndolo los corelianos, los propios seibergios y la galaxia entera.

Tras una pausa, en la que Invierno la miró como si supiera lo que estaba pensando, la asistente de Leia Organa prosiguió.

—Es más, incluso aunque consiguiéramos mantenerlo lejos del dominio público, la consejera Organa no comparte su opinión acerca de que con esa información se pudiera influir en el ánimo de los militares corelianos con los que estamos tratando —De la frase de Invierno, Gen'yaa dedujo que Organa y ella ya habían discutido esta posibilidad y la habían descartado—. Para ellos, como para el resto de sus compatriotas, la Región Balania es parte integrante de Seibergia, y la crisis balania un problema interno. Consideran que los seibergios tienen todo el derecho de la galaxia a llevar tropas a cualquier parte de la superficie de su propio planeta, y que toda la responsabilidad de lo que está sucediendo la tienen las guerrillas balanias. El genocidio del que usted habla, aunque real, no van a querer verlo por ninguna parte. —Al llegar a ese punto, Invierno se permitió dejar escapar un suspiro—. La única utilidad práctica que tendría una misión de reconocimiento sobre la Región balania sería la de proporcionar blancos para un inminente ataque por nuestra parte. Pero en el momento en el que disparemos un solo disparo contra el ejército seibergio, o quizá incluso antes, durante el reconocimiento mismo, los corelianos nos atacarán a nosotros para defender a sus aliados seibergios.

Gen'yaa gruñó por lo bajo. Dey'jaa y ella se habían pasado horas discutiendo sobre todo esto, al parecer igual que habían hecho Organa e Invierno, y Dey'jaa tampoco estaba de acuerdo con ella en esto. *Supongo que por algo he elegido la carrera militar en lugar de la política*, pensó la bothan con ironía. No obstante, decidió insistir y presionar así un poco más a Invierno. Ésta era una oportunidad inmejorable para descubrir cuáles eran las intenciones de la consejera Organa, y quizá averiguar algo más sobre el contenido de sus conversaciones con los corelianos.

—No pueden ganar. La flota que han traído hasta aquí es poderosa, sí, pero también lo es la nuestra. Las pérdidas serían terribles por ambas partes, pero aún así no conseguirían echarnos de aquí. Ya no.

—Esas pérdidas no nos las podemos permitir ni unos ni otros, ésa es la clave, y es por eso que se sigue negociando. Al coste de dejar otros lugares indefensos ante la posibilidad de un ataque imperial, podríamos traer nuevos refuerzos y derrotar claramente a los corelianos. Pero entonces el Diktat se tragaría su orgullo y el de sus compatriotas y llamaría al Emperador para pedirle su ayuda, la misma que hasta el día de hoy se ha empeñado en rechazar.

—¿Y no cree que el Diktat podría dar marcha atrás con tal de no tener que pasar por eso?

—No si pretende seguir siendo Diktat. Una parte significativa de la población le retiraría su apoyo a Francmonde si mostrara cualquier signo de debilidad frente a nosotros. Los pro-imperiales provocarían manifestaciones, huelgas y disturbios, y al final se vería forzado a convocar nuevas elecciones.

Ésas las ganaría un candidato imperialista. Francmonde sabe que a la larga el final sería el mismo con él o sin él, así que puede usted dar por seguro que hará lo que tenga que hacer para mantenerse en el poder, aunque sea a las órdenes de Coruscant. Si tiene que sacrificar su preciosa flota para conservar el puesto no vacilará en hacerlo.

Gen'yaa frunció el ceño.

—¿Querría el Emperador a una Corellia sin naves? No, no me conteste, es una pregunta retórica. Por supuesto que sí la querría. Con tantos corelianos repartidos en las fuerzas armadas y en la administración de la Nueva República, el golpe psicológico sería peor que lo que pudieran hacernos seis flotas como ésta.

Invierno asintió.

—Exacto. No sólo la consejera Organa, sino Mon Mothma y la mayoría del Consejo Provisional están de acuerdo en que esta batalla no se puede ganar por la fuerza de las armas. La consejera Doman Beruss, por cierto, se ha abstenido en las votaciones. No obstante, lo cierto es que el tiempo para evitar un final violento se nos está agotando. Tras recibir su informe a la consejera Organa le preocupa, y mucho, que mientras seguimos esperando y retrasando lo que quizá sea inevitable, miles de balanios están perdiendo sus casas y quizá también sus vidas. Se está planteando ordenarle a Sinessis que vuelva a activar las patrullas armadas sobre la Región Balania, aunque eso signifique romper la tregua.

Gen'yaa cruzó los brazos sobre el pecho. Ahora estaban empezando a hablar el mismo idioma. *Así que Leia Organa no es ni ciega ni insensible ante la dura realidad, como acostumbran a ser otros muchos políticos.*

—¿Y en qué puedo ayudarles yo? Porque no creo que haya venido hasta aquí solamente para charlar.

—En realidad sí, aunque también me gustaría que me diera usted algunas respuestas.

Gen'yaa no alteró su expresión en lo más mínimo.

—Si está en mi mano dárselas las tendrá.

—Gracias, capitán. Verá, desde que el *Guarida del Lobo* fue enviado al cúmulo Viayak, se da la circunstancia de que usted o su gente han tenido siempre algo que ver en cualquier suceso de importancia que haya tenido lugar aquí. Primero, una de sus patrullas de cazas fue la responsable del tristemente famoso incidente que ha terminado por meternos a todos en este lío —Gen'yaa abrió la boca para contestar, pero Invierno le pidió con un gesto que le permitiera continuar—. Por favor, capitán. Mi opinión personal es que tarde o temprano tenía que suceder una desgracia de este tipo, pero el hecho es que fue a pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo a quienes les pasó. Bien, después de eso, entra en escena la flota coreliana y de nuevo son sus pilotos los primeros en detectarlos y los primeros también en abrir fuego en esta guerra sin declarar. El *Guarida de Lobo* resultó ser también el primer navío de la Nueva República que entró en combate, y su actuación resultó clave en el desarrollo de la batalla al mantener a los corelianos ocupados hasta la llegada del *Libertador*. Sin duda, fueron su nave y su tripulación quienes salvaron el día. Sorprendentemente, y casi al mismo tiempo, su lanzadera de

búsqueda y rescate se convirtió en la primera nave que perdemos en Seibergia, y no por accidente, sino derribada por un caminante seibergio. Esto constituye la primera y de momento única evidencia que tenemos de que el ejército regular seibergio está operando en el mismo corazón de la Región Balania. Contra todo pronóstico, sus pilotos sobreviven al siniestro y se las apañan para llegar a uno de nuestros campos sin ser capturados y así poder informar de lo que han visto. Impresionante, ¿no cree?

—Puede ser. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Otros dos pilotos suyos fueron vistos en Sullust hace tres días.

Partieron de allí a bordo de un carguero ligero de fabricación coreliana, modelo YT-2100, aparentemente el mismo que una pareja de cazas del escuadrón Cabeza de Lobo interceptaron ayer. Teníamos más de una docena de cazas en el espacio en ese momento, pero coincidió que eran esos dos los que estaban más cerca al punto de entrada del carguero. Lo más curioso es que se limitaron a dejarlo pasar, con la ayuda involuntaria de los dos corelianos que les hacían de sombra.

Y todavía pretendía que su visita era de cortesía.

—Está usted muy bien informada para ser simplemente una asistente —dijo Gen'yaa, que no veía beneficio alguno en intentar negar las afirmaciones de Invierno. Era obvio que Organa y ella contaban con fuentes condenadamente buenas.

—Cierto. Y ahora dígame qué es lo que está pasando.

Gen'yaa sopesó la cuestión y decidió que no tenía nada que perder poniendo todas sus cartas sobre la mesa. Si las cosas iban mal, prefería tener a la consejera Organa como aliado que como enemigo, y para ello su mejor oportunidad parecía ser ganarse las simpatías de la tal Invierno. *Qué infiernos.*

Por todo lo que sé, podría tratarse de la propia Organa con unas lentillas, un poco de maquillaje y una peluca blanca.

—Es cierto. Tengo a dos de mis pilotos en Seibergia, buscando pruebas de la implicación del Imperio en toda esta crisis, y en particular en el, como usted lo ha llamado, tristemente famoso incidente.

Invierno frunció el ceño levemente, pero no pareció en absoluto sorprendida.

—¿Dónde están exactamente?

—En Nurtina.

—La Inteligencia de la Nueva República tiene a varios agentes en Seibergia intentando hacer lo mismo. ¿Por qué cree que sus dos pilotos pueden tener éxito allá donde otros no han conseguido nada hasta el momento?

—Uno de ellos es coreliano. Ha estado antes en Nurtina y sabe desenvolverse muy bien entre pilotos de carga, contrabandistas y la clase de gente que uno esperaría encontrarse en un espaciopuerto tan miserable como ése. El otro es un antiguo piloto imperial con cierta experiencia en operaciones encubiertas. Pensé que podrían tener alguna posibilidad y por eso los envié allí.

—Pues espero que los dos anden bien de suerte, porque no vamos a poder prestarles ningún apoyo. No podemos arriesgarnos a descubrir a nuestros agentes. También debe

usted saber que si meten la pata y las cosas empeoran a causa de su intervención, todas las miradas se van a volver hacia usted.

Gen'yaa apretó los labios. Era mucho esperar que Organa fuera a ayudarla en esto.

—¿Así que era esto lo que le ha hecho venir hasta aquí?

—No. Es sólo una parte. La consejera necesitaba saber con certeza qué se traía usted entre manos, y si lo que fuera iba a ayudarnos a resolver la crisis o más bien todo lo contrario —Gen'yaa no respondió. Invierno la miró fijamente durante unos instantes y finalmente hizo una profunda inspiración—. Voy a pedirle a la consejera que aguante unos días con los corelianos, a ver si sus hombres consiguen darnos lo que necesitamos. Que la Fuerza nos perdone si esperamos para nada, y muere más gente porque no actuamos cuando debimos.

—Esperemos que no sea así.

—También quería escuchar sus otras ideas.

—¿Otras ideas? —Ahora el desconcierto de Gen'yaa era sincero.

—Parece usted tener ideas para todo, capitán, y acostumbra a salir con bien de toda clase de situaciones. Eso es lo que dice su expediente, y también lo que contestó el consejero Fey'lya cuando la consejera Organa le preguntó por usted.

Gen'yaa tragó saliva, comenzando a sentirse incómoda. No le gustaba en absoluto el rumbo que estaba tomando la conversación. En menos tiempo del que tardaría un toydariano en guardarse un crédito que no es suyo, se había encontrado con que la responsabilidad de salvar o de arruinar el futuro de la Nueva República había caído sobre sus hombros y los de los dos pilotos a los que había enviado a buscar un milagro, y por si eso fuera poco descubría que había sido objeto de escrutinio por parte de la consejera Organa y de su misteriosa ayudante. A pesar de lo delicado de su situación, no podía dejar de encontrarla un tanto irónica. *Esto es lo chocante de llevar tanto tiempo juntos bajo la misma bandera. Ahora los humanos empiezan a comportarse como bothans*.

—Me encantaría poder ser de utilidad —contestó sin perder la calma—, y también que lo que acaba de decir fuera cierto. Pero si tuviera alguna solución mágica para la situación que nos ocupa la habría compartido ya con el vicealmirante Sinessis y con la consejera Organa.

—Ya veo. Si es así ya he terminado aquí.

—Espere. Hay algo de lo que hemos estado hablando mi oficial de Inteligencia y yo.

—La escucho.

—En realidad, usted misma lo ha mencionado de pasada. Se trata de los medios. Sus holocámaras han estado presentes en todo este desaguisado desde el mismo comienzo. Si lo pensamos bien, las imágenes que emitieron los de Coronet Holocast News y el tratamiento que les dieron tienen tanta culpa de las consecuencias que pueda tener la destrucción de ese carguero como los pilotos que lo derribaron. Después de todo, al responsable de la cadena le dio igual que pudieran estar metiendo a su mundo en guerra con tal de apuntarse la exclusiva y multiplicar sus niveles de audiencia durante unos días.

—Creo haber mencionado antes el tema de la libertad de expresión.

—A eso iba. Estoy de acuerdo en que no podemos librarnos de los periodistas, pero, ¿por qué no usarlos en nuestro favor? —Gen'yaa sabía que esto era como disparar contra un blanco que se encuentra más allá del radio de alcance efectivo de tu arma, pero no perdía nada por intentarlo. *Funcione o no, al menos podría servir para distraer la atención de la prensa, y le daría al Alto Mando algo que pensar aparte de en cómo cortarnos el cuello a mí y a mi gente*.

Invierno levantó levemente ambas cejas, el primer signo que Gen'yaa veía en ella de que algo pudiera sorprenderla o pillarla desprevenida.

—¿Cómo haría usted eso? Supongo que está usted enterada de que reporteros de varios mundos visitaron nuestros campos hace cosa de diez días, poco antes del incidente. Se emitieron varios reportajes, en un intento de concienciar a la opinión pública sobre los padecimientos de los balanios, pero para lo único que nos sirvió fue para atarnos aún más de pies y manos. Ahora ya no podemos retirarnos de Seibergia bajo ninguna circunstancia sin hacer pedazos con ello la credibilidad de la Nueva República.

—Eso ya no tiene remedio, así que no veo qué mal podría hacer seguir insistiendo por esa vía hasta conseguir conmover a los propios corelianos. La situación en los campos es mucho peor ahora que hace diez días. Ahora están saturados más allá de su capacidad y los refugiados llegan a ellos medio congelados y muertos de hambre. Pero ya no hay periodistas allí, ¿verdad?

Invierno se encogió de hombros.

—No nos interesaba que se quedaran merodeando por la zona y que pudieran tomar holos de nuestros ala-B persiguiendo a los paramilitares sobre suelo seibergio, así que hicimos todo lo posible por mantener a los medios lejos de la Región Balania. Se enviaron invitaciones a los principales canales para que visitaran nuestras naves capitales y acompañaran a alguna de nuestras patrullas en las operaciones relacionadas con el bloqueo. Dejamos fuera de la invitación al *Guarida del Lobo* por motivos evidentes. La mayoría de los canales aceptaron la oferta y retiraron temporalmente a sus enviados especiales de la Región Balania, y ahora no podemos llevarlos de vuelta —Invierno permaneció en silencio durante unos momentos, considerando las opciones. A Gen'yaa le pareció que se estaba tomando bastante en serio su propuesta, por lo que esperó sin decir nada—. Aún quedan en Seibergia periodistas procedentes de medios independientes.

Que sepamos, la mayoría están en la capital, peleándose por conseguir una entrevista exclusiva con el presidente Somolovich. No podemos descartar, no obstante, que algunos *freelances* estén todavía en la Región Balania.

—Pero si no están en nuestros campos, ¿dónde…? —Gen'yaa se interrumpió a media frase, pensando en una posibilidad que hasta el momento no se le había ocurrido—. Las guerrillas, deben estar con las guerrillas.

Invierno asintió.

—Seguro que algunos sí. El Ejército Balanio de Liberación está tan necesitado de propaganda que no me extrañaría demasiado que estuviesen ayudando a la prensa a grabar imágenes de los desmanes de los seibergios. A otros los han detenido las

autoridades seibergias, según nos han informado nuestros agentes. Seguramente los retendrán durante unos días y después los expulsarán del planeta.

—Ahí tenemos otra prueba. No detendrían a ningún periodista si no tuvieran nada que ocultar. Es evidente que tiene usted buenos contactos en Inteligencia. Dígales que manden a alguien a darse una vuelta por las principales agencias de noticias, que comenten en voz baja a quien quiera oírlo que los buenos reportajes están ahora en la Región Balania. El público ya debe estar saturado de ver repetidas las imágenes de la batalla. Allá donde nosotros no podemos ir sin provocar la reacción de los corelianos, quizá la prensa sí que pueda llegar. Si los seibergios los detienen en el intento, las protestas se multiplicarán. Eso es presión para Somolovich e, indirectamente, también para el Diktat.

—No la entiendo a usted, capitán. Creí que estábamos de acuerdo en que no nos conviene que se revele la posible entrada del ejército seibergio en la Región Balania. Tendríamos que romper la tregua con los corelianos, lo queramos o no. Aunque puede que terminemos llegando a eso de todas formas, no veo en qué puede beneficiarnos el forzar las cosas.

—Una cosa es que la prensa se entere por una filtración nuestra de algo que hemos descubierto durante una misión de reconocimiento, y otra muy diferente que sean sus cámaras las que lo descubran. Imagine el efecto que causarían las imágenes de las mujeres y los niños balanios huyendo de sus aldeas en llamas. Quizá incluso se dieran de bruces con un AT-ST como el que derribó a nuestra lanzadera, destruyéndolo todo a su paso. Menuda exclusiva.

A nosotros nos obligaría a intervenir, sí, pero quizá tras hacerse público algo así los corelianos no nos lo impedirían.

Invierno consideró lo que Gen'yaa acababa de decir

—Los periodistas que grabasen algo semejante se estarían jugando la vida.

—Esa gente se ganan el sustento corriendo esa clase de riesgos. Todo por una noticia, ¿no es eso lo que dicen? Además, también podría haber reporteros corelianos. Me gustaría escuchar lo que dicen si uno solo de sus cámaras resulta herido por culpa del ejército seibergio.

—Eso es verdad. Está bien, pondré al corriente a la consejera de lo que hemos hablado. No creo que le guste mucho la idea, pero puede que se muestre de acuerdo con usted en que en este caso el fin puede justificar los medios —Invierno se puso en pie—. Antes de que me marche, tengo algo aquí para usted —dijo sacando una tarjeta de datos de uno de los bolsillos de su traje de vuelo y entregándosela a Gen'yaa.

—¿Qué es esto?

—La lista de prisioneros de los corelianos.

—Por fin.

—Por fin. Después de este corto pero productivo periodo de buenas relaciones han accedido a dárnoslas. Debo avisarla, no obstante. No son buenas noticias en lo que respecta a su gente.

—Gracias de todos modos.

Gen'yaa no acompañó a Invierno a su ala-X, sino que se encaminó directamente al puente. La visita de la supuesta asistente le había aclarado algunas dudas, y sobre todo le había hecho ser consciente de la atención que había despertado sobre sí misma. También le había servido para averiguar lo más importante de las negociaciones en curso: ni Corellia ni la Nueva República estaban dispuestos a ceder ni un ápice en sus posiciones, más allá del acuerdo que había permitido que los transportes corelianos descargaran en Seibergia. Como consecuencia, ahora que al parecer los seibergios habían entrado en la Región Balania con su ejército, una nueva y definitiva confrontación a tres bandas era ya sólo cuestión de tiempo. A menos que Tengroth y Rovardi, o cualquiera de los agentes de la Nueva en Seibergia, consiguieran dar con algo que pudiera darle un giro radical a la situación. La bothan arrugó el gesto. El que se hubiera descubierto lo de su pequeña operación había hecho aumentar las probabilidades de que también ella, y no sólo Schroeder y Gregory, se convirtiera en cabeza de mynock al final de esta historia. Gen'yaa se maldijo a sí misma por ser tan arrogante e ingenua como para pensar que podía hacer algo así sin que el servicio de Inteligencia de la Nueva República se enterase.

Para cuando llegó al puente, no obstante, ya había empezado a aceptar el cambio de circunstancias y a dejar atrás su malestar previo. El daño ya estaba hecho, reflexionó, así que no tenía ningún sentido perder el tiempo en lamentaciones. Después de todo, si Tengroth y Rovardi tenían éxito, ella se iba a apuntar un tanto enorme. Ese pensamiento le ayudaría a sobrellevar la incertidumbre sobre su futuro y el de la Nueva República. A pesar de la aversión innata que a la mayoría de los bothans les causaría la idea de correr riesgos incontrolados, Gen'yaa hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que no se pueden alcanzar grandes metas sin asumir grandes riesgos. Le dijo a Wumb que todo iba bien y retomó el mando del *Guarida del Lobo* enviando a su segundo a descansar, aunque en realidad debería haber sido ella la que se retirase. Contando con que durante las próximas horas ningún piloto de caza, coreliano o de la Nueva República, perdiera los nervios y provocase que se abrieran de nuevo las hostilidades, este turno de guardia prometía ser bastante tranquilo. Tendría tiempo de sobra para pensar y para hacer planes por anticipado. Envió un mensaje corto al teniente de navío Dey'jaa y abrió de nuevo el canal de noticias que Wumb había desconectado horas antes, dejando el volumen bajo para no distraer a los miembros de la tripulación que estaban de servicio en el puente. Mientras comenzaba a escuchar a los locutores corelianos, tomó nota mental de algo que quería hacer más adelante, en cuanto se presentara la oportunidad. La tal Invierno había conseguido despertar su curiosidad, tanto como para consultar a sus propias fuentes. *Veremos lo que puede decirme sobre ella la red de espías bothan*.

Para cuando Rúster abrió los ojos ya se había hecho de noche. Tras haberse pasado cerca de once horas seguidas durmiendo —en ese instante ignoraba aún que hubieran sido tantas—, se sentía aturdida y completamente desorientada. En lugar del techo de su camarote en el *Guarida del Lobo*, o el panel superior de instrumentos de la *Compasión*, su mirada se topó con la tela de fibroplástico verde oscuro de una tienda de campaña

militar. Estiró los brazos a la vez que bostezaba. Sus pensamientos se iban aclarando lentamente. Ayer —¿había sido ayer la última vez que había dormido, o quizá había sido antes de ayer?— se había despertado con la misma visión. Habían acampado en un paso de montaña, y la noche anterior ella había estado atendiendo un parto —¿un parto? ¿Ella?— y después… Sí, cambiándole los parches de bacta a la cadera del doctor Al Saruff y al costado del soldado seibergio. Con ese recuerdo los últimos restos de somnolencia se desvanecieron por completo. Rúster se apresuró a liberarse del saco de dormir y se puso en pie, mirando frenética a su alrededor en busca de sus pacientes.

Descubrió que allí no había nadie aparte de ella, tan sólo unos cuantos sacos pulcramente plegados y colocados junto a las paredes de la tienda, y unas cuantas cajas conteniendo ropa y utensilios varios, algunos de los cuales reconoció como procedentes de la *Compasión*. Por unos instantes todo eso pareció dar vueltas a su alrededor. *Ooooh, maldita sea, no he debido levantarme tan de golpe*… La lumi esperó a que se le pasara el momentáneo mareo antes de intentar salir de la tienda, que definitivamente no era la misma en la que había operado al doctor Al Saruff. Finalmente se acercó a la entrada, abrió el cierre hermético, y echó un vistazo al exterior. La oscuridad no le permitió distinguir gran cosa del campo, lo cual quizá fuera lo mejor. Su primera impresión de cuando llegaron aparecía un tanto difuminada en su memoria, pero se acordaba de las tiendas y de las hogueras, y de la gente con aspecto miserable agolpada alrededor. De su breve salida esa misma mañana, cuando evacuaron al doctor, sólo recordaba la nieve.

Rúster se puso el abrigo termal y se aventuró al exterior, cerrando la tienda tras ella. Había un cartel pintado a mano, clavado sobre un poste frente al refugio grande que tenía a su derecha. Al acercarse pudo leer las dos palabras escritas en básico, debajo de otras dos que debían decir lo mismo en balanio: Tienda Médica. Hizo un gesto de dolor al reconocerla. Sí, allí era dónde había pasado la noche anterior junto al sargento Daboro, intentando salvarle la vida a Ben Al Saruff. Rúster se puso en marcha, caminando tan deprisa como podía sin resbalar sobre el suelo helado. Tenía que encontrar a Llamarada y a Alce, a ver si tenían noticias del doctor. Más tarde volvería a ver cómo se encontraba el balanio, si es que habían vuelto a traerlo allí.

La nieve estaba aún muy alta, pero por todo el campo se habían excavado senderos y las entradas a cada una de las tiendas estaban despejadas. La mayor parte de los destrozos causados por la reciente tormenta habían sido ya reparados, aunque aquí y allá todavía se apreciaban daños.

Rúster vio tiendas cuyas paredes lucían parches de tela o de fibroplástico cosidos de forma apresurada pero eficiente, vientos rotos que se habían vuelto a empalmar por medio de grapas metálicas o incluso simples pero efectivos nudos, y mástiles dañados a los que se había reforzado con trozos de madera sujetos con cuerdas e incluso con trapos rasgados y hechos tiras. Al principio se preguntó dónde se había metido todo el mundo, pero pronto empezó a encontrarse con gente que caminaba en dirección opuesta a ella, llevando en las manos recipientes llenos de sopa. El aspecto de muchas de esas personas hacía que el corazón se le encogiera de dolor. Se les veía sucios y demacrados,

caminando con la cabeza gacha y los hombros caídos, con sus pálidos y delgados rostros surgiendo de cuerpos que parecían engañosamente gruesos, ya que la mayor parte llevaban puesta toda su ropa para intentar protegerse mejor del frío. Casi todos lucían grandes ojeras, que hablaban de noches enteras sin dormir a causa del miedo y de la preocupación, y también de muchas lágrimas vertidas. Muchos llevaban improvisados vendajes, cubriendo heridas a medio curar o incluso mutilaciones. Algunos usaban bastones para caminar, o bien se apoyaban en amigos o parientes, sosteniendo sus boles con cuidado en la mano libre, y haciendo muecas de dolor casa vez que derramaban aunque sólo fuera una gota. Rúster se enteraría más tarde que las caídas y el frío extremo habían sido las causantes directas de la mayor parte de esas lesiones, mucho más que las armas de los paramilitares seibergios —aunque no por eso era menor la responsabilidad de éstos, pues eran ellos quienes les habían obligado a huir hacia las montañas a pesar de lo traicionero de los senderos y de las terribles inclemencias del tiempo—. Algunos habían perdido uno o varios dedos, o incluso un pie completo, congelados sin remedio durante la marcha hacia los campos, y sobre todo en las gélidas noches pasadas al raso. Rúster comprendió que lo que había percibido la primera vez que vio Campo Uno, y especialmente en los breves minutos que transcurrieron desde su llegada hasta que se encerró con Daboro en la ahora llamada tienda médica, no había sido un macabro espejismo causado por la ansiedad y los nervios que sentía en aquellos momentos. Las condiciones en las que se encontraban los refugiados eran realmente tan malas como le habían parecido entonces.

Pero tenía la sensación de que ahora había algo en ellos que no estaba allí antes. Algunos de los balanios la saludaban al pasar, alzando la barbilla o incluso agitando la mano como si la conocieran. Un chiquillo de unos siete años le dijo «hola, doctora.» ¿Doctora? Rúster se sintió perpleja en un primer instante, pero entonces comprendió. Obviamente sus receptores neurales, no del todo cubiertos por la capucha del abrigo, la hacían muy fácil de reconocer para cualquiera al que, aún sin haberla visto antes, le hubieran hablado de ella.

Y seguramente alguien, probablemente uno de los refugiados con los que había viajado, había ido diciendo por ahí que era médico tras haberle visto atender a los heridos. Algunas personas le sonreían con sus labios agrietados por el frío. Eso sí que era extraño. Si no fuera por lo miserable de su aspecto, casi se diría que estaban contentos. ¿Cómo podía estar nadie contento en un lugar como ése, bajo semejantes circunstancias?

Sintiéndose triste y confundida al mismo tiempo, Rúster siguió avanzando hasta que llegó a la zona central del campo. Allí vio a Llamarada y a Alce, junto a dos mujeres a las que Rúster no conocía —por su aspecto una de ellas era personal de la Nueva República y la otra una refugiada—, ayudando a servir la cena. Alrededor de doscientas personas esperaban aún, con mayor o menor paciencia, a que les llegara el turno. Uno tras otro, iban alargando sus tazones, boles, o recipientes variados para que se los llenaran con humeante sopa. Llamarada volvió un instante la cabeza y vio venir a Rúster.

—¿Has dormido bien, Ru? —preguntó alegremente mientras levantaba un nuevo cucharón lleno de sopa con su brazo bueno. Alce agitó la mano en señal de bienvenida, pero la lumi no respondió a los saludos de sus compañeros. En esos momentos, la ansiedad por saber si Ben Al Saruff seguía o no con vida no le dejaba pensar en nada más.

—¿Sabéis algo del doctor Al Saruff? —preguntó a bocajarro en cuanto llegó junto a Llamarada.

—Nada, lo siento. Quizá durante la siguiente comunicación con el *Guarida* nos puedan decir algo. Eso será mañana por la mañana.

—Ah. Gracias —La respuesta de Llamarada fue como un jarro de agua fría. Sin noticias hasta mañana. Rúster se sintió frustrada y decepcionada, pero no le duró demasiado. Por un lado, pensó, era mejor no saber nada a que le hubieran dicho que Al Saruff había muerto. Por otro, Llamarada no estaba en absoluto dispuesta a permitirle que se deprimiera.

—Has venido justo a tiempo para pillar tu ración —dijo exhibiendo una radiante sonrisa—. ¡No encontrarás un restaurante mejor en ningún otro lugar de estas montañas!

Rúster no pudo evitar sonreír.

—Ahora que lo mencionas, sí que estoy hambrienta —La lumi echó un vistazo cargado de desconfianza al contenido del gran perol térmico en el que Llamarada introducía su cucharón una y otra vez, acordándose con pesar de los dos procesadores de alimentos que se quedaron en el compartimento de carga de la *Compasión*. Mientras miraba, la mujer de mediana edad a la que Llamarada acababa de servir le dio un sorbo a su sopa y se dirigió en voz baja a la que venía detrás—. Mucho mejor, sí —Su sonrisa era la misma que Rúster había visto en los refugiados con los que se había cruzado por el camino.

—Se diría que les gusta —comentó.

—Sí —contestó Llamarada sin detenerse en su trabajo—. Es gracias a nuestra amiga Sdermila. Esto que ves es en esencia la misma mezcla de fibra, grasa, proteínas y otros componentes que metemos normalmente en un procesador de alimentos, disuelta en agua hirviendo. Es comestible, sí, pero en lo que se refiere al sabor… —Llamarada arrugó la nariz haciendo una mueca de lo más significativa—. Después de desayunar y de comer esa misma bazofia, Sdermila vino y nos dijo que la sopa se podía mejorar, y nosotros le preguntamos cómo. Ella nos explicó que las hojas de los arbustos enanos que crecen por aquí, bien machacadas, pueden utilizarse como condimento.

También nos dijo que si buscábamos bajo la capa de nieve, lo más probable sería que encontrásemos algunos brotes tardíos de cereal salvaje, que serviría para añadir un poco de sabor adicional.

—¿Cereal salvaje?

—Los antepasados de esta gente cultivaron estas montañas hace mucho tiempo, durante al menos dos siglos —explicó Alce—. ¿Ves esas terrazas excavadas en las laderas alrededor nuestro? Allí es donde encontramos el grano. Cuando corrimos la voz

de lo que nos proponíamos hacer, muchos de los refugiados se animaron a echar una mano para excavar en la nieve y cosechar tanto cereal como fuera posible. Se han conseguido llenar varios sacos.

—Eso y las hojas de los arbustos son la diferencia entre esta sopa y la que llevan tomando algunos de ellos durante varias semanas —continuó Llamarada. Mírales ahora— Llamarada movió la cabeza de un lado a otro, al tiempo que dejaba escapar un suspiro. *Sí*, pensó Rúster, *creo que sé lo que quieres decir. Qué poco cuesta hacer un poco más felices a los que son tan desgraciados*. —Muchos de los refugiados que estaban aquí antes de que llegáramos nosotros sabían que el cereal estaba ahí— prosiguió Llamarada —pero después de pasar por lo que la mayoría de ellos han pasado se contentaban con disponer de un refugio y de comidas más o menos regulares, aunque fueran frugales e insípidas. Hasta que llegó Sdermila.

—Esa mujer tiene una iniciativa tremenda —dijo Alce con visible admiración—. Ya lo demostró cuando se aventuró con su kala'ballo para intentar ayudarnos después de que nos estrelláramos, pero como ves no se detuvo ahí.

También tiene un encanto personal muy particular. Consigue que todo el mundo la quiera al poco de conocerla. Lleva aquí un día y medio y ya se ha convertido en el alma de Campo Uno. La pobre parece un poco abochornada por la popularidad, pero eso no la impide seguir ayudando allá donde ve que puede hacer algo por los demás. Es algo innato en ella.

—¿Y dónde está ahora?

—Se fue a llevarle la cena a Deveralia —contestó Llamarada—. La acompañaban sus hijos, Figor y Lía. Parece que la han adoptado como abuela.

—Oh, Deveralia —Rúster se golpeó la frente con la palma de la mano—. Tengo que ir a ver cómo están ella y el bebé.

—Yo me he acercado a verlas esta tarde y las he encontrado bastante bien. Además de Sdermila, algunas de las otras mujeres cuidan de ellas procurando que no les falte de nada. Aquí se ayudan todos los unos a los otros.

—Ya veo, ya —Rúster volvió a sonreír, esta vez de forma más abierta.

Llamarada y Alce parecían haberse adaptado con bastante rapidez a los que serían sus nuevos roles en aquel lugar. Desde luego, si a Rúster le hubieran dicho alguna vez que llegaría el día en el que vería a Alce sirviendo tazones de sopa, se habría reído a carcajadas.

—Está bien. Voy a ponerme a la cola.

—No hace falta, Ru —dijo Llamarada—. Puedo llenarte un bol ahora mismo.

—Cuando me toque el turno —Rúster bajó el tono de voz, al tiempo que adoptaba una expresión más seria—. Difícilmente podremos ganarnos la confianza de esta gente si les hacemos pensar que nos consideramos por encima de ellos.

Llamarada frunció los labios y asintió.

—Correcto.

—Además —añadió Rúster, temiendo que Llamarada pudiera haberse molestado por haber rechazado su ofrecimiento—, la mejor parte es la que se queda pegada al fondo.

—¿De verdad? —Llamarada se echó a reír—. Nos alegramos de saberlo, ¿verdad, Alce? —El otro piloto sonrió a la vez que asentía vigorosamente.

Rúster les dio la espalda para irse hacia el final de la cola, sintiendo cómo se ruborizaba. Acababa de darse cuenta de que, a pesar de su posición privilegiada, Llamarada y Alce no habían probado aún la sopa, y que no pensaban hacerlo hasta que todo el mundo hubiera tenido su ración. *¿Y qué otra cosa esperabas de ellos?* pensó avergonzada. *Creo que ya está bien de sentirte moralmente superior a todo el mundo, Ru, o vas a tener que morderte la lengua muchas veces.*

Media hora más tarde y con el estómago lleno, Rúster regresó a la tienda médica. Además del seibergio, que volvía a encontrarse junto a la pared del fondo acompañado por Pantera, Rúster comprobó que en la tienda había ahora tres nuevos inquilinos, una mujer y dos ancianos, a los que el sargento Daboro estaba atendiendo. Los tres estaban recostados cerca de la entrada, tan lejos, notó Rúster, como les era posible del soldado seibergio.

—Hola, Daboro —dijo agachándose junto al comando—. ¿Qué tienes aquí?

—Hola, Rúster. Lo habitual. Cortes y magulladuras, síntomas de congelación y una posible neumonía —respondió el comando señalando por turnos a cada uno de los pacientes—. Me he permitido cogerte prestado el autodoc, y gracias a él he podido tratar a esta gente. ¿Qué tal estás?

—Mucho mejor, ¿y tú? Supongo que habrás dormido algo.

—Sí, no te preocupes. ¿Has visto? Ya es oficial. Esto es nuestro hospital de campaña, o la tienda médica como la llama todo el mundo. Y mientras no esté de servicio, Pantera me ha nombrado tu ayudante —Rúster miró hacia donde se encontraba el jefe de los comandos Lince, y éste le saludó con la mano.

—No sé quién tendría que ayudar a quién, pero en fin, muchísimas gracias. Esta mañana no he tenido ocasión de dártelas.

—No hay de qué —Daboro sonrió.

—Voy a ver al seibergio y ahora vuelvo para echarte una mano, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Rúster se incorporó y se acercó hasta el lugar en la camilla sobre la que se encontraba tumbado el seibergio, de nuevo esposado. Al parecer Pantera lo había estado interrogando, aunque por su expresión el prisionero no estaba precisamente colaborando. Rúster temió que Pantera pudiera haber maltratado al soldado, aunque cuando lo observó de cerca no apreció ningún signo de tortura. Pensando que era mejor asegurarse, se dispuso a examinarle con mayor detenimiento con la excusa de comprobar cuál era la

evolución de su herida. Intentó ser lo más sutil posible en su inspección, pero Pantera se dio cuenta de todas formas de lo que estaba buscando.

—No te preocupes, no lo he tocado. Todavía.

Rúster miró de reojo al jefe de los comandos Lince. A pesar del tono hosco que había empleado y la amenaza velada que ocultaba su comentario, Rúster tuvo la impresión de que lo único que pretendía Pantera era asustar al seibergio, meterle un poco de miedo para que se decidiera a hablar con tal de evitarse una hipotética paliza, quizá cuando no estuviera ella delante. Rúster conocía lo suficiente acerca de cómo funcionaban estas cosas como para saber que cuanto más tiempo transcurriera, menos utilidad tendría la información que pudiera proporcionar el prisionero. Pantera y sus hombres no debían disponer de drogas hipnóticas ni nada por el estilo, pues de haberlas tenido seguramente ya las habrían empleado. Rúster se preguntó si los comandos no terminarían recurriendo a la violencia, en el caso de que el seibergio siguiera empeñado en mantener su silencio. Quizá si no lo habían hecho aún era porque estaban seguros de que no sabía nada importante, pero Pantera o cualquiera de sus subordinados podían perder la paciencia en un momento dado y… Molesta de nuevo consigo misma, Rúster obligó a callarse a esa parte de su mente que se empeñaba en seguir pensando ese tipo de cosas, a esa vocecita interior que parecía actuar como conciencia de los actos de la gente que la rodeaba. *Tengo que dejar ya de juzgar a todo el mundo. No sólo no tengo derecho ninguno a hacerlo, sino que muchas veces estoy descubriendo que mis sospechas son infundadas e incluso injustas.* ¿Desde cuándo llevaba haciendo esto? De forma consciente, desde que se enteró de que Alce había derribado a un transporte de refugiados. Inconscientemente, probablemente desde que escapó de la luna Lumi y empezó a encontrarse con seres de otras especies diferentes a la suya. Gente cuyos sentimientos y emociones ella no podía discernir, ya que carecían de receptores neurales que sin palabras le dijeran todo eso. Con el tiempo, había aprendido a interpretar decentemente las expresiones faciales de los humanos y también las de otras razas galácticas, pero nunca podía tener la certeza de que sus impresiones fueran correctas. En algún momento había llegado a la conclusión de que, a diferencia de los lumi, la mayoría de los seres inteligentes no siempre decían lo mismo que pensaban. A menudo escondían sus verdaderas motivaciones e intenciones, y casi siempre pretendían ser mejores de lo que realmente eran. O simplemente diferentes. Pero ahora se daba cuenta de que ella había terminado por hacer lo mismo, por ser un poco como ellos. ¿Acaso no pretendía ocultarle a Pantera la incomodidad que sentía y las dudas que albergaba?

El soldado seibergio miró a Pantera bajo su ceño fruncido, con una expresión en la que se adivinaba una cierta incertidumbre, aunque si la indirecta del comando le había impresionado ponía todo su empeño en disimularlo. Rúster reconsideró su posición y decidió que bien podía intentar ayudar a Pantera en su propósito. Después de todo, aquel joven imberbe de aspecto inofensivo —ahora que se encontraba desarmado y esposado—, había disparado contra Llamarada, Alce y ella misma con evidente intención de matarlos. Quizá también había ayudado a expulsar de sus casas a algunos de los

desgraciados que ahora abarrotaban el campo. Quizá había asesinado a alguno, pues ya había oído decir que eso era lo que les sucedía a los que se resistían. La lumi se volvió hacia el comando, intentando que su tono sonara tan despreocupado como le fuera posible.

—Me conformo con que no le causes heridas que no podamos curar.

Recuerda que ni Daboro ni yo somos médicos.

Pantera le dirigió una mirada fugaz, en la que Rúster creyó detectar sorpresa primero, y un leve atisbo de diversión después. Podría haber sido su imaginación, pero en cualquier caso el comando captó la indirecta y le siguió el juego.

—Sabes cómo tratar huesos rotos, ¿verdad?

—Sí, siempre que las fracturas sean lo suficientemente limpias. Si no es así en el mejor de los casos quedan lesiones crónicas. También pueden quedar astillas que le hagan al sujeto la vida imposible con cada movimiento, desgarrando los músculos y volviendo a abrir las heridas una y otra vez, hasta que un cirujano le opere o hasta que lo mate una infección.

—Está bien, si llegamos a eso intentaré que sean limpias, pero no te prometo nada —Pantera comprobó las esposas de choque y se marchó sin más comentarios. El prisionero pareció relajarse un poco mientras Rúster levantaba el último parche bacta y revisaba la herida con el escáner médico. No pudo evitar sobresaltarse cuando escuchó por primera vez la voz del seibergio.

—¿Tanto esfuerzo por un alienígena? —dijo en perfecto básico.

—¿Un alienígena?

—Anoche. Esa cosa con la cabeza de martillo.

Rúster frunció el ceño disgustada.

—El doctor Al Saruff es un ithoriano.

No es una cosa. Es un ser, como tú y como yo, aunque lo cierto es que no estoy tan segura en tu caso.

Aparentemente cogido por sorpresa por el comentario mordaz de Rúster, el soldado se quedó callado y su expresión se tornó más huraña. Rúster se dio cuenta de que se había equivocado cortándole como lo había hecho. Después de todo el seibergio había empezado a hablar. Eso era más de lo que Pantera había conseguido hasta el momento. Decidió que merecía la pena hacer un esfuerzo y tratar de recuperar algo parecido a una conversación.

—Seguro que no veis a muchos ithorianos por aquí, ¿verdad? —dijo haciendo un amago de sonrisa.

El soldado la miró sin decir nada. Rúster pensaba que iba a cerrarse de nuevo en su obstinado mutismo cuando, de repente, se decidió a contestarla.

Quizá necesitaba hablar con alguien, después de todo. Y ésta era la primera vez en que no le estaban interrogando.

—No, es verdad —dijo encogiéndose de hombros—. Los únicos alienígenas que he visto en mi vida eran nemoidianos y rodianos —A Rúster no le extrañó esa revelación.

Nemoidianos y rodianos se contaban entre las pocas especies no humanas cuyos miembros solían colaborar con el Imperio—. Y tú, ¿también eres una alienígena?

Rúster le miró fijamente a los ojos, pero esta vez el seibergio evitó devolverle la mirada. Tras pensarlo un momento, llegó a la conclusión de que el joven soldado no había pretendido ofenderla, simplemente tenía curiosidad.

Eso podía ser un comienzo.

—Soy una lumi.

—¿Una lumi? Jamás lo había oído. Se te ve casi humana. En realidad todo en ti parece humano, excepto esos…

—Se llaman extensiones neurales. Los lumi las usamos, entre otras cosas, para comunicarnos nuestros sentimientos. Cambian de color dependiendo de qué humor estemos.

—¿De verdad? A mí no me gustaría que todo el mundo pudiera saber lo que estoy pensando.

—No lo que piensas, sino lo que sientes.

—¿Y qué sientes tú ahora?

Rúster prefirió no contestar a eso. Ya había suficiente gente alrededor capaz de interpretar, aunque fuera sólo superficialmente, los cambios de color de sus apéndices. No le apetecía nada concederle esa ventaja a un extraño.

No sólo un extraño. Un enemigo, por todo lo que sé de él. Y además, ¿cómo es que hemos terminado hablando de mí? Decidió dejarlo por el momento. Estaba claro que el arte del interrogatorio no estaba entre sus habilidades.

—Ya estás casi curado —dijo cambiando completamente de tema—. La herida está cerrada y piel nueva ha cubierto casi toda la zona quemada. Le diré al comandante que puede continuar.

La expresión del seibergio se ensombreció de golpe.

—No pienso decirle nada.

Rúster se encogió de hombros al tiempo que se dirigía a la entrada de la tienda.

—Eso es decisión tuya. Mi responsabilidad hacia ti ha terminado.

—A menos que ese comando me rompa un hueso.

—Eso es. Si te rompe algo volveré.

Víbora recorrió con la mirada los rostros del puñado de pilotos congregados frente a él, desperdigados por los asientos de la sala de reuniones. Ellos eran todo lo que quedaba ahora del escuadrón Cabeza de Lobo, al menos hasta que pudieran recoger a Llamarada, a Alce y a Rúster por un lado, y a Solo y a Raiven por otro. Los dos pilotos sulustanos estaban fuera de patrulla, pero a ellos Víbora no los consideraba aún como parte del escuadrón. De hecho apenas había intercambiado unas palabras con ellos desde que llegaron, aunque difícilmente se le podía culpar por no poder dedicarles más tiempo. A pesar de la ayuda de Ibero, la tarea de dirigir un escuadrón al que le faltaban tres de sus oficiales de mando en situación de prealerta le daba a Víbora demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo para llevar a cabo ninguna de ellas. En teoría los dos sulustanos eran

un refuerzo temporal, tan sólo hasta el regreso de Solo y de Raiven, pero en vista de lo que estaba a punto de anunciar iba a tener que retenerlos tanto tiempo como le fuera posible. Víbora suspiró. Ojalá le mandaran a más. En ese momento agradecía de todo corazón el poder contar con los sulustanos pues, entre otras cosas, el que ellos se hicieran cargo de este turno de patrulla le permitía reunir a todos los veteranos al mismo tiempo. Bastante difícil le iba a resultar contar esto una vez, como para tener que repetírselo luego a los ausentes.

¿Por dónde empiezo?

Había estado a punto de convocarles en el Refugio Antibombas. En el improvisado bar había sitio de sobra, y la atmósfera allí podría resultar considerablemente menos fría que la de la inmaculada y medio vacía sala de reuniones, pero finalmente había decidido que hacer esto allí no sería una buena idea. Tanto era así que antes de venir había ido a cerrar el acceso al bar, asegurándose de que nadie pudiera entrar sin su signatura de voz o sin fundir la cerradura . Lo último que necesitaba era que uno o más pilotos, o todos ellos quizá, sucumbieran a la tentación de emborracharse tras enterarse de las noticias.

En la primera fila, justo enfrente de él, Ibero lo miraba con expresión mortalmente seria. El oficial ejecutivo en funciones del escuadrón, a quien él solía llamar en broma «el optimista», parecía ahora la viva imagen del fatalismo.

Víbora y él habían estado discutiendo durante más de una hora acerca de la conveniencia o no de comunicar al resto del escuadrón lo que la capitana de navío Gen'yaa acababa de transmitirles a ellos. Ibero defendía que lo mejor sería mantenerlo en secreto mientras fuera posible. Según él, sería mucho más complicado controlar los deseos de venganza que ambos habían detectado entre varios de los pilotos si sabían a ciencia cierta lo que había sido de sus, hasta ahora, desaparecidos compañeros. Con que a uno solo de ellos le pudiera el instinto y cayera en la tentación, por ejemplo, de abrir fuego contra su sombra durante una patrulla, la caja de los truenos se habría abierto de nuevo. Aunque Víbora compartía parcialmente esa preocupación, veía que la incertidumbre estaba haciendo estragos en la moral. Al final, y en contra de la opinión de Ibero, había decidido contarles la verdad. Su esperanza era que eso les ayudase a concentrarse más en su trabajo, y a estar más dispuestos a hacerlo bien con tal de que ninguno más se dejara el pellejo ahí afuera.

Era el momento de comenzar. Víbora tosió ruidosamente para llamar la atención de los congregados. Los últimos en darse cuenta fueron los miembros del grupo Zarpas de Lobo, sentados juntos un par de filas por detrás del resto de pilotos, que aún siguieron susurrando entre ellos durante algunos instantes antes de que Reek les avisara. Desde donde se encontraba Víbora no podía escucharles, pero no le hacía ninguna falta oírles para saber de qué discutían.

La expresión entre triste e indignada de Parody, los puñetazos que Granito se daba constantemente en la palma de la mano y la forma en que Groznik enseñaba los colmillos mientras farfullaba, eran lo suficientemente elocuentes como para adivinar que ya se

habían enterado de que la exclusión de Sparks del servicio activo por razones médicas era ya oficial e irrevocable.

—Lo primero de todo —dijo cuando por fin se hizo el silencio—, ya sabemos qué fue lo que derribó a la *Compasión*. Se trataba de un AT-ST seibergio —Los murmullos se desataron por todas partes, tal y como Víbora ya se había esperado. Tampoco le sorprendió el taco que soltó Drake, que se escuchó perfectamente en toda la sala. Esto no había hecho más que empezar—. ¡Callaos, por favor! Fue la propia Llamarada quien nos transmitió esta información hace algunas horas. Os alegraréis de saber que Alce se las apañó para destruir el caminante, disparando con sus propias manos uno de los cañones de la *Compasión* —Ahí se produjo un espontáneo aplauso que Víbora consintió. Aquella era la única cosa buena que tenía que decir.

—Vale, vale, ya le daréis palmaditas en la espalda a Alce cuando todos ellos regresen. El doctor Al Saruff, que como ya habréis oído la mayoría resultó gravemente herido cuando se estrellaron, ha sido evacuado por una lanzadera coreliana, que lo ha llevado a bordo de uno de sus cruceros para recibir tratamiento médico. Rúster tuvo que realizarle ella misma una operación quirúrgica de emergencia, así que si el doctor consigue salir de ésta buena parte del mérito habrá que concedérselo a nuestra compañera —Silencio ahora.

Para los pilotos, Ben Al Saruff se había convertido en uno de los miembros más queridos de la tripulación del *Guarida del Lobo*. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que a todos ellos los había tratado alguna vez y que a más de uno le había incluso salvado la vida. Si el doctor sobrevivía, Víbora sabía que la hazaña de Rúster sería tan celebrada como la de Alce. Si no era así, y aunque nadie fuera a echarle la culpa, la compasiva lumi iba a pasarlo fatal.

Víbora la conocía lo suficientemente bien como para imaginárselo, y también que iba a necesitar la ayuda de todos para superarlo. Pero ya se enfrentarían a ese problema cuando se produjera, si realmente se producía.

—Ahora volvamos a ese AT-ST, porque es la razón principal de que sigamos en estado de prealerta. Su presencia a escasos treinta kilómetros de uno de nuestros campos de refugiados nos ha hecho pensar que el ejército seibergio ha penetrado en la Región Balania, seguramente con gran cantidad de efectivos, y que no se detendrán hasta llegar a las puertas de nuestros campos, si es que se detienen allí. Probablemente están haciendo uso de todo su material pesado, que por lo que sabemos incluye tanques repulsores, baterías láser y lanzadores de misiles móviles, junto con caminantes AT-ST y AT-AT. Puesto que en estos momentos no suponemos una amenaza para ellos, es de prever que también contarán con el apoyo aéreo de sus cazas TIE.

—¿Cómo es eso de que no somos una amenaza para ellos?

—Lo sabes tan bien como yo, Granito. Se nos ha prohibido expresamente entrar en espacio seibergio con el fin de no provocar a los corelianos a romper la tregua.

—¿Y qué si lo hacen? ¡Ahora tenemos destructores estelares de nuestro lado!

—¡Ya es suficiente, Granito! Si vuelves a interrumpirme otra vez te vas fuera de aquí. Esas órdenes han venido de lo más alto, de la propia Mon Mothma, ¿te enteras? Así que… —*Cálmate, hombre, cálmate. Ya conoces a Granito, ¿no?* Víbora hizo una inspiración profunda antes de proseguir. *Mierda, cada vez pierdo los nervios con mayor facilidad…*— Mira, vamos a llevarnos bien, así que no me molestes con estupideces, ¿de acuerdo? —Granito no contestó. El caldaniano se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho y seguir mirando a Víbora con expresión de pocos amigos. Víbora decidió que, mientras siguiera callado, le daba igual que intentara fulminarle con la mirada.

—El hecho es que esas órdenes fueron impartidas antes de que supiéramos lo del AT-ST —continuó Víbora—, con todo lo que eso conlleva. Es por eso que la capitán de navío Gen'yaa nos mantiene en prealerta, y sí, somos los únicos en toda la flota. No me hagáis preguntas sobre este particular, por favor, porque no tengo respuestas que daros. Y ahora, éstas son vuestras instrucciones. Groznik, quiero que el grupo Zarpas esté preparado para volver a realizar misiones sobre la Región Balania en cualquier momento. Ojo, si se os ordena actuar, vuestro objetivo no serán ya las partidas de paramilitares, sino los caminantes y los tanques repulsores del ejército seibergio, así que llévate a tu gente a los simuladores y entrenad mientras podáis —Groznik acusó recibo de las indicaciones de Víbora con un gruñido feliz que su traductor interpretó tentativamente como «un montón de gracias», lo que provocó algunas carcajadas entre los pilotos. Probablemente Groznik fuera el wookie más civilizado de la Nueva República, pero no dejaba de ser un wookie. No había nada mejor para calmar la frustración de uno de ellos que la perspectiva de un poco— o un mucho —de acción violenta.

—Cuando eso suceda, si sucede, el resto de nosotros tendremos que darles cobertura frente a los seibergios, que nos interceptarán viniendo desde tierra, y también frente a los corelianos, que probablemente nos perseguirán desde atrás. Esto significa más entrenamiento para todo el mundo. Ibero y los dos sulustanos se unirán a Drake como grupo Colmillos. Yo volaré con los Sombras. ¿Preguntas? ¿No? Entonces lo siguiente…

—¿Víbora?

—No y otra vez no, Drake. No te puedo decir dónde están Solo y Raiven ni lo que están haciendo —Algunos de los presentes se rieron por lo bajo.

—No iba a preguntar eso. Bueno, no sólo eso —Más risas. Drake también sonrió, pero enseguida se puso serio—. Lo que realmente quería saber es si tienes o no alguna noticia sobre nuestros compañeros desaparecidos.

Víbora asintió con expresión sombría, y de pronto todo el mundo se quedó callado.

—Eso es justo lo que iba a comunicaros. Los corelianos nos han entregado una lista de prisioneros —Víbora tragó saliva, intentando aclararse su repentinamente seca garganta. *Maldita sea, esto se me está haciendo aún más difícil de lo que creía*— Tienen a Torpedo a bordo del Soberano. Se ha pasado los últimos tres días metido en un tanque bacta, pero eso no le ha servido de gran cosa. Su unidad de soporte vital resultó dañada cuando se eyectó y se quedó sin aire antes de tiempo. Los corelianos consiguieron reanimarlo, pero su cerebro había resultado afectado ya por la falta prolongada de

oxígeno. Ahora se disponen a entregárnoslo para que pueda ser evacuado a un hospital de la Nueva República. Las esperanzas de que se recupere son cuando menos remotas, pero nunca se sabe —Como era de esperar, en la sala de reuniones se escucharon tacos, maldiciones y lamentos. La intención de Víbora era esperar un poco antes de continuar con el resto de noticias, aún peores que ésa, pero el eco de sus últimas palabras apenas se había desvanecido cuando Drake volvió a preguntar—. ¿Y qué hay de los demás?

Víbora bajó la mirada por un instante.

—Nada. Los corelianos no recuperaron a nadie más de este escuadrón. Probablemente se desintegraron junto con sus naves —Un «no» colectivo salió de varias gargantas. Los ya pálidos rostros de la mayoría de los pilotos congregados reflejaron incredulidad al principio, pero ésta pronto fue sustituida por una tristemente familiar mezcla de rabia y de pena. Ésas, como Víbora sabía muy bien por su ya larga experiencia, eran las sensaciones más comunes que se experimentaban cada vez que caía un compañero en combate, junto con el inevitable alivio porque no le hubiera tocado a uno. Esta vez no se escuchó ni una sola exclamación, más allá del lamento gutural que se escapó entre los dientes apretados de Groznik, ininteligible para el traductor y sin embargo perfectamente comprensible para todos los que lo escucharon. La confirmación de aquello que todos llevaban días temiendo oír pero esperando no hacerlo cayó como un torpedo de protones en un blanco de prácticas, dejándoles sin palabras. A algunos, como Drake o Parody, se les veía tan conmovidos que parecían a punto de echarse a llorar, aunque ninguno lo hizo. Como todos los que estaban allí, hacía mucho tiempo que habían aprendido a contener las lágrimas. Víbora no recordaba haber visto nunca llorar a Drake, por ejemplo, ni siquiera cuando asesinaron a Hoja, aunque sin duda debió hacerlo en privado, a solas en su camarote. Otros, como Granito y Reek, permanecían extrañamente inmóviles y en silencio, aunque sus ojos parecían despedir fuego. La mayoría miraban a Víbora, como si todavía esperasen a que añadiera algo más, aunque era obvio que ya estaba dicho todo.

Los recuerdos de otras ocasiones similares se le venían ahora a la memoria, tan vívidos que parecían fundirse con la realidad presente haciéndole ver otros lugares, otras caras pertenecientes al pasado, e incluso otros uniformes muy distintos a los que ahora veía. En la Armada Imperial estaban más acostumbrados a este tipo de cosas. Los pilotos de TIE venían y se iban a una velocidad pasmosa en las unidades destinadas en primera línea, aunque precisamente por eso no se lamentaban tanto las pérdidas: la mayoría de las veces apenas se había tenido tiempo para llegar a conocer a los muertos. Tan sólo cuando caía un veterano a punto de cumplir con su periodo de servicio se producía alguna conmoción. Cuando se unió a la Alianza, Víbora descubrió enseguida que las relaciones personales entre los pilotos llegaban a ser mucho más intensas de lo que él había conocido, especialmente en aquellos casos en los que un grupo de ellos llevaban juntos años enteros. No tenía que esforzarse mucho para rememorar otras escenas tan patéticas como ésta, pero era la primera vez que le tocaba a él ser el encargado de transmitir las malas noticias.

Como comandante del escuadrón, aunque sólo fuera en funciones, suya sería también la labor de grabar holovídeos de condolencia que el Mando de Cazas enviaría después a los familiares o amigos más cercanos de los desaparecidos, siempre que éstos hubieran declarado alguno y vivieran en mundos de la Nueva República o por lo menos no alineados. Definitivamente ésa era una tarea que no tenía ninguna gana de llevar a cabo, pero a la que no podía escapar ni tampoco postergar, ni lo haría tampoco si pudiera. Se lo debía a los caídos. Entre otras muchas cosas, porque habían perdido la vida siguiendo sus órdenes.

Con esa triste perspectiva en mente, y decidiendo que cuanto antes se pusieran en marcha mejor para todos, Víbora se disponía a dar por terminada la reunión cuando Araña levantó la mano solicitando permiso para hablar.

—¿Y qué pasa si todavía siguen allí, flotando en el vacío? Las boyas de localización pueden resultar dañadas durante la eyección, como le sucedió al soporte vital de Torpedo. No sería la primera vez que sucede.

—Cierto, pero prefiero no pensar en ello ni siquiera como una posibilidad —Víbora movió la cabeza lentamente de un lado a otro—. Después de tres días, estarían igual de muertos, pero su agonía habría sido más horrible. Parecida a la que debió padecer Torpedo, pero mucho, mucho más larga —El silencio que siguió a esa frase fue tan terrible como completo. Se prolongó hasta que Víbora les dio a todos permiso para marcharse, no sin antes recordarles brevemente cuál sería el perfil de sus próximas misiones y recomendarles una vez más que pasasen todo el tiempo posible en los simuladores de vuelo. Desahogar la furia y la impotencia disparando contra ola tras ola de enemigos virtuales podía ser una buena medicina para todos, él mismo incluido.

Los deprimidos pilotos empezaron a levantarse y a caminar en dirección a la salida, con las cabezas gachas y los hombros caídos. A nadie parecían haberle quedado ganas de hablar, pero entonces se escuchó la voz de Ibero.

Víbora se dio cuenta de que era el único que no se había movido de su asiento.

—Hay otras alternativas. Los corelianos podrían estar mintiendo, o bien un tercero podría haberlos recogido, quizá agentes imperiales haciéndose pasar por corelianos, o incluso una de esas naves fletadas por las cadenas de noticias. Cualquiera sabe.

Víbora frunció el ceño, sin poderse creer que Ibero le pudiera estar haciendo esto.

—Eso es…. —*Una soberana estupidez*, pensó, pero prefirió morderse la lengua antes que discutir con su oficial ejecutivo delante de todo el mundo—. ¿A qué viene eso ahora? —preguntó en un tono tan calmado como le fue posible emplear.

—No tenemos cadáveres, ¿verdad?

—No, no los tenemos.

—En ese caso yo seguiré llamándoles desaparecidos, no muertos.

Algunos pilotos que se habían quedado de pie cerca de la salida para oír a Ibero asintieron mostrándose de acuerdo. Víbora miró fijamente al iberiano, dispuesto a ordenarle que se quedara y que se explicase, pero Ibero no se levantó ni dio muestra

alguna de que tuviera intención de irse. Viendo que ya no había nada que hacer allí, el resto de pilotos terminaron por marcharse.

Víbora esperó a que la puerta se cerrase tras el último de ellos y entonces se acercó a Ibero, sentándose en el asiento de al lado. Antes de hablar hizo un esfuerzo por controlar el enfado que sentía. Sólo lo consiguió a medias.

—¿Se puede saber qué pretendías? Sé que no te gustaba la idea, pero pensé que habíamos quedado de acuerdo en que íbamos a decirles la verdad.

—Y eso has hecho —Ibero se encogió de hombros—. Lo que he dicho yo no cambia nada. Aunque no hayamos visto los cuerpos, tenemos la certeza de que Sacart, Iceberg y Ermitaño están muertos. Es imposible que ninguno de ellos sobreviviera sin que nadie les recogiera antes de que transcurriese un máximo de seis horas desde que se eyectaron. Nadie los recogió, lo que he dicho es una chorrada, ¿o no es eso lo que ibas a decir? Todos lo sabemos, así que no seguiremos comiéndonos las uñas esperando noticias. Pero al señalar la ausencia de cadáveres, lo que he conseguido es hacerle un poco más difícil a todo el mundo pensar en nuestros compañeros como muertos, y quizá suavizar un poco esa rabia y esos deseos de venganza que nos pueden poner a todos en peligro. Piénsalo bien. Tú has hecho exactamente lo mismo al sugerir que no es completamente imposible que Torpedo se pueda recobrar en un hospital.

Víbora se detuvo a considerar aquello durante algunos momentos.

—Ésa no era mi intención al decirlo. Ni siquiera había pensado en ello desde ese punto de vista.

—Ni yo, hasta que tú me has dado la idea —Ibero sonrió con tristeza.

—Vaya, parece que hacemos un buen equipo —gruñó Víbora, sintiendo que se le pasaba el enfado. Quizá Ibero no fuera del todo desencaminado, y en cualquier caso ya estaba hecho.

—Me gustaba más el que hacíais Llamarada y tú, la verdad.

Víbora suspiró.

—Créeme, sé muy bien lo que quieres decir.



Capítulo XVI

Era su cuarto día en Nurtina, el séptimo tras la batalla, cuando Solo y Raiven recibieron la llamada de la administración del espaciopuerto de Nurtina.

Su solicitud para entrevistarse con el director había sido aceptada. Accedía a verse con ellos esa misma mañana, si podían estar en su oficina dentro de una hora. Raiven aceptó sin dudarlo, preguntándose si su suerte estaba a punto de cambiar. Para entonces Solo había organizado ya una docena de juegos de cartas con sus clientes y con el personal de tierra del espaciopuerto, pero lo único que habían sacado en claro eran los créditos. Para hacer honor a la verdad, lo justo era admitir que el piloto coreliano había conseguido amasar una pequeña fortuna a expensas de sus visitantes, seibergios en su gran mayoría. A Raiven esto le había resultado divertido al principio, pero ahora empezaba ya a impacientarse. Parecía que era él el único a quien le preocupaba la falta de resultados. Solo, por su parte, parecía estar pasándoselo mejor que un jawa con las llaves de una fábrica de construcción de androides. Raiven no podía quejarse de que no le hubieran advertido de que esto podía pasar. Antes de partir, Ibero le había mostrado cierto párrafo extraído del expediente de Solo, que el teniente de navío Dey'jaa había accedido a copiar para él. El texto decía más o menos que Solo había demostrado estar dotado de recursos para salir de cualquier situación comprometida, aunque su afición compulsiva por el juego había levantado dudas sobre si era o no digno de confianza. El servicio de Inteligencia de la Nueva República recomendaba que no se le encomendaran misiones encubiertas a no ser que fuera acompañado por un oficial superior, y que debían tomarse precauciones especiales si se debía operar en zonas en las que el juego estuviera permitido. Sólo ahora se daba cuenta Raiven de hasta qué punto era acertado el informe. El problema era que Solo era aquí el oficial superior.

Con dos de las últimas botellas de Whyren Reserva bajo sus brazos, caminando con paso ligero por la acera de ajado ferrocreto que conducía al sector de oficinas del espaciopuerto, Solo parecía encantado de la vida.

—Esta es la oportunidad que estábamos buscando, ya lo verás. Si hay alguien aquí que pueda saber algo, ése es el director en persona.

—Espero que tengas razón —respondió Raiven haciendo una mueca de fastidio. *¿Cuántas veces habré dicho eso desde que estamos aquí?*— Hasta ahora no tenemos otra cosa que chismorreos, nada que pueda servirnos para probar nada. Y ya has visto los informativos seibergios. La cosa se está calentando de veras ahí arriba.

Solo se encogió de hombros.

—Se limitan a decir lo que su audiencia quiere oír. A los seibergios no les gusta nada lo de la tregua. Lo que esperaban era que la flota coreliana nos echara a patadas del sistema, y se han quedado con las ganas.

—No que me preocupa tanto lo que dicen como lo que callan. Hemos visto considerables movimientos de tropas en el área militar del espaciopuerto.

Está pasando algo, pero las noticias ni siquiera lo mencionan.

—A lo mejor descubrimos eso también. Mira, ése ese el edificio principal.

El despacho del director está ahí, en la primera planta. ¿Recuerdas cuál es tu papel?

—¿Cómo podría olvidarlo?

Solo le echó una mirada, tomó nota de su aspecto y sonrió.

—Sí, supongo que no es fácil. Hay una cosa más. Los seibergios son desconfiados por naturaleza, ¿sabes?

—Me he dado cuenta estos días.

—Sí, ¿verdad? Bueno, pues puedes apostar a que habrá guardias armados ahí dentro, y que antes de dejarnos pasar nos escanearán de la cabeza a los pies en busca de armas ocultas.

—Me mostraré adecuadamente indignado.

—Estupendo. Y estate listo por si tenemos que recurrir a la violencia. Si algo sale mal, lo mismo tenemos que salir de ahí a las bravas.

Raiven frunció los labios.

—Yendo contigo, procuro estar siempre listo para recurrir a la violencia, para que las cosas salgan mal, y por supuesto para tener que hacer las cosas a las bravas.

Diez minutos más tarde, su mejor esperanza de encontrar lo que habían ido a buscar a Nurtina les miraba entrecerrando los ojos desde el otro lado de la mesa de madera sintética, sobre la que reposaban ya las dos botellas de Whyren Reserva junto al terminal de ordenador que ocupaba su extremo derecho.

—Así que lo que quieren saber es si tenemos trabajo para ustedes y para su nave, mercancías o pasajeros ¿es esto correcto?

—Correcto, sí —Solo sonrió educadamente al director del espaciopuerto.

El seibergio era un hombre de mediana edad y aspecto corriente, la imagen misma de un funcionario no demasiado ambicioso que había alcanzado su posición presente más por el paso de los años que por sus méritos, y sobre todo procurando no causarle problemas a sus superiores. Aunque era Solo quien llevaba la conversación, el director parecía más interesado en Raiven, quien permanecía de pie cerca de la puerta estudiando con atención las imágenes bidimensionales enmarcadas que decoraban las paredes del espacioso despacho, dándole un aspecto anticuado pero no exactamente decadente. Solo confiaba en que el seibergio no se diera cuenta de que lo que realmente estaba haciendo Raiven era vigilar la puerta.

—Seré sincero con usted. Hemos oído hablar de gente que han conseguido interesantes beneficios aquí a causa del bloqueo. Pensábamos que veníamos a hablar de negocios con usted.

—Así que va a ser sincero, ¿eh? Entonces, ¿por qué no me dice claramente qué es lo que quiere, CorSec?

—¿CorSec? —Solo puso cara de sorpresa, aunque en realidad había contado con que el directivo seibergio le tomara por un agente del Departamento de Seguridad Coreliana, o CorSec, como popularmente se les conocía. Esa era una de las posibilidades que la capitana de navío Gen'yaa había previsto, y que Solo y Raiven habían mantenido abierta en espera de que se les presentara una ocasión como ésta. Un funcionario seibergio con una cierta posición podría sentirse inclinado a contarle cosas a un policía coreliano que no le diría a nadie más, salvo quizá a un policía seibergio. Aunque a Solo se le daban bien los idiomas el seibergio no era uno de sus fuertes, lo que dejaba el papel de CorSec como mejor opción. No obstante, lo directo de la pregunta que acababa de hacerle el director del espaciopuerto le había dejado casi sin respiración, pues no cuadraba en absoluto con la idea que se había formado de él. Evidentemente, había más en ese hombre de lo que podía verse a simple vista.

—Eso es lo que he dicho. Algunos de mis subordinados le han mencionado a usted, a su Whyren Reserva y a las partidas de sabacc que organiza a bordo de su nave, y en las que su compañero nunca participa. Eso y las preguntas más o menos sutiles que va intercalando usted entre mano y mano —Solo intentó adoptar una expresión neutra, como si no supiera a dónde quería ir a parar el director, o más exactamente, como si estuviera fingiendo no saberlo. El seibergio sonrió brevemente y bajó un poco la voz—. Quería verles con mis propios ojos para estar seguro, y ahora lo estoy. Mire, usted podría haberme engañado, pero su compañero… —El hombre hizo un gesto hacia Raiven, que en ese momento les daba la espalda—. Me han dicho que ha montado un buen escándalo en la entrada principal, cuando mi personal de seguridad les ha pedido que entreguen sus blásters. ¡Por todas las estrellas, si es que lleva puestas incluso las botas reglamentarias!

Solo lanzó lo que esperaba pareciera una convincente mirada de pura ira en dirección a Raiven. Su compañero le miró con rostro perplejo, frunciendo el ceño como si no entendiera nada de nada. Era sorprendente lo bien que estaba representando su rol. El director arqueó una ceja, aparentemente divertido, y continuó.

—También me han dicho que en estos días los CorSec viajan siempre en pareja con sus enlaces imperiales, ¿es verdad?

Solo dejó escapar un gruñido de cansancio y de fastidio, golpeando sin fuerza el borde de la mesa con ambas manos, como si en ese mismo instante hubiera decidido darse por vencido.

—Puede verlo con sus propios ojos. Le dije que no se pusiera las malditas botas, pero no quiso escucharme, como de costumbre —Solo miró al otro hombre y sonrió con resignación—. Me rindo, nos ha pillado usted, aunque la verdad es que me hubiera sorprendido más que no lo hubiera hecho —La sonrisa de Solo se hizo más amplia, y el

seibergio se echó a reír. *Vale,* pensó el coreliano satisfecho. *Es el momento de enseñarle el cebo*—. Se trata del carguero que cazas de la Nueva República derribaron hace unos días. —El director se limitó a asentir una vez con la cabeza, invitando a Solo a proseguir pero sin descubrir nada.

—No estamos interesados en la nave, sino en el piloto. Tenemos razones para pensar que se trataba de un astuto y escurridizo contrabandista cuya pista llevamos siguiendo hace cosa de seis meses estándar. Con lo que tenemos sobre él le esperaban de tres a cinco años de trabajos forzados en Kessel, una vez que pudiéramos llevarlo ante un tribunal coreliano. Pero si el piloto de ese carguero era realmente nuestro hombre, bien podemos ir cancelando la orden de busca y captura que pesa sobre él y volvernos a Corellia.

—¿Tan sólo necesitan un nombre?

Solo negó con la cabeza.

—No. No es probable que el hombre del que hablamos se registrara aquí con su verdadero nombre, y su lista de alias es lo suficientemente amplia como para que pueda haber alguno que no conozcamos. Necesitamos algo más.

—¿Por ejemplo?

—Un escáner de retina sería lo ideal, pero no creo que pueda proporcionarme usted eso. Probablemente nos bastaría una grabación de voz.

Comprobaríamos el patrón con el de la ficha y con eso podríamos confirmar su identidad.

—¿Una grabación con su voz? ¿Y por qué habría yo de poder facilitarle eso?

—Vamos, hombre. Si no tiene otra cosa, seguro que puede conseguir el registro de su conversación con Control de Vuelo, bien a la llegada o bien a la partida.

El director adoptó una posición más erguida en su sillón, probablemente de forma inconsciente.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? —Solo miró al seibergio directamente a los ojos. Su reacción sugería que sabía algo sobre esa nave o su piloto. Algo que podría quedar revelado por el registro de transmisiones del espaciopuerto. *Estamos cerca del blanco*.

—No necesito mentirle —*Por supuesto que lo harás*, pensó Solo, pero dejó que el director se explicara—. Aquí nos encontramos bajo control militar.

No tengo acceso a esos registros de los que me habla, asumiendo que realmente existan. Puedo darles el nombre del piloto, o al menos el que utilizó para registrar su nave en este espaciopuerto, pero eso es todo.

—Quizá deberíamos dirigirnos directamente a las autoridades militares, identificarnos ante ellos, y decirles lo que queremos.

El seibergio se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—Pruebe si quiere. Eso sí, no puedo garantizarle que vaya a sacar nada en claro de los militares —El hombre parecía decepcionado de algún modo, casi enfadado. *Su cara es la del propietario de una pequeña tienda cuando ve que un cliente potencial se sale de*

su establecimiento sin comprar nada, anunciando en voz alta su intención de ir a mirar en la tienda de la acera de enfrente. Solo imaginaba que el salario del director no debía ser nada del otro mundo. No aquí, en Nurtina. Pero el salario fijo no era necesariamente la única fuente de ingresos para el director de un espaciopuerto. No sería el primero que se sacase un dinerillo extra agilizando trámites burocráticos para los pilotos mercantes, y mirando hacia otro lado para no ver ninguna irregularidad. Solo lo sabía bien, pues había tenido que pagar ese tipo de sobornos en su época, si no quería ver como su nave era aparcada en el hangar más lejano de la terminal de carga, o que pasaran días sin conseguir permiso para despegar. *Y después de todo se ha quedado las dos botellas sin ni siquiera pestañear.*

—Quizá no —dijo pensando tan deprisa como podía. *Lo de que están subordinados a la autoridad militar puede ser cierto. Lo que no me creo ni por un segundo es que no pueda acceder a los registros de vuelo. Si pudiera hacerle acceder al banco de datos del espaciopuerto desde aquí.*.—. Por otro lado, se suponía que debíamos llevar a cabo nuestra identificación sin revelar nuestra presencia aquí —Solo le echó otra mirada a Raiven por encima del hombro, en beneficio del director—. Tiene gracia, ¿verdad?

—Puede —respondió el seibergio, sin devolver esta vez la sonrisa de Solo. De pronto parecía sospechar—. ¿Hay alguna razón especial para esa discreción? Lo que quiero decir es que podrían haberse presentado aquí directamente, el mismo día que llegaron, decirme quiénes son y preguntar lo que me acaban de preguntar.

Solo se mordió la punta de la lengua. Su propio comentario acerca de identificarse ante los militares acababa de volverse contra él. Decidió improvisar. El coreliano apoyó los codos sobre la mesa y se acercó más al director, bajando el tono de voz como si se dispusiera a conspirar con él.

—Creemos que hay agentes de la Nueva República operando en Seibergia, y más concretamente aquí, en Nurtina. Y ahora olvide que le he dicho esto.

—Por supuesto, por supuesto —El director parecía considerablemente impresionado por la posibilidad de tener a agentes enemigos espiándole, tanto como para no poner en duda lo que acababa de oír. Solo se sintió aliviado.

—Bien, ahora, ¿podría usted darme el nombre supuesto del piloto, y todos los datos que me pueda facilitar sobre la nave y la carga que traía? Si no podemos identificar al hombre, a lo mejor sí que nos interesa la nave después de todo. Una cosa bien puede llevarnos a la otra.

El director asintió.

—Eso sí que puedo conseguírselo —Ahora fue él quien se apoyó sobre la mesa, exhibiendo una sonrisa de predador que Solo no le había visto hasta ese mismo instante. Definitivamente su primera impresión del seibergio no había estado demasiado acertada, afortunadamente para sus intereses—. ¿Cuánto interés diría usted que tienen los imperiales en esto? ¿Y el Departamento de Seguridad Coreliana?

Y yo que pensé que el tipo carecía de ambición.

—Podemos darle dos mil créditos corelianos, suponiendo que su información nos sea útil —Eso suponía una parte sustancial de los beneficios que Solo había obtenido de sus partidas de sabacc, pero sabía que de todas formas no podía quedarse con ese dinero. En el caso de que su mala conciencia no fuera estímulo suficiente para hacerle entregar hasta el último crédito al final de la misión, estaba seguro de que Raiven estaría allí para recordárselo.

—¿Dos mil? ¿Y por qué no cinco mil créditos imperiales?

Ya te tengo.

—Hey, no intente abusar de nosotros. He dicho créditos corelianos. Admitámoslo, hoy por hoy no le va a ser fácil encontrar salida a los créditos imperiales, ni aquí ni en ningún otro lugar del cúmulo. Bajo las presentes circunstancias, creo que dos mil créditos corelianos bien valen lo que cinco mil imperiales, si no más.

El seibergio se encogió de hombros.

—Ponga cuatro mil ante mis ojos y les daré lo que necesitan.

—Le pondré tres mil y con eso será suficiente, ¿de acuerdo? —Solo hizo desaparecer la sonrisa de su cara sustituyéndola por una expresión de mortal seriedad. No necesitaba fingir demasiado. Tres mil era todo lo que había ganado, incluida la cantidad que había reservado para pagar las cajas de Whyren Reserva y hacerle un favor a Gen'yaa.

—Muy bien, muy bien, CorSec. No hace falta que nos pongamos así.

Aquí somos todos amigos, ¿no?

—Por supuesto —contestó Solo sin sonreír—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. Enséñeme el dinero.

Solo sacó del bolsillo un chip de crédito y se lo entregó al codicioso seibergio. Éste lo introdujo en la ranura de su datapad personal y consultó la cifra que aparecía en la pantalla. La media sonrisa que se le escapó antes de componer de nuevo su expresión le traicionó.

—No sé. En realidad esto no es demasiado considerando…

—Es más que suficiente —dijo Raiven acercándose repentinamente hasta la mesa y apoyando ambas manos en ella—. Y sólo tendrás ese dinero si decidimos que la información lo vale, ¿está claro? —El tono amenazante y la fiera mirada de su compañero casi sobresaltaron a Solo, que sabía que estaba actuando. El director del espaciopuerto no dudó ni por un instante que eran verídicos. Solo se dio cuenta de que la mano que había utilizado para coger el chip de crédito no volvía a la mesa. Quizá tenía un botón de alarma bajo el tablero, o incluso un arma. Solo se preparó para abalanzarse sobre la garganta del seibergio a la primera señal de movimiento en ese brazo.

—Está claro —dijo el seibergio en tono conciliador—. Siempre me he considerado un *ciudadano* leal —El modo en el que había pronunciado la palabra «ciudadano» y el guiño dirigido a Raiven sugería que había querido decir ciudadano *imperial*, pero eso no le ganó las simpatías del supuesto agente del Imperio.

—Los datos —dijo Raiven lacónico sin dejar de mirarle.

—Le imprimiré lo que tenga —respondió el seibergio, al tiempo que hacía girar el sillón para orientarlo hacia el anticuado terminal de ordenador y el aún más obsoleto teclado. Solo se apoyó discretamente en la esquina contraria de la mesa de forma que pudiera vislumbrar qué estaba haciendo el director. Al comprobar que, efectivamente, estaba entrando en el sistema de datos y no llamando a los de seguridad, se tranquilizó un poco— Transferiría los datos a sus datapads —estaba diciendo el seibergio— pero eso quedaría registrado, ya saben. Va contra las regulaciones y podría…

—Muy bien —dijo Raiven interrumpiéndole—. Déjeme ver eso —dijo a la vez que rodeaba la mesa para situarse de pie a espaldas del director, mirando a la pantalla por encima de su cabeza. Solo pudo ver el menú principal de la base de datos de administración del espaciopuerto. Estaba dentro. El director miró a Raiven, sorprendido de encontrárselo allí, pero el pretendido oficial imperial no le prestó atención, concentrado como estaba mirando los contenidos que iban apareciendo sobre la pantalla. Al director se le vio incómodo durante unos instantes, pero después pareció decidir que no había nada de malo en dejarle al imperial que echara un vistazo por sí mismo. *Aún tienes que ganarte los tres mil créditos corelianos*— pensó Solo como si con ello pudiera hacérselo pensar también al seibergio. El propio Raiven recogió la primera hoja de sintpapel antes de que el dispositivo de impresión incorporado en el terminal terminara de expulsarla. Solo se encogió de hombros mirando al director, como si se excusara por los modales de su enlace imperial.

—Eso es —dijo Raiven plantando un dedo en la pantalla—. Imprímame eso.

El director asintió y seleccionó el elemento de información que le estaba indicando. Las hojas impresas seguían saliendo, pero a diferencia de la primera, que tenía sujeta en la mano, Raiven dejó que las demás cayeran en la bandeja. Con total naturalidad, apoyó la otra mano sobre el respaldo del sillón del director.

—Así que hizo que le diagnosticaran el rendimiento de los motores, ¿eh? Quiero los resultados. —El seibergio comenzó a obedecer, pero entonces Raiven movió su mano del sillón al cuello del director y presionó. El hombre se desplomó con un suspiro.

Sin pronunciar una palabra, Solo se levantó y se reunió con Raiven al otro lado de la mesa. Cogiendo al director por las axilas lo dejó en el suelo sin miramientos. Raiven se guardó en un bolsillo el minúsculo dosificador de droga que había mantenido oculto en la mano y se sentó frente al terminal de ordenador. El programa y la propia base de datos eran fáciles de manejar: se basaban en las mismas especificaciones básicas que los utilizados en muchas instalaciones imperiales con cuyos sistemas de información había trabajado en su día.

—Y decía que no tenía acceso. Está todo aquí, aunque necesitaré algo de tiempo para encontrar lo que necesitamos. Hay muchísima información.

—Descárgatelo todo tan deprisa como puedas —dijo Solo mientras inspeccionaba la parte posterior de la mesa y los cajones de debajo—. Ya lo revisaremos todo después — Tal y como sospechaba, había un bláster en el espacio que quedaba entre el tablero de la mesa y el primero de los cajones, y también un panel de control con la tapa desplazada

hacia arriba. Solo miró alrededor—. Tiene que haber cámaras ocultas en el despacho. Estoy seguro de que se pueden activar y desactivar desde aquí.

—¿Crees que nos pueden estar observando? —preguntó Raiven alarmado. Sin esperar respuesta conectó su datapad de alta capacidad a un puerto del terminal y empezó a transferir terabytes de datos sin verificar.

—No. Estoy convencido de que nuestro amigo las desactivó cuando llegamos o poco después. Si se disponía a aceptar un soborno no creo que le apeteciera dejarlo grabado. Pero alguien podría darse cuenta de que las cámaras no están funcionando, que muestran un ciclo pregrabado, o lo que sea. O uno de los guardias podría pasarse por aquí por cualquier motivo. Más vale que te des prisa.

—Ya está, ya está —dijo Raiven desconectando el datapad y abandonando el sistema, aunque dejó el terminal encendido tal y como lo tenía el director. También recogió todas las hojas impresas que había sobre la bandeja—. Ayúdame a ponerlo otra vez en la silla. Si alguien asoma la cabeza por la puerta puede pensar que se está echando una siesta, o en el peor de los casos que se ha desmayado. Hasta que se den cuenta de lo que ha pasado realmente ganaremos un poco de tiempo.

—Buena idea —Solo se fijó en que el datapad del director seguía sobre la mesa—. Voy a recuperar también el chip de crédito. Este golfo no se merece…

¡Ah, maldito canalla!

—¿Qué pasa?

—¡Que ya ha transferido todo el dinero a su cuenta!

—Déjale que se lo quede. Ahora vámonos de aquí.

—El bastardo. El sucio y tramposo bastardo…

Salieron caminando con calma y conversando casualmente. Los pocos miembros del personal administrativo del espaciopuerto con los que se cruzaron no les dirigieron una segunda mirada, acostumbrados a ver a pilotos y a comerciantes forasteros deambulando por los pasillos. Al llegar a la entrada principal, los guardias les devolvieron los blásters sin hacerles preguntas. Solo y Raiven se encaminaron hacia la zona de hangares, alejándose de las oficinas y acercándose más a su nave con cada paso que daban.

—Casi no puedo creerme que esto haya resultado tan fácil después de todo —dijo Solo, de nuevo feliz y animado a pesar de su retorno a la pobreza.

—Calla, ni siquiera lo pienses. Aún no estamos fuera.

Evitaron ceder al impulso de echarse a correr hasta que escucharon el sonido estridente de una alarma. El hangar asignado al *Mercader Nómada* estaba apenas a quinientos metros frente a ellos. Raiven giró la cabeza en todas direcciones escudriñando los alrededores, y después alzó la vista hacia el cielo. Nada. Esa alarma podía significar cualquier cosa, un accidente, un pequeño incendio, algún tipo de simulacro. Pero no había sobrevivido a un turno de servicio de un año pilotando un TIE sin escudos ignorando su sentido del peligro. Tras intercambiar una brevísima mirada con Solo, ambos comenzaron a correr.

Raiven desenfundó el bláster cuando habían cubierto la mitad de la distancia que los separaba del hangar. Con el rabillo del ojo vio que Solo ya tenía su arma en la mano. Cien metros más. Raiven sintió un aguijonazo de dolor en el costado. Pasar demasiado tiempo a bordo de naves espaciales no era muy adecuado para mantener una buena forma física. Le costaba respirar.

Raiven se prometió a sí mismo que si salían de ésta visitaría mucho más a menudo el gimnasio del *Guarida del Lobo*. Casi habían alcanzado las puertas a medio abrir del hangar cuando escucharon una voz dándoles el alto a su derecha. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia delante mientras abría fuego en la dirección de la que había venido la orden, prácticamente sin mirar. Cayó de mala manera golpeándose en el pecho y en el estómago, resbalando aún un par de metros antes de detenerse del todo, afortunadamente dentro ya del hangar. Una ráfaga de láser rebotó detrás suya tras estrellarse contra la sección expuesta de la puerta. Cuando intentó levantarse, Raiven descubrió que la caída le había dejado sin respiración. Solo le ayudó a ponerse de pie y juntos continuaron su carrera hacia la rampa de acceso al carguero. Solo tropezó al cruzar la compuerta y cayó de rodillas, fallando en su intento de golpear el botón para levantar la rampa. Raiven se estiró sobre él y consiguió pulsarlo justo a tiempo. El ruido de los disparos golpeando la rampa desde fuera hizo que el corazón se le acelerara más aún, aunque por suerte ninguno de los rayos llegó a colarse por la abertura antes de que la rampa se cerrara del todo y la compuerta quedara sellada.

Los dos pilotos llegaron a la cabina al mismo tiempo. Con la frente cubierta de sudor, Solo se dejó caer sobre el asiento delantero, activó los sistemas principales del *Mercader Nómada* y conectó los repulsores. Raiven levantó los escudos mientras el YT-2100 comenzaba a flotar a medio metro del suelo, orientado ya hacia la salida. Allí, media docena de guardias les disparaban con sus blásters. Los rayos rebotaban contra los escudos sin causar daños, a metro y medio por delante del panel visor frontal. Raiven puso en marcha los motores sublumínicos a la vez que Solo activaba los sistemas de armamento. El coreliano apretó el gatillo oculto tras los mandos. Los guardias se lanzaron al suelo cuando los cañones delanteros del *Mercader Nómada* cobraron vida. Algunos de los seibergios consiguieron quitarse de en medio antes de que las puertas del hangar saltaran por los aires, otros no fueron lo suficientemente rápidos. Solo empujó la palanca de selección de potencia un cuarto hacia delante. Los restos en llamas de las puertas cayeron a su alrededor mientras el carguero salía del hangar. Un instante después, Raiven se encontró aplastado contra el respaldo de su asiento cuando Solo empujó la palanca hasta el final. El huracán de gases ionizados expulsado por las toberas arrasó el interior del hangar que acababan de abandonar, entre los gritos de los guardias seibergios que no habían conseguido ponerse a cubierto. El YT-2100 ganó velocidad enseguida, pero Solo no tiró de los mandos para hacerlo subir.

En lugar de eso lo mantuvo volando paralelo a pocos metros del suelo, maniobrando para esquivar los edificios del espaciopuerto. Raiven tenía la certeza de que no escaparían fácilmente de Seibergia. Los sensores mostraban ya en las pantallas a media docena de

cazas despegando en su persecución desde el área militar del espaciopuerto. Sin decir una palabra se levantó y corrió a ocupar el puesto de artillero superior.

—Batería cuádruple armada y lista —transmitió a través del intercomunicador, terminando de ajustarse los pequeños auriculares. El ritmo de su respiración había vuelto casi a la normalidad, pero no podía decirse lo mismo de los latidos de su corazón—. ¿Cómo lo ves?

—Mal. Esta nave es rápida, pero ni mucho menos tanto como los cazas TIE que vienen a por nosotros. Si intentamos ascender nos convertiremos en un blanco perfecto. Nuestra única oportunidad es mantenernos cerca del suelo.

—De ese modo tampoco los perderemos.

—No, pero al menos te daré la ocasión de encenderles la panza a uno o dos de ellos si insisten en pegársenos demasiado. Eso les dará algo en lo que pensar.

—Pero no tardarán en unírseles más cazas. Tío, nuestras probabilidades tienden a cero.

—¡No me hables de probabilidades! ¿Es que no has aprendido nada sobre nosotros los corelianos?

Una vez más a bordo del *Primer Ciudadano*, la consejera Leia Organa se dejó conducir a la a estas alturas más que conocida sala de reuniones.

Oculto bajo su túnica poco ceñida, llevaba el sable láser que le había dado su hermano. Apenas había empezado a entrenarse en su uso, y eso sólo a causa de la insistencia de Luke. Hubiera preferido ir armada con un bláster corriente, a los que estaba infinitamente más acostumbrada, pero el sable de los Jedi tenía una virtud de la que carecían las armas de fuego: era indetectable para la mayoría de los escáners de seguridad. Esta vez la acompañaba Invierno, caminando muy cerca a su izquierda mientras recorría con la mirada hasta el último detalle de los corredores por los que atravesaban, memorizándolos por si tenían que salir de allí por las malas. Sus manos eran todas las armas que su guardaespaldas, consejera y amiga necesitaba.

Ésta era la primera vez que Leia corría el riesgo de subir armada a bordo de la nave insignia de la flota coreliana. Invierno había insistido especialmente en que lo hiciera, y Leia siempre se tomaba muy en serio sus consejos. Aunque seguía reuniéndose a diario con el almirante Sellman, lo cierto era que las negociaciones estaban rotas desde que surgieron las sospechas acerca del inicio de una posible invasión de la Región Balania por parte del ejército seibergio. Los corelianos habían hecho todo lo posible por impedirles confirmar o descartar esas sospechas, pero esa misma oposición venía a confirmar de alguna manera que todo era verdad. ¿Por qué si no habrían empezado las autoridades seibergias a denegar sistemáticamente las solicitudes la entrada en el planeta a los reporteros civiles, prohibición en la que estaban colaborando los propios corelianos al impedir que los periodistas alojados en sus naves pudieran abandonarlas ahora,

argumentando razones de seguridad? Aquellos que ya se encontraban allí eran mantenidos bajo vigilancia, cuando no confinados en sus hoteles, y la amenaza de detención y encarcelamiento pesaba sobre cualquiera que osase violar la prohibición expresa de visitar la Región Balania, incluyendo la ciudad ocupada de Nurtina. Se rumoreaba que varios enviados especiales habían sido ya arrestados de hecho, al ser sorprendidos en las cercanías de las fronteras. Los gobiernos de una docena de mundos habían protestado ya oficialmente ante esta situación, pero eso era todo lo que se había conseguido hasta ahora con la idea de involucrar aún más a la prensa en la crisis. Leia lo había consultado con Mon Mothma, pero la presidente en funciones de la Nueva República se había limitado a decirle que hiciera aquello que considerase más conveniente. Leia tenía que esforzarse para que no se le notara en la cara el dolor que sentía por dentro, aunque no se tratase de un dolor físico. Resultaba muy duro para ella, una alderaana educada para creer en la paz por encima de todo, ver acercarse el momento en el que una declaración de guerra resultase ser la mejor acción posible. Como diplomática aquello era sin duda el peor de los fracasos, pero la verdad era que se estaba quedando sin alternativas. No podía continuar permitiendo que se masacrara y se forzara al exilio a la minoría balania de Seibergia.

Hoy Leia no venía a negociar. Venía a presentarle un ultimátum a los corelianos.

Invierno temía que si las cosas llegaban tan lejos, no se podía descartar que el almirante Sellman decidiera retener a Leia a bordo del *Primer Ciudadano* en contra de su voluntad, bajo la pretensión de seguir con las conversaciones.

Eso, teóricamente al menos, retrasaría los movimientos de la Nueva República mientras el vicealmirante Sinessis no tuviera la certeza de que Leia no seguía allí porque realmente estuviera intentando alcanzar un acuerdo. Incluso entonces, cuando no quedara ninguna duda de que se había convertido en rehén de los corelianos, el vicealmirante se vería obligado a extremar la prudencia en sus decisiones para no arriesgar la vida de un miembro del Consejo Provisional. A Leia le costaba creer que el almirante Sellman, a quien tenía por hombre de honor, pudiera caer tan bajo, pero no podía decir lo mismo del Diktat Francmonde. Con el fin de evitar que los corelianos pudieran utilizarla de ese modo, le había dado órdenes al vicealmirante Sinessis para que procediera según el peor de los escenarios previstos en un plazo máximo de treinta horas estándar, estuviera ella o no de vuelta a borde del *Libertador*. El sable láser que llevaba consigo serviría para darle al menos una oportunidad de escapar, en el caso de que los temores de Invierno terminaran convirtiéndose en realidad. Leia contaba más con el efecto psicológico del arma —el pueblo coreliano siempre había demostrado el mayor de los respetos hacia los caballeros Jedi, al menos hasta que el Emperador Palpatine empezó a asesinarlos a ellos y a cualquiera que les ofreciera cobijo— que en su habilidad real para emplearla.

Invierno se había mostrado en contra de que se trasladara una vez más al *Primer Ciudadano,* insistiendo en que sería una imprudencia ponerse en manos del enemigo de esa forma, pero éste era un mensaje que Leia no podía transmitir por holograma. Necesitaba mirar a Sellman a los ojos y percibir lo que sentía. Ése era el único modo de

saber qué podía esperar de él una vez que le hubiera dicho lo que pensaba decirle. Incapaz de convencerla, Invierno se había empeñado entonces en acompañarla, sin que las protestas de Leia le hicieran cambiar de parecer. Si era cierto que las dos se parecían bastante en su aspecto físico, aún se parecían más en la tozudez que mostraban una vez que habían tomado una decisión. Ahora que se encontraba aquí, rodeada de soldados armados hasta los dientes, Leia no podía negarse a sí misma que se alegraba de tener a Invierno a su lado.

El almirante Sellman no les saludó cuando entraron en la sala de reuniones, lo que ya de por sí resultaba bastante extraño dados los exquisitos modales de los que había hecho gala hasta la fecha. Toda su atención parecía centrada en un oficial que le estaba comunicando algo en voz baja. Por su expresión, cada vez más nublada, Leia se dio cuenta de cómo aumentaba la tensión en el militar coreliano. A través de la Fuerza lo percibió con muchísima más claridad.

—Pensé que habíamos dejado bien claro este punto, consejera —dijo Sellman volviéndose hacia ella—. Ninguna de sus naves iba a volver a violar el espacio seibergio.

¿Qué?

—Lo lamento, pero no sé cuál es el problema, almirante. Mis órdenes fueron tajantes. Estoy completamente segura de que ninguna ha abandonado la flota.

—¿De veras? Pues parece que una sí que lo ha hecho, aunque sin duda su intención era que no nos diéramos cuenta. En estos momentos cazas seibergios se encuentran persiguiendo a un transporte armado que ha despegado sin permiso del espaciopuerto de Nurtina, causando varios heridos de consideración entre el personal de seguridad, además de daños muy graves en el hangar en el que se hallaba alojado. Hemos verificado los datos que nos han enviado las autoridades. Esa nave cruzó nuestras líneas hace cuatro días, haciéndose pasar por comerciantes corelianos. En realidad se trataba de espías, de saboteadores, o de ambas cosas a la vez. ¿Pretende realmente que me crea que no sabe usted nada de esto?

Los hombres de la capitán de navío Gen'yaa, tenía que habérmelo imaginado. Invierno no movió un músculo, pero Leia sabía que estaba preparada para actuar. Los dos guardias que las habían escoltado hasta la sala de reuniones estaban a su espalda, interponiéndose entre ellas y la única salida. Se preguntó si sería capaz de sacar y activar su sable láser lo suficientemente rápido, contando con que Invierno les distrajera. *No, Leia, no.*

Luchar es la última opción. Intenta primero usar las palabras, eso es lo que mejor sabes hacer. Leia pensó a toda velocidad. Lo más fácil, le gustara o no, sería mentir y negar cualquier conocimiento sobre esa nave y sus ocupantes.

Hasta ahora siempre había jugado limpio con el almirante Sellman, y él lo sabía. Tendría que concederle al menos el beneficio de la duda. Por otro lado, ¿y si esos pilotos habían tenido éxito en su misión? En esa nave podía encontrarse la prueba que resolviera esta crisis de una vez por todas, pero si resultaba capturada o derribada estarían mucho peor que antes…

Leia respiró hondo y asintió lentamente.

—Tiene usted razón, almirante. Se trata probablemente de agentes de la Nueva República. Fueron enviados para investigar la verdad acerca de la destrucción de la nave civil en la que viajaban los refugiados balanios.

—Sus cazas la derribaron. Esa es la única verdad.

—No, no la única. Pensamos que lo que sucedió fue el resultado de una trampa, tendida precisamente con el objetivo de precipitar la intervención de Corellia en el conflicto. Sospechamos que…

—No quiero escuchar sus sospechas, consejera. Ese carguero no va a conseguir escapar de Seibergia, y si cualquiera de sus naves interviene en su ayuda, violando una vez más los términos de nuestro acuerdo, consideraremos rota la tregua y reabiertas las hostilidades.

Leia tuvo que esforzarse para mantener la compostura frente al airado coreliano. Había demasiado en juego como para no seguir intentándolo.

—Sabe usted tan bien como yo que ninguna de nuestras patrullas de cazas está lo suficientemente cerca de Seibergia como para hacer nada. Por favor, almirante. En beneficio de la verdad, y de la paz que esa verdad puede traer consigo, he de pedirle que se ponga en contacto con las autoridades seibergias y les diga que dejen partir al carguero. Que después lo intercepten sus naves, cuando salga de la atmósfera, y yo personalmente ordenaré a sus tripulantes que le entreguen toda la información que hayan podido obtener con el fin de que sus expertos puedan analizarla. En sus manos puede estar el encontrarle una salida a este conflicto.

—No haré nada de eso, consejera Organa. Si desea intentar contactar con sus espías para ordenarles que se entreguen a los seibergios, le permitiré utilizar las comunicaciones de esta nave. Eso es lo único que obtendrá de mí, si lo quiere.

—Los seibergios destruirían cualquier prueba que pueda encontrase a bordo de esa nave. Usted lo sabe muy bien.

—¡Basta ya, consejera! Lo mejor será que usted y su acompañante regresen a su lanzadera ahora mismo, antes de que me ordenen otra cosa.

Leia sostuvo la mirada de Sellman sin decir nada durante algunos instantes. A pesar de lo crítico de la situación y también del hecho de que, a sus ojos, Leia había traicionado su palabra, el almirante seguía mostrándose honorable al ofrecerle la oportunidad de marcharse por donde había venido.

Ella no podía olvidar su gesto al acceder a que sus transportes reabastecieran los campos de refugiados de la Nueva República, y al evacuar al doctor ithoriano a esta misma nave. Y sin embargo se negaba a admitir que el presidente Somolovich y su gobierno pudiera ser responsable de estar llevando a cabo, o al menos de estar apoyando, una operación de limpieza étnica contra la población balania de su planeta. Sólo quedaba una cosa ya por hacer, aunque Leia había trabajado sin descanso durante la última semana por evitar que llegara ese momento.

—Me marcharé, almirante, si es que aún me permite que lo haga después de lo que voy a decirle. Mi misión al venir aquí hoy no era otra que la de advertirle. Dígale al Diktat Francmonde que, con o sin su consentimiento, en las próximas treinta horas vamos a enviar naves de reconocimiento para verificar si el ejército seibergio ha entrado en la Región Balania como creemos.

Si esta sospecha resulta confirmada, la Nueva República se mantendrá fiel a su compromiso. Defenderemos al pueblo balanio con todos los medios a nuestra disposición. En esas treinta horas tendrán ustedes que decidir si trabajamos juntos o si luchamos los unos contra los otros como enemigos declarados, y elegir por tanto entre seguir siendo independientes o convertirse en siervos del emperador Pestage.

El almirante enrojeció violentamente, al tiempo que se le tensaban los músculos del cuello y de la cara y su mirada se volvía de fuego, pero no obstante consiguió que su tono de voz siguiera siendo firme y controlado. Eso y la determinación que percibió en él a través de la Fuerza, fueron lo que convencieron a Leia que ninguna de sus palabras era dicha a la ligera, o provocada por la ira.

—Ahora seré yo quien le advierta a usted, consejera. Esto es lo que puede decirle de mi parte y también de parte del Diktat a su presidente Mon Mothma. En el momento en que la primera de sus naves intente cruzar los límites en torno a Seibergia que establecimos en nuestro anterior acuerdo, los mundos corelianos y la Nueva República estarán definitivamente en guerra. Ahora, por favor, abandone esta nave. Ya.

Tras mirarle a los ojos por última vez, Leia le dio la espalda al almirante Sellman y salió de la sala de reuniones seguida por Invierno, que en todo el tiempo que habían pasado allí no había dicho ni una sola palabra. Ahora sabía lo que necesitaba saber. No había confusión posible en lo que había sentido en la Fuerza. Sellman cumpliría su palabra también en esto, y con esa certeza se desvaneció la última esperanza de Leia de encontrar un resquicio en la férrea resolución del coreliano. Lo único que podía ya dirimir el resultado del conflicto era la potencia de fuego de las naves de guerra de ambas flotas. Eso y los dos pilotos de Gen'yaa, los cuales podían o no llevar consigo la única llave para mantener callados los cañones láser. Dos hombres que en esos momentos podían estar a punto de morir, y con ellos la última posibilidad de prevenir una tragedia. La respiración de Leia estaba aún acelerada, al igual que su corazón, que hacía latir la sangre en sus sienes. El sonido de las botas de los infantes de marina corelianos que las escoltaban levantaba ecos a lo largo del pasillo por el que todos caminaban con paso ligero, mientras las sombras amenazadoras de los rifles bláster que llevaban apoyados sobre sus hombros iban moviéndose, hacia delante y hacia atrás, a medida que las rosetas de iluminación instaladas en el techo iban pasando sobre sus cabezas, una tras otra. *Que la Fuerza ayude a esos dos pilotos a escapar*, pensó Leia, deseando que fuera cierto con todas sus fuerzas. *Que hayan encontrado lo que con tanta urgencia necesitamos. Que esta galaxia no se convierta en un lugar aún peor por algo que hicimos, o por algo que dejamos de hacer.*

Tan pronto como dejaron atrás Nurtina, Solo lanzó la nave en un errático curso hacia las áreas rurales de la Región Balania. En los breves instantes de los que dispuso para tomar la decisión, estimó que las posibilidades de toparse con una batería de misiles seibergia sería menor que si se adentraba en el continente o incluso hacia el océano. Además, el terreno montañoso debería proporcionarle obstáculos naturales entre los que maniobrar para no ofrecer un blanco fácil a sus perseguidores. Una vez sobre las montañas trataría de despistar a los seibergios. La gruesa capa nubosa que se cernía sobre las afiladas cumbres le daría aunque sólo fuera una oportunidad de escabullirse, aunque las nubes no engañarían a los sensores del enemigo. Todo eso era la teoría. La realidad estaba demostrando ser mucho más complicada, tanto que Solo estaba empezando a pensar que no iban a conseguirlo.

Para empezar, apenas podía distinguir detalle alguno del terreno que estaban sobrevolando. Todo lo veía emborronado por efecto de la velocidad casi suicida a la que volaba el *Mercader Nómada*. Solo se veía incapaz de planificar por adelantado su siguiente movimiento, encontrándose limitado a pilotar por puro instinto, reaccionando siempre en el último momento antes de estrellar la nave contra las copas de los árboles, las rocas, o las cada vez más escasas construcciones humanas. Esto ya sería bastante difícil si se encontrara a los mandos de un ala-X o incluso un ala-A. Tratándose de un carguero, incluso uno tan maniobrable como era el YT-2100, Solo era plenamente consciente de que estaba jugando con la muerte. Y sin embargo no se atrevía ni a reducir la velocidad ni a ganar altitud. Eso era justo lo que los pilotos de caza seibergios que les perseguían estaban esperando, pero él estaba decidido a no concederles ventaja alguna. No quería ni pensar siquiera en lo que sucedería si cometía un error al calcular la distancia respecto a uno cualquiera de los accidentes del terreno entre los cuales zigzagueaba constantemente para no exponerse al fuego de los TIE. Si la nave se rozaba apenas con algo a esta velocidad, ni siquiera los escudos de un crucero bastarían para salvarles.

—¿Sabes qué? —escuchó decir a Raiven a través de los auriculares—. ¡Estos tíos están tan seguros de que nos vamos a estrellar que apenas se molestan en dispararnos!

—Ya —Solo estaba tan concentrado en el pilotaje que a duras penas podía pensar en construir una frase con la que contestar a su compañero—. ¿Le has dado a alguno?

—Negativo. Sería un milagro si lo consiguiese. Con los bandazos que estás dando no sólo no puedo centrarlos en mi retícula de tiro, sino que estoy a punto de vomitar el desayuno, con o sin compensador inercial.

—¡Mejor, ellos estarán igual!

Como si tratara de contradecir ese último comentario, el *Mercader Nómada* se sacudió de proa a popa al ser alcanzado por una descarga láser en la parte superior derecha del casco. Aunque los escudos consiguieron absorber la mayor parte, Solo estuvo a punto de perder el control de la nave. El piloto coreliano se estremeció de forma

involuntaria. *No vamos a ninguna parte. Más pronto o más tarde fallaré al intentar esquivar una de estas rocas, o bien los seibergios conseguirán derribarnos*. El sonido de la batería láser cuádruple superior llegó hasta sus oídos, haciéndole saber que Raiven hacía lo que podía por mantener a raya a los cazas enemigos.

—¿Se puede saber qué pretendes? —exclamó su compañero—. ¡No vueles sobre áreas despejadas, que estos tíos nos van a freír!

—¡Ja! ¡Te buscaré una montaña!

—No, espera, intenta mantenerlo nivelado un segundo… —De nuevo se escuchó el sonido de los cuatro láseres, seguidos esta vez por el grito triunfante de Raiven—. ¡Sí! ¡He arrugado a uno, se marcha!

—¿Cuántos quedan? —Para Solo, desviar la mirada para echar un simple vistazo a las pantallas sensoras se había convertido en un riesgo demasiado alto.

—Hay todo un escuadrón ahí fuera, pero sólo nos atacan cuatro. El resto se mantienen volando sobre nuestras cabezas, así que no intentes ascend…

La nave fue sacudida por un nuevo impacto. En alguna parte de la cabina empezó a sonar una alarma.

—¡Compensando escudos! —gritó Solo—. ¿Qué pasa?

—¡No ha sido culpa mía! —Solo escuchaba las baterías disparando incesantemente—. Se están volviendo más atrevidos cada vez. ¿No puedes volar un poco más bajo?

—¡No! —Al estar en la torreta superior, mirando hacia arriba la mayor parte del tiempo, Raiven no podía ver lo cerca del suelo que estaban ya, pero Solo no podía permitirse perder el tiempo en explicárselo. La huida se volvía más peligrosa y desesperada a cada momento que pasaba. Con la proximidad de las montañas, el terreno era cada vez más y más accidentado. Eso era precisamente lo que había ido buscando cuando decidió poner rumbo hacia el interior de la Región Balania, pero ahora no estaba tan seguro de que hubiese sido una buena idea. En un momento dado, la tierra sobre la que volaban apareció cubierta de nieve, y de ahí en adelante se hizo mucho más difícil para Solo distinguir los obstáculos que se encontraban frente a él. Todo era del mismo e indiferenciable color blanco. Esa monotonía cromática era rota por los rayos láser de color verde que les disparaban los cazas TIE, que se disputaban una posición a sus seis en punto. Solo vio pasar una nueva ráfaga por encima de la cabina que levantó géisers de nieve evaporada trescientos metros por delante de él, formando una nube de vapor que el YT-2100 atravesó milésimas de segundos después. Durante un instante terrorífico no pudo ver nada de nada. El piloto coreliano apretó los dientes. *Incluso si fuera capaz de seguir volando así indefinidamente, ¿cómo narices voy a despistar a los seibergios?*

No hay suficientes nubes y además están demasiado altas. Si intento subir nos derriban seguro. Maldita sea.. . Al otro lado de una colina se encontró de repente con una pequeña aldea cuyas casas llenaban por completo los paneles visores. Solo chilló espantado al tiempo que hacía rotar al carguero alrededor de su eje para evitar chocar contra uno de los edificios más altos, y entonces se vio obligado a contrarrestar la

maniobra con mayor brusquedad aún para no golpear los árboles que había al otro lado de las casas.

—¡¡¡Por todos los…!!! Solo, ¿puedes rotar la nave otra vez para que pueda echar un vistazo a nuestras tres en punto?

¡Estamos a punto de palmarla y éste quiere ver el paisaje! pensó Solo mientras giraba los controles hacia la derecha como Raiven le había pedido.

—¡Vale, vale! ¡Ahora vira noventa grados a babor, deprisa!

—¿Qué pasa? —Solo pisó de golpe el pedal izquierdo y giró los controles hacia ese mismo lado al tiempo que tiraba de ellos para efectuar un giro lo más cerrado posible, tanto para esquivar los lásers de sus perseguidores como para huir lo más aprisa posible de lo que fuera que Raiven había visto.

—¡Caminantes! He visto varios, la mayoría AT-ST, pero también AT-AT, apoyados por tanques repulsores y unidades de infantería.

—¿Una invasión?

—Eso es lo que parecía… Espera… ¡¡¡CUIDADO!!!

Solo escuchó el sonido terrible de una explosión viniendo de algún lugar a su espalda, enmudeciendo momentáneamente el sonido de las baterías láser manejadas por Raiven. El *Mercader Nómada* se desplazó violentamente hacia su lado de estribor como si algo muy grande le hubiera golpeado por detrás y a babor. Por un brevísimo instante Solo vio una lengua de fuego trazando un arco por debajo de la nave, mientras aferraba los mandos con ambas manos peleando con ellos para no perder altitud. Raiven empezó a gritar ensordeciéndole casi. Cuando miró hacia su derecha, Solo se encontró gritando también. Estaban a punto de estrellarse contra el muro rocoso de un barranco a escasos cincuenta metros de ellos. Con una brusca inclinación de los mandos en sentido contrario, obligó la nave a girar la panza en dirección al barranco entre el aullido de las toberas de maniobra. De un manotazo activó los repulsores gravitatorios y los puso a plena potencia. El *Mercader Nómada* rebotó salvajemente alejándose del barranco sin llegar a tocarlo por apenas tres o cuatro metros. Luchando contra la intensa sensación de náusea que le causó la violencia de la maniobra, que llegó incluso a oscurecerle la visión por un instante, el piloto coreliano desconectó los repulsores y la nave recobró la posición horizontal al suelo.

Enseguida lo sintió, algo iba mal. Varias luces rojas se iluminaron en el panel de control, pero él no las vio. Tampoco las necesitaba para saber que el motor de babor estaba fallando. Por los auriculares le llegó un sonido ahogado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¡Que acabo de vomitar, maldita sea!

—¡Quiero decir hace un momento, lo que nos ha golpeado!

—Uno de los TIE. Apareció de la nada y nos alcanzó en el lado de babor. Yo disparé y conseguí acertarle de casualidad, y él se hizo pedazos a menos de diez metros de nosotros. Varios de los trozos… —Raiven se calló por un momento y el bramido de su lásers volvió a escucharse, mientras los disparos de respuesta de uno o más de los TIE

pasaban zumbando a ambos lados de la nave—. Solo, estamos echando humo… ¡Sí, veo el fuego! Tiene que ser el motor, ¿puedes hacer algo?

Solo sacudió la cabeza de pura desesperación, aunque Raiven no pudiera ver el gesto. No era imposible que los extintores automáticos consiguieran apagar el fuego por sí solos, pero con un solo motor funcionando no llegarían muy lejos. La nave herida se bamboleaba de un lado a otro, no del todo debido a los continuos cambios de dirección a los que Solo la obligaba.

Las primeras montañas estaban ya muy cerca, justo al frente, y sobre ellas la capa de nubes se espesaba por fin al tiempo que se oscurecía. Por desgracia el plan original ya no servía: en este estado jamás llegarían enteros al espacio.

A la izquierda tenían un gran bosque, a la derecha el ejército seibergio, detrás a los TIE que no dejaban de acosarlos ni un segundo, buscando rematar la presa. La única opción parecía ser la rendición, a no ser que…

—¡Raiven, agárrate! ¡Voy a intentar hacer un aterrizaje forzoso!

—¿Estás de broma? ¿Dónde?

—¡En el bosque, a babor!

—¿QUÉ?

—¡Calla y sigue disparando!

Solo no se lo pensó dos veces. Apuntó el morro del carguero hacia el horizonte verde y blanco e ignoró por completo a los instrumentos. Se fiaba más de sus propios sentidos y reflejos para llevar a cabo lo que se proponía. El motor de babor renqueaba peligrosamente, pero con incendio o sin él ahora no podía permitirse apagarlo, a pesar de que corría el riesgo de que terminara explotando. Las constantes caídas de potencia en ese lado le obligaban a realizar continuos ajustes en el rumbo, pero eso no era demasiado difícil comparado con lo que llevaba haciendo desde que despegaron de Nurtina. El zumbido de las toberas de maniobra, completamente desacopladas, y el rugido incesante de los lásers de la torreta superior se unían a los crujidos del castigado casco y a los ocasionales impactos conseguidos por los pilotos enemigos, pero Solo alejó todo eso de su mente. Sin apartar los ojos ni por un solo instante del cada vez más próximo bosque, bloqueó los lásers de la torreta inferior en la posición de cero grados, es decir, apuntando justo hacia el frente, y enlazó el mecanismo de disparo con el de los cañones delanteros de manera que las seis armas abrieran fuego a la vez con una única presión del gatillo.

Después puso su mano derecha sobre las palancas de potencia y esperó unos cuantos segundos. Cuando calculó que no estaba a más de cinco kilómetros de su blanco tiró de ambas palancas hacia atrás más allá de la posición de punto muerto, invirtiendo de golpe el flujo de salida de los motores. Los enormes árboles ocupaban ahora todo el panel frontal y parte de los laterales. La súbita deceleración le llevó al borde mismo de la pérdida de consciencia, mientras el atalaje de seguridad se tensaba en torno a su cuerpo y el compensador inercial hacía todo lo posible por equilibrar las fuerzas gravitatorias en el interior de la nave. Solo apretó los dientes sintiendo como si el estómago se le fuera a salir por la boca, de nuevo mareado y con la vista nublada. Dos cazas TIE pasaron

aullando sobre su cabeza, sus pilotos cogidos por sorpresa y viéndose incapaces de reducir su velocidad lo suficiente como para mantenerse tras su objetivo. Aún hubo un tercer caza, pero a ése Raiven lo alcanzó de lleno haciéndole saltar por los aires, mil fragmentos en llamas cayendo en todas las direcciones. Casi al mismo tiempo, Solo redirigió todos los escudos que aún le quedaban al maltratado carguero hacia la sección frontal, activó los repulsores y desplegó el ciclo de aterrizaje. Entonces apretó los dedos índice y corazón de su mano derecha contra el gatillo y los dejó allí. Las bocas de los seis cañones láser comenzaron a escupir fuego contra los árboles. Los masivos troncos estallaban en llamas tan pronto como eran alcanzados, partiéndose con gran violencia. Las copas reventaban como granadas despidiendo ramas y hojas por doquier entre nubes de nieve vaporizada. Solo no dejó de disparar cuando los troncos despedazados y las grandes ramas empezaron a caer, primero contra la burbuja protectora de los escudos y después contra la nave misma cuando los escudos se colapsaron y fallaron. Ni siquiera dejó de hacerlo, aunque sólo fuera con los cañones delanteros, cuando el ciclo de aterrizaje se rompió tras golpear bruscamente contra el suelo, los repulsores dejaron de funcionar y la batería láser cuádruple inferior quedó aplastada bajo el peso de la nave, entre el insoportable chirrido que hacían las placas del blindaje del casco al arrastrarse sobre el suelo, y de las ramas astilladas arañando los paneles visores. Tan sólo apartó los dedos del gatillo cuando se dio cuenta de que el carguero se había detenido y los cañones delanteros, firmemente enterrados bajo tierra, humus y restos de nieve, habían dejado de disparar por fin. Con las manos temblorosas y jadeando de agotamiento tras haber tenido cuerpo y mente en tensión durante demasiado tiempo, Solo desconectó los motores y todos los sistemas de la nave que aún funcionaban en el *Mercader Nómada*.

Cuando terminó, no pudo dejar de preguntarse si acaso se habría quedado sordo, tan completo era el silencio a su alrededor. Quizá estaba muerto. Era más fácil creer eso que hacerse a la idea de que realmente habían conseguido aterrizar de una pieza. O casi.

No debería jugar nunca más al sabacc, pensó mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta . *Estoy seguro de que acabo de gastar toda la buena suerte que me quedaba para el resto de mi vida*. Fue entonces cuando escuchó la voz de Raiven a su espalda.

—Chico, me alegro de que ya hubiera vomitado antes. La próxima vez yo piloto y tú manejas las defensas. ¿Estás bien?

Solo miró a su compañero por encima del hombro, intentando decidir cómo contestar a esa pregunta, pero se olvidó de lo que iba a decir cuando vio la faz ensangrentada de Raiven.

—¡Mike, estás herido!

—No, qué va. ¿Lo estoy? —Solo se dio cuenta de que Raiven estaba un poco aturdido.

—Tu cara…

—¿Mi…? —Raiven se llevó una mano al rostro. Cuando la apartó vio que la tenía llena de sangre—. ¡Bendita Fuerza…!

Solo se liberó de los atalajes y se puso en pie.

—Espera, espera, déjame que te ayude… —Con las manos temblando aún abrió el botiquín alojado en la cabina y sacó una gasa estéril para limpiar la herida de Raiven.

—No, déjalo —protestó su compañero—. No creo que sea tan grave y tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Un momento nada más —Solo dejó caer al suelo la gasa empapada de sangre, no había tiempo para esperar a que se autolimpiara, y cogió otra nueva. Al comprobar el verdadero alcance de la herida sonrió aliviado—. Vale, de ésta no te mueres. Es un simple corte sobre una ceja. Tres o cuatro puntos y…

—Solo, que tenemos que irnos…

—Sí, pero no querrás ir dejando un rastro que hasta el más estúpido de los seibergios pueda seguir, ¿verdad? Además, esto no me llevará más que un segundo —Mientras mantenía cerrada la herida con el pulgar y el índice de la mano izquierda, usó la derecha para manipular el suturador. Al mismo tiempo que cosía el corte, el aparato inyectaba un potente desinfectante bajo la piel, anulando el riesgo de infección.

—Ouch…

—Listo —Satisfecho, Solo echó un último vistazo a su trabajo y cerró el botiquín—. Ya podemos irnos.

—Gracias por la cura —Raiven alzó una mano hacia la herida de forma instintiva, pero interrumpió el gesto antes de completarlo—. Será mejor que no me lo toque. Vale, tú ve abriendo la escotilla superior. Yo voy a por las motojets.

—Fue buena idea traerlas, ¿eh? —comentó el coreliano mientras llenaba dos mochilas con el equipo de supervivencia del que disponían.

—Sí, pero por desgracia sólo podremos usarlas para alejarnos de aquí —respondió Raiven desde el compartimento de carga—. Antes de salir del bosque tendremos que abandonarlas y seguir a pie.

—¿Caminar? —Solo se quedó desconcertado durante un instante—. ¿Se puede saber por qué…? Oh, claro, las pueden detectar. Los sensores de un TIE seguro que pueden localizarlas con facilidad en terreno más o menos abierto…

Al abrir la escotilla una lluvia de nieve y de hojas de conífera semicarbonizadas le cayó sobre la cabeza y los hombros.

—Eso te lo puedo garantizar. Bien, las motojets no parecen dañadas.

¿Tienes alguna idea de hacia dónde ir?

—Buuuf… —Solo sintió un escalofrío cuando el gélido aire del exterior penetró en la nave. Aquí hacía bastante más frío que en Nurtina—. Si no podemos salir de Seibergia, al menos tendríamos que conseguir transmitir los datos que descargaste en la oficina del director del espaciopuerto.

Raiven apareció por el pasillo empujando las dos motojets, ambas flotando dócilmente sobre sus repulsores ya activados.

—No nos va a dar tiempo a hacerlo desde aquí antes de que nos cojan, ¿pero dónde si no vamos a encontrar una unidad de comunicaciones que podamos usar?. Ah, un momento…

—Sí, eso es. En los campos de refugiados.



Capítulo XVII

Mediodía en Campo Uno. Dos días antes les había golpeado otra tormenta de nieve, aunque ésta no había sido tan violenta como la que habían tenido que soportar durante su primera noche allí. Llamarada empezaba a estar más que harta de la nieve. Resultaba bonita cuando la veías en los holovídeos.

Cuando tenías que vivir medio enterrada en ella día tras día dejaba de parecértelo. Pero hoy, por fin, el sol había asomado entre las nubes y la sensación térmica era casi cálida, en comparación con el frío glaciar de otras jornadas. Llamarada acababa de terminar de comer —también se estaba hartando de la maldita sopa, a pesar de los denodados esfuerzos de Sdermila por darle sabor y consistencia— y le entraron ganas de dar un paseo.

Se dirigió hacia el área de aterrizaje, único lugar despejado en el cada día más abarrotado campamento. Había ya más de once mil refugiados repartidos entre los tres campos, y aún seguían llegando más a un ritmo alarmante. El personal de asistencia de la Nueva República no hubiera tenido nada que darles ya a estas alturas de no ser por los suministros que habían descargado los corelianos hacía tres días. La triste realidad era que si no recibían más empezarían a pasar hambre en otros tres. Aunque nadie hablaba de ello, todo el mundo sabía que pronto iban a tener que sacrificar a los kala'ballos si querían tener algo que comer. Los últimos refugiados en llegar contaban historias terribles. Las tropas seibergias —los paramilitares parecían haber desaparecido como por arte de magia— estaban sacando a tiros a los balanios de cada pueblo y aldea entre Nurtina y las montañas. Los que se resistían eran asesinados sin piedad. A todos aquellos a los que los soldados encontraban sospechosos de ser colaboradores o miembros activos del Ejército de Liberación Balanio, es decir, cualquier varón entre los catorce y los setenta años, se les separaba de los demás para llevárselos detenidos.

Algunos hablaban de campos de concentración, otros de matanzas indiscriminadas. La mayoría de los relatos incluían descripciones de tanques repulsores y de caminantes de varios tipos. Llamarada gruñó por lo bajo. Y todavía los de ahí arriba seguían considerando que la ofensiva seibergia estaba sin confirmar. Si la guerrilla balania no les estuviera causando tantos problemas, los soldados seibergios podrían haber estado ya a las mismísimas puertas del campo.

Desde que estaban en Campo Uno, Llamarada había estado recogiendo toda la información que pudieran darle los refugiados a medida que iban llegando. Todo lo que iba averiguando se lo transmitía regularmente al *Guarida del Lobo*. Era de lo más frustrante comprobar como pasaban los días pero no se hacía nada para acabar con lo que

estaba pasando. La impotencia y la incredulidad ante la aparente pasividad de la Nueva República le hacían sentirse enfadada y rabiosa la mayor parte del tiempo, sobre todo desde que en uno de los contactos diarios con el portanaves le habían confirmado las bajas sufridas en el escuadrón y entre la tripulación del *Guarida del Lobo*.

Había sido toda una conmoción para ella. Sacart y Ermitaño habían estado menos de seis meses en el escuadrón, aunque en ese tiempo había llegado a conocerlos lo suficientemente bien como para que su pérdida doliera.

Pero lo que realmente causaba su pena era lo de Torpedo e Iceberg. Ellos no eran sólo dos de sus pilotos. Eran amigos. Iceberg había sido uno de los primeros miembros del antiguo escuadrón Blanco. Ya estaba allí cuando se enfrentaron a su primera misión, el desesperado rescate de los colonos de KS-31. Llamarada hizo una mueca de dolor. Siempre había creído que si habían logrado volver con vida de KS-31 sin duda podrían sobrevivir a cualquier cosa, pero estaba equivocada, e Iceberg era la prueba. Torpedo había llegado inmediatamente después de esa operación, y había sido el oficial Táctico del escuadrón casi desde el mismo instante en que puso los pies sobre la cubierta de vuelo de su vieja fragata, la *Joan d'Arc*. Decían que podía pasarse el resto de su vida internado en un hospital para veteranos, siendo poco más que un vegetal. Llamarada dio una patada a un montón de nieve poniendo en ello toda su rabia, lo que atrajo varias miradas de curiosidad por parte de los balanios entre cuyas tiendas pasaba ahora. No podía dejar de pensar que si Alce y ella hubieran estado allí, pilotando sus cazas contra los corelianos, las cosas podrían haber sido diferentes y que quizá sus compañeros aún seguirían con vida. Y también estaba Rúster, claro. Si la lumi hubiera estado volando en círculos en torno a la zona de combates como era lo habitual, podría haber llegado a tiempo hasta Torpedo y salvarle… Llamarada negó con la cabeza de forma ausente al tiempo que murmuraba una maldición. Era inútil seguir dándole vueltas, lo sabía. Cuando tuvo lugar la batalla contra los corelianos Alce, Rúster y ella estaban aquí, y no podían estar en dos sitios a la vez. No se podía cambiar lo que ya era parte del pasado, al igual que nadie podía devolverles la vida a las personas que iban a bordo del transporte que derribaron.

—Ya está bien por ahora —dijo en voz alta. No quería seguir pensando en las muertes de sus amigos, ni en las de los refugiados, ni en lo desesperada que era la situación en el campo y en lo mucho que aún podía empeorar.

Necesitaba pasar al menos unos minutos sin sentirse agobiada y dolorida por todo eso. Tenía que darle descanso a su mente, así como a su cuerpo. Para eso se suponía que tenía que servir este paseo. Alcanzó el camino que descendía hacia el área despejada para el aterrizaje de lanzaderas preguntándose si sería capaz de llegar hasta abajo sin resbalar como de costumbre, pero se detuvo antes de llegar a intentarlo. Para su sorpresa, descubrió que el descampado rodeado de banderines estaba casi tan abarrotado como el resto del campamento. Era demasiado pedir poder estar un rato sola. No obstante, cuando se fijó mejor en la escena que estaba teniendo lugar allí abajo, Llamarada decidió quedarse.

Los dos hijos mayores de Deveralia, junto con otros muchos niños de todas las edades, habían organizado un apocalíptico combate de bolas de nieve. Era evidente que se lo estaban pasando en grande. Llamarada sonrió. El sonido de sus chillidos y de sus risas consiguió en pocos instantes transmitirle a ella una parte de su alegría, y enseguida sintió como si el mal humor, la pena y los pensamientos funestos pesaran mucho menos en su ánimo.

No muy lejos de donde se encontraba, Llamarada reparó en la presencia de otro espectador de los juegos infantiles. El prisionero seibergio estaba sentado sobre una piedra plana que sobresalía de la nieve a un lado del camino, junto al último de los refugios utilizados por los comandos Lince.

Pantera había escogido precisamente ése en la creencia de que no sería bueno para la moral de los refugiados ver al seibergio demasiado a menudo, ni tampoco para la seguridad del prisionero, puestos a considerarlo todo. Pantera, Alce y la propia Llamarada lo habían interrogado por turnos, pero hasta la fecha no habían conseguido sacarle absolutamente nada. Sabían su nombre y su rango, subteniente Arvan Milhavic, por el chip de identificación que llevaba cuando Alce lo encontró —y del cual no le había dado tiempo a deshacerse—, pero eso era todo. La única vez que había oído hablar a Milhavic había sido cuando le preguntó por lo de los collares suicidas. «Tú también llevarías uno si te enfrentaras a la posibilidad de ser capturada por una banda de torturadores y asesinos», había respondido el joven soldado sin aclarar a quién se refería con lo de torturadores y asesinos, aunque ella imaginaba que se trataba de la guerrilla balania.

Milhavic no parecía darse cuenta de que lo estaba observando, o quizá simplemente le daba lo mismo. El prisionero llevaba esposas de choque en las muñecas, pero no en los tobillos. Por sugerencia de Rúster, y teniendo en cuenta que no había ningún sitio al que pudiera ir en el improbable caso de que consiguiera eludir la vigilancia de los comandos, al seibergio se le permitía caminar dentro de un área limitada alrededor del refugio. Sus ojos parecían fijos en los niños y en sus juegos. Cada vez que Llamarada había hablado, o intentado hablar, con él, esos ojos se llenaban de odio y resentimiento, pero esa furia se encontraba ausente en su mirada en este momento. Eso no la sorprendió. ¿Quién podía mirar con odio a unos niños jugando? Solamente un monstruo, reflexionó, y el joven subteniente no parecía serlo. Claro, que una nunca podía estar segura de eso. ¿Habría ayudado Milhavic a arrojar a esos críos de sus casas? ¿Habría asesinado al padre o a los hermanos mayores de alguno de ellos tan sólo porque podrían ser miembros de las tan temidas guerrillas? Si era así, no tenía nada de extraño el que le aterrara la posibilidad de caer en sus manos.

Llamarada apartó la mirada de Milhavic. Después de todo, acababa de decidir que durante un rato sólo iba a pensar en cosas alegres, a modo de terapia para poder soportar un día más en Campo Uno. Con esa idea en mente devolvió su atención a la zona de aterrizaje. La batalla de bolas de nieve parecía estar acabándose ya. Alguien había propuesto hacer un muñeco de nieve y todos los niños se aplicaban con gran entusiasmo a

la tarea de hacer una gran bola para el cuerpo. Todos menos Figor, observó Llamarada. El hijo de Deveralia se encontraba solo, apartado del grupo, y al parecer lo hacía a propósito. Como le estaba dando la espalda, Llamarada no podía ver si le pasaba algo, o qué estaba haciendo. De pronto se volvió hacia los otros niños y comenzó a lanzarles una bola de nieve tras otras. El travieso chiquillo se había preparado munición de sobra mientras sus amigos estaban entretenidos con el muñeco de nieve. En cuestión de segundos la batalla de bolas estalló de nuevo con doble intensidad. Llamarada dejó escapar una carcajada. Al hacerlo escuchó a alguien más reírse, y al mirar en esa dirección descubrió con sorpresa que se trataba del seibergio. Al reparar en la atención que había despertado en Llamarada —quizá hasta ese momento no la había visto o no la había reconocido—, Milhavic volvió rápidamente a adoptar su habitual expresión huraña, aunque no por ello dejó de observar a los niños.

Llamarada tenía que estar de acuerdo con el seibergio en ese particular.

Los niños eran lo mejor a lo que se podía mirar en este lugar, sobre todo cuando jugaban, como ahora. A diferencia de sus mayores, aún retenían la capacidad de ignorar, siquiera por un rato, la cruda realidad que les rodeaba y jugar como si el único y verdadero mundo fuera el de su imaginación. Por eso podían reír cuando tenían muchas más razones para llorar. Llamarada les envidiaba por eso, y estaba segura de que Milhavic también. *Si nunca dejásemos de ser niños, la guerra no sería nada más serio que eso, una divertida pelea con bolas de nieve*. Qué fácil le resultaba recordar en esos momentos su propia infancia. Las interminables persecuciones en los pasillos de gravedad cero en las naves colonia de los nómadas. Los juegos al escondite en casi completa oscuridad dentro de almacenes cerrados o secciones en obras. Las canciones que cantaban, inocentes al principio, pero más picantes a medida que sus amigos y ella se acercaban a la adolescencia.

Lo más curioso era que no se acordaba de todo eso con nostalgia. En realidad, lo que sentía al ver a los niños balanios jugar era algo de una naturaleza muy diferente. Llamarada no hubiera sido capaz de expresarlo en palabras, pero lo cierto era que le hacían pensar en cosas que no había considerado antes, o al menos no demasiado en serio. Cosas tales como tener su propia familia.

Jamás había tenido por costumbre pensar en ese tipo de cuestiones.

Seguramente tendría algo que ver con la clase de vida que llevaba. Una continua aventura, siempre sin aliento, un día y luego otro y otro, en perpetua danza con la muerte. Algunas veces se sentía muy joven, casi como si fuera a vivir para siempre. Otras en cambio parecía que el fin estaba a la vuelta de la esquina, la próxima hora, el siguiente minuto. Nunca había hecho planes, ni siquiera después de empezar su relación con Alce. Siempre había algo urgente que hacer, un nuevo combate, una operación de rescate, un planeta que liberar. Los niños siempre habían pertenecido a ese lugar nebuloso y sin forma definida llamado futuro, y que quizá nunca llegaría a ver después de todo. Pero ya no era una jovencita. Si tenía que pasar tendría que hacerlo pronto, en unos años como mucho, o ya no pasaría. ¿Estaba preparada para eso? Ella siendo madre. El mero

pensamiento resultaba terrorífico. Alce tampoco había mencionado siquiera el tema desde que lo conocía. ¿Qué pensaría él? ¿Sería él el posible padre de sus posibles hijos? Maldita sea, ni siquiera habían hablado acerca de comprometerse a largo plazo, de casarse y todo eso. Ahora que lo consideraba, lo más probable era que Alce compartiera su aversión acerca de pensar en el futuro. *Hasta en eso nos parecemos.*

Con el rabillo del ojo vio que alguien se le acercaba. Al volverse se encontró con Rúster, que venía sonriéndole y con las manos metidas dentro de los bolsillos del abrigo termal.

—¿Te importa si te hago compañía un rato?

—Por supuesto que no.

—¿Qué tal tu brazo?

Llamarada se miró el brazo derecho, libre ya del cabestrillo, aunque aún conservaba un vendaje semi-rígido y de momento procuraba utilizarlo con extremo cuidado.

—Ya no me duele, y apenas me pica.

—Buena señal. ¿No sabes nada del doctor?

—Nada aún, lo siento. Para esta noche tengo prevista otra comunicación con el *Guarida*. Volveré a preguntar por él.

—Gracias —Rúster hizo una mueca de preocupación—. No puedo dejar de morderme las uñas pensando en él. No hemos vuelto a saber nada desde que lo evacuaron.

—Ya conoces el dicho: la falta de noticias suele ser una buena noticia.

Después de todo, no hemos tenido problemas para enterarnos de lo de Iceberg y los demás.

Rúster asintió con tristeza. Las dos mujeres observaron juntas por un tiempo a los niños que se encontraban en el área de aterrizaje hasta que Rúster rompió el silencio con un profundo suspiro.

—Me hace sentir bien el ver a los niños, ¿sabes? No tenemos demasiadas oportunidades de ver niños a bordo del *Guarida*.

—Tú has rescatado a bastantes últimamente.

—No es lo mismo. Cuando los recojo están aturdidos, asustados, llorando o incluso en estado de *shock*. A veces están heridos o enfermos. Lo peor es cuando acaban de perder a sus padres o a sus parientes. Ni siquiera sabes qué decirles para consolarles. No nos entrenan para eso —Rúster negó con la cabeza—. Es muy diferente verlos así, jugando. Oírles cómo se ríen.

—Sé lo que quieres decir. Nada más que tienes que mencionarle el tema a Ibero y se podrá pasar horas hablándote sobre los niños en general, y sobre su hija en particular.

Rúster se rió.

—¿Y quién podría culparle por eso? —La lumi se quedó callada durante un rato, y Llamarada tampoco dijo nada. Bajo ellas, la segunda batalla de bolas de nieve del día había terminado, pero el proyecto del muñeco de nieve no había vuelto a ser retomado. Algunos de los chicos mayores— en realidad ninguno pasaba de los doce años —habían traído la mitad superior de un contenedor de suministros vacío, de los muchos que se

apilaban tras las tiendas en las que se preparaba la comida. Invertido, y con la adición de las riendas de un kala'ballo, se había convertido en un improvisado trineo que atrajo inmediatamente la atención de todos los demás niños.

—¿Alguna vez has considerado la idea de tener niños?

Llamarada sonrió, notando que estaba empezando a enrojecer.

—Es curioso. En eso precisamente estaba pensando cuando llegaste.

—¿Y?

—Y nada, que tendré que seguir pensando —Llamarada se rió, sintiéndose un poco violenta— No, de verdad, me parece una decisión muy seria lo de traer niños a esta galaxia. En la última década no hemos conocido otra cosa que guerra.

—Sí, pero, ¿por qué otra cosa luchamos si no es por el futuro de nuestros hijos?

Llamarada asintió.

—Supongo que tienes razón —Sin dejar de mirar al frente, hizo una inspiración profunda y entonces lo soltó—. Sí, me gustaría tenerlos. —Era la primera vez que lo admitía en voz alta. Le hacía sentir bien. Y también asustada—. Cuando llegue el momento.

—Te entiendo. Ni aquí ni ahora.

—Aquí y ahora me cogería una pulmonía triple, por lo menos, por no mencionar el escándalo público —Las dos mujeres se echaron a reír con ganas.

Les hacía tanta falta que una vez que empezaban era fácil dejarse llevar.

Cuando por fin se serenaron, Llamarada preguntó.

—¿Y tú?

—¿Has visto a algún lumi por aquí? —Llamarada se mordió el labio inferior. Normalmente los lumis se emparejaban poco después de nacer. Sus padres eran capaces de sentir la natural empatía de sus hijos e hijas hacia otros pequeños y escoger correctamente a su futura pareja perfecta. Tenía algo que ver con sus extensiones neurales, plenamente funcionales ya en los bebés lumis, pero Rúster no había llegado a explicarle nunca en detalle cómo funcionaba lo de la elección de cónyuges, aunque sí le había dejado claro que no tenía nada que ver con lo que los humanos entendían por matrimonios concertados o de conveniencia. Simplemente, los padres lumis sabían de forma biológica quién convenía más a sus hijos, y nunca se equivocaban. La persona que con el tiempo se hubiera convertido en marido de Rúster había sido asesinado por las tropas imperiales cuando éstas invadieron la luna Lumi.

Estando tan lejos de casa, no sería fácil para ella encontrarse con otros miembros de su propia especia, ya muy pocos numerosos de por sí. Encontrar a un varón con el que pudiera volver a emparejarse, es decir, con el que tuviera una afinidad natural tal y como la entendían los lumis, sería mucho más improbable aún, por no decir imposible.

—Lo siento. Siempre me he preguntado, no obstante, si podrías…

—¿Unirme a un humano, por ejemplo? Puedo tener relaciones sexuales con uno, si es lo que quieres saber. Una relación amorosa sería algo muy diferente. La falta de extensiones neurales por su parte sería un serio impedimento para que pudiéramos

mantener una comunicación real y completa entre nosotros. Sería terriblemente frustrante para los dos. No lo sé, dado el caso quizá podríamos llegar a superarlo, con el tiempo. Pero jamás podría concebir un hijo de un humano. Eso es genéticamente imposible.

—Comprendo —Después de eso, las dos volvieron a quedarse en silencio mirando a los niños. Al otro extremo del área de aterrizaje, el comando que estaba de guardia en aquella zona prohibió a los chavales que intentaran tirarse con el trineo ladera abajo, más allá de los límites del campo. La segunda mejor opción era empujarlo de vuelta hacia el lugar en el que se encontraban Llamarada y Rúster, y utilizar el camino que bajaba hasta el descampado como rampa de descenso. Hacia allí se encaminaban todos, discutiendo a grandes voces quiénes serían los primeros en probar el trineo.

—Creo que se acabó la paz —comentó Llamarada. Algunos de los críos más pequeños venían llorando ya, dándose cuenta de que sus posibilidades de llegar a montarse en el trineo eran escasas en el mejor de los casos, al menos hasta que sus compañeros más mayores no quedaran hartos de él. Los primeros dos aventureros, que eran lógicamente los creadores del invento, llegaron hasta pocos pasos de las dos mujeres y se dejaron caer desde allí, chillando y riéndose como locos hasta llegar al final del camino. Cuando el trineo se detuvo la discusión creció en intensidad, tras haber comprobado todos lo divertido que tenía que ser aquello. Algunos de los niños se lanzaron ya camino abajo en busca del trineo, con la esperanza de que si ayudaban a subirlo podrían ser de los siguientes en probarlo. Uno se resbaló y se dio un buen mamporro. Los demás se rieron de él, y entre eso y la disputa por los siguientes turnos de descenso la cosa parecía que podía derivar en pelea.

—A lo mejor deberíamos intervenir —dijo Rúster— Hacer algo.

—¿Pero qué, aparte de separarlos?

La respuesta tomó la forma de Alce, que apareció de repente empujando media docena de cubiertas de contenedores como la que ya estaban usando y varias cuerdas.

—¿Alguien quiere ayudarme a fabricar unos cuantos trineos? —preguntó en voz alta. Los gritos de «¡Yo, yo!» amenazaron con dejar sordas a Llamarada y a Rúster. Alce volvió la cabeza para guiñarle el ojo a sus dos compañeras, y un instante después dio comienzo una frenética actividad de construcción, en la que el alderaano era ingeniero jefe, capataz y obrero al mismo tiempo.

—Alce acaba de salvar la fiesta —dijo Rúster.

—Eso ha sido muy propio de él —contestó Llamarada, sonriendo orgullosa de oreja a oreja.

—Sería un padre estupendo.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Avery….

—Dime.

—He estado buscando la ocasión para tener una charla con los dos casi desde que llegamos aquí, pero entre unas cosas y otras parece que nunca encuentro el momento.

Llamarada asintió.

—Todos hemos estado ocupados. Sobre todo tú, señora doctora.

Rúster sonrió fugazmente.

—No me llames así. Ojalá pudiéramos tener un médico de verdad… Mira, lo que quería deciros, a ti y a Alce, es que he estado pensando mucho en las cosas que os dije en la sala de reuniones, en el *Guarida*.

—Probablemente tenías razón en todo.

—Puede. Dije lo que sentía, y aún lo siento. Pero no fui justa contigo, y sobre todo con Alce. No lo digo sólo porque después me hayáis salvado la vida…

—Alce fue quien lo hizo, y de todas formas primero nos la habías salvado tú con ese increíble aterrizaje de emergencia. Por todo lo que sabemos, también salvaste al doctor Al Saruff. Dos veces.

—Déjame acabar. Lo que os sucedió tuvo lugar en cuestión de segundos.

Teníais que tomar una decisión rápida y lo hicisteis lo mejor que pudisteis. Eso es algo que he comprendido en estos días. Ninguno de los dos sois el típico alas calientes intentando meterse en la lista de los diez pilotos con más victorias de la Nueva República. Quizá existan ese tipo de pilotos, pero vosotros no sois así. Hacéis lo que hacéis intentando ayudar, y también salvar tantas vidas como podáis. Y yo fui… una mierda de amiga, sugiriendo lo que sugerí.

—No digas eso, Ru. —Llamarada puso una mano sobre el hombro de la lumi—. Los dos sabemos que tu intención era buena, y también que lo que decías no era personal.

—Entonces sí lo era. Me sentí muy dolida porque fuerais precisamente vosotros los que… ¿De verdad que no estáis enfadados conmigo?

—Por supuesto que no. Es agua pasada.

—Quizá tú puedas olvidarlo, pero no estoy tan segura de Alce. Parece herido.

—Lo está, pero no por nada que tú o cualquier otra persona pueda haber dicho. Lo que le pasa es que aún no se ha perdonado a sí mismo por la muerte de esas personas. Como sabes, Alce perdió a toda su familia, a sus amigos y a cualquiera que significara algo para él, todos desaparecidos de un plumazo, cuando destruyeron Alderaán. Desde entonces no ha podido evitar mantener las distancias entre él y los nuevos amigos que han ido llegando con los años.

Llamarada se encogió de hombros.

—Probablemente él mismo no es del todo consciente de ello, incluso ahora. Lo llaman la enfermedad de los alderaanos, una especie de rechazo patológico a relacionarse afectivamente. Alce era un caso clínico hasta que me conoció a mí —Al decir eso Llamarada sonrió con tristeza—. De algún modo, esta tragedia le ha hecho volver a los viejos hábitos.

—Tengo que hablar con él.

—Hazlo. A veces pienso que ni yo misma ni nadie podrá hacer nada por él hasta que no decida concederse su propia absolución. Pero estoy segura de que le gustará oír lo que me has dicho a mí. Él te aprecia muchísimo.

Llamarada suspiró.

—Al principio pensé que no debería culparse por lo sucedido. Disparó los torpedos con la total convicción de que eso era lo que debía hacer, pero cuando vio las imágenes de los cadáveres que la capitana de navío Gen'yaa nos mostró en su camarote, se vino literalmente abajo. Le da igual si lo someten o no a un consejo de guerra, ¿sabes? Él se siente responsable de todas formas. Ojalá encuentre algún día la forma de superarlo.

Rúster hizo un gesto hacia la vociferante chiquillería. Alce estaba ayudando a los más pequeños a subirse a uno de los trineos que había reservado para ellos.

—Quizá acaba de encontrar esa forma.

—Quizá.

A su espalda escucharon la voz de una mujer. Se trataba de Redina, una amiga de Sdermila, de su misma aldea, cuyo marido había sido reclutado por la guerrilla, al parecer. La mujer, de mediana edad, parecía seguir deprimida por ese hecho, y sobre todo por la falta de noticias sobre el paradero de su marido y de los demás. No obstante se había prestado de buen grado a ayudar en las actividades del campo, secundando a Sdermila en casi todas sus iniciativas.

—Rúster, ¿puedes venir?

—¿Sí, Redina?

—Acaba de llegar un nuevo grupo, y traen algunos enfermos y heridos.

Rúster asintió con gravedad.

—Di que los envíen directamente a la tienda médica. Estaré allí en un minuto —Rúster se volvió hacia Llamarada mientras Redina se marchaba—. Tengo que irme.

—¿Quieres que vaya contigo y te ayude?

—No hace falta. La propia Redina me echará una mano. No se te olvide decirle a Alce que me gustaría hablar con él, ¿vale?

—Por supuesto, Ru. Muchas gracias.

—No, gracias a ti. ¡Hasta luego!

Llamarada permaneció allí durante algunos minutos, hasta que volvió Alce. Tras él no se oían más que risas. Los niños de Campo Uno habían encontrado entretenimiento para largo, o al menos mientras durara el buen tiempo.

—Te lo has pasado bien con los niños, ¿eh?

Alce sonrió enseñando los dientes.

—Un montón. Y tú has tenido una buena charla con Rúster, por lo que he visto. Me alegro de veros otra vez como amigas.

—También quiere seguir siendo amiga tuya.

—Nunca ha dejado de serlo.

—Ni tú para ella tampoco. Eso es parte de lo que me ha dicho, aunque quiere hablar contigo y decírtelo todo en persona.

Alce asintió en silencio. Tras echar un último vistazo a los niños le ofreció el brazo a Llamarada y ella se agarró a él. Juntos se encaminaron de vuelta a su zona del campo. El aviso de Redina significaba que ambos tendrían bastante trabajo que hacer antes de la hora de la cena, habilitando refugios y ayudando a los recién llegados a asentarse.

—Lewis, ¿alguna vez has pensado en tener hijos? —le asaltó Llamarada de golpe, sin pensárselo realmente . Alce la miró por un instante como si no hubiera comprendido la pregunta, y entonces pareció sobresaltarse. Por el gesto que hizo casi pareció que le hubiese preguntado si tenía planeado suicidarse. Llamarada se arrepintió inmediatamente de haber cedido al impulso. De pronto ya no quería escuchar la respuesta, cualquiera que ésta fuese—. No, olvídalo. No me contestes, ¿vale?

Alce tragó saliva.

—Avery, yo…

—He dicho que no me contestes, ¿vale?. Por favor —Alce cerró la boca, dejando en el aire lo que fuera que había empezado a decir. Llamarada se dio cuenta de que respondiera lo que respondiera, podía hacerle daño de cien maneras diferentes, y ella no quería que le hicieran daño, ni tampoco hacérselo a Alce. Era injusto preguntarle eso precisamente ahora, en este lugar, y con los recuerdos de todo lo que había sucedido en las últimas dos semanas demasiado frescos aún en la memoria. Después de unos momentos en los que ambos siguieron caminando sin decir nada, Llamarada miró a Alce de reojo. Su expresión era afligida y ausente, con los labios apretados hasta formar una línea y los ojos fijos al frente, como si estuviese mirando algo que no estaba realmente allí, sino tan sólo en su mente. Algo que su pregunta había hecho aparecer. Alce hizo una mueca inconsciente, un gesto de dolor similar al que uno podría hacer si le pinchasen o le quemasen sin previo aviso. De repente, Llamarada supo qué era lo que Alce estaba viendo.

Una niña de cuatro años, rota y congelada, flotando sola en el vacío del espacio.

Alce hizo cuanto pudo por pensar en otra cosa durante las siguientes horas. Mantenerse ocupado le servía de ayuda. Al poco de separarse de Llamarada se unió a un grupo formado por personal de la Nueva República, comandos Lince fuera de servicio y refugiados balanios que se habían presentado voluntarios. Entre todos habían conseguido construir cinco refugios decentes con material procedente de las tiendas que habían resultado dañadas tras la primera y más violenta tormenta de las que habían sufrido, y que en un principio habían descartado como inutilizables. Esos refugios seguían sin ser suficientes para alojar a las setenta y tres personas que habían llegado durante el día, pero resolvieron la situación distribuyendo algunas de las familias entre otras tiendas que no estaban ocupadas al completo. Una de las mujeres balanias que había formado parte del equipo de trabajo había preguntado si sería posible, en el caso probable de que siguieran llegando refugiados, utilizar lásers y explosivos para excavar unas cuantas cuevas bajo tierra, que podrían habilitarse después como habitáculos, o al menos como almacenes y liberar así algunas de las tiendas que tenían ahora. Tras un primer instante de perplejidad general, los comandos coincidieron en que esa idea no era ninguna tontería y que de hecho podría ser más que factible. En ese momento Alce había pensado para sí que cada

vez se iban pareciendo más a los antiguos militares balanios a los que se había abandonado a su suerte hacía tanto tiempo, en aquel mismo lugar.

Para cuando terminaron la tarea era casi medianoche. El resto del grupo se marchó con intención de procurarse una cena tardía, pero él decidió no acompañarles. A pesar de las largas horas de arduo trabajo no tenía hambre.

Desde la interrumpida conversación con Llamarada sentía tal nudo en el estómago que no se veía capaz de comer nada. Apenas la había visto un par de veces en toda la tarde, siempre yendo y viniendo, y en ninguna de esas ocasiones había podido detenerse a hablar con ella. Llamarada había estado casi todo el tiempo hablando con los recién llegados, recopilando toda la información que pudieran aportarle sobre los avances del ejército seibergio sobre el terreno. Probablemente ahora estaría en el refugio en el que se encontraba la unidad de comunicaciones, transmitiendo un nuevo informe al *Guarida del Lobo*. Alce tenía intención de esperarla en la tienda y hacia allá se dirigía, pero a medio camino cambió de idea. Llamarada y él compartían el limitado espacio de esa tienda con una docena más de personas. A esas horas estarían allí casi todos, preparándose para dormir, por lo que no disfrutarían de intimidad para hablar a no ser que salieran fuera. Lo malo era que no sabía siquiera qué decirle.

Si pretendía mantener una charla con Llamarada para aclarar las cosas con ella, decidió que le convenía pasar antes un rato a solas consigo mismo e intentar tenerlas claras él primero. Se dedicó a vagar por el campo, con la capucha del abrigo bajada y las manos embutidas en los bolsillos, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. Aquí y allá, las pequeñas hogueras encendidas a la entrada de algunas de las tiendas formaban diminutos oasis de luz que rompían la oscuridad durante algunos metros.

Siempre que no estuviera nevando, las familias se sentaban cada noche alrededor del fuego para compartir el calor y el consuelo de la mutua compañía.

Alce tenía que pasar muy cerca de los corrillos que la gente hacía en torno a cada fogata, pues a menudo éstas se encendían dentro de los propios senderos excavados en la nieve por los que caminaba. Cruzaba procurando no molestar a nadie, respondiendo con inclinaciones de la cabeza a los ocasionales saludos que algunos de los refugiados le dirigían. Eran más los que, con los ojos fijos en las llamas y la mirada turbia, ni siquiera reparaban en él. Alce sabía que era precisamente en esos momentos de forzado sosiego cuando la ausencia de los seres queridos se volvía más difícil de soportar para todo el mundo. Durante el día, las dificultades de la mera supervivencia bastaban para mantener la mente ocupada, pero al anochecer la inactividad y el silencio traía de vuelta el miedo, el hambre apenas aliviada por los tazones de sopa, la preocupación por los familiares y amigos de los que no se sabía nada, y el dolor por aquellos cuya pérdida era certeza. Casi todos aquellos rostros tristes pertenecían a mujeres. Aparte de los ancianos y de los niños —a estas horas la mayoría de los pequeños dormían ya dentro de las tiendas—, había muy pocos hombres en el campo. Esto, que al principio había sorprendido a Alce, había dejado de ser ya un misterio para él.

Los más afortunados entre esos hombres a los que se echaba en falta estarían con el Ejército Balanio de Liberación. Hambrientos, muertos de frío la mayor parte del tiempo, desesperados, moviéndose siempre de un lado a otro para no ser detectados, peleando con cualquier arma disponible, a veces incluso con las manos vacías. De cuando en cuando uno o dos de ellos, normalmente escogidos entre los más jóvenes, venían escoltando a un grupo de refugiados. A veces se quedaban en el campo durante un par de horas, el tiempo suficiente para tomarse un bol de la sempiterna sopa y responder, cuando podían, a los residentes que se acercaban a preguntarles por parientes o amigos suyos que también estaban en la guerrilla, o por sus pueblos de origen. Que si sabían si aún quedaba alguien allí, si lo habían ocupado los seibergios, si era verdad que lo habían quemado todo. Los guerrilleros también proporcionaban información a los comandos Lince acerca de sus escaramuzas, a cambio de noticias frescas sobre la situación en el espacio. Sobre todo estaban interesados en saber si la Nueva República pensaba o no reanudar sus ataques aéreos contra los invasores seibergios, pues así los llamaban. Su decepción cuando se les respondía que de momento no se sabía nada era más que notoria, hasta el punto de que alguno de aquellos muchachos había llegado a escupir y a llamar cobardes a los soldados de la Nueva República, como si estuviera en sus manos cambiar las cosas. Pantera le había explicado a Alce que las guerrillas emboscaban al enemigo cuando y donde podían, sin seguir otro objetivo que el de hacer el mayor daño posible en cada ocasión y huir para luchar otro día. Casi nunca hacían prisioneros. En parte porque no podían permitírselo, tan escasos eran sus recursos, en parte también porque su odio hacia los seibergios era tan grande que no había lugar para la misericordia cuando alguno tenía la desgracia de caer en sus manos —ninguno de los partisanos admitía que se les torturara, aunque Pantera no lo descartaba en absoluto—, y en parte quizá con la esperanza de que el miedo a la guerrilla hiciera a los soldados enemigos pensarse dos veces cada paso que dieran hacia el interior de las montañas. La verdad era que esa estrategia no les estaba reportando resultado alguno. La resistencia balania seguía perdiendo terreno día a día, y sus sangrientos ataques lo único que conseguían era aumentar la determinación de los seibergios para exterminarlos. La situación, en fin, era bastante dramática para los miembros del Ejército de Liberación Balanio, pero a pesar de que muchos de ellos habían sido reclutados poco menos que a la fuerza, prácticamente no se registraban deserciones. Todos sabían que si arrojaban las armas para correr a reunirse con sus familias, serían ejecutados sin compasión por sus propios compañeros en el caso de que fueran atrapados.

En cuanto al resto de los ausentes, o bien habían sido hechos prisioneros por los seibergios o bien estaban muertos, que era desgraciadamente lo más probable. Las lágrimas calladas que Alce veía brillar sobre los rostros vueltos al fuego de algunas de estas mujeres y de los pocos niños que aún estaban levantados no se vertían a causa de la angustia de no conocer cuál había sido el destino de sus seres queridos, sino por la pena, la rabia y la amargura de haberlos visto morir ellos mismos, asesinados ante sus ojos. Cuando no había sido así, mucha gente prefería agarrarse a la esperanza, sin importar lo remota que se volviera con cada nuevo día que transcurría sin noticias. Lo cierto era que

a veces, de cuando en cuando, se producía el milagro. Según llegaban al campo, el personal de la Nueva República anotaba en sus datapads los nombres y la filiación de cada uno de los refugiados, y estos datos eran intercambiados a diario con Campo Dos y Campo Tres. De este modo, personas que se habían visto separadas de sus familias durante la huida o durante la marcha hacia las montañas, y de las que no se había vuelto a saber nada, podían aparecer con vida en otro de los campos. Estas comunicaciones habían quedado rotas durante varios días tras la destrucción del satélite de la Nueva República, pero acababan de ser restablecidas gracias a un nuevo enlace terrestre vía láser. Pantera y sus hombres habían completado el despliegue de los retransmisores ópticos tan sólo dos días antes. Hoy no había habido suerte, pero quizá mañana algunas de estas personas a las que Alce veía podrían recuperar a un marido o a una esposa, a un padre o a una madre, a un hermano o hermana, a un hijo o a una hija. El atormentado piloto no podía apartar de sí el pensamiento de que, quizá, pudiera haber alguien allí esperando en vano a tener noticias de alguno de los pasajeros de *su* carguero. De un ser querido a quien él había matado. Un marido o una esposa, un padre o una madre, un hermano o una hermana, un hijo o una hija.

Alce sacudió la cabeza desalentado. A veces pensaba que estaba empezando a superarlo. Estar allí, asistiendo a los refugiados y trabajando por ellos dieciocho horas al día, le ayudaba sin duda a sentirse mejor consigo mismo, a afianzarse en la creencia de que todo había sido un infortunado accidente, algo que inevitablemente tenía que pasar. Él había sido tan sólo el desgraciado al que le había tocado estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Otras veces, en cambio, se descubría pensando una vez más en aquellos pocos segundos, recordando cada detalle con absoluta claridad, y lamentando no haber hecho o dejado de hacer algo que después corrigió en el simulador. Malditos simuladores. Para lo único que le habían servido era para demostrarle —cuando él en realidad había esperado lo contrario— que sí, que podría haber inspeccionado esa nave y no haberse visto jamás obligado a derribarla. *Llamarada tenía razón. Qué fáciles nos parecen las cosas cuando ya están hechas y no tienen remedio.*

Llamarada, oh, Llamarada. Su Avery. ¿Por qué había tenido que sacar precisamente ahora el tema de los niños? Algunas veces había llegado a imaginárselo. La guerra se acababa y ellos dos se iban a vivir juntos a algún lugar bonito, quizás a una colonia. De cuando en cuando podrían hacer algún viaje, para calmar la pasión por el espacio que ambos compartían. Y por supuesto, tendrían niños, al menos un par de ellos. Venía todo en el mismo paquete, en la misma visión de ese futuro hasta ahora sólo soñado. Pero cada vez que intentaba recuperar ese sueño volvía convertido en pesadilla. Una en la que sus hijos e hijas morían asesinados por alguien. Alguien que tenía su misma cara, y que clamaba con su misma voz que había sido sólo un accidente.

Sólo un accidente.

—¡Alce, espera!

Al volverse para ver quién le llamaba se encontró con la buena de Sdermila, que se acercaba con cortos pero rápidos pasos, sujetando un bol humeante entre sus manos

envueltas en manoplas. Poco a poco habían dejado de llamarse de usted, pues para Alce, como para tantas otras personas, Sdermila se había convertido en alguien muy familiar.

—Me dijeron que no querías cenar, pero yo les he respondido que nadie puede pasarse tantas horas trabajando para luego irse a la cama con el estómago vacío.

—Difícilmente puedo irme a la cama —dijo Alce intentando sonreír— Aquí no hay.

Sdermila se lo quedó mirando, confusa durante un instante, hasta que terminó por entender el más bien patético chiste.

—Oh, claro, a la cama no puedes irte, es verdad. Pero bueno, a la cama o al saco de dormir es lo de menos. Tienes que comer algo. ¿Vas a hacerlo?

—Está bien, lo haré por ti. Si no me perseguirás por todo el campo con ese bol de sopa.

—Pues sí señor, eso haría. Mis dos hijos eran fatales para comer, ya me entiendes. ¡Las cosas que tenía que inventar para que se acabaran lo que tenían en el plato! Pero jamás se escapaban de la mesa sin comer. Frío o caliente, tarde o temprano terminaban comiéndoselo. Mi paciencia era mayor que su resistencia. —Alce soltó una carcajada y cogió el bol que le ofrecía Sdermila—. Toma, la cuchara. Y ahora pruébalo.

—Tú ganas, Sdermila, no se puede discutir contigo… Hmmm, sabe diferente, ¡otra vez! ¿Cómo te las has apañado en esta ocasión?

—Uno de tus amigos soldados consiguió cazar un kala’bra salvaje.

—¿Un kala’bra? Eso es estupendo, pero… En el campo somos ya más de tres mil personas. La carne de un solo animal no puede suponer tanta diferencia.

—La carne no, aunque la he utilizado toda. Son los huesos, triturados hasta convertirlos en polvo, los que hacen el milagro.

—Eso es exactamente lo que es —dijo con la boca llena—. Un milagro.

Para su propia sorpresa, Alce descubrió que no le faltaba apetito.

—Pero vamos a movernos mejor, no sea que nos quedemos aquí congelados. Puedo comer mientras caminamos.

—No derrames nada o me enfadaré contigo. Y ahora dime, ¿qué haces andando sólo a estas horas? ¿Hay algo que te preocupe? ¿Puedo yo…? No, deja, no me cuentes nada. Hago demasiadas preguntas, ¿verdad?

Alce sonrió.

—Puedes hacer las que quieras, Sdermila. Tu compañía es más que bienvenida.

—Me alegro de oír eso. Temía que pensaras de mí que soy una vieja cotilla —Alce volvió a reírse—. Quizá lo soy por meterme donde no me llaman, pero… Verás, al venir en tu busca me he cruzado con Llamarada, que iba hacia vuestra tienda. También ella tenía mala cara. ¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

Alce la miró, sobresaltado.

—No, qué va, no ha pasado nada.

—Las parejas jóvenes suelen tener sus diferencias. Taigor, mi marido, y yo, algunas veces llegábamos a discutir prácticamente por todo, puedes creerme. Sobre todo cuando éramos tan jóvenes como vosotros, ¿sabes?

Lleva mucho tiempo acostumbrarse a los puntos de vista del otro, a su forma de ver la vida, y aún cuesta más aprender a escuchar antes de hablar, a intentar comprender antes de intentar convencer. Y a nunca, nunca, irse a la cama, o al saco de dormir, estando aún enfadados por algo. Eso último siempre lo decía Taigor.

Alce sabía por Rúster que Sdermila era viuda, aunque no lo era de forma reciente. Su marido había fallecido hacía años, víctima de un accidente de trabajo a algo así.

—Parece un buen consejo.

—Sí que lo es. Las cosas hay que solucionarlas antes de echarse a dormir. Si no, lo más probable es que te pases la noche entera dándole vueltas al asunto, recordando la discusión y lamentando quizá algo de lo que has dicho, pero no más que lo que el otro te ha dicho a ti. Te pones a imaginar cómo será cuando vuelva a salir el tema, y te dedicas a preparar respuestas más o menos hirientes para rebatir o incluso ridiculizar los argumentos de tu pareja y hacerle ver que eras tú quien tenía razón desde el principio, o que eres quien más derecho tiene a sentirse dolido. Es decir, planeas la próxima batalla, no la reconciliación.

Alce se quedó callado, considerando lo que Sdermila acababa de decir y reconociendo lo mucho de verdad que había en sus palabras, aunque no se aplicara del todo a su situación actual. O quizá sí.

—No nos hemos peleado —dijo Alce—, o al menos yo creo que no. No lo sé —Sdermila esperó pacientemente a que se decidiera a continuar. Él dudó un poco, pero al final resolvió contárselo todo—. Me preguntó si había pensado alguna vez en tener hijos. Supongo que la cara que puse debió hacerle daño de algún modo.

—¿Qué cara pusiste? ¡Si es maravilloso que te haya preguntado eso!

¿No lo entiendes?

—Mira a tu alrededor, Sdermila.

—No me hace ninguna falta, ya sé lo que veré. Pero no vais a estar aquí para siempre. Las cosas no serán siempre tan malas.

—Una parte de mí jamás abandonará este lugar, ni tampoco este momento. Algo… hubo algo que sucedió antes de que viniéramos aquí.

—¿Te apetece que hablemos de ello?

Alce negó con la cabeza.

—No puedo.

—Algunas veces sirve de gran ayuda hablar de aquello que nos preocupa, sacarlo afuera, si entiendes lo que quiero decir.

Alce permaneció en silencio durante un rato. ¿Cómo podía contarle nada de todo ello a esa mujer? Por mucho que intentara explicárselo, lo único que entendería sería que había matado a personas como ella, seres como los que se sentaban alrededor de esas hogueras junto a las que pasaban. No, Alce no creía en absoluto que hablar de ello pudiera hacerle sentirse mejor.

—En este caso no, Sdermila. Lo siento, no tiene nada que ver contigo.

Sdermila asintió.

—Lo comprendo, de verdad. No te preocupes por mí, Alce.

—Llámame Lewis si quieres. Ése es mi verdadero nombre. Lo de Alce es sólo un apodo.

—Ya me lo imaginaba. Es difícil creer que tantos de vosotros llevéis el nombre de extraños y exóticos animales que nunca he visto: Alce, Pantera, Hiena…

Alce se rió.

—Quizá te sorprendería saber que Llamarada es un tipo de zorro que se cría en condiciones de baja o nula gravedad, normalmente en estaciones espaciales, y que Rúster es una palabra brentaliana que significa gallo en básico. Verás, en los primeros días de la Alianza Rebelde utilizábamos esos nombres por seguridad más que nada, y luego nos acostumbramos tanto a ellos que seguimos usándolos. El Imperio interceptaba a menudo nuestras transmisiones, por lo que mencionar nuestros nombres podría llegar a poner en peligro a nuestros familiares y amigos. No era mi caso, en realidad, porque no tenía a ningún familiar ni a ningún amigo con vida, pero cuando me incorporé a la Alianza seguí la costumbre general.

—¿Toda tu familia y tus amigos habían muerto? Pero eso es… terrible.

¿Cómo puede ser eso?

—Nací en Alderaán. El Imperio destruyó mi planeta natal, asesinando a todo ser vivo que habitara en él.

Sdermila hizo una mueca de dolor.

—He oído hablar de eso, pero nunca he sabido si creerlo. ¿Cómo se puede destruir por completo algo tan grande como un planeta?

—Utilizaron una monstruosa estación espacial a la que llamaban Estrella de la Muerte. La Alianza consiguió destruirla más tarde, y también a una réplica más grande que construyeron después, en un lugar llamado Endor.

—Planetas enteros destruidos. Comparado con eso, lo que está sucediendo aquí casi no tiene importancia.

—No, eso no es verdad, Sdermila. La maldad es siempre la misma. Es sólo la escala lo que cambia. Por fortuna, no hay muchos tiranos o señores de la guerra que puedan permitirse construir algo como la Estrella de la Muerte.

Sólo el Imperio podría repetirlo, y ahora no están en su mejor momento. Pero dejemos de hablar de tragedias. Antes has mencionado a tus dos hijos.

—Sí —la expresión de Sdermila cambió por completo. Sonreía y le brillaban los ojos—. Lania y Jeiran. Lania es el mayor. Fue a la Universidad y se convirtió en ingeniero, ¿sabes? Pero no pudo encontrar un trabajo lo suficientemente bueno aquí, así que se marchó a buscarlo en otra parte. La última vez que recibí noticias suyas estaba en un planeta llamado Commenor.

—Commenor. Eso está muy lejos de casa.

—Sí, eso es lo que dice siempre cuando le escribo preguntándole que por qué no viene a vernos alguna vez, en lugar de enviar esos hologramas grabados. Pero vendrá. Algún día volverá, lo sé, aunque hace ya cosa de un año que no sé nada de él.

—Eso no es tan extraño. La galaxia ha estado muy agitada durante este último año y medio, y las comunicaciones entre mundos tan distantes como Commenor y Seibergia no siempre son fáciles, sobre todo desde que el Imperio salió del sector. Es fácil que tu hijo haya intentado ponerse en contacto contigo más de una vez pero que no lo haya conseguido. Pero teniéndote a ti por madre estoy seguro de que vendrá en cuanto tenga la oportunidad, ya lo verás.

¿Y qué hay de… Keiran?

—Jeiran. Él vive aquí con su mujer, Voeda, y sus dos preciosos hijos, Drivan, el niño, y Mila, la niña. Jeiran quería ponerle Sdermila, pero yo le dije que no, que era mejor que tuviese su propio nombre, y al final se quedó en Mila. Ellos son mi familia desde que Taigor murió y Lania se fue. Los niños son realmente fantásticos. Los hijos de Deveralia me los recuerdan mucho.

—¿Y dónde…? —Alce se detuvo a media frase. Preguntar a un refugiado por sus familiares ausentes sólo podía tener una respuesta en muchos casos.

—Tomaron una nave a Balania —Alce estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio, aunque Sdermila no se dio cuenta—. Jeiran trató de convencerme para que me fuera con ellos, pero yo fui demasiado terca como para escucharle. Esa es otra lección que hay que aprender en la vida, ¿sabes? Escuchar a los hijos como pretendes que te escuchen ellos a ti. El caso es que se fueron sin mí, y se pusieron a salvo de todo esto… —Sdermila pareció vacilar antes de continuar, pero al final preguntó— ¿Crees que alguna vez conseguiré reunirme con ellos?

—Sí, ¿por qué no habrías de poder?

—Lo perdí todo cuando abandoné mi casa. No sé lo que me encontraré cuando pueda volver al pueblo. La gente dice que los seibergios acostumbran a saquear todas las casas que encuentran vacías y que a menudo las queman después. No sé si aún tendré algo con lo que pagarme un pasaje a Balania.

Alce frunció los labios. Sabía muy bien que lo que Sdermila acababa de decir era verdad. Llamarada había recopilado docenas de relatos de refugiados que habían visto como robaban sus pertenencias prácticamente al mismo tiempo que los echaban a la fuerza de sus casas. Pero el de Sdermila no era un problema sin solución, si lo único que pretendía era poder seguir a su familia.

—Te diré lo que haremos. Los tres somos pilotos, Llamarada, Rúster y yo —Sdermila asintió. Eso lo sabía—. Tenemos un montón de amigos que pilotan naves de transporte, y los viajes a Balania son frecuentes en estos días.

Tan pronto como podamos volver a bordo de nuestra nave nodriza buscaremos a alguien que pueda llevarte. Gratis.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí —De hecho, Alce estaba convencido de que para la Nueva República lo mejor que podía pasar sería que todos los balanios de Seibergia quisieran ser trasladados a otros mundos. Por cara que saliese la evacuación, siempre sería mucho más barata que el mantener la presencia militar en el sistema aunque sólo fuera un mes más, y

eso por mencionar únicamente el coste monetario. A nivel político estaba claro que a la Nueva República le estaba saliendo muy onerosa su actuación en defensa de los balanios, casi tanto como no haber hecho nada, y que ese hipotético traslado resultaría ser la mejor solución para todos, estuvieran o no de acuerdo los propios balanios. La Región Balania jamás sería independiente de Seibergia, eso era un hecho, y todo hacía pensar que cuando acabara el presente conflicto la situación de los que se quedaran sería peor de lo que era antes de iniciarse. No es que las cosas fueran a ser fáciles para los que eligieran marcharse. Balania, por ejemplo, no era un mundo rico sino más bien al contrario, y ya habían aceptado más refugiados de los que podían asimilar sin crearse graves problemas económicos, sociales e incluso sanitarios. Vina Bosolia, que también estaba acogiendo gran cantidad de refugiados, era un lugar arrasado por la guerra, donde no se podía esperar que las condiciones de vida fueran óptimas. Los que habían emigrado a otros mundos de la Nueva República se encontrarían con serias dificultades para encontrar un empleo decente que les permitiera algo más que la mera subsistencia, a no ser que dispusieran de una mínima cualificación técnica que estaba por encima del nivel medio de estudios de la mayor parte de los balanios. Pero en cualquiera de esos lugares al menos estarían a salvo. Alce comprendía que la gente fuera reticente a abandonar sus hogares, y eso a pesar de desconocer en general la realidad que les aguardaba fuera, pero, ¿y si ya no tenían hogares a los que volver cuando lo intentaran? Sí, cuanto más lo pensaba mejor le parecía la idea de facilitarle a Sdermila el viaje a Balania.

—¡Eso sería fantástico! —dijo la mujer con visible entusiasmo, haciendo que Alce se sintiera feliz de poder ayudarla. Momentos después, sin embargo, la sonrisa de la buena mujer se hizo más triste sin llegar a desaparecer del todo. Alce estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando ella empezó a explicarlo.

—Yo era feliz aquí, ¿sabes? En esta tierra. La vida era dura, sí, pero teníamos todo lo que necesitábamos. Ni siquiera después de que muriera Taigor deseé vivir en otro lugar que no fuera éste. Lania es diferente, y probablemente también Jeiran, pero fíjate que, al final, incluso él terminó encontrando aquí la felicidad —Sdermila negó con la cabeza lentamente—. Pero ahora, con todo lo que nos ha pasado, no creo que ninguno de ellos quiera volver jamás. Y yo, sin ellos, ya no quiero quedarme. Lo he pensado mucho, ¿sabes? Y he llegado a la conclusión de que el hogar de uno está allá donde esté tu familia, la gente a la que quieres. ¿No piensas tú lo mismo?

Alce asintió. Se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de que entendía muy bien lo que Sdermila quería decir. Había sido un hombre sin hogar durante demasiado tiempo, no porque su planeta hubiera dejado de existir, sino porque tampoco tenía familia. Pero eso había cambiado hacía tiempo, sólo que no se había dado cuenta. De pronto lo veía claro: Llamarada era su familia. Ella y los amigos que había ido haciendo por el tortuoso camino que había recorrido desde que se unió a la Rebelión. Rúster, Granito, Víbora, Sparks, Reek, Iceberg, Torpedo… Sintió un aguijonazo de pena al pensar en los dos últimos.

Todavía tenía que hacerse a la idea de haberlos perdido, y que ni siquiera había podido estar allí para intentar evitarlo. Pero era hora ya de pensar en los vivos, y eso era lo que iba hacer a partir de ese mismo momento. La decisión estaba tomada. No más lamentar el pasado, lo que pudo ser y no fue, lo que le habían quitado y no podía ya recuperar. Llamarada hablaba de futuro, eso era lo que significaban los hijos, por eso había sacado el tema. Ella quería dar un paso adelante cuando él aún seguía clavado dos más atrás, pero eso iba a cambiar. Por mal que estuvieran las cosas ambos seguían vivos, y si no se arriesgaban ahora, ¿de qué les servía estarlo? Si tenía familia tenía un hogar, y si tenía ambas cosas también tenía un futuro, por incierto que éste fuera.

Bendita Fuerza, qué razón tiene Sdermila.

—Sí, así es —le respondió por fin—. Yo también pienso lo mismo.

—¿Verdad que sí? Pues está decidido, me iré con vosotros. A encontrar a mi hijo, a mi nuera y a mis nietos. El cuerpo de Taigor se quedará enterrado aquí, sí, pero eso no importa. A donde quiera que yo vaya el viene conmigo. Me ha costado años, pero… Al fin lo he comprendido.

Alce se dio cuenta de que las lágrimas comenzaban a surcar el rostro cansado de Sdermila sin que la pobre mujer pudiera hacer nada por impedirlo.

—No, Sdermila, no llores. O me pondré a llorar yo también, y ya estoy un poco crecido, ¿no crees?

Sdermila se echó a reír, engollipándose al mezclarse la carcajada con el llanto. Alce le dio unas palmaditas en la espalda sonriendo a la mujer con ternura. Sdermila consiguió serenarse poco a poco. Finalmente se secó las lágrimas con la manga del abrigo y asintió.

—Sí que estás crecidito, sí. Tus padres hicieron un buen trabajo criándote.

Alce se rió con ella.

—Todo va a salir bien, te lo prometo. Nosotros te ayudaremos a encontrarles.

—¿Lo haréis de verdad? Gracias, muchísimas gracias, Alce… Lewis.

—No hay de qué, Sdermila. Es lo menos que podemos hacer para poder pagarte estos banquetes que nos preparas cada día. Mira, me lo he terminado todo.

Sdermila sonrió de oreja a oreja.

—Buen chico.

Juntos, regresaron caminando sin prisas hasta su área del campo. Sus respectivas tiendas estaban bastante cerca la una de la otra. Por lo que había dicho Sdermila, Llamarada estaría ya allí. Casi no podía aguantarse de ganas que tenía de verla. Y mañana, cuando no hubiera una docena de personas durmiendo a su alrededor, tendrían una larga conversación.

Tenían muchas, muchas cosas de las que hablar.

Tenía que ser alrededor de la medianoche, pero hacía mucho que ni Raiven ni Solo se molestaban en mirar sus cronómetros. Ambos se encontraban magullados, doloridos,

hambrientos, medio congelados y, por encima de todo, mortalmente cansados. Pobremente equipados y bajo el miedo constante de ser capturados, los dos pilotos se habían pasado prácticamente todo el día caminando o corriendo, cuando eso era posible, escalando entre rocas o arrastrándose incluso cuando no quedaba otro remedio. El curso de supervivencia por el que ambos habían tenido que pasar antes de ser admitidos para el servicio activo —el segundo en el caso de Raiven, que había tenido que aprobar otro similar en la Academia Imperial de Carida—, había demostrado no tener precio. Solo tomó nota mentalmente de enviar un mensaje a su instructor en cuanto tuviera la oportunidad. Es decir, si finalmente conseguían salir vivos de Seibergia.

Su dramática escapada a bordo del *Mercader Nómada* parecía casi fácil cuando se la comparaba con lo que vino después.

Antes de dejar la relativa cobertura del bosque en el que habían abandonado el carguero, Solo y Raiven enviaron sus motojets en direcciones diferentes bajo el control de sus respectivos pilotos automáticos, los cuales habían programado a toda prisa para que siguieran un curso errático manteniéndose siempre dentro de los límites del bosque. Esa pequeña argucia les había hecho ganar algo de tiempo, pero no demasiado. Si el entorno hubiera sido otro, con menos irregularidades, accidentes naturales y vegetación —todo lo cual les estaba ayudando a esconderse—, jamás habrían conseguido llegar hasta las montañas, por cerca que éstas estuvieran de su punto de partida. Los cazas TIE seibergios habían pasado aullando directamente sobre sus cabezas en multitud de ocasiones, obligándoles continuamente a ponerse a cubierto. Cuando no había nada mejor habían llegado a enterrarse apresuradamente en la nieve, lo cual les había permitido burlar los sensores de calor de los cazas, pero también les había metido el frío en los huesos para ya no librarse de él jamás. A menudo escuchaban los motores de las motojets que utilizaban las tropas que los perseguían. El ruido sonaba más cerca cada vez antes de desvanecerse, lo que sugería que los seibergios los estaban buscando en círculos alrededor de la zona en la que habían estrellado el YT-2100, ampliando el radio de búsqueda con cada repetición. Dos o tres veces les había parecido que los sonidos venían de más adelante, y eso les daba más cosas de las que preocuparse: podía haber unidades enemigas esperando para interceptarles en cualquier punto del camino. Ninguno de los dos ignoraba el hecho de que las mismas características del terreno que a ellos les permitían ocultarse de sus perseguidores podían servir también para que a ellos les tendieran una emboscada. Su limitado conocimiento del terreno estaba basado por completo en los mapas tridimensionales de la Región Balania que habían estudiado durante su viaje a Seibergia y en cada momento libre de su estancia en el espaciopuerto de Nurtina, en previsión de que se encontraran en una situación como ésta. Cada cierto tiempo consultaban esos mapas en el datapad de Raiven, con el fin comprobar dónde estaban exactamente y decidir por donde continuar. Por supuesto, la ruta que seguían era de lo más enrevesada. Tenían que evitar cruzar zonas despejadas, no sólo porque corrían el riesgo de ser divisados desde el aire, sino también para prevenir que las huellas que inevitablemente dejaban en la nieve pudieran traicionarlos.

Hacían cuanto podían por borrar el rastro de su paso arrastrando ramas tras ellos, pero con ese truco sólo podían esperar engañar a los pilotos de los TIE.

Un observador cercano, especialmente si se trataba de un rastreador experimentado, no tendría demasiadas dificultades en seguirles la pista una vez que diera con ella.

Al final, y a pesar de que hubo momentos en los que les pareció totalmente imposible, los dos pilotos consiguieron alcanzar las primeras estribaciones montañosas sin ser detectados. Una vez allí se concentraron en evitar los pasos más sencillos de cruzar al menos hasta que cayera la noche.

Ni siquiera entonces se atrevieron a detenerse. La intensa actividad de los cazas seibergios demostraba que estaba en marcha una operación militar a gran escala, y les hizo coincidir en que no podían permitirse concederse ni un respiro. Si los seibergios se mostraban tan confiados como para olvidar toda precaución y avanzar sobre la Región Balania con sus caminantes a plena luz del día, eso sólo podía significar que las cosas estaban mucho peor que cuando salieron del *Guarida del Lobo*.

Solo volvió la mirada hacia atrás por enésima vez. Pendiente abajo, tan sólo las afiladas siluetas de las rocas y los contornos rugosos de los arbustos y de los cada vez más escasos árboles podían distinguirse en la oscuridad. La bruma que se alzaba del suelo y les cubría hasta la cintura le confería a la montaña un aspecto fantasmal. No había luces que pudieran verse en la distancia, y los únicos sonidos que llegaban hasta sus oídos eran el del viento y el de su agitada respiración. Jadeando, se giró hacia Raiven.

—Hace ya rato que no los oímos.

—Eso no significa que no nos sigan ya. No creo que vayan a rendirse tan fácilmente.

—Ojalá te equivoques. Tenemos que estar aún a cuarenta kilómetros o algo así del más próximo de los campos.

—Puede que algo más.

—Eres siempre tan asquerosamente optimista que…

—Shhh, calla… ¿Has oído eso?

—¿El qué?

—No estoy seguro —Raiven desenfundó su bláster y señaló la roca más cercana. Solo asintió y le siguió.

—No veo nada —dijo Solo mirando por encima del cañón de su pistola bláster. ¿Qué es lo que has oído?

—Como un susurro o algo así. Seguramente ha sido el viento, pero…

—Bien. Cinco minutos de descanso me vendrían muy bien.

—También a mí, lo admito.

—Sólo eso, cinco minutos. Tampoco nos conviene quedarnos fríos.

—Solo.

—¿Sí?

—Hay alguien ahí abajo, ahora estoy seguro. He visto algo moverse detrás de esos arbustos, allí.

—Maldición. ¿Crees que nos han visto?

—Quizá no, pero será mejor que nos movamos por si acaso. Podrían estar rodeándonos mientras hablamos.

—De acuerdo, vamos. Si permanecemos agachados, la bruma puede servirnos de cobertura.

—Espera —Raiven buscó en sus bolsillos y sacó de ellos varias tarjetas de datos—. Toma. Mientras despegabas de Nurtina me dio tiempo a copiar parte del material. Creo que debemos separarnos. Si cogen a uno de los dos, el otro tendrá que seguir solo. Si ése eres tú, al menos llevarás contigo la mitad de la información.

Solo miró las tarjetas resistiéndose a aceptarlas, a pesar de que comprendía perfectamente la lógica de su compañero.

—No me gusta. No siquiera sabemos si lo que necesitamos está entre lo que has podido copiar.

—No tenemos tiempo de disc…

El sonido de un disparo de bláster, procedente de algún lugar a su espalda, silenció el resto de la frase de Raiven. El rayo se estrelló en un punto situado pocos metros a la izquierda de los arbustos que Raiven le había señalado a Solo un instante antes. Se escuchó un grito de dolor. De pronto la oscuridad se rompió con los cegadores rayos rojos y verdes de un intenso fuego láser cruzado, múltiples disparos saliendo de varios lugares a la vez cuyos zumbidos hacían eco en las rocas y los troncos que les rodeaban, sonando como si todo un ejército combatiera sobre aquella ladera.

—¡Sangre negra del Emperador! ¿Quién es quién aquí? —Solo tuvo que chillar para que Raiven pudiera oírle por encima del estruendo.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Uno de los disparos rebotó sobre la cara superior de la roca tras la cual se ocultaban, obligándoles a tirarse sobre el suelo nevado mientras los pequeños fragmentos de piedra arrancados por el impacto les caían sobre la cabeza. Un momento después el tiroteo se había acabado, haciendo volver un silencio que parecía más ensordecedor que el fragor de la batalla recién terminada. Todo había sucedido en cuestión de segundos.

Sin saber si lo que acababa de acontecer les beneficiaba o no, los dos pilotos empezaron a levantarse para irse, pero no llegaron a moverse de donde estaban. Cuatro hombres y una mujer vistiendo prendas de camuflaje de diferentes procedencias surgieron apenas a unos cuantos pasos por detrás de ellos, sin que les hubieran oído llegar. Los cinco llevaban sus armas a mano, pero no les estaban apuntando con ellas. Solo y Raiven enfundaron las suyas, las cuales no habían llegado a utilizar.

—Mi nombre es Ciric Baranka —dijo uno de sus supuestos rescatadores—. Somos miembros del Ejército Balanio de Liberación. ¿Quiénes sois vosotros?

—Me alegro de conocerte —respondió Raiven antes de que Solo pudiera llegar a abrir la boca. De repente el acento coreliano de su compañero no parecía apropiado en absoluto, incluso si dejaba de exagerarlo—. Yo soy el teniente Rovardi y él el capitán Tengroth, de la Nueva República.

—No tenéis pinta de comandos. Tampoco os movéis como si lo fuerais.

Raiven se encogió de hombros, molesto a pesar de sí mismo por el último comentario del guerrillero.

—Somos pilotos de caza.

—¿Pilotos de caza? Eso lo explica. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Raiven le lanzó una mirada fugaz a Solo. Su compañero asintió con la cabeza. No tenían nada que perder confiando en los partisanos balanios, quienes quizá pudieran ayudarles a alcanzar el campo.

—Es una larga historia, pero el hecho es que llevamos con nosotros información que podría probar que los seibergios son los verdaderos responsables de un incidente con un carguero espacial en el que viajaban refugiados.

—¿Quieres decir el que derribasteis?

Raiven tragó saliva.

—¿Has oído hablar de ello? Bien, entonces ya sabes lo importante que puede llegar a ser esto. Estos datos podrían servir para convencer a los corelianos de que sus amigos seibergios son los malos aquí, y hacerles plantearse si seguir apoyándoles. Si Corellia deja de interferir con las operaciones de la Nueva República, entonces podríamos empezar a ayudaros en serio.

Baranka soltó un gruñido

—No nos vendría mal. ¿Podemos nosotros ayudaros en algo a tu compañero y a ti? —Al decir eso Baranka los miró como si para él fuera evidente que sí que necesitaban ayuda. Raiven se tragó sus últimos restos de orgullo y asintió con la cabeza.

—Sí. Tenemos que llegar a uno de los campos de la Nueva República lo antes posible.

—¿Estáis en condiciones de aguantar una noche de marcha? Parecéis cansados.

—Aguantaremos lo que haga falta —dijo Solo— Y sí, soy coreliano. Lo creas o no hay muchos de nosotros en la Nueva República.

El líder guerrillero lo miró en silencio durante un instante pero finalmente asintió.

—Muy bien. Estaréis en uno de vuestros campos por la mañana.

Los partisanos balanios registraron los cuerpos de todos los soldados seibergios que tenían a la vista, despojándoles de cualquier cosa que pudiera resultarles útil. A Solo le pareció que al menos uno de ellos respiraba aún, pero pensó que se había equivocado cuando el guerrillero que le estaba desarmando lo dejó sin mirarlo siquiera. Comida, armas, municiones, botas y varias piezas de armadura fueron repartidas rápidamente entre los cinco miembros del grupo de guerrilleros antes de que todos ellos se pusieran en marcha a buen paso. Podría hacer un minuto desde que habían echado a andar cuando se escuchó un disparo a sus espaldas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Solo volviendo la cabeza. Ninguno de los balanios se molestó en contestar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sólo había cuatro de ellos. Faltaba la mujer.

—Ha tenido que ser ella —le susurró Raiven como si le hubiera leído el pensamiento—. Me temo que está rematando a los seibergios.

—Maldita sea —*No era sensación mía. Ése tipo estaba vivo todavía*—. Creo que tienes razón.

El eco de un segundo disparo se escuchó rebotando entre las rocas durante unos instantes. Después sólo quedó el silencio.



Capítulo XVIII

—¡Alce, Llamarada, despertad!

Llamarada abrió los ojos de inmediato, olvidando rápidamente los detalles de la pesadilla que la había atormentado en su reposo. Mientras su mano izquierda buscaba el bláster en la oscuridad, volvió la cabeza en dirección al susurro que le había ordenado despertar. Surgiendo a través de la entrada de la tienda, medio abierta, vio la cabeza y los hombros de Pantera.

Llevaba puesta su armadura de combate. Llamarada no necesitaba más pistas para saber que tenían problemas.

—¿Qué pasa? —preguntó. Alce ya estaba de pie, con su arma preparada apuntando al suelo. Llamarada se reunió con él junto a la entrada intentando no molestar al resto de las personas que se encontraban durmiendo en el interior de la tienda. Afuera aún estaba muy oscuro.

—Acabamos de recibir un aviso desde el *Guarida del Lobo*. Hay un ataque aéreo en camino. Aunque aún no podemos saberlo a ciencia cierta, lo más probable es que las tropas seibergias se hayan hecho ya con la mayor parte del terreno que rodea a las montañas, y que nuestros políticos hayan dado por fin su aprobación para una acción armada en apoyo de los balanios.

Se nos ha ordenado que aseguremos los pasos de montaña que conducen a los tres campos, y que comprobemos que las áreas circundantes estén libres de merodeadores.

—Me voy contigo —dijo Alce.

—Yo también —se sumó Llamarada—. Ya tengo el brazo lo suficientemente bien como para volver a disparar con él si es necesario.

—Gracias, pero os necesito a los dos aquí. No podemos dejar el campo desprotegido. El resto del personal de apoyo tiene poca o nula experiencia militar, pero si vosotros os quedáis no tendré que dejar atrás a ninguno de mis comandos. Hay demasiados lugares que cubrir y no tengo tantas tropas como quisiera. Por supuesto no puedo obligarte, Llamarada. Me superas de largo en rango, pero…

Llamarada negó con la cabeza.

—Lo entiendo perfectamente. Nos haremos cargo de la retaguardia. ¿Alce?

—También me supera en rango a mí —respondió Alce encogiéndose de hombros.

—Muy bien, ahora me voy más tranquilo —El jefe de los comandos Lince sacó una pequeña tarjeta de uno de sus bolsillos y se la entregó a Llamarada.

—Esto abre el contenedor con las armas. He dejado allí algo de material por si lo necesitáis.

—De acuerdo, cuenta con nosotros —dijo Llamarada—. Y buena suerte —añadió mientras Alce le daba a Pantera una palmada en el hombro.

—Lo mismo os digo —respondió el comando girando ya para marcharse.

—Iré a buscar voluntarios —dijo Alce mientras la figura de Pantera se fundía en la oscuridad y desaparecía—. Vamos a necesitar unos cuantos pares de ojos para poder vigilar todos los puntos por los que podría aproximarse el enemigo.

—Vale, pero será mejor que te vistas antes del todo. Caminar por la nieve sin unas buenas botas es malo para la salud, ya sabes.

Alce se miró los pies, comprobando que aún estaba descalzo.

—Maldita sea. Parece que me he puesto un poco nervioso.

—Yo también lo estoy, Alce, y creo que sé por qué. Toda esta gente nos importa de verdad, y no queremos que a nadie le pase nada malo.

—Sí, creo que te entiendo. No es que antes de venir aquí no nos importaran, pero…

Llamarada asintió.

—Pero.

Unas tres horas después de que amaneciera, el guerrillero que se había adelantado a inspeccionar el terreno regresó junto al grupo con el que viajaban Solo y Raiven. Exhaustos más allá de lo que podía explicarse con palabras, los dos pilotos escucharon como intercambiaba algunas palabras en balanio con Ciric Baranka. Entonces, para su sorpresa, el líder guerrillero envió al explorador de vuelta por el camino que habían seguido hasta allí.

—Svenica acaba de informarme de que ha contactado con comandos de la Nueva República —les explicó Baranka en básico—. Están sólo a cinco kilómetros de aquí. Les ha dicho que vamos escoltando a dos de sus pilotos de caza y que no se encuentran en buenas condiciones.

—Eso es verdad —dijo Solo, haciendo un gesto con la mano para indicar que no había posibilidad alguna de que se sintiera ofendido por el más que discreto comentario. Baranka también podía haber dicho que estaban medio muertos y no hubiera exagerado tampoco.

—No os sintáis mal —dijo el guerrillero—. Habéis hecho un esfuerzo extraordinario para no estar acostumbrados al ejercicio físico. Cualquiera de mis hombres se encontraría cansado después de un día y una noche de marcha continua.

—Gracias —Baranka había sonado bastante sincero, incluso respetuoso.

Solo supuso que viniendo de él aquello había sido todo un cumplido hacia ellos.

—Bien. Vuestros comandos llegarán en pocos minutos, así que aquí es donde nos despedimos. Espero que lo que me habéis dicho sea cierto y que la Nueva República nos ayude.

—La ayuda llegará —dijo Raiven, intentando que no se le notara en la voz ningún atisbo de duda.

Baranka se encogió de hombros.

—Con los medios tan pobres de los que disponemos no hay forma de que podamos enfrentarnos con éxito a los caminantes y a los blindados seibergios, pero con o sin ayuda lo intentaremos —Luciendo una sonrisa irónica añadió—. Que suban aquí a por nosotros si se atreven.

Solo asintió, y con el rabillo del ojo vio que Raiven hacía lo mismo.

Ambos sabían que Baranka no hablaba sólo por hablar. Había muchos lugares en esas montañas a los que los caminantes no podrían llegar. Si los seibergios querían acabar por completo con el ejército balanio de Liberación tendrían que enviar tropas terrestres, pero éstas estarían siempre en desventaja. Las guerrillas conocían el terreno y sus dificultades muchísimo mejor, y además estaban acostumbrados a moverse sobre él. Había multitud de sitios en los que podían ocultarse de los exploradores seibergios, y desde los que podían emboscar al enemigo casi a placer, como Solo y Raiven habían tenido ocasión de comprobar esa misma noche. Mientras siguieran contando con sus santuarios entre sus cimas nevadas, los ataques relámpago contra las tropas estacionadas en la planicie se seguirían produciendo, aunque sólo fuera de cuando en cuando. Ningún soldado seibergio podría sentirse seguro en la Región Balania mientras quedara un solo guerrillero con vida, y muchos tendrían que morir antes de que ese último cayera.

—Una cosa más —dijo Baranka, al tiempo que se quitaba la mochila y empezaba a buscar algo en su interior. Lo que extrajo de ella fue un paquete rectangular del tamaño de un datapad cuidadosamente envuelto en fribroplástico—. Hace cerca de tres semanas, tres periodistas extranjeros que huían de la policía militar seibergia se toparon con nosotros. Una mujer de Chandrila, un hombre de Bethalia y un devaroniano. Nos acompañaron durante varios días, jadeando todo el tiempo como vosotros, tomando holos de las aldeas incendiadas que encontrábamos a nuestro paso, entrevistando a mi gente y a algunos de los refugiados a los que prestamos asistencia, y grabando varias de nuestras escaramuzas con los seibergios. Los dos humanos murieron juntos mientras escapábamos de un pelotón de soldados de asalto que estuvo a punto de conseguir rodearnos. Estaban demasiado cansados y no pudieron seguirnos. Vimos como les disparaban por la espalda. El devaroniano cayó dos días después de eso, junto con tres de mis hombres. Una pareja de cazas TIE nos sorprendió al descubierto, cruzando un río. Conseguí recuperar su bolsa antes de que la corriente la arrastrara con él, y esto que os doy son los discos de datos que llevaba consigo. Contienen todo el material que grabó, a excepción del último disco que se perdió junto con la holocámara. Me gustaría pensar que ni él ni los otros dos periodistas murieron para nada.

Solo se preguntó si en esos discos se vería también cómo Baranka y los suyos remataban a los soldados seibergios heridos, pero dudaba mucho que los guerrilleros hubieran dejado que los grabaran haciéndolo. El material almacenado ahí correspondería probablemente a una versión parcial de la situación, pero él no se sentía quién como para

juzgar nada. De una cosa estaba más que seguro: cualesquiera que fueran las atrocidades que estuvieran cometiendo los miembros del ejército de Liberación Balanio, los seibergios las estaban devolviendo multiplicadas. Esos tres periodistas habían perdido la vida intentando que se supiera, y aunque el interés de Baranka en que lo consiguieran distara mucho de ser puramente personal, tenía razón en ese particular. Si el trabajo de los tres reporteros no llegaba jamás a ser visto y oído por el público, su sacrificio habría sido en vano. Solo tomó el paquete en sus manos y lo colocó con cuidado dentro de su propia mochila.

—Haremos todo lo posible porque esto llegue a su destino.

Ciric Baranka asintió y estrechó las manos de ambos. Un instante después los cinco guerrilleros se habían desvanecido. Los dos exhaustos pilotos se apoyaron en una roca y esperaron en silencio, intentando recobrar el aliento. Apenas dos minutos después de que Baranka y los demás se hubieran marchado aparecieron dos comandos de la Nueva República, una mujer de aspecto atlético y rostro inexpresivo y un hombre de baja estatura que parecía hecho de puro nervio. Vestían uniformes y cascos de color blanco que les permitían camuflarse perfectamente sobre el terreno cubierto de nieve, tanto que Raiven y Solo no los vieron hasta que los tuvieron delante. Los dos pilotos levantaron las manos lentamente bajo el escrutinio de los fusiles bláster con los que los dos comandos les apuntaban directamente a la cara. Solo no pudo dejar de encontrar irónico el hecho de que los guerrilleros no los hubieran encontrado lo suficientemente peligrosos como para mostrarse igual de cautos cuando los encontraron. Al poco hizo su aparición un tercer hombre, éste con el arma apuntando al suelo, que vino a colocarse entre los otros dos.

—Bendita Fuerza, era verdad —dijo la familiar voz de Hiena, el segundo en el mando de los comandos Lince— ¿Estáis vivos o muertos? Flecha, Relojes, dejad de apuntarles. A pesar de la pinta son dos pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo.

—Hola, Hiena —dijo Raiven, todavía sin resuello—. ¿Han empezado ya los tiros?

—¿Ahí arriba, quieres decir? Aún no, que yo sepa, pero nos han avisado de que el cielo podría caernos sobre la cabeza en cualquier momento. Estamos buscando avanzadillas seibergias, por si acaso.

—Entonces no os molestéis demasiado —dijo Solo—. Tuvimos a unos cuantos pisándonos los talones, pero las guerrillas balanias dieron buena cuenta de ellos. Ahora, escucha. Tenemos aquí información que podr… —Solo no pudo continuar a causa de un repentino ataque de tos—. R-Raiven, por favor…

Raiven sacó el datapad de la mochila y se lo entregó a Hiena tal y como estaba.

—Lo que hay almacenado aquí tiene que llegarle a la capitán de navío Gen'yaa. Ya.

—Nómada, Goma —dijo Hiena en dirección a una segunda pareja de comandos a los que Raiven y Solo no habían visto—. Id a por las motojets.

Quedaos el datapad —dijo devolviéndole el aparato a Raiven—, transmitiréis esa información vosotros mismos. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Con suerte —respondió Raiven empezando a toser también—, un para-guerras.

La orden que habían estado esperando había llegado por fin, afectando a todas y cada una de las naves de la Nueva República que se encontraban en el área. La espera se había terminado y estaba a punto de escribirse un nuevo capítulo en la historia del conflicto seibergio-balanio. Víbora frunció el ceño dentro de la cabina de su ala-A. Como era costumbre, el escuadrón Cabeza de Lobo tendría uno de los papeles protagonistas.

Spuk pilotaba la nave de reconocimiento del escuadrón, un ala-RY desarmado, en el que los lásers y los lanzadores de torpedos de protones habían dejado lugar a las cámaras y a los sensores de largo alcance. En una misión como ésta, la experiencia de Spuk como piloto para *Exploraciones Ilimitadas*, la extinta compañía de exploración galáctica, tenía un valor innegable. No en vano se había pasado más horas volando en ese tipo de naves que ningún otro piloto de la flota. El parcheado grupo Colmillos le cubriría a corta distancia, con el único objetivo de mantener al indefenso ala-RY de una pieza al menos hasta que hubiera terminado su trabajo. Drake era el único piloto que realmente pertenecía al grupo de ala-X, pues ni Solo, ni Raiven ni Sacart estaban allí —y éste último jamás volvería—. El arrebnaciano dirigió su mirada por encima del ala superior de estribor para comprobar visualmente la posición de su hombre-ala sulustano, de nombre Budda Mostar, que pilotaba el caza de Raiven. Drake apretó los labios incómodo. No le gustaba nada el hecho de tener que afrontar una misión tan peligrosa como prometía serlo ésta teniendo que volar junto a un desconocido, pero no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Al menos Hanniuska le había dado a Mostar una unidad R2 de las nuevas, pues en caso contrario habría sido de muy poca ayuda. A pesar de la inquietud que sentía, Drake no pudo dejar de sonreír al recordar la cara del sulustano cuando descendió de su ala-X prestado, después del viaje de quince horas desde Sullust en compañía del insufrible androide de Raiven, *Arpin*, acostumbrado a discrepar con cualquier decisión que tomase el piloto y a comunicárselo de forma tan poco educada como ruidosa.

A la izquierda de Drake, Ibero y el otro sulustano —Biv Dubbo se llamaba— completaban el grupo Colmillos. El iberiano estaba a cargo de los cuatro ala-X en ausencia de Solo. Su unidad R2, a la que él llamaba *Sancho*, y la del propio Drake, *Ledner*, mantenían un doble enlace —ondas de radio y láser— con el R4 de Spuk, preparados para recibir la información que éste les enviara. Mientras ninguno de ellos fuera derribado, los dos androides trabajarían como unidades de procesamiento adicional, filtrando e interpretando los datos que registrasen los equipos sensores del ala-RY antes de retransmitirlos al resto de la fuerza de ataque de la Nueva República. Si uno caía —precedido probablemente por su hombre-ala— el otro continuaría solo. Si caían los dos, que la Fuerza ayudara a Spuk, porque seguramente ya no quedaría nada entre él y los lásers de los corelianos.

Varios kilómetros por detrás del ala-RY y su escolta de ala-X, Víbora y el grupo Sombras componían la segunda línea de protección para la vulnerable nave de

reconocimiento. Araña, emparejado como de costumbre con Sunami, retenía el mando del grupo de ala-A, con Reek y Halcón ocupando las posiciones tercera y cuarta de la formación. Mientras el desarrollo de la misión lo permitiera, Víbora se mantendría ligeramente apartado, intentando conservar durante el mayor tiempo posible una visión general de la situación y asignando objetivos a los dos grupos de cazas a través de Araña e Ibero. Cuando las cosas se complicaran de verdad, volaría como hombre libre, aportando sus dos cañones láser y los diez misiles de impacto cargados en los lanzadores de su ala-A allá donde hicieran más falta. Esta vez Groznik y sus Zarpas habían quedado separados del resto del escuadrón para formar parte de lo que sería la fuerza principal de bombarderos de la Nueva República. Docenas de ala-Y y ala-B, escoltados por un número similar de ala-A y ala-X, esperaban en las cercanías de las naves capitales a que los datos proporcionados por la misión de reconocimiento les llegaran convertidos en vectores de entrada y asignaciones de blancos en la superficie de Seibergia. Entonces lanzarían su ofensiva.

La flota entera avanzaba a velocidad de crucero hacia Seibergia siguiendo a distancia a los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo. Los cruceros corelianos se desplazaban en paralelo con ellos, mientras sus cazas maniobraban alrededor como aves de presa, preparados para lanzarse contra la fuerza de ataque enemiga e impacientes por vérselas de nuevo con los pilotos de la Nueva República. Lo único que esperaban era a tener confirmación de que los aparatos enviados como avanzadilla habían cruzado la línea invisible que marcaba el comienzo del espacio interior de Seibergia, hecho que marcaría el final irreversible de la tregua.

Víbora volvió la cabeza para echar un vistazo por encima de su hombro.

Todo un escuadrón de ala-X, armados como ya sabían con misiles de impacto en lugar de con torpedos de protones, se mantenían detrás de ellos, tan cerca que podía distinguirlos a simple vista. *Ésta va a ser una mala pelea, peor incluso que la anterior. Entonces perdimos a cuatro pilotos, por no mencionar a Sparks. ¿Cuántos van a caer hoy?*

—Dos-Cuatro —transmitió—, aquí Cabeza de Lobo Líder. ¿Cuál es tu tiempo estimado de llegada?

—Aquí Dos-Cuatro, Líder —respondió inmediatamente Spuk—. Aproximadamente dieciocho minutos.

—Roger, Dos-Cuatro. Avísame cuando sean cinco.

—Copiado, Líder.

Víbora sentía que un cierto fatalismo empezaba a dominarle, pero no podía hacer nada por evitarlo. La sensación le resultaba familiar. Le recordaba cómo se sentía cada vez que iniciaba a una misión en sus pasados y más oscuros días, antes de que desertara de la armada imperial. La angustia, el desprecio hacia sí mismo y la culpa le comían por

dentro durante cada instante en que se encontraba fuera de servicio. Cada vez que efectuaba una salida de combate esperaba que fuera la última, pues en cada una de ellas buscaba la muerte. Ahora todo aquello estaba superado y no deseaba morir en absoluto, pero en su pensamiento estaba el hecho de que, lo quisiera o no, bien podía suceder hoy. Sin duda a alguien tenía que tocarle. Quizá no fuera a él, pero sí a uno, a dos, o a más de sus compañeros, ahora subordinados. En el último día y medio habían llevado a cabo casi una veintena de simulaciones. Víbora había sido el que menor número de veces había resultado muerto, sólo dos. En el lado opuesto de la escala, a Spuk lo habían derribado en todas las ocasiones menos en una. Los parámetros de la simulación incluían siempre al ala-RY como blanco prioritario de los corelianos, como ciertamente sucedería en la realidad. Los esfuerzos conjuntos de los pilotos de los grupos Colmillos y Sombras le habían permitido sobrevivir el tiempo suficiente como para completar el reconocimiento en tres de cada cuatro intentos. Una de cada dos ocasiones en las que lo habían derribado conseguía saltar a tiempo. Por lo tanto, según el simulador, las posibilidades de que Spuk pudiera llevar a cabo su tarea eran del 75%, y sus posibilidades de seguir con vida después de eso eran aproximadamente del 50%, suponiendo que en el caso de tener que eyectarse fuera rescatado a tiempo —y que no le sucediera lo que a Torpedo, por ejemplo—. Y sin embargo, a pesar de todo, Spuk había seguido presentándose voluntario para pilotar la maldita cosa. Víbora descompuso el gesto. Ya era bastante duro perder a compañeros tuyos en una misión, pero aún era peor si eras tú quien se encontraba al mando, cuando tuya era la responsabilidad de hacer las cosas de un modo u otro, y tus errores a la hora de elegir podían ser la causa directa de esas muertes. Esa diferencia la había aprendido del modo más trágico posible, en su primera salida como líder del escuadrón, y desde entonces no había podido dejar de preguntarse si realmente estaba hecho para el mando. No era que pensara que no sirviera para ello. Sabía que era un excelente piloto de caza, probablemente el mejor del escuadrón, y era capaz de mantener la cabeza fría tanto dentro como fuera del combate. Podía mandar un escuadrón, sí que podía, pero no le gustaba tener que hacerlo.

Como si eso importara. Le gustara o no, no había opción alguna. Tenía que aceptar esa responsabilidad, asegurarse de que se alcanzaban los objetivos de la misión, y traer de vuelta a tantos pilotos vivos como fuera posible. Lo haría lo mejor que pudiera, y esperaba con todo su corazón que eso fuera suficiente. Si la muerte le sorprendía mientras lo intentaba, que no fuera al menos porque se hubiera distraído, o porque hubiera volado por debajo de sus habilidades y de su entrenamiento. Si uno o más de sus pilotos morían, que no fuera porque él hubiera subestimado una amenaza, o porque hubiera fallado un disparo fácil. Eso era todo lo que se atrevía a pedir.

Y no obstante, aquí, en su único y auténtico elemento, había una parte de él que no dudaba realmente de sus posibilidades. Los corelianos podrían ser todos pilotos de primera, así lo habían ya demostrado, pero ninguno de ellos podía presumir de haber estado luchando en primera línea durante años como sí que era su caso. No, desde luego que no lo iban a tener fácil. Víbora se sorprendió al descubrir que en lo más profundo de

su ser, allá donde no llegaban las consideraciones de la razón y existía sólo el instinto, sentía verdaderas ansias por volver a entrar en combate. Sin poder hacer nada por evitarlo, experimentaba un amargo y en cierto modo perverso deleite al pensar que estaba a punto de encontrar su propia y particular venganza. Los corelianos iban a pagar por cada amigo que habían matado y por los que quizá matarían hoy. Víbora se acordó de lo que Mar Hanniuska le había pedido justo después de la última batalla e hizo suyo el deseo de la mecánico jefe. *No te preocupes, Mar, no me olvidaré de tus dos corelianos. Por Detrs y por Kllips y por el resto de tus mecánicos. Y después algunos más por Torpedo, por Iceberg, por Sacart y por Ermitaño*.

—Señora —dijo APD-5 llamando la atención de la capitán de navío Gen'yaa—. Acabamos de recibir una solicitud para el envío de una transmisión encriptada desde Campo Dos.

—¿Encriptada? —Gen'yaa frunció el ceño, molesta por la interrupción . El momento no podía ser más tenso, con la flota avanzando hacia una batalla segura y los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo a minutos escasos de su objetivo—. ¿Qué puede ser tan importante? —Aún no había terminado de formular la pregunta cuando de repente comprendió de qué o mejor dicho de quién podía tratarse. *Tengroth y Rovardi*—. Acepta la transmisión y pásamela aquí.

—*Guarida del Lobo* —se escuchó decir a Solo, su voz sonando perfectamente clara y limpia de estática— aquí el capitán Tengroth en Campo Dos.

—Aquí la capitán de navío Gen'yaa. Informe, capitán.

—Señora, creo que lo tenemos. La unidad de almacenamiento de nuestro datapad está llena de todo tipo de datos relacionados directa o indirectamente con la nave derribada, principalmente grabaciones de transmisiones y registros de la base de datos del espaciopuerto de Nurtina, millones de ellos. No sabemos dónde está exactamente lo que está usted buscando, pero si existe debe estar aquí.

—Transmítalo todo. Ahora.

—Recibiendo datos —confirmó APD-5 casi de inmediato. El androide estaba conectado a la unidad de comunicaciones a través de los puertos situados en sus dedos. Varios de los indicadores ópticos situados en su cuello comenzaron a parpadear mientras ejecutaba verificaciones de la integridad de los datos y procesaba fragmentos de información en busca de claves para su clasificación que compartía con el ordenador central del *Guarida del Lobo*.

—APD-5, ábreme una línea con el *Libertador*. Date prisa. Tengroth, necesito que me dé alguna pista, algo que me sirva para empezar a buscar.

¿No puede decirme nada? ¿Ni siquiera el nombre de la nave?

—Lo siento, señora, no hemos tenido ocasión de…

—¡*Mano del Idiota*! —se escuchó exclamar a Raiven—. ¡Ése era el nombre, señora!

En el puente del destructor estelar *Libertador*, que había tomado el puesto del *Alma Valiente* como nave insignia, Leia Organa observaba con atención los movimientos de ambas flotas junto al vicealmirante Sinessis. Si nada lo remediaba, y a ella no se le ocurría cosa alguna que pudiera obrar el milagro a estas alturas, esas gigantescas naves estarían muy pronto disparándose las unas a las otras con su inmensa potencia de fuego. Era tal la capacidad de destrucción congregada allí que a Leia no le cabía la menor duda que desde el instante mismo en que diera comienzo la batalla los muertos empezarían a contarse por docenas, poco después por cientos, y que al final de la lucha serían miles los caídos.

—Espero que estemos haciendo lo correcto —se escuchó decir a sí misma.

—Sólo el tiempo puede responder a eso —contestó el vicealmirante.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido para evitar que sucediera esto, ¿verdad?

—Yo creo que sí —respondió Sinessis, visiblemente incómodo.

—Es difícil estar seguros, no obstante. En cualquier caso, es demasiado tarde para arrepentirse. Ahora nos toca actuar y ser firmes, y que la Fuerza nos acompañe a todos.

—Que así sea, consejera.

Leia sintió la mano de alguien tocándole suavemente en el hombro. Al volverse se encontró como era de esperar con Invierno. La expresión de su rostro era tan neutra como de costumbre, pero a través de la Fuerza percibió que algo hacía que su asistente se sintiese extrañamente ansiosa. Eso no es típico de ella. Leia se puso alerta.

—¿Sí, Invierno?

—Es la capitán de navío *Gen'yaa*, del *Guarida del Lobo*. Sus dos agentes han aparecido en uno de nuestros campos de refugiados.

El corazón de Leia se saltó varios latidos

—¿Qué tiene?

—De momento sólo datos sin procesar. Pide tiempo para revisarlos.

Leia suspiró, sintiendo como la súbita explosión de esperanza que había experimentado moría tan rápidamente como había nacido.

—Tiempo es la única cosa que no podemos darle —dijo Leia—. Dile a la capitán de navío Gen'yaa que vuelva a ponerse en contacto si descubre algo que podamos usar.

Invierno frunció el ceño.

—¿No vas a hacer que se posponga el ataque?

—Podría ordenarles a nuestros cazas que esperen —sugirió el vicealmirante Sinessis—. Después de tantos días, una hora más tampoco debería suponer mucha diferencia.

Leia negó con la cabeza.

—No permitiré que ni un solo balanio más sufra o muera a causa de que decidimos concedernos algo más de tiempo antes de hacer algo por ayudarles. Ya hemos esperado demasiado.

A bordo del *Primer Ciudadano*, el almirante Sellman y varios de sus oficiales de alto rango tenían ante sus ojos una vista muy similar a la que en esos mismos momentos contemplaban sus contrapartes en el lado de la Nueva República. Por los altavoces del puente se escuchaba la voz del comandante del escuadrón Coronet, informando sobre el avance de los cazas enemigos hacia espacio seibergio.

—Aquí Coronet Líder. Si mantienen su velocidad actual cruzarán los límites en doce minutos.

El capitán del *Primer Ciudadano*, que se encontraba entre los acompañantes del almirante Sellman, se aproximó a la unidad de comunicaciones para hablar directamente con el jefe de escuadrón.

—Coronet Líder, aquí el capitán de navío Bormeis. ¿Cuántas naves de reconocimiento ha podido usted ver?

—Sólo un ala-RY, señor, escoltado por varios cazas estándar del tipo ala-A y ala-X.

—En ese caso marque el ala-RY como objetivo primario, comandante.

Tiene usted permiso para derribarlo tan pronto como cruce los límites.

Probablemente esperará hasta el último momento antes de desplegar los contenedores con los sensores de largo alcance. Acabe con él antes de que lo consiga .

—No será fácil alcanzar al ala-RY sin eliminar antes a una parte significativa de su escolta, señor.

—Haga lo que tenga que hacer, comandante.

—A sus órdenes, señor. Será un placer.

El almirante Sellman gruñó por lo bajo. Sus hombres tenían demasiadas ganas de entrar en combate, y no debería ser así. A veces le parecía que él era el único en comprender las consecuencias de lo que estaba a punto de pasar.

Después del día de hoy, nada volvería a ser lo mismo para Corellia. Estarían en guerra quién sabía por cuánto tiempo. Miles, millones quizá, morirían en ella, y de un modo u otro el pueblo coreliano saldría perdiendo. La Nueva República podría ser aplastada, sí, pero ellos no volverían a ser libres nunca más. Primero serían aliados, poco después ciudadanos del Imperio. Es decir, sirvientes del Emperador. *Ésta podría ser la última vez que mando mi propia flota. La próxima ocasión puede que tenga que responder ante un gran almirante imperial*.

—Avise a los seibergios —le dijo al capitán Bormeis—. Más vale que se preparen para enfrentarse a los cazas y a los bombarderos que consigan pasar, si es que alguno lo hace, y que nos ayuden a proteger su propio espacio.

—De acuerdo, almirante.

—Dígale también al capitán del *Soberano* que se deje caer diez kilómetros más por detrás nuestro. De ese modo serán capaces de amenazar al *Rescatador* cuando maniobre para encararnos.

—Eso nos deja en una posición algo más vulnerable en el caso de que el *Borrasca* o el *Libertador* intenten rodearnos —comentó el segundo oficial de Bormeis.

—Puede, pero no podemos esperar ganar esta batalla sin correr ningún riesgo. ¿Alguna noticia desde Corellia?

—No, señor —respondió el oficial de Comunicaciones del *Primer Ciudadano*—. El Diktat ha enviado un mensaje pidiendo que se le mantenga informado, eso es todo.

—Muy bien.

—Diez minutos hasta los límites —anunció la voz de Coronet Líder.

Sellman notó como todo el mundo se iba poniendo más tenso a su alrededor.

Se acercaban al punto de no retorno. Diez días de conversaciones para acabar ahora así. No quería pensar que hubiera sido un error aceptar la propuesta de tregua de Organa, pero en esos instantes resultaba muy difícil no verlo así.

Había esperado que la consejera llegara a comprender cuál era su posición.

Por un momento casi había creído que podrían alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas partes, pero no había sido más que una ilusión.

Sellman se acordó de cómo se habían estrechado las manos pocos días antes, la abierta sonrisa de Organa y su propia satisfacción, pero en seguida ese recuerdo fue sustituido por el de la consejera amenazándole, dándole un ultimátum. Sintió cómo volvía la ira.

—Va a hacerlo —murmuró el almirante entre dientes—. La avisé, pero no ha querido escucharme.

—Perdón, ¿decía usted algo, almirante?

—No, nada, capitán. —*La mayoría de los corelianos no somos demasiado hábiles cuando se trata de emplear la palabra. Pero Leia Organa y la Nueva República están a punto de descubrir lo bien que se nos da pelear*.

Talina Gen'yaa tenía que hacer un considerable esfuerzo para mantener la mente clara dadas las circunstancias. Era posible que tuviera en sus manos la prueba que demostrara que los seibergios estaban involucrados de algún modo en el incidente pero no podía utilizarla, ya que ni sabía dónde encontrarla ni tenía tiempo para buscarla.

—APD-5, ¿Qué porcentaje de la información has recibido hasta ahora?

—Ochenta y cinco punto cuatro dos por ciento, señora —respondió el androide sin volver la cabeza— Acabaré en menos de treinta segundos.

—¿Es posible desencriptar y analizar ese volumen de información en menos de… nueve minutos?

—Lo siento, señora. No dispongo de suficiente capacidad de procesamiento.

—¿Y si pongo a tu disposición todos los recursos informáticos del *Guarida*?

—En ese caso las posibilidades de éxito aumentan considerablemente, pero debo advertirle que sería a costa de desactivar temporalmente muchos de los sistemas de la nave.

—Eso ya lo sé —Gen'yaa se acercó a un terminal e introdujo su chip de identificación personal seguido de una orden. Uno tras otro, y tan deprisa como le era posible, se dedicó a completar una serie de procedimientos de seguridad que incluyeron la introducción de dos conjuntos de claves memorizadas, una análisis de retina y otro de microtejidos, para esto último bastaba con poner el dedo sobre el dispositivo lector y se activaba un láser quirúrgico capaz de extraer una muestra microscópica de piel sin que el sujeto lo notara siquiera.

Cerca de ella, el capitán Wumb observaba el proceso en silencio, sin cuestionar lo que la bothan estaba a punto de hacer. Durante el tiempo en el que no pudiera contar con sus ordenadores, el *Guarida de Lobo* estaría prácticamente indefenso y sería apenas gobernable, y eso justo antes de que estallara una batalla. Pero si había aunque sólo fuera una oportunidad de evitar la guerra, no cabía duda de que tenían que intentarlo.

—Hazlo, APD-5 —dijo Gen'yaa—. Ahora.

—¿Qué debo buscar, señora?

—Información acerca de una nave llamada *Mano del Idiota*. Algo que la relacione con una operación militar, o quizá… No, no, espera. Concéntrate en las transmisiones de voz hacia y desde esa nave cuya fecha de grabación se corresponda con la de hace trece días. Busca expresiones en básico o en seibergio que incluyan los términos Nueva República, rebelde, caza, bloqueo… misil, mina, balanio y refugiado.

—Procesando —Frente a Gen'yaa, la pantalla táctica quedó congelada durante un instante y después se apagó, como la mayoría de los instrumentos y consolas que había en el puente. Wumb explicó brevemente a la tripulación lo que estaba sucediendo y sus instrucciones fueron retransmitidas eficientemente al resto de la nave a través del sistema de comunicaciones interno, que no estaba afectado por el parón general. Cada persona debía esperar en su puesto hasta que sus equipos recuperaran la señal del ordenador, y si era necesario rearrancar los sistemas bajo su responsabilidad en el menor tiempo posible. Mientras tanto, los artilleros tendrían que operar sus armas de forma manual, sin sensores ni sistemas de guiado ni de control de puntería. Gen'yaa escuchó como Wumb hablaba con la teniente Boradelis, en la sección de ingeniería. La mon calamari mantendría los escudos bajo una configuración estática. Si eran atacados antes de que se recuperaran los procesos informáticos que se encargaban de compensarlos automáticamente en caso de ser alcanzados, una concentración de fuego sobre cualquier punto vulnerable bastaría para destruir al portanaves en cuestión de segundos, tan pronto como quedara traspasado el blindaje del casco. La capitán de navío era consciente de que, una vez más, la vida de todos los miembros de su tripulación estaba en juego. Pero al menos esta vez estaba con ellos.

—Ya está todo —dijo Raiven. Solo y él estaban solos dentro de la tienda que albergaba la unidad de comunicaciones de Campo Dos. Los comandos que les habían traído hasta aquí habían vuelto a partir a toda prisa con sus motojets para volver junto a Hiena y al resto de su equipo—. Acaban de cortar la transmisión desde el *Guarida*.

—Me ha parecido que Gen'yaa estaba bastante nerviosa.

—Así es. Hasta hoy lo habría creído imposible.

—Eso sólo puede significar una cosa —Solo sacudió la cabeza, repentinamente deprimido—. Maldita, maldita sea. Llegar tan lejos y pasarlo tan mal tan sólo para descubrir que ya es demasiado tarde.

—No digas eso, ni siquiera lo pienses —Raiven apoyó una mano sobre el hombro de su compañero—. Gen'yaa sabrá qué hacer.

Solo asintió, aunque sin demasiada convicción. Durante algunos días casi —sólo casi— había llegado a olvidarse de la razón última por la que estaban en Nurtina, jugando a los espías. Ahora la realidad de lo que estaba pasando en algún lugar por encima de sus cabezas cayó sobre él como un martillo sobre un cristal de Naferr II. Solo se estremeció, sintiéndose enfermo, a punto de vomitar. Ya había tenido que disparar contra su propia gente una vez, y ellos le habían disparado a él. Rezaba para que no hubiera una segunda ocasión.

—Cinco minutos a la línea fronteriza —informó Spuk, tal y como Víbora le había ordenado. El piloto del ala-RY revisó una vez más los indicadores de estado de cada uno de los sistemas, dedicando especial atención a los que controlaban el funcionamiento de todos los equipos de reconocimiento. Sería más que frustrante si a cualquiera de ellos le diera por fallar precisamente ahora. Sobre sus pantallas sensoras aparecían representadas las señales correspondientes a varias docenas de naves. Demasiadas de ellas eran de color violeta . *Mierda. Si tan sólo me hubieran podido dar uno de esos nuevos ala-RX no me hubiera sentido tan expuesto*. Al menos el ala-RY tenía potentes escudos y un buen blindaje. Aguantaría un castigo considerable antes de desintegrarse. Spuk chasqueó la lengua disgustado. Lo mejor sería que se concentrase en su tarea y evitara perder el tiempo calculando otra vez cuáles eran sus posibilidades de salir vivo de ésta. Eso ya lo habían hecho los simuladores, aunque empezaba a temer que ese 50% que habían dictaminado fuera demasiado optimista.

—Cazas de la Nueva República —la voz de un hombre con un claramente reconocible acento coreliano se dejó escuchar por los auriculares de cada uno de los pilotos— Aquí el comandante Baler, al mando del escuadrón Coronet.

Creo que ya lo sabéis, pero sólo por si acaso os aviso de que estáis a punto de entrar en espacio seibergio. Tenemos órdenes de disparar en cuanto crucéis la frontera.

—Aquí Cabeza de Lobo Líder —contestó Víbora por la misma frecuencia.

—Es usted muy amable, comandante. Por mi parte le aviso también de que si nos atacan nos defenderemos. Cabeza de Lobo Líder fuera.

En la cabina de su ala-A, Araña puso los ojos en blanco. Incluso si el tal comandante Baler no se hubiera identificado por su nombre, no habría tenido problema alguno en reconocer su voz. *El tipo del maldito desfile*. Araña inspiró profundamente. *Tiene que ser mi destino o algo así*. Le pidió al ordenador de vuelo que identificara a la nave coreliana que había sido origen de la transmisión, y apenas un instante más tarde uno de los puntos violetas que aparecían sobre su pantalla sensora comenzó a parpadear. Araña sonrió de medio lado y seleccionó esa signatura en la primera posición de su memoria de blancos. Recordó que la otra vez no lo había hecho, a pesar de que no le habían faltado oportunidades para localizar al caza de Baler dada la cantidad de transmisiones que efectuó antes de que se iniciara el combate. Se preguntó cómo era posible que no se le hubiera ocurrido algo tan sencillo, con las ganas que tenía de darle una lección al presuntuoso coreliano. Al pensar en ello se dio cuenta de que ahora no se sentía enfermo como entonces. Ni tampoco tan ansioso, ni tan tenso y ni siquiera la mitad de furioso. *¿Tendría razón el Tijeras? ¿Reaccioné en exceso porque mi organismo estaba falto de sueño?*

Araña soltó un gruñido. *Basta de darle vueltas a lo que ya no tiene remedio. Lo único que significa esto es que ahora seré capaz de hacerlo mucho mejor, así que vigila tus seis en punto, Baler*.

—Cuatro minutos —se escuchó decir a Spuk.

APD-5 volvió bruscamente su cabeza hacia Gen'yaa, saliendo de su inmovilidad.

—Tengo lo que me ha pedido, señora. Máxima coincidencia con los parámetros de búsqueda.

—¡Libera los recursos del ordenador principal! A todos los puestos, aquí la capitán de navío Gen'yaa. ¡Reinicien sus sistemas ahora!

La bothan se colocó al lado del androide, cogió unos auriculares y le pasó un segundo par al teniente de navío Dey'jaa, que acababa de llegar atendiendo a su llamada. No quería que el resto de los oficiales del puente se distrajeran justo ahora, cuando debían apresurarse para devolver a su estado operacional todos los sistemas que dependían total o parcialmente de los ordenadores, antes de que se encontraran bajo fuego enemigo. Quedaban menos de cuatro minutos. Poquísimo. El capitán de fragata Wumb inclinó la cabeza en dirección a Gen'yaa y se hizo cargo de la situación. A una señal de la capitana, APD-5 comenzó a reproducir una grabación de las transmisiones efectuadas desde el *Mano del Idiota*, al parecer muy poco antes de que fuera interceptado por la patrulla de cuatro cazas del escuadrón Cabeza de Lobo.

Los dos bothan escucharon con la mayor atención, concentrándose al máximo para no pasar por alto ni una sola palabra. Aunque APD-5 hubiera acertado a la primera, no tendrían ocasión de pasar la grabación otra vez para estar seguros.

Si esto no era lo que necesitaban, tampoco quedaría tiempo suficiente para seguir buscando entre los terabytes de información que el androide había almacenado en los bancos de datos del *Guarida del Lobo*. Gen'yaa y Dey'jaa se perdieron los avisos de tres y de dos minutos antes de alcanzar los límites del espacio seibergio transmitidos por el piloto de la nave de reconocimiento.

De pronto se miraron el uno al otro y Dey'jaa asintió. Gen'yaa se quitó los auriculares de un manotazo y los dejó caer descuidadamente sobre la cubierta.

—¡APD-5, ponme en contacto con el *Libertador* ahora mismo!

—¡Leia, es Gen'yaa otra vez! —exclamó Invierno desde una de las consolas del bajopuente del destructor estelar—. ¡Dice que lo tiene!

Leia le lanzó una mirada fugaz a Sinessis y saltó directamente al bajopuente, junto a Invierno y al oficial técnico que operaba la unidad de comunicaciones anexa.

—Alférez, conecte esos altavoces.

—Aquí la consejera Organa, capitán de navío Gen'yaa. ¿Qué es lo que ha encontrado?

—Consejera, los seibergios amenazaron al piloto del transporte siniestrado con derribarlo y le obligaron a intentar engañar a nuestros pilotos.

Tengo la grabación de las transmisiones.

—Bendita Fuerza…

El vicealmirante Sinessis le habló desde la cubierta principal del puente.

—Consejera, ya no hay tiempo. La nave de reconocimiento está a medio minuto de cruzar la frontera.

Leia se obligó a sí misma a mantener el control de sus nervios.

—Capitán de navío Gen'yaa, transmítasela directamente a los corelianos, sin encriptar.

Intentaré convencer al almirante Sellman para que retenga a sus fuerzas.

Vicealmirante, llame al comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Dígale que esperen.

A través de los altavoces del puente escucharon la voz de uno de los pilotos que escoltaban a la nave de reconocimiento. Los corelianos les estaban disparando. Invierno miró a Leia a los ojos.

—Demasiado tarde.

—Muy bien, gente —transmitió Víbora—. Ya sabéis lo que hay que hacer. Tres, dos, uno, ¡Ahora!

A la señal de Víbora, los cuatro ala-A del grupo Sombras ejecutaron un giro invertido de ciento ochenta grados y se encararon con los ala-X enemigos, disparando misiles de impacto contra sus blancos preasignados sin esperar a que sus sistemas de guiado se centraran sobre ellos. La formación coreliana se deshizo en cuestión de décimas de segundo mientras los pilotos maniobraban para esquivar las cabezas de guerra dirigidas contra ellos.

Spuk empujó hasta el fondo la palanca del selector de potencia, que hasta ese instante había mantenido en la posición de tres cuartos, y redirigió la mitad de la energía de los generadores de escudos para reforzar la potencia de los motores. El ala-RY saltó hacia delante seguido tan sólo por los ala-X de Ibero y de su hombre ala. Drake y el otro sulustano conservaron su velocidad y rumbo presentes pero incrementaron considerablemente la distancia entre ellos, abriéndose hacia ambos lados. Si algún caza enemigo hacía intento de cruzar por el hueco que acababan de dejar en persecución del ala-RY, teóricamente estarían en condiciones de derribarlo en pocos segundos.

—Desplegando contenedores en treinta segundos —informó Spuk.

La retaguardia se había convertido en una auténtica locura. Apenas se había extinguido el eco de los primeros disparos cuando ya uno de los ala-X corelianos explotaba en un millón de fragmentos y otro más perdía una de sus alas, alcanzados ambos por sendos misiles de impacto. Reek consiguió derribar a un tercero con una descarga combinada de sus cuatro cañones láser justo antes de recibir el impacto de un misil enemigo en la tobera de su motor de babor. El sonido de la alarma inundó la cabina ensordeciéndole mientras activaba el mecanismo de eyección. Piloto y asiento fueron lanzados lejos del maltrecho ala-A justo cuando otro misil penetraba en el casco y detonaba en el interior del pequeño caza. Halcón alcanzó al ala-X que había disparado esos dos misiles maldiciéndose a sí mismo en voz alta por haber llegado tres segundos tarde. Por un brevísimo instante creyó ver un borrón anaranjado a un centenar de metros por encima de su cabeza. La señal intermitente procedente de una boya de localización de emergencia apareció fugazmente en su pantalla sensora, confirmando su impresión.

—¡Siete ha saltado! ¡Creo que está bien!

—Gira veinte grados hacia babor y te cubriré —dijo Víbora—. ¡Atentos todos, que no pase ninguno!

—¡Malas noticias! —exclamó Araña—. Cuatro de ellos van ya de camino.

¿Los seguimos?

—Negativo, Nueve, olvídate de ellos. Uno-Cuatro, aquí Líder. Cuatro bandidos van hacia vosotros.

—Roger, Líder —respondió Drake con fría calma—. Estamos listos y esperándoles.

—Contenedores desplegados, sensores activos —informó Spuk—. Tengo lecturas positivas. Transmitiendo datos.

—Señor, estamos recibiendo una transmisión sin codificar y por un canal abierto de una nave de la Nueva República.

—¿Qué nave? —preguntó el almirante Sellman volviéndose extrañado hacia el capitán Bormeis.

—El *Guarida del Lobo*.

—¿El *Guarida del Lobo*? —repitió. Había esperado oír que se trataba del *Libertador*. Sería muy propio de Leia Organa llamar ahora, cuando no quedaba nada que decir, e intentar convencerle una vez más para que contraviniera las instrucciones del Diktat y no siguiera adelante. Pero el *Guarida del Lobo* era ese sorprendente portanaves de combate que había intentado enfrentarse en solitario contra toda su flota cuando entraron en el sistema, y que había conseguido desactivar temporalmente al *Soberano*—. Ordene a su gente que analicen esa transmisión con sumo cuidado, capitán. Podría ser una trampa.

—Sí, señor. Alférez, active los protocolos de seguridad de la unidad de comunicaciones y analice la transmisión. Asegúrese de que no contiene ningún tipo de virus para confundir o incapacitar nuestros ordenadores. Si esconde un intento de intrusión en nuestros sistemas bloquee la transmisión.

—Negativo a ambas cosas, señor, puedo confirmárselo ya. Parece una grabación, sin imagen, hologramas ni datos de ninguna clase. Sólo voz.

¿Y ahora qué traman esos rebeldes? pensó Sellman, sorprendido pero intrigado a pesar suyo.

—Pásela a esta consola, alférez, pero antes de reproducirla aísle la consola del resto del sistema. Por si acaso. Capitán Bormeis, prepárese para contrarrestar la maniobra de sus naves capitales en cuanto hagan su movimiento. Ordene que dos tercios de nuestra fuerza de cazas avancen dos mil kilómetros en dirección a Seibergia y esperen allí para interceptar a los bombarderos de la Nueva República, lejos de la cobertura de sus destructores.

—A sus órdenes, señor.

—…. *Mano del Idiota*, aquí *Repartidor Uno* —comenzó la grabación—. Eso ha sido un misil de impacto, lo he hecho explosionar antes de tiempo. Es el único aviso que vamos a darte… —Sellman torció el gesto. *¿Qué es esto, Organa?*

—Señor —le llamó el alférez—. Tenemos una solicitud de transmisión del *Libertador*.

Aquí está la dama.

—Acepte la transmisión. Consejera Organa, ¿es usted?

—Sí, almirante Sellman. ¿Han recibido la grabación?

—La estoy escuchando ahora mismo. ¿Puede explicarme qué se propone con esto?

—Esa grabación es la prueba que usted pedía. Los seibergios utilizaron al transporte en el que viajaban los refugiados para tendernos una trampa, tanto a Corellia como a la

Nueva República. Querían que derribásemos esa nave para desacreditarnos a nosotros y al mismo tiempo obligar a Corellia a tomar parte activa en el conflicto.

—Eso no tiene ningún sentido, consejera. Es obvio que está usted intentando ganar tiempo, pero no lo va a conseguir.

—Nada de lo que diga servirá para convencerle —dijo el vicealmirante Sinessis en voz baja, pero no tanto como para que Invierno no pudiera oírlo.

—¿Quiere usted apostar, señor? —preguntó, pero a pesar de lo mucho que confiaba en el talento de Leia como negociadora no podía dejar de pensar que Sinessis tenía razón.

Leia también había oído el comentario, pero no quiso admitir la derrota.

No ahora, cuando tenía al fin aquello por lo que había estado suspirando desde el mismo comienzo de esta crisis. Un involuntario escalofrío le recorrió la espalda, no obstante, cuando se le ocurrió preguntarse si acaso el Diktat no habría cedido ya a las presiones de Sate Pestage. Si ése era el caso lo que acababa de decir Sinessis era cierto, y la Nueva República tenía un nuevo enemigo declarado. Uno que podía destruir desde dentro lo que tanto esfuerzo y tanta sangre había costado construir, cuando los miles de corelianos que servían en las fuerzas armadas y en la administración de la Nueva República empezaran a cuestionarse a qué bando debían sus lealtades. Pero cuanto más escuchaba de la grabación —la estaba oyendo al mismo tiempo que Sellman— más segura estaba de tener razón. Los seibergios eran los verdaderos causantes de todo esto, probablemente con el apoyo o incluso bajo las órdenes del Emperador. ¿Pero cómo hacer que el almirante Sellman, la persona de quien dependía todo en ese instante, comprendiera la verdad? *Probablemente cree que se trata de una falsificación, algo que hemos confeccionado con la única intención de retrasarle, tal y como acaba de afirmar. Llegará el momento en que sus técnicos le dirán que la grabación era auténtica, pero para entonces ya será demasiado tarde como para cambiar los hechos. Si tan sólo pudiera hacerle dudar de sus ideas preconcebidas, que aceptara al menos la posibilidad de que pueda estar equivocado en esto. ¡Piensa, Leia, piensa!* En lugar de dejarse llevar por la desesperación, Leia se relajó y dirigió su mirada hacia su propio interior, buscando en la Fuerza la serenidad que tanto necesitaba. Sabía que todo estaba en su mente. Todos los datos sobre el conflicto, los precedentes, cada hecho relevante, cada clave. En un momento en el que cualquier otra persona hubiera sucumbido al nerviosismo de contar con segundos escasos para encontrar una palabra o dos que pudieran detener la catástrofe que se abalanzaba sobre todos ellos, Leia Organa se encontró más en calma que nunca. El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Los oficiales que se encontraban en el puente del *Libertador* exclamaban avisos y gritaban órdenes, pero ella no los oía. Las pantallas tácticas se cubrían de datos a medida que el vicealmirante Sinessis desplegaba la flota y la hacía maniobrar para el combate, pero ella no veía nada de todo eso. Era algo que Invierno se había preguntado en voz alta, en las primeras horas después de que se tuviera

noticia del incidente, y Mon Mothma le pidió a Leia que se preparara para desplazarse al cúmulo Viayak en cualquier momento. Ella misma le había repetido esa pregunta al almirante Sellman en una de sus primeras sesiones, pero él no había querido o no había sabido responderla, y la pregunta había quedado en el aire, olvidada hasta ahora. *¡Eso es!* pensó, *¡Sí, eso es!*

De pronto Leia sabía exactamente qué era lo que tenía que decir.

—Almirante Sellman, ¿sabe usted quién le dijo a la gente de Coronet News en qué coordenadas debían buscar los restos del transporte?

La grabación terminó en ese mismo instante. A pesar de encontrarse hablando al mismo tiempo con Organa, al almirante Sellman no se le había escapado ni una sola palabra. Si esa transmisión era lo que la consejera decía que era, y suponiendo que no se tratara de un fraude, realmente podría probar que los seibergios no eran inocentes de ese incidente en particular. Pero, ¿cambiaba eso algo? Los seibergios eran sus aliados, y tenían todo el derecho a usar cualquier truco que se les ocurriera con tal de romper el bloqueo que la Nueva República había establecido unilateralmente en torno a su mundo.

Sembrar las rutas espaciales de minas no era precisamente una táctica muy limpia, pero considerando su inferioridad respecto a la flota de la Nueva República, ésa era la mejor opción que le había quedado a los seibergios para poder obstruir al menos las actividades del enemigo. Sellman estaba a punto de interrumpir la transmisión sin molestarse siquiera en contestar a Organa, cuando de pronto se dio cuenta de a qué se refería realmente la consejera. La respuesta a su pregunta era también la respuesta a las suyas propias.

¿Importaba quién le había pasado la información a los medios? Sí, importaba.

¿Cambiaba eso algo? Sí, lo cambiaba todo. Había leído los informes de Inteligencia. Coronet News había recibido la información de una fuente seibergia sin revelar, horas antes de que los tres transportes incapacitados por los cazas de la Nueva República fueran reparados y devueltos. *Por eso llegaron hasta allí tan pronto, sabiendo justo dónde buscar. Como sabían también lo que iban a encontrar, lo que verían al acercar sus cámaras a los restos del carguero derribado. Los seibergios querían que fueran periodistas corelianos quienes lo descubrieran. Lo hemos sabido todo el tiempo. Todos hemos admitido que fueron las imágenes difundidas por Coronet News lo que provocó el incremento en la presión popular, empujando al Diktat a mostrarse de acuerdo con una intervención militar para la que hasta la fecha había negado su permiso. La jugada les salió muy bien a los seibergios. Lo único que omitieron explicar fue que habían sido precisamente ellos quienes colocaron a esa nave bajo los cañones de los cazas de la Nueva República. Quién sabe si no lo habrían intentado ya antes…* El almirante Sellman descubrió que a pesar de lo que le había contestado a la consejera Organa hacía menos de un minuto, lo que le había contado sí que tenía sentido. Todo el sentido.

—Maldito sea Somolovich y cada uno de los seibergios con los que me topado en mi vida —dijo en voz alta—. Capitán, ordene a nuestros cazas que abandonen el combate con los cazas de la Nueva República. Alto el fuego.

—¿Señor?

—¡Ha oído usted bien, capitán! Consejera Organa, ¿aún me está usted escuchando?

—Sí, almirante, sigo aquí.

—Pueden llevar a cabo su reconocimiento, pero mantenga a sus bombarderos donde están o no habrá conseguido usted nada, ¿está claro?

—¿Significa eso que ya sabe usted lo que van a mostrar los datos del reconocimiento?

—Sus bombarderos, consejera —insistió Sellman, evitando responder a la última pregunta de Leia Organa. Ambos sabían que era retórica—. Deme quince minutos. Quince minutos y después continuaremos con lo que tengamos pendiente —El coreliano no quiso aclarar si lo que retomarían serían las negociaciones recién interrumpidas o la batalla apenas empezada, pues eso precisamente era lo que debía resolverse en los quince minutos que le había pedido a Organa.

A bordo del *Libertador*, Leia dudaba. A medida que se iban recibiendo los primeros datos enviados por el ala-RY del escuadrón Cabeza de Lobo, los potentes ordenadores del destructor los desencriptaban y procesaban sin apenas retardo, traduciéndolos como información coherente que tuviera sentido para los seres de carne y hueso que la esperaban con impaciencia. Leia tenía los primeros resultados delante de sus ojos, representados sobre pantallas tácticas cuya colorida simbología hacía años que había aprendido a descifrar.

Había caminantes AT-AT y AT-ST a cincuenta kilómetros escasos de los campos de refugiados. Escuadrones de cazas TIE sobrevolaban las escarpadas cordilleras de la Región Balania, en busca probablemente de grupos guerrilleros y de sus campamentos, inspeccionando el terreno antes de que las fuerzas de tierra se aventuraran a través de los pasos de montaña.

Aquí y allá los sensores habían detectado señales de pequeños combates. Las lecturas termales mostraban una aldea que en esos mismos instantes estaba en llamas, y tres más que habrían ardido durante la noche. Tropas motorizadas rodeaban a los últimos pueblos, situados ya sobre las mismas laderas. En quince minutos podían morir más civiles balanios, pero si había interpretado correctamente lo que Sellman decía entre líneas, en ese tiempo podía evitarse la guerra entre Corellia y la Nueva República. *Una vez más me toca decidir la vida o la muerte para otras personas*.

—De acuerdo, almirante Sellman —dijo al fin—. Quince minutos. *Libertador* fuera. —Leia hizo un inequívoco gesto en dirección al oficial de comunicaciones para que cortara la transmisión—. ¿Vicealmirante?

—¿Sí, consejera?

—Dígale a los comandantes de los escuadrones de bombarderos que esperen sus órdenes. Durante quince minutos.

—¿Se van? —transmitió Víbora perplejo, incapaz de entender qué estaba sucediendo allí—. ¡Todo el mundo, alto el fuego!

Araña miró al ala-X que un segundo antes había estado centrado en su retícula de disparo. Aún podía alcanzarle con sus dos últimos misiles de impacto, pero apartó el dedo del gatillo sin lanzarlos. El piloto resopló, sin saber muy bien si debía sentirse aliviado o enfadado. *Adiós, comandante Baler. Siga practicando formaciones para el próximo desfile*.

—Roger, Líder. Cesamos el fuego.

—Aquí Dos-Cuatro —se escuchó la voz de Spuk. La satisfacción que sentía era más que palpable en su tono—. He terminado aquí.

—Muy bien, gente, buen trabajo. *Libertador*, aquí Cabeza de Lobo Líder.

—Le copiamos, Cabeza de Lobo Líder.

—Los cazas corelianos acaban de retirarse del combate. Hemos completado la misión de reconocimiento, pero tenemos a dos pilotos extra-vehiculares.

—La lanzadera de rescate va de camino, Cabeza de Lobo Líder. Su tiempo estimado de llegada es de siete minutos.

—Gracias, *Libertador*, la esperaremos aquí. Cabeza de Lobo Líder fuera.

Además de Reek, el hombre ala de Drake se había visto obligado también a abandonar su nave, pero Drake lo había localizado ya y confirmaba que el sulustano parecía estar bien. Otros cinco pilotos informaron de daños más o menos severos en sus cazas, pero todos ellos aseguraban estar en condiciones de regresar al *Guarida del Lobo* por sus propios medios. Víbora se dejó guiar por la señal de la boya de localización de Reek. El ala-A de Halcón ya estaba allí, maniobrando cuidadosamente para mantener su posición relativa a veinte metros del piloto derribado. Reek había conseguido reducir considerablemente su deriva haciendo uso de las microtoberas instaladas en el asiento, lo cual facilitaría considerablemente la operación de salvamento. Los nervios de Víbora se calmaron considerablemente. Eso significaba que estaba consciente y probablemente ileso. Afortunadamente para él apenas tendría que esperar unos minutos a que lo recogieran. A pesar del campo de fuerza que su unidad de soporte vital proyectaba en torno a él —la tecnología de ese campo era idéntica a la de los generadores de escudos— y la protección de su traje de vuelo presurizado, Reek tenía que estar empezando a notar el frío. No obstante, era evidente que no había perdido el sentido del humor, porque se estaba dedicando a saludar con la mano a Halcón y a Víbora como si hubiera salido tan sólo a darse una vuelta por el espacio. Víbora soltó una carcajada y sacudió la cabeza con incredulidad. Parecía que después de todo iba a poder terminar el informe de esta misión con su anotación preferida.

Bajas: ninguna.

Entretanto, el almirante Sellman no perdía el tiempo. Le llevó cinco minutos hacer que un par de técnicos del *Primer Ciudadano* llevaran a cabo un análisis preliminar de la grabación, mientras que desde el Departamento de Seguridad Coreliana le enviaban toda la información de la que disponían acerca del *Mano del Idiota* y su piloto, que resultó ser un contrabandista de poca monta sobre el que ya pesaba una orden de búsqueda y captura. Eso explicaba muchas cosas. Cuando los técnicos confirmaron que el patrón de voz proporcionado por los CorSecs coincidía con el del piloto al que se escuchaba en la grabación, Sellman llamó directamente al Diktat y le informó rápidamente de la situación.

Cuando aún no habían transcurrido diez minutos desde la conversación mantenida entre el almirante Sellman y Leia Organa, Cisco Francmonde, Diktat de Corellia, daba vueltas por su despacho en la Casa del Gobierno en Coronet City, consumido por la impaciencia. Se interrumpió a medio camino entre un paso y el siguiente cuando un asistente le notificó que la comunicación que había pedido estaba ya establecida. El Diktat tomó asiento frente al holoproyector y compuso postura y expresión antes de asentir en dirección al asistente. Éste presionó un botón en la consola del holoproyector e inmediatamente abandonó la estancia tal y como se le había instruido. La imagen tridimensional de un hombre canoso, más o menos de su edad, se materializó frente a Francmonde. Doinos Somolovich sonrió de forma educada, quizá ligeramente exagerada.

—Diktat, me siento honrado —dijo.

—Ha perdido, Somolovich.

—¿Qué quiere usted decir?

—Haría bien en ordenar ahora mismo a sus tropas que abandonen la Región Balania.

—¿Qué?

—Ha sido una maniobra inteligente, tengo que admitirlo. Demasiado inteligente para usted, en realidad. Más bien parece el tipo de planes que se le ocurren a los cerebros de la Inteligencia Imperial.

—Diktat, con todos los respetos, será mejor que se explique usted, o…

—¿O qué, Somolovich? Por el coste de una nave y de su tripulación, y las vidas de un puñado de refugiados a sumar a los muchos que ha matado, ha estado a punto de conseguir que le declaremos la guerra a la Nueva República, y todo con tal de que pudiera usted quitarse de encima el problema de los balanios sin que nadie le molestara. Pero el caso es que lo hemos descubierto todo, así que el juego se ha acabado. Retire sus tropas de la Región Balania, Somolovich. Ya.

A medida que el Diktat hablaba, Doinos Somolovich iba palideciendo.

Olvidada ya la sonrisa, su expresión se había vuelto mortalmente seria para cuando volvió a abrir la boca para contestar.

—No puede usted darme órdenes, Diktat, por muy buenas que sean nuestras relaciones. El ejército seibergio puede ir a cualquier lugar de Seibergia, incluido lo que usted insiste en llamar la Región Balania. No es asunto de nadie más. Ni del Imperio, ni de la Nueva República, y ni siquiera de usted.

El Diktat permitió que parte de la irritación que sentía se le notara en la voz.

—Si nuestra flota no estuviera ahora mismo en su sistema, la Nueva República se estaría dejando caer sobre las cabezas de sus soldados con todo su poder. No puede pensar en serio que tiene la capacidad militar necesaria para oponérseles, ¿verdad? Ya lo ha intentado antes, en estos últimos tiempos, y ha fallado.

—Todo eso lo admito, pero he de hacer constar que en ningún momento les hemos pedido ayuda militar, aunque por supuesto agradecemos que nos la hayan prestado desinteresadamente. Retire sus naves si eso es lo que quiere.

Evite verse envuelto en la guerra contra la Nueva República. Puede que consigan aniquilarnos o puede que no, pero en cualquier caso ninguno de sus preciosos navíos sufrirá daño alguno.

El Diktat sintió que su ira iba en aumento mientras escuchaba las palabras de Somolovich. Percibía el desafío en su tono y lo veía en su cara.

Sabía demasiado bien lo que Somolovich callaba, pensando sin duda que era innecesario mencionarlo. Llévese sus naves y el pueblo coreliano le retirará inmediatamente su apoyo. Permita que la Nueva República nos bombardee y prepárese a sufrir el acoso de los pro-imperiales hasta que se vea obligado a dimitir, y quizá ni siquiera con eso conseguirá salvar a su mundo de la guerra civil. Pero el Diktat sabía que ese razonamiento había dejado de ser correcto hacía exactamente doce minutos.

—¡Basta, Somolovich! —gritó. Por un instante el jefe de estado seibergio pareció encogerse, como si acabara de darse cuenta de que había ido demasiado lejos en su provocación. El Diktat disfrutó al comprobar esa reacción, pero no se dejó llevar por la furia. Era demasiado buen político como para eso—. Escúcheme bien. Debe parar de matar balanios ahora mismo, porque ya no vamos a seguir defendiéndole. El pueblo coreliano comprenderá muy bien mi decisión cuando escuchen en las noticias la grabación de cómo sus hombres amenazaban a un compatriota, piloto de una nave también coreliana, para obligarle a marchar hacia la muerte junto a sus inocentes pasajeros para que usted pudiera forzarnos a prestarle nuestra ayuda. Pero a causa de nuestra pasada amistad, le estoy ofreciendo una oportunidad para salvar algo de todo esto. Dé a su ejército la orden de retirada y hablaremos con la Nueva República para que suspendan el ataque masivo que están a punto de lanzar contra sus fuerzas. Seré tan amable y comprensivo con usted como para dejar allí mis naves por unos días más, y le ayudaremos a negociar el final del bloqueo. Debe entender usted que, muy pronto,

mantener a su ejército intacto se va a convertir en su única oportunidad para conservar el poder, aunque sólo sea por un tiempo.

Somolovich vaciló.

—Las guerrillas balanias siguen siendo una amenaza para nosotros. No podemos retirarnos mientras…

—Hablaremos sobre las guerrillas en otro momento. Ahora no disponemos de tiempo. Adiós, Somolovich.

—Consejera Organa, aquí el almirante Sellman.

—Le copio, almirante —Leia echó una mirada a su cronómetro de pulsera.

Exactamente catorce minutos y medio.

—Acabo de hablar con el Diktat. Dice que acaba de conversar con el gobierno seibergio para persuadirles de que retiren sus tropas de la Región Balania. Me ha pedido también que le diga que usted podría ayudarle a agilizar considerablemente su tarea negociadora. Todo lo que tiene que hacer es ordenar un ataque simbólico contra la vanguardia de las fuerzas seibergias.

Leia volvió la mirada hacia Invierno y el vicealmirante Sinessis, que casi no podían creer lo que acababan de oír.

—¿Un ataque simbólico? —preguntó Leia—. Defina el término simbólico, por favor.

—Digamos tres o cuatro bombarderos con su escolta, lo justo para convencer a los seibergios de la sabiduría de escuchar la oferta que les ha hecho el Diktat.

—Muy bien, creo que entiendo lo que quiere decir, almirante. Haremos lo que nos pide, pero comuníquele al Diktat que si en las próximas horas no detectamos signos de retirada por parte de las tropas seibergias, nos veremos obligados a atacar con fuerzas mucho más considerables que ésas.

—De acuerdo, consejera. También podría usted hablar con sus contactos en la guerrilla balania y decirles que todo será mucho más fácil si se abstienen de acosar a los seibergios mientras se marchan.

—Me parece muy justo, almirante. Organa fuera —Leia suspiró, ahora sí, con gran alivio. Había estado a punto de darle las gracias al almirante Sellman por su ayuda, pero dadas las circunstancias podría haberlo interpretado como una burla. Quizá algún día pudiera decírselo sin temor a causar un malentendido.

—Enhorabuena, Leia —dijo Invierno en voz baja—. Parece que has vuelto a hacerlo.

Leia consideró aquello por un instante. Este conflicto aún no se había terminado, aunque lo que sí era verdad era que la mayor causa de preocupación para la Nueva República parecía a punto de quedar definitivamente atrás. No habría guerra contra Corellia. El Imperio se había visto frustrado en su intento de atraer a su causa a un aliado tan decisivo. No obstante, la razón que había empujado a la Nueva República a implicarse en la crisis seguía vigente. Si, como parecía, los seibergios habían reducido a

cenizas la mayor parte de los hogares de aquellos a quienes habían venido a proteger, asesinando a muchos de ellos, entonces la verdad era que habían fracasado en su tarea. Incluso Invierno, siempre tan perceptiva, parecía estar olvidándose de un hecho tan importante. Eso le preocupaba, aunque desde cierto punto de vista había que interpretarlo como una buena señal. Al igual que ella, era probable que el resto de la galaxia viera esto como un nuevo e importante triunfo para la Nueva República, algo que contribuiría a que siguieran ganándose simpatías en muchos mundos no alineados y a que otros se animaran por fin a solicitar formalmente su admisión. La ironía le hizo sentirse profundamente triste, pero hacía mucho que Leia había dejado de creer en la victoria como algo absoluto. La realidad era que todo resultaba relativo, y lo que unos percibían como fracaso otros lo llamarían victoria. Se preguntó qué habría pensado su padre adoptivo de esto. Se lo preguntaría a Mon Mothma, que lo había conocido tan bien, cuando tuviera la ocasión.

Mientras tanto lo que tenía que hacer era seguir moviéndose. Se giró hacia Invierno y asintió una única vez.

—Eso parece —admitió—. Hemos evitado una catástrofe cierta tanto para Corellia como para la Nueva República, gracias sin duda a la capitán de navío Gen'yaa y a su gente. Almirante, llame al *Guarida del Lobo*. Creo que resultaría apropiado que fueran precisamente los bombarderos del escuadrón Cabeza de Lobo quienes ejecutaran nuestra pequeña exhibición de fuerza, pero seleccione a otra unidad como escolta. Sus compañeros han visto combate más que suficiente por hoy.

—Me parece muy bien, consejera.

—De acuerdo, allá vamos —dijo Groznik. Cuatro ala-B se separaron de la formación de bombarderos de la Nueva República, seguidos de cerca por uno de los escuadrones de ala-A del *Libertador*. En su satisfacción, al wookie le llevó casi cinco minutos darse cuenta de que no deberían ser cuatro, sino sólo tres. Una vez fue consciente del hecho, apenas tardó un segundo en comprobar sus sensores para comprobar que el cuarto cazabombardero era el de Alce, y menos aún adivinar quién estaba a los mandos.

—Quince, ¿eres tú? —preguntó—. Si es así, me gustaría hablar contigo en privado.

—Como desees, mi peludo líder —respondió la voz de Sparks. Cómo se las había apañado para despegar del *Guarida* sin que nadie le detuviera y unirse a la formación él solo sin levantar sospechas era un misterio para Groznik—. Acabo de reducir el alcance de la transmisión a unos pocos centenares de metros, así que nadie aparte de ti y de los chicos estáis oyendo esto. Te sugiero que hagas lo mismo.

—Estupendo. Y ahora dime, ¿tienes idea del lío en el que te estás metiendo, y de los problemas que me vas a causar a mí, de paso?

Hubo algunos segundos de silencio.

—Tienes razón en eso último —dijo Sparks finalmente—. Tan sólo quería hacer esto por una última vez, pero regresaré al *Guarida* ahora mismo si es lo que quieres.

Groznik dejó escapar uno de sus intraducibles gruñidos wookie.

—¿Es tu corazón o tu cerebro la parte de ti que no funciona bien? Si vuelves ahora entonces sí que es seguro que Gen'yaa se dará cuenta.

—Correcto de nuevo.

—Bien. Intenta que no te derriben y que no te dé tampoco ningún otro ataque, ¿harás eso por mí?

—Me he tomado mis pastillas como un buen chico.

—Imbécil.

—No le tengas eso en cuenta, colega —intervino Granito—. Ya sabes que el wookie te adora.

Tras recibir las buenas nuevas desde el *Guarida del Lobo*, Solo y Raiven se pusieron en contacto con los otros dos campos para informarles. Para sorpresa y alegría suya, quien se hizo cargo de la comunicación en Campo Uno no fue otra que Llamarada en persona. Hasta ese instante ni siquiera sabían que seguía con vida, y su alborozo fue aún mayor al enterarse de que Alce y Rúster estaban también con ella. Solo acababa de cortar la transmisión cuando el sonido inconfundible de los motores de varios ala-B en vuelo atmosférico se dejó oír por encima de ellos. Los dos pilotos salieron de la tienda a toda prisa, justo a tiempo de ver como cuatro cazabombarderos seguidos por una escolta de ala-A descendían hacia el otro lado del paso que ellos habían cruzado a pie durante la noche. Ambos gritaron y festejaron durante un minuto entero antes de decidir que estaban demasiado cansados como para continuar dando saltos en la nieve de esa manera. Tan pronto como regresaron al interior de la tienda, Raiven se puso a buscar algo en su mochila.

Sólo se dio cuenta y lo observó con curiosidad. Estaba a punto de preguntarle de qué se trataba cuando lo vio con sus propios ojos. El coreliano abrió la boca de par en par.

—Un par de botellas para nosotros, ¿recuerdas? —dijo Raiven con satisfacción—. Son las dos que le diste al director del espaciopuerto. Lo del dinero ya no tenía remedio, pero esto sí.

Solo se rió con ganas.

—No tenemos vasos.

—Es la primera vez que oigo que un coreliano pueda echarlos en falta.

—Apúntate una. Venga, dame una de esa botellas y tú quédate con la otra.

—Por ti, compañero —brindó Raiven levantando su Whyren Reserve.

—Y por ti también. Lo conseguimos, ¿eh?

—Claro que sí… Aaaarrrrggghhh… qué fuerte está esto. Se me había olvidado lo mucho que me gusta.

—Como coreliano me enorgullece oírte decir eso. Gracias, amigo mío.

Muchísimas gracias.

—¿Por gustarme tu bebida nacional?

—No —Solo se puso serio—. Por ayudarme a evitar una guerra contra mis compatriotas.

—Si te pones a llorar ahora pienso decírselo a todo el mundo. Te lo prometo.

—Bah. Bebe y calla.

Un raro silencio reinaba en el exterior del Palacio Presidencial en la capital de Seibergia. Hoy no había programada ninguna de las habituales manifestaciones de apoyo al gobierno, y el frío del incipiente invierno mantenía las calles prácticamente vacías de gente. Aquellos que pasaban lo hacían con prisa, dirigiéndose hacia sus destinos sin dedicarle ni siquiera una mirada rápida a la lujosamente decorada fachada del imponente edificio, construido hacía más de doscientos años, ni a las banderas de Seibergia y del Imperio —todavía el Imperio— que colgaban de los grandes balcones y ondeaban pesadamente sobre los tejados negros. En lo alto, nubes plomizas cubrían por completo el cielo, amenazando con enterrar la ciudad bajo una espesa capa de nieve probablemente esa misma noche. Aún menos vehículos circulaban por el permacreto inmaculado de la amplia y elegante avenida, pues el bloqueo de la Nueva República había impuesto severas restricciones en el consumo energético para usos privados. Dentro del Palacio, ministros y asesores militares intercambiaban susurros nerviosos que eran escuchados y reproducidos inmediatamente después por sus asistentes, que se los transmitían a la legión de oficiales de bajo rango a su cargo, éstos al personal administrativo, a los camareros, hasta alcanzar finalmente —los contenidos deformados y exagerados hasta hacerlos casi irreconocibles— hasta al último de los moradores fijos u ocasionales de la opulenta residencia.

Medio hundido en el mismo masivo sofá en el que se habían acomodado Moffs y generales imperiales, varios Diktats corelianos y los embajadores y cónsules de un millar de mundos, Doinos Somolovich contemplaba incrédulo el holoproyector de última generación, sordo a los murmullos que viajaban por los pasillos más allá de esa cámara. La calidad de la imagen no estaba en consonancia con el sofisticado equipo que las reproducía, pero la claridad era más que suficiente. Ante los ojos de Somolovich y de tres de sus consejeros de confianza los ministros de Defensa y Economía, Godan Tantalovich y Helenia Ivonidev, y el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, general Ilian Bodipagic, varios cazabombarderos de la Nueva República entraban y salían a toda velocidad de la vista panorámica en tres dimensiones en la que se veía una semiplanicie rocosa y cubierta de nieve, enmarcada por las impresionantes montañas que se alzaban más allá. Sobre el terreno, caminantes AT-ST y AT-AT, tanques repulsores y otros vehículos militares se estremecían sacudidos por las explosiones de los torpedos de protones, lanzados con gran precisión por los pilotos enemigos. Mientras la voz de un anónimo teniente coronel llamaba frenéticamente solicitando más apoyo aéreo, la imagen ascendió para mostrar lo

que estaba sucediendo bajo los cielos nublados. Un caza TIE al que le faltaba casi la mitad de uno de sus paneles solares se desplomaba en barrena hacia el suelo, escupiendo enormes llamas por las toberas de sus motores iónicos. De pronto su escotilla superior saltó por los aires, despedida violentamente por una pequeña explosión interna, y una borrosa forma oscura salió expulsada desde la cabina. Somolovich siguió con la mirada la trayectoria del piloto que acababa de eyectarse hasta que desapareció de su vista en los límites del cubo de proyección. En su mente, se vio por un instante como si él fuera ese mismo piloto, escapando de la nave condenada en la que hasta muy poco antes se había sentido completamente seguro. El dictador seibergio se quitó esa imagen de la cabeza enfadado consigo mismo por concebirla siquiera. Su gobierno estaba lejos aún del colapso, pero en ese mismo momento, como intentando desmentir esa impresión, otro TIE resultó alcanzado en el mismo centro de la imagen, y en esta ocasión el caza estalló sin darle tiempo a su piloto para ponerse a salvo. La figura más o menos triangular de un ala-A se dejó ver por un brevísimo instante, maniobrando hábilmente para esquivar los restos incandescentes arrojados en cien direcciones diferentes por la deflagración. Otra voz, diferente a la del alto oficial que aún seguía gritando pidiendo ayuda, anunció que los refuerzos aéreos estaban en camino, que estarían allí en dos minutos, pero ya los aparatos de la Nueva República elevaban el morro hacia el cielo para desvanecerse en segundos más allá del techo de nubes, dejando tras ellos los restos humeantes de sus víctimas. Ni uno solo de los agresores había conseguido ser derribado por el puñado de TIEs que lo había intentado ni por el fuego defensivo de los caminantes.

Esto había sido sólo un aviso. Somolovich se dio cuenta de eso antes de que el general Bodipagic lo dijera en voz alta. El ministro de Defensa mostró su acuerdo con un gruñido, mientras que su colega de Economía calculaba probablemente lo que le costarían las pérdidas al tesoro nacional. Somolovich no se sorprendió en absoluto cuando su ayuda de cámara se acercó a él con la mayor discreción para susurrarle al oído que tenía una llamada de Corellia.

Somolovich asintió lentamente, y pronto la imagen del campo de batalla fue reemplazada por la de la cabeza y los hombros de Cisco Francmonde, el actual Diktat de Corellia.

—Doy por sentado que está usted informado acerca de lo que acaba de suceder en la Región Balania, ¿no es así?

—Lo he visto con mis propios ojos, Diktat —respondió Somolovich con desprecio—. Es una vergüenza que haya consentido usted esto.

—¿Una vergüenza, dice usted? La vergüenza es que intentara engañarnos para hacernos entrar en una guerra que no nos concierne.

—¿Qué no les concierne? Qué fácil, qué provechoso, es pretender que se es neutral cuando otros luchan por ti. Si el Imperio no estuviera conteniendo a la Nueva República, ¿cuánto tiempo cree que duraría la independencia de Corellia?

El Diktat se permitió esbozar una sonrisa.

—He escuchado ese mismo argumento de boca de Sate Pestage unas cuantas veces ya. Viniendo de la suya, Somolovich, resulta incluso menos convincente. Se lo repetiré una sola vez más. Saque a sus tropas de la Región Balania y prepárese para negociar un acuerdo con la Nueva República sobre el futuro de los balanios. Y mientras tanto, procure dar muestras de buena voluntad. Por ejemplo, puede empezar abriendo las puertas de los campos de concentración…

—¿Qué campos de concentración?

—…y asear y dar de comer a esos desgraciados antes de dejarlos salir, porque puede apostar a que fuera les estarán esperando las cámaras. Y por favor, deje tranquilos a los periodistas. Ahora los necesita más que nunca, créame.

La imagen desapareció bruscamente, y Somolovich se encontró mirando al vacío. Nadie se atrevió a romper el silencio durante cinco largos minutos, mientras él pensaba qué era lo que iba a hacer. No escuchó ni un solo consejo o recomendación por parte de sus asesores, que por una vez parecían haber decidido dejarle a él, y sólo a él, la responsabilidad de tomar cualquier decisión.

Una de las primeras sería precisamente la de reemplazarles a ellos, con la excepción quizá de la ministra de Economía. Iba a necesitar a esa mujer casi tanto como las simpatías de los medios. El Diktat estaba en lo cierto respecto a ese particular. Pero antes de que pudiera ponerse a pensar acerca de la composición de un nuevo gabinete de gobierno, tenía que decidir cuál iba a ser su próximo paso.

—¿General? —dijo de pronto, sobresaltando a los dos ministros, al propio general y al demudado ayuda de cámara, que esperaba instrucciones cerca de la entrada a la sala.

—¿Sí, señor Presidente?

—Convoque a su estado mayor. Que organicen la retirada completa e inmediata de todas nuestras tropas en la Región Balania. Quiero que salgan de allí de forma ordenada pero sin demoras.

—Entendido, señor Presidente.

—Ministro Tantalovich, ordene que abran los campos de concentración, y tenga en cuenta todas las sugerencias del Diktat de Corellia.

—Sí, señor.

—Ministra Ivonidev, envíe de mi parte un mensaje a la Presidenta de la Nueva República. Dígale que me reuniré con sus delegados aquí mismo, cuando ella lo estime conveniente.

—¿No es eso algo que debería hacer el ministro de Asuntos Exteriores, señor Presidente?

—Usted es la única mujer que hay en mi gobierno, y Mon Mothma es mujer también. Todo cuenta, ministra.

—Sí, señor Presidente.

—Gracias por ser tan comprensiva. —Somolovich reparó en que sus subordinados lo miraban todavía con una mezcla de perplejidad y de renovado respeto. Al parecer su calmada reacción resultaba inesperada para ellos, pero eso era porque no lo conocían en

realidad. Si algo había que Doinos Somolovich era por encima de todo, era un experto superviviente. Si para seguir vivo y en su puesto tenía que rendirse, eso sería lo que haría, y que otros se sintieran humillados si querían. Él no. Cumplir o aparentar que cumplía con las exigencias del Diktat y de la Nueva República le permitiría ganar tiempo, tiempo que emplearía para estudiar sus opciones y planear sus movimientos futuros. Quizá era hora ya de que abandonara sus pasados sueños de grandeza y se retirara a algún lugar agradable. Quizá. Pero no se iría con las manos vacías.

Cisco Francmonde le pidió a su equipo de gobierno que le dejaran a solas durante media hora. Necesitaba ese tiempo para poner en orden sus pensamientos, antes de que tuviera lugar su siguiente encuentro vía holograma. A pesar del hecho de que era ya más de medianoche, sabía que no podía permitirse el lujo de irse a dormir y demorarlo aunque sólo fuera por unas horas.

Lo mejor de todo era que por fin empezaba a verle el final a la crisis, y que ese final distaba mucho del que se había temido hasta hacía tan poco. Lo peor, que aún quedaba mucho trabajo por hacer antes de poder darla por cerrada. Tan pronto como las grabaciones de cuya existencia le había informado el almirante Sellman llegaran a los medios —y llegarían, pues él mismo había dado ya la orden—, Somolovich y su gabinete quedarían completa e irreversiblemente desacreditados. Los ciudadanos de Corellia y de los otros mundos le respaldarían en sus decisiones, pero no le perdonarían si dejase de prestar asistencia al pueblo seibergio por muy corruptos que hubieran demostrado ser sus dirigentes. No quedaba más remedio que mantener en pie la mascarada, al menos por un tiempo, por mucho que le apeteciera dejar que Mon Mothma estrujara a Somolovich tanto como quisiera. Le gustara o no, Corellia seguiría teniendo un papel importante en las negociaciones entre Seibergia y la Nueva República. En fin, comparado con lo que podía haber pasado, esto no dejaba de ser un mal menor.

El Diktat acercó una silla a la ventana y la abrió, no sin antes apagar todas las luces de su despacho. Su personal de seguridad se volverían locos si se enteraran de que había hecho algo así. Dirían que sin la protección anti-bláster que le proporcionaba el transpariacero, un francotirador podría alcanzarle a una distancia de cinco kilómetros o más. Por supuesto contaba con los escudos de fuerza que defendían la Casa del Gobierno incluso bajo tierra, una esfera de quinientos metros de radio alrededor de sus aposentos, pero ellos argumentarían que los escudos podían fallar a causa de una avería o de la acción de un saboteador. Tenía que admitir que los encargados de la seguridad tenían que ser completamente paranoicos si pretendían hacer bien su trabajo, pero a veces llegaban a volverse totalmente insufribles. No había manera de hacerles entender que de vez en cuando tenía que respirar el aire limpio de Corellia, su planeta al que tanto amaba. Aunque ya estaban casi en verano el calor no era excesivo aún —raramente lo era en Coronet City—, y la brisa nocturna era una pura delicia. En los jardines de la ciudad las

narsedae florensis tardías se encontraban en la última fase de su floración. Su inconfundible aroma penetraba sutil en sus orificios nasales, evocando en su mente memorias de su juventud. Las luces de la capital habían sido cuidadosamente diseñadas y distribuidas de forma que alumbraran adecuadamente las calles sin arruinar por ello la fabulosa vista del cielo estrellado. Al reflejarse en los chorros de agua lanzados al aire por las artísticas fuentes que adornaban el distrito gubernamental, componían un espectáculo siempre cambiante cuya contemplación ejercía en él un agradable efecto relajante. La discreta iluminación le permitía reconocer sin problemas los perfiles de los principales edificios y de los numerosos monumentos de esa ciudad de la que estaba tan orgulloso. En realidad todo en Corellia le parecía inigualablemente hermoso.

Francmonde no compartía el amor que muchos otros corelianos sentían por el viaje espacial. Para él, no había nada en la galaxia que pudiera compararse a lo que tenía ante sus ojos. Mientras la guerra dominaba las vidas de los habitantes de tantísimos otros mundos, aquí la gente era feliz, sus negocios eran prósperos y sus existencias pacíficas. ¿Por qué habrían de querer unirse al Imperio o a la Nueva República? Si acaso, la crisis seibergia había servido para reafirmarle en su creencia de que los corelianos estaban mejor solos. Otros, como el desaparecido Garm Bel Iblis, no habían sido capaces de comprender esa verdad, y por su causa Corellia se había visto envuelta en todos y cada uno de los conflictos importantes que habían sacudido la galaxia desde los días de la Antigua República. Él había puesto fin a esa sucesión de desastres encadenados, y su pueblo se lo reconocía brindándole su apoyo. Hacía mucho que el tema de las aplazadas elecciones no había sido mencionado siquiera por nadie que importara. Eso le daba la razón.

El Diktat comprobó su cronómetro y arrugó el gesto por un instante. Se acercaba la hora. Si no lo hacía él antes, pronto sería Sate Pestage quien le llamara pidiéndole explicaciones por lo de Seibergia. Ya sabía lo que tenía que responderle en contenido, pero debía preparar las formas para que el Emperador no pudiera darse por ofendido, incluso si ésa era su intención. No, lo que Palpatine no había conseguido en décadas tampoco lo lograría el mediocre Pestage, aunque Francmonde tenía que admitir que ésta vez había estado muy cerca. *Ese bastardo de Somolovich. Se merecería que lo juzgaran por crímenes de guerra o algo así*.

El trato con el Imperio continuaría siendo una inconveniencia durante años, pero ya estaba acostumbrado.

—Que llame Pestage cuando quiera —se dijo a sí mismo en voz baja—. Incluso él tendrá que preparar lo que va a decir antes de hacerlo. Estos momentos son demasiado preciosos como para malgastarlos pensando en él.

El Diktat se apoyó contra el respaldo de la silla y siguió disfrutando de la vista y de la caricia del aire fresco. Lentamente, sus labios se curvaron hasta formar una plácida sonrisa.

Ysanne Isard, Director de la Inteligencia Imperial, desactivó su unidad de comunicaciones privada y soltó una maldición entre dientes. Seis meses largos de preparación y su gran plan para meter a Corellia en la guerra se desbarataba en el último segundo. Algunos de sus agentes en Seibergia lo iban a pagar con sus vidas, como ya le había sucedido al codicioso director del espaciopuerto de Nurtina, que había sido incapaz de conformarse con el sobresueldo que le estaban pagando ellos por mantener la boca cerrada. Le habían dicho que cada uno de los operativos que la Nueva República tenía en el planeta estaba identificado y sometido a vigilancia, y ella lo había creído.

Pero dos simples pilotos habían conseguido llegar allá donde los auténticos espías no habían podido. Organa, esa bruja retorcida, había hecho el resto.

Desde luego era una digna hija de su padre, del *auténtico*. Ojalá hubiera acabado con ella cuando tuvo la oportunidad.

Pero Ysanne Isard trabajaba exclusivamente con hechos, y el hecho aquí era que había fracasado. El Emperador se pondría como una fiera con ella, pero eso al menos sí que lo tenía planeado. Nadie salvo él sabía de sus actividades en el cúmulo Viayak y cuál era el objetivo de las mismas. El descrédito por la pérdida de Seibergia sería enteramente de Pestage, al haber retirado las últimas guarniciones imperiales en el sector —aunque fuera por consejo de ella—, y eso lo ponía un tanto más cerca de su esperado final. Sólo alguien que realmente creyera en el Imperio, y que además estuviera dispuesto a hacer cuanto fuera necesario por garantizar su prevalencia, se merecía tener el poder para gobernarlo. Pestage era un burócrata, tan corrupto como tantos otros de su clase, cuyo mayor mérito había sido no crearse demasiados enemigos mientras Palpatine vivía. Pero si nadie se lo impedía, terminaría conduciendo al Imperio al desastre con su mezquindad y su endémica falta de visión. Más pronto o más tarde, y si no se presentaba nadie más digno de reclamarlo, la propia Isard terminaría tomando el trono para sí.

Lo cierto era que no se le ocurría nadie que estuviese mejor capacitado.

Pero ese momento no había llegado aún. Ysanne Isard se puso en pie y, tras asegurarse de que su apariencia era tan impecable como de costumbre, se encaminó hacia el Palacio Imperial seguida por su discreta escolta. Por el momento no le quedaba más remedio que informar de todo a Pestage y aguantar la inevitable reprimenda. Ya llegaría el día en el que le pasara cuentas por eso y por todo lo demás.



Capítulo XIX

Llamarada notó que el suelo temblaba bajo sus pies por tercera vez en aquella tarde. Los trabajos para la construcción de varios refugios subterráneos avanzaban a buen ritmo. Alce se había entregado al proyecto con todas sus fuerzas tan pronto como se confirmaron las buenas noticias. Llamarada sospechaba que había algo que le preocupaba, y que ese derroche de energía respondía a un intento por ocultarlo, pero la enormidad de la tarea que acababan de iniciar la mantuvo demasiado ocupada también a ella como para pensar en ninguna otra cosa durante la mayor parte del día.

Incluso si los seibergios comenzaban a retirarse de inmediato, como se presumía, la población balania iba a necesitar mucha ayuda para reconstruir aunque sólo fuera una parte de sus aldeas antes de que pudieran plantearse volver a vivir en ellas. La Nueva República no podía ni siquiera empezar a pensar en desmantelar los campos de refugiados aún, puesto que iban a ser necesarios durante varios meses como mínimo, probablemente durante más de un año. Desde luego, eso era mucho tiempo para tener que vivir en las condiciones en las que se encontraban ahora. Era de esperar que los suministros más urgentes empezaran a llegar en cualquier momento, pero cuanto más pensaba en ello mejor le parecía a Llamarada la idea de construir refugios subterráneos. Aunque los comandos Lince permanecían en estado de alerta, Pantera había dado permiso al sargento Daboro —al que algunos de sus compañeros le habían cambiado el apodo de «Mechas» por el de «Vendas», para diversión de todos— y a un tal Doble O, el otro experto en explosivos, para que echaran una mano en el proyecto. Ellos decidían dónde colocar las cargas y la cantidad exacta de explosivo necesaria en cada punto, y por supuesto se encargaban de llevar a cabo las detonaciones. Entretanto, Llamarada y Alce habían organizado un grupo de voluntarios —voluntarias en su mayoría— para llevar a cabo la difícil y pesada tarea de deshacerse de los escombros producidos por cada nueva explosión, al tiempo que se apuntalaban cuidadosamente los techos allá donde era necesario. El último paso sería repasar las paredes con los láseres no por estética, sino con el fin de eliminar las aristas y posibles bordes cortantes, y evitar así que pudieran ser causa de pequeños accidentes una vez se habitaran las cuevas. Un par de elevadores antigravitatorios portátiles eran todo el equipo del que disponían para ayudar al desescombro, así que la mayor parte del exigente trabajo había que hacerlo a mano. No obstante, los balanios se aplicaban con gran entusiasmo a la empresa, y había brazos y espaldas de sobra para acarrear sacos llenos de piedra hasta el exterior de las cada vez mayores cavernas. No poca de esa alegría la causaba el hecho de que Alce les hubiera

contado que sus compañeros habían destruido varios caminantes seibergios antes de regresar a su nave nodriza.

Después de lo que las tropas gubernamentales habían hecho en sus aldeas, Llamarada no podía culpar a la pobre gente por alegrarse de que alguien les devolviera unos cuantos golpes a los seibergios. A ella la habían mantenido apartada de lo peor de los trabajos de desescombro a causa de su brazo, pues su lesión estaba demasiado reciente como para correr el riesgo de una nueva rotura. Era por eso que, en lugar de estar transportando piedras con Alce, se encontraba junto a Sdermila y a otra mujer ayudándoles a preparar la sopa para la cena. En ello estaba cuando se escuchó a lo lejos el sonido de un par de motojets.

Tras excusarse con Sdermila, que le hizo un gesto despreocupado para indicarle que se fuera tranquila, Llamarada salió de la gran tienda-cocina a tiempo de ver a las dos máquinas haciendo su entrada en el campamento.

Venían por el camino del sur, dos personas montadas sobre cada vehículo.

Enseguida reconoció a Hiena conduciendo el primero de ellos y le saludó con la mano. Las dos motojets se detuvieron junto a la tienda de comunicaciones y hacia allá se dirigió Llamarada. Probablemente Hiena traía alguna noticia de primera mano, y ella estaba impaciente por conocer más detalles acerca de lo que había sucedido durante las últimas horas.

—Mira lo que te traigo —dijo el comando al verla acercarse—. ¿Quedan todavía muchos de vosotros perdidos por ahí, en las montañas? Lo digo por recoger a todos en un solo viaje y acabar antes.

La boca de Llamarada se abrió en una gran sonrisa.

—¡Solo! ¡Raiven!

—Hola, jefa. Nos alegramos mucho de verte —Solo hizo un intento de sonreír, pero a sus labios agrietados no les gustó la idea, por lo que el gesto se quedó a medias.

—Casi me puse a gritar cuando escuchamos tu voz esta mañana —añadió Raiven bajando de la otra motojet, pilotada por la silenciosa comando a la que llamaban Flecha—. Y más aún cuando nos dijiste que Alce y Rúster también estaban bien.

—Yo también estaba sorprendida. En todo este tiempo nadie me había dicho que estabais los dos en el planeta, y eso que mantengo contacto diario con el *Guarida*.

—Razones de seguridad, sólo quien necesite saberlo, y toda esa clase de cosas —dijo Solo—, ¿te suena?

—Sí, claro —se rió Llamarada—. Por cierto, y si no os importa que os lo diga, ¡tenéis los dos un aspecto horrible!

—Pues tendrías que habernos visto cuando Hiena y sus comandos nos encontraron —respondió Raiven—. Aunque también es verdad que no todo es culpa de nuestras muchas desventuras.

—Por fin algo de sinceridad —se burló Hiena— Estos dos caraduras estaban como cubas cuando fuimos a recogerlos para traerlos aquí… ¡Se habían tragado cada uno una botella entera de Whyren Reserva!

—Meter nuestras cabezas en la nieve no fue muy amable por vuestra parte —dijo Solo con tan sólo una pizca de rencor. Llamarada soltó una carcajada.

—Es lo menos que os merecíais por no compartir ese whisky —comentó Hiena con una sonrisa que tenía mucho de malvada.

—Bueno, hay que admitir que la nieve es buena para calmar la resaca —dijo Raiven encogiéndose de hombros.

—No se nos habría subido tan deprisa a la cabeza si no hubiésemos tenido el estómago vacío —arguyó Solo—. Y por cierto, ¿cuándo cenáis aquí?

Teníamos la esperanza de que pudieseis ofrecernos algo mejor que las malditas barritas energéticas.

Llamarada volvió a reírse.

—En una hora o así conoceréis a Sdermila, nuestra jefa de cocina, y su universalmente famosa sopa energética balania. —Solo arqueó una ceja, pero Llamarada no le dio tiempo a preguntar—. Y ahora, ¿por qué no me contáis la historia completa? No, esperad. —Llamó con la mano a un grupo de niños que rondaban por allí, mirando con curiosidad a los recién llegados—. Chicos, id a buscar a Alce y a Rúster, ¿queréis?

Los niños salieron corriendo, encantados de que se les confiara una misión de tanta responsabilidad. Rúster fue la primera en llegar, pues la tienda médica no estaba lejos de allí. La lumi abrazó efusiva a ambos pilotos y se rió con ganas cuando Hiena volvió a contar lo del whisky y la nieve. Alce llegó un poco después con su cabeza y sus hombros cubiertos de polvo, luciendo una sonrisa de oreja a oreja en la que únicamente Llamarada pudo encontrar algo extraño, aunque prefirió no decir nada en ese momento, delante de los otros.

Alce saludó con alegría a Raiven y a Solo y estrechó sus manos con fuerza.

Tras detenerse unos minutos a informar a Pantera sobre las últimas novedades en Campo Dos, Hiena y Flecha se marcharon en sus motojets.

Los cinco pilotos entraron en la tienda en la que dormían últimamente Alce y Llamarada, vacía a esa hora del día en la que todo el mundo tomaba posiciones cerca de la tienda-cocina. Llamarada encendió una lámpara y todos se sentaron sobre los sacos para charlar. Aunque fueran los últimos en acudir a cenar, Llamarada sabía que Sdermila se aseguraría de que les quedara algo.

Solo y Raiven se turnaron para narrarles a Llamarada, Rúster y Alce todo lo que había pasado desde que dejaron el *Guarida* a bordo de la *Compasión*, comenzando con el relato de la dramática batalla contra la flota coreliana. Los dos pilotos habían partido hacia Sullust antes de que se supiera nada a ciencia cierta acerca de la suerte que habían corrido Torpedo, Iceberg y los demás, por lo que fue un golpe para ambos cuando Llamarada les desveló cuál había sido el fatal desenlace de esa parte de la historia. Mientras Alce escuchaba en silencio, Llamarada les explicó cómo habían conseguido salir de la *Compasión*, la lucha contra el AT-ST y los soldados de asalto seibergios, y la marcha hacia el campo junto a los refugiados. Rúster les contó lo del doctor Al Saruff, de quien no habían vuelto a tener noticias desde que lo evacuaran los corelianos. Raiven y Solo

retomaron entonces su particular relato, resumiendo lo que les había sucedido desde su llegada a Nurtina hasta la entrevista con el director del espaciopuerto. Fue entonces cuando Alce les interrumpió.

—¿Qué fue exactamente lo que descubristeis? —preguntó de forma tan casual como le era posible, haciendo cuanto podía por ocultar la ansiedad que lo embargaba. Llamarada lo miró de forma significativa, y Alce pudo darse cuenta de que ella al menos no se había dejado engañar por su aparente calma. Lo cierto era que había estado esperando este momento con gran impaciencia desde que esa mañana habían recibido la llamada de Solo y de Raiven desde Campo Dos, y sólo la dureza del trabajo físico le había permitido aguantar hasta ahora sin volverse loco. Pero Alce ya no podía esperar más.

Tenía que saber ya si había algo o alguien, además de la mala suerte y sus propios errores, a quien se pudiera considerar responsable por la muerte de los refugiados. Quizá si ese algo o ese alguien existían realmente, podría librarse del sentimiento de culpa que no había dejado de acecharle y torturarle, agazapado en un rincón de su mente, desde que vio la proyección en el camarote de Gen'yaa. Quizá, al fin, podría empezar a olvidarse de aquel fatídico momento.

—La verdad es que no tenemos ni idea —contestó Raiven, y Alce no pudo hacer nada para evitar que la decepción se le pintara en la cara. Raiven se quedó momentáneamente confundido, sin saber muy bien si había dicho algo que no debía, hasta que cayó en la cuenta de que Alce tenía un interés muy personal en cualquier cosa que pudieran haber encontrado acerca del incidente—. Descargamos gran cantidad de datos de los bancos de datos del espaciopuerto —explicó— pero no tuvimos ocasión de echarle ni siquiera un vistazo. Tuvimos que… Espera un momento. —Raiven empezó a rebuscar en sus bolsillos—. Me llevé algunos listados impresos, inútiles en su mayor parte. Mira, un manifiesto de carga probablemente falso, un diagnóstico de turbina, un registro de las comidas que encargó el piloto mientras estuvo en el espaciopuerto, y… ¿Esto qué es? Ah, una lista de… —El piloto levantó la mirada hacia Alce, sintiéndose repentinamente muy, muy incómodo—. … pasajeros.

Alce casi se atragantó.

—¿Me dejas que la vea?

—¿Para qué? —preguntó Solo frunciendo el ceño—. No creo que te vaya a hacer ningún bien.

—Tampoco me hará daño. No, en serio, no os preocupéis —dijo Alce moviendo la mirada de uno a otro, pero rehuyendo la de Llamarada—. Es sólo que… me gustaría ver sus nombres, eso es todo.

—¿Estás seguro? —preguntó Llamarada poniéndole una mano en el hombro y obligándole a mirarla a los ojos.

Alce se llenó de aire los pulmones antes de responder.

—Si, tesoro, estoy seguro. ¿Raiven, por favor?

—Estoy con Llamarada y con Solo —empezó a decir Raiven, haciendo amago de guardarse la hoja de sintpapel—. No me parece una buena idea.

—No lo hagas, Alce —dijo también Rúster, haciendo frente común con los demás.

—Te la he pedido por favor —insistió Alce mirando fijamente a Raiven—. No me hagas quitarte esa hoja por la fuerza. Lo digo en serio.

Raiven intercambió una mirada con Solo. El coreliano hizo una mueca y terminó por encogerse de hombros. Raiven apretó los labios y asintió.

—De acuerdo, aquí la tienes.

Alce tomó la hoja de sintpapel, cuyos dobleces ya habían desaparecido, y comenzó a leer. Lentamente, recorrió la lista ordenada alfabéticamente por el primer apellido, sintiéndose cada vez más estúpido por hacer lo que estaba haciendo. Tenían todos razón. ¿De qué servía esto? No conocía a esas personas, y todos esos nombres no le decían nada. Ya había tenido que matar antes, en el curso de la guerra, pero jamás había sentido deseo alguno de conocer los nombres de sus víctimas, militares imperiales en su mayoría. No es que no se hubiera preguntado nunca cómo eran, sino que… De repente Alce se detuvo, olvidándose por completo de lo que estaba pensando. Había tres nombres consecutivos que no le resultaban tan desconocidos como el resto.

Los tres compartían el apellido. Tedanian, Drivan. Tedanian, Jeiran. Tedanian, Mila. Jeiran, Drivan y Mila. Esos eran los nombres del hijo y de los nietos de Sdermila. Se acordaba perfectamente, pues ella misma se los había dicho durante la entrañable conversación que ambos habían mantenido la noche anterior. Alce sintió que se acaloraba. Empezó a sudar.

—¿Qué pasa, Alce? —preguntó Llamarada mirándole con moderada inquietud.

La esposa de su hijo no está aquí. Puede que estos nombres sean comunes entre los balanios. Podría no ser más que una coincidencia.

—¿Alce?

Además, el apellido de Sdermila no es Tedanian, ¿verdad que no? No, es Fungoniv, ahora me acuerdo.

—Ah, lo siento. No es nada. Es que…

¿Conservan las mujeres balanias su apellido de solteras después de casarse, en lugar de adoptar el de sus maridos? Sólo porque en muchos sitios sea costumbre no significa que… Alce volvió a repasar toda la lista, esta vez concentrándose solamente en la columna en la que aparecían los nombres de pila. Al llegar al décimo registro le pareció que se le detenía el corazón.

Candelli, Voeda. No quería creerlo, pero ahí estaba. Por si aún le quedaba alguna duda, Alce reparó entonces en que la última columna de cada registro identificaba el chip de crédito con el que se había hecho el pago del pasaje. El de Voeda Candelli era el mismo que el de los tres Tedanian.

—Oh, no. No, no, no, no.

—¿Qué? ¿Qué? —Ahora Llamarada estaba preocupada de verdad.

Miraba a Alce y miraba al listado sin entender nada.

—¿Qué pasa, Lewis?

Dímelo, por favor.

Alce le alargó a Raiven la hoja de sintpapel. Se le cayó al suelo antes de llegar a dársela, pero ni siquiera se dio cuenta. Estaba tan absorto que apenas veía nada de lo que tenía alrededor. Finalmente contestó a Llamarada con la mirada ausente y con la voz rota, sin poder pensar en otra cosa que en cómo se lo iba a decir a quien realmente tenía que decírselo, sabiendo el daño que iba a causar y estremeciéndose por ello, y sintiendo que por muy mal que lo hubiese pasado hasta ahora, lo peor estaba aún por llegar.

—Es Sdermila. Su familia iba a bordo del carguero. Yo les maté.

Ibero se despertó sintiéndose completamente desorientado. Por un momento pensó que las alarmas estaban sonando de nuevo, pero no había sido más que el zumbido de la consola de su camarote. Murmurando una obscenidad en iberiano se acercó hasta ella y apretó un botón. La pantalla plana cobró vida y sobre ella apareció el rostro inexpresivo del androide de comunicaciones.

—¿Sí , APD-5?

—Mis disculpas, señor. Tengo una transmisión para usted a la espera.

—¿A estas horas? Hay que fastidiarse… ¿Quién es?

—El capitán Gregory desde Campo Uno, en la Región Balania, señor. No le hubiera molestado en sus horas de sueño, pero ha dicho que se trata de algo urgente?

—¿Alce? Está bien, vale, pásame aquí la llamada.

—Muy bien, señor.

La pantalla se apagó y de inmediato pasó a escuchar la voz de Alce.

—¿Ibero?

—Sí, compañero. ¿Qué sucede?

—Necesito que hagas una búsqueda para mí en la Holored. Hay alguien a quien tengo que localizar.

Ibero frunció el ceño. ¿Qué clase de urgencia era ésa?

—Haré lo que pueda —respondió intentando no sonar demasiado malhumorado y consiguiéndolo sólo a medias—. Dime el nombre y cualquier otro dato que tengas.

—Lania Tedanian, varón humano, nativo de Seibergia, más concretamente de la Región Balania. Es ingeniero, no sé de qué especialidad, y su último lugar conocido de residencia es Commenor.

—Pero Commenor es un planeta imperial, ya lo sabes, ¿no?. No va a ser precisamente fácil conseguir ninguna información de allí.

—Ya lo supongo. Pero tú eres bueno haciendo ese tipo de cosas, colarte en bancos de datos y todo eso, ¿no?

—Bah, puede, pero sólo cuando estoy despierto del todo —Ibero cerró los ojos e intentó corregirse a sí mismo—. Olvídalo, estoy bromeando. ¿Sábes dónde exactamente en Commenor estaba el tal Tedanian? ¿Una ciudad, una empresa, algo?

—No, lo siento mucho. Por favor, necesito que me digas algo mañana.

—Genial… Vale, está bien, haré todo lo que pueda, pero no te puedo prometer nada.

—Lo entiendo, pero te vas a emplear a fondo en ello, ¿verdad?

Ibero se quedó callado durante unos instantes.

—¿Es muy importante para ti?

—Sí, muchísimo.

—De acuerdo. Emplearé todos los medios a mi alcance, pero lo consiga o no vas a deberme una de las gordas, ¿entiendes? *Guarida del Lobo* fuera.

Ibero revisó los datos que había anotado y sacudió la cabeza. Commenor, entre todos los lugares posibles. ¿Y por qué no Coruscant? Una mirada al cronómetro le dijo que había dormido menos de dos horas, y que le quedaban poco más de cuatro antes de tener que entrar otra vez de servicio. Con un largo suspiro al que enseguida siguió un bostezo, comenzó a abrir conexiones con varias bases de datos públicas y no muy bien protegidas, para lo cual previamente tuvo que «pinchar» un nodo seibergio para entrar a la Holored —ésa fue la parte más fácil, pues ya había comprobado que los códigos imperiales que restringían el acceso a través del mismo tenían más de cuatro meses de antigüedad—. Ibero decidió que llevaría a cabo una simple búsqueda en los lugares más obvios y que después se volvería a dormir. Si no encontraba nada, mañana intentaría introducirse en los sistemas de información militares, bases de datos de corporaciones imperiales privadas y otras posibles fuentes, con la ayuda de su unidad R2. En realidad esto era de lo más extraño. No era propio de Alce andar pidiendo este tipo de favores. De hecho no solía pedir nunca favores, ni de ése ni de ningún otro tipo. Ibero dio golpecitos junto a la consola con la punta de los dedos, mientras una tras otra todas sus consultas devolvían resultados negativos. Mañana o pasado mañana iría alguien al campo de refugiados a recoger a Alce y a los demás, y con un poco de suerte Llamarada y él estarían volando de nuevo antes de que terminase la semana. Dey'jaa le había permitido escuchar parte de las grabaciones enviadas por Solo y por Raiven. Después de oírlas, estaba razonablemente seguro de que los cargos contra Alce y Llamarada serían retirados, una vez que había quedado demostrado que el incidente en el que ambos se habían visto involucrados había sido provocado por los seibergios.

Hasta los corelianos estaban de acuerdo con eso, o no habrían interrumpido las hostilidades de forma tan súbita. A estas alturas, Alce tenía que imaginarse que todos sus problemas y los de Llamarada estaban a punto de convertirse en historia. ¿Por qué entonces estaría buscando a un ingeniero balanio que había emigrado tiempo atrás, y por qué era eso tan importante? Pero Alce hablaba de ello como si fuera un asunto de vida o muerte.

—Muy bien, cinco minutos más —murmuró Ibero—. O quizá diez…

Después de dos días de buen tiempo, la siguiente mañana amaneció con una nueva nevada. Como era habitual, Sdermila fue la primera persona de su tienda en despertarse. Hacía mucho que había asumido que a partir de una cierta edad una necesita dormir cada vez menos, y se había acostumbrado a aprovechar lo mejor posible el tiempo extra que eso le dejaba. Después de ponerse encima toda su ropa, sus gruesas manoplas, las botas remendadas y el abrigo, Sdermila salió con la intención de ayudar al personal de asistencia de la Nueva República a preparar el desayuno, una versión aguada de la sopa energética. No obstante, y como hacía a diario, primero se dirigió a hacerle una visita a su kala'ballo.

Los animales se guardaban cerca de la entrada norte, cada bestia atada a una estaca firmemente clavada en el suelo bajo la nieve, todos colocados en círculo para ayudarles a preservar el calor. Una vez al día alguien se los llevaba a pastar. Cada vez tenían que alejarse más del campo para encontrarles sustento, aunque de momento los kala'ballos se estaban apañando mejor que las personas. Sdermila estaba lejos aún de los animales cuando se dio cuenta de algo extraño. Había un hueco, un espacio vacío en mitad del grupo de kala'ballos, y a pesar de sus ataduras las bestias hacían cuanto podían por mantenerse apartadas de allí. Sdermila descubrió pronto la razón de esa extraña conducta. Su kala'ballo había muerto durante la noche, y el resto de animales intentaban no pisar el ya congelado cadáver. La mujer sintió una lágrima resbalándole por la mejilla y se la limpió con el dorso de una de sus manoplas. Siempre había pensado que cuando la vieja bestia se muriese por fin ella se alegraría, pero al llegar el momento resultó que no era así. En lugar de eso la invadió una melancólica tristeza que la dejó débil y temblorosa.

Sdermila se dejó caer sobre sus rodillas junto a la gran cabeza del kala'ballo, y comenzó a acariciar su cuello rígido como una roca.

—Está muerta, Taigor —murmuró—. La vieja bestia está muerta. Era un animal muy fuerte, ¿verdad? Y terco también. Le ha llevado casi veinte años después de que te matara de una coz decidirse a ir detrás tuya y pedirte perdón —Sdermila empezó a sollozar, pero no por ello dejó de acariciar al kala'ballo ni de susurrarle al oído—. Lo sé, vieja bestia, lo sé. Fue un accidente.

No tenías intención de hacerle daño a Taigor. A tu propio modo animal le querías, ¿a que sí? Y después has trabajado duro día a día para pagar por aquel pecado, ayudándome a trabajar nuestra pobre tierra para que produjera lo suficiente como para darnos de comer a todos. Y el otro día salvaste a ese médico alienígena. Sí, eso hiciste. Sabes, estaba preocupada por ti. No podía dejar de preguntarme que sería de ti si yo me iba a Balania. ¿Quién cuidaría de ti, ahora que eres demasiado viejo como para trabajar ni la mitad de bien que solías? Pero tú eras lo suficientemente sabio como para reconocer que te había llegado la hora, ¿verdad? Sin ti, nada me retiene aquí salvo la tumba de Taigor, y él me perdonará por no seguir llevándole los primeros brotes de cada primavera. ¿Verdad que lo harás, Taigor? Sabes que tengo que irme, a buscar a los niños, a cuidar de ellos. Al

menos podré servirles de ayuda a Jeiran y a Voeda, sobre todo con los pequeños. Lania aparecerá también, más pronto o más tarde. Es lo suficientemente listo como para encontrarnos en Balania o en cualquier otra parte. Y tú te alegrarás, sabiendo que estamos todos juntos.

Rúster había madrugado para poder ir a echarle un vistazo a una de las refugiadas que había llegado el día antes, una niña de diez años que venía con síntomas de congelación en ambos pies. Rúster estaba muy preocupada por la posibilidad de que al final no quedara otro remedio que el de amputar. Los parches de bacta se le habían acabado hacía dos días, y sin ellos había muy poco que pudiera hacer por la niña. Si la gangrena hacía su aparición no le quedarían más opciones. Después de pasarse por la tienda médica para recoger una de las últimas dosis del preparado químico recomendado por el autodoc para estos casos —y elaborado entre el sargento Daboro y ella—, se encaminó hacia la tienda en la que habían alojado a la niña y a su familia, en la zona norte del campo. Casi había llegado a su destino cuando reparó en la presencia de Sdermila, arrodillada en la nieve junto a los kala’ballos atados.

Rúster la reconoció de inmediato. De hecho, se había pasado la noche pensando en ella. ¿Cómo iban a decirle a la pobre que su hijo y su familia estaban muertos y cómo había sucedido? Alce había insistido en que tenía que ser él quien lo hiciera, y Rúster lo respetaba por ello. Les había pedido tiempo, pero al parecer se lo había dicho ya. Dudando, Rúster se acercó a ella.

—¿Sdermila?

Sobresaltada, la mujer volvió la cabeza y se encontró con Rúster, agachada junto a ella con expresión preocupada.

—B-buenos días, Rúster. Mi kala’ballo está m-muerto.

Sólo entonces se fijó Rúster en el animal caído, medio cubierto ya por la nieve que no cesaba de caer.

—Oh, ya veo.

—El pobre corazón de la vieja bestia ha debido pararse durante la noche.

—Lo siento de veras. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, e-estoy bien. Yo… —La afligida mujer permaneció en silencio durante unos segundos. Aunque todos habían intentado evitar que lo oyera, Sdermila había llegado a escuchar a Llamarada y al personal de asistencia hablando acerca de la posibilidad de sacrificar algunos de los kala’ballos cuando empezara a faltarles la comida—. Todavía puedes ser útil, vieja bestia —murmuró.

—¿Perdón?

—¿P-puedes acercarte a… a avisar a los de asistencia? Diles que pueden disponer de mi kala’ballo.

Rúster se la quedó mirando, confundida por un instante, antes de darse cuenta de lo que quería decir la mujer.

—No, eso no será necesario, Sdermila.

Mañana nos llegarán suministros, seguro, puede incluso que sea hoy. No nos va a hacer falta…

—Eres muy amable, pero sería estúpido no hacer uso de la carne de este animal. Eso sí, no será fácil descuartizarlo… pero vosotros tenéis láseres y esas cosas ¿no?

—Sí, claro, no te preocupes por eso. En cualquier caso no puedes quedarte ahí, de rodillas en la nieve. Te vas a coger una pulmonía.

—¿Una pulmonía? Oh, sí, puede que tengas razón —Sdermila aceptó la mano que Rúster le tendía para ponerse en pie, y después se aplicó a sacudirse la nieve del abrigo y de los pantalones—. Pensándolo bien voy a buscarlos yo misma. Tú parece que tienes trabajo —añadió señalando la bolsa que Rúster acarreaba, la misma en la que siempre llevaba el autodoc y las medicinas.

Rúster vaciló.

—Iba a ver a una niña que está enferma, pero no quiero dejarte sola.

—No, de verdad, estoy bien. Ve con esa niña y haz que se ponga buena, ¿vale? Yo daré el aviso por lo del kala'ballo y luego me iré a buscar a Redina para preparar el desayuno. Luego te veo.

Sdermila se marchó en dirección al núcleo del campo con sus típicos pasitos, cortos pero muy rápidos. Rúster siguió observándola durante unos instantes, sintiendo que el corazón se le encogía de sólo pensar en el dolor que, sin saberlo, la pobre mujer tenía aún por delante. La lumi hizo una mueca de angustia y sacudió la cabeza, triste e impotente. ¿Cómo podía la vida ser tan cruel con algunas personas? Le horrorizaba pensar que a pesar a pesar de todo por lo que Sdermila había tenido que pasar, su sufrimiento no había hecho sino comenzar. Rúster se prometió a sí misma que estaría pendiente de ella, y que intentaría estar cerca cuando Alce hablara finalmente con la desventurada mujer. *Aunque no tengo ni idea de qué es lo que voy a poder hacer por ella, si es que puedo hacer algo.*

A media mañana regresó Pantera con la mitad de sus hombres, una vez que lo peor de la crisis ya había pasado. Desde sus posiciones en los pasos de montaña, los comandos Lince habían podido confirmar *in situ* que los seibergios se estaban retirando realmente, en dirección a las no oficiales fronteras, aunque aún tardarían varios días en alcanzar sus bases al otro lado de las mismas. Los cazas de la Nueva República sobrevolaban de forma regular las columnas de soldados y vehículos, simplemente para estar seguros de que los seibergios no se dedicaban a quemar lo que quedaba de las aldeas balanias durante el viaje de regreso. Como se esperaba, las patrullas de cazas eran vigiladas de cerca por los corelianos aunque, a diferencia de lo que había venido sucediendo durante los días anteriores, estas *sombras* se mantenían a una distancia respetable y no interferían en forma alguna con el trabajo de los pilotos de la Nueva República. Siguiendo las órdenes transmitidas desde la flota, Pantera y los suyos se habían puesto en contacto con los líderes del Ejército de Liberación Balanio, advirtiéndoles en contra de llevar a cabo

acción alguna de venganza o represalia ahora que los seibergios se estaban marchando. Uno de esos líderes venía ahora con los comandos, acompañando a tres de sus hombres que habían resultado heridos durante las últimas escaramuzas que habían tenido lugar en la falda de las montañas al sur de Campo Uno y en los bosques que había más allá. A cambio de que a su gente se le proporcionara asistencia médica, Ciric Baranka había prometido colaborar con la Nueva República para preparar el terreno para el despliegue de una hipotética fuerza de paz, así como buscar el consenso con otros jefes guerrilleros antes de que dieran comienzo las negociaciones con el gobierno seibergio. Aunque la política no era su fuerte, a Pantera no se le escapaba el hecho de que el tal Ciric Baranka intentaba aprovechar la oportunidad para hacerse con un asiento en la mesa de negociaciones, donde sin duda se decidiría el futuro de la Región Balania, pero no obstante aceptó el trato. No en vano, las órdenes que había recibido incluían un avance de lo que sería la nueva misión sobre el terreno de los comandos que dirigía: supervisar el proceso de desarme de las guerrillas y asegurarse de que orientaban sus actividades hacia la formación de una fuerza civil de policía, una vez que el Ejército de Liberación Balanio quedara disuelto. Muy pronto tendría que trabajar hombro con hombro junto a los líderes guerrilleros, y al menos Baranka y él parecían hablar el mismo idioma.

Aunque algunos de sus soldados habían estado aquí antes, ésta era la primera vez que Ciric Baranka visitaba uno de los campos de refugiados de la Nueva República. Redina lo reconoció en cuanto lo vio. Aquel era el hombre que se había llevado a su marido y a los demás, convenciendo a unos y coaccionando al resto para que se unieran a su guerrilla. Olvidando al instante hacia dónde se dirigía ni qué era lo que iba a hacer, Redina se fue detrás de Baranka y de los comandos que transportaban a los heridos camino de la tienda médica.

Alce corrió hacia el refugio de la unidad de comunicaciones. Uno de los niños a los que conocía desde el día de los trineos había bajado hasta el lugar en el que se estaban llevando a cabo las excavaciones subterráneas para darle un aviso de parte de Llamarada. Según el niño, alguien llamado Ibero quería hablar con él. Cruzando los dedos, Alce entró en el refugio y se sentó junto a Llamarada.

—Ha asegurado la línea —explicó Llamarada—. ¿Tienes idea de qué va esto?

Alce se extrañó. Ibero no habría decidido encriptar la comunicación sin tener una razón para ello, entre otras cosas porque Gen’yaa podía enterarse de que había hecho la solicitud y preguntarle a qué se debía. *¿Qué puede haber encontrado que requiera tomar medidas adicionales de seguridad?*

—Luego te lo explico —respondió a Llamarada. Fuera lo que fuera, no tardaría en saberlo.

Alce hizo un esfuerzo mental por serenarse y activó la transmisión, que Llamarada había dejado en modo de espera.

—Ibero, aquí Alce. ¿Lo encontraste?

—No exactamente, pero he conseguido algo de información. Alce, la mayor parte de esto son datos muy sensibles. Tengo que preguntarte por qué estás interesado en esta persona.

Llamarada interrogó a Alce con la mirada, pero él no la hizo caso.

—Es el hijo de una de las refugiadas que hay en el campo —respondió—. Una señora mayor que nos ha ayudado muchísimo desde que estamos aquí. Baste decirte que sin ella no hubiéramos conseguido sacar al doctor Al Saruff de los restos de la *Compasión*. Por favor, si has encontrado algo dímelo. Le debemos eso y mucho más.

—Está bien, pero quiero que sepas que algunas de las cosas que voy a contarte, la mayor parte en realidad, no podrás decírselas ni a ella ni a nadie.

—Te lo prometo —contestó Alce sintiéndose cada vez más confuso y más inquieto—. Ahora cuéntame, por favor.

—Bueno. Ha sido bastante más difícil de lo que esperaba, y también mucho más delicado, pero te ahorraré los detalles. Los hechos son estos: Tedanian probablemente no estuvo jamás en Commenor, pero trabajó para una empresa cuya sede estaba supuestamente allí.

—¿Supuestamente?

—Era una compañía fantasma. El servicio de Inteligencia de la Nueva República ha identificado recientemente a unas cuantas en varios mundos bajo control del Imperio. Estas empresas operaron durante periodos que oscilan entre varios años y pocos meses, hasta que todas ellas fueron cerradas en cuestión de pocas semanas, hará un año más o menos. Por lo que se ha podido descubrir, no eran más que tapaderas para ocultar o justificar movimientos de materiales y personas, pero sobre todo de impresionantes cantidades de créditos. El dinero era transferido de una a otra, aparentemente sin propósito alguno, y finalmente desaparecía sin dejar rastro. Estas compañías empleaban a técnicos altamente cualificados y a ingenieros como era el caso de Tedanian, y les pagaban considerablemente bien. Las cuentas personales de la mayoría de estos trabajadores permanecieron sin tocar apenas durante largos periodos, y todas ellas fueron canceladas prácticamente al mismo tiempo que las empresas cesaron en su actividad. Los expertos de Inteligencia mantienen la teoría de que todo este dinero y recursos se utilizaban para financiar un proyecto militar de alto secreto. Algo realmente grande, colosal más bien, y que se habría desarrollado en un lugar tan bien escondido que nadie hasta la fecha ha sido capaz de localizarlo.

Alce palideció de repente.

—Las Estrellas de la Muerte.

—Eso es. La mayor parte de la gente que trabajaban para estas compañías fantasma no volvieron a ser vistos después de lo de Endor. La razón principal es bien fácil de adivinar, considerando que la maldita cosa estaba aún en construcción cuando Antilles y Calrissian la hicieron saltar por los aires.

—Ya veo —dijo Alce sintiéndose abatido, aunque aún se resistía a darse por vencido—. Has dicho que la mayor parte no volvieron a ser vistos, ¿quieres decir que algunos sí que lo fueron?

—Sí. Al parecer un puñado de ellos intentó retirar parte o la totalidad del dinero de sus cuentas, pero desaparecieron poco después de eso.

—Se ocultaron.

—Puede, pero todo apunta más bien a que fueron asesinados por agentes imperiales, en un intento por eliminar a todo el que supiera algo del proyecto o pudiera identificar su ubicación.

—Comprendo —Alce cerró los ojos por un instante— Muchísimas gracias, Ibero.

—No hay de qué. Pero recuerda: si no quieres crearte problemas y creármelos a mí de paso, no puedes repetir prácticamente nada de todo esto.

De hecho, yo en tu lugar no le diría nada en absoluto a esa mujer. Imagino que si está en el campo, ya lo habrá pasado lo bastante mal últimamente como para encima tener que enterarse de que su hijo está muerto. Creo que sería mejor para ella si se lo ocultaras.

—Eso haré , probablemente —dijo Alce torciendo el gesto.

—Lo siento, compañero. Nos vemos pronto, ¿vale? *Guarida del Lobo* fuera.

Llamarada cortó la transmisión por parte de Campo Uno.

—Mañana vienen por nosotros —explicó.

—Estupendo.

—Alce, Ibero tiene razón. Es mejor que no le digas nada a Sdermila.

Nada, ¿me entiendes?

—Le prometí que le ayudaríamos a llegar a Balania y a encontrar a su familia.

Llamarada suspiró.

—Preferiría que se llevara la decepción, o incluso que se enfadara para siempre con nosotros por no haber cumplido esa promesa, a destrozarla por completo contándole que todos aquellos a los que ama están muertos.

—¿Tú no querrías saberlo?

—Yo…. mira, no lo sé —Alce se levantó—. ¡Eh! ¿A dónde vas? ¡Alce, por favor, no lo hagas! —Llamarada lo retuvo sujetándole por la manga—. Antes de que vinieras, Ibero me has estado contando lo que Gen'yaa y Dey'jaa encontraron entre los datos que Solo y Raiven robaron. Los seibergios obligaron al piloto del carguero a hacer lo que hizo. Pretendían engañarnos para que les permitiéramos cruzar el bloqueo con su cargamento de minas, o quizá incluso querían que lo derribáramos para atizar el conflicto con los corelianos. ¿Entiendes lo que te digo? ¡No fue culpa nuestra!

Alce bajó la vista hacia el suelo.

—Eso no cambia ciertas cosas. —Dicho eso, tiró del brazo para obligar a Llamarada a soltarle y se marchó antes de que pudiera añadir nada más.

Ella no intentó seguirle. Estaba convencida de que nada, aparte de un disparo en la espalda, podría detenerle. Una vez más Alce había tomado una decisión, y ésta era irrevocable. Llamarada no lloraba prácticamente nunca, acostumbrada como estaba al

drama y a la tragedia, pero esta vez sintió ganas de dejarse llevar y llorar como no lo había hecho en mucho tiempo.

A medida que transcurría la mañana la neblina que rodeaba Campo Uno se fue disipando poco a poco, aunque el día continuó siendo frío y oscuro y la nieve no dejó de caer en ningún momento. Masivas nubes grises ocultaban a la vista los picos de las montañas. Los mismos vientos que las empujaban hacia el sur azotaban el campamento, haciendo que refugiados y personal de la Nueva República por igual se estremecieran y tuvieran que apretar los dientes para evitar que les castañetearan. Dentro de tiendas y refugios, los niños estaban nerviosos y peleaban entre sí constantemente. Prudentemente, teniendo en cuenta lo hostil del clima, los adultos les habían prohibido a casi todos que salieran afuera a jugar, pero después de varias horas encerrados cada vez era más difícil que se estuvieran quietos. Más de una madre, tía, abuelo o abuela perdió la paciencia y empezó a gritarles primero, y a repartir capones y bofetadas después, a menudo sin hacer distinciones entre niños propios y ajenos. Las consiguientes llantinas, lamentos y pataletas se dejaban oír por todo el campo.

Mientras daba vueltas a uno de los grandes peroles térmicos para que los nutrientes se fueran disolviendo en el caldo en lugar de pegarse en el fondo, la inquietud de Sdermila se hacía más y más intensa. No sabía lo que era, pero desde que había encontrado muerto a su kala’ballo no podía quitarse de encima la sensación de que cosas aún peores estaban por pasar. Redina había salido hacía por lo menos dos horas en busca de lo que quedaba del cereal salvaje que habían recolectado la semana pasada, pero aún no había regresado. No tenía por qué haberle pasado nada, pero Sdermila estaba empezando a preocuparse de todas formas. Su amiga parecía llevarlo razonablemente bien desde que estaban aquí, pero Sdermila sabía que no había una hora en el día en la que Redina no estuviera pensando en Dimeter.

Lo mismo le sucedía a Deveralia, aunque en su caso los tres niños se encargaban de proporcionarle distracciones más que de sobra, tanto como para que no le diera tiempo a que la preocupación por Sante se convirtiera en obsesión. Redina y Dimeter no habían tenido hijos, aunque Sdermila sospechaba que no había sido precisamente por falta de ganas.

—Esto tiene que ser terrible para ella —murmuró. La mujer que se encargaba del perol de al lado ni siquiera levantó la mirada de su labor. A esas alturas todas las personas que alguna vez trabajaban en la cocina se habían acostumbrado a escuchar a Sdermila hablando por lo bajo, y ya no le daban importancia ninguna al hecho. En un momento dado, e incapaz de aguantar por más tiempo, Sdermila le cedió el cucharón a otra refugiada y se marchó en busca de Redina. Lo más probable era que se hubiera acercado a ver a Deveralia y se hubiera entretenido allí, aunque no era muy propio de Redina olvidarse de que la estaban esperando a ella y al cereal que se suponía que iba a traer.

Sdermila no podría culparla, no obstante, si hubiera sufrido un repentino ataque de angustia y hubiera decidido hacerle una visita a la joven madre en su tienda. La desgracia que compartían, además de la amistad común que ambas mantenían con Sdermila, contribuían a que tanto Redina como Deveralia buscaran a menudo la compañía de la otra. A Redina le gustaba tanto como a Sdermila pasarse el tiempo hablando con Figor y Lía, contándoles historias y participando en algunos de sus juegos, y también le encantaba ayudar a Deveralia con la recién nacida, a quien no parecía importarle demasiado de quién eran los brazos que la acunaban siempre que no parasen de hacerlo. La perspectiva de ver a los niños hizo que Sdermila se sintiera más animada—. También a mí me hará bien distraerme un poco con ellos —dijo para sí—. Figor siempre me hace reír. A lo mejor es eso lo que me hace falta para no seguir dándole vueltas a las cosas ni a buscar más penas de las que ya tenemos.

Al acercarse a la tienda escuchó cómo lloraba el bebé.

—Soy yo, Sdermila —anunció mientras cruzaba la entrada. Al comprobar que tan sólo Deveralia y su hijita estaban en la tienda se sorprendió bastante. Después de todo una veintena de personas vivían allí, y el día no estaba como para muchos paseos—. ¿Dónde están los demás? —preguntó—. ¿Y Figor y Lía?

—Están con los hijos de Cinavia, en la tienda de al lado —contestó Deveralia meciendo sin parar a su hijita, a la que tenía apoyada sobre un hombro, y a la vez dándole golpecitos en la espalda con la mano libre—. Los demás se han ido a recoger la comida.

—¿Tan pronto? Aún no está lista.

—Sdermila, Redina ha estado aquí.

—¿Sí? La verdad es que venía a preguntarte si la habías visto. Estaba conmigo, ayudando con la comida, pero salió a… —Sdermila se interrumpió al reparar en los ojos de Deveralia, brillantes y enrojecidos, y darse cuenta de que había estado llorando—. ¿Ha pasado algo?

—Ese Ciric Baranka, el jefe guerrillero que reclutó a Dimeter y a Sante…

—Sí, lo recuerdo bien.

—Está aquí, en este campo. Redina ha hablado con él —Sdermila se sentó en el suelo de la tienda, al lado de Deveralia—. Baranka se acordaba de ellos, sobre todo de Dimeter, a causa de la discusión que mantuvo con él esa noche, en el cobertizo. Le ha dicho a Redina que salieron en una misión con uno de sus lugartenientes, sólo dos o tres días después de que nos separásemos, pero que no volvió nadie del grupo. —Deveralia empezó a llorar otra vez. El bebé, por su parte, parecía estar muy lejos de calmarse, lo que contribuía a aumentar la agitación de su madre.

—Oh, Dios mío… Vamos, trae aquí a la niña. Me acuerdo de cuando nació mi Lania. Hasta los seis meses estuvo con problemas para echar los gases después de cada comida. No se le pasaron hasta que empecé con las papillas… Eso es, mi niña, eso es, no me llores. Y tú tampoco deberías hacerlo, Deveralia —dijo mientras empezaba a mecer a la niña, sus palmaditas considerablemente más enérgicas que las que su madre le había

estado dando. En realidad no sabía muy bien qué decir para consolar a Deveralia, cuya pena sentía como propia, pero tenía que intentarlo de todos modos.

Redina tenía que estar también fatal, pero de momento tenía que quedarse aquí con Deveralia. Más tarde iría en busca de su vieja amiga y vecina.

—Estoy segura de que Sante y Dimeter están perfectamente. Ya lo verás. Si Baranka está aquí, no puede saber si han vuelto a su campamento desde que él está fuera, ¿no? He oído decir que las comunicaciones aquí no son… —En ese instante el bebé dejó escapar un eructo y e inmediatamente cesó su llanto—. ¿Qué te había dicho? Buena chica. Ahora a dormir, ¿a que sí? Oh, sí, mira estos ojitos. Te vas a dormir seguro —Deveralia sonrió a Sdermila y volvió a coger a la criatura de los brazos de Sdermila.

—Gracias. La pobre debe darse cuenta de lo nerviosa que estoy, pero tiene que estar ya cansada —El bebé cerró los ojos y se llevó su diminuto puño a la boca.

Sdermila se puso a recolocar las ropas con las que Deveralia había improvisado una cuna, y allí la depositó su madre con gran cuidado para que no se le despertara.

—Está muy despabilada para ser tan pequeña —comentó Sdermila—. Una no puede evitar preguntarse qué estará pensando cuando te mira con esos ojos. Sí, ya sé que se supone que los niños no ven gran cosa hasta el cuarto mes, pero a veces me parece que esta criatura puede vernos, y que ya está sacando sus propias conclusiones sobre nosotros.

Deveralia estuvo a punto de echarse a reír.

—Ojalá Sante pudiera verla. Cada día que pasa estoy más segura de que va a parecerse a él. Figor y Lía se parecen a mí, tú misma me lo has dicho, pero la nariz de Katia, la frente y creo que también los ojos son de su padre, no hay duda. Oh, ¿no te lo he dicho? He decidido llamarla Katia. Ése es el nombre que escogió Sante cuando se enteró de que íbamos a tener otra niña. Al principio yo no estaba de acuerdo, pero… —La joven no pudo continuar. Se abrazó a Sdermila y empezó a sollozar contra su pecho.

Parado a la entrada de la tienda Alce dudaba, armándose de valor para entrar. Tras no encontrar a Sdermila en la cocina común se le había ocurrido mirar allí. Efectivamente, dentro se escuchaban su voz y la de Deveralia, pero al parecer algo iba mal. Una de las dos estaba llorando. Al abrir el sello de la tienda y ver la escena, se dio cuenta de que aquel no parecía ser un buen momento. Ninguna de las dos mujeres había reparado en su presencia. Alce se dio la vuelta para marcharse, pero entonces volvió a cambiar de idea.

—¿Puedo entrar? —preguntó de forma tentativa.

—Ah, Lewis —dijo Sdermila levantando la cabeza—. ¿Querías algo?

—Yo… ¿algo va mal?

—No sé si… Deveralia, ¿te importa si se lo cuento a Lewis? —La joven negó con la cabeza, haciendo un visible esfuerzo por recobrar la compostura.

Sdermila le hizo una señal a Alce para que se acercara. Agachando la cabeza, Alce entró del todo y cerró la tienda tras él. Después se sentó en una manta frente a las dos mujeres abrazadas, sintiéndose terriblemente azorado e incómodo.

—Es por ese guerrillero, Ciric Baranka —comenzó Sdermila. Alce asintió, invitándola a continuar—. El marido de Deveralia y el de Redina se fueron con él. Quiero decir que los reclutaron. Baranka le ha dicho a Redina que los dos han desaparecido.

Alce bajó la mirada por un momento.

—Siento oír eso. He visto a los guerrilleros, sí. Puedo hablar con Pantera y pedirle que intente conseguir más información.

—¿Lo harás? Muchas gracias, Lewis. ¿Has oído eso, Deveralia?

—Si Baranka supiera algo —respondió la joven casi en un murmullo—, me refiero a algo bueno, ya se lo habría dicho a Redina cuando ha hablado con ella.

Alce tragó saliva. Estaba de acuerdo con lo que acababa de decir Deveralia, pero prefirió no decir nada. *Maldita sea, esto lo está haciendo más difícil todavía*. Por segunda vez consideró la idea de marcharse sin decirle nada a Sdermila, pero al igual que en la anterior terminó optando por quedarse. Si venían a recogerles mañana como había dicho Llamarada, era posible que no volviera a tener jamás la oportunidad de contarle a Sdermila la verdad.

—Sdermila, tengo que hablar contigo.

Ella arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Conmigo?

—Sí. En privado, si es posible.

—Pero es que no quiero dejar sola a Deveralia ahora. Puedes decirme aquí lo que sea.

—No sé si…

—Me estás preocupando, Lewis, y bastante mal va ya el día. ¿Quieres decirme de qué se trata?

Alce tomó aire, sintiéndose profundamente acongojado. Por el camino había ensayado en su mente media docena de formas diferentes en las que empezar a explicarse, pero llegado el momento ninguna le parecía adecuada.

Le resultaba casi imposible aguantar la mirada de Sdermila sin apartar la suya de pura vergüenza. Presentía que esto iba a ser probablemente lo más difícil que había tenido que hacer en la vida —y tratándose de una vida tan azarosa como la suya aquello no era decir poco—, pero era algo a lo sentía que no podía escapar. Una vez más, vio frente a sus ojos cómo el ala-B de Torpedo era alcanzado, el carguero armado disparando contra ellos sin cesar, el resto de las naves del convoy maniobrando a la desesperada mientras los ala-A de Llamarada y de Ermitaño los perseguían. Escuchó la voz del piloto coreliano rogando que no le dispararan. Se imaginó el miedo y la angustia de los pasajeros, incapaces de ver el intercambio de disparos desde dentro del compartimento de carga, pero sintiendo como la nave se zarandeaba mientras intentaba escapar, luego los torpedos impactando contra el casco y matándolos a casi todos en el acto, su grito final silenciado por el vacío del espacio. Alce notó que se le secaba la garganta y por un instante pensó que iba a fallarle la voz, pero cuando comenzó a hablar, le salió serena y controlada, casi como si estuviera impartiendo a una clase a un grupo de pilotos novatos en los días en que ejercía como oficial de adiestramiento del escuadrón Blanco.

—¿Te acuerdas de la otra noche, cuando me trajiste el caldo y estuvimos hablando?

Sdermila asintió y de pronto su rostro perdió el poco color que le quedaba.

—No esperaba que pudierais hacer lo que me dijisteis. Si no podéis llevarme a Balania ya encontraré la manera…

Alce negó con la cabeza.

—No es eso —La expresión de Sdermila mostró un inmediato alivio, y al darse cuenta de ello Alce sintió que el corazón se le hundía aún más, aplastado bajo el dolor y la culpa—. Cuando hablamos te dije que había pasado algo, algo de lo que no quería hablar.

—Lo recuerdo. ¿Has cambiado de idea?

—Sí. Ahora debo contártelo —Alce cerró los ojos por un brevísimo instante. Cuando los abrió ya no volvió a apartarlos de los de Sdermila—. Tres días antes de que te conociéramos, Llamarada, otros dos pilotos y yo nos encontrábamos patrullando no lejos de la órbita de Seibergia. Durante las últimas semanas los seibergios habían desplegado minas espaciales en éste y en otros sistemas colindantes, causando daños muy graves a las naves que iban camino de Balania y de otros mundos, y destruyendo a algunas de ellas. Buscábamos transportes que pudieran ir cargados con este tipo de minas, en un intento por evitar que muriera nadie más por su culpa, así que teníamos orden de interceptar e inspeccionar cualquier nave sospechosa que saliera de Seibergia. Si nuestros sensores revelaban la presencia de minas entre su cargamento, debíamos impedir que escaparan con todos los medios a nuestro alcance. —Sdermila lo miraba sin casi pestañear, e incluso Deveralia había dejado de llorar para prestar atención a su relato. Alce apretó la lengua contra los dientes. La bondadosa mujer no parecía extrañarse de que le estuviera contando todo aquello, sino que asumía que si lo hacía era porque había algo en lo que ella podía ayudarle. Quizá consolándole, como estaba haciendo con Deveralia. Alce se sintió aún peor, pero no obstante continuó hablando. Tenía que hacerlo.

—Apareció un convoy de cinco naves. Cuando les ordenamos que redujeran la velocidad para permitirnos inspeccionarles sin correr riesgos, el piloto de una de ellas intentó convencernos para que les dejáramos pasar sin revisar su carga. Dijo que llevaba a bordo a refugiados balanios, y que cazas seibergios les perseguían. Cuando comprobamos que no venía caza alguno tras ellos, asumimos que el piloto estaba tratando simplemente de engañarnos. Nos dirigimos hacia el convoy con la intención de escanearlos con o sin su colaboración. Los tres primeros cargueros llevaban minas, tal y como sospechábamos. El cuarto, que iba seriamente armado, no nos dejó acercarnos. Disparó contra nosotros en cuanto lo intentamos. Uno de mis compañeros resultó alcanzado, aunque consiguió mantener el control de su nave —Alce se preguntó si Sdermila y Deveralia comprendían algo de lo que les contaba. *Me estoy justificando, pidiendo perdón antes incluso de confesar mi falta,* pensó con amargura, pero aún así no podía evitarlo. Sdermila no seguiría escuchándole una vez que le confesara que había

matado a su familia, así que tenía que intentar explicarle de antemano, mientras todavía podía hacerlo, cómo era posible que las cosas hubieran llegado hasta ese final tan terrible.

Era importante para él que entendiera que no había sido su intención que pasara aquello, que no había sido descuidado ni estúpido, que él sólo… *¿Yo sólo qué? Esa es la cuestión, ¿no? ¿Importa la respuesta? ¿Le importará a Sdermila?* Percibiendo su inquietud con la intuición que le daban no tanto sus años como su increíble humanidad, Sdermila estiró la mano y se la apoyó en el hombro en un gesto cargado de ternura. Alce comenzó a temer el momento en el que esa mujer mayor a la que tanto había empezado a querer retiraría su mano con odio y con repulsión.

—Mientras yo dejaba incapacitadas a las tres primeras naves para evitar que huyeran, Llamarada y el otro compañero destruyeron a la que había abierto fuego sobre nosotros. Fue entonces cuando descubrimos que la última se nos iba a escapar. Era aquella cuyo piloto había intentado confundirnos, y aún insistía en ello, diciendo que llevaba refugiados y que por favor no le disparásemos, pero seguía negándose a detenerse para que pudiéramos comprobar si lo que decía era cierto —Los ojos de las dos mujeres se dilataron, al empezar ambas a comprender lo que venía a continuación. Alce inspiró profundamente y buscó en su interior el valor que necesitaba para contarles el resto.

—Ninguno de nosotros había llegado a inspeccionar esa nave. No podíamos saber qué era lo que transportaba en realidad, pero el piloto ya había mentido antes al decir que les perseguían. Si las otras naves junto a las que viajaba llevaban minas, la conclusión lógica era que también ésa tenía que llevarlas. Pensé que no podíamos consentir que escapara sólo porque no teníamos la completa certeza de que así era. Ya había muerto mucha gente por culpa de las minas de los seibergios. Yo era el único que aún podía acertar al carguero con mis torpedos de protones, antes de que saltara al hiperespacio. Le pedí a Llamarada permiso para disparar, pero ella dudó. Se nos había instruido para no abrir fuego contra ninguna nave a la que no hubiéramos inspeccionado primero, pero yo decidí desobedecer esas órdenes y no esperar a que Llamarada me diera su autorización. Disparé los torpedos y destruí el carguero. —Alce agachó la cabeza un momento, pero se obligó a levantarla de nuevo para poder mirar a Sdermila a los ojos. Se lo debía.

—En aquel momento pensé que había hecho lo correcto, pero no era así.

Cuando regresamos a nuestra nave nodriza nos enteramos de que en esa última nave realmente viajaban refugiados. Al parecer, acaba de saberse que los seibergios amenazaron a su piloto para que intentara engañarnos por ellos, pero eso no cambia los hechos. Lo único cierto es que maté a unas cincuenta personas inocentes.

Las dos mujeres balanias lo miraron en aterrado silencio, intentando decidir cómo asimilar lo que acababa de revelarles. Obviamente consternadas, ninguna de ellas dijo nada durante un tiempo. Deveralia cogió a su bebé en brazos, como si de pronto sintiera que tenía que protegerla. De él. La mano de Sdermila resbaló sobre el hombro de Alce, descendiendo poco a poco hasta terminar deteniéndose sobre la mano de él. Su tacto, cariñoso aún aunque vacilante, a Alce le quemaba.

—No entiendo nada de naves espaciales, de minas o de sensores —comenzó a decir Sdermila—. Pero si algo he comprendido, me parece que lo que pasó fue… ¿como un accidente?

Alce apretó los labios.

—Quizá. Eso es lo que me gustaría pensar, pero…

—Al llegar a este punto sí que le falló la voz.

—Tú no querías matarlos. No habrías disparado si hubieras sabido que la nave llevaba pasajeros de verdad.

—No, no, claro que no quería, y por supuesto que no hubiera disparado de haberlo sabido, pero… Sdermila, me es muy difícil decirte esto…

—Pero si ya lo has dicho —Una lágrima rodó por la mejilla de la buena mujer. La pobre estaba esforzándose por mostrarse comprensiva con él, aunque era obvio que estaba tan espantada como Deveralia. De pronto Alce ya no pudo aguantar más. Lentamente negó con la cabeza.

—Sdermila, escúchame. Nuestros dos compañeros, los que llegaron ayer… —Sdermila asintió. Los había visto—. Venían de Nurtina. Entre otras cosas traían consigo la lista de pasajeros de esa nave. Sdermila, tu hijo Jeiran, su mujer y sus dos hijos iban a bordo. Están muertos. Fui yo quien los mató.

Sdermila apartó su mano de la de Alce tan bruscamente como si acabara de convertirse en metal al rojo vivo. La pobre mujer utilizó esa misma mano para cubrirse la boca al tiempo que empezaba a llorar de forma incontrolable, sus ojos abiertos de par en par mientras movía la cabeza de un lado a otro intentando negar que el horror que acababa de escuchar pudiera ser cierto.

Deveralia la rodeó con su brazo libre, pero ella apenas lo notó. Frente a ella, ese joven en el que había empezado a pensar como si de una especie de sobrino se tratara, la miraba con preocupación y con aprensión, y quizá también con simple y llana vergüenza. ¿De verdad había dicho lo que ella creía haber escuchado? Pero sí, ella había entendido cada una de sus palabras y no había confusión posible. La posibilidad de que pudiera estar mintiéndole o gastándole quizá una broma increíblemente cruel ni siquiera se le pasó por la cabeza. «Ayer derribaron a un carguero que llevaba balanios tan sólo para estar seguros de que no era uno de los nuestros». Esa frase apenas oída, y pronunciada por uno de los niñatos seibergios que asaltaron a su grupo de refugiados el mismo día en el que tuvo que huir de su casa, cobró de repente todo su siniestro significado. Todo lo que ese hombre le había dicho no tenía otro objetivo que el de confundirla, haciéndole más difícil el que pudiera comprender la devastadora verdad de su crimen. Sdermila sintió un dolor inconmensurable en lo más profundo de su corazón, mientras el rostro de su hijo se le presentaba de nuevo en su mente, escuchaba su voz mientras le comentaba sus planes, y entonces veía también la cara de su nuera y de sus nietos, aquella última vez que los vio. Había sido en su cumpleaños. Sdermila bajó la mano y chilló a pleno pulmón una única palabra, sus normalmente amables facciones deformadas ahora en una mueca de ira y de angustia extremos.

—¡ASESINO!

—Sdermila, lo siento.

—¡Vete, vete de aquí!

—Sdermila, aún hay más…

—¿Es que no has dicho ya suficiente? —le gritó Deveralia. Sobresaltada, la pequeña Katia se despertó y empezó a llorar de nuevo con todas sus fuerzas—. Ya la has oído —continuó Deveralia mientras volvía a mecer a su bebé intentando en vano calmarla—. ¡Vete, tú y tus amigos, y no volváis nunca!

—Ayer, cuando descubrí que tu familia iba en esa nave —comenzó Alce a pesar de todo—, me acordé de lo que me contaste sobre tu otro hijo, Lania. De repente se me ocurrió que si era capaz de encontrarlo y hacerle saber lo que había sucedido, él podría venir aquí y estar contigo… —Sdermila lo miró con sus ojos arrasados por las lágrimas. Su pecho subía y bajaba con cada sollozo, no hubiera podido controlar el llanto aunque quisiera. Su otro hijo, Lania. ¿Qué podía decirle ese criminal sobre él? La preocupación y el miedo vinieron a sumarse a su tormento, puesto que ya anticipaba que cualquier noticia que pudiera darle semejante demonio no podía ser buena.

Pero aún así tenía que escuchar lo que fuera.

—Hablé con otro compañero de escuadrón que está en nuestra nave nodriza, y le pedí que buscara referencias en las redes de información acerca de Lania. Le dije todo lo que sabía de él, incluyendo lo de que había vivido en Commenor. Mi compañero es un experto en ordenadores y sabe cómo utilizarlos para buscar todo tipo de cosas, así que pensé que a lo mejor él podría dar con el paradero de tu hijo. Me ha llamado hace un rato. Se supone que no debo repetirle a nadie lo que me ha dicho, pero tienes que saberlo. ¿Te acuerdas de lo que te conté acerca de las Estrellas de la Muerte? Pues el caso es que él, Lania, estaba probablemente a bordo de la segunda de ellas cuando la Alianza consiguió destruirla. Por eso no has sabido de él desde hace un año.

Sdermila, de verdad que lo siento.

Sdermila gritó y gritó, incapaz de contener tanto dolor como tenía dentro de sí. Deveralia, llorando también abundantemente, volvió a chillarle a Alce que se fuera. La entrada de la tienda se abrió, y el rostro de una mujer de la edad de Deveralia asomó por la abertura. Se trataba de Cinavia, la vecina de tienda que en esos momentos estaba cuidando de Figor y de Lía.

—He oído… —empezó a decir, pero se detuvo asustada a media frase cuando vio a Sdermila y a Deveralia llorando de forma inconsolable. Cinavia entró con una expresión de profunda alarma pintada en su rostro y se arrodilló junto a ellas—. ¿Pero qué ha pasado aquí?

—¡VETE! —gritó Deveralia una vez más. Murmurando un último «lo siento», Alce salió de la tienda y la cerró con cuidado. Vio a Rúster de pie no muy lejos de allí, y más cerca aún a Llamarada, mirándole con los brazos cruzados sobre su pecho, a causa quizá del frío, o quizá no sólo por eso. Alce caminó hacia ella, sin sentirse apenas las piernas

que parecían como dormidas, tan incapaz de pronunciar ni una sola palabra como lo era de llorar, por mucho que en ese instante deseara tanto hacerlo.

Con la única compañía de Invierno, Leia Organa contemplaba la pequeña unidad holográfica que el capitán del *Libertador* había ordenado instalar para su uso privado en el camarote que le habían asignado. Desde el centro del cubo de proyección, la imagen de Mirla Lond, probablemente la más famosa periodista y presentadora de noticias coreliana, miraba fijamente a su audiencia. Detrás de ella, Leia pudo reconocer fácilmente la sala de reuniones a bordo del crucero *Primer Ciudadano* en la que tantas horas había pasado.

Mirla Lond, conocida al menos en un centenar de mundos aparte de en la propia Corellia, acompañaba su amable pero al mismo tiempo seria expresión con un tono de voz calculadamente uniforme que añadía gravedad a sus palabras, el tono reservado para las ocasiones más importantes.

—… esta es la grabación que tan rápidamente ha hecho cambiar la situación en el sistema Seibergia. Lo que están ustedes a punto de escuchar son las transmisiones entre el *Mano del Idiota*, el recientemente identificado carguero coreliano que fuera derribado hace casi dos semanas por un cazabombardero de la Nueva República, el Control de Vuelo del espaciopuerto de Nurtina, y uno de los transportes seibergios que también resultó destruido durante el incidente. Desde el comienzo de esta última crisis, la versión de la historia ofrecida por la Nueva República ha sido la de que las naves seibergias transportaban entre todas ellas un importante cargamento de minas espaciales, preparadas para ser desplegadas en las rutas más utilizadas para viajar entre Seibergia y Balania. Aunque aún no ha sido confirmada por fuentes independientes, esta afirmación ha ganado considerablemente en credibilidad.

Escuchen esta grabación atentamente y juzguen ustedes mismos.

Con el fondo proporcionado por las imágenes del rescate de los cuerpos de entre los restos del *Mano del Idiota*, la escena que había sacudido a la galaxia hacía tan sólo dos semanas, comenzaron a reproducir la misma grabación de audio que Leia había escuchado ya al menos una docena de veces.

—*Mano del Idiota*, aquí Control de Nurtina.

—Les copio, Nurtina.

—*Mano del Idiota*, debo informarle de un cambio en su plan de vuelo.

Prepárese para recibir un nuevo vector de salida.

—Recibiendo, Nurtina, ¿pero a qué viene esto de un nuevo vector de salida? Tenía mi plan de vuelo autorizado por las autoridades del espaciopuerto.

—Siga ese vector y cumpla al pie de la letra las instrucciones que están a punto de darle, si no quiere que usted y su nave sean destruidos.

—¿Dest…? Creo que no he copiado bien esa última parte, Nurtina. Por favor, repitan.

—*Mano del Idiota*, aquí *Repartidor Uno*. Contesta.

—¿Qué demonios está pasando aquí? No… ¡¡¡Fuerza bendita!!!

—*Mano del Idiota,* aquí *Repartidor Uno*. Eso ha sido un misil de impacto, y lo he disparado sin apuntarte realmente. Es el único aviso que vas a recibir.

Mis sistemas de seguimiento tienen ahora perfectamente localizada a tu nave, y tengo otros dos misiles armados y listos para hacerte reventar en mil pedazos dentro de veinte segundos. Confirma si has copiado y comprendido todo.

—A-aquí el *Mano del Idiota*. Confirmo recepción.

—Muy bien. Odiaría tener que matar a un coreliano, incluso si se trata de una rata womp como tú. Préstame toda tu atención, porque no disponemos de mucho tiempo. Vamos a colocarnos en formación contigo, cuatro naves, en el mismo vector que acaban de proporcionarte. Poco después, es más que probable que en cualquier momento nos intercepten cazas de la Nueva República. Si ése es el caso, tu misión es confundirles lo mejor que puedas.

Diles que nos persiguen cazas TIE seibergios. Si no se lo tragan tan fácilmente, lo que tienes que hacer es abandonar la formación, detener los motores, y simular una emergencia. Eso nos dará una oportunidad para cruzar su bloqueo antes de que tengan tiempo de volver a alcanzarnos.

—¿Pero qué pasará conmigo?

—Nada. Sus sensores detectarán que sólo llevas pasajeros y te permitirán continuar viaje.

—Si finjo una emergencia no se limitarán a tomar un escáner, seguro que ya lo sabes. Insistirán en enviarnos ayuda, en evacuar a mis pasajeros o algo por el estilo. Abordarán mi nave. Si me identifican estoy perdido. Tengo órdenes de búsqueda y captura tanto en Corellia como en la Nueva República… ¡Mierda, me enviarán a Kessel!

—Ése es tu problema, coreliano. Es eso o tu muerte y la de tus pasajeros. Si te disparo ahora ya no hará falta que simules nada, los de la Nueva República tendrán una emergencia de verdad a la que deberán acudir, así que no creas ni por un instante que voy de farol. Tienes cinco segundos para aceptar o morir. Cinco, cuatro…

—¡Acepto, acepto, maldita sea!

—Estupendo, no esperaba menos de ti. Ahora mantén tu presente curso, casi estamos ahí…

Al llegar a ese punto la voz de Mirla Lond volvió a escucharse otra vez, y su agraciado rostro ocupó de nuevo el centro del cubo de proyección.

—Desde aquí la grabación pierde rápidamente calidad hasta hacerse ininteligible, una vez que las cinco naves alcanzaron el lado del planeta opuesto a Nurtina, y se corta definitivamente al cabo de pocos segundos. Apenas diez minutos después de que tuviera lugar esta conversación, el *Mano del Idiota* fue fatalmente alcanzado por dos torpedos de protones lanzados desde una ala-B de la Nueva República. Varios oficiales de alta graduación de la Armada Coreliana han tenido acceso a los registros y grabaciones tomados por las cámaras de vuelo de ése y otros aparatos que formaban parte de la misma

patrulla —La imagen se amplió para abarcar también al hombre de uniforme sentado junto a la popular periodista, alguien a quien Leia conocía muy bien—. Tenemos con nosotros al almirante Bren Sellman, el hombre que se encuentra al mando de la fuerza de combate enviada a Seibergia por el gobierno con el objetivo inicial de acabar con el bloqueo. Buenas noches, almirante.

—Buenas noches.

—¿Puede contarnos qué es lo que ha podido ver y oír en el material facilitado por la Nueva República?

—Sí. En un primer momento el piloto del *Mano del Idiota* intenta hacer exactamente lo que le habían dicho. Cuando los cazas de la Nueva República se disponen a interceptar el convoy, responde a su llamada y les dice que están siendo perseguidos por cazas seibergios, y que por tanto no pueden detenerse. Pero cuando los cazas insisten en acercarse para inspeccionar con sus sensores el cargamento de todas las naves del convoy, el piloto del *Mano del Idiota* empieza a cambiar el guión. En lugar de detener sus motores y simular que tenía problemas, tal y como el seibergio al que hemos escuchado en la otra grabación le había ordenado que hiciera, decide mantenerse junto a las otras cuatro naves.

—¿Por qué cree que hizo eso, almirante?

—Sus motivos quedan claros en esa otra grabación. No quería arriesgarse a que las fuerzas de la Nueva República lo detuvieran. El Departamento de Seguridad Coreliana ha identificado fácilmente a este hombre como Sed Diconner. Sólo en Corellia pesaban sobre él los cargos de contrabando, tráfico de especia, falsificación de documentación legal, y fraude continuado al Departamento de Hacienda, entre otros.

—Vaya, no se trataba precisamente de un ciudadano ejemplar.

—No, en absoluto.

—¿Qué sucedió entonces?

—Los cazas de la Nueva República se aproximan al convoy y…

Leia Organa desconectó el holoreceptor. Ya había visto suficiente.

Después de esto el Diktat no tendría problema alguno para retirarle su apoyo a Somolovich. Era el final de la crisis, aunque todavía quedara mucho trabajo por hacer en Seibergia. Leia se sentía deprimida aún por saber que mucha gente había muerto, y que muchísima más se había quedado sin hogar antes de que se llegara a este punto, pero encontraba consuelo en la certeza de que la historia podría haber acabado mucho, mucho peor. Corellia no se uniría al Imperio, y eso era lo más importante de todo para el futuro de la Nueva República y para los billones de seres que la componían. Todo lo demás era secundario.

Leia se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse a que las cosas fueran así.

La consola del camarote emitió una señal de aviso, pero Leia no tenía ganas de hablar con nadie a no ser que fuera realmente necesario. Permitió que Invierno se hiciera cargo de la llamada. Ella le avisaría si era importante.

—Leia, es Mon Mothma —dijo su amiga—. Vía holograma.

Leia frunció el ceño. Era importante.

—¿Te ha dicho de qué se trata?

—No. Puede que sólo pretenda darte la enhorabuena.

—Mon Mothma no gastaría los recursos necesarios para establecer una transmisión hiperespacial sólo para eso. Por favor, Invierno, pásame la comunicación aquí y luego déjame sola. Ya te contaré después.

Invierno asintió y salió de la sala. Mon Mothma conocía a Invierno, pero no lo sabía todo sobre ella ni sobre el trabajo que llevaba a cabo para Leia. Eso era algo que tanto Leia como Invierno preferían que siguiera siendo así por el momento. La Nueva República había cumplido ya un año, pero Leia no se sentía capaz aún de renunciar a su última y más secreta línea de defensa. No mientras el recuerdo de Palpatine siguiera estando tan fresco. No mientras sus herederos siguieran acechando cada paso que daba.

Leia volvió a activar la unidad holográfica e inspiró a fondo. Finalmente presionó la tecla para aceptar la transmisión.

—Me alegro de verte, Mon Mothma.

—Y yo también de verte a ti, Leia. ¿Qué tal ha ido el primer día de negociaciones después de los sucesos de ayer?

—Te he enviado un informe.

—Lo he leído, pero quería saber tu opinión personal.

Leia se encogió de hombros.

—Los corelianos están la mar de colaboradores. El Diktat no ve el momento de poder lavarse las manos y dejar este sistema a su suerte. Las cosas han ido tan deprisa que al almirante Sellman le ha sobrado tiempo para dejar que le entrevistaran los de Coronet News.

—Sí, también lo he visto. Los estamos perdiendo, ¿verdad?

—¿A los corelianos, quieres decir?

—Sí. En el fondo nunca he querido renunciar a la esperanza de que llegaría el día en el que abrirían los ojos y se unirían a nosotros. Pero supongo que debo hacerme a la idea. Ha pasado mucho tiempo desde que firmamos el Tratado de Corellia, los tres, Garm, Bail y yo. Quién hubiera imaginado entonces lo que el destino nos deparaba a cada uno de nosotros, a nuestros planetas, y a la galaxia entera. Fíjate, aunque el Imperio sigue aún ahí, acechando, hoy casi podemos decir que nuestro sueño de entonces se ha cumplido. Derrotamos a Palpatine, hemos reinstaurado la República… pero jamás creí ni seguro creyeron ellos que ni Alderaán ni Corellia estarían en ella.

Los echo de menos, ¿sabes? Ojalá Bel Iblis no hubiera desaparecido y que tu padre no… Ah, lo siento. Perdóname, Leia.

—No tienes por qué disculparte —Leia sabía que las disculpas de Mon Mothma no eran por haberle recordado la muerte de Bail Organa, o al menos no sólo por eso. El hecho era que desde que Mon Mothma se enteró por boca de la propia Leia de quién era su padre biológico, siempre se la notaba incómoda cada vez que mencionaba delante de ella a su otro padre, el adoptivo. Era como si el nombrar al uno significara nombrar

también al otro, y que el hacerlo en presencia de Leia fuera como decir en voz alta el nombre de una terrible enfermedad en casa del que la padece. Tan comprensiva y dispuesta al perdón como era la Presidente de la Nueva República, era obvio que le resultaba muy difícil asimilar el hecho de que Leia hubiera sido engendrada por semejante monstruo. Leia no la culpaba por ello. No, sabiendo el sufrimiento y el daño que su verdadero padre, Darth Vader, había causado, y las incontables vidas que había arrancado. No, por mucho que se hubiera redimido en sus últimos minutos de vida, y que quizá también mereciera ser recordado por eso.

Pero a menudo deseaba que Mon Mothma fuera capaz de evitar que, de cuando en cuando, ese tema en particular apareciera de forma implícita en sus conversaciones, y sobre todo que siempre se disculpara por ello.

Como solía hacer siempre que sucedía, Leia saltó sobre la cuestión como si no existiera, siguiendo la conversación por el punto en el que Mon Mothma no había podido evitar interrumpirse a sí misma.

—Sé bien lo que quieres decir. Yo misma he tenido ese pensamiento más de una vez durante estos días. Si Garm Bel Iblis fuera Diktat y mi padre Bail siguiera con vida para apoyarle a él y mediar entre vosotros dos, las cosas podrían ser muy distintas en Corellia y en la Nueva República.

Desgraciadamente no es así, y todos los corelianos que en su día decidieron creer en los ideales de la Alianza tendrán que seguir viviendo como exiliados políticos.

—Me pone tan triste. Tantas buenas personas como Doman Beruss, Crix Madine…

—Wedge Antilles, Han Solo…

Mon Mothma asintió.

—Es una lista muy larga, por suerte para nosotros, aunque no sé si lo es tanto para ellos. Cisco Francmonde no quiere sino aislar a Corellia del resto de la galaxia, mantenerla dentro de su burbuja durante el mayor tiempo posible. Cada día veo más claro que ése es su camino, pero lo cierto es que muy poco podemos hacer mientras su pueblo le siga apoyando…

En fin, en realidad no te he llamado para hablar de todo esto, sino porque tengo una misión para ti, Leia. Quiero que vayas a Mon Calamari.

—¿A Mon Calamari? Pero es que aún no he acabado aquí. Las conversaciones con el gobierno seibergio…

—Esto son sólo los preliminares. Las verdaderas negociaciones no darán comienzo hasta que las tropas seibergias hayan salido de la Región Balania, y no antes de que hayamos obtenido un compromiso del Ejército de Liberación Balanio. Te dará tiempo de sobra a hacer lo que voy a pedirte, y después podrás volver a Seibergia para terminar lo que has empezado.

—Si es así no tengo inconveniente. ¿De qué se trata?

—El *Guarida del Lobo* saldrá mañana hacia Mon Calamari, donde podrán repararlo en condiciones, así que puedes ir con ellos. La teniente coronel Schroeder y el capitán

Gregory serán sometidos a un consejo de guerra tan pronto como lleguéis al planeta. Ackbar será uno de los miembros del tribunal, pero quiero que seas tú quien lo presida.

Leia se quedó de una pieza.

—Creí que ya no habría consejo de guerra.

Mon Mothma negó con la cabeza.

—No podemos dejar las cosas como están. Esos dos oficiales son culpables de desobedecer sus órdenes y causar por ello la muerte de cincuenta y dos seres inocentes.

—Vamos, Mon Mothma, sabes que fue una trampa.

—Pues claro que era una trampa, ahora lo sabe la galaxia entera. Pero si se hubieran atenido a sus órdenes no habrían caído en ella. Los refugiados seguirían vivos, y también todos los pilotos y tripulantes que perecieron en la batalla en ambos bandos.

—No me puedo creer que estés hablando en serio, Mon Mothma. Seguro que has leído los expedientes. Schroeder y Gregory se han jugado la vida cientos de veces por la Alianza y por la Nueva República. Si todos nosotros, militares o no, hubiéramos obedecido siempre las órdenes que se nos habían dado, para empezar jamás habría existido la Rebelión.

—No es lo mismo, Leia, y tú lo sabes. No estamos hablando de ser imaginativos en la interpretación de sus instrucciones, sino de ignorarlas por completo, y que como resultado haya muerto mucha gente. No podemos hacer la vista gorda con esto, ni siquiera por el hecho de que los dos acusados se cuenten entre nuestros héroes. Ya no somos un grupo rebelde, sino un gobierno legítimo. Si pretendemos seguir siéndolo, hay cosas que sencillamente no podemos permitirnos el lujo de tolerar. Uno de nuestros ideales más sagrados es el de la justicia, una justicia universal e idéntica para todos. Incluso para ti y para mí.

Ya te advertí de que pasaría esto. Leia casi podía oír el tono medio en broma medio en serio de Han, diciéndole algo por el estilo. Era cierto, más de una vez le había dicho que no le iba a gustar cuando su romántica Rebelión pasara a convertirse en la Nueva República, sus preciosos ideales se transmutaran en leyes inamovibles, y los una vez clandestinos líderes llegaran a ser presidentes y gobernadores. Por mucho que a ella le molestara tener que admitirlo, Han no había ido del todo desencaminado. No obstante, Leia comprendía muy bien lo que quería decir Mon Mothma, y aunque sin duda iba a odiarse a sí misma por ello, tendría que condenar a esos dos pilotos para que la galaxia entera pudiera ver que la Nueva República se tomaba muy en serio el cumplimiento de sus propias leyes.

—Incluso para ti y para mí —repitió asintiendo lentamente—. Esa es la esencia de todo, ¿verdad? Está bien, lo haré. Me guste o no, alguien tiene que hacerlo. Puedes confiar en mí.

—Jamás he dejado de confiar en ti, Leia —contestó Mon Mothma mirándola de forma afectuosa aunque sin perder la seriedad de su expresión—. Y no creo que eso vaya nunca a cambiar. De verdad, siento mucho tener que hacerte esto.

—Todos tenemos tareas difíciles o ingratas que sin embargo hemos de cumplir. Va con la profesión.

—Así es en verdad. Me alegro de que entiendas la necesidad de tomar este tipo de medidas. Que la Fuerza te acompañe, Leia.

—También a ti, Mon Mothma.

Leia desactivó el holoproyector y llamó a Invierno. Su amiga entró instantes más tarde.

—¿Qué tal ha ido?

—Mon Mothma me acaba de recordar quiénes somos y por qué estamos aquí —respondió Leia de forma un tanto críptica—. No viene mal que alguien lo haga de cuando en cuando —Invierno observó a Leia con curiosidad, pero no hizo preguntas. Sabía bien que cuando Leia quisiera hablar del tema, si en algún momento lo deseaba o lo necesitaba, se dirigiría directamente a ella.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó Leia.

—Sí, claro. ¿Qué necesitas?

—Llama a la capitán de navío Gen’yaa de mi parte. Dile que cuente con dos pasajeros extra en su viaje a Mon Calamari. Tú y yo.



Capítulo XX

Una lanzadera clase Lambda apareció en el cielo a la mañana siguiente, una vez que el tiempo hubo mejorado lo suficiente. Con alguna dificultad, Llamarada pudo reconocer la nave como el *Trovador*, la lanzadera de los comandos Lince. Aunque la habían parcheado y puesto de nuevo en condiciones de vuelo, las cicatrices que había dejado la explosión del misil de impacto que casi destruyó el hangar principal del *Guarida del Lobo* eran claramente visibles sobre el casco, que aún no se había vuelto a pintar. Rúster, Alce y ella se dirigieron hacia la zona de aterrizaje, siguiendo a Solo y a Raiven que ya casi estaban allí. El eco del sonido de los repulsores antigravitatorios aún rebotaba entre las montañas cuando Drake saltó a la nieve, sin esperar a que la rampa bajara del todo. Mostrando una sonrisa de oreja a oreja el arrebnaciano corrió a abrazar a sus dos compañeros de vuelo *y camaradas Colmillos*.

—¡Solo, Raiven! ¡Así que era aquí donde os ocultabais, malditos golfos!

Llamarada sonrió. Era agradable comprobar que Drake volvía a parecerse a su antiguo yo. *Bien, al menos hay uno de nosotros que parece capaz de exorcizar a sus fantasmas*. No tuvo tiempo para más reflexiones, pues el piloto acababa de verla y venía hacia ella con los brazos abiertos, caminando a grandes zancadas.

—¡Heyyyyy, jefa! ¿Qué tal estás? Me alegro de ver… ¡Rúster, Alce! ¡Me tienes que contar *ya* eso del caminante al que tumbaste con las manos vacías!

El buen humor de Drake resultaba bastante contagioso, pero aparentemente no lo suficiente para Alce, quien se limitó a responder al saludo de Drake con una inclinación de cabeza.

—Hay cosas que descargar, ¿verdad?

—Ah, sí, claro, pero…

—Iré empezando con ello —murmuró Alce al tiempo que continuaba hacia la lanzadera sin detenerse siquiera. Llamarada sacudió la cabeza con infinita tristeza.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Drake entre estupefacto y dolido.

—Es una larga historia, Dan —contestó Llamarada intentando sonreír para quitarle hierro a la conducta de Alce—. Pero dime, ¿cómo están las cosas por ahí arriba?

—Pues no van mal. Tengo buenas noticias para todos vosotros, pero en especial para ti, Rúster.

—¿Sobre el doctor Al Saruff? —preguntó la lumi esperanzada.

Drake asintió.

—Hace cuatro horas lo trasladaron a la *Redención*. Se va a poner bien, gracias a ti.

—¡Gracias a la Fuerza! —exclamó Rúster abrazando a Drake con todas sus fuerzas. Los vívidos colores que adoptaron de inmediato sus extensiones neurales no dejaban lugar a dudas sobre la intensidad de su alegría.

—Venga, Rúster, que me voy a poner colorado…

—Como si fueras capaz de semejante cosa —bromeó Raiven.

—Ah, traidor, ya me las veré luego contigo. Los corelianos liberaron ayer a todos sus prisioneros, incluyendo al buen doctor. Nosotros les devolvimos a los dos pilotos que capturamos después de nuestra última escaramuza. Los tíos habían desactivado las boyas de localización de sus asientos, pero de todas formas los encontramos flotando cerca de Reek.

—¿Derribaron a Reek? —preguntó Llamarada.

—Sí, pero el muy suertudo salió de ésta sin un solo rasguño, ¿puedes creerlo? Venga, os contaré todo en el viaje de regreso. Ahora id recogiendo vuestras cosas, que tenemos un poco de prisa. Nos vamos en cuanto descargue la lanzadera.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

Drake sonrió igual que lo haría un niño al anunciar a sus compañeros que las vacaciones escolares acababan de adelantarse un mes.

—El *Guarida* tiene que ir a Mon Calamari y pasarse unos días en un astillero orbital, dos semanas por lo menos. Tengo tantas ganas de llegar que no sé cómo voy a aguantar. Dicen que no hay un sitio mejor en toda la galaxia para practicar la inmersión. ¿Os vais a apuntar alguno?

—¡Claro! —respondió Raiven con entusiasmo—. Hace la tira que no buceo, pero hay cosas que son como montar en motojet. ¿Y tú, Solo?

—¿Por qué no? —dijo Solo sonriendo también—. Hay que probarlo todo en la vida.

—Pero esperad, no podemos irnos así —intervino Rúster con cara de preocupación—. Aún tengo enfermos y heridos a los que cuidar…

—He traído a un médico conmigo, Ru —explicó Drake, señalando hacia el *Trovador* con el pulgar—. Mira, es ese tipo alto que está hablando con Alce.

Además me han dicho que van a venir más vuelos hoy, tanto aquí como a los otros campos. Traerán bacta, comida, generadores de energía, refugios prefabricados, de todo.

—Oh, entonces será mejor que empiece a explicarle a ese médico quiénes son mis pacientes y cómo está cada uno, especialmente la niña con los pies congelados. Qué bien, con el bacta seguro que se recupera… —Rúster lanzó una mirada melancólica en dirección a las tiendas arracimadas a partir del borde mismo de la pendiente. Llamarada creía saber lo que Rúster estaba pensando. Tan dura como había sido para todos esta experiencia, no iba a ser fácil para ninguno darle la espalda a este lugar y a la gente que dejarían en él.

Y sin embargo, no podrían quedarse aunque la propia Mon Mothma en persona les firmara el permiso para hacerlo. Ya no. Después de que Alce se confesara con Sdermila y con Deveralia, el rumor se había extendido por todo el campo como lo haría el fuego por una sabana reseca tras una prolongada sequía. La práctica totalidad de los refugiados

balanios llevaban evitándoles y haciéndoles el vacío desde ayer, y ni siquiera Rúster, a quien todos habían tratado con el mayor cariño desde que llegaron y se hizo cargo de la tienda médica, se salvaba de algunos de los desprecios. Era muy triste tener que irse así después de todo por lo que habían pasado aquí, junto a esta gente, pero hasta la propia Rúster parecía aceptar que no podían hacer nada para remediarlo. La lumi suspiró y se volvió hacia Llamarada.

—Ah, Avery, ¿te importaría recoger mis cosas por mí?

—De acuerdo, no te preocupes.

—Coge también las nuestras, ¿vale? —dijo Solo—. Después de todo, entre todos nosotros no creo que seamos capaces de reunir suficiente equipaje como para llenar una bolsa. Mientras tanto iremos a ayudar a Alce con la carga.

Raiven asintió y ambos se fueron detrás de Rúster, quien se encontraba ya al pie de la rampa de la lanzadera. Llamarada no pudo evitar sonreír de nuevo al ver como el apabullado doctor sacaba un datapad y empezaba a tomar notas a toda prisa.

—Así que por fin nos vamos —dijo de forma casi ausente.

—Puedes apostar a que sí —respondió Drake, aún junto a ella—. Muy pronto Alce y tú estaréis volando otra vez, ahora que se ha aclarado todo lo que pasó.

Llamarada arqueó las cejas.

—¿Te lo ha dicho alguien?

—Bueno, en realidad no, pero sería lo lógico, ¿no? Víbora dice que los seibergios van a cargar justamente con todas las culpas de lo sucedido, así que me imagino que Gen'yaa os devolverá las alas tan pronto como piséis el *Guarida*.

—Lo creeré cuando lo vea —A pesar de sus cautas palabras, Llamarada *quería* creerlo. Si Drake estaba en lo cierto, las cosas volverían pronto a ser como eran, o al menos parecidas. *Para empezar me encantaría darme un buen paseo en mi ala-A, lo más salvaje posible y con ración triple de acrobacias.*

Seguro que a Alce también le vendría bien para empezar a olvidar esta pesadilla.

—Vale, vete con ellos, Dan. Solo tiene razón, no tardaremos mucho en hacer el equipaje.

—También tendréis que despediros de la gente, imagino.

—Eh, no —respondió dubitativa—. En realidad ya nos hemos despedido.

Tú vete con los demás, que ya recojo yo todo.

—Vale, tú mandas, jefa.

Llamarada se fue en dirección a la tienda en la que Alce y ella, y ocasionalmente Rúster, habían dormido durante las últimas dos semanas, sintiendo a su espalda las miradas hoscas de los refugiados que la veían pasar. No, aparte de Pantera y de sus comandos y del puñado de personal de ayuda de la Nueva República, nadie más querría dirigirles la palabra, ni siquiera para decirles adiós. Sintió un impulso para ir a ver a Sdermila y hacer un último intento por explicarle lo que había pasado, pero se lo pensó mejor.

¿Qué podía decirle a la pobre mujer que ella quisiera oír? *Ojalá al menos Rúster pueda despedirse*.

Cinco minutos más tarde, Llamarada cerraba la entrada de su tienda por última vez, con una mochila a su espalda en la que iban las escasas pertenencias de los cinco pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo, que durante unos días habían hecho de este campo su hogar. Avisadas probablemente de que iba hacia allá, ninguna de las personas con las que habían compartido la tienda estaba allí. En el camino de vuelta a la lanzadera, distraída y alicaída a pesar suya, se detuvo al comienzo del camino que bajaba hasta la zona de aterrizaje, prácticamente en el mismo lugar donde Rúster y ella habían estado sentadas unos días antes, viendo a los chiquillos jugar en la nieve. Había creído ver que alguien entraba en el refugio en el que se encontraba el prisionero seibergio. Lo más extraño era que no le había parecido que se tratara de uno de los comandos Lince. De hecho, y eso sí que era inusual, no se veía por allí a ninguno de ellos.

—Qué cosa más rara… —Llamarada volvió la mirada hacia el *Trovador*.

Sí, había un comando allí, ayudando a Alce y a los demás a descargar contenedores de la lanzadera. Tenía que ser el mismo al que había visto antes vigilando a la entrada del refugio. Llamarada tuvo un mal presentimiento. Sin pensárselo dos veces, echó a correr.

Milhavic dio un grito en el mismo instante en el que ella entraba. El anciano balanio que había ayudado a Alce con las guardias en aquella su primera noche en ese planeta, se alzaba sobre el seibergio blandiendo un cuchillo hecho a mano con el que se disponía ya a apuñalar al joven soldado, a quien el comando había tenido la precaución de esposar a uno de los contrafuertes del refugio antes de marcharse.

Llamarada sujetó el antebrazo de Anderas justo a tiempo. A pesar de su avanzada edad, el antiguo guía conservaba aún bastante fuerza. El balanio forcejeó duramente con Llamarada por la posesión del cuchillo. Ella apretó los dientes al sentir un aguijonazo de dolor procedente de su muñeca, que se estaba resintiendo. Pensando que estaba a punto de conseguir su objetivo, Anderas intentó obligarla a soltarle el brazo lanzándole un golpe con su codo izquierdo. Llamarada lo detuvo con su mano libre y, sin darle tiempo al anciano para intentar nada más, dio un tirón del brazo de Anderas a la vez que le hacía perder el equilibrio con un fuerte barrido de su pierna derecha, justo a la altura de los tobillos del balanio. Anderas cayó pesadamente al suelo, pero no dejó escapar ni el más pequeño lamento. Aún retenía el cuchillo, pero cuando intentó levantarse con él se topó con el cañón del bláster de Llamarada apuntándole entre los ojos, a menos de medio metro de distancia.

—Por favor, no me obligue a hacerlo —dijo Llamarada muy despacio, pronunciando cuidadosamente cada sílaba—. Deje caer el cuchillo al suelo.

Anderas enseñó los dientes que aún le quedaban en un gesto de desafío, y por un instante Llamarada pensó que iba a tener que dispararle.

Demasiado tarde como para hacer nada al respecto, se acordó de que el selector de fuego de su arma no estaba en la posición de aturdir. Si apretaba el gatillo el disparo sería

mortal. Se disponía a avisar al viejo balanio cuando éste soltó por fin el cuchillo con un gruñido.

—Quizá sea usted quien debería estar esposado —dijo Llamarada mientras apartaba el cuchillo de una patada, sin dejar de apuntar a Anderas en ningún momento.

—Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Por que es un asesino como todos los seibergios, por eso.

—Tengo demasiada prisa ahora mismo como para ponerme a discutir sobre eso. De todas formas, con este intento de asesinato ha ido usted mucho más allá de las palabras —Sin apartar la vista del viejo balanio, Llamarada activó su comunicador de pulsera, recién rescatado de entre sus pertenencias.

En las distancias cortas funcionaba lo suficientemente bien, aún sin satélites.

—Aquí Llamarada, estoy en el refugio en el que se aloja nuestro invitado seibergio. Necesito que alguien de los comandos Lince se pase por aquí.

Tenemos un pequeño problema de seguridad.

—No eres mejor que ellos —continuó Anderas—. Decís que venís a ayudar, pero nos matáis exactamente igual que hacen los seibergios cuando es lo que más le conviene a vuestros intereses, o simplemente cuando tenemos la mala suerte de estar en medio de vuestras disputas. ¿A que sí?

Llamarada resopló. Definitivamente no estaba de humor para aguantar esto.

—Puedes esperar despierto a que te detengan, o puedo aturdirte de un disparo y luego darte un culatazo y ponerte a dormir. A mí me da lo mismo, así que deja de provocarme.

Anderas escupió en el suelo ante los pies de Llamarada, pero no obstante se calló. Menos de un minuto después, el propio Pantera y un pálido Doble-O se marcharon llevándose con ellos al recalcitrante anciano. Doble-O era el soldado que debía haber estado vigilando allí, pero estaba tan aburrido que se le había ocurrido ir a ayudar con la descarga del *Trovador* y de paso charlar un rato con los pilotos. Esa pequeña —o gran— imprudencia le iba a costar perderse el siguiente permiso, cuando quiera que fuese, si había que juzgarlo por el modo en que lo miraba Pantera. Llamarada recuperó su mochila del suelo y se dispuso a marcharse ella también.

—¿Aún te sigues preguntando por qué llevamos una dosis de veneno colgada del cuello? —preguntó Milhavic a su espalda.

—¿Qué?

—A saber lo que ese viejo bastardo pretendía hacer con ese cuchillo.

—Creo que era bastante obvio. Iba a matarte.

—Puede que no. Puede que quisiera hacer algo peor. Mutilarme, ¿entiendes a qué me refiero? —Llamarada no contestó. Ya había dado otro paso hacia la salida cuando el seibergio habló de nuevo.

—Así que fuiste tú, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que eres piloto, como tu novio, pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo mejor. Tú eres la que derribaste esa nave en la que iban los balanios. ¿Saben eso tus amigos refugiados?

Llamarada no se molestó en aclarar que era Alce quien había disparado en realidad. Para lo que a ella le importaba, el seibergio podía seguir pensando lo que quisiera.

—Algunos sí —le contestó con desgana—. Acabas de comprobarlo.

—Pues entonces vigila tu espalda. Podría haber un cuchillo también para ti. Los balanios son gente traicionera y vengativa.

—Esperaba que hubieras aprendido algo estando aquí. Te vi el otro día mirando cómo jugaban los niños, y parecías pasarlo bien. ¿Esos niños también te parecieron traicioneros y vengativos?

—Lo serán en cuanto crezcan un poco. Lo llevan en los genes.

Llamarada negó con la cabeza.

—La genética no tiene nada que ver con el hecho de que, al crecer, se den cuenta de que el noventa y cinco por cien de la población del planeta en el que viven les odia y les desprecia.

—Éste no es su planeta.

—Han nacido en él, igual que tú.

—Sólo porque sus antepasados nos invadieron.

—¡De eso hace dos mil años!

—Es igual. Llevan esperando todo ese tiempo para poder terminar lo que empezaron. Para eso han pedido la ayuda de la Nueva República, y habéis sido tan estúpidos que habéis venido a dársela. Y ahora, por fin, parece que se van a salir con la suya, ¿no te parece? Seibergia se convertirá en una marioneta de la Nueva República y …

—Eso no va a suceder.

—¿No? ¿Y tú cómo lo sabes? No eres más que un piloto, no un político.

—Tampoco tú eres un político.

—No, no lo soy, pero vivo aquí. Sé mucho más que tú o que nadie de la Nueva República acerca de cómo funcionan las cosas en mi planeta. Los balanios han sido un cáncer en el corazón de Seibergia desde antes incluso de que aterrizaran en él. Hemos podido mantenerlos a raya durante mucho tiempo, pero al final han encontrado un modo de cogernos por el cuello y estrangularnos.

Llamarada suspiró. ¿Cómo iban a poder vivir juntos seibergios y balanios? El odio que había entre ellos, multiplicado por mil en los últimos meses, era tan profundo e intenso que ni un millón de negociadores podría conseguir cambiar nada, o al menos no por mucho tiempo. *El universo es mucho más complicado de lo que solíamos creer. Pensábamos que derrotando al Imperio llevaríamos la paz a toda la galaxia, pero ahora, sólo ahora, empiezo a entender lo equivocados que estábamos*.

—Como ya he dicho antes tengo bastante prisa. Adiós.

—¿Qué va ser de mí ahora?

—Te soltarán muy pronto, supongo. En cuanto la Nueva República inicie las conversaciones con tu gobierno. Puede que cuando vuelvas te asciendan o te pongan una medalla por tu resistencia al interrogatorio.

—No me habéis torturado.

—Bueno, eso debería decirte una o dos cosas acerca de la Nueva República, ¿no? Quizá convertirse en marioneta de una gente tan misericordiosa no es una perspectiva tan mala —Sin esperar respuesta Llamarada salió del refugio y se dirigió directamente hacia el *Trovador*. De pronto le habían entrado unas ganas tremendas de marcharse de allí, cuanto antes mejor.

Hora y media más tarde los seis miembros del escuadrón Cabeza de Lobo —los cinco que estaban en Campo Uno más Drake— volvían a poner sus pies sobre la cubierta de vuelo del *Guarida del Lobo*. Encontraron a su comité de recepción esperándoles al pie la rampa de la lanzadera. Estaba formado por Víbora y por cuatro infantes de marina armados.

—Lo siento —dijo Víbora—. Son órdenes de la capitán de navío Gen'yaa.

Llamarada le lanzó una mirada a Drake, pero éste parecía tan perplejo como el resto del grupo.

—¿Puedes explicarme cuáles son exactamente esas órdenes?

—Alce y tú estáis oficialmente bajo arresto. Os someterán a un consejo de guerra en cuanto lleguemos a Mon Calamari. De verdad que lo siento.

—Eso ya lo habías dicho —replicó Llamarada con frialdad—. ¿Ha sucedido algo que debamos saber?

Víbora negó con la cabeza.

—No, para mí también es una sorpresa.

Estaba convencido de que retomarías el mando del escuadrón en cuanto llegaras, pero parece que alguien de arriba tiene otras ideas.

—¿Cómo de arriba?

—En todo lo alto. Eso es lo que me ha dicho Gen'yaa. Ahora estamos esperando a la persona que presidirá vuestro consejo de guerra, junto con un grupo de expertos escogidos entre los oficiales de la flota. Se encargarán de montar un nuevo comité de investigación.

—¿Y quién es esa persona? —preguntó Llamarada pasando por alto el resto de las explicaciones de Víbora—. ¿El vicealmirante Sinessis, quizá?

Víbora volvió a negar con la cabeza.

—La consejera Leia Organa.

También he oído que uno de los miembros del tribunal será el almirante Ackbar.

Llamarada se quedó boquiabierta, completamente anonadada. A su espalda Solo dejó escapar un silbido y Drake estuvo a punto de atragantarse.

—Debo admitir que estoy impresionada. Van a juzgarnos nada menos que dos miembros del Consejo Provisional, héroes de la Rebelión además. Así que quieren hacer un circo de esto. Nos van a echar a las bestias con tal de que la Nueva República pueda presumir de su inmaculada justicia. —Llamarada se volvió para mirar a Alce, pero la expresión de éste permanecía completamente neutra, como si no le importara nada de todo eso.

—Yo testificaré en ese juicio —dijo Rúster—. Les contaré todo lo que habéis hecho por los refugiados balanios. Eso debería demostrarles que no teníais la menor intención de matar a inocentes, que lo que pasó sólo puede explicarse como un accidente.

—Habrá tiempo para eso —dijo Víbora—. Ahora tenéis que venir conmigo. Creedme, odio de verdad tener que hacer esto.

Alce salió de su aparente trance lo justo para darle una palmada a Víbora en la espalda, pero no dijo palabra. Llamarada se encogió de hombros y le siguió.

—No te preocupes, Víbora. Lo sabemos.

Raiven, Solo, Drake y Rúster se quedaron allí de pie durante algún tiempo, contemplando como Llamarada y Alce eran escoltados fuera del hangar, y sin saber muy bien qué hacer a continuación. Aún estaban allí cuando otra lanzadera clase Lambda, ésta de aspecto inmaculado si se la comparaba con el *Trovador*, hacía su entrada en el hangar y se posaba junto a su maltratada gemela. Una docena de infantes de marina, que hasta ese instante habían esperado formados en un extremo de la cubierta, se apresuraron a adelantarse para recibir a los pasajeros. Al fondo, la puerta de uno de los turboascensores se abrió y de él salieron la capitana de navío Gen'yaa y el capitán de fragata Wumb, que sin perder un segundo se dirigieron también hacia la lanzadera, cuya rampa empezaba a descender en ese momento.

—Si las circunstancias fueran otras —comentó Drake—, esto me resultaría la mar de emocionante.

Para decepción del arrebnaciano, los soldados rodearon tan bien a los visitantes que ni él ni ninguno de sus compañeros pudieron ver ni siquiera fugazmente a la más ilustre visita que el *Guarida del Lobo* había recibido jamás en su corta historia. La lanzadera volvió a despegar y se alejó a través del portal del lado de babor, e inmediatamente después un ligero temblor en la cubierta que pisaban les informó de que los motores sublumínicos del portanaves se habían puesto en funcionamiento. Antes de marcharse del hangar, Rúster echó una mirada hacia atrás por encima del hombro. Más allá del fulgor azulado que despedía el campo magnético que protegía la entrada al hangar, buscó entre las estrellas intentando encontrar la figura del planeta Seibergia, pero no lo consiguió. No era visible desde ese ángulo. La Región Balania había supuesto una prueba muy dura para ella, pero también maravillosa desde cierto punto de vista. Rúster se preguntó cuál sería el destino de la gente que había conocido allí, qué clase de vida llevarían ahora, si alguna vez volvería a ver a alguno de ellos o si tendría al menos noticias suyas. Le había resultado imposible decirles adiós a la mayor parte de esas personas. Deveralia y Sdermila ni siquiera quisieron verla. Aunque podía comprenderlas, no por eso dejaba de

dolerle. Le habría gustado darles un último abrazo a ellas y a los niños antes de marcharse, y también haber cogido en brazos a la bebé, rozar su nariz con la suya y besar su mejilla. Jamás olvidaría ese instante mágico en el que vio asomar su pequeña cabecita y la escuchó llorar. Sabía que cada vez que se acordara de esos días, ese momento en concreto sería casi siempre el primero en acudir a su memoria, antes que otros mucho más dramáticos como el de cuando se estrellaron, o cuando tuvo que operar a Ben Al Saruff.

—Ru, ¿vienes? —preguntó Solo al darse cuenta de que la lumi se había quedado atrás.

—¿Eh? Sí, ya voy —Rúster inspiró profundamente y movió los labios en un casi inaudible susurro—. Que la Fuerza os acompañe a todos.

La nave nodriza del escuadrón Cabeza de Lobo partió inmediatamente en ruta hacia Mon Calamari. El destructor estelar clase Victoria *Vociferante*, entregado a la Nueva República por su propio capitán durante la reciente batalla de Mantara, ocuparía por el momento el lugar del *Guarida del Lobo* en Seibergia, aunque era incierto si el portanaves volvería o no al cúmulo Viayak una vez que fuese reparado.

Con uno de sus motores completamente inutilizado y otro dañado, la travesía duró bastante más tiempo de lo que lo hubiera hecho en condiciones normales, pero después de casi dos semanas de viaje la esfera azul de Mon Calamari llenó por fin los paneles de observación frontales de la nave.

Ataviada con un simple mono gris y una gorra con los que resultaba casi imposible llamar la atención en un lugar frecuentado casi exclusivamente por técnicos, mecánicos y pilotos, llevando una pequeña bolsa de mano tan corriente como su atuendo, Leia entró en el hangar y caminó hacia la lanzadera que había venido a recogerla para llevarla al planeta. El diseño claramente mon calamariano de la nave recordaba al de sus cruceros, sólo que a una escala mucho más reducida. Cuando subió a bordo, Leia tuvo la impresión de estar entrando a través de la boca de una criatura marina de alguna clase.

Junto a la compuerta que daba acceso a la tenuemente iluminada cabina de mando la esperaba de pie un solitario mon calamari, vestido de forma muy semejante a la suya salvo por la ausencia de la gorra. Al acercarse a él descubrió que el piloto de la lanzadera no era otro que su viejo y querido amigo, el almirante Ackbar.

—Es un placer volver a verte, Leia —le dijo con su característica voz ronca.

—El placer es enteramente mío, Ackbar —Leia le apretó el brazo cariñosamente y ocupó el asiento del copiloto.

—¿No viene Invierno contigo?

—No, ella bajará mañana con la capitán de navío Gen'yaa, los miembros del comité de investigación y los pilotos. Yo prefería adelantarme para tener así la oportunidad de hablar un poco contigo y con el resto de miembros del tribunal.

—¿Y quizá también respirar un poco de aire limpio y salado, y ver un cielo azul de verdad sobre tu cabeza?

Leia sonrió.

—Eso también.

—De acuerdo entonces. Si no esperamos a nadie más podemos despegar ahora mismo —El almirante mon calamari activó la unidad de comunicaciones—. Control de vuelo del *Guarida del Lobo*, aquí la lanzadera *Marea Vespertina* solicitando permiso para abandonar el hangar.

—Permiso concedido, *Marea Vespertina*. No ha traído usted escolta, ¿quiere que le asignemos una? —Leia negó con la cabeza. No quería llamar la atención más de lo estrictamente necesario. Ackbar, que no se había identificado precisamente por esa razón, asintió mostrándose de acuerdo.

—Negativo, *Guarida del Lobo*. Este sistema está bastante tranquilo en estos días.

—Nos alegramos de oírlo. Que tengan un buen descenso. *Guarida del Lobo* fuera.

El almirante Ackbar condujo suavemente la lanzadera hasta el exterior del hangar y acto seguido puso rumbo hacia el planeta sin apresurarse.

—Hiciste un excelente trabajo con los corelianos, Leia.

—Gracias. Ojalá hubiera llegado allí antes de lo que lo hice, pero por desgracia los lásers se anticiparon a las palabras.

—Pero el caso es que al final fueron las palabras las que prevalecieron.

Leia se encogió de hombros.

—La verdadera suerte fue que pudiéramos disponer del *Libertador*. Si me hubiera presentado con algo menos que un destructor estelar dudo mucho que hubiesen cesado el fuego para escucharme.

—No subestimes tu propio prestigio. Mon Mothma demostró gran sabiduría al enviarte precisamente a ti, entre todo el personal a su cargo.

—Gracias por el cumplido. ¿Cómo va la guerra?

—Podría ir peor. Los imperiales nos han hecho retirarnos de toda el área que rodea al sistema Pyria, así que nuestro proyectado desembarco en Borleias tendrá que esperar a un momento más propicio. Por otro lado nuestros convoyes con origen o destino en Mrlsst han sido objeto de varios ataques, y las pérdidas han sido considerables. He enviado al escuadrón Pícaro y a algunas unidades de apoyo para que vuelvan a asegurar la ruta. No es mucho, pero confío en que Wedge Antilles y su gente consigan marcar la diferencia.

Aparte de eso, todo apunta a que el Imperio estaba esperando a ver qué sucedía en el cúmulo Viayak antes de intentar una ofensiva a gran escala. Por lo que parece, esta vez los planes de Pestage y de Isard han terminado torciéndose.

—Debo admitir que hace un mes hubiera firmado porque a fecha de hoy no hubiera noticias peores que ésas.

Ackbar giró la cabeza hacia ella.

—Te noto incómoda, Leia, si no te importa que te lo diga.

Leia hizo una mueca.

—Tienes razón, amigo mío. Es por lo del consejo de guerra. No me gusta lo más mínimo. Quizá sea algo necesario, pero preferiría no tener nada que ver con ello. Además, ¿desde cuándo un civil preside un consejo de guerra?

—Creo que la idea es mostrarle a toda la galaxia que en la Nueva República, incluso en tiempos de guerra, el poder militar responde ante el poder civil, y no al revés.

—Apoyo ese principio con todo mi corazón, pero tú mismo has usado el verbo clave en todo esto: mostrar. O lo que es lo mismo, enseñar, exponer, exhibir, lucir, ostentar. Eso es lo que me molesta, pensar que en el fondo esto sea ante todo un espectáculo.

—La política tiene mucho de espectáculo.

—A estas alturas yo más que nadie debería saberlo, pero me sigue costando trabajo aceptarlo.

Ackbar la miró con interés.

—¿Piensas que esos pilotos son inocentes?

—No lo sé. Probablemente no. Quiero decir, está claro que desobedecieron sus órdenes, si eso es lo que vamos a juzgar. Pero bajo esas circunstancias, ¿cuántos de nuestros pilotos se hubieran abstenido de disparar?

Ackbar asintió.

—Muy pocos, eso es verdad.

—Pero al ser condenados rendirán un gran servicio a la Nueva República. Eso es de lo que se trata.

—Leia, mirado desde ese punto de vista a mí también me pone enfermo.

Pero lo que no podemos tolerar es que nuestras órdenes sean desobedecidas o reinterpretadas por la gente a nuestro mando. No somos piratas, ni tampoco…

—Ackbar pareció dudar.

—Ni tampoco rebeldes, ya no. ¿Es eso lo que querías decir?

—No exactamente. La expresión que buscaba era algo así como fueras de la ley, pero bien pensado viene a ser lo mismo. Es cierto, Leia. Tuvimos que rebelarnos una vez contra la injusticia y la tiranía del Emperador, pero eso se terminó en Endor. Y de todas formas no conseguimos llegar tan lejos actuando como si fuéramos simples anarquistas, sino que nos regimos por un gobierno y construimos un ejército disciplinado, no una banda de mercenarios o de forajidos. Muchas buenas personas murieron cumpliendo sus órdenes hasta el fin. Las tuyas y las mías, entre otras.

—Esto no tiene nada que ver con el sacrificio, Ackbar. Mientras tú y yo estábamos aún en Endor, Gregory y Schroeder luchaban aquí, en Mon Calamari, defendiendo el planeta del ataque de represalia que el Imperio lanzó nada más conocer de la muerte del Emperador. ¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía, y eso hace que me sea aún más difícil el tener que cumplir con este deber que nos ha sido impuesto. Pero hay un aspecto de todo esto que parece estar escapándote, Leia, y eso me sorprende —Leia miró al mon calamari con curiosidad—. Al ponerte a ti como presidente del tribunal, Mon Mothma les está dando a esos dos pilotos una oportunidad que no tendrían de no estar tú ahí.

Leia frunció el ceño confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Si al final resulta que Gregory y Schroeder realmente no merecen convertirse en ejemplo de la imparcialidad de nuestra justicia, a la vez que en escarmiento para que otros como ellos eviten caer en la tentación de cometer sus mismos errores, es posible que tú lo sepas. Que lo sientas, que lo percibas, no sé, tú ya me entiendes. Y tu voto en calidad de presidente será decisivo si las cosas no están claramente decantadas en un sentido o en otro. Si llega ese momento, yo al menos confiaré en tu criterio.

Leia no contestó. Por supuesto que sabía a qué se refería Ackbar. La Fuerza podría decirle cosas a ella que nadie más vería. Si las evidencias de carácter técnico recopiladas por el comité de investigación no eran lo suficientemente concluyentes, tendría que confiar en su capacidad para leer a las personas con el fin de adoptar un veredicto lo más justo posible. *¿Incluso si la decisión no es la que más le convenga la Nueva República? ¿Sería esto realmente, como parece pensar Ackbar, lo que Mon Mothma tenía en mente cuando me encomendó esta tarea? Ella espera que haga lo más correcto.*

¿Pero lo más correcto para quién?

Leia esperaba haber dado ya con la respuesta si llegaba el momento al que Ackbar acababa de referirse.

Alce y Llamarada fueron conducidos al camarote de la capitán de navío Gen'yaa por dos infantes de marina que se quedaron esperando fuera.

Encontraron a la capitana del *Guarida del Lobo* acompañada por otro bothan, pero no era Dey'jaa. Se trataba de un varón de vello marrón y pelo ligeramente más claro, un poco más bajo que Gen'yaa, y que vestía un uniforme de capitán de los Cuerpos Auxiliares. Eso hacía de él un médico, un sacerdote —las religiones reconocidas dentro de las fuerzas armadas de la Nueva República eran muchas—, o más probablemente, dadas las circunstancias, un abogado.

Esa suposición demostró ser acertada cuando Gen'yaa se lo presentó.

—Teniente coronel Schroeder, capitán Gregory, éste es el capitán Bel'aan. Se encargará de su defensa en el consejo de guerra al que van a ser sometidos.

—Encantado de conocerles, oficiales —dijo educadamente Bel'aan. Tanto Llamarada como Alce le estrecharon la mano.

—Por favor, siéntense —dijo Gen'yaa—. Capitán Bel'aan, proceda usted.

Bel'aan asintió y se inclinó hacia delante, apoyando ambos codos sobre la mesa de reuniones.

—Aunque no conocemos aún los cargos concretos por los que van a ser acusados, lo que yo preveo es lo siguiente. Usted, teniente coronel Schroeder, será acusada de negligencia por no ordenarle al capitán Gregory que no disparara. Usted, capitán Gregory, será acusado como poco de desobedecer las órdenes de un superior, que en este

caso sería la capitán de navío Gen'yaa aquí presente, y quizá, aunque esto no es muy probable, del asesinato de los refugiados que viajaban a bordo de la nave que usted derribó.

—Pero eso… —comenzó a decir Llamarada.

—Calle y escuche, teniente coronel —le interrumpió Gen'yaa cortante—. Una de las cosas que ambos deben aprender, y hacerlo rápido además, es a mantener la boca cerrada. Ante el tribunal hablarán únicamente cuando se les pida explícitamente que lo hagan. Comiencen a practicar. Capitán Bel'aan, continúe. —Llamarada enrojeció de rabia y de vergüenza, pero hizo lo que Gen'yaa acababa de indicarle. Callarse.

—Gracias, señora —dijo Bel'aan, que ni siquiera había movido una de sus gruesas cejas durante la diatriba de la capitana—. Como iba diciendo, el cargo de asesinato múltiple no es probable, pero tampoco es imposible. En lugar de eso, probablemente le acusarán de negligencia temeraria con resultado de muerte, un crimen que también está contemplado en nuestro código penal castrense.

—Le he dicho al capitán Bel'aan que los dos se declararán inocentes —dijo Gen'yaa.

El abogado militar asintió.

—Pero no quiero engañarles, oficiales, ni dejar que conciban falsas esperanzas. Éste va ser un caso muy difícil de ganar. He estado revisando todas las evidencias recogidas por la capitán de navío Gen'yaa y su gente durante el último mes. Se me ha asegurado que el comité de expertos reunido por la consejera Organa no ha encontrado nada nuevo, así que tengo una idea bastante clara acerca de cómo puede evolucionar el juicio.

Capitán Gregory, basándome en las pruebas a las que he tenido acceso, diría que su mejor posibilidad consiste en declarar que disparó usted confiando en la información proporcionada por su computadora de vuelo, que marcaba al blanco como hostil. No tenemos pruebas de que haya sido así, pero la acusación tampoco las tendrá en contra, suficiente quizá para establecer una duda razonable. Teniente coronel Schroeder, usted testificará que si dudó acerca de si debía o no ordenar al capitán Gregory que no disparara, y finalmente le concedió permiso para hacerlo cuando él ya había lanzado sus torpedos, fue precisamente porque él había dicho que el blanco era hostil.

Usted pensó que si lo decía era porque la nave en fuga había disparado contra el capitán Gregory, o bien él había presenciado cómo disparaba contra otro de ustedes. ¿Tienen algún problema para declarar en línea con lo que acabo de sugerirles?

Llamarada le lanzó una mirada fugaz a Gen'yaa.

—No, yo no.

—Pero yo sí —dijo Alce. Llamarada sólo se sorprendió a medias.

—Explíquese, capitán —dijo Bel'aan.

—Yo era plenamente consciente de que ninguno de nosotros había inspeccionado ese carguero, y en ningún momento lo vi disparar contra nadie.

Apreté el gatillo exclusivamente porque creía que transportaba minas espaciales como el resto de las naves del convoy.

—Pero el hecho es que usted pronunció la palabra «hostil» al referirse a esa nave, capitán. ¿Lo hizo porque eso era lo que decía su computadora?

Alce dudó por un instante.

—Puede ser. Pero no creo que ese detalle pueda importarle a nadie más de lo que me importa a mí, que es muy poco.

—Su deseo de decir la verdad —interrumpió Gen'yaa—, o lo que usted cree que es la verdad, resulta muy noble, capitán, y le respeto a usted por ello.

Pero ahora dígame, ¿a quién va a beneficiarle?

Alce se quedó callado, mirando a la bothan directamente a sus fríos ojos azules. En su tono de voz se mezclaban la irritación y la impaciencia, como en alguien que intenta explicarle algo muy básico a un niño pequeño y se exaspera por la incapacidad de éste para entenderlo. Había ansiedad también, y Alce comprendió que Gen'yaa creía tener algo que perder si él insistía en decir ante la corte lo que realmente pensaba. Casi sintió pena por ella al mismo tiempo que la despreciaba por ser tan mezquina. *Debería haber estado allí abajo, viviendo entre esos desgraciados balanios*. Entonces, quizá, al volver de allí su carrera le hubiera importado tan poco como le importaba a él ahora la suya. Pero Gen'yaa seguía hablando.

—No afectará al acuerdo con Corellia. No hará que los mundos de la Nueva República renueven su confianza en sus fuerzas armadas o por el contrario la pierdan. Y escúcheme bien, capitán: no le devolverá la vida a esos pobres refugiados.

La expresión de Alce no cambió, pero en su interior se encogió de dolor.

Ésa, ésa era la clave. Hiciera lo que hiciera le era imposible resucitar a los muertos, no podía restituirles lo que les había quitado. Ahora Gen'yaa hablaba casi como si en verdad comprendiera aunque sólo fuera una pizca de aquello por lo que él estaba pasando, y el incipiente desprecio que empezaba a sentir hacia ella fue sustituido por la duda. Duda acerca de las auténticas motivaciones de la capitana, duda también, mucho mayor, acerca de las suyas propias. Como si fuera capaz de detectar su vacilación, Gen'yaa prosiguió con su parlamento.

—Tan sólo beneficiará usted al Imperio, al tiempo que debilitará a la Nueva República, ya que perderemos un gran piloto, uno que aún podría hacerle mucho daño a nuestros enemigos —Alce hizo una mueca involuntaria, incómodo por el no requerido elogio, y por la idea de ser útil tan sólo por su habilidad para causar daño—. Pero aquellos que perderán más —dijo Gen'yaa cambiando sutilmente su tono de voz— serán aquellos cuyas vidas usted podría haber salvado, si hubiera decidido seguir combatiendo contra aquellos que habrán de matarles.

Alce no pudo mantenerle la mirada a Gen'yaa ni un solo instante más.

Ahora sí que había dado en el blanco, aunque en el fondo tuviera claro que le estaba manipulando. El Imperio seguía ahí, con su imponente maquinaria de represión y de destrucción, que no dudaría en seguir utilizando para alcanzar sus abyectos fines. Todavía existían personas jóvenes, como él se sintió una vez, cuyas pacíficas existencias no habían sido trastocadas aún por la tragedia, cuyos planetas no habían sido invadidos,

envenenados ni arrasados. Aún. Y también estaba aquellos que, muy al contrario, habían visto ya como la vida que creían tener por delante les había sido denegada, arrancada, borrada y sustituida por otra mucho más horrible como le había sucedido a él, pero que sin embargo no habían perdido todavía la esperanza de que las cosas volvieran a cambiar, esta vez para mejor. Aún quedaban batallas en las que luchar, por todos ellos, y si había una sola posibilidad de que su aportación pudiera suponer una diferencia en el resultado final, entonces no debía retirarse aún de la contienda, ni permitir que otros le retirasen. Todavía no, a pesar de que no sentía deseo alguno de continuar. Con el rabillo del ojo vio cómo Llamarada lo miraba fijamente, casi sin pestañear, pendiente de su decisión pero sin querer influir en modo alguno en ella, fuera la que fuera. Pero Alce sabía bien lo que haría Llamarada si estuviera en su lugar.

—De acuerdo, señora. Lo haré.

—Muy bien —dijo Bel'aan, sin revelar por su expresión nada de lo que pensaba de todo aquello—. Ahora hablemos acerca de cómo vamos a hacerlo.

El consejo de guerra fue convocado pasados dos días de la llegada al sistema del *Guarida del Lobo*. La sala de justicia estaba ubicada en la sección superior del cuartel general de la flota en Ciudad Coral. Mientras esperaban a que los miembros del tribunal hicieran su entrada, Llamarada se dedicó a mirar a su alrededor. La cámara en la que se encontraban era una perfecta semiesfera. La cúpula sobre sus cabezas estaba fabricada completamente en transpariacero, con la excepción de cuatro radios de color blanco equidistantes que convergían arriba del todo en un anillo del mismo material. Por lo que Llamarada podía observar, no se trataba ni de duracero ni de duracreto, que eran los materiales de construcción más comunes en el resto de mundos desarrollados de la galaxia, sino de una especie de coral muy pulido. El suelo también parecía de coral, de un tono rosado muy claro con algunas venas más oscuras que cruzaban su superficie dibujando un intrincado patrón. Las varias filas de asientos para el público, vacías en su mayoría, se situaban de forma suavemente escalonada frente al semicírculo formado por la ligeramente elevada tribuna y los sillones reservados para los miembros del tribunal. Entre ellos quedaban la solitaria fila de asientos para los acusados y la defensa a un lado, y la de la acusación en el otro. El estrado desde el que testigos y acusados prestarían declaración se encontraba sobre una plataforma justo enfrente de Llamarada, perpendicular a la tribuna.

Al mirar a través de los inmensos ventanales pudo ver otras cúpulas o domos similares, todos parecidos entre sí pero ninguno exactamente igual al resto en forma o color. La totalidad de la ciudad había sido construida encima de una enorme formación coralina, rodeada por aguas relativamente poco profundas e infestadas de vida. Los mon calamari habían habitado aquel lugar desde mucho antes que su evolución y desarrollo tecnológico les permitiera alzar la vista hacia el cielo y hacia las estrellas más allá. Alrededor de la ciudad, que según le habían contado a Llamarada se extendía mucho más

por debajo del nivel del agua que por encima, todo era un vasto y en esos momentos bastante calmado mar. Las olas bajas que acariciaban los blancos muros de los edificios no suponían una amenaza para la multitud de botes y navíos de todos los tamaños que navegaban desde y hacia los múltiples muelles con los que contaba la urbe. Aquí y allá, Llamarada veía de cuando en cuando como ejemplares de algún tipo de cetáceo saltaban sobre la superficie sin ser molestados por los barcos, a los que aparentemente ignoraban por completo. El cielo era tan azul y tan brillante que casi le dañaba la vista, más acostumbrada a la penumbra causada por las sempiternas nubes de Seibergia y los tenuemente iluminados habitáculos del *Guarida del Lobo*. *Desde luego el sitio es bonito*, pensó Llamarada con cierta amargura. *Qué lástima que no estemos aquí de vacaciones*.

Aguantándose el suspiro que pugnaba por salírsele del pecho, la suspendida comandante del escuadrón Cabeza de Lobo devolvió su atención al interior de la sala. Alce estaba a su izquierda, al otro lado del capitán Bel'aan, luciendo la misma expresión insondable que había tenido la mayor parte del tiempo desde que dejaron atrás Campo Uno y la Región Balania.

Aunque no podía decirse que se hubiera cerrado a ella por completo, lo cierto era que no mostraba deseo alguno de comunicarle cómo se sentía o cuáles eran sus pensamientos. No parecía estar nervioso ni apenado como en aquellos primeros días tras el incidente, sino que era más bien como si no le importara demasiado nada de lo que sucedía a su alrededor, incluido el juicio que estaba a punto de comenzar.

Resultaba curioso, pero lo cierto era que Llamarada sentía algo muy parecido. Dado que podían hacer muy poca cosa para cambiar el curso de los acontecimientos, ambos se limitaban a esperar que éstos fueran sucediéndose hasta llegar al inevitable final. Sin embargo, ese final significaba cosas diferentes para cada uno. El capitán Bel'aan se lo había explicado muy bien. Si el resultado del consejo de guerra era desfavorable para ellos, lo más probable es que ella fuera degradada y privada del mando del escuadrón, pero aún podría seguir volando. Llamarada podía vivir con eso pero Alce lo tenía mucho peor. En su caso todo apuntaba a que sería expulsado de las fuerzas armadas de la Nueva República, licenciado con deshonor, es decir, sin derecho a compensación de ninguna clase. Llamarada podía imaginarse a sí misma presentando la dimisión para irse con él, pero, ¿a dónde? Pilotar naves espaciales era sin duda lo mejor que sabían hacer, pero ni siquiera entre los dos podrían reunir el dinero suficiente como para alquilar un carguero de segunda mano más allá de unos pocos meses. Maldito fuera el salario de los pilotos de caza. Descartado el establecerse por su cuenta, no les quedaría otra opción que las de buscarse un empleador, alguien que les contratara, pero eso podía revelarse mucho más complicado de lo que pudiera parecer a primera vista. En la sala no había holocámaras, o al menos ella no las veía, pero tampoco podía estar segura. De lo que sí tenía la certeza era de que los reporteros de un centenar de agencias y aún más mundos estarían haciendo todo lo posible por hacerse aunque sólo fuera con una imagen bidimensional de los dos acusados. A pesar de las medidas de seguridad, alguno de ellos podía llegar a salirse con la suya, quizá a la salida del tribunal, o cuando vinieran hacia él. Quizá ya lo hubieran

conseguido. Si sus caras y sus nombres llegaban a aparecer en los noticiarios, era más que posible que ninguna compañía seria de transportes quisiera darles trabajo por temor a la publicidad negativa. Llamarada se preguntaba si, en el caso de que las cosas salieran realmente mal —y no había razón para pensar que no pudiera ser así—, Alce y ella podrían llegar a acabar convirtiéndose en delincuentes. Contrabandistas transportando especia y otras mercancías prohibidas entre los mundos sin ley que abundaban en el Borde Exterior, trabajando para cualquiera de los incontables de cárteles del crimen que operaban allí. Mercenarios alquilando sus servicios al mejor postor, quizá a un señor de la guerra o a una corporación privada a la que no le gustara la competencia, o a una organización criminal. O peor aún, miembros de una banda de piratas, de ésas que se dedicaban a asaltar naves civiles para robarles la carga, o para secuestrar a los pasajeros y posteriormente pedir rescate por ellos…

Quizá serían perseguidos por sus antiguos camaradas de escuadrón.

Tan sólo de pensar en que pudieran llegar a caer tan bajo se ponía enferma, pero había escuchado historias que sugerían que el suyo no sería el primer caso de militar o de policía caído en desgracia que termina siendo precisamente aquello que un día despreció e incluso combatió. Una vez puestos a rodar pendiente abajo, ¿quién puede decir dónde está el límite?

Llamarada se dijo a sí misma que haría cualquier cosa con tal de evitar semejante destino, pero enseguida se cuestionó la realidad de ese propósito.

¿En serio harías cualquier cosa? se preguntó a sí misma. *¿Podrías aceptar perder los galones y el mando con tal de poder seguir siendo piloto, y dejar a Alce abandonado a su suerte?* No, definitivamente no. Pensar eso le hacía sentirse mucho peor todavía. Quería a Alce, ¿no era así? No podía dejarlo tirado de esa forma, por duras que fueran las consecuencias si se empeñaba en seguir con él.

Una terrible duda surcó la mente de Llamarada en ese instante. Todo este tiempo estaba dando por sentado que Alce seguiría siendo el mismo hombre del que se había enamorado, ¿pero y si no era así? ¿Y si esto lo cambiaba para siempre, a peor? De hecho a ella ya le había hecho cambiar, aunque no podría decir cuánto ni en qué sentido. La persona que se sentaba a dos asientos de distancia parecía una sombra del que ella conocía o creía conocer, aunque Llamarada sospechaba que la razón tenía muy poco que ver con la perspectiva de ser condenado por este consejo. ¿Se sentiría Alce aún culpable? ¿Y hasta cuándo seguiría sintiéndolo? ¿Toda su vida? Se lo había preguntado ya, pero hasta el momento él había declinado responder. Daba mucho, mucho miedo pensarlo, pero Llamarada no podía evitar preguntarse si después de todo no habría perdido a Alce ya.

Sus reflexiones se interrumpieron en seco cuando el fiscal y los cinco miembros del tribunal entraron en la sala. Llamarada reconoció fácilmente al almirante Ackbar y a la consejera Leia Organa, pero los otros tres le resultaban completamente desconocidos. Uno de ellos era también un varón mon calamari, pero a diferencia de Ackbar no pertenecía a la Armada, sino que vestía uniforme del Cuerpo de Cazas. Un piloto, o más

bien alguien que mandaba pilotos, pues los galones en los que ahora reparaba eran nada menos que de general. A su lado se situó una mujer de raza sulustana. Aunque vestía ropas civiles, había algo en ella que le hacía pensar que pudiera ser también militar, aunque no fuera combatiente. El último era un hombre humano de alrededor de cincuenta años, que vestía uniforme de general de Infantería. Siguiendo la sutil indicación de su abogado defensor, Llamarada y Alce se pusieron en pie, imitados enseguida por el resto de las escasas personas admitidas como público en la sala. Entre ellos Llamarada había visto a la capitán de navío Gen'yaa, por supuesto, y también a Víbora y a una mujer joven pero de pelo completamente blanco a la que no había visto nunca. Cuando Leia Organa ocupó su puesto en el sillón central tras la tribuna todo el mundo volvió a sentarse, salvo los dos pilotos que estaban a punto de ser juzgados.

—Buenos días —comenzó—. Soy la consejera Leia Organa —*Como si hubiera alguien aquí que no lo supiera*, pensó Llamarada, antes de darse cuenta de que con o sin protocolo hubiera resultado muy pretencioso si Organa hubiera obviado el presentarse a sí misma—. Se me ha conferido la responsabilidad de presidir este consejo de guerra. Conmigo están el almirante Ackbar, el general Tulan —la consejera señaló con la mano hacia el otro mon calamari—, la general Boga Mun —ésa era la sulustana, efectivamente militar como Llamarada había supuesto— y el general Sivari —el otro humano—. Nuestro objetivo aquí es decidir si estos dos oficiales, la teniente coronel Shroeder y el capitán Gregory, deben o no ser considerados como responsables de un incidente que causó la muerte de cincuenta y dos civiles.

Las circunstancias y las consecuencias inmediatas de este suceso son de sobra conocidas, así que no insistiré más sobre ellas. Por desgracia, los otros dos pilotos que formaban parte de la patrulla armada que se vio envuelta en el incidente no pueden estar hoy con nosotros. Uno de ellos ha desaparecido en combate, el otro se encuentra internado en un hospital, incapaz de hablar o de entender siquiera las preguntas que pudiéramos hacerle. Esto nos deja en la incómoda circunstancia de que los únicos testigos materiales de los hechos a juzgar son los propios oficiales acusados. Este tribunal escuchará su declaración bajo juramento, pero teniendo en cuenta que son parte interesada en la causa, su testimonio por si solo no puede ni será considerado suficiente como para fundamentar decisión alguna en uno u otro sentido. Esperamos que a lo largo de esta vista se nos presenten pruebas, y en ellas nos basaremos principalmente a la hora de emitir un veredicto. Comenzaremos por la reproducción de las grabaciones de las transmisiones del carguero siniestrado, el *Mano del Idiota*, y por una reconstrucción del incidente basada en los registros extraídos de los cazas que componían la patrulla del escuadrón Cabeza de Lobo, aceptada como válida tanto por la acusación como por la defensa. Estas grabaciones serán nuestro punto de partida y la base de nuestro trabajo, ya que constituyen las principales evidencias físicas de las que dispondremos para juzgar este caso.

A su señal, el transpariacero de los inmensos ventanales fue polarizado para filtrar tres cuartos de la luz que entraba desde el exterior, al tiempo que se apagaba la

iluminación interior. Desde el espacio despejado frente a la tribuna y a la plataforma para el declarante, un holoproyector se elevó desde el suelo prácticamente sin hacer ruido, activándose al final de su recorrido. La revisión de las grabaciones se extendió por espacio de una hora. Llamarada comprobó que los cinco miembros del tribunal no desviaron su atención del cubo de proyección en ningún momento, a pesar de que a esas alturas necesariamente tenían que estar bien familiarizados con el material reproducido. Eso le pareció buena señal. Si la decisión final estuviera ya tomada y el juicio no fuera más que una mera formalidad para cubrir las apariencias —algo que Llamarada había llegado a temerse—, era muy posible que alguno de los cinco hubiera dado muestras de tener la mente en otra parte. Finalmente el holoproyector se apagó y se retrajo hasta desaparecer nuevamente bajo el suelo. La consejera Organa esperó a que las más bien superfluas luces de la sala volvieran a encenderse y los ventanales recuperaran su anterior transparencia. Entonces le indicó al fiscal que podía proceder a leer los cargos.

—Muchas gracias, consejera —dijo el fiscal al tiempo que se levantaba de su asiento y caminaba hasta el lugar que un instante antes ocupara el holoproyector. Se trataba de un quarren llamado Drinin, también capitán de los Cuerpos Auxiliares como Bel'aan. Era muy delgado y bastante alto, con una voz un tanto rasposa que no presentaba síntomas de mejoría a pesar de que bebía agua constantemente. Mirando a Alce y a Llamarada directamente a los ojos, Drinin recitó los cargos de memoria, sin consultar su datapad ni una sola vez.

—Este tribunal acusa a la teniente coronel Shroeder de negligencia en el ejercicio de sus deberes como jefe de escuadrón por no ordenar explícitamente al capitán Gregory que no disparara cuando él le pidió autorización para hacerlo. También se le acusa de desobedecer las órdenes de sus superiores cuando finalmente concedió ese permiso, aunque para entonces su subordinado ya hubiese lanzado sus torpedos. Estas órdenes, emitidas por el vicealmirante Sinessis para que fueran cumplidas por todas las unidades de caza que formaban parte del operativo destacado en Seibergia, le fueron repetidas y detalladas a la teniente coronel Shroeder y al resto de su escuadrón por su superior inmediato, la capitán de navío Gen'yaa, por lo que en ningún caso podría alegar su desconocimiento. Aunque los miembros de este tribunal podrían sentirse inclinados a comprender las razones de la teniente coronel Shroeder para dudar acerca de qué debía hacer en la situación concreta en la que se encontraba, debo señalar que es para tomar este tipo de decisiones difíciles, siempre desde el respeto y la obediencia hacia las órdenes de sus superiores, para lo que se elige a los oficiales al mando de unidades. La teniente coronel Shroeder no hizo lo que se esperaba de ella, y el hecho de que el capitán Gregory actuara sin esperar a contar con su aprobación sugiere que es incapaz así mismo de imponer un grado adecuado de disciplina entre los pilotos bajo su mando. Por su negligencia, y por su incompetencia como oficial, consideramos que la teniente coronel Shroeder no es adecuada para ostentar el cargo de comandante de escuadrón. Por su desobediencia, creemos además que debe ser expulsada de las Fuerzas Armadas de la Nueva República.

Llamarada, que había ido palideciendo progresivamente a medida que escuchaba las palabras del fiscal, casi se atragantó cuando éste llegó al final. A su lado, el capitán Bel'aan inspiró profundamente. Los cargos contra su defendida eran bastante más serios de los que él había previsto. Llamarada no podía creerlo. Ni siquiera en la peor de sus pesadillas había llegado a concebir la posibilidad de que llegaría el día en el que, a pesar de vestir aún su uniforme, sería tratada como una criminal, obligada a escuchar que era negligente e indigna de llevar a cabo un trabajo para el que siempre creyó haber nacido. ¿Cómo podían obviar de ese modo todos sus logros desde que se había unido a la Alianza Rebelde? Hazañas como el rescate de la tripulación del almirante Garil dentro de espacio imperial o la victoria conseguida en la reciente batalla de Mantara parecían no contar, como tampoco importaba el que en todo ese tiempo hubiera perdido a relativamente pocos pilotos, a pesar de que en tantas y tantas ocasiones lo habían tenido todo en contra. Quería gritarle a ese quarren, preguntarle si tenía la menor idea de lo que era un combate espacial y de lo que hacía falta para mantener a tu gente viva y volver con la misión cumplida. No obstante se tragó la humillación y la rabia y continuó con la boca cerrada, tal y como Gen'yaa le había dicho que hiciera. Ya habría tiempo para que su abogado defensor hablara de sus muchos méritos, le importaran o no al tribunal. El capitán Drinin se volvía ya hacia Alce, y ella no quería perderse ni una sola palabra de lo que dijera.

—Este tribunal acusa al capitán Gregory de desobedecer las órdenes impartidas por el vicealmirante Sinessis, que él sin duda conocía, puesto que le habían sido confirmadas por la capitán de navío Gen'yaa. Su falta no puede ser excusada por la incapacidad de su jefe de vuelo, la teniente coronel Schroeder, para acordarse de esas mismas órdenes y asegurarse de que todos los pilotos a su cargo las cumplieran llegado el momento. El resultado de su desobediencia fue la muerte de cincuenta y dos personas inocentes. Me gustaría que el tribunal tuviera en cuenta que el riesgo de derribar naves civiles era precisamente la razón que justificaba las explícitas órdenes del vicealmirante Sinessis, y que esta circunstancia era conocida por todos y cada uno de los pilotos que formaban parte del operativo. Con esto quiero decir que el capitán Gregory era plenamente consciente del riesgo que corría al disparar sus torpedos contra una nave que ni él ni sus compañeros habían podido inspeccionar previamente. Sólo el hecho de que no supiera con absoluta certeza que había civiles a bordo, y el que las circunstancias ciertamente parecían sugerir que su carga era otra muy diferente, me privan de acusarle del asesinato de esa gente. En lugar de eso, y además del cargo de desobediencia, se acusa al capitán Gregory de imprudencia temeraria con resultado de muerte.

Llamarada miró a Alce, pero éste parecía sorprendentemente despreocupado, como si no estuviera del todo allí. *Estamos perdidos*, pensó. *Y yo que todavía me preguntaba si me atrevería a compartir el destino de Alce por propia elección. Qué ingenua, qué ciega, qué estúpida he sido. Querían nuestras cabezas y van a tenerlas.*

Frente a ellos, el capitán Drinin dio otro sorbo de su botellita sellada herméticamente y se giró para hacer una inclinación en dirección a la presidenta del tribunal. La consejera Organa se dirigió entonces al capitán Bel'aan.

—¿Puede decirnos la defensa cómo se declaran los dos acusados?

El bothan se puso en pie.

—Sí, consejera. Ambos se declaran inocentes de todos los cargos.

—Muy bien. Capitán Drinin, puede usted comenzar a tomar declaración a los acusados.



Capítulo XXI

Alce regresó a su asiento y se dejó caer pesadamente sobre él. Ya estaba hecho. Había dicho exactamente lo que la capitán de navío Gen'yaa y el capitán Bel'aan le habían pedido que dijera. No había mentido, pero tampoco había contado toda la verdad, que era lo que hubiera deseado. ¿Por qué les era tan difícil de entender a todos? Había apretado el gatillo porque estaba convencido de que eso era lo que debía hacer. El piloto coreliano ya les había mentido al decir que le perseguían TIEs seibergios, así que lo más lógico era pensar que seguía intentando engañarles al decir que llevaba refugiados a bordo. Habían detectado la presencia de minas espaciales en cuatro de cinco naves, y una de ellas había estado a punto de acabar con la vida de un compañero. Le hubiera encantado poder ver qué hubieran hecho los miembros del tribunal de haberse encontrado en su lugar. Por supuesto, las grabaciones que Solo y Raiven habían conseguido en Nurtina, unidas a la confirmación de la identidad del piloto lo explicaban todo. Un maldito contrabandista que había preferido jugarse su vida y la de sus pasajeros antes de exponerse a ser detenido. Había intentado explicarles esto a la capitana de navío Gen'yaa y al capitán Bel'aan, pero no estaban interesados en escucharle, como tampoco lo estaba el tribunal. Si quería salir de ésta debía ceñirse a los datos de identificación amigo/enemigo erróneos que le había proporcionado su ordenador de vuelo. Sí, el ordenador le había fallado, a saber por qué, pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que él hubiera abierto fuego. Lo había repetido un millar de veces, la mayor parte de ellas a sí mismo. Sí, había desobedecido una orden, pero sólo porque pensaba que al hacerlo estaba salvando vidas. Llamarada estaba de acuerdo con él y compartía la decisión que había tomado, y Alce sabía que no era la única. Ella le decía constantemente que no tenía por qué sentirse culpable de nada, y probablemente tenía razón. Realmente quería creerlo así.

Pero cada vez que pensaba en la gente a la que había matado, cada vez que recordaba el rostro de la pobre Sdermila cubierto de lágrimas, casi deseaba estar muerto.

Pero éste no era el momento de pensar en eso. La farsa continuaba, y lo peor de todo era que Llamarada iba a caer con él. Tal y como se habían formulado los cargos, la única posibilidad de que fuera absuelta pasaba porque antes le declararan inocente a él, y eso estaba muy claro que no iba a suceder.

Alce apretó los labios. Ésa sería otra herida con la que tendría que vivir.

—La defensa puede llamar a su primer testigo —dijo Leia Organa.

—Gracias, consejera. Llamo a la teniente Mar Hanniuska.

Alce tardó algunos instantes en reconocer a la jefe mecánico vistiendo su uniforme formal del Cuerpo de Cazas, y con su abundante pelo negro recogido discretamente sobre

su nuca. Estaba acostumbrado a verla embutida en arrugados monos de inciertos colores, en los que se mezclaban imperecederas manchas de grasa, lubricante y un centenar de sustancias diferentes, y llevando el pelo suelto o con una simple coleta. Alce cayó en la cuenta de que Llamarada y él tampoco vestían sus uniformes formales muy a menudo, pero en cualquier caso dudaba mucho que a ninguno de ellos le sentara tan bien como a Mar. Qué pena que no hubiera más que un varón humano entre los miembros del tribunal. A pesar de las circunstancias, Alce casi sonrió.

—La teniente Hanniuska trabajó en el proyecto Shantipole bajo la dirección del almirante Ackbar —dijo el capitán Bel'aan, presentando su testigo al tribunal—. Como consecuencia, es una de las personas que mejor conocen el cazabombardero ala-B. Actualmente ocupa el puesto de mecánico jefe a bordo del *Guarida del Lobo*. Desde el primer momento, tan pronto como se tuvo noticia del incidente, la capitán de navío Gen'yaa le asignó la tarea de revisar y analizar los cuatro aparatos que componían la patrulla del escuadrón Cabeza de Lobo. ¿Es esto correcto, teniente?

—Sí, señor, lo es.

—¿Le pidió la capitán de navío Gen'yaa que buscara algo en particular?

—Sí, señor. Me explicó que el capitán Gregory le había dicho que la señal correspondiente al carguero derribado aparecía en color rojo sobre sus pantallas sensoras. En otras palabras, que su ordenador de vuelo lo identificaba como blanco hostil. La capitana quería que yo comprobara si esto era posible y en caso afirmativo que descubriera por qué.

—En beneficio de aquellos de nosotros que no sabemos gran cosa acerca de cazas estelares, ¿puede usted explicarnos cómo hace la computadora de vuelo para decidir si una nave es o no hostil?

—Sí, señor. Existen diferentes modos, dependiendo de cómo se programe. La opción por defecto en tiempo de guerra es marcar como hostil a cualquier nave cuyo transpondedor la identifique como perteneciente al otro bando. En todos los cazas de nuestra flota son las naves imperiales las que caen dentro de esta categoría, pero eso se puede cambiar. Por ejemplo, a nuestra llegada al cúmulo Viayak recibimos la directiva de reprogramar los ordenadores de vuelo de todos nuestros aparatos para que consideraran también como hostil a cualquier nave seibergia de tipo militar. En los últimos días tuvimos que incluir también a los corelianos en la lista, aunque asignándoles un color diferente, el violeta.

—Comprendo. ¿Cuáles son los otros modos, además de éste?

—El segundo se produce cuando los sensores detectan que otra nave está disparando contra nuestro caza. En este caso el agresor es designado automáticamente como hostil. El tercero es de aplicabilidad cuando hay una nave aliada en la zona, usualmente una nave capital, operando como centro de mando táctico. Los ordenadores de vuelo de los cazas están programados para aceptar las identificaciones amigo-enemigo que les envíe la nave de mando, desde la cual es posible designar blancos para todos los aparatos bajo su responsabilidad. El cuarto y último modo está en las manos del piloto. En cualquier

momento, él o ella puede instruir al ordenador para considerar a una determinada nave como hostil, directamente o bien a través del androide de navegación que suele equipar a los ala-Y y a los ala-X.

—Cuando la capitán de navío Gen'yaa le interrogó, el capitán Gregory declaró que no había instruido a su ordenador para que considerase a ese transporte como enemigo, sino que lo hizo el ordenador por sí mismo. ¿Cómo puede explicarse esta circunstancia?

—Sólo a causa de un error o avería en el propio ordenador de vuelo o en su software. El análisis detallado de los registros disponibles, obtenidos de tres de los cuatro cazas de la patrulla, confirmó que el carguero no disparó contra ninguno de ellos, aunque aparentemente estaba equipado con una torreta láser que no se activó en ningún momento. Su transpondedor lo identificaba como una nave civil coreliana, aunque la signatura estaba corrompida, probablemente de forma intencionada, para no revelar su nombre. Si los sistemas del ala-B del capitán Gregory estaban funcionando correctamente, no existe modo alguno en el que el ordenador pudiera haber considerado como enemiga a la nave derribada.

—¿Inspeccionó usted los sistemas del ala-B del capitán Gregory?

—Sí, señor. Concienzudamente. Mi equipo y yo desmontamos hasta la última pieza de las baterías de sensores, el propio ordenador, la unidad de comunicaciones y cualquier otro sistema que pudiera haber tenido algo que ver con un posible mal funcionamiento, además de ejecutar diagnósticos de todo el software. No encontramos nada.

—¿Resultó dañado el cazabombardero del capitán Gregory durante el combate?

—No, señor, no fue alcanzado.

—¿Así que su conclusión es que o bien el capitán Gregory se equivoca, o bien que miente para encubrir su responsabilidad en la masacre de esos civiles?

—No necesariamente, señor. Existe una tercera posibilidad.

—Explíquese, por favor.

—Le he dicho a usted que los registros que utilizamos para analizar el incidente procedían de tres de los cuatro cazas. El cuarto era el del ala-B del capitán Steinberg, el cual estaba especialmente equipado para poder operar como centro de mando táctico.

—Ése era el aparato que fue alcanzado en los primeros instantes del incidente, ¿no es así?

—Sí, señor. Si su ordenador de vuelo hubiera identificado a la nave que ahora conocemos como *Mano del Idiota* como hostil, este dato podría haberle sido retransmitido al resto de los cazas que componían la patrulla.

—¿Es eso lo que cree usted que sucedió?

—Sí, señor, aunque por desgracia es una teoría que no puedo demostrar.

La nave quedó tan seriamente dañada que la información que he podido recuperar de ella ha sido escasa y de poca utilidad.

—En ese caso, ¿en qué se basa exactamente esa teoría suya?

—En el análisis de los registros del ordenador de vuelo del capitán Gregory. El hecho es que el ordenador comenzó a identificar al *Mano del Idiota* como enemigo

prácticamente en el mismo instante en que el ala-B del capitán Steinberg resultó alcanzado. Esto me conduce a pensar que la avería que estábamos buscando podría no estar en el ordenador de vuelo del capitán Gregory, sino en el del capitán Steinberg. Esta hipótesis tiene mucho sentido, considerando el alcance de los daños recibidos por el ala-B del capitán Steinberg. Su ordenador podría haber transmitido datos erróneos al caza del capitán Gregory inmediatamente antes de que sus circuitos primarios se quemaran y el ordenador quedara desactivado. El problema, como ya le he dicho, es que no puedo probarlo.

—Pero por lo que usted ha explicado, teniente, los ordenadores de los otros dos cazas, incluido el de la teniente coronel Schroeder, no marcaron al *Mano del Idiota* como hostil.

—La única explicación que tengo para ese hecho es que, cuando el ala-B del capitán Steinberg fue alcanzado, la nave del capitán Gregory estaba mucho más cerca que las de sus dos compañeros. Si la transmisión de datos por parte del ordenador de vuelo del capitán Steinberg se interrumpió de golpe, como todo apunta a que sucedió, es posible que la señal no alcanzara más allá de unos cientos de metros antes de cortarse del todo, por lo que sólo una nave que estuviera muy cerca podría haberla recibido con la intensidad suficiente como para que el ordenador de vuelo pudiera interpretarla.

—Muchas gracias, teniente. Incluso sin evidencias técnicas que la avalen, nos ha proporcionado usted una explicación perfectamente plausible de los hechos. No tengo más preguntas para usted.

—Capitán Drinin —dijo Leia Organa una vez que el defensor se hubo retirado a su sitio—, ¿quiere usted interrogar a la teniente Hanniuska?

—Por supuesto que sí, consejera —Antes de acercarse al estrado, el quarren terminó de introducir una anotación en el datapad que tenía permanentemente en sus manos. Cuando llegó junto a Mar Hanniuska, sostuvo el dispositivo a su espalda y miró fijamente a la mujer durante algunos segundos antes de comenzar a hablar, sus tentáculos faciales retorciéndose ligeramente sobre su boca. La mecánico jefe del *Guarida del Lobo* pestañeó involuntariamente. Probablemente nadie más en la sala se dio cuenta del detalle con la excepción del fiscal, a quien pareció satisfacerle.

—Teniente Hanniuska, mientras desarrollaba esa teoría suya tan interesante, usted y su equipo analizaron cada bit de información que pudiera ser extraído, dice usted, de tres de los cuatro cazas que participaron en el incidente.

—Eso no es exactamente lo que he dicho, señor. Investigamos los cuatro, pero los registros de transmisiones y de cámaras de vuelo con los que se ha compilado la grabación que hemos visto al principio proceden sólo de tres. Los dispositivos de almacenamiento de datos y la memoria del ordenador de vuelo del ala-B del capitán Steinberg estaban demasiado dañados como para proporcionarnos nada más que datos fragmentados.

—Gracias por la explicación. Lo que yo me pregunto ahora tiene que ver con cazas estelares en general y con el del capitán Gregory en particular. Nos ha ilustrado usted acerca de las cuatro formas en las que el ordenador de vuelo de un caza puede llegar a

considerar a una determinada nave como blanco hostil, susceptible de ser atacado y destruido. Este dato en concreto, me refiero a cuál de estos cuatro puntos de entrada es el que se ha utilizado en cada caso, ¿quedó registrado en la memoria del ordenador o en cualquiera de esos dispositivos de almacenamiento que ha mencionado usted?

—No, señor. Desgraciadamente no es así.

—¿Y por qué? Uno pensaría que una cosa así es lo suficientemente importante como para merecerse un registro o dos, ¿no está usted de acuerdo conmigo?

—Señor, cuando hablamos acerca de cazas estelares en misión de combate, hay demasiadas cosas que podrían resultar de vital importancia a la hora de realizar un análisis post-vuelo, pero el espacio de almacenamiento a disposición del ordenador de a bordo no es ilimitado. Como casi todos los sistemas de un caza el registro de vuelo puede ser también reprogramado, pero es el Mando del Cuerpo de Cazas quien decide qué datos concretos se guardan y cuáles no, y nosotros, los mecánicos y técnicos, nos limitamos a seguir sus instrucciones. Los datos de navegación completos de cada vuelo, cada comunicación transmitida o recibida por el caza, cada dato que los sensores puedan haber obtenido de naves enemigas o neutrales, y sobre todo la información de vídeo recogida por las cámaras de vuelo, que es lo que más espacio ocupa, tienen preferencia. Al menos así es como lo tiene establecido actualmente el Mando de Cazas.

—Entiendo. Así que no puede usted saber si el capitán Gregory pulsó o no una tecla para instruir a su ordenador para que considerase como hostil al *Mano del Idiota*, ¿es así?

—Sí, señor. Si pudiera confirmar ese dato es posible que no estuviésemos ahora aquí.

—O quizá sí, teniente, pero este consejo duraría mucho menos tiempo.

Porque dígame usted, ¿no sería mucho más razonable suponer que el capitán Gregory tomó esa decisión él mismo, al igual que tomó luego la de disparar sus torpedos a pesar de no haber sido autorizado por su superior, y *pulsó* por tanto esa tecla, en lugar de decantarnos por creer en una hipotética y extremadamente apropiada avería en el caza del capitán Steinberg? ¿Una avería cuya existencia real no se puede demostrar porque el aparato ha sido dañado, y que habría causado que la nave enviara una señal que, oh, coincidencia, tan sólo fue recibida por el ordenador del capitán Gregory?

—Puede que fuera más razonable —admitió Hanniuska a regañadientes—, aunque de igual modo tampoco puedo probarlo. También existe la posibilidad de que fuera el capitán Steinberg quien decidiera asignar un código hostil a esa nave justo antes de que…

—¡Pero es que cuando la capitán de Navío Gen'yaa se lo preguntó, el capitán Steinberg negó haber hecho tal cosa! ¡Tengo aquí, en mi datapad, una copia del informe, como también la tienen todos los miembros del tribunal!

Quizá podríamos volver a preguntárselo, esta vez bajo juramento, ¿no? Pues claro que no, porque desgraciadamente el capitán Steinberg está internado en un hospital con daños irreversibles en su cerebro. Muy bien, pues culpémosle a él de todo, ya que no va a venir a quejarse.

—¡Protesto! —exclamó el capitán Bel'aan.

—Rechazo su protesta, capitán —dijo Leia Organa sin levantar la voz—. Teniente Hanniuska, ¿quiere usted responder algo a eso?

La mecánico se removió incómoda en el asiento.

—No era mi intención sugerir que fuera culpa del capitán Steinberg. Yo solamente…

El fiscal no le dejó continuar la frase, pues era obvio que Hanniuska no iba a hacer otra cosa que disculparse.

—¿La teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory son amigos suyos, teniente?

—Me llevo bastante bien con todos los pilotos del escuadrón, señor.

—No tengo más preguntas para usted, teniente. Muchas gracias por su ayuda.

Mar Hanniuska abandonó la sala caminando deprisa y con el rostro enrojecido, furiosa con el fiscal y probablemente consigo misma. A la derecha de Alce, su abogado defensor hizo una mueca de disgusto que hablaba por sí misma.

—Capitán Bel'aan —dijo Leia Organa—. Puede usted llamar a su siguiente testigo.

El bothan convocó, consecutivamente, a un ingeniero mon calamari que, al igual que Mar Hanniuska, había participado también en el proyecto Shantipole, y a un veterano piloto humano con miles de horas de vuelo en ala-Y y ala-B. Sus preguntas fueron dirigidas a demostrar que la hipótesis de Mar Hanniuska no era una idea peregrina, sino una posibilidad cierta que debía ser tenida en cuenta. El capitán Drinin se limitó a seguir restándole credibilidad con los mismos argumentos que había utilizado para arrinconar a la mecánico. Alce se acarició el mentón con el pulgar mientras reflexionaba. Hasta el momento no podía decirse que su abogado estuviera haciendo grandes progresos, pero al menos le había dado a los miembros del tribunal una razón para dudar. Ahora Bel'aan llamaría a su testigo estrella: Rúster. Con el rabillo del ojo, Alce vio que Llamarada cruzaba los dedos.

—Llamo a la capitán Lumi Rus'ti —El cabo de Infantería que hacía las funciones de alguacil salió de la sala para regresar pocos instantes después, acompañando a la piloto de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo. El cabo condujo a la lumi hasta el estrado y después se retiró discretamente. Por los colores fríos que exhibían las extensiones neurales de Rúster, Llamarada podía ver lo inquieta que se sentía su amiga.

—Capitán Rus'ti —dijo Bel'aan aproximándose a ella—. Antes de entrar a esta sala, le habrán recordado a usted como al resto de los testigos que se dispone a prestar su testimonio bajo juramento, y que cualquier intento de engañar u ocultar información a este tribunal será perseguido y castigado.

Rúster asintió.

—Pero me han asegurado que en su caso este aviso resulta completamente innecesario. ¿Puede usted explicarnos por qué?

—Por que soy una lumi. Somos físicamente incapaces de mentir. Nuestro cerebro está configurado de tal modo que no podemos pensar una cosa y decir otra diferente, es imposible. Pero incluso si pudiéramos mentir de palabra, nuestras extensiones neurales nos traicionarían al instante.

—Lo que usted ha llamado extensiones neurales, ¿son esos apéndices de colores que sobresalen de su cabeza?

—Sí. Su color va cambiando para reflejar nuestras emociones. Para los lumi éste es en realidad nuestro principal medio de comunicación.

—Es una pena que ninguno de nosotros sea capaz de interpretar esos cambios de color, pero los miembros del tribunal así como la acusación pueden comprobar en sus terminales la veracidad de lo que la capitán Rus'ti acaba de explicar. No puede mentir, no puede ni siquiera intentar deformar la realidad, ni siquiera para ayudar a sus amigos, así que diga lo que diga, podemos creer hasta la última palabra. La capitán Rus'ti conoce a la teniente coronel Schroeder y a el capitán Gregory desde hace años, y aunque no presenció el incidente que nos ocupa, su testimonio será crucial para demostrar que la personalidad de estos oficiales y su conducta antes y después de los hechos por los que están siendo juzgados son sencillamente *incompatibles* con las acusaciones. La teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory fueron víctimas de un cúmulo de circunstancias provocadas, no lo olvidemos, por los militares seibergios, y probablemente también por una avería técnica que hasta el momento desgraciadamente no se ha conseguido probar. Ni tampoco descartar, he de recordar, a pesar de los esfuerzos de la acusación en ese sentido.

Desde su posición en la tribuna, Leia recorrió con la mirada la información que aparecía sobre su pantalla en respuesta a su última consulta.

Los datos que manejaba la Nueva República acerca de la especie lumi coincidían con lo que la propia piloto y el abogado defensor habían afirmado.

Leia estaba casi segura de que Trespeó habría sido capaz de leer el silencioso y colorido lenguaje de la lumi, y eso le hizo lamentar un poco que el viejo androide de protocolo no le hubiera acompañado en este viaje. No obstante Leia se encontró con que no le hacía falta ningún intérprete para saber lo que las extensiones neurales de la lumi decían: descubrió que podía leerla a través de la Fuerza con muchísima mayor facilidad que con ningún otro ser con el que se hubiera cruzado hasta el momento.

—Hemos tomado buena nota de las particulares cualidades de la capitán Rus'ti como testigo, capitán Bel'aan —dijo Leia—. Ahora, por favor, comience con sus preguntas.

—Por supuesto, consejera —respondió el bothan con una inclinación de cabeza—. Discúlpeme por esta, quizá, innecesaria introducción. —Bel'aan se volvió hacia Rúster—. Capitán Rus'ti, es usted la piloto de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo, ¿correcto?

—Correcto.

—Durante las operaciones en el cúmulo Viayak, uno de sus principales cometidos fue el de buscar a lo largo de las rutas que comúnmente seguían las naves que llevaban a los refugiados balanios hacia Balania y otros mundos, y proporcionar asistencia a todas aquellas que parecieran encontrarse en problemas. ¿Es así?

—Sí.

—En el curso de estas misiones, ¿se encontró usted alguna vez con naves, civiles o militares, dañadas o incluso destruidas por minas espaciales?

Rúster asintió gravemente.

—Sí.

—Tres días antes del incidente que hoy juzgamos, se la envió a usted en ayuda de la corbeta de la Nueva República *Mashado*. Le sugiero a los miembros del tribunal que consulten en sus terminales el expediente Viayak-230100/2, el cual he incluido entre la documentación perteneciente a este caso.

En este archivo podrán leer los detalles acerca de cómo la *Mashado* resultó gravemente afectada por la explosión de una mina espacial modelo imperial de las conocidas como Tipo B, cuando su tripulación atendía una llamada de socorro enviada por un transporte civil. Esta mina en cuestión formaba parte de un extenso campo de ellas desplegado en el vector de salida de una de las principales rutas a Balania. Comprobarán también que la petición de ayuda urgente transmitida por la *Mashado* fue delegada al *Guarida del Lobo* por la fragata médica *Redención*, y que a la capitán Rus'ti se le ordenó acudir a la zona del siniestro escoltada por un grupo de ala-B pertenecientes al escuadrón Cabeza de Lobo. ¿Es todo esto correcto, capitán?

—Sí, lo es.

—¿Formaba parte el capitán Gregory de su escolta?

—Sí. Juzgando por las estimaciones que el capitán de la *Mashado* transmitió acerca de la extensión del campo de minas y el número de unidades activas, la teniente coronel Schroeder consideró que harían falta todos los ala-B disponibles para despejar el campo antes de que yo pudiera acercarme a la *Mashado*. Y tenía razón.

—Mientras se encontraban en la zona del siniestro, ¿pudieron encontrar a la nave cuya llamada de socorro había hecho acudir a la *Mashado*?

Rúster se estremeció.

—Sí que la encontramos. Las minas la habían destruido por completo. No había supervivientes.

—¿Se sintió usted particularmente conmovida por lo que vio?

—Sí, así es. Fue terrible.

—¿Puede decirme si el capitán Gregory vio también lo mismo que usted?

—Sí, estoy segura.

—¿Hablaron de ello después de regresar al *Guarida del Lobo*?

—No. Me encontraba demasiado afectada como para hablar con nadie, y de hecho estuve evitando a todo el mundo durante un par de días.

—Comprendo. Como apéndice al documento Viayak-230100/2, los miembros del tribunal encontrarán el informe de Inteligencia referente a este suceso, fechado dos días más tarde, que incluye un análisis de los restos de las minas explosionadas por la propia *Mashado* y por los ala-B del escuadrón Cabeza de Lobo. La conclusión del informe es que las minas pertenecían a los arsenales del ejército seibergio. La capitán de navío Gen'yaa le comunicó estos resultados a la teniente coronel Schroeder, y ésta los comentó

ese mismo día durante una reunión preparatoria con aquellos pilotos de su escuadrón que debían salir en busca de naves seibergias que transportaran minas, minas como las que habían causado el desastre de la *Mashado* y la masacre de los refugiados a los que habían ido a auxiliar. Como pueden ver, los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo habían sido bien informados acerca de las terribles consecuencias que los campos de minas desplegados por los seibergios estaban causando, tanto entre nuestras propias naves como entre los transporte civiles utilizados por los balanios para escapar de Seibergia, y eran conscientes por tanto de la importancia de su misión en lo referente a salvar vidas. Entre otros, el capitán Gregory había podido contemplar con sus propios ojos lo que estaban haciendo las minas, así que su motivación para evitar que otra tragedia similar pudiera volver a producirse no podía ser más alta. Capitán Rus'ti, hablemos ahora acerca de su reciente viaje a la Región Balania. Iba usted acompañada por el teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory.

—Sí, así es.

—Los miembros del tribunal pueden comprobar ahora los documentos ExCom-2345501 y ExCom-2345712. Se trata de las solicitudes enviadas a la capitán de navío Gen'yaa por la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory, respectivamente una semana y tres días *antes* del incidente, presentándose voluntarios para pasar un periodo de servicio en los campos de ayuda a refugiados de la Nueva República cuando sus deberes lo permitiesen.

Quiero resaltar el hecho de que el capitán Gregory formuló su solicitud inmediatamente después de su participación en la misión de rescate de la *Mashado*, lo que demuestra hasta qué punto le había afectado lo que acababa de ver. Ahora, capitán Rus'ti, háblenos por favor de sus experiencias junto a la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory en la Región Balania, empezando con su azarosa llegada hasta el planeta.

Mientras la oficial lumi comenzaba a narrar como la lanzadera que pilotaba fue derribada sobre la Región Balania, Leia Organa trataba de decidir cuál era el significado de lo que había percibido hacía breves instantes, justo cuando el abogado defensor mencionaba lo de las solicitudes de los dos acusados para ir a alguno de los campos de refugiados, de cuya existencia ella estaba ya informada. Leia deseó tener un mayor dominio de la Fuerza que le permitiera distinguir más allá de toda duda qué eran percepciones reales y qué pura y simple intuición, cuando no su propia imaginación. El hecho era que, por segunda vez en el día, creía haber percibido sutiles desviaciones en el flujo de emociones procedentes de los dos pilotos, especialmente del capitán Gregory.

La primera vez había sido cuando el fiscal le estaba interrogando. La sensación no era exactamente la misma que tenía cuando alguien intentaba mentirle, pero había algo ahí. Quizá no una mentira, pero sí una omisión, un intento consciente y difícil para él de ocultar algo que le hubiera gustado decir. Era difícil estar segura, pero recordó que Invierno había comentado al respecto que resultaba la mar de apropiado que los dos pilotos implicados en el famoso incidente se hubiesen presentado voluntarios para

socorrer a los refugiados pocos días antes. ¿Y si realmente esas solicitudes habían sido formuladas *a posteriori*? Leia no veía nada extraño en los documentos, pero lo cierto era que si la fecha estaba amañada la capitán de navío Gen'yaa tenía por fuerza que estar enterada. Después de todo las propuestas estaban dirigidas a ella… Sin mirarla siquiera para no despertar sus sospechas, Leia intentó sondear a la capitana del *Guarida del Lobo*, pero no pudo sacar nada en claro. Los bothan estaban tan acostumbrados prácticamente desde la cuna a ocultar lo que sentían y lo que pensaban que era prácticamente imposible saber nada con certeza acerca de ellos, ni siquiera a través de la Fuerza, o al menos con sus limitados conocimientos acerca de cómo usarla. Esto lo sabía muy bien por sus experiencias con su colega consejero Borsk Fey'lya. Después de un año entero compartiendo mesa de conferencias con él, aún no era capaz de saber en ningún momento qué pensaba o qué era lo que realmente se proponía el astuto político bothan cada vez que abría la boca para hablar.

Si como intuía las solicitudes no eran legítimas, reflexionó Leia, entonces Gregory bien podría estar mintiendo también al decir que su ordenador identificaba el transporte como hostil. Pero cuidado, ése era exactamente el mismo error que había cometido Gregory durante el incidente, deducir que el piloto del *Mano del Idiota* mentía al decir que transportaba refugiados porque antes ya había mentido al decir que le perseguían TIEs seibergios. Leia no podía permitirse cometer la misma equivocación. *Si Gregory estuviera mintiendo descaradamente, creo que yo lo sabría.* Pero entonces, ¿por qué había percibido en él esa extraña sensación de incomodidad al salir el tema de lo de las solicitudes y lo de la errónea identificación suministrada por el ordenador? ¿Podrían ambas cosas no ser ni ciertas ni falsas, sino verdades a medias?

Leia decidió dejar esos pensamientos para un poco más tarde, cuando hubiera finalizado esta primera sesión del consejo de guerra, y se concentró en seguir las explicaciones de la piloto lumi y las sensaciones que con tanta claridad emanaban de ella. Por lo que había contado hasta el momento, sus dos compañeros tenían coraje. Uno tiene que ser muy idiota, muy valiente, o ambas cosas a la vez para enfrentarse a un AT-ST sujetando un cañón arrancado de la lanzadera en la que uno acababa de estrellarse, sin saber siquiera si iba a funcionar o no. Pero ninguno de los acusados podría haber sobrevivido a los años más difíciles de la Rebelión si fueran idiotas. Eso Leia lo sabía bien.

—Me acuerdo de un día —estaba diciendo la lumi, mientras las poderosas emociones que se dejaban sentir en su voz fluían hacia Leia a través de la Fuerza, haciéndole imposible dudar de la arrolladora sinceridad de la piloto—, en el que se pasó media mañana fabricando trineos para los niños balanios y jugando con ellos. Si hubiera visto cómo se reían todos con él… No, definitivamente no puedo imaginarme que el capitán Gregory hubiera llegado a disparar si hubiera tenido la más mínima duda acerca de si el piloto coreliano mentía o no. Estoy segura de que él estaba honestamente convencido de que el *Mano del Idiota* transportaba minas al igual que las otras cuatro naves, y que su piloto tan sólo pretendía engañarles.

—Muchas gracias, capitán. No tengo más preguntas para usted.

Alce pensó que Rúster lo había hecho realmente bien, pero lo más difícil vendría ahora, cuando fuera el fiscal quien la interrogara. Antes del juicio, el capitán Bel'aan le había explicado a Rúster cuáles iban a ser sus preguntas, y había ensayado con ella las respuestas —aunque llegado el momento Rúster se había dejado llevar por sus sentimientos hasta el punto, quizá, de llegar a conmover a alguno de los miembros del tribunal—. Pero el abogado defensor sólo podía conjeturar qué preguntas le haría su oponente a sus testigos, y cómo las haría.

El fiscal quarren se alzó a un metro del estrado. Antes de comenzar a hablar bebió un largo sorbo de su botellita, que un asistente se había encargado ya de reemplazar al menos una vez.

—Capitán Rus'ti —comenzó—. Es la primera vez que tengo el privilegio de conocer a una lumi. Permítame decirle que considero una verdadera pena el que muy pocas de las especies inteligentes que conocemos compartan su genético rechazo hacia las mentiras. Esta galaxia sería con seguridad un lugar mejor en el que vivir, y en el que yo me estaría dedicando a otra cosa.

En el tono empleado por el quarren no se percibía rastro alguno de sarcasmo, pero para Rúster era difícil estar segura.

—Gracias, capitán —le respondió con una leve sonrisa.

—No hay de qué, lo he dicho completamente en serio. Bien, después de haberla escuchado durante un rato, uno pensaría que comparte usted de todo corazón la conclusión a la que ha llegado el capitán Bel'aan. Es decir, ¿piensa usted que la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory son meras víctimas de una desgraciada, o incluso preparada, conjunción de circunstancias?

Rúster frunció el ceño. Ahora sí que había notado un deje de ironía.

—Sí, eso es lo que pienso.

—Pero no pensaba así cuando se enteró del incidente, ¿verdad? He recogido varios testimonios acerca de una reunión de su escuadrón que tuvo lugar ese mismo día a bordo del *Guarida del Lobo*. Teniendo en cuenta que no puede usted mentir ni intentar siquiera deformar la realidad, por usar las mismas palabras del capitán Bel'aan, estoy seguro de que no tengo necesidad alguna de convocar a ninguno de sus compañeros que asistieron a esa misma reunión, ¿cierto?

—Cierto —Rúster se ruborizó. Sus extensiones neurales, que a medida que se había ido sintiendo más cómoda respondiendo a las preguntas del abogado defensor habían tomado colores cálidos cercanos al ámbar habitual en ella, se agitaron de forma involuntaria al tiempo que se apagaban en color, primero amarillo muy pálido, luego azul claro. El cambio no le pasó en absoluto desapercibido al capitán Drinin, que la observaba con atención.

—Cuando entró en aquella sala, usted era plenamente consciente de lo mucho que el incidente con la *Mashado* podía haber afectado al capitán Gregory, ¿no es así? De hecho, acaba de confesarnos que a usted la alteró tanto que se dedicó a evitar a sus amigos para no tener que hablar de ello.

Pero en ese instante, usted no creía que la conmoción causada por el desastre que ambos habían presenciado pocos días antes pudiera servir de excusa o eximente para lo que el capitán Gregory acababa de hacer, ¿lo creía usted?

—No, no lo creía.

—No, no lo creía. Tanto era así, que usted, alguien que pertenece a una especie tan noble y pacífica como son los lumi, estaba tan furiosa que sus extensiones neurales se cargaron con tanta electricidad como para resultar peligrosas, obligándole a avisar a sus compañeros para que ninguno de ellos la tocara siquiera. Sí, esa es otra característica de los lumi que los miembros del tribunal pueden consultar en la base de datos xenobiológica de la Nueva República. Sus extensiones neurales pueden convertirse en una especie de arma defensiva cuando se sienten amenazados, y en muy raras ocasiones cuando se sienten muy, muy enfadados por algo. ¿Le había sucedido antes algo así, capitán Rus'ti?

—Como ha dicho usted, muy raramente.

—Así que estaba usted verdaderamente enfadada con sus dos compañeros y amigos, la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory. En su condición de piloto de búsqueda y rescate, usted había visto las mismas cosas terribles que habían visto ellos, peores incluso. Pero en lugar de ir por ahí disparándole torpedos de protones a cada nave más o menos sospechosa que se cruzara en su camino, usted calmaba su frustración saliendo una y otra vez con su lanzadera, aún estando fuera de servicio, intentando salvar todavía más gente como…

—¡Protesto! —interrumpió el capitán Bel'aan.

—Se acepta la protesta de la defensa —dijo Leia con severidad—. Capitán Drinin, aquí no hay nadie que haya ido por ahí disparando torpedos de protones tan sólo para calmar frustraciones. Su comentario está completamente fuera de lugar.

El quarren inclinó la cabeza respetuosamente.

—Le presento mis disculpas al tribunal y a los acusados. Capitán Rus'ti, lo que es innegable es que estaba usted muy enfadada, furiosa en realidad. Pero no fuera de sí, ¿verdad? Quiero decir que no se puso a decir cosas sin sentido a causa de un ataque de histeria. Sabía usted muy bien lo que decía, ¿verdad?

—Sí. Dije lo que pensaba, eso es todo.

—Eso es, dijo exactamente lo que pensaba, lo que sinceramente creía, como no podía ser de otro modo siendo usted una lumi. Si lo que me han contado es cierto, es una verdadera lástima que nadie grabase sus palabras de aquel día, porque algunas de las cosas que dijo merecerían haber sido registradas para que todos los ciudadanos de la Nueva República tuvieran la ocasión de oírlas. Pero volviendo a nuestro caso, por favor, permítame echarle un vistazo a mis notas —el habilidoso quarren consultó su datapad,

tomándose su tiempo para aumentar la expectación—. Sí, esto es lo que buscaba. Cuando el capitán Gregory intentaba excusarse diciendo que no sabía que había personas inocentes a bordo del transporte que acababa de derribar, usted le respondió algo más o menos como esto: «Exacto, no podías saberlo porque no lo habías inspeccionado antes como te habían ordenado que hicieras, así que no tenías ningún derecho a disparar.» ¿Fueron éstas sus palabras, capitán Rus'ti?

—Algo parecido —admitió Rúster.

—¿Y no pensaba también que la teniente coronel Schroeder debería haberle ordenado explícitamente al capitán Gregory que no disparase?

—Sí, también lo pensaba.

—¿Y ha cambiado usted de opinión desde entonces, capitán?

Rúster negó con la cabeza.

—No, no he cambiado, pero…

—¿Pero qué, capitán?

—Es que desde entonces los dos me han demostrado más que de sobra que jamás hubieran hecho algo así a sabiendas. Fue un error, uno que muchos otros hubieran cometido en su lugar, y el no admitirlo así sería hipócrita. Les he visto hacer tantas cosas maravillosas en ese campo de refugiados que no puedo seguir enfadada con ellos. No se lo merecen, no se merecen lo que les están haciendo.

—¿Quiere decir usted que les ha perdonado?

—Sí, pero no es sólo eso. Me he obligado a mí misma a pensar en lo que sucedió, a analizarlo bien, y he llegado a la conclusión de que fue un accidente, un horrible accidente.

—¿Cree usted que el hecho de que la *Mashado*, o la nave en la que viajaban las personas a las que pretendía ayudar, se toparan con el campo de minas desplegado por los seibergios puede ser considerado como un accidente?

—¡Por supuesto que no!

—¿Cree en cambio que los militares seibergios deben ser considerados responsables por aquellas muertes?

—¡Pues sí, claro que lo son! ¡Y también son responsables por los que murieron a bordo del carguero que Alce…, quiero decir, el capitán Gregory derribó. Ha escuchado usted la grabación de las transmisiones del piloto, y como le obligaron…

—¿Cree usted que el teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory no tienen responsabilidad alguna por la muerte de los pasajeros y el piloto del *Mano del Idiota*?

—No, bueno, quizá una parte…

—¿Quizá una parte? ¿Qué se supone que significa eso? Creía que no era capaz usted ni siquiera de intentar deformar la realidad, capitán.

Escúcheme bien, voy a hacerle una pregunta muy simple, y quiero que me dé una respuesta igual de simple. Sí o no, eso es todo. ¿Aún piensa usted que el capitán Gregory no debería haber disparado sus torpedos?

—Oh, maldita sea… Sí, lo pienso…

—¿Está de acuerdo conmigo cuando digo que al disparar sin haber inspeccionado antes su objetivo con los sensores de su ala-B el capitán Gregory desobedeció una orden de un superior?

—Sí, pero es que…

—¿Y está también de acuerdo conmigo cuando digo que el deber de la teniente coronel Schroeder era ordenarle que no disparase?

—Sí, lo estoy —Rúster apartó su mirada del despiadado fiscal para dirigirla hacia Llamarada y Alce, casi sintiendo ganas de echarse a llorar.

Llamarada le guiñó un ojo para decirle que no se preocupara por ellos. Alce sonrió y se encogió de hombros.

—Antes de que se marche, capitán Rus'ti —continuó el capitán—, déjeme compartir con usted algo que mi padre me dijo a mí una vez cuando era un chiquillo. Tiene que ver con las buenas acciones de ésos sus compañeros, esas cosas maravillosas de las que nos ha hablado usted. Lo que me dijo mi padre fue esto: «Muy a menudo, una conciencia intranquila le hace a uno convertirse en mejor persona, pero el pecado no es menos real por mucho y muy bien que uno trate de redimirse por haberlo cometido».

—¡Protesto!

Leia resopló.

—Protesta aceptada. Capitán Drinin, si no tiene usted más preguntas que hacerle a la capitán Rus'ti, le daré permiso para abandonar la sala.

—No, consejera. No tengo más preguntas, y de nuevo le ofrezco mis disculpas.

—Muy bien. Capitán Rus'ti, puede usted marcharse. Muchas gracias por su colaboración.

Rúster se puso en pie y se dirigió hacia la salida escoltada por el cabo de Infantería que la había acompañado al entrar. Caminaba con la cabeza agachada y los hombros hundidos. Mientras que Mar Hanniuska se había marchado devorada por la ira, Rúster parecía triste y deprimida, casi avergonzada, como si hubiera hecho algo de lo que tuviera que arrepentirse.

Alce se sintió mal por ella. Rúster no tenía nada de lo que avergonzarse, y menos que nada de su incapacidad para mentir. Alce hubiera querido poder levantarse, seguir a su amiga y decirle que lo que acababa de pasar no era en absoluto culpa suya. Se fijó en la mirada de Llamarada, vuelta también hacia la puerta por la que ya salía la lumi, y supo que estaba pensando lo mismo que él.

Resultaba curioso, aunque quizá no hubiera nada de lo que extrañarse, lo mucho que se había fortalecido el vínculo entre ellos tres durante los días que habían pasado juntos en la Región Balania. Alce observó al capitán Drinin mientras se sentaba y se ponía a beber con verdadera ansia. El quarren sólo estaba haciendo su trabajo, que obviamente dominaba a la perfección, pero Alce tenía que odiarle por el modo en el que había acosado a Rúster. No podía evitar preguntarse si el fiscal habría disfrutado con ello, pero enseguida decidió que lo mejor era no volver a pensar en ello. De otro modo empezaría a

desear tener algún día la oportunidad de encontrarse con Drinin en otra parte, quizá en un callejón desierto. *Mierda, hay profesiones que dan asco*.

—Capitán Bel'aan —dijo la consejera Organa—, ¿desea usted presentar algún otro testigo?

El bothan se levantó para responder.

—Por ahora no, consejera —Alce no se sintió sorprendido. Mientras Rúster prestaba aún declaración sobre el estrado, había visto como el abogado miraba discretamente hacia atrás por encima del hombro y negaba con la cabeza en dirección a Víbora. Cuando habían estado preparando la defensa, Bel'aan le había dicho a Víbora que era posible que lo llamara para testificar, pero al parecer lo había reconsiderado. La idea era que Víbora le hablara al tribunal acerca de otras misiones que el escuadrón había llevado a cabo con éxito en el pasado, y como el criterio de Llamarada y de Alce en situaciones de combate había sido siempre excelente.

Pero después de lo que había sucedido con Mar Hanniuska y con Rúster, daba la impresión que el llamar a declarar a más amigos o compañeros suyos no les iba a reportar ningún bien. La única otra persona que podría hablar por ellos sería la propia capitán de navío Gen'yaa, pero eso estaba fuera de toda discusión. No requería demasiada inteligencia darse cuenta de que la bothan no podía intentar defenderles sin levantar una sombra de sospecha sobre sí misma. El capitán Bel'aan les había dicho, y Alce sabía que lo decía en serio, que si alguien llegaba a pedirle a la capitán de navío Gen'yaa que testificara, ese alguien sería el fiscal.

Ahora era el turno de la acusación para presentar testigos. El capitán Drinin comenzó presentando a sus propios expertos técnicos. Los primeros fueron dos ingenieros, uno humano y el otro duro, que habían formado parte del comité de investigación que la consejera Organa había reunido apresuradamente en sustitución del equipo cuya lanzadera destruyeron accidentalmente los corelianos. Ambos declararon que además de revisar hasta el último dato de los recogidos por la teniente Hanniuska y su equipo, habían llevado a cabo su propio y exhaustivo análisis. Cada uno desde el campo en el que eran expertos —uno en dispositivos sensores y de comunicaciones, el otro en el software de los ordenadores de vuelo de los cazas—, los dos coincidieron en expresar serias dudas acerca de la teoría formulada por la mecánico jefe del *Guarida del Lobo*. Ninguno de ellos cambió de opinión ni se contradijo en modo alguno bajo el interrogatorio al que los sometió posteriormente el capitán Bel'aan. De nuevo, nada de lo que sorprenderse.

A continuación ocupó el estrado una mujer humana de edad avanzada.

El capitán Drinin explicó al tribunal que la doctora Gomar era una veterana y muy competente psiquiatra que había trabajado profusamente con supervivientes de Alderaán que eran miembros de la Alianza Rebelde primero, y de las Fuerzas Armadas de la Nueva República después. Alce reconoció el nombre de inmediato, si bien no la cara. En su tiempo libre acostumbraba a leer todo el material relacionado con Alderaán que caía en sus manos, y eso incluía algunos interesantes artículos que la doctora Gomar había publicado durante los últimos tres años.

—Doctora Gomar —comenzó el quarren—, ¿cuándo exactamente se le encomendó a usted la tarea de tratar a supervivientes alderaanos?

—Inmediatamente después de la destrucción de su planeta.

—¿Puede decirnos quién le encargó esa misión?

—Fue el general Carlist Riekan.

—¿Por qué requirió sus servicios el general Riekan?

—En aquellos días los agentes de reclutamiento de la Alianza recibían literalmente miles de peticiones de refugiados alderaanos que deseaban unirse a nosotros. Como todo el mundo sabe, Alderaán era un mundo pacifista por ley, cuya población había renunciado libremente al uso de las armas siglos atrás. Antes de la destrucción de su planeta natal había muy pocos alderaanos entre nuestros combatientes, aunque nos beneficiábamos de los servicios de muchos de ellos como correos o como personal diplomático. Pero de pronto, y evidentemente como consecuencia de la atrocidad que el Imperio había cometido contra su mundo, nos encontramos con muchos alderaanos a los que la catástrofe había sorprendido en otros lugares que no deseaban otra cosa que empuñar las armas y luchar. El general Riekan, a quien todo el mundo conoce hoy como el artífice de la evacuación de Hoth, era uno de esos pocos alderaanos que militaba en la Alianza desde sus inicios. Cuando me encargó el proyecto me dijo que le preocupaba mucho la posibilidad de que compatriotas suyos vieran la Alianza como un medio a través del cual podrían encontrar la ocasión de vengarse. Decía que no podíamos permitirnos el riesgo de entrenarlos y enviarlos al combate sin haberlos sometido antes a un reconocimiento psiquiátrico previo.

—Por favor, explíquenos eso.

—Debería ser obvio. Un único vengador con un arma en sus manos podía hacer muchísimo daño. Él o ella podría intentar utilizar los recursos y el entrenamiento que les proporcionásemos para matar a tantos imperiales como le fuera posible, sin tener en cuenta las circunstancias, el riesgo para la misión, para su propia vida o la vida de sus compañeros, y los daños colaterales que pudiera causar. Si queríamos llegar a ser una alternativa al Imperio, un solo civil muerto a manos de un miembro de la Rebelión era mucho peor para nuestra causa que un centenar de imperiales que escaparan porque se abstuviera de disparar. Quiero dejar claro que estos tests no eran nuevos.

Desde los primeros días de la Rebelión examinábamos a todos aquellos candidatos a los que sus reclutadores consideraban como potencialmente peligrosos o conflictivos. Después de lo de Alderaán, y siguiendo las instrucciones del general Riekan, hicimos que los reconocimientos psiquiátricos fueran obligatorios para todos los alderaanos.

—Comprendo. Imagino que el riesgo que se corría de no hacerse así sería directamente proporcional al poder de las armas puestas a disposición del posible vengador.

—Exacto.

—Así que, dependiendo de la especialidad para la que un candidato iba a recibir entrenamiento, los análisis deberían ser diferentes.

—Sin duda, y así es como lo hicimos.

—¿Y qué cuerpo o grupo de combate requería los tests más exigentes?

—El Cuerpo de Cazas. Un caza estelar es el arma más poderosa que puede ser manejada por un único individuo.

El capitán Drinin asintió.

—Uno de los acusados, el capitán Gregory, es alderaano. Doy por sentado que tuvo que pasar por todos esos análisis antes de que se le entrenara para pilotar una de nuestras naves de combate.

—Sí. De hecho recuerdo muy bien su caso. Aunque no llegué a entrevistarle yo personalmente, sí que participé en la evaluación de sus resultados, y seguí todos los procedimientos con el mayor interés.

—¿Y eso por qué?

—De todas las personas a las que sometimos a examen, el capitán Gregory era uno de los que tenía más poderosas razones para desear vengarse. Formaba parte de un grupo de universitarios de post-grado en viaje de fin de estudios, y la suerte quiso que su nave despegara de la ciudad de Aldera casi al mismo tiempo que la Estrella de la Muerte entraba en el sistema.

Él y sus compañeros presenciaron con sus propios ojos como explotaba su planeta, al igual que le sucedió a la consejera Organa. Muy pocos de los alderaanos supervivientes pueden decir lo mismo. Pero es que la pesadilla del capitán Gregory no acabó ahí, ni mucho menos. Su nave fue capturada por un transporte de soldados de asalto. Asesinaron al piloto y al profesor que los acompañaba, y a los estudiantes los enviaron como esclavos a diversas guarniciones imperiales. Los detalles son confidenciales y no revelaré ninguno aquí, pero las cosas por las que el capitán Gregory tuvo que pasar hasta que encontró la ocasión de escapar hubieran acabado con la mayor parte de la gente que conozco, yo misma incluida.

—¿Y a pesar de eso pasó los tests?

—Sí, lo hizo. Su padre había sido piloto de bombarderos, y el capitán Gregory solicitó ser destinado al Cuerpo de Cazas, pero inicialmente lo enviamos a Infantería hasta que el servicio de Inteligencia verificó la veracidad de su historia y pudimos tomar una decisión. Los informes enviados por sus comandantes no hicieron sino reforzar la impresión positiva que habían causado sus tests, así que aprobamos su solicitud sin pensarlo dos veces.

—Debo admitir que estoy impresionado. Sólo una última pregunta, doctora Gomar. ¿Alguna vez han fallado sus tests?

—¿Lo que quiere saber usted es si en alguna ocasión hemos cometido un error al enviar a alguien a las academias de entrenamiento?

—Sí, ése es exactamente el sentido de mi pregunta.

La anciana mujer suspiró lentamente.

—Sí, cometimos algunos errores.

Es inevitable.

—Muchas gracias, doctora. Esto es todo por mi parte.

Leia era perfectamente consciente de que el capitán Drinin había sido exquisitamente cuidadoso en su interrogatorio. Siendo precisamente ella la presidente de este tribunal, cualquier intento de generalizar los problemas que había experimentado la Alianza con un puñado de supervivientes alderaanos podría fácilmente volverse contra él. No obstante esos problemas habían existido, y eso era lo único que el fiscal necesitaba demostrar. *Sin necesidad de arriesgar nada más, ha conseguido que los miembros del tribunal nos preguntemos ahora si Gregory alberga un reprimido deseo de venganza por la destrucción de Alderaán y por lo que el Imperio les hizo a él y a sus amigos.*

Que dudemos acerca de si eso no podría acaso hacerle más propenso a disparar primero y preguntar después, aunque hasta ahora le haya ido bien así.

Había estado observando a Gregory mientras la doctora Gomar hablaba.

Parecía ligeramente incómodo, pero no especialmente molesto por lo que oía.

La única sensación digna de mención que había percibido en él había sido una de media sorpresa al enterarse de que la doctora Gomar había sido uno de los expertos psiquiatras que habían evaluado su aptitud para convertirse en piloto.

Su mirada se cruzó brevemente con la suya. Leia lo vio con claridad en ese instante. *Ha vivido durante años con la carga de lo que padeció en su día y no ha hecho un secreto de ello*. *Ninguna de sus acciones ha estado motivada por la venganza, ni ahora ni cuando se unió a la Alianza*. Ah, pero el daño ya estaba hecho. Sería muy difícil para la defensa arrancar la semilla de duda que había plantado el fiscal. A ella misma le iba a costar mucho trabajo convencer a Ackbar y a los demás si se veía en la necesidad de tener que hacerlo. De momento, no obstante, no estaba en absoluto segura de cuál iba a ser el sentido de su voto cuando tuvieran que discutir el veredicto.

Mientras tanto, el capitán Bel’aan no perdía el tiempo con preámbulos.

—Doctora Gomar, ha dicho usted que siguió el caso del capitán Gregory con gran interés. ¿Ha llevado a cabo, usted o alguno de sus colegas, un seguimiento de la conducta del capitán Gregory desde que se convirtió en miembro activo del Cuerpo de Cazas?

—Sí. El reconocimiento médico al que se somete cada piloto una vez cada seis meses incluye nuevos tests psicológicos. Hasta la fecha no hemos tenido ninguna razón para pensar que el capitán Gregory sea uno de esos errores que antes he mencionado.

—¿Cree usted que las pasadas experiencias del capitán Gregory, por traumáticas que fueran, tienen algo que ver con su participación en los hechos que estamos juzgando?

—No, no lo creo. El capitán Gregory ha demostrado estar dotado con una psique realmente fuerte, la cual le ha permitido sobrevivir y seguir cuerdo allá donde otros hubieran perecido o se hubieran vuelto locos.

—Gracias, doctora, muchísimas gracias. No le haré más preguntas.

Cuando regresó a su asiento, el capitán Bel'aan le lanzó una airada mirada a su oponente. Para Alce el significado de esa mirada estaba bien claro: *estás jugando sucio*. Al quarren pareció no afectarle en absoluto. *Es una buena cosa para él que yo no esté poseído por las ansias de venganza*, pensó Alce con no poca ironía. Por un instante se preguntó si eso sería verdad, hasta que decidió que tenía que serlo. En caso contrario habría acabado mal mucho tiempo atrás, quizá ni siquiera habría pasado de Ten'see IV.

Drinin llamaba ahora al almirante Darfen. Alce torció el gesto al escuchar ese nombre, olvidando momentáneamente la irritación que la cuestionable maniobra del fiscal pudiera causarle. Se echó hacia atrás en el asiento para poder mirar a Llamarada por encima de la nuca de Bel'aan. Ella le devolvió la mirada y se encogió levemente de hombros. Sí, por supuesto que se acordaba de Darfen, ¿cómo podría olvidarle? Y sabía también que el asunto de KS-31 estaba a punto de salir a relucir. *Y no precisamente para felicitarnos por lo que el escuadrón Blanco consiguió hacer allí*.

Afortunadamente esto no era del todo inesperado. Llamarada le había contado a su abogado todo lo que tenía que saber de KS-31 de forma que pudiera contrarrestar cualquier intento de la acusación de perjudicarles con esa historia. Así mismo, la capitán de navío Gen'yaa le había permitido acceder a los bancos de datos del *Guarida del Lobo* para que obtuviera de ellos cualquier información adicional que pudiera precisar. Ojalá fuera suficiente.

Mientras estaban con ese tema, Llamarada le había preguntado a Bel'aan si Avalancha, su comandante y también amiga en los días del escuadrón Blanco, sería llamada a declarar. Bel'aan la sorprendió al decirle que no, que había hecho averiguaciones y que le habían dicho que la coronel Krenzel había abandonado la flota hacía tiempo ya y que nadie sabía de su paradero. Llamarada no había vuelto a hablar con Avalancha desde que ésta los dejó a todos perplejos al aceptar un puesto ejecutivo en el Mando de Cazas, poco después de lo de Endor. El único contacto desde entonces había consistido en un breve y más bien desagradable intercambio de notas a raíz de la creación del escuadrón Cabeza de Lobo. Avalancha se había negado a cederle el mando del escuadrón Blanco, que aún retenía de forma nominal, agarrándose a una vieja cláusula del reglamento —databa de los primeros días de la Rebelión— que otorgaba a los comandantes de escuadrón el privilegio de conservar el mando de sus unidades de forma indefinida, siempre que no fueran oficialmente relevados de ellas. Llamarada supuso entonces que la intención de Avalancha era agarrarse a ese mando para volver al servicio de vuelo cuando considerara que su labor en el Mando de Cazas estaba completa, o bien cuando simplemente se hartara de estar sentada en un despacho y empezara a añorar la cabina de su ala-B. Pero lo que sucedió fue que, para evitarse el tener que discutir con ella, relevarla a la fuerza —para lo cual hubieran tenido que inventar una razón—, o

modificar el reglamento, sus superiores decidieron pasar a la reserva al escuadrón Blanco, constituir uno nuevo bajo el mando de Llamarada, y permitir a todos los pilotos que desearan seguir en activo solicitar su transferencia a la recién creada unidad, cosa que como era de esperar prácticamente todos hicieron. Al parecer Avalancha no le había perdonado la triquiñuela al Mando de Cazas y había terminado marchándose dando un portazo, algo muy propio de ella y de su explosivo temperamento.

A Llamarada le dolía que Avalancha la hubiera tratado como si todo hubiera sido responsabilidad suya, pero no había gran cosa que pudiera hacer al respecto. Ni siquiera seguir pensando en ella, porque ya el almirante Darfen, el mon calamari impecable como siempre en su inmaculadamente blanco uniforme, ocupaba su lugar sobre el estrado y esperaba pacientemente a que el capitán Drinin le formulara su primera pregunta.

—Almirante Darfen, actualmente está usted a cargo de las unidades de la Armada asignadas a la defensa de Mon Calamari.

—Eso es correcto.

—¿Puede usted decirnos cuál era su puesto hace dos años y medio, señor?

—Estaba al mando del crucero *Independencia*. Desde esa nave era responsable de las operaciones de la Alianza en varios sistemas del Anillo Medio y del Borde Exterior.

—¿Fue una de esas operaciones el ataque contra las instalaciones imperiales secretas en el planetoide KS-31, en el sistema Kessel?

—Sí.

—¿Tomó parte en ese ataque el escuadrón Blanco, señor?

—Sí, así es, junto con el escuadrón Azul.

—¿Puede contarnos cuáles fueron las órdenes que le dio usted al escuadrón Blanco después de que llevaran a cabo esa misión?

—El escuadrón Blanco operaba desde una fragata Nebulon-B capturada poco antes, de nombre *Vigilante*, y que más adelante fue bautizada como *Joan d'Arc*. Yo personalmente ordené a la comandante Krenzel, por aquel entonces comandante del escuadrón, que llevaran esa nave a espacio controlado por la Alianza de forma inmediata, antes de que los refuerzos imperiales les hicieran imposible salir del sistema Kessel. Esta misma orden me fue comunicada a mí por el Alto Mando de la Alianza.

—¿Obedeció la comandante Krenzel esta orden?

—No, no lo hizo. Se retrasó cuanto pudo bajo la excusa de esperar a que uno de nuestros agentes, infiltrado en KS-31, pudiera escapar de allí. Hoy sabemos que la verdadera razón era que estaba buscando una oportunidad para intentar rescatar al grupo de colonos que habitaban el planetoide, los cuales iban a ser sacrificados por el Imperio.

—¿Fue la comandante Krenzel la única responsable por esa desobediencia?

—No, no la única. En el curso de un combate contra una patrulla imperial que estuvo a punto de descubrir a la *Vigilante*, la comandante Krenzel resultó gravemente herida y entró en coma. La entonces teniente comandante Schroeder tomó el mando del escuadrón Blanco y de la *Vigilante*. En lugar de obedecer mis órdenes, decidió quedarse allí y continuar con los planes de la comandante Krenzel. A pesar de mis instrucciones para

que salieran de Kessel sin dilaciones y de que les prohibí expresamente el que intentaran llevar a cabo rescate alguno, ellas lo hicieron de todos modos en cuanto la comandante Krenzel se recobró.

—¿Se sometió a consejo de guerra a la comandante Krenzel y a su entonces segunda en el mando, la teniente comandante Schroeder, por su repetida desobediencia?

—No. Contra toda probabilidad el rescate de los colonos fue un completo éxito, tanto que lo finalizaron sin sufrir bajas. La Presidente Mon Mothma y otros líderes de la Alianza decidieron que su falta merecía ser sobreseída en razón del heroísmo que habían demostrado y del ejemplo que suponía su hazaña para todos aquellos que dudaban de la sinceridad de ideales de la Rebelión. Quiero dejar bien claro que yo siempre me mostré en contra de esa decisión, aunque soy el primero en reconocer el coraje y la audacia de la comandante Krenzel, de la teniente coronel Schroeder y del resto de su escuadrón.

—¿Así que fueron recompensadas por esa acción?

—No, no he dicho eso. La Presidente Mon Mothma y el resto del Alto Mando de la Alianza estuvieron de acuerdo, y en esto no discrepó nadie, en que no podíamos permitirnos conceder medallas a los oficiales que desobedecieran órdenes, por muy honorables y heroicas que fueran sus intenciones. Tanto la consejera Organa como el almirante Ackbar pueden confirmarle este extremo. Ambos estaban allí.

—Gracias, almirante. No tengo más preguntas para usted. Me gustaría que los miembros del tribunal tuvieran en consideración el hecho de que con anterioridad al incidente en Seibergia, la teniente coronel Schroeder ya había decidido ignorar o desobedecer la orden de un superior al menos en otra ocasión, aunque ésta es la primera en que va a ser juzgada por ello.

Llamarada puso los ojos en blanco.

—Este capitán Drinin es de lo más encantador —le susurró a Alce por detrás del capitán Bel'aan. Alce asintió.

Ignorando el comentario de Llamarada, que por supuesto había oído perfectamente, el bothan se puso en pie y caminó hasta el estrado.

—Almirante Darfen, ¿es cierto que no sólo los pilotos del escuadrón Blanco, sino todos y cada uno de los miembros de la tripulación provisional de la *Vigilante* se presentaron voluntarios para participar en el rescate de los colonos de KS-31?

—Sí, es verdad.

—¿Y no les hacía eso compartir de algún modo la desobediencia de sus comandantes, señor?

—En absoluto. La responsabilidad seguía siendo de ellas. Le di mis órdenes directamente a la comandante Krenzel primero, y a la teniente comandante Schroeder después. Su deber era cumplirlas, y asegurarse de que todos aquellos bajo su mando hacían lo propio.

—Entiendo, señor. ¿Pero no cree usted que las vidas de varios cientos de inocentes eran una razón bastante buena para cuestionarse al menos esas órdenes?

—No, no lo creo —El mon calamari negó vigorosamente con la cabeza—. Al hacerlo arriesgaron al menos un número similar de vidas, además de las naves que se les habían confiado. Naves que no les pertenecían a ellas sino a la Alianza Rebelde, que necesitaba hasta la última de las que disponía para poder mantener viva la lucha contra el Imperio. No olvidemos que el objetivo final de esa lucha era salvar a mucha, muchísima más gente que la que iba a ser sacrificada en KS-31. Por eso me opuse abiertamente a que se pasara por alto la grave falta cometida por la comandante Krenzel y por su segunda en el mando. Algunas de las consecuencias de esa, para mí, desafortunada decisión han quedado ahora en evidencia. El hecho de que no fueran castigadas sin duda reafirmó a la teniente comandante Schroeder, hoy teniente coronel, en su creencia de que su juicio era mejor que el de sus superiores. Una forma de pensar que ella heredó de su comandante de entonces, y que al parecer ha transmitido al menos a uno de sus subordinados.

—Con el debido respeto, señor —contestó el capitán Bel'aan, al tiempo que el vello de su nuca se le erizaba de forma notoria—, se le ha convocado a usted como testigo, no como juez.

—¿Pretende usted que pida disculpas por pensar como lo hago, capitán?

—No señor. Simplemente me limito a…

—Bien —continuó el mon calamari sin dejar hablar al abogado defensor—, porque todavía tengo algo más que decir, con el permiso del tribunal —Darfen se volvió de lado para mirar a la consejera Organa. Ésta pareció considerarlo durante unos instantes y finalmente dio su aprobación. El almirante mon calamari se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

—Gracias, consejera. Puede que los oficiales acusados, usted su defensor, y algunos otros se pregunten por qué la Presidente Mon Mothma, que fue indulgente con las comandantes del escuadrón Blanco tras los sucesos acontecidos en KS-31, se muestra ahora menos comprensiva. Algunos podrían pensar que la Presidente utiliza una balanza diferente ahora que ya no somos la Alianza Rebelde, un grupo de insurgentes amotinados contra el orden establecido, sino la Nueva República. ¿Por qué deberíamos condenar ahora a esas mismas personas por el mismo crimen que entonces les perdonamos? Puede parecer una decisión de carácter puramente político, y quizá lo es, pero hay mucho más que política detrás de esto. En KS-31, Krenzel, Schroeder, Gregory y el resto del escuadrón Blanco estaban desobedeciendo una orden, sí, pero al mismo tiempo se mostraban dispuestos a sacrificar sus vidas para salvar las de los colonos. Por eso y sólo por eso puedo aceptar que mirásemos hacia otro lado para no ver su delito, siempre que no hicieran un hábito del mismo. Pero yo no veo heroísmo alguno en disparar dos torpedos de protones contra una nave en fuga que no está devolviendo el fuego. Incluso si las sospechas del capitán Gregory hubieran demostrado ser correctas y esa nave hubiera transportado minas como las otras, aún creería que él y su superior deberían ser llevados ante un consejo de guerra, de forma que desgracias como la que hoy lamentamos pudieran ser evitadas en un futuro. Si lo hubiésemos hecho después de KS-31, puede que esos refugiados balanios siguieran aún con vida.

—Comprendo su punto de vista señor, pero tengo que mostrarme en desacuerdo —El capitán Bel'aan tragó saliva antes de continuar—. Si hubiéramos hecho eso, muchos otros seres que hoy caminan y respiran estarían muertos casi con total seguridad. Me refiero a la gente a quienes la teniente coronel Schroeder, el capitán Gregory y el resto de su escuadrón han salvado en los dos años y medio que han transcurrido desde su acción en KS-31. No tengo más preguntas para usted, señor.

A pesar de la tensión que su lenguaje corporal no podía evitar revelar, el capitán Bel'aan no había perdido en ningún momento el control de su voz mientras contestaba al almirante Darfen. Esto le ganó el respeto de Llamarada tanto como su compromiso con su misión como defensor.

Pero estaban perdiendo.

Incluso sin el testimonio de los dos ingenieros y de la doctora Gomar, el discurso probablemente ensayado del almirante Darfen había tenido el mismo efecto sobre sus probabilidades de salir indemnes de ésta que un misil de impacto al alcanzar una nave sin escudos. Llamarada hizo una mueca al darse cuenta de lo desafortunada que resultaba esa comparación, pero no por eso era menos cierta. No tenía más que mirar la expresión de la consejera Organa.

Mientras el cabo alguacil escoltaba al almirante Darfen hasta el exterior de la sala, Leia reflexionaba acerca de lo que acababa de oírse allí. Descartada como parecía la posibilidad de un fallo técnico que exonerara al capitán Gregory, y por extensión a la teniente coronel Schroeder, el tribunal debía decidir entre las dos posiciones enfrentadas que el almirante Darfen y el capitán Bel'aan acababan de expresar de forma tan vehemente. No había punto intermedio. Técnicamente, no tenía más remedio que mostrarse de acuerdo con el almirante Darfen, pero el capitán Bel'aan tenía también su parte de razón. ¿Merecían los dos pilotos que se les mostrara clemencia en pago por todo lo que habían hecho hasta la fecha por la Alianza y por la Nueva República? Leia se inclinaba a pensar que sí, pero, ¿sería eso justo? ¿Cuál sería el mensaje para otros miembros de las Fuerzas Armadas, pilotos o no, que pudieran llegar a encontrarse en una situación similar a la que Gregory y Schroeder tuvieron enfrente? ¿Algo así como «al infierno con tus órdenes si crees que tienes razón»? Eso sería catastrófico. En el mismo instante en que un soldado o peor aún un oficial comienza a cuestionar sistemáticamente las órdenes de un superior cada vez que no está de acuerdo con ellas, deja de ser digno de confianza y pasa a convertirse en un peligro. Era bueno y digno de ser alabado el que cualquier militar fuera capaz de pensar por sí mismo, pero había un límite incluso para eso. Gregory y Schroeder estaban al tanto del porqué de las órdenes que habían recibido. Sabían que naves transportando refugiados abandonaban Seibergia a diario, pero a pesar de eso Gregory disparó y Schroeder no se lo impidió. Sí, de acuerdo, las circunstancias invitaban a pensar que aquel carguero constituía una amenaza que había que eliminar,

pero ésa era precisamente la clase de situación en la que sus órdenes cobraban todo su sentido: no supongan nada, usen sus sensores. A cada momento que pasaba, y no sin un cierto grado de sorpresa por su parte, Leia descubría que ya sabía cuál debía ser su voto. Había venido hasta aquí cuestionando el criterio de Mon Mothma en este caso, pero el almirante Darfen le había abierto los ojos. Había estado cometiendo el mismo error que perdió a los dos oficiales: creer que sabía más que su superior. Ésa era una dura lección para que la aprendiera alguien que había sido nombrada senadora al cumplir los dieciocho, pero Leia creía que al fin lo había visto claro.

Las puertas se cerraron tras el almirante mon calamari. Leia volvió su mirada hacia el fiscal.

—¿Quiere llamar usted a otro testigo, capitán Drinin?

—No, consejera. el almirante Darfen era el último en mi lista.

—Muy bien. Declaro esta primera sesión concluida —dijo Leia solemnemente—. La segunda dará comienzo mañana a la misma hora. Los miembros de este tribunal nos retiraremos ahora a deliberar sobre el caso y los testimonios que hemos escuchado hoy. Si la acusación y la defensa no presentan nuevos testigos ni tampoco pruebas adicionales, mañana mismo leeremos nuestro veredicto.



Capítulo XXII

Alce y Llamarada habían sido alojados en el cuartel general del Cuerpo de Cazas Estelares en Ciudad Coral, a cinco minutos escasos del lugar en el que se estaba celebrando el consejo de guerra. Cuatro infantes de marina mon calamari los escoltaron hasta sus respectivas habitaciones, situadas en diferentes plantas del edificio. Cuando Alce estaba a punto de entrar en la suya, la teniente que ostentaba el mando de la escolta le cogió por el brazo haciéndole detenerse.

—Espere un momento, señor.

—¿Sí, teniente? —La voz de Alce estaba tan desprovista de emoción como la expresión de su rostro. La oficial le observó atentamente con sus enormes ojos durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Me han dicho que ustedes dos volaban con uno de los escuadrones de caza que defendieron Mon Calamari hace un año, ¿es eso verdad?

Alce asintió.

—Las cenizas de la segunda Estrella de la Muerte ardían aún sobre Endor.

La teniente inspiró profundamente.

—Les debemos mucho entonces. Es una pena que tengan ustedes que pasar por esto, precisamente en este planeta.

—Caprichos de la Fuerza —La respuesta de Alce fue mucho más amable esta vez. *Al fin hay alguien que nos muestra algo de simpatía.*

—Puede. Estaré de guardia toda la noche, señor. Si hay algo que pueda hacer para aliviar su situación, aparte de dejarles que se escapen, me sentiría muy honrada si me lo pidiera.

—Muchas gracias, teniente —Alce se quedó mirándola un momento, y entonces se le ocurrió algo—. Bueno, puede que haya algo. No sé si usted…

—Si está en mis manos cuente con ello, señor, sea lo que sea.

—Me preguntaba si podría ir a la habitación de mi compañera, y quizá pasar allí la noche. Resulta que es algo más que mi jefa, ¿sabe usted?

La mon calamari sonrió abiertamente enseñando los dientes.

—Tener una sola puerta que vigilar hará nuestro trabajo mucho más sencillo, señor.

Síganos.

Un minuto más tarde, Llamarada levantó la mirada, perpleja, al escuchar abrirse la puerta y encontrarse con Alce allí, de pie ante ella. Aún se sorprendió más al ver que la puerta se cerraba, Alce se quedaba dentro y los infantes de marina permanecían fuera.

—¿Cómo te las has apañado?

—Tenemos más amigos en este planeta de lo que sospechábamos —explicó con una sonrisa, la primera que aparecía por primera vez en su rostro desde hacía días—, y uno de ellos es la teniente que nos ha escoltado hasta aquí.

Llamarada le devolvió la sonrisa, sorprendida tanto por la circunstancia en sí como por lo que parecía un cambio de humor en Alce, un cambio al que ella daba su más sincera bienvenida.

—No sabes cuánto me alegro de oírte decir eso. Ven y siéntate aquí conmigo. Esta cama la diseñaron para acomodar a un mon calamari muy grandote.

—El suelo sería lo suficientemente cómodo, si se trata de estar contigo.

Llamarada arqueó una ceja divertida.

—Vaya, eso sí que ha sonado como el viejo Alce que yo conocía, antes de que todo se fuera a la porra. Casi no te reconozco.

Alce se encogió de hombros.

—Tienes razón. He estado actuando como un zombi desde que nos fuimos de Campo Uno, pero la inesperada atención que ha tenido con nosotros esa teniente ha conseguido animarme. Me ha demostrado que no estamos solos, al menos no aquí. Quién sabe, puede que Mon Calamari resulte ser un buen lugar en el que quedarse, si es que no nos quieren en ninguna otra parte —Al decir eso, su mirada se posó sobre el gran ventanal que llenaba casi por completo una de las paredes de la habitación.

Una luna comenzaba a alzarse sobre el horizonte, prácticamente en el centro mismo de la ventana. Probablemente habían construido el edificio con esa orientación a propósito, y Alce no podía por menos que alabar la intención y el buen gusto de los arquitectos. La luz reflejada por esa luna competía con la de las estrellas, arrancando un millón de destellos de la cresta de las olas, acompañándolas en su sereno avance hacia la costa. Alce se sintió inmediatamente relajado. Al parecer aquella vista tan espléndida resultaba ser un antidepresivo natural tremendamente efectivo.

—Hey, ¿te has fijado en esa ventana?

—Sí. No se puede abrir, y el cristal está hecho de un transpariacero de gran calidad, apto para ser utilizado en naves espaciales. En el improbable caso de que pudiéramos forzar la ventana y salir por ahí, hay una caída de unos doscientos metros hasta la superficie del agua. Aunque la base no se ve desde aquí, apuesto a que es puro arrecife.

—Espera un momento, no pretendía sugerir que…

—Yo tampoco, tonto —Llamarada soltó una carcajada—. Sí, he mirado a través de la ventana. La vista nocturna de este lugar es preciosa. Mucho más de mi gusto que la que teníamos en Seibergia, cuando la nieve y la niebla dejaban ver algo, quiero decir.

—Parece que tú también has recobrado el buen humor.

—Nunca lo he perdido del todo. Además, tenerte conmigo, cuando ya me había resignado a pasar la noche sola, me permite olvidarme de por qué estamos aquí.

Alce asintió.

—Podría haber sido peor.

—¿Tú crees? En la vida me he sentido tan indefensa como delante de ese tribunal. Y odio sentirme así.

—¿No te sentiste más indefensa aquella vez en la que te capturaron los imperiales?

—No. Incluso con dos soldados de asalto sujetándome los brazos desde atrás, todavía pude morder a su capitán. Eso me hizo sentir mucho mejor, aunque me llevó tiempo y muchos lavados de dientes quitarme el mal sabor de boca.

Alce soltó una risotada.

—Me alegro de que no se te ocurriera morder también al fiscal. No creo que nos hubiese granjeado sus simpatías.

—Al infierno con sus simpatías. Lo que pasa es que no me gusta el pescado crudo.

—Vigila tu boca, cariño. Hasta el último habitante de este planeta podría sentirse ofendido si te hubieran escuchado decir algo así.

—Si tuvieran que pasarse un día entero escuchando al capitán Drinin hablar sobre ellos y retorciendo cada una de las cosas buenas que hubieran hecho en su vida, estoy completamente segura de que se mostrarían comprensivos conmigo.

—Debo admitir que ahí te has anotado un tanto. Ahora en serio, sé a lo que te refieres cuando hablas de sentirte indefensa. Por nuestra profesión estamos más que acostumbrados a que nos disparen, pero también a devolver el fuego —Alce arrugó el gesto cuando su propia frase le recordó algo que el almirante Darfen había dicho. Aquel transporte no estaba devolviendo el fuego.

—Exacto —contestó Llamarada, a quien el comentario de Alce no le había traído segundos pensamientos—. Esas cinco personas van a decidir nuestro futuro y no hay nada que podamos hacer. ¿Qué vamos a hacer pasado mañana? ¿Y si somos incapaces de encontrar un trabajo decente como civiles? Llevo dándole vueltas a lo mismo durante una semana por lo menos.

No puedo dejar de pensar en qué pasaría si terminamos convirtiéndonos en contrabandistas, en piratas o en cualquier otra cosa por el estilo.

—Me quedo con lo de contrabandista. He oído decir que la consejera Solo siente debilidad por ellos. Eso podría ayudarnos.

Llamarada se rió.

—Sí, la verdad es que no me cuesta mucho verte como contrabandista. ¿Y tú? ¿Me ves como princesa?

—Por supuesto que sí.

—Vaya, definitivamente nos estamos poniendo románticos esta noche, ¿eh?

—¿Y por qué no?

Sí, ¿por qué no? pensó Llamarada. *Mañana volveremos a la realidad, pero en este instante todo es perfecto. Estamos solos, sin nadie alrededor, y aquí no es probable que suenen alarmas. Y si lo hicieran, serían otros quienes tendrían que hacerse cargo*.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hace décadas, o al menos eso me parece —Al pensar en ello, Alce reparó en el hecho de que había sido justo la noche anterior al incidente. La expresión de Llamarada,

repentinamente seria, le hizo ver que también ella acababa de darse cuenta del detalle. Alce sonrió, aunque en el gesto había un punto de tristeza—. Es hora de que empecemos a ser nosotros mismos otra vez, ¿no te parece?

Llamarada asintió lentamente, la sonrisa de Alce reflejada en la suya.

—Sí. Que sea lo que tenga que ser. No pueden quitárnoslo todo. No lo que verdaderamente importa.

—Para mí lo único que de verdad importa eres tú. Perdóname por no demostrártelo hace tanto tiempo.

Conmovida y aliviada, la sonrisa de Llamarada fue cambiando hasta hacerse evocativa y sensual.

—Te perdonaré si me lo demuestras esta noche.

Alce pensó que jamás una sonrisa le había resultado tan erótica. En el exterior comenzaron a aparecer nubes que, empujadas por la brisa marina, ocultaban poco a poco la magnífica vista de la que habían disfrutado un instante antes. Ninguno de los dos se dio cuenta.

Ibero entró en el *Refugio Antibombas* con expresión sombría. Víbora se había puesto en contacto con él para contarle que la primera sesión del consejo de guerra había acabado ya, y que las cosas no pintaban nada bien para Llamarada y para Alce. Poco después de eso le informaron de que Rúster y Mar Hanniuska venían de camino al *Guarida del Lobo* y acudió al hangar a recibirlas. Las dos mujeres confirmaron y ampliaron la impresión de Víbora.

Rúster parecía especialmente deprimida. La lumi se retiró a su camarote de inmediato. En cambio, y para sorpresa de Ibero, Mar Hanniuska decidió cambiarse de ropa y ponerse a trabajar. Sólo durante un par de horas, dijo, aunque que él supiera aún seguía allí. Por la furia con la que se entregó a la tarea de descargar golpes contra el blindaje de un ala-B, supuestamente para enderezar una abolladura, estaba claro que la mecánico jefe estaba verdaderamente furiosa tras su intervención como testigo en el consejo de guerra. Para completar la que estaba resultando ser una jornada de lo más irritante, todos sus intentos de enviar un mensaje a Iberya fueron infructuosos.

Las comunicaciones entre el Borde Exterior y los sectores del Anillo Medio no estaban pasando esos días por su mejor momento. La ofensiva imperial en Pyria seguramente tenía algo que ver con las tremendas dificultades a las que uno se enfrentaba para conseguir una conexión decente, incluso si no se pretendía que fuera en tiempo real. La imposibilidad de hablar con su esposa o ver a su hija, añadida a todo lo demás, le hacían sentirse muy frustrado y de bastante mal humor. Incapaz de seguir concentrándose en tareas administrativas tales como la planificación de patrullas para los próximos días, la distribución equitativa de permisos en la superficie entre los miembros del escuadrón, o la formulación de solicitudes de todo tipo para que les enviaran los equipos y repuestos

que pedían los mecánicos, Ibero había decidido pasar un rato en el bar del escuadrón. Quizá una cerveza —aunque fuera una sintetizada— y un rato de charla con algunos de los compañeros fuera de servicio contribuirían a calmarle un poco.

Lo primero que le llamó la atención fue que el *Refugio Antibombas* no estaba tan oscuro como era habitual. Al mirar, descubrió que la fuente de la iluminación extra era el holoreceptor instalado en un rincón, segunda circunstancia extraña en la que reparó. Ese holoreceptor no se encendía demasiado a menudo, casi nunca en realidad. Los pilotos acostumbraban a ir al *Refugio Antibombas* a tomar algo, a charlar y a echar una partida a algún juego, normalmente sabacc. En la nave había otros lugares en los que ver una película o ver las noticias que, salvo que se encontraran como ahora cerca de una base importante o de un mundo de la Nueva República como ahora, eran ya antiguas cuando las recibían. Además, el ambiente del pequeño bar solía ser demasiado ruidoso como para oír nada, y ésa fue la tercera cosa que le sorprendió. Solo, Raiven, Parody y Granito, los cuatro pilotos que en ese momento se hallaban allí, estaban inusualmente callados, con la mirada fija sobre el cubo visor. Ibero se acercó para comprobar qué podía ser aquello tan interesante. Cuando lo vio la boca se le abrió de par en par.

Un AT-AT disparaba contra las casas de una pequeña aldea. La mayoría ardían ya por los cuatro costados. A su alrededor se veían varios cadáveres.

Ibero no tuvo ningún problema para identificar la orografía de las montañas que rodeaban aquel lugar. Esas imágenes correspondían a la Región Balania.

—Bendita Fuerza —exclamó Ibero—. ¿Cuándo ha sido esto? ¿Han roto los seibergios el alto el fuego?

—No —respondió Solo con calma—. Esto lo grabaron unos reporteros de guerra hace tres o cuatro semanas.

—Cuatro —confirmó Raiven.

—Maldita sea —Ibero se sentó al lado de Parody—. Hace cuatro semanas todavía estábamos intentando saber a ciencia cierta qué estaba pasando en la Región Balania. Imagino que no les sería fácil a esos reporteros sacar este material de Seibergia.

Solo y Raiven intercambiaron una mirada.

—No, no les fue fácil en absoluto —dijo Solo.

Ibero los miró con suspicacia.

—Qué pasa, ¿sabíais algo de esto?

Solo asintió.

—Afirmativo. El comandante de la guerrilla que nos ayudó a llegar a Campo Dos, un tal Ciric Baranka, nos dio unos cuantos discos de datos. Nos dijo que contenían el trabajo de tres reporteros que habían acompañado a su grupo durante varios días. Murieron todos mientras intentaban escapar del avance de los seibergios.

—Mira —interrumpió Raiven señalando hacia el cubo visor. Un hombre con barba que vestía un uniforme de camuflaje sin marcas hablaba mirando directamente hacia ellos—. Ése es Ciric Baranka.

—… ahora lo habéis visto con vuestros propios ojos. Esto es lo que le están haciendo los seibergios a nuestro pueblo. Por esto se nos ocurrió la idea de pedir que nos dejaran unirnos a la Nueva República, para que nos protegieran de ese lunático de Somolovich y su ejército de asesinos y violadores.

—¿No cree usted que fue precisamente esa petición lo que provocó la escalada de violencia que condujo a la actual situación? —preguntó el devaroniano que estaba entrevistando a Baranka, su rostro afilado apareciendo brevemente por uno de los laterales de la imagen.

—Sólo desde un punto de vista muy limitado, por no decir miope. No era más que una cuestión de tiempo el que los seibergios intentaran eliminarnos. El descontento a causa de su política xenófoba se estaba haciendo más y más grande entre nuestra gente. Nos estaban matando lentamente, estrangulando nuestras pocas posibilidades de tener una economía propia. Desde que el Imperio abandonó este sector los seibergios han estado impidiendo sistemáticamente que podamos seguir comerciando con el exterior. Nos obligaban a venderles a ellos nuestras cosechas y nuestros productos de artesanía, a unos precios tan ridículos que ni siquiera bastaban para cubrir nuestros gastos, y mucho menos para asegurar nuestra subsistencia. Tienen ustedes que entender que muchos de mis compatriotas estaban empezando a pasar hambre, y la peor parte, como es lógico, se la estaban llevando los niños.

La mortalidad infantil, ya alta de por sí en una región en la que los hospitales brillan por su ausencia, se había multiplicado por dos. No nos quedaba otra opción que no fuera la de rebelarnos contra la situación, pero Somolovich nos hubiera aplastado con la misma violencia salvaje que acaban ustedes de presenciar. Antes de encontrarnos en un punto sin retorno decidimos buscar otra salida. Creímos que la Nueva República podría ofrecernos una, pero nos equivocamos. Ojalá hubieran podido hacer algo más que someter el planeta a bloqueo…

—Este tío sabe hablar —comentó Granito—. Aquí escuchándole, empiezo a lamentar no haber machacado algunas cabezas más de seibergios cuando tuvimos la ocasión.

—Ayer —continuó Solo con su explicación—, cuando Raiven y yo bajamos a Mon Calamari, le dimos todos los discos a los periodistas locales. Como ves se han dado prisa con ello.

—Los mon calamari están enviando copias de todo el material a todos y cada uno de los servicios de noticias disponibles en esta mitad de la galaxia —añadió Raiven.

—Van a tener problemas para alcanzar muchos sistemas desde aquí —intervino Parody—. Las comunicaciones están hechas un desastre.

—Lo sé —respondió Ibero—. Llevo todo el día intentando enviar un mensaje a casa, pero no hay manera de establecer conexión con Iberya.

—Les basta con poder contactar con una sola agencia de noticias —opinó Solo—. A partir de ahí se seguirá extendiendo. Mañana o pasado mañana, la gente estará viendo esto en todos los mundos libres.

Parody asintió.

—Es verdad, tienes razón.

—Esto va a afectar las negociaciones en Seibergia —dijo Ibero—. No me extrañaría que la Nueva República empezara a exigir la dimisión de Somolovich y de su gabinete antes de seguir hablando, e incluso que Corellia se sumara a la demanda.

—Uno de los reporteros muertos era de Chandrila —dijo Solo—. Apuesto a que Mon Mothma va a encontrarse con un montón de presión interna para que se involucre personalmente en esto.

Ibero consideró aquello.

—Puede ser. De todas formas, lo que he oído es que la voz de la Nueva República en la zona va a seguir siendo la de la consejera Organa. Viajará de vuelta a Seibergia tan pronto como termine aquí.

Parody volvió la cabeza para mirar directamente a Ibero.

—¿Tienes noticias del consejo de guerra?

—Víbora llamó hace un rato. Dice que después de lo que ha visto hoy no es demasiado optimista. Hanniuska y Rúster acaban de regresar. Rúster venía tan mal que se fue directamente a su camarote, y Hanniuska se quedó en el hangar buscando cosas que romper para desahogarse. Me ha dicho que el fiscal se las comió vivas a las dos.

—Si me llamaran a mí a declarar… —empezó a decir Granito.

—… Llamarada y Alce estarían definitivamente condenados —le cortó Raiven acabando la frase por él, al tiempo que mostraba una sonrisa torcida e irónica—. Ya les va lo bastante mal sin necesidad de que tú les ayudes.

Granito cogió un puñado de los frutos secos que estaban tomando de aperitivo y se los lanzó a Raiven.

Solo movió la cabeza de un lado a otro.

—No sabes lo que acabas de empezar, compañero —dijo mirando a Raiven.

—Por cierto, ¿le has dicho a Rúster lo del doctor? —preguntó Parody ignorando el lanzamiento de proyectiles salados entre Granito y Raiven.

Ibero hizo un gesto de perplejidad.

—¿Qué pasa con el doctor?

—Anda, creí que lo sabías. Ben Al Saruff ha vuelto esta mañana.

—¡Nadie me lo ha dicho! Ha tenido que ser mientras estaba fuera, pasándole un test de vuelo a mi ala-X. ¿Qué tal aspecto tenía?

—Yo no lo he visto, ha sido Groznik quien me lo ha contado. Dice que el doctor aún está convaleciente, que habla con cierta dificultad y que se apoya en una muleta para caminar, pero que aparte de eso no se le veía mal.

—No, muy mal no tiene que estar —dijo Granito a la vez que metía las dos manos en el bol de los frutos secos—, porque ha vuelto al trabajo. He recibido una citación suya para hacerme el reconocimiento periódico, que por lo visto me tocaba hace dos semanas.

—Hey, alguien debería decírselo a Rúster —propuso Raiven mientras hacía todo lo que podía por esquivar los misiles de Granito y montar un contraataque con los que estaba recogiendo del suelo.

—Tengo una idea —dijo Ibero enseñando los dientes en una sonrisa, sus preocupaciones personales olvidadas temporalmente—. Solo, por favor, quita el volumen un momento. ¡Granito, Raiven, vale ya, por favor! He dicho por-favor…

Una vez que se hizo el silencio, Ibero activó su comunicador, tecleó un código y esperó.

—¿Rúster? Soy Ibero. Hasta hoy no habías bajado nunca a Mon Calamari, ¿verdad? Perdóname por haberme olvidado. Antes de bajar tenías que haberte vacunado contra unos cuantos virus locales, inofensivos para los mon calamari y los quarren, pero bastante molestos para los humanoides. Sí, el Tijeras te está esperando.

Rúster se encaminó hacia el área médica sin poder quitarse el juicio de la cabeza. Quizá tendría que haber dicho que no desde el primer momento, cuando Bel'aan le propuso presentarse como testigo. Ella le avisó, pero el abogado opinaba que su genéticamente probada sinceridad sería una ventaja, ya que los miembros del tribunal no dudarían ni por un instante de su testimonio.

—¿Pero qué pasará si el fiscal me pregunta algo que hubiera sido mejor que callara? —le había preguntado—. Lo que creo, no lo que siento —En esos momentos pensaba en la ya famosa reunión, y en las cosas que les había dicho a Alce y a Llamarada. Se lo contó todo a Bel'aan, pero el bothan había insistido. Dijo que ella era la mejor oportunidad que tenía para conseguir que no condenaran a sus amigos. *Si yo era su mejor oportunidad,* reflexionó Rúster con amargura, *podrían haberse ahorrado el consejo de guerra y declararles culpables directamente*. No podía evitar pensar como lo hacía, pero odiaba con toda su alma que algo que ella había dicho se usara contra sus amigos. Lo último que había querido cuando entró en la sala de reuniones aquel día era buscarles problemas con la justicia militar, y eso que por aquel entonces aún no había visto con sus propios ojos de qué material estaban hechos Llamarada y Alce. Maldita sea, estaba orgullosa de ellos y de poder considerarse amiga suya. Ojalá pudiera volver atrás al día del incidente. Si no podía evitar el incidente mismo, al menos evitaría empeorar las cosas como lo hizo. Por muy furiosa que se sintiera en aquel momento, más le hubiera valido llenarse la boca de lubricante de motor antes que abrirla para decir todo lo que dijo y en presencia de tantos testigos. Rúster no podía evitar preguntarse por quién se habría enterado el fiscal de lo de aquella reunión. Estaba segura de que ninguno de sus compañeros le había contado nada al comité de investigación, pero los pilotos acostumbraban a hablar con sus mecánicos, éstos con otros miembros de la tripulación, y así sucesivamente. Rúster llegó a la conclusión de que cualquiera podría haberlo hecho, aunque no dejaba de sorprenderle la exactitud con la que sus palabras le habían llegado al fiscal. Quizá había consultado varias fuentes hasta eliminar posibles contradicciones. Quizá había alguien fuera de la sala escuchándolo todo, o incluso grabándolo. Qué más daba. Daba igual quién y cómo.

Rúster entró en la sección médica buscando al androide con la mirada.

Bastante mal recuerdo tenía de su primera visita a Mon Calamari como para hacerla aún peor contrayendo un virus. Molesto, había dicho Ibero. *Puede que se me llenara la lengua de ampollas y de llagas. Me lo tendría merecido.*

—¿Busca usted a alguien, capitán?

—¡Doctor Al Saruff! —Rúster casi se desmayó allí mismo por la impresión que le causó ver al ithoriano—. ¿Desde c-cuándo…?

—Desde esta mañana, según el horario de la nave —explicó Ben Al Saruff. Su voz sonaba más rasposa de lo normal, pero indudablemente mucho mejor que la última vez que Rúster la había escuchado, mientras le operaba en vivo dentro de una tienda de campaña—. Para mí era todavía la noche, pero me he echado una pequeña siesta para compensar la diferencia.

—Pero, ¿cómo está?

—Bastante bien gracias a usted, capitán. El bacta de los corelianos y los cuidados del equipo médico de la *Redención* me han puesto de nuevo en condiciones de trabajar, pero fue usted quien me salvó la vida. Siempre estaré en deuda con usted.

Rúster notó como sus labios se curvaban hasta formar una gran sonrisa, y no le hacía falta un espejo para saber que sus extensiones neurales se habían puesto de un rojo brillante. De repente se sentía feliz, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. No por el gran elogio que acababa de hacerle el doctor, sino por verlo vivo después de tantos días preguntándose por él.

Bueno, quizá el hecho de que ella realmente había tenido algo que ver con su recuperación influía en su alegría. Y si era sincera consigo misma —cómo no serlo—, también le había hecho efecto el halago. Un poco.

—Hice lo que pude, y también el sargento Daboro de los comando Lince, que me ayudó muchísimo. Pero lo cierto es que fue usted quien se salvó a sí mismo.

Al Saruff negó lentamente con su masiva cabeza.

—No sea usted tan modesta, capitán. Tiene usted las manos de un cirujano y el valor de un piloto de caza. Si alguna vez se plantea lo de convertirse en médico a tiempo completo, venga a hablar conmigo, por favor.

—Muchísimas gracias, doctor. Yo… Éste ha sido un día muy, muy duro, pero encontrarle a usted aquí lo ha cambiado todo. Estaba tan preocupada…

—Lo sé. Me han dicho que ha preguntado por mí a diario. Quería haberla llamado desde la *Redención*, pero el *Guarida del Lobo* estaba fuera de alcance la mayor parte del tiempo, viajando a través del hiperespacio. Cuando me enteré de que estaban estacionados en Mon Calamari pedí que me trajeran de vuelta. Con la excepción de mi planeta natal, no conozco ningún lugar mejor para terminar de recuperarme. Después de todo, aquí estaba mi médico personal.

El ithoriano guiñó uno de sus ojos a Rúster en un modo que ella encontró sorprendentemente humanoide. La sonrisa de la lumi se hizo más amplia aún.

—¿Le importa si le doy un abrazo? Ya sabe, es una costumbre humanoide.

—La cual encuentro muy interesante, e incluso estimulante —respondió Al Saruff a la vez que asentía pesadamente con su enorme cabeza—. Casi me atrevería a afirmar que tiene efectos beneficiosos para la salud, aunque la medición empírica de éstos resulta un tanto problemática… —Al Saruff se detuvo en mitad de la explicación cuando la lumi se arrojó contra su pecho. Las costillas que ella misma había colocado en su sitio se quejaron levemente por el abuso, pero él no dijo nada. En cambio trató de devolver el abrazo lo mejor que pudo—. Sí, le sienta a uno bien el volver a casa.

Rúster estuvo a punto de preguntar por las vacunas por las que había venido, pero entonces cayó en la cuenta. El *Guarida del Lobo* era una nave mon calamari, como también lo fue el *Libertad*. Había numerosos mon calamari y quarren entre la tripulación. Si realmente existía algún virus nativo de Mon Calamari que pudiera ser potencialmente peligroso para los humanoides, no cabía duda de que le habrían vacunado hacía ya mucho tiempo. Rúster sonrió.

El doctor Al Saruff estaba en lo cierto. Para él como para ella, y también para muchos otros, esa nave era el único hogar posible. Al Saruff no podía regresar a Ithor después de haber prestado sus servicios a la Nueva República, uno de los bandos en una guerra en la que se estaban empleando armas. Eso hacía de él un exiliado. El precio que el bondadoso doctor tendría que pagar por ser fiel a sus ideales era muy alto: jamás sería admitido de nuevo entre su pacífico pueblo, a pesar de que jamás le hubiera hecho daño a nadie, sino todo lo contrario. Ella no podía volver tampoco a Luna Lumi porque aún estaba ocupada por el Imperio. Rúster se dio cuenta de que no eran otra cosa que refugiados, y que el *Guarida del Lobo* era su campamento de acogida. Pero incluso un campo de refugiados puede llegar a ser tu hogar, te guste o no, cuando no tienes ningún otro sitio a donde ir y cuando amas a la gente con la que estás. Eso lo había aprendido muy bien en Campo Uno.

No había un solo día en el que no pensara en Sdermila, en Deveralia, y en el resto de amigos que habían dejado atrás. Ojalá todos ellos pudieran volver pronto a sus verdaderos hogares. Ojalá pudieran volver también Llamarada y Alce. Rúster se preocupaba por todos ellos, pero ahora, y solo por un instante, se olvidó de todo y de todos y se abandonó al bienestar que le causaba el estar allí con el doctor Al Saruff.

—Esto está yendo mucho más deprisa de lo que esperaba —le dijo Talina Gen'yaa a su congénere, el abogado Bel'aan. Ambos se encontraban de pie a unos cuantos pasos del resto de la gente que ocupaba sus asientos en la corte.

Invierno, la asistente de la consejera Organa, estaba ya allí, sentada en silencio junto al comandante Stauber, jefe en funciones del escuadrón Cabeza de Lobo.

Gen'yaa lo vio girarse para saludar con la mano a Gregory y a Schroeder, quienes entraban ahora en la sala escoltados por dos infantes de marina mon calamari. Schroeder vio el saludo de su compañero y le dirigió una amplia sonrisa. Gregory levantó un pulgar,

el mismo gesto que antes de despegar le solían hacer los pilotos a sus mecánicos para indicarles que todo iba bien. La bothan los observó con curiosidad mientras acababa de hacer su comentario.

—Pero usted no parece muy sorprendido.

—Es que no lo estoy —respondió Bel'aan, que también había visto entrar a los acusados—. Recuerdo haberle dicho que nuestras posibilidades eran más bien escasas, y recuerdo también que usted estaba de acuerdo conmigo.

—Un veredicto de culpabilidad serviría bien a los intereses de la Nueva República, eso es lo que dije. Pero creí que les llevaría algo más de tiempo llegar hasta ese punto —Gen'yaa desvió la vista de Gregory y Schroeder y volvió a fijarla en el otro bothan—. No se tome esto como una crítica a su trabajo. Creo que lo está haciendo muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Gracias. Confío en que se lo mencionará así al consejero Fey'lya.

—Lo haré en cuanto surja la ocasión. Soy consciente de que ha asumido usted un riesgo personal al aceptar este caso, y me aseguraré de que ese riesgo se transforme en una oportunidad. Como mínimo ha conseguido mantenerme fuera del proceso, y eso es algo que le debo. No he recibido citación de la acusación, así que parece que no tendré que testificar después de todo.

Bel'aan se encogió levemente de hombros.

—Drinin piensa que tiene ganado ya el juicio, y debo admitir que así es. El discurso del almirante Darfen fue definitivo. No creo que Drinin se moleste en llamar a nadie más hoy.

—¿Y usted? ¿Guarda algún otro testigo en la manga?

—Sólo uno que no pudo llegar a tiempo ayer. Dudo mucho que su testimonio cambie nada, pero ya que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí le llamaré a testificar.

—¿De quién se trata?

—Del capitán de navío Orris, su predecesor.

—Ah, Orris. Me han hablado mucho de él, pero no he tenido oportunidad de conocerlo en persona.

—¿En serio? Creí que se habrían visto ustedes para la transferencia de mando.

—No hubo tal transferencia. El escuadrón Blanco se disolvió cuando estaban aún a bordo de la *Joan d'Arc*. El escuadrón *Cabeza de Lobo* se constituyó oficialmente a la llegada del personal y de las naves al *Cueva del Lobo*, donde les esperaba yo. Orris partió de inmediato con la *Joan d'Arc* rumbo a Kothlis para que pusieran la fragata en dique seco y le hicieran una buena reparación, así que no llegamos a vernos, ni siquiera vía holograma.

—Entiendo —Gen'yaa arqueó una ceja. Bel'aan se dio cuenta de que no le estaba mirando a él y se volvió para echar un vistazo por encima del hombro.

Gregory y Schroeder se habían sentado ya, y charlaban en voz baja sin dejar de sonreírse el uno al otro.

—Uno pensaría que debería vérseles un poco más preocupados, ¿verdad? Después de todo hoy es el día en el que van a escuchar el veredicto de un consejo de guerra contra ellos.

—Los humanos son una fuente permanente de sorpresas para mí —respondió Gen'yaa—. Hace ya tiempo que he dejado de intentar comprenderles.

—¿Sí? Entonces yo no lo intentaré siquiera. Bueno, será mejor que vaya a darles algunas instrucciones, por si se da el improbable caso de que el fiscal o alguno de los miembros del tribunal quiera pedirles que declaren de nuevo.

Organa y los demás no tardarán en llegar.

—Haga lo que tenga que hacer, capitán —Gen'yaa caminó hasta su asiento sin dejar de observar discretamente a los dos pilotos con el rabillo del ojo. Gregory se levantó para dejar pasar a Bel'aan. Antes de que éste se sentara entre ellos, Gregory le lanzó una última mirada a su compañera y ella le respondió con una breve pero cálida sonrisa. *Así que se trata de eso*, pensó Gen'yaa. Sabía que había algún tipo de relación personal entre los dos, pero hasta ese momento nunca le había concedido un segundo pensamiento a ese hecho. Ahora se acababa de dar cuenta de que Gregory y Schroeder realmente se querían el uno al otro, y eso era lo que les permitía sonreír ante la adversidad cierta a la que se enfrentaban. El amor era importante para los humanos, eso lo sabía. Se preocupaban mucho más por los sentimientos que los bothan, que en general tendían a considerar el romanticismo como una debilidad carente de beneficio. Gen'yaa se preguntó por primera vez en su vida quienes eran más sabios, si los humanos o los bothan. Quizá fuera porque al contemplar a Gregory y a Schroeder había sentido un leve pinchazo de envidia, un deseo de que alguien a quien ella apreciara la mirase de esa misma forma… Gen'yaa suprimió de golpe esos pensamientos, repentinamente enfadada consigo misma por concebirlos siquiera . *Hay veces en las que simplemente no puedo aguantar mis genes humanos.*

La consejera Organa, el almirante Ackbar y los demás entraron y ocuparon sus lugares. Gen'yaa se fijó en cómo los dos pilotos se erguían mientras la preocupación volvía a sus expresiones faciales. La verdad era que tenían razones de sobra para preocuparse.

Todo apuntaba a que el consejo de guerra habría concluido en menos de una hora.

La zona de estacionamiento de cazas del *Guarida del Lobo* se encontraba inusualmente silenciosa ese día. El único sonido que llegaba hasta los oídos de Mar Hanniuska procedía de la unidad de soldadura que estaba manejando Phasx. El verpine trabajaba solo, fijando el estabilizador ventral de un ala-B medio desmantelado. La mayor parte del equipo de mecánicos y técnicos iba a disfrutar de un más que merecido permiso de tres días en Mon Calamari, donde la teniente Boradelis les esperaba para convertirse en su guía nativa. Hanniuska le echó una mirada a su cronómetro. Los demás tenían que estar

ya ahí abajo, en la cubierta de vuelo, a punto de subir a la lanzadera que les llevaría a la superficie del planeta. Al levantar la mirada volvió a contemplar el maltrecho cazabombardero en el que estaba trabajando Phasx. Era el que acostumbraba a pilotar Torpedo, antes de su última salida. Phasx y ella habían desmontado ya todo lo que quedaba del equipo extra de sensores y comunicaciones que le habían permitido operar como centro táctico, así como los bancos de memoria del ordenador de vuelo. Mar se había propuesto reequiparlo hoy con componentes estándar, una vez que Phasx acabara de reparar los daños estructurales. Habían dejado esta nave para el final porque no había nadie que la estuviese esperando. Después de todo, había otros cuatro ala-B disponibles y sólo tres pilotos, Groznik, Parody y Granito, para volar en ellos. No había por tanto prisa alguna por terminar este trabajo, y de hecho tanto a Hanniuska como a Phasx les habían concedido el mismo permiso que al resto de mecánicos, pero ella no estaba de humor para vacaciones y Phasx no iría a ninguna parte si ella y Meggo no le acompañaban.

Meggo. El tozudo verpine había abandonado la unidad médica hacía cuatro días por su propia decisión, y en contra del consejo del androide médico que le atendía. El Tijeras quería que Meggo permaneciese ingresado hasta que el par de piernas biónicas que había pedido para él llegaran desde Korpil. Tan pronto como las prótesis estuvieran en el *Guarida del Lobo* el androide operaría a Meggo para hacer los implantes, pero el verpine se había negado a permanecer en cama ni un solo día más. Solicitó un alta médica temporal bajo su responsabilidad, no dejando al Tijeras otro remedio que firmarla. Phasx le había construido una silla repulsora a su amigo utilizando componentes de ala-B descartados, con el fin de que pudiera ir de un lado a otro sin ayuda. En cuanto empezó a apañárselas con el improvisado aparato, Meggo le insistió a Mar para que le permitiera volver al trabajo. Ella le prohibió que intentara siquiera subirse a lo alto de un caza, pero cuando él le propuso dedicarse a analizar los componentes que habían retirado del ala-B de Torpedo, a ver si podía recuperar alguna pieza útil, ella cedió y le dio su permiso a regañadientes. Mar se preguntaba cómo podía Meggo aguantar el dolor. El Tijeras le había colocado unas protecciones sobre cada muñón, especialmente diseñadas para mantener vivos los terminales de su sistema nervioso —un requisito vital para que el implante de las prótesis biónicas fuera un éxito—. Lo malo era que dolían. Mientras aún se encontraba en la unidad médica, el androide médico podía evitarle la mayor parte del dolor, pero Meggo decía que no se había levantado de la cama para continuar sedado e incapaz de hacer nada provechoso, así que estaba aguantando como podía con meros analgésicos.

Mar resopló. En el fondo entendía perfectamente el que Meggo tuviera tantas ganas de volver a trabajar. Al menos así estaría entretenido, y se le haría más corta la espera hasta que llegaran sus nuevas piernas y finalizara por tanto su suplicio físico. Ella misma había estado haciendo todo lo posible por mantenerse tan ocupada que no le quedara tiempo de pensar prácticamente en nada que no fuera en la labor que tenía delante. Echaba mucho de menos a Detrs, a Kllips y a los demás miembros de su equipo que ya no estaban, y también a los cuatro pilotos que ya no volverían nunca a quejarse de que les

había dejado el asiento manchado de grasa, siempre de broma. El sentimiento de pérdida estaba fresco aún, y cada vez que su mirada se posaba sobre el mutilado Meggo, por ejemplo, todo se le venía otra vez a la cabeza.

Por si eso no fuera bastante, estaba también lo del juicio contra Alce y Llamarada. Ayer se había sentido frustrada y airada, pero lo peor de todo había sido tener que admitir que ese fiscal quarren tenía razón. A pesar de la infinidad de horas que había dedicado a la tarea, no había encontrado absolutamente nada que pudiera servirles de ayuda a sus amigos. Sin pruebas que apoyaran su teoría, lo más sencillo era pensar que Alce se limitaba a mentir para salvar el cuello. Ella no creía eso ni por un segundo, pero lo que ella creyera o dejara de creer no cambiaba la realidad de las cosas.

La voz de Meggo a su espalda la sobresaltó. El repulsor gravitatorio que sostenía su silla en el aire apenas hacía ruido, así que no le había oído acercarse. Se volvió para mirarlo de frente, esforzándose para no arrugar el gesto por la consternación. Aunque el bacta había curado sus heridas, pasaría tiempo aún antes de que los injertos de piel que le habían hecho cubrieran del todo las cicatrices y se igualaran en tonalidad con el resto de su epidermis. El color suavemente rosado de los músculos y tejidos de Meggo contrastaba con el verde oscuro de su piel original en amplias zonas de su torturado cuerpo.

—¿Qué pasa, Meggo? —preguntó tan casualmente como pudo, rogando como siempre para que su camarada y amigo no se diera cuenta del efecto que aún le causaba su aspecto. Para su sorpresa, el verpine comenzó a hablar inusualmente aprisa en su lengua nativa, tanto que tuvo que esforzarse para entenderle a pesar de que hacía años que comprendía perfectamente su idioma. Phasx apagó su unidad de soldadura y se acercó para escuchar la excitada explicación de su congénere. Cuando terminó, Mar miró a Meggo con incredulidad.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Pero por supuesto que Meggo estaba seguro. Los verpines nunca hablaban por el simple gusto de hacerlo, como les pasaba a muchos humanos. Aquello lo tenía que ver Mar con sus propios ojos.

—Phasx, baja corriendo a la cubierta de vuelo y dile al piloto de la lanzadera que no despegue todavía —Mientras Phasx obedecía su orden al pie de la letra y salía disparado hacia el turboascensor que le conduciría al hangar principal, la propia mar tuvo que correr también para mantenerse a la altura de la silla repulsora de Meggo. Lo siguió casi sin resuello hasta el almacén en el que había estado trabajando desde que obtuvo el alta, abarrotado de componentes descartados, herramientas e instrumentos de todo tipo, y un terminal de ordenador al que le había quitado la cubierta, dejando expuesto su interior. Meggo le dio una instrucción al ordenador y un holograma cobró vida sobre el cono de proyección. El área de visualización aparecía dividida en varias secciones, mostrando series de coordenadas, escalas de tiempo, flujos de datos— aceleraciones, velocidades instantánea, rumbos absolutos y relativos y lecturas de sensores y de escudos entre otros factores —pintados en vivos colores, todo ello rodeando a la imagen de dos naves a las que Mar reconoció de inmediato, vistas desde dos ángulos diferentes. La mecánico jefe

tardó varios segundos en empezar a entender lo que estaba viendo, pero cuando lo hizo comprendió y compartió de inmediato la excitación de Meggo.

—¿Tienes…? —Mar interrumpió la pregunta que apenas había comenzado a formular cuando vio que Meggo sostenía una tarjeta de datos frente a su cara—. ¡Muy bien, vámonos!

Menos de dos minutos después, y acompañados por Phasx, que casi les atropella en su camino de vuelta desde el hangar, todos subieron a bordo de la ya atestada lanzadera mon calamari.

—¡Hey, la jefa se viene con nosotros! —exclamó uno de los mecánicos humanos más jóvenes.

—No te hagas ilusiones, Norky —le respondió uno de sus compañeros—. Se trae con ella a su escolta de verpines.

Ignorando las risas y las miradas de perplejidad, muchas de las cuales iban dirigidas hacia el maltrecho Meggo y su silla repulsora, Mar se metió directamente en la cabina e interpeló al mon calamari que pilotaba la lanzadera.

—¿A qué estas esperando? ¡Despega!

En el estrado se sentaba el capitán de navío Rahne Orris, antiguo capitán de la *Joan d'Arc*, la que fuera nave nodriza del escuadrón Blanco.

Ahora era instructor en la recientemente creada Academia Espacionaval de la Nueva República. Llamarada había oído que se había casado con una doctora o algo así, poco después de dejar la *Joan d'Arc* para incorporarse a su actual destino. Quién lo hubiera dicho. Orris *La Piedra* casado. El caso era que el matrimonio parecía sentarle bastante bien. Llamarada había notado que su antiguo jefe había cogido algunos kilos, pero aparte de eso estaba exactamente igual que como lo recordaba. Respondiendo a las preguntas del capitán Bel'aan, Orris fue relatando y desgranando detalles sobre algunas de las misiones más significativas que el escuadrón Blanco había llevado a cabo bajo su mando. Desde la destrucción de una de las últimas armas dejadas como legado por el Emperador Palpatine, un endiablado ingenio conocido como la Voz del Emperador, al seguimiento de la flota del renegado y enloquecido almirante Garil y el rescate de su tripulación mucho más allá de las líneas enemigas, pasando por la destrucción del destructor estelar *Lobo Gris* y por supuesto la defensa de Mon Calamari inmediatamente después de lo de Endor. Escuchándole, Llamarada sintió como la invadía un sentimiento de orgullo por todas las cosas que habían hecho juntos. Podrían acabar con su carrera y con la de Alce por razones políticas, para convencer a los balanios y a otros pueblos de que la Nueva República se preocupaba por ellos y no era insensible a sus demandas, o para sentar precedente y enseñar al resto de miembros de las Fuerzas Armadas que cierto tipo de cosas ya no eran aceptables como lo fueron en tiempos de la Rebelión. A Llamarada le daba igual. Lo que no podrían quitarles nunca era su impresionante historial, y la firme

convicción de haber actuado siempre con honradez y con valor. Habían marcado una diferencia, eso era lo que Orris decía, y ella le dio las gracias en silencio por decirlo allí en voz alta.

Llamarada había respetado siempre a Orris mientras fue su oficial superior, pero lo cierto era que no había llegado nunca a apreciarlo como persona. Ahora que lo veía bajo otra luz, se preguntaba por qué. *Es curioso lo difícil que nos resulta estimar a aquellos que están al mando mientras aún están ahí. Debe ser porque en el fondo a nadie nos gusta cumplir órdenes o recibir broncas, a pesar de que no dudemos en impartir las unas y en repartir las otras cuando los jefes somos nosotros. Me pregunto que pensaré de Gen'yaa cuando hayan pasado unos años, o cómo me recordarán a mí los chicos cuando ya no esté con ellos*. Llamarada volvió la cabeza para mirar a Víbora, que escuchaba con atención las explicaciones de Orris. *Víbora lo hará muy bien, estoy segura. He sido injusta con él, aunque no fuera ésa mi intención. El escuadrón seguirá haciendo grandes cosas sin Alce y sin mí, en realidad no somos tan imprescindibles. Tendremos que empezar en alguna otra parte, prácticamente desde cero, eso sí, pero tampoco es tan terrible. De un modo u otro saldremos adelante. Pero pase lo que pase no nos olvidaremos de quiénes somos ni de dónde venimos. Contrabandistas, quizá, aunque no en la Nueva República. Quién sabe, puede que transportar cargamentos prohibidos a través de espacio imperial sea divertido. Piratas o mercenarios no, eso nunca.*

Ensimismada con sus reflexiones, Llamarada no se había dado cuenta de que el capitán Bel'aan había dado por finalizado su interrogatorio y que el capitán Drinin ocupaba ahora su lugar junto al estrado. El quarren parecía bastante confiado a pesar de todo lo que Orris acababa de contar. Héroes o no, ambos eran culpables, eso era lo que llevaba diciendo desde el principio, y su discurso no había cambiado en lo más mínimo.

—Poco después de su llegada a la Academia Espacionaval de la Nueva República —decía Drinin—, y refiriéndose al recién extinguido escuadrón Blanco, comentó usted lo siguiente a uno de sus colegas instructores, el capitán de navío Bahande: «Alejarme de esa banda de sinvergüenzas es lo mejor que me ha pasado en la vida». ¿Es cierto que lo dijo, señor?

—Es probable que sí, pero…

—También dijo usted que la mayoría de ellos no obedecerían una orden aunque sus vidas dependieran de ello. ¿También es cierto que lo dijo, señor?

—Era un comentario humorístico. Lo está sacando de contexto.

—Según el capitán Bahande usted no se reía cuando le hizo esas confidencias, pero aceptaré su palabra y creeré que simplemente estaba bromeando, señor. No tengo más preguntas para usted, señor. Muchas gracias por su colaboración.

Orris se puso en pie con expresión ofendida y miró hacia el tribunal. La consejera Organa negó con la cabeza, como si quisiera hacerle entender que sus comentarios al capitán Bahande —y que a saber cómo habían llegado hasta el fiscal— no serían tenidos en cuenta. De hecho, nada de lo que había dicho Orris cambiaría la decisión del tribunal, pues ya estaba más que tomada antes de que él declarara. Llamarada lo vio en la mirada

de la consejera al cruzarse con la suya durante un instante. *Personalmente no me gusta*, sus ojos parecían decirle, *pero vais a ser declarados culpables y castigados en consecuencia*.

Orris se marchó. Llamarada se dio cuenta de que la consejera Organa se disponía a decir algo a la sala, quizá a leer el veredicto y la sentencia sin más preámbulos. Alargó la mano por detrás de la espalda de Bel'aan buscando coger la de Alce y se preparó para lo peor. De pronto se escucharon gritos por detrás suya. Todo el mundo se giró para mirar hacia las puertas y averiguar cuál era el origen del escándalo, que probablemente estaba teniendo lugar justo al otro lado. Por lo que Llamarada pudo entender, los guardias que controlaban el acceso a la sala intentaban impedir que alguien entrara en ella por la fuerza. La consejera Organa envió al cabo alguacil para que se enterara de lo que estaba pasando, pues así era imposible continuar con la vista.

Cuando el cabo abrió las puertas para salir Llamarada llegó a vislumbrar a Mar Hanniuska vestida con un mono de trabajo y a un verpine. Abrió la boca sorprendida. ¿Qué estaba haciendo allí Hanniuska? ¿No había testificado ya y dicho todo lo que sabía o conjeturaba? Antes de que el cabo consiguiera volver a cerrar las puertas a su espalda, la voz de la mecánico jefe se dejó oír en toda la sala.

—¡Por favor, consejera Organa, tienen que dejarnos entrar! ¡Tenemos nuevas pruebas!

Leia Organa frunció el ceño, pero no obstante asintió en dirección al cabo alguacil, que la miraba indeciso. Los dos guardias de la entrada se apartaron de mala gana para dejar pasar a la mujer humana y a los dos verpines que venían con ella. Uno de los insectoides utilizaba una silla flotante para moverse. Llamarada reparó en que no tenía piernas.

—Explíquese, teniente —dijo Leia Organa—, y más vale que tenga una buena razón para haber asaltado la corte de esta manera.

—Mis más sinceras disculpas, consejera —dijo una todavía sofocada Mar Hanniuska, inclinando la cabeza en señal de respeto hacia Organa y el resto de miembros del tribunal—. Estos son dos de los mecánicos que trabajan conmigo, los técnicos Phasx y Meggo. Como puede usted ver, Meggo resultó gravemente herido durante la batalla contra los corelianos allá en Seibergia.

Hace cuatro días solicitó volver al servicio activo a pesar de que el androide médico le aconsejó que no lo hiciera. Temiendo que pudiera hacerse daño si intentaba subirse a una nave para repararla, le permití retomar su trabajo con lo que quedaba de los sensores y del ordenador de vuelo del ala-B del capitán Steinberg. Para sorpresa de todos, Meggo ha conseguido recuperar una parte sustancial de los datos que contenía uno de los núcleos de memoria dañados.

El análisis de esa información le ha permitido comprobar que la hipótesis de un fallo en el ordenador es muchísimo más probable de lo que habíamos creído hasta ahora. Si me permite usar un holoproyector le mostraré al tribunal lo que Meggo ha encontrado.

Un murmullo recorrió la sala. Leia Organa se inclinó hacia delante y pidió silencio.

—Está bien. Proceda, teniente.

El holoproyector se alzó desde su nicho oculto bajo el suelo. Mar Hanniuska insertó una tarjeta de datos que sacó de uno de sus bolsillos y programó rápidamente el dispositivo con la ayuda de Phasx y de Meggo. En apenas un par de minutos ya estaban listos. Meggo hizo unos ajustes finales y Hanniuska activó el holoproyector. El resultado era una vista compuesta muy similar a la que Meggo le había enseñado a Hanniuska apenas una hora antes, sólo que a una escala diez veces mayor. La mecánico jefe comenzó a describir las imágenes tridimensionales con el tono de voz de una profesional explicando su trabajo, tras el que se adivinaba no obstante una emoción contenida a duras penas.

—Miren aquí. Ésta es la nave designada como Blanco Cuatro, a la que ahora conocemos como *Mano del Idiota*, y ésta es Blanco Cinco, la que abrió fuego contra Cabeza de Lobo Cinco, el ala-B del capitán Steinberg. Aquí Blanco Cinco lanza dos misiles de impacto, y aquí dos más, exactamente 0.8 segundos más tarde. Esa nave llevaba un lanzador de cabezas de guerra bastante bueno. Los primeros dos misiles tardan 0.535 segundos en alcanzar al cazabombardero del capitán Steinberg, reduciendo en un 45% la intensidad de sus escudos delanteros. Sólo 0.31 segundos después del primer impacto el capitán Steinberg inicia su maniobra evasiva, pero no puede evitar ser alcanzado también por los dos siguientes. Parte de la onda expansiva penetra a través de los ya debilitados escudos. Los sensores se quedan prácticamente cegados, como pueden apreciar en estas lecturas de aquí. Inmediatamente después Blanco Cinco abre fuego con su batería láser cuádruple superior, acertando al ala-B en el casco, en el domo que protege los sensores y en la zona de motores. Los sensores resultan dañados 0.157 segundos más tarde y dejan de enviar datos al ordenador de vuelo. Una segunda ráfaga vuelve a alcanzarle antes de que el capitán Steinberg consiga sacar a su aparato de la línea de fuego. El ordenador de vuelo no ha dejado de funcionar en ningún instante, pero los sensores ya no están operativos. El programa de análisis de amenaza intenta decidir cuál de las dos naves que el ala-B tiene a su alcance, Blanco Cuatro y Blanco Cinco, ha disparado la segunda ráfaga, pero no dispone de datos de los sensores que le permitan alcanzar una conclusión fiable al cien por cien. En un caso así, el programa está diseñado para extrapolar la información que necesita a partir de los últimos datos disponibles, y es entonces cuando se produce el error. Meggo ha ejecutado un clon del programa de análisis de amenaza que estaba instalado en el ordenador de vuelo del ala-B pilotado por el capitán Steinberg, alimentándolo con los datos almacenados en el núcleo de memoria recuperado.

—Como pueden ver aquí —continuó Hanniuska al tiempo que volvía a reproducir toma a toma las imágenes tomadas por la cámara de vuelo, utilizando el puntero láser del que estaba provisto el holoproyector para indicarle a los miembros del tribunal a dónde tenían que mirar exactamente para ver lo que les describía—, desde la perspectiva del cazabombardero del capitán Steinberg, las trayectorias respectivas de Blanco Cuatro y Blanco Cinco se cruzan 0.93 segundos después de que estallaran los misiles tres y cuatro,

y 0.064 segundos antes de que los sensores, casi cegados ya por el efecto de la última detonación como acabamos de ver, dejen de funcionar del todo. Por un breve instante ambas naves se confunden en una sola señal, exactamente al mismo tiempo que Blanco Cinco, la más cercana de las dos, abre fuego con sus baterías por segunda vez. En todos los tests que Meggo ha llevado a cabo, el programa de análisis de amenaza ha alcanzado una conclusión equivocada, identificando a Blanco Cuatro como el origen de la segunda andanada de disparos de láser.

Tras unos instantes de expectante silencio, mientras todos los presentes digerían lo que acababan de escuchar, volvieron a oírse los murmullos, más alto si cabe que antes, pero esta vez Leia Organa no hizo nada por acallarlos.

La noche había sido larga para ella y para los demás miembros del tribunal. Los cinco habían estado discutiendo el caso prácticamente hasta el amanecer. Al final habían tomado una decisión que se mantendría siempre y cuando no se presentaran testigos o evidencias verdaderamente relevantes, cosa que ninguno de ellos creía probable. A pesar de que su corazón le dictaba lo contrario, Leia había hecho suyo el punto de vista de Mon Mothma, el cual parecían compartir tanto Ackbar como los otros. El veredicto de culpabilidad había sido unánime.

Pero ahora había razones de peso para dudar.

—Debemos estudiar estos datos —le susurró a Leia la general Boga Mun, la sulustana—, y hacer que nuestros técnicos lleven a cabo sus propios tests y verifiquen hasta el último bit de datos.

—Estoy de acuerdo —contestó Leia—. Y también el fiscal, me parece.

—Consejera Organa —dijo el capitán Drinin puesto en pie—. Solicito un aplazamiento hasta que nuestros expertos puedan confirmar esta información.

Leia volvió la mirada hacia ambos lados. Todos los miembros del tribunal, Ackbar incluido, asintieron con la cabeza mostrando su aprobación para que Leia concediera el receso.

—Aplazamiento concedido. Teniente Hanniuska, cuento con que usted y su equipo cooperarán al máximo con el comité de investigación y les proporcionarán cualquier cosa que requieran.

—Por supuesto, consejera. Así lo hemos hecho hasta ahora.

—Muy bien. Ninguna de las personas implicadas en este caso, testigos incluidos, podrán abandonar Mon Calamari sin mi permiso expreso. Este consejo de guerra se levanta hasta nueva orden.

Mar Hanniuska volvió la cabeza hacia donde se encontraban Llamarada y Alce y les sonrió radiante. Llamarada fue incapaz de devolver el gesto hasta después de que la mecánico jefe hubiera sido conducida fuera de la sala.

Estaba demasiado asombrada por el repentino e improvisto giro de los acontecimientos.

A años luz de Mon Calamari y del *Guarida del Lobo*, la vida seguía su curso en Campo Uno. Allí aún era invierno. La nieve que seguía cayendo regularmente y el frío viento que la empujaba aún acompañarían a los refugiados, a los comandos y al personal de ayuda durante al menos dos meses más. Su situación general, no obstante, era bastante mejor de lo que lo había sido cuando se marcharon Llamarada, Rúster y Alce. Los suministros no eran tan escasos, y disponían de varios procesadores de alimentos que transformaban los nutrientes básicos en platos nuevos cada día. Una pareja de generadores de energía les proporcionaba iluminación por la noche y también calor de forma continua en algunas de las zonas comunes. Las cuevas subterráneas, que los comandos Lince habían terminado de excavar con la ayuda de los refugiados, se habían transformado exitosamente en más refugios y en el hospital de campaña que tanta falta les había hecho hasta entonces.

Pero a pesar de todas esas mejoras y de la dificultad que entrañaba intentar cruzar los pasos de montaña mientras aún siguiera nevando, la gente comenzaba a marcharse.

Ahora que el ejército seibergio y las pocas partidas de paramilitares que aún permanecían activas se habían retirado y que los caminos volvían a ser seguros —salvo por el clima—, la mayoría de los balanios deseaban volver y comprobar qué había sido de sus casas y de sus pueblos, de su campos y de sus animales. La razón decía que lo más probable era que casas y pueblos hubieran sido saqueados e incendiados, los campos arrasados y los animales sacrificados para alimentar a los soldados seibergios. Pero cuando la desgracia se cierne sobre la tierra uno espera siempre ser la excepción, ser aquel a quien Dios o la suerte ha salvado milagrosamente del desastre, y esa esperanza le empuja a marchar en pos de lo que parece imposible, haciendo oídos sordos a las advertencias o bien decidiendo que, de comprobarse su triste certeza, será preferible vivir en una tienda plantada en mitad de lo que una vez fue el hogar que allí, en un deprimente campo de refugiados en el ya no podían soportar seguir ni un día más. El personal de la Nueva República, incapaz de convencer a los balanios para que no intentaran regresar a sus aldeas antes de tener alguna certeza sobre lo que les aguardaba en ellas, proporcionaba toda la ayuda posible a las familias que se iban facilitándoles tiendas de campaña, comida, medicinas y compuestos químicos para potabilizar el agua y para encender fuegos de forma rápida y sencilla.

Deveralia era una de esas personas que quería volver. Había oído decir a la gente que en Nurtina y sus alrededores la devastación no era tan severa como en el interior. Probablemente se encontraría con que habían entrado en su casa y se habían llevado todo lo que hubiera de valor, pero al menos tendrían eso, la casa. No obstante, no se atrevía a moverse de Campo Uno sin tener aún noticias de Sante. Momentos antes de marcharse con los guerrilleros, Sante le pidió que le esperara en el campo de refugiados con los niños, y le dijo que iría a buscarlos allí en cuanto le fuera posible. A esa promesa se agarraba con todo su ser, negándose a aceptar ni por un segundo que Sante pudiera estar muerto. Redina, ella y otras mujeres preguntaban a menudo a los soldados de la Nueva República y a los guerrilleros que seguían viniendo por allí. Sí, les decían, los seibergios han abierto las puertas de sus campos de concentración. Los pilotos de las lanzaderas

aseguraban haber divisado desde el aire a columnas de hombres desarmados caminando hacia las montañas, y los comandos daban por seguro que se trataba de prisioneros recién liberados que se dirigían hacia sus pueblos o hacia los campos de refugiados para encontrarse con sus familias. De hecho, un grupo de veinte o más había llegado a Campo Dos hacía dos días, y otros quince más habían alcanzado Campo Tres durante la noche. Aquí todavía no habían visto a ninguno, pero quizá estuvieran ya cerca. Quizá Sante viniera con ellos.

Consumida por la ansiedad, Deveralia hacía cuanto podía por ocultarle sus sufrimientos tanto a sus niños como a Sdermila. Desde que llegaron aquí, Figor y Lía habían madurado deprisa, demasiado para su edad. Ella los veía fingir que estaban contentos y despreocupados cuando sabían que ella los estaba observando, pero por las noches les oía llorar, Tan sólo la pequeña Katia permanecía al margen de los padecimientos de los mayores. A pesar de las dificultades que entrañaba criar a un bebé bajo esas condiciones, la salud de la criatura era sorprendentemente perfecta, hecho que suponía la única alegría de Deveralia.

Su amiga Sdermila parecía un espectro, fantasma apenas de la mujer que fuera. Parecía veinte años más vieja. En parte era a causa del pelo, que se le había vuelto completamente blanco en cuestión de días tras enterarse del terrible destino que había sufrido su familia, pero era en sus ojos donde la diferencia con la persona que Deveralia había conocido hacía tan sólo unas cuantas semanas era más notable. Los tenía hundidos, sin brillo, con los párpados hinchados y con grandes ojeras, rodeados de arrugas que parecían más profundas a cada día que pasaba. Ya nunca miraba a nadie de frente.

Raramente hablaba. Únicamente mostraba una brizna de animación en presencia de Figor y de Lía, y cuando le echaba una mano con Katia. Deveralia no podía culparla por encontrarse tan profundamente deprimida. Algunas veces le daba por pensar que si ella se encontrara en su misma situación ya se habría suicidado. Ese pensamiento la aterrorizaba, al tiempo que le obligaba a vigilar a su amiga de cerca. Y sin embargo no parecía que Sdermila se dispusiera a quitarse su propia vida.

Sencillamente había dejado de vivirla.

Deveralia se dio cuenta de que Katia se había quedado dormida al fin sobre su hombro, y la colocó amorosamente sobre el montón de ropas que constituían la única cuna que hasta el momento había conocido. En el exterior, la ya de por sí mortecina luz de la tarde empezaba a declinar del todo. Sobre el campo caían pequeños copos de nieve, pero por fortuna no parecía que fuera a ponerse a nevar con más fuerza. Seguramente Lía y Figor estarían jugando con sus amigos, pero ya empezaba a ser hora de que regresaran a la tienda.

Tendría que ir a buscarlos antes de que se repartiera la cena. Le echó una mirada a Sdermila, sentada al fondo de la tienda con la mirada distraída que se había vuelto habitual en ella, absorta en sus pensamientos, o en sus recuerdos.

Había otras tres mujeres allí. Una era Redina, tan mustia y callada como Sdermila, aunque no tan deteriorada en su aspecto. Las otras dos charlaban en voz baja entre ellas

mientras una acunaba a un bebé pocos meses mayor que Katia. Deveralia estaba a punto pedirle a Redina que le echara un ojo a Katia mientras ella se iba a por sus dos hijos mayores, cuando de pronto les escuchó gritar. Sobresaltada, abrió la entrada y salió. Figor y Lía venían corriendo como locos sin dejar de chillar ni por un momento. Detrás venían dos hombres.

Parecía que les costaba trabajo seguir el paso de los dos niños, pero el caso era que los seguían. Por un momento Deveralia se asustó al creer que estaban persiguiendo a sus hijos, pero entonces comprendió lo que Figor y Lía venían gritando con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones. La mujer abrió la boca casi sin darse cuenta y corrió a recibirlos, con paso inseguro al principio, mucho más deprisa después. El corazón le latía como el tambor de un loco.

—¡Papá está aquí! ¡Papá está aquí!

Sdermila alzó la mirada. Redina se levantó de golpe y salió tras Deveralia. ¿Qué sucedía? ¿A qué venían esos gritos? Sdermila reconoció las voces de los niños. El miedo a que algo malo pudiera haberles sucedido a Figor y a Lía la sacó de su apatía. Intentó ponerse en pie, pero se encontró con que tenía las piernas entumecidas después de horas de inmovilidad. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentada? Una de las dos compañeras de tienda que, movida por la curiosidad, se disponía a salir también, se dio cuenta las dificultades de Sdermila para levantarse y se acercó a ayudarla. Sdermila murmuró un «gracias» y se dirigió vacilante hacia la entrada.

Sollozando como una fuente rota, Redina estaba abrazada a un hombre que a Sdermila le recordó vagamente a Dimeter, el marido de Redina. Al mirarlo con más atención poco a poco fue cayendo en la cuenta de que no era que se pareciera a él, sino que realmente se trataba de Dimeter. Con un aspecto demacrado y lastimoso, una barba de varios días que cubría parcialmente sus facciones hundidas, y vestido con harapos que una vez pudieron haber sido alguna clase de uniforme, Dimeter estaba tan profundamente emocionado como su esposa. Cuando lo dejó caer, Sdermila se dio cuenta de que se había estado apoyando en un grueso bastón para poder caminar. Con tanta nieve eso no tenía por qué significar nada, pero entonces reparó en una tira de ropa, ligeramente menos sucia que el resto, atada en torno a la rodilla de Dimeter. Todavía confundida, Sdermila giró la cabeza siguiendo las excitadas voces de Lía y de Figor. El hombre que sujetaba a Deveralia entre sus brazos tenía que ser su marido, Sante. Parecía estar en unas condiciones tan deplorables como las de Dimeter, pero su rostro revelaba la misma alegría e idéntico alivio. Su hijo y su hija se aferraban a su cintura amenazando con tirarle al suelo, pero obviamente a él no le importaba. Ése era un hombre que acababa de recobrar a su familia. La escena era tan conmovedora que Sdermila sintió ganas de llorar, pero sus ojos estaban secos.

Gente de todo el campo empezaba a congregarse alrededor, gritando enhorabuenas y aplaudiendo sin cesar. Sdermila había empezado a moverse hacia Redina y Dimeter, pero ahora dudó. Sin que nadie se fijara en ella, regresó a la tienda y volvió a entrar en ella.

El ruido procedente del exterior había despertado a Katia, que en ese momento empezaba a llorar. Sdermila la cogió en brazos y la meció suavemente intentando que volviera a dormirse, pero el bebé no se calmaba.

Entonces entró Deveralia seguida por Sante, a quien llevaba de una mano, y por Figor y Lía, que agarraban a su padre por la otra. Sante sonrió.

—Mira, Sdermila —dijo Deveralia exhibiendo una sonrisa que no podía ser más amplia, sus ojos brillando intensamente por las abundantes lágrimas de alegría que aún seguía derramando—. Éste es Sante, mi marido. ¡Dimeter y él han vuelto! Dimeter está ahí fuera, con Redina. Sdermila, ¿estás oyendo lo que te digo?

—Ah, sí. Los he visto. Katia…Katia estaba llorando y entré a consolarla.

—Oh, Sdermila, muchísimas gracias —Deveralia extendió los brazos y cogió a la pequeña—. Sdermila ha sido como nuestra madre aquí —le explicó a Sante al tiempo que le pasaba al bebé. Sante besó la frente de la criatura y se le escapó una lágrima, que fue a caer sobre la mejilla de la niña. Parpadeando en un intento por contener el torrente que amenazaba con seguir a esa primera, Sante se puso a Katia sobre el hombro y le palmeó suavemente la espalda. La niña se cayó casi de inmediato.

—Parece que todavía me acuerdo de cómo se hace —Deveralia se rió y le besó en el pómulo, por encima de la barba—. Encantado de conocerte…

¿Sdermila?

La pobre mujer asintió y estrujó su interior en busca de fuerzas para poder sonreír.



Capítulo XXIII

Tres días después de que Mar Hanniuska sorprendiera a todo el mundo al comunicar los descubrimientos efectuados por el verpine Meggo, el consejo de guerra volvió a ser convocado. Para Alce y para Llamarada esos habían sido tres días de ansiedad y de nervios, durante los cuales habían sido incapaces de disfrutar de su mutua compañía por mucho empeño que pusieran en ello, e incapaces también de hacer otra cosa que no fuera contemplar el tiempo pasar, impacientándose cada vez más por la lentitud con que transcurrían las horas. Había momentos en los que a Alce le daba por pensar que hubiera sido preferible que les hubieran condenado ya, hasta eso sería mejor que esta interminable espera, pero la sensación pasaba enseguida.

Como Llamarada le repetía con frecuencia, ahora tenían esperanza, una muy sólida, de que podían salir de ésta prácticamente indemnes. Ella tenía razón, por supuesto, aunque decidir cuál era el significado de la palabra indemne en esta situación podía ser objeto de una larga discusión. Quizá pudieran conservar el rango, sus posiciones en el escuadrón, e incluso mantener intactas sus posibilidades de promoción en un futuro. Se les permitiría recuperar sus vidas y volver a hacer lo que mejor sabían: volar y combatir.

Alce, no obstante, no podía evitar preguntarse si todo eso no sería tan sólo la superficie, las apariencias, la parte de ellos que era menos ellos mismos. Las heridas que tenían en su interior tardarían más, mucho más en cicatrizar.

Mientras que el recuerdo de Sdermila encogiéndose de dolor delante suya fuera tan vivo, la memoria le haría seguir sintiéndose como un miserable, avergonzado y culpable, incluso si el tribunal terminaba diciendo que no, que era inocente.

Aunque quizá no lo hicieran.

—¿Me lo vas a decir ya? —le preguntó en voz baja el almirante Ackbar a Leia, mientras los llevaban a la corte a bordo de un hidrobote. A su alrededor, el mar no estaba tan calmado como en los últimos días. Los repulsores antigravitatorios del vehículo hacían el trayecto mucho más fácil de lo que lo hubiera sido en un barco más tradicional, pero por mucho que se esforzara el marinero quarren que lo guiaba algunas de las olas más altas les hacían botar de forma bastante incómoda. La general Boga Mun, la sulustana, era la que peor lo llevaba a pesar de las píldoras para el mareo que el general Sivari, el otro humano, había compartido con ella antes de salir. Leia, por el contrario, estaba disfrutando de veras con el paseo después de tanto tiempo encerrada en una habitación

con esa misma gente. Su mirada seguía distraída el vuelo de una pareja de aves marinas, las cuales parecían turnarse para zambullirse entre ola y ola en busca de los peces que nadaban más cerca de la superficie.

Una de ellas había conseguido pescar uno en el último intento, pero después de tragárselo había vuelto enseguida a acompañar a la otra, llenando el aire con sus extraños chillidos.

—¿Qué son esas aves? —preguntó.

—Gavirones. Pescan siempre así, en parejas, el macho y la hembra, ayudándose el uno al otro a localizar sus presas. ¿Has oído mi pregunta, Leia?

—Sí que lo he hecho —Hora tras hora habían escuchado las opiniones de los expertos, observado una y otra vez imagen por imagen las grabaciones que les había entregado la teniente Mar Hanniuska, y estudiado hasta el último detalle de las trazas que el software del ala-B había almacenado en el banco de memoria recuperado. Ayer, cuando por fin dieron por concluido el análisis de los datos, despidieron a los técnicos y comenzaron a debatir el veredicto. La realidad era que las nuevas evidencias seguían sin ser concluyentes. Sugerían, sí, que la explicación que la mecánico jefe del escuadrón Cabeza de Lobo daba de los hechos podía ser correcta, pero no terminaban de probarla. Estaban otra vez como al principio, obligados a tomar una decisión basándose en datos incompletos. A todos les dolían los ojos y la cabeza, pero ninguno de los miembros del tribunal pidió que parasen para descansar. Discutieron hasta tener la garganta rasposa y la boca seca sin remedio, pero los votos estaban aún estaban dos a dos más uno indeciso cuando, pasada ya la media noche, Leia decidió dejar las cosas como estaban y retomar el juicio por la mañana.

Incluso admitiendo que las pruebas no eran definitivas, la general Boga Mun y el general Tulan, el otro mon calamari, habían reconsiderado su voto anterior y defendían ahora la absolución para Gregory y Schroeder. A Leia le había sorprendido un poco el cambio de Tulan, pero quizá el hecho de que haber sido piloto como los dos acusados había terminado por inclinar la balanza a favor de éstos. Sin duda eso le facultaba para comprender mejor que ninguno de los otros miembros del tribunal la complejidad de la situación en la que se habían encontrado los dos acusados, y por esa razón a Leia le parecía importante que hubiera cambiado de idea. Era como si reconociese que él también habría podido cometer el mismo error que Gregory y Schroeder.

Ackbar y Sivari se encontraban en el lado opuesto de la discusión. Sin dejarse convencer ni por los argumentos ni por las grabaciones de la teniente Hanniuska, ambos insistían en que el veredicto debía ser el de culpabilidad.

Según ellos, y aún si se aceptara la validez de esas pruebas —se había comprobado que el ordenador de vuelo del capitán Steinberg *pudo* haber fallado, pero no que transmitiera el error al cazabombardero del capitán Gregory ni que ésa fuera la verdadera razón por la que el acusado había disparado sus torpedos—, el delito de desobediencia seguía existiendo, ya que las órdenes eran inspeccionar el objetivo antes de disparar sobre él.

Leia era la que aún faltaba por pronunciarse en uno u otro sentido. Su voto sería el que decidiera, pero ella se había negado a emitirlo hasta estar de nuevo sentada tras la tribuna. Aunque se había mostrado educado y cortés al respecto, Leia sabía que su amigo Ackbar estaba profundamente molesto por su silencio. Ella le sonrió a modo de disculpa.

—Te he escuchado, sí, pero no te puedo responder. Aún no sé qué es lo que voy a hacer.

—Pero Leia, debes leer un veredicto en media hora. Sé que no es fácil, pero tienes que haber tomado ya una decisión. ¿Por qué si no habrías decidido convocar la reanudación del juicio? No lo habrías hecho si realmente no supieras qué hacer.

—No lo sé aún, pero lo sabré. Tendrás que confiar en mí. Todos hemos estado de acuerdo en que las pruebas con las que contamos son insuficientes para estar seguros de nada. Al final, para mí al menos, todo depende de si creemos lo que nos ha dicho el capitán Gregory o no. Si decidimos creerle, deberemos aceptar que la confianza que la teniente coronel Schroeder tenía en él estaba justificada, y por tanto exonerarles a los dos.

Ackbar asintió lentamente.

—Muy bien. ¿Y tú le crees?

—Pronto lo sabré. Por favor, confía en mí.

El mon calamari dejó escapar algo que podría parecer un suspiro.

—Sabes que siempre lo he hecho, Leia, aunque en este caso no puedo compartir tu opinión, a menos que… —Ackbar se volvió hacia ella y la miró fijamente a los ojos, recordando lo que ambos habían hablado pocos días antes durante el trayecto desde el *Guarida del Lobo*—. ¿Tiene esto algo que ver con la Fuerza?

—Sí, así es. Siempre, o casi siempre al menos, he sido capaz de distinguir cuándo alguien miente y cuándo dice la verdad. Hasta que Luke me lo explicó no supe que era a causa de mi sensibilidad a la Fuerza.

—Pero entonces ya debes saber si Gregory miente o no.

—Ojalá fuera tan fácil. Muchos seres inteligentes tienen problemas para decidir qué es cierto y qué falso para ellos, en qué creen y en qué no. Los humanos en concreto son un caso clínico en eso. He estado percibiendo sensaciones contradictorias procedentes de Gregory desde que comenzó el juicio, pero hoy le haré descubrir cuál es la verdad para él, y entonces yo también la sabré.

—¿Y cómo vas a conseguir hacer eso?

—Le formularé dos preguntas. Una de ellas le obligará a sincerarse consigo mismo.

Ackbar movió la cabeza de un lado a otro, sin saber con seguridad si había entendido bien a Leia, o más bien seguro de que no lo había hecho, pero en cualquier caso no dijo nada. De hecho nadie volvió a hablar hasta que llegaron a la sala de justicia, y para entonces Leia y sólo Leia era quien debía tomar la palabra.

—Este tribunal ha estudiado con detenimiento las nuevas evidencias presentadas por la mecánico jefe del escuadrón Cabeza de Lobo, teniente Mar Hanniuska, en el curso de la anterior sesión de este consejo de guerra —recitó la consejera Organa—. Por desgracia creemos que no son concluyentes. El comité de expertos ha confirmado que el software de análisis de amenaza instalado en el ordenador de vuelo del capitán Steinberg pudo efectivamente haber fallado, como consecuencia directa de los daños sufridos por los equipos sensores de la nave y los algoritmos de decisión implementados en el mencionado software. No obstante, no pueden confirmar ni descartar la validez de la hipótesis formulada ante este tribunal por la teniente Hanniuska, es decir, que ese error pudiera haber provocado que el ordenador del capitán Gregory identificara como hostil a la nave en la que viajaban los refugiados. El capitán Gregory ha declarado aquí que disparó sus torpedos contra la nave que huía en base a esa supuestamente errónea identificación, entendiendo que dejaba sin efecto la orden de inspeccionar el objetivo antes de disparar sobre él. Su palabra es todo lo que tenemos. Capitán Gregory, póngase en pie.

Alce obedeció. Las miradas de sorpresa tanto de su abogado como del fiscal probaban que esto no era el procedimiento normal.

—Capitán Gregory, sé que se le ha preguntado ya esto con anterioridad, pero quiero que vuelva a contestar. ¿Identificó su ordenador de vuelo al *Mano del Idiota* como hostil?

—Sí —respondió Alce sin dudarlo.

Leia Organa pareció satisfecha con la contestación.

—Muy bien. Las pruebas sugieren que es posible que así sucediera, así que teniendo en cuenta su excelente hoja de servicios hasta la fecha, este tribunal aceptará su palabra para dar por cierto este hecho. Ahora voy a hacerle otra pregunta, una mucho más importante si cabe, que deberá contestar usted para que podamos tomar una decisión final sobre este caso. Por favor, tómese todo el tiempo que necesite antes de darme una respuesta.

Alce podía sentir sobre él las miradas de todos los presentes en la sala, con la única excepción del almirante Ackbar, que por alguna razón miraba a la consejera Organa. Alce no entendía qué estaba pasando. Tenía la absoluta convicción de que su futuro y el de Llamarada dependían por completo de lo que contestara a la aún no formulada pregunta de la consejera, pero eso no era todo. De alguna forma, sabía también que no podría mentir aunque quisiera o, más exactamente, que si lo intentara no le serviría de nada. No sabía cómo estaba tan seguro de eso, pero el hecho era que lo estaba. Alce asintió sin dejar de mirar fijamente a la consejera Organa, preparándose para lo que fuera.

—Capitán Gregory —comenzó Organa—, considerando que las circunstancias realmente invitaban a pensar que el piloto del *Mano del Idiota* mentía, y que debía transportar minas espaciales como lo hacían las otras cuatro naves que sus compañeros consiguieron inspeccionar con éxito, ¿habría disparado usted si su ordenador de vuelo hubiera seguido identificando a esa nave como neutral?

Alce abrió la boca y se llenó los pulmones de aire. Él ya se había preguntado eso mismo antes, la primera vez inmediatamente después de enterarse de que había matado a un grupo de civiles, y luego muchas más en los días que siguieron. Siempre se había respondido a sí mismo que sí, que habría disparado de todas formas. Por todo lo que sabía en aquel instante, era la acción correcta. Se lo había repetido una y otra vez, preguntándose por qué era tan difícil de entender para aquellos que le juzgaban. Pero ahora, de pronto, no estaba en absoluto seguro acerca de sí él mismo lo creía o no. No dudaba porque entendiera lo que estaba en juego, porque fuera perfectamente consciente de lo mucho que Llamarada y él podían perder si contestaba de forma afirmativa. Quizá vacilaba porque ya no era la misma persona que había disparado esos torpedos. El tiempo que había pasado junto a los refugiados balanios en Campo Uno le había cambiado. Descubrió que le resultaba muy difícil pensar como lo hacía antes, cuando nada de todo aquello había sucedido aún. Responder que no era sumamente tentador, no sólo porque ésa parecía ser la forma de escapar de esto, sino porque sería probablemente verdad si alguna vez volviera a encontrarse en una situación similar. ¿Pero qué habría hecho entonces, en aquel instante por el que le estaban preguntando ahora?

Leia Organa lo miraba sin ni siquiera parpadear, y Alce se encontró con que no podía mirar a ninguna otra parte que no fuera a aquellos ojos tan oscuros y al mismo tiempo tan brillantes. Descubrió que deseaba con todas sus fuerzas decir la verdad, pasara lo que pasara luego, y al infierno con las instrucciones de la capitán de navío Gen'yaa. Necesitaba decir la verdad porque mentir acerca de algo tan importante no era en absoluto propio de él. Necesitaba decir la verdad para liberarse por fin del sentimiento de culpa que, justificado o no, le había acompañado cada segundo desde el incidente.

¿Pero cuál era la verdad? ¿Realmente habría disparado, como siempre había creído? ¿Por qué ahora le costaba tanto estar seguro, cuando antes le había parecido tener la absoluta certeza? Aunque ni siquiera se dio cuenta de ello, un músculo de su mejilla empezó a latir de forma involuntaria, un tic nervioso que hasta ahora jamás se le había manifestado. Separó los labios para hablar y volvió a juntarlos sin haber emitido sonido alguno. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, intentó verse de nuevo dentro de la cabina, esperando a que Llamarada le autorizase para abrir fuego, con el dedo índice de su mano derecha ejerciendo una suave presión sobre el gatillo oculto en el reverso de la palanca de mandos, preparado para finalizar el movimiento y disparar de una vez por todas los dos torpedos que se encontraban ya armados en el interior de los lanzadores. Justo frente a sus ojos, el proyector holográfico del ordenador de vuelo representaba la imagen ampliada del carguero coreliano sobre la palabra «desconocido» impresa en caracteres de un rojo intenso, el mismo color de la señal que aparecía prácticamente en el centro de su pantalla sensora delantera, situada en la esquina superior izquierda de la carlinga. Los contadores indicando la distancia al objetivo y la estimación de la distancia que le quedaba a éste para alcanzar su supuesto punto de salto decrecían rápidamente a ambos lados de la imagen, urgiéndole a disparar si eso era lo que iba a hacer. Justo encima, el indicador del sistema de seguimiento brillaba también en color rojo, mientras

el pitido que el ordenador de vuelo emitía a través de los auriculares del casco le informaban que los sensores tenían perfectamente localizado al blanco y que, una vez lanzados, los torpedos sabrían encontrar perfectamente el rumbo hasta la nave en fuga, si es que todavía se encontraba allí en lugar de haber desaparecido ya en el hiperespacio. Quería disparar. Tenía ganas de hacerlo. Debía disparar los torpedos, incluso si Llamarada le decía que no, que no lo hiciera. Entonces cambió mentalmente los colores, e imaginó la palabra «desconocido» escrita en azul en lugar de en rojo, y también en azul la señal en la pantalla sensora. Una nave neutral.

Alce apartó el dedo del gatillo. La escena había tenido lugar únicamente en su imaginación, pero ésta se la había presentado de forma tan vívida que llegó a mover realmente el dedo. Leia Organa se dio cuenta del gesto y frunció el ceño muy levemente. Alce dejó salir el aire que tanto tiempo llevaba reteniendo y que ya le quemaba en los pulmones, utilizándolo para pronunciar una única palabra.

—No.

Frente a él, la consejera Organa asintió con la cabeza. La vio girar el rostro hacia el almirante Ackbar y mover los labios en un susurro. Imaginó que había sido un susurro porque no había oído ningún sonido, pero entonces se dio cuenta de que la consejera acababa de activar la pantalla acústica que permitía a los miembros del tribunal hablar entre ellos sin ser escuchados por nadie más en la sala. Hasta ahora no la habían usado nunca, pero Alce recordó que el capitán Bel'aan le había mencionado su existencia. No importaba. Para su sorpresa, comprobó que podía leer en sus labios. Había dicho sólo dos palabras: «Le creo.»

El almirante Ackbar miró a la consejera Organa en silencio durante algunos instantes y finalmente asintió muy despacio. El mon calamari le dijo algo al general Sivari. El hombre se encogió de hombros. Alce volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Llamarada fija en la suya. Ella intentó sonreír.

—Hemos decidido un veredicto —dijo Leia Organa con voz solemne sobresaltando a Alce. El capitán Bel'aan les tocó en el hombro a Llamarada y a él para indicarles que se levantaran. Alce no recordaba haberse vuelto a sentar. Con el rabillo del ojo vio como el capitán Drinin, moviendo sin cesar los pequeños tentáculos que cubrían su boca, se ponía también en pie.

—Declaramos al capitán Gregory inocente de todos los cargos que pesan contra él. Considerando que su confianza en el capitán Gregory estaba plenamente justificada, y que por tanto hizo bien en no negarle el permiso para disparar, declaramos también a la teniente coronel Schroeder inocente de todos los cargos que pesan contra ella. Ambos volverán de inmediato a sus destinos y posiciones anteriores a su suspensión temporal del servicio. Este incidente no aparecerá en sus hojas de servicio. Declaro este consejo de guerra cerrado sin posibilidad de apelación.

Como en un sueño, Alce estrechó la mano del capitán Bel'aan y recibió el abrazo de Llamarada. Víbora saltó de su asiento y corrió a unirse a ellos, mientras que la capitán de

navío Gen'yaa, poniendo todo su empeño en no enseñar los colmillos en una amplia sonrisa, les felicitaba sobriamente a ellos y a su abogado.

—Se acabó —le dijo Llamarada al oído. Se acabó, se repitió Alce a sí mismo. Realmente quería creerlo. Cuando volvió la mirada hacia la tribuna descubrió que la consejera Organa le estaba mirando. Alce estuvo a punto de decir «gracias», pero antes de que llegara a mover los labios ella efectuó una inclinación de cabeza hacia delante, como si ya supiera lo que iba a decir. Alce devolvió el gesto y vio como Organa y los otros cuatro miembros del tribunal se levantaban y salían de la sala. Un momento después, mientras la capitán de navío Gen'yaa salía también discretamente, acompañada por la mujer de pelo blanco que había seguido todo el juicio sentada junto a Víbora, entraron de golpe los que parecían ser todos y cada uno de los pilotos del escuadrón que se encontraban fuera de servicio, junto con Mar Hanniuska y varios de sus otros amigos entre la tripulación del *Guarida del Lobo*, todos corriendo hacia ellos pasillo abajo.

Llamarada y Víbora los recibieron gritando de júbilo. Rúster fue la primera en llegar hasta ellos, sus extensiones neurales brillando con un color naranja intensísimo, y se estrujó contra los tres en un abrazo. El cabo de Infantería que había actuado como alguacil durante el consejo de guerra se acercó con la intención aparente de pedirles que dejaran de gritar de ese modo hasta que no salieran de ese lugar, pero pareció reconsiderar su posición al reparar en que prácticamente todo el mundo le superaba en rango. Rodeado por semejante grupo de amigos, intentando evitar en vano que Granito y que Parody le levantaran en hombros, Alce sonrió por vez primera. Desde lo alto de Araña y de Reek, Llamarada se reía. Cuando se encontraron sus miradas, ella movió los labios en un silencioso «te quiero». Alce sopló un beso en su dirección y le guiño el ojo como antaño solía. Con no poco asombro por su parte, descubrió que se sentía bien, muy bien.

A lo mejor era verdad que ya se había acabado todo.

Leia encontró a Invierno esperándola en su habitación de la Residencia del Almirantazgo. Su amiga sonreía.

—Ahora ya puedo decírtelo: me alegro muchísimo de que los absolvieras.

—No fui sólo yo. La votación quedó cuatro a uno. Ackbar fue fiel a su promesa de que confiaría en mí y votó también a favor de la absolución.

—Tú ya me entiendes. Hubiera odiado pensar que pudieras estar de acuerdo con lo que dijo esa psiquiatra, la doctora Gomar, el primer día del consejo. Resulta que los alderaanos no somos del todo dignos de confianza porque destruyeron nuestro planeta, y el deseo de venganza puede nublar nuestro juicio.

—Venga, Invierno, eso no es lo que dijo.

—Ésa era la esencia. Recuerda que tengo el don, o más bien la maldición a veces, de contar con una memoria perfecta. Puedo recitarte cada palabra que ella o cualquier otra persona ha pronunciado en la sala desde que empezó el juicio.

—Ya lo sé —Leia se sentó sobre la cama—. Y sé también cómo te sientes.

No ha sido fácil juzgar a un alderaano por hacer lo que la mayoría de nosotros habríamos hecho en su lugar.

—Pero tú estabas a punto de condenarle a él y a su comandante.

—Porque eso era lo correcto. Probablemente era injusto, pero era lo que había que hacer. Cuando esa mecánico, la teniente Hanniuska, nos demostró que el ordenador de vuelo del capitán Gregory realmente pudo haberle suministrado una información incorrecta volví a cuestionármelo todo. Al final decidí que no me quedaba otro remedio que preguntarle directamente y confiar en mi capacidad para saber si era sincero o no al responder. Ahora tengo la certeza de que sí.

Invierno parecía confundida.

—Pero eso podrías haberlo hecho desde el principio, ¿no?

Leia negó con la cabeza.

—Ackbar también me lo preguntó. Pero incluso si hubiera sido capaz de extraerle esa información por la fuerza, que no lo soy, ¿cómo hubiera convencido al resto de la galaxia? ¿Debería acaso ir por ahí diciendo que soy una jedi, que puedo leer la mente y todo eso, y que por tanto todo el mundo debe creerme?

—Eso suena más bien al viejo Emperador Palpatine.

—Exacto. Y yo no tengo ni siquiera una fracción de su poder.

Probablemente ni siquiera Luke habría podido saber desde el primer momento si Gregory decía o no la verdad. No se trataba de una pregunta directa, del tipo «¿se apellida usted Gregory, sí o no?», sino de algo mucho más complejo que eso. Cuando declaró el primer día pude percibir que dudaba, como si a un nivel subconsciente no tuviese del todo claro por qué hizo lo que hizo. Una parte de él creía saberlo, pero la otra aún seguía preguntándoselo. Estoy convencida de que no descubrió cuál era la verdad en la que él mismo creía hasta el ultimísimo momento, cuando se vio enfrentado a la obligación de responderme.

Creo que tanto él como yo necesitábamos pasar por el juicio entero para poder llegar hasta ese instante. Gregory ha estado soportando una carga muy grande sobre sus hombros desde que tuvo lugar el incidente, pero cuando respondió por fin a esa última pregunta se sintió liberado y en paz consigo mismo.

—¿Percibiste todo eso?

—Sí que lo hice. Al final.

Invierno frunció los labios por un instante y después asintió con la cabeza.

—Gracias por explicármelo, Leia. Sé que estás cansada, pero tenía que preguntártelo.

—Ya sabes que para ti siempre estoy disponible, cansada o no. Y ahora, ¿puedes contarme qué ha estado pasando ahí fuera durante estos días?

Mientras ha durado el juicio me he aislado de todo a propósito, pero ahora se supone que tengo que volver a Seibergia.

—En las principales ciudades se están produciendo manifestaciones organizadas por la, hasta ahora, clandestina oposición al gobierno de Somolovich. Se rumorea que el dictador está empezando a perder el control, pero ya te contaré los detalles durante el viaje. Tu transporte está ya dispuesto —Invierno sonrió brevemente, pero se puso seria de nuevo al darse cuenta de que a Leia se le iba la mirada de repente—. ¿Leia? ¿Estás bien?

—¿Qué? Ah, sí, no es nada. Te estaba escuchando, pero es que por un instante he sentido como si… —Leia miró a Invierno a los ojos—. ¿Está Luke aquí?

Invierno exhibió una amplia sonrisa.

—Y todavía dices que tus poderes no son gran cosa —En ese mismo instante se escuchó el llamador de la puerta.

—Adelante —dijo Leia poniéndose en pie. Su corazón saltó de alegría cuando sus ojos le confirmaron lo que en su interior había ya presentido.

—¡Hola, Leia! —dijo Luke Skywalker mientras cubría la distancia que les separaba en dos cortos pasos. Leia lo abrazó encantada.

—¡Hola, Luke! ¡Estoy tan contenta de verte! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

¿Tres meses?

—De hecho han sido cuatro. Eres una mujer ocupada, mi querida hermana melliza.

—¿Yo? ¿Y qué hay de ti, mi encantador hermanito? Ya era bastante difícil ponerse en contacto contigo cuando eras comandante del escuadrón Pícaro, pero desde que has decidido asumir la responsabilidad de reconstruir la Orden Jedi tú solito… Pero déjame que te vea bien. ¿Es un traje de vuelo de piloto de caza lo que llevas debajo de ese viejo poncho?

—Sí. Vine directamente desde la plataforma de aterrizaje y me encontré con Invierno por el camino. No he tenido tiempo de cambiarme.

Leia adoptó una expresión divertida.

—No pretenderás llevarme a Seibergia a bordo de tu ala-X, ¿verdad? Cuando Invierno me ha dicho que ya tenía transporte no he pensado en un crucero de lujo, pero sí al menos en algo lo suficientemente grande como para poder permanecer de pie en su interior. No te ofendas, pero hacer el viaje sentada sobre tus rodillas está por debajo de mis expectativas.

Invierno y Luke soltaron una carcajada los dos a la vez.

—Yo no soy tu transporte, Leia, sólo la mitad de tu escolta. Mon Mothma pensó que sería una buena idea.

—Y lo es —Leia se rió de nuevo y le dio a Luke otro abrazo—. Ojalá se le ocurrieran ideas como ésta más a menudo.

—Ah, pero es que sí que se le ocurren.

—¿Qué quieres decir?

Luke sonrió con expresión traviesa.

—Tu transporte es el *Halcón Milenario*.

Leia se quedó de una pieza.

—¿Han está aquí también?

—Dijo que si aguantar tu compañía durante unos días era el precio que tenía que pagar para que le concedieran un permiso de sus labores como general, y poder darse así un garbeo con el Halcón, lo pagaría gustoso.

Leia puso los ojos en blanco.

—Sí. Es muy propio de él haber dicho algo por el estilo.

—Bueno, ya sabes, también dijo que se estaba muriendo por verte, aunque un instante después amenazó con pedirle a Chewie que me arrancara la piel a tiras si se me ocurría repetírtelo a ti.

Leia sonrió radiante.

—Te guardaré el secreto. ¿Y dónde está exactamente?

—En algún lugar por encima de nuestras cabezas. Primero iba a acompañar a Chewie a hacerle una visita a su sobrina, que sirve como cocinera en el *Guarida del Lobo*. Mañana bajarán a recogerte a primera hora.

—Bien —dijo Leia, esforzándose por ocultar la decepción que le producía saber que iba a tener que esperar aún para ver a Han— ¡y que al parecer él no tuviera tanta prisa como decía por verla a ella! —y esperando que Luke, con Fuerza o sin ella, no se hubiera dado cuenta—. Eso nos deja todo el resto del día para charlar nosotros. Invierno, ¿tienes planes para hoy?

—La verdad es que sí, así que por mí no os preocupéis. Desde que oí hablar de esas formaciones de coral que los mon calamari utilizan como bancos de datos orgánicos, he estado esperando a tener una ocasión para verlos con mis propios ojos. Uno de los asistentes del almirante Ackbar se ha presentado voluntario para acompañarme. Volveré a tiempo para pilotar el otro ala-X de tu escolta.

—Así que tú eras la otra mitad —dijo Leia sorprendida sólo a medias.

—Para mí será un placer tener a una mujer ala tan encantadora —dijo Luke, enrojeciendo al instante por su propio atrevimiento. Leia sonrió. En algunos aspectos su hermano no dejaría jamás de ser un joven granjero de un planeta tan rural y apartado como pocos.

—El placer será enteramente mío, aunque lo has entendido al revés —repuso Invierno con un guiño dirigido tanto a Luke como a Leia—. *Tú* serás mi hombre ala.

—Todo el tiempo has sabido que iban a venir los dos —dijo Leia riéndose por la broma de su amiga—, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, pero no quería estropearte la sorpresa. Y ahora disculpadme, tengo que encontrar un equipo de buceo de mi talla y luego salir disparada. ¿Estarás a salvo en la compañía de tu hermano jedi?

—Si pudo sacarme de la Estrella de la Muerte, digo yo que podrá enfrentarse a cualquier cosa que se nos ponga por delante aquí, en Mon Calamari.

—Han y Chewbacca también ayudaron —dijo Luke con humildad—. Y también Ben…

—Sólo bromeaba, hermanito. No puedo hablar por el general Kenobi, pero lo que sí es seguro es que ni tú ni esos dos contrabandistas de medio pelo con los que te presentaste habríais salido de allí con vida si no llega a ser por mí —Los tres se rieron a carcajadas. Invierno abrió la puerta para irse y les dijo adiós con la mano.

—Diviértete mucho —le dijo Leia—. Y en cuanto a ti —añadió volviéndose hacia Luke— ¿habías estado aquí alguna vez?

—¿En Mon Calamari te refieres? Sólo en la órbita, un par de veces. Al planeta no había bajado hasta ahora.

—Pues entonces ve y ponte alguna ropa decente. No tenemos todo el tiempo que haría falta para enseñarte esto como es debido, pero pensaré en dos o tres cosas que podamos hacer de aquí hasta la cena.

—Estoy en tus manos, Leia —respondió Luke sonriendo de oreja a oreja.

Te veo en quince minutos.

—Perfecto —Leia le observó mientras se marchaba y consideró comenzar a preparar el equipaje. Abrió su bolsa de viaje pero al momento cambió de idea y volvió a cerrarla. Tendría tiempo de sobra más tarde. Leia se tumbó sobre la cama con las manos bajo la nuca y una gran sonrisa en la cara. Se encontraba realmente bien. El cansancio y la tensión se habían evaporado como por arte de magia. Sólo ahora empezaba a ser consciente de la falta que le hacían unas vacaciones, por pequeñas que fueran, aunque al parecer Mon Mothma lo había pensado por ella. En cuatro días o algo así— suponiendo que no tuviera problemas con sus caprichosos hiperimpulsores, el *Halcón* podía hacer el viaje a Seibergia en tres días —volvería a asumir sus responsabilidades y el trabajo diplomático. Pero antes de que volviera a sentarse a una mesa de negociación podría pasar algún tiempo con su hermano y con sus mejores amigos, especialmente con Han. Luke e Invierno podían turnarse para acoplar sus ala-X al *Halcón Milenario* y entrar a descansar un poco, refrescarse y comer algo decente, pero probablemente pasarían la mayor parte del viaje en la cabina de los cazas. Han y ella tendrían ocasiones de sobra para estar a solas— ahora le daba las gracias a la Fuerza por no haberse traído con ella a Trespeó —mientras Chewbacca se encargaba de pilotar la nave y vigilar que ninguno de sus sistemas se rebelase como de costumbre. Tendrían tiempo para hablar de cualquier cosa, pero sobre todo acerca de ellos y de la caótica relación que mantenían. Tiempo para pelearse, eso seguro, y tiempo para reírse de sí mismos y reconciliarse. Su cuerpo temblaba ante la perspectiva de volver a hacer el amor en una de las estrechas literas del *Halcón*. La última vez terminó con una buena colección de golpes y cardenales, y sin embargo estaba deseando repetir la experiencia… La galaxia seguiría girando y convulsionándose a causa de la guerra, pero durante tres días ella se sentiría muy lejos de todo eso. Leia suspiró. Sí, esos tres días los iba a aprovechar.

A bordo de la nave nodriza del escuadrón Cabeza de Lobo había llegado la hora de las celebraciones. En una semana o poco más se marcharían de Mon Calamari, una vez que las reparaciones en *el Guarida del Lobo* estuvieran todas terminadas y se hubiesen realizado las pertinentes pruebas, pero de momento y para casi todo el mundo aquello eran vacaciones. Pilotos, mecánicos y miembros de la tripulación habían llorado sus pérdidas durante demasiado tiempo, y habían estado sometidos a una presión inmensa durante más tiempo aún. La noticia de que Llamarada y Alce habían sido absueltos se propagó como llevada por el viento, y a todos les pareció que la ocasión y las circunstancias bien merecían que se montase un buen jolgorio. La capitán de navío Gen'yaa ordenó al personal de seguridad que mantuvieran una discreta vigilancia sobre las diversas fiestas que, de modo más o menos espontáneo, iban surgiendo en las distintas dependencias de la nave —de forma que no tuvieran que nada que lamentar al día siguiente—, pero también les instruyó para que hicieran la vista gorda ante cualquier exceso siempre que la seguridad del *Guarida* no se pusiera en peligro. La capitana sabía muy bien que su gente necesitaba una válvula de escape para airear la tensión largamente acumulada. *Después trabajarán mucho mejor*, pensó para sí mientras se encerraba en su camarote para no ver ni oír nada de nada durante las próximas horas.

Una vez a solas consigo misma se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción. Las cosas habían salido bastante bien, mucho mejor de lo que se hubiera atrevido a soñar cuando estaban metidos hasta las cejas en el conflicto seibergio. Con ese pensamiento en mente, se sentó frente a su consola y solicitó una conexión segura con Bothawui, la cual obtuvo sin problemas. Sin duda se podía confiar en los bothan para que mantuvieran operativas sus comunicaciones. Gen'yaa introdujo un código y esperó pacientemente. Diez minutos más tarde el rostro del consejero Fey'lya apareció sobre la pantalla.

—Saludos, capitán de navío Gen'yaa, ya me han informado de todo. Mi más sincera enhorabuena.

Gen'yaa inclinó la cabeza en señal de deferencia.

—Gracias, consejero Fey'lya. Todo el mundo se ha esforzado al máximo. Por cierto, debo señalar que el capitán Bel'aan, particularmente, ha demostrado ser un recurso muy valioso cuando el campo de batalla es la sala de un tribunal —*Promesa cumplida, capitán*.

—Tomaré buena nota de su recomendación, capitán. Y ahora dígame, ¿en qué estado se encuentra su nave? ¿Está usted satisfecha con las reparaciones?

—Sí, consejero, de hecho pronto habremos terminado aquí. Su influencia ha sido realmente notoria. Los mon calamari se han mostrado de lo más colaboradores, dispuestos incluso a escuchar mis propuestas de modificaciones sobre el diseño original. Entre otras cosas, se nos ha equipado con una coraza blindada retraíble que protegerá nuestro nuevo cañón de iones cuando no lo estemos usando. Eso hará mucho más difícil que vuelvan a hacerlo pedazos con un misil de impacto como nos pasó en Seibergia. Los generadores de escudos han sido también actualizados, y será posible reconfigurarlos de modo mucho más eficiente durante el combate.

—Excelente. Cualquier otra cosa que necesite, hágamela saber.

—Gracias de nuevo. ¿Puede anticiparme algo sobre cuál va a ser nuestra próxima misión?

—Una que le satisfará sobremanera, capitán. El *Guarida del Lobo* no va a volver al cúmulo Viayak, sino al frente imperial. Puede que el Imperio nos haya expulsado de Pyria, pero vamos a hacerles la vida imposible mientras permanezcan ellos allí. Su tarea, capitán, será la de infiltrarse en el sector como solía hacer usted con la *Mynock Curioso*, espiar los movimientos del enemigo y recoger datos de inteligencia, pero también lanzar ataques relámpago contra cualquier objetivo que usted estime conveniente y siempre que le surja la oportunidad. Como en los buenos viejos tiempos de la Alianza, ¿verdad?

Gen'yaa sonrió.

—Adivino que esta vez no tendremos que preocuparnos demasiado por la posibilidad de causar daños colaterales.

—Exacto. No encontrarán a demasiados civiles allí, sólo bases imperiales, estaciones de avituallamiento y convoyes militares. Ah, se le pedirá que intente usted capturar algunos TIE intactos. Al parecer su viejo amigo, el general Crix Madine, nunca tiene suficientes para sus operaciones encubiertas.

—He ahí un coreliano con el que no me importa trabajar. Será un placer para mí servirle de ayuda.

—Lo está haciendo muy bien, capitán. Llegué a estar realmente preocupado por usted y por su futuro cuando la situación en Seibergia nos explotó en la cara, pero ha conseguido salir reforzada de la crisis. Es usted un orgullo para el pueblo bothan. Siga haciendo su trabajo como hasta ahora y yo me aseguraré de que su nombre salga a relucir cuando se discutan nuevos ascensos a almirante en el Consejo.

Talina Gen'yaa sintió que se ruborizaba —aunque muy levemente—, lo cual era extremadamente raro en ella. Tan raro como el recibir semejantes elogios por parte del consejero Fey'lya. —Muchísimas gracias, consejero. Me honra usted.

Fey'lya hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Hasta la próxima, capitán de navío Gen'yaa. Por favor, manténgame usted informado de sus hazañas.

—Lo haré —respondió ella mientras la imagen del político se desvanecía.

Gen'yaa se recostó contra el respaldo de la silla y dejó escapar una breve carcajada.

—Sí señor. Las cosas han salido *muy* bien.

—No creo que aceptar la oferta de Ivonne para que nos preparara un banquete haya sido una buena idea —le iba diciendo Raiven a Solo. Los dos pilotos iban camino de las cocinas del *Guarida del Lobo* para cumplir la última orden de Víbora como comandante en funciones del escuadrón— ésas habían sido sus palabras exactas —Habían sido

honrados con la misión de ayudar a Groznik y a Ivonne a llevar la comida al *Refugio Antibombas*.

—Tienes que admitir que fue la mar de amable por su parte.

—Oh, sí, pero mi estómago ya tiene suficientes problemas intentando digerir la comida *supuestamente* humana que suele preparar. Un festín al estilo wookie promete ser mucho más de lo que puedo aguantar sin pasar por la sección médica.

—Quizá debería añadir lo persuasiva que fue también. Como tú no estabas allí, te diré que parecía hablar en serio cuando amenazó con arrancarle los brazos a cualquiera que declinara la invitación.

Raiven casi se atragantó.

—Eso es lo que pasa cuando aceptas a una wookie por cocinera. Y digo yo, ¿qué tienen de malo los procesadores de alimentos que hemos conocido durante toda nuestra vida adulta?

Solo se rió.

—Al menos tenemos de vuelta al doctor Benny. Sus remedios herbales para la indigestión y otros dolores semejantes van a estar de lo más solicitados esta noche. Bueno, ya llegamos. Intenta que no se te caiga nada, o no tendrás que preocuparte por no comer lo suficiente para el gusto de Ivonne.

Te arrancará los brazos aquí y ahora y Groznik le ayudará a hacerlo.

—Pues entonces ten cuidado tú también con esas torpes manos tuyas, amigo mío.

Cuando la puerta de las cocinas se deslizó a un lado para dejarles entrar, Solo y Raiven se encontraron a tres wookies conversando animadamente en torno a lo que parecía una montaña humeante de comida, algunos de cuyos ingredientes parecían seguir aún con vida —al menos estaba claro que se movían—. Groznik llevaba apagado su traductor, así que los dos pilotos humanos no podían entender nada de la cacofonía de gruñidos y rugidos procedentes del grupo. Raiven tragó saliva ante la visión del banquete que les esperaba.

—Oye, compañero —dijo Solo en voz baja, casi inaudible por los gritos de los wookies—, creí que sólo había dos wookies a bordo del *Guarida del Lobo*.

Esos son Groznik e Ivonne, ¿pero quién es el otro?

—No lo sé, pero me pone los pelos de punta. Míralo, es todavía más alto que Groznik.

—Hey, oficiales —dijo alguien detrás de ellos—, ¿podéis ayudarme a encontrar el bar de los pilotos? Me estoy cansando de escuchar las historias familiares de estos tres.

Solo se volvió y abrió la boca para contestar, pero su conmoción al reconocer al hombre que tenía ante sí, a pesar de que no vestía de uniforme, casi le hizo tragarse la lengua.

—¡General Solo, señor!

—Tranquilo, piloto, que esto no es nada oficial. Se supone que estoy aquí de incógnito. Podéis tutearme y llamarme simplemente Solo. ¿Y vosotros sois…?

—Solo, señor, quiero decir, capitán Charbel Tengroth, señor, eh, Solo.

Raiven estaba haciendo visibles esfuerzos para no soltar una carcajada.

—Y éste es mi compañero, el teniente Mike Rovardi.

—Encantado de conocerte —dijo Raiven—. Nos estábamos preguntando quién era el enorme wookie, pero creo que ya lo sabemos.

—Ah, sí, Chewbacca estaba loco por ver a su sobrina y degustar lo que él llama comida de verdad.

—Parece que no era casualidad el que a Ivonne le diera por preparar un festín wookie precisamente hoy —dijo Solo.

—El secreto está en mezclarlo todo bien con sus licores. Vuestro estómago sufrirá mucho menos por el abuso, aunque probablemente estaréis borrachos mucho antes de llegar al postre. Eso también ayuda, por supuesto.

Han Solo se echó a reír.

—No, ahora en serio. Pegaos los dos a mí y comed lo mismo que yo coma. Procuraré elegir sólo los platos más seguros.

—Muchas gracias. Tu ayuda en esto será de lo más apreciada, te lo aseguro —contestó Raiven con una sonrisa de alivio.

—No hay de qué. Ah, por cierto, estoy un poco confundido. Cuando os he preguntado el nombre, tú has dicho primero Solo y luego has cambiado y has dicho… ¿Tengroth? Ése es un apellido coreliano, y tu acento me suena al viejo hogar, también.

—Cierto. Me llamo Tengroth, pero mi apodo es Solo. Y desde luego que sí, soy coreliano.

—Tu apodo, ¿eh? Eso lo explica. Por un momento creí que éramos parientes o algo así. O sea, que tú eres ese Solo del que he oído hablar tanto, el que resolvió la crisis seibergia con su compañero… Ah, ¿ése eras tú, Rovardi? Vaya, pues tenéis que contarme la historia completa. Remojándola con unos tragos de Whyren Reserva, claro.

—Será un placer —dijo Raiven—. Se suponía que teníamos que ayudar a Ivonne y a Groznik a llevar la comida, pero me parece que ya tienen toda la ayuda que necesitan.

—Sin duda.

—Es una pena que ya no nos quede Whyren Reserva a bordo —comentó Solo con una expresión súbitamente apenada.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Han Solo abriéndose la chaqueta.

Los cuellos de dos botellas asomaban de un bolsillo interior realmente grande.

Solo reconoció las etiquetas al primer vistazo.

—Realmente tengo que compartir este cargamento, ¿sabéis? Mañana tengo que ver a una chica y no quiero enfrentarme a ella con algo que supere a una resaca clase media.

—Me parece estupendo, Solo.

—Acabo de convertirme en Han para ti y para tu amigo. Y Dime, Mike, ¿tú también juegas al sabacc como tu compañero? También me he traído una baraja y un campo aleatorio portátil…

Llamarada y Alce disfrutaban de la fiesta en el Refugio Antibombas, de la música, de los chistes e incluso de la exótica cena —después de un mes de sopa nutritiva se habían vuelto mucho menos exquisitos en lo referente a la comida, si es que alguna vez lo habían sido—, pero sobre todo de la compañía de los amigos. Algunos de ellos, no obstante, recordarían esta celebración en particular con algo menos de alegría, puesto que Han Solo estaba dejando en cueros a todos los que se atrevían a sentarse a su improvisada mesa de sabacc, empezando por «el otro Solo». El verpine Meggo era el invitado estrella del escuadrón, por su decisiva acción que culminó con la absolución de Llamarada y de Alce. Phasx y él parecían pasárselo bien, aunque era difícil estar seguro con ellos salvo por el ocasional movimiento de antenas. Si no se producían retrasos, las nuevas piernas de Meggo llegarían en un par de días, y entonces el doctor Al Saruff le operaría para realizar los implantes él personalmente.

En un momento dado, cuando el nivel de ruido comenzaba a descender ya gradualmente —con la única excepción de la mesa ocupada por los tres wookies— aunque todavía no se había ido nadie, la risa alegre de Llamarada se fue transformando en una sonrisa de melancolía mientras miraba a su alrededor.

—¿Pasa algo, cielo? —preguntó Alce a su lado.

—Nada. Es sólo que me estoy acordando de otras fiestas como ésta.

—Y echando de menos a los que ya no están, ¿verdad?

—Sí, algo así. Ha sido un largo viaje, ¿no crees? Quizá no en el tiempo, ¿cuánto? ¿Tres años? Pero la cantidad de cosas que han pasado, las aventuras, las tragedias, tantos buenos y malos momentos… —Llamarada miró de reojo el vaso medio vacío que sostenía en la mano e hizo una mueca—. Debes pensar que se me está subiendo esto a la cabeza.

—No te digo que no —Alce sonrió—. Pero lo cierto es que yo estaba pensando más o menos en las mismas cosas. Sabes, durante bastante tiempo he sido el oficial de Entrenamiento del escuadrón. He visto un buen puñado de rostros jóvenes llegar y perderse en un fogonazo. Si me pusiera a contarlos… Siempre he intentado evitar este tipo de pensamientos. Son peligrosos cuando lo que debes hacer es concentrarte en mantenerte vivo a ti mismo y a aquellos a tu cargo —Llamarada asentía—, así que haces todo lo posible por intentar que no te afecte. Pero siento como si todo lo que ha pasado, lo bueno y lo malo, hubiera derribado de algún modo todos los muros que había erigido para protegerme.

—Eso no es necesariamente malo.

—No he dicho que lo sea. Pero ahora soy consciente de un montón de cosas que antes solía ignorar, o que hacía como si no las viera. Cosas que ahora me parecen más importantes que nuestro trabajo, más importantes que la guerra.

—Sé lo que quieres decir. Yo solía pensar no hace tanto que ser comandante de escuadrón era lo mejor que me había pasado nunca. Estaba orgullosa de haber llegado hasta aquí, era mi vida. El resto de cosas parecían venir en el mismo lote. Todos mis mejores amigos eran pilotos del escuadrón.

El hombre del que me había enamorado también era otro piloto…

—¿Se puede saber de quién estás hablando? —bromeó Alce.

—Ciertamente no de ti —respondió ella, aunque al tiempo que lo decía desmintió sus propias palabras apretando la mano de Alce con la suya—. No, en serio. El escuadrón era la razón y el origen de todo. Pensaba que si perdía eso, perdería mi vida entera. Pero ahora ya no pienso de ese modo. Tú y toda esta banda de impresentables, vosotros sois mi vida. No el escuadrón, no ser comandante, ni siquiera ser piloto. Os guiaba al combate y me olvidaba de quiénes erais mientras tuviésemos una misión que cumplir. Quizá es así como debe ser, pero ya no sé si podría hacerlo de nuevo. He descubierto que no soy tan infalible. No es que antes creyese que lo era, pero confiaba por completo en mi capacidad para decidir qué era lo que había que hacer en cada momento. Ya no estoy tan segura. Era consciente de que podía conduciros a todos a la muerte si me equivocaba, o causar la muerte de otros que no lo merecían. El saberlo formaba parte de mi trabajo. Pero ahora me he dado cuenta de que me importáis demasiado, no sólo vosotros, sino también aquellos a los que podríamos causar algún daño por accidente, como esos refugiados, como para no preguntarme a cada segundo si estoy tomando la decisión más correcta. Rúster tenía razón: los tiempos han cambiado, pero nosotros hemos cambiado también.

—Cada palabra que has dicho refleja mis propios pensamientos. Llevo dándole vueltas a esto desde el mismo instante en el que Organa dijo que éramos inocentes. También he pensado en lo que me dijo Gen'yaa el otro día, ya sabes, eso acerca de la gente a la que aún podemos ayudar. Creo que Gen'yaa dio en el blanco. Tenemos una responsabilidad por ser quienes somos y por lo que somos. Siento que tengo el deber de seguir volando y peleando para hacer de esta galaxia un lugar mejor, pero siento también que no quiero hacerlo desde una posición de mando, ni siquiera el de un grupo de vuelo.

Quiero volver a ser un piloto más, uno que obedezca sus órdenes y lo haga lo mejor que pueda para llevarlas a cabo. Inocente o no, la próxima vez que le dispare a algo, quiero que sea porque alguien me lo ordena. A lo mejor es un poco egoísta por mi parte, pero no puedo evitarlo.

Llamarada asintió.

—Estos días me he estado preguntando si estaría dispuesta a renunciar al mando del escuadrón, y si eso era realmente lo que quería. Ahora lo sé.

—¿Estás segura? —Alce la miró con sorpresa y preocupación—. Para mí es más fácil decir que no quiero una posición de mando, sólo soy el oficial de Operaciones. Lo mío es un mando técnico más que otra cosa, ¿pero tú? Mira, eres una de las mejores comandantes que he conocido nunca, y he conocido a unos cuantos. ¿Puede que sea por la bebida, cómo tú misma has dicho antes?

¿O quizá por mi enorme bocaza?

—No —respondió Llamarada mirando a Alce directamente a los ojos.

Sonreía, pero su mirada era tan seria como sus palabras.

—Soy una piloto estupenda, y quizá también una buena comandante, pero de lo segundo ya he tenido bastante. Yo tampoco puedo evitar ser egoísta en esto. Que sean

otros los que decidan a partir de ahora, yo me limitaré a hacer lo que me digan y a intentar hacerlo lo mejor posible, como tú decías.

—Tendrán que entenderlo.

—Y si no lo entienden me da igual, puedo vivir con ello.

Ambos miraron a Víbora, que estaba charlando animadamente con Mar Hanniuska. Ella se reía por algo que él le estaba contando. Después de darles la enhorabuena por el resultado final del consejo de guerra, lo siguiente que había dicho Víbora era lo feliz que le hacía poder devolverle el escuadrón a Llamarada. De hecho ahora se le veía aliviado y relajado como nunca.

—No le va a gustar —dijo Alce.

—Lo hará, con el tiempo. Ahora al fin, una vez que ya no estoy estúpidamente preocupada por la posibilidad de que me esté intentando quitar mi escuadrón, me doy cuenta de Víbora que está hecho para ser comandante.

—¿Esperamos hasta mañana? Odiaría estropearle lo que queda de fiesta.

—Yo también, pero mañana puede que sea demasiado tarde. Esto es algo que no quiero reconsiderar. Venga, vamos.

Desde el mismo instante en el que los vio levantarse y venir hacia él, Víbora tuvo un mal presentimiento. *Por una vez que me lo estaba pasando bien de verdad*, pensó Víbora mientras caminaba hacia el camarote de Ibero, muy próximo al suyo. Allí lo encontró, aparentemente muy ocupado sentado frente a su consola.

—No te lo vas a creer —dijo cuando la puerta se cerró a su espalda.

—¿Creerme qué?

—Que Llamarada ha dimitido como comandante del escuadrón. Tanto ella como Alce están dispuestos a aceptar que los degraden en rango con tal de no tener que volver a ocupar sus antiguas posiciones.

—Pero yo creí que ahora… Quiero decir, les han declarado inocentes, ¿no?

Víbora se encogió de hombros incómodo.

—Si quieres saber por qué lo hacen tendrás que preguntárselo a ellos.

Ibero resopló.

—Olvídalo. ¿Significa eso que tú y yo vamos a seguir siendo comandante y oficial ejecutivo?

—Sí, pero ya no sólo en funciones. A Gen'yaa no le han informado todavía, pero lo más probable es que apruebe el cambio. A ella en el fondo le da igual, aunque estoy seguro de que no le es fácil entender que alguien quiera ser degradado a propósito. Por favor, no me digas que piensas rechazar el ascenso cuando te lo ofrezca. Bastante tentado estoy yo de hacerlo.

Ibero se tomó su tiempo para responder, lo que hizo a Víbora temerse lo peor.

—No podría hacerte eso —dijo el iberiano al final. Víbora casi suspiró de alivio—. Pero… oh, mierda. Me gustaba más trabajar con los temas de Inteligencia, ya sabes.

—A mí también. Pero entonces se fue Avalancha y Llamarada me eligió como su oficial ejecutivo.

Ibero sonrió entre resignado e irónico.

—Y ahora vas y me haces lo mismo tú a mí, ¿eh?

—Algo así —respondió Víbora devolviendo la sonrisa—. Yo tampoco quería esto. De hecho, jamás he pretendido llegar a mandar un escuadrón, era algo que sencillamente no me planteaba.

—Lo sé. En los días en los que me uní a vosotros, eras el arquetipo del cazador solitario con una vena suicida. Todavía no se me ha olvidado la vez aquella en que atacaste a un portanaves de escolta por tu cuenta, solos tú y tu ala-A. La bronca que te echó Avalancha se oyó dos cubiertas más abajo… Ah, y aquella otra en que…

—De memoria estoy bien todavía, gracias. —Víbora sonrió para suavizar la aparente rudeza de su respuesta—. Pero tienes razón. Solía verme a mí mismo exactamente así, como un cazador solitario. Incluso prefería volar sin hombre ala para no tener que preocuparme por nadie más.

Ibero asintió con la cabeza.

—Pero empezaste a cambiar después de aquella excursioncita que hicimos hace ya casi dos años, ¿recuerdas? Cuando descubriste que tu antigua novia seguía viva y que su muerte fue un engaño, como casi todo lo que te rodeaba mientras estuviste en el otro bando. Y no has dejado de cambiar desde entonces.

—¿Eso crees? Sí, supongo que sí que he cambiado. He dejado el pasado atrás, donde debe estar, y me he ido acostumbrando a confiar otra vez en la gente. A necesitarles y a que ellos me necesiten a mí. Pero aún así, esto no entraba en mis planes. Ni para hoy ni para el futuro inmediato.

—En estos tiempos no se pueden hacer planes, ya lo sabes —Víbora notó algo extraño en el tono de Ibero, aunque no sabía muy bien qué. El iberiano dejó escapar un suspiro—. ¿Qué te ha dicho Llamarada?

—Que tengo todo el entrenamiento y la experiencia que necesito. Que prefiere cederle el mando a alguien de dentro del escuadrón en quien confía que a alguien venido de fuera. También dijo que el hecho de que no quiera el cargo me hace más indicado aún para ostentarlo.

—Sólido argumento, si lo piensas bien. Significa que no utilizarás el escuadrón como medio para seguir consiguiendo ascensos.

—Por supuesto que no. Pero aún me cuesta verme en esta posición. La primera vez que entramos en combate conmigo al mando perdimos a cuatro pilotos.

—Y en la última no perdimos a ninguno. Lo que le pasó a Torpedo y a los otros no fue culpa tuya. Tal y como estaban las cosas, alguien tenía que caer ese día. Yo mismo estuve a puntito de que me picaran el billete.

—Lo sé, y eso es precisamente lo que me quita el sueño. Supongo que tendré que acostumbrarme. ¿Se lo contaste a tu mujer, por cierto?

—No, qué va. Esto ya es bastante duro para ella. Prefiero que no se entere de que he estado a punto de cruzar la línea. Otra vez.

Víbora asintió.

—A veces me pregunto cómo lo aguantas. Me refiero a que el tener tu propia familia tiene que hacerte ver el peligro bajo una perspectiva muy diferente.

Ibero apretó los labios.

—Así es. Sobre todo cuando la palabra familia incluye hijos o hijas. A veces resulta difícil ignorar el impulso de salir huyendo.

Ibero apartó la mirada por un instante y Víbora siguió su recorrido. Sobre su terminal rotaban lentamente los esquemas de una nave de un modelo desconocido, mostrando la disposición de varios sistemas en el interior de la estructura principal.

—¿Qué es eso? —preguntó por curiosidad, y también un poco por cambiar de tema de conversación.

—Una oferta de trabajo, uno civil. La recibí hace una semana, cuando ya estábamos aquí.

—¿Qué? ¿Así que has estado pensándote lo de dimitir?

Ibero volvió a suspirar al tiempo que negaba con la cabeza.

—Admito que he jugado con la idea, pero acabo de responderles con una negativa. Por eso me he ido pronto de la fiesta. No quería retrasarlo más.

Víbora tardó algunos instantes en terminar de digerir aquello.

—Pero, ¿de qué iba la oferta?

—Era de Incom Corporation. Están en las primeras fases del desarrollo de una nueva generación de caza estelar. De momento lo llaman ala-E por la forma. Esto que ves aquí son unos diseños preliminares que me han enviado junto con la oferta. Piensan tener a varios equipos trabajando a la vez en distintos subproyectos, y lo que me proponían era ser el ingeniero jefe del grupo encargado de desarrollar el software del ordenador de vuelo. Dicen que mi experiencia militar me permitiría saber en cada momento qué es lo que un piloto de caza necesita realmente de su ordenador y qué no, y asegurarme por tanto de que eso sea exactamente lo que se encuentren cuando se sienten a los mandos del nuevo modelo.

—Desde luego tiene sentido.

—Muchísimo. Lo tienen todo pensado. El trabajo en sí es como un sueño hecho realidad, el sueldo una maravilla, sobre todo al compararlo con lo que ganamos como pilotos, y encima podría hacer la mayor parte del trabajo sin moverme de Iberya, si eso es lo que quiero. Pero eso no es todo, tenían incluso una oferta para mi mujer. Es matemática, ya sabes, y según ellos la Incom estaría encantada de añadir una más a los muchos que ya tiene en nómina.

Ah, y cuando mi hija fuera lo bastante mayor, se comprometían a pagarle una beca de estudios para que fuera a la universidad que eligiera.

Vyper silbó con incredulidad.

—¿Entonces dónde está el pero?

Ibero asintió con tristeza.

—El pero es que no puedo aceptar este trabajo ni ningún otro. Aún no, quiero decir. No puedo irme tranquilamente y dejar que seáis otros los que os encarguéis de seguir luchando contra el Imperio, de mantenerlo a raya para que mi familia y yo podamos disfrutar de una vida pacífica y segura. Maldita sea, la Nueva República liberó mi planeta hace apenas unos meses. Todos vosotros estabais allí, y hubo mucha gente que se dejó la piel en el intento. Luchando por mi familia y por mí mismo, entre otras cosas.

—Tú también estabas allí.

—Sí, pero es que era *mi* planeta, ¿no es así? Siento que he contraído una deuda que no he pagado aún. Con la Nueva República y con este escuadrón. Y contigo también.

—Venga, me has salvado el trasero más de una vez.

—No las suficientes como para estar empatados —Ibero sonrió—. Quizá algún día, cuando tomemos Coruscant o algo así, y si no me han matado todavía, me sentiré libre para decir adiós a esta clase de vida.

—Tomar Coruscant… Qué bien suena. Para entonces yo también podría pensármelo. Antes de entrar en la Academia, me quedaba sólo un curso para terminar mi carrera. Ingeniería fotoeléctrica.

—¿Estudiabas ingeniería? —preguntó Ibero con expresión sorprendida, y quizá un tanto dolida—. Nunca me habías hablado de eso…

Víbora se encogió de hombros a modo de disculpa.

—No creo que lo sepa nadie aquí. Es una de esas cosas que parecen olvidárseme a mí mismo la mayor parte del tiempo. Tenía tantas ganas de convertirme en piloto de caza que cuando vi que por fin habían aprobado mi solicitud lo dejé todo para salir volando hacia Carida. Familia, amigos, estudios, todo.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

Víbora negó con la cabeza.

—No, en realidad no. Para empezar, si no me hubiera marchado, estaría tan muerto como el resto de la colonia… Pero ahora que te he oído hablar de lo de ese trabajo para Incom, mira, eso es algo que me puedo imaginar haciendo para ganarme la vida.

—¿Sí? Pues si quieres puedo enviarles un mensaje, decirles que conozco a alguien que encajaría seguro para el puesto.

Víbora se echó a reír.

—No me tientes, no me tientes, hoy no. No, como tú dices, a mí tampoco me ha llegado la hora para dejar esto. Yo también tengo una deuda que saldar, una bien alta, por el tiempo que pasé luchando para el Imperio y la gente a la que maté en su nombre.

—Así que estamos juntos en esto.

—Exacto, amigo mío. —Víbora le ofreció la mano extendida a Ibero y éste se la estrechó sin vacilar—. Me alegro mucho de poder contar conmigo.

Ibero asintió pero no dijo nada. Víbora decidió que era momento de hablar de otra cosa antes de que a los dos les entraran ganas de volver al *Refugio Antibombas* a emborracharse y a llorar juntos.

—Muy bien. Ahora ponme al día de todo lo que ha pasado mientras he estado en tierra. Ya me han dicho que el doctor Al Saruff está de vuelta, pero eso es casi todo lo que sé.

—Bien, la otra buena noticia es que todos nuestros cazas están reparados y a punto. Las malas que no tenemos bastantes pilotos para volar en todos ellos.

Víbora frunció el ceño.

—Creí haberte dicho que enviaras una solicitud al Mando de Cazas pidiendo candidatos para cubrir nuestras bajas.

—Y eso hice. Sólo hemos recibido un nombre, un tal Erebus. Antes de que me lo preguntes te diré que a nuestros dos sulustanos los ha reclamado el Mando de Defensa de Sullust. Vienen a buscarles mañana.

Víbora puso los ojos en blanco.

—¿Ese Erebus es lo bastante bueno, al menos?

—Oh, sí, por lo que he visto en su informe nos servirá. Pero es sólo uno de cinco, y me han dejado bien claro que no habrá más por el momento. La Nueva República tiene que cubrir demasiados frentes estos días, y el número de pilotos bien entrenados es limitado.

—No hace falta que me lo digas… Vaya, me temo que no vamos a poder mantener nuestra organización actual. Tres grupos de vuelo es demasiado para un escuadrón con menos de quince o dieciséis pilotos.

—Parecía una buena idea en su momento, pero supongo que tienes razón. Adiós a los Sombras, los Colmillos y los Zarpas.

—Es una verdadera pena. En fin, ¿alguna cosa más?

—Raiven y Solo vinieron hablando acerca de la posibilidad de intentar recuperar el *Al'yin'ia*.

—Creí que se estrellaron con él.

—Sí, pero dicen que los daños se podrían reparar. Pidieron una lanzadera, piezas de repuesto, y que les prestásemos a Hanniuska unos días.

¿Crees que Gen'yaa lo aprobaría?

—No lo sé. Veré qué puedo hacer. —Víbora arrugó la frente—. Imagino que más me vale irme acostumbrando a tener que hablar a menudo con Gen'yaa.

—Sí, cuanto antes te hagas a ello mejor.

—Bueno, vale, pero puede esperar hasta mañana. Lo más urgente es cubrir las vacantes en los puestos de mando. Afortunadamente Llamarada se compadeció de nosotros y se ofreció como oficial Táctico por el momento. Eso nos deja Inteligencia y Operaciones.

—¿Has pensado ya en alguien?

—De hecho, lo he estado considerando desde que nos enteramos de lo de Torpedo. Por aquel entonces había muchas posibilidades de que a Llamarada y a Alce no les dejaran volver al servicio, así que decidí ponerme en lo peor y me fui preparando para tener esta conversación más pronto o más tarde.

—Así que lo viste venir, ¿verdad?

—Supongo que sí. No deja de ser sorprendente cómo han conspirado las circunstancias para llevarnos hasta el mismo punto por un camino diferente.

Bueno, volviendo al tema, ¿qué te parece Araña como oficial de Inteligencia?

Ibero reflexionó sobre eso.

—Tiene cerebro y el grado adecuado de paranoia que requiere el trabajo. Sería un digno sucesor. Y apuesto a que le encantará lo de tener acceso a la información clasificada. Aunque sólo sea por eso estoy seguro de que aceptará.

—Araña entonces. ¿Y para Operaciones?

—A lo mejor te parece una locura, pero creo que se me ocurre alguien para ese puesto.

—¿En serio? Yo también he pensado en alguien, pero dime tú primero.

—Rúster. Ya sé que no es combatiente, pero ya somos cuatro dentro del grupo de mando, ¿no? Quizá deberíamos plantearnos incluir a alguien más acostumbrado a pensar en cómo salvar vidas que en cómo quitarlas. Alguien que estará atento para señalarnos los posibles daños colaterales que podamos causar con nuestros planes para cada misión. ¿Se puede saber por qué sonríes así?

—Porque yo también había pensado en Rúster. Por las mismas razones.

Ibero se echó a reír.

—Ya tengo ganas de ver la cara que pone cuando se lo propongamos y… —Ibero se interrumpió sobresaltado por la súbita aparición de un icono de aviso en la consola, parpadeando sobre los esquemas del ala-E.

—Anda, ¿y esto? ¿Te importa si echo un vistazo?

—Claro que no, haz lo que tengas que hacer —Víbora observó como Ibero entraba en el sistema y buscaba la razón para la señal de aviso. Su expresión fue de sorpresa cuando al parecer dio con la respuesta.

—¿De qué se trata? —preguntó Víbora acercándose.

Ibero se acarició la barbilla durante unos instantes, mirando la pantalla como si no terminase de creerse lo que mostraba.

—Cuando estaban aún en el campo de refugiados —comenzó a explicar—, justo la noche después de que se resolviera todo, Alce me llamó y me pidió que buscara a alguien por él en la Holored, según él un pariente de una de las refugiadas. Parecía muy importante para él, así que hice todo lo que pude.

—¿Y lo encontraste?

—No exactamente. Según los datos que pude recuperar resultó que el tipo, un tal Tedanian, fue uno de los ingenieros que participó en el proyecto Estrella de la Muerte…

—¡Sangre del Emperador!

—Ésa fue mi misma reacción. Las pistas que encontré me llevaron a pensar que había muerto en Endor, a bordo de la segunda de ellas, o asesinado poco después por agentes imperiales. No obstante, con la ayuda de mi unidad R2, programé varias rutinas autónomas y las solté en la Holored para que mantuvieran una búsqueda pasiva, alertas a cualquier rastro de ese hombre diferente a lo que ya había encontrado. Les añadí un parámetro para que se autoborraran al cabo de tres meses… En fin, lo que pasa es que uno de esos programas ha dado con su paradero. Tengo que decírselo a Alce.

—Espera un momento. Si has encontrado a uno de los ingenieros de la Estrella de la Muerte y está vivo…

—…lo más probable es que tengamos que entregarlo.

—Exacto.



Epílogo

—¿Estás segura de que no quieres venirte con nosotros? —preguntó Deveralia. Ella y su familia miraban con aprensión hacia lo que quedaba de la casa de Sdermila. Uno de los muros laterales se había derrumbado por completo, y había importantes grietas en los otros tres. Grandes porciones del tejado se habían hundido, y el resto mostraba claros indicios de que se había producido un incendio. En muchos lugares, la sencilla pintura blanca con la que habían estado cubiertas las paredes aparecía ennegrecida por el humo, cuando no se había consumido por completo. No quedaba ni un solo panel de cristal intacto en las ventanas. Una de ellas tenía el marco totalmente arrancado, fuera de su sitio. La puerta estaba abierta, al parecer desvencijada.

Por comparación, el establo parecía en mucho mejor estado que la casa.

Deveralia miró alrededor. Las otras que había alrededor tampoco presentaban mejor aspecto.

Sdermila sonrió con tristeza mientras negaba con la cabeza.

—No, Deveralia. Os lo agradezco, pero prefiero quedarme aquí. Ahora es una ruina, pero todavía es mi casa, la misma en la que viví felizmente con mi marido y en la que nacieron y crecieron mis hijos —Una vez más, la desgastada mujer sintió como si acabaran de clavarle una daga en el pecho. Su marido, sus hijos, su familia entera había desaparecido para siempre. Esa casa quemada era todo lo que le quedaba de ellos. Su ausencia dolía horriblemente, más incluso aquí que cuando estaba en el campo de refugiados, pero no existía ningún otro lugar en el que quisiera estar.

—Pero es que parece a punto de venirse abajo —objetó Sante—. Los niños estarían encantados si aceptaras venir a vivir con nosotros, a nuestra casa… —El hombre acabó la frase con mucha menos convicción que con la que la había empezado. Por todo lo que sabían, su casa podía estar aún en peores condiciones que ésa, o no existir ya en absoluto. De repente, el vivir cerca de Nurtina no parecía garantía suficiente de que fueran a encontraran un hogar más o menos intacto al que regresar.

—Sí, Sdermila, por favor, ven —imploró Lía, incapaz de imaginar como su padre que su casa pudiera estar en tan mal estado como ésa. A su lado, el inquieto Figor asentía vehementemente mostrándose de acuerdo con su hermana.

—Sería maravilloso vivir con vosotros. Pero no puedo ir, de verdad.

—Tienes nuestra dirección —dijo Deveralia. Siempre puedes venir si más adelante cambias de idea.

—No te digo que no —respondió Sdermila—. A lo mejor en unos días me canso de barrer esto y me voy para allá —Ella sabía perfectamente que no iba a ir, pero dejar la

posibilidad abierta serviría para hacer el adiós más fácil, sobre todo para los niños. No podía dejar que adivinaran lo que realmente tenía en mente.

Redina y Dimeter habían insistido también para que les acompañase a Vina Bosolia. En ese medio devastado mundo se estaba llevando a cabo un proceso de reconstrucción bajo el patrocinio de la Nueva República, y ésta había ofrecido a los refugiados balanios la posibilidad de emigrar allí sin coste alguno. El personal de ayuda del campo les había dicho que en Vina Bosolia tendrían muchas oportunidades de encontrar un trabajo decente y poder empezar una nueva vida. Redina y Dimeter se contaban entre aquellos que habían decidido aceptar la, a priori, generosa oferta, pero Sdermila había dicho que no. No quería ir ni a Vina Bosolia, ni a Nurtina, ni a ningún otro sitio. Se sentía demasiado vieja como para empezar otra vez, y no quería convertirse en una carga para nadie. La verdad era que no tenía deseo alguno de seguir viviendo. Había venido con Deveralia y los suyos sólo porque tenían que pasar cerca de su pueblo en su camino a casa.

Una vez aquí, se limitaría a esperar que le llegara la muerte.

Sdermila volvió la mirada hacia la pequeña Katia, que dormía plácidamente en brazos de su madre, felizmente ignorante de las tribulaciones de sus mayores. Sdermila sonrió con ternura.

—Por favor, déjame cogerla un momento.

Deveralia le devolvió la sonrisa y le pasó la niña. Sdermila la acunó suavemente en sus brazos, como tantas veces había hecho en el campo, sabiendo que ésta sería sin duda la última vez.

—Duerme, mi niña, duerme. Aún te queda un largo viaje hasta casa, pero ya estás un poquito más cerca. Voy a echarte de menos —Al decirlo en voz alta se dio cuenta de hasta qué punto era cierto. El corazón se le encogió todavía un poco más al pensar en la inminente separación, pero eso no disminuyó su resolución. Sdermila le dio un beso al bebé en la mejilla y se lo devolvió a su madre—. Y también voy a echaros de menos a vosotros, mis queridos Lía Y Figor. ¿No vais a darle un gran abrazo a la vieja Sdermila antes de despedirnos?

Los dos niños se arrojaron a los brazos de Sdermila, lo más parecido a una abuela que habían conocido nunca. Demasiado consciente de sí mismo como para ser tan pequeño, Figor hacía visibles esfuerzos por no ponerse a llorar. Los niños no lloran, parecían decir sus labios apretados, pero al final no pudo aguantarse más. Sdermila le consoló lo mejor que pudo. Lía, por el contrario, parecía mucho más calmada que su hermano. Como si su falta de lágrimas requiriese alguna explicación, la niña decidió ofrecerla.

—Mi papá dice que cuando estemos en casa volverá para ver si estás bien, y que si no lo estás te traerá con nosotros.

—Por supuesto que lo haré —se apresuró a confirmar Sante después de un primer instante de vacilación. Deveralia asintió sin dar muestras de haberse sorprendido por la idea, aunque sí un poco por el hecho de que Lía lo supiera.

Sdermila se dio cuenta de que realmente habían tenido que hablarlo, y seguramente Lía les había oído.

—Eso es muy amable por tu parte, Sante. Pero no… —Sdermila tragó saliva, sintiendo que se estaba emocionando a su pesar. Tenía que hacerles cambiar de idea. No quería que Sante volviera para encontrarse su cadáver acurrucado en un rincón de la casa derruida. Era mejor que nunca lo supieran.

—No, no hace falta, de verdad. Estaré bien, en serio.

—No es por ti, testaruda mujer —dijo Deveralia, sonriendo a pesar de que los ojos empezaban a llenársele de lágrimas—. Es por nosotros.

Sdermila sonrió como pudo y asintió en silencio. Incapaz de decir nada más, le dio un corto abrazo a Sante y a Deveralia y comenzó a caminar hacia la casa sin volverse a mirar atrás ni una sola vez. No quería que la vieran llorar.

Entró por la puerta principal, aunque el muro derruido la hacía completamente innecesaria. Dentro era aún peor. No había energía, como era de suponer, pero a través de los agujeros en el tejado —visibles gracias a que parte del suelo de la planta alta también se había venido abajo— y de las ventanas rotas entraba luz más que suficiente. Sdermila jadeó, viendo en lo que se había convertido su casa. La mayor parte de los muebles los habían destrozado a hachazos o algo así. Habían usado la madera para encender una hoguera en mitad de lo que solía ser el salón. Los pocos objetos de adorno que tenía, la mayoría pequeños regalos hechos a mano por Taigor y por los niños, estaban rotos y esparcidos por el suelo. A pesar de la ausencia de cristales en las ventanas el hedor era tremendo. Aquí y allá, en cualquier parte, se veían montones de comida podrida e incluso excrementos humanos. Sdermila sintió ganas de vomitar, pero la estancia en el campo de refugiados le había endurecido el estómago. Se preguntó si los que habían ocupado su casa se consideraban a sí mismos personas civilizadas. Su viejo kala'ballo se hubiera comportado muchísimo mejor si alguna vez le hubieran permitido entrar dentro.

Subió las escaleras que conducían a la parte de arriba con gran precaución, temiendo que cada crujido significara que iban a derrumbarse. En su habitación no intentó entrar siquiera. Daba al lado por donde se había caído el muro y también la mayor parte del techo. El incendio, accidental o provocado, había empezado sin duda allí. Afortunadamente la nieve debía haber apagado las llamas, o la casa entera hubiera ardido hasta los cimientos como otras que había visto. La habitación que durante años habían compartido Lania y Jeiran estaba un poco mejor. Sucia, muy sucia, pero más o menos intacta si se la comparaba con el resto de la casa. Dormiría allí esa noche, suponiendo que fuera capaz de dormir algo.

Bajando con el mismo cuidado que había tenido al subir, Sdermila regresó a la planta baja y entró en la cocina. Aquello era un completo desastre, aunque después de lo que había visto ya no se sorprendió. Alguien se había estado divirtiendo a costa de romper platos, vasos y tazones, dejándolos caer al suelo o incluso lanzándolos contra las paredes. Los utensilios con los que había cocinado día tras día para su familia desde que Taigor y ella entraron a vivir en esa casa estaban tirados por todas partes, imposiblemente sucios y

grasientos, algunos abollados o dentados por los golpes. El olor era aún peor allí que en el salón. Sdermila se estiró por encima de un asqueroso montón de ollas y sartenes, sobre las que aún quedaban restos de comida en plena descomposición, y probó los dos grifos. Uno de ellos escupió ruidosamente una especie de barro durante algunos instantes pero nada de agua digna de ese nombre, y finalmente se paró. El otro no dio ni siquiera eso. Sdermila suspiró y miró alrededor. Encontró un cubo bajo lo que solía ser su mesa de cocinar, ahora cubierta de basura. Cogió el cubo y salió con él al exterior por la puerta de la cocina, que al menos seguía apoyada sobre sus bisagras.

Aún había nieve más que de sobra, aunque aquí y allá empezaban a asomar algunas calvas. Vació el contenido del cubo —parecía orina y desde luego olía como tal— a cierta distancia de la casa, y después se quitó la pequeña mochila que llevaba a la espalda, de la que no se había desprendido en ningún momento. La abrió y sacó una de las pastillas para hacer fuego que le habían dado en el campo. Apiló unos cuantos trozos de madera procedentes de los muebles que le habían roto y con ellos y la pastilla de ignición química hizo una pequeña hoguera. Llenó el cubo de nieve y lo colocó sobre el fuego hasta que se derritió, y después volvió con él a la casa. Entre los medio destrozados armarios encontró algo de ropa que utilizó para hacer trapos.

Así se pasó el resto del día. Alimentando el fuego con más leña de cuando en cuando para que no se apagara, fue llenando cubo tras cubo, empapando trapo tras trapo hasta que estaban tan sucios como todo lo demás, limpiando lo que se podía limpiar y arrojando lo demás por las ventanas, y aprovechando el cubo al salir para ir sacando la pestilente basura de la casa.

En ningún momento se le ocurrió mirar camino abajo, hacia la parte principal del pueblo. Si lo hubiera hecho se habría dado cuenta de que había un puñado de casas prácticamente intactas, como si los soldados se hubieran olvidado de ellas o las hubieran respetado a propósito. De haberse fijado, Sdermila habría sabido enseguida que se trataba de lo segundo, pues ésas eran las casas en las que vivían seibergios. Ahora todas estaban vacías, abandonadas por las familias que las habitaban por temor a las represalias que contra ellos pudieran tomar sus propios vecinos. Otra tragedia más a añadir a la historia del castigado pueblo, aunque aquellos a los que les habían quitado mucho más que la casa difícilmente podrían conmoverse por ella.

Sdermila había perdido por completo la noción del tiempo cuando escuchó algo que le hizo apartar los ojos de su tarea. Tras el tráfico constante de lanzaderas que se había visto en Campo Uno durante las últimas semanas, el ruido que hacía una de ellas al aproximarse le resultaba de sobra conocido.

Salió a la parte frontal de la casa con más curiosidad que miedo. El sol estaba ya bastante bajo. Sdermila se desconcertó un poco al comprobar que casi se había acabado la tarde y ella ni siquiera se había dado cuenta. Claramente definida contra el color anaranjado que tenía el cielo entre nube y nube, vio una de esas naves de tres alas que al parecer venía directa hacia el pueblo. La lanzadera redujo su velocidad y plegó hacia arriba sus alas laterales. Sdermila comprendió con sorpresa que iba a aterrizar allí mismo,

en un área despejada que había a unos cuarenta o cincuenta metros de su casa, y que al fijarse mejor y hacer memoria resultó ser el lugar donde había estado la casa de los Divanian, de la que apenas quedaban ya unos escombros. El polvo y la nieve que levantaron los repulsores ocultaron la nave por unos instantes, obligándole a volver la cabeza para que no se le metiera nada en los ojos. Cuando se desvaneció la polvareda y pudo volver a mirar, vio como, por debajo del morro de la nave, la rampa de abordaje descendía lentamente hasta tocar el suelo.

Poco después bajó un hombre por ella y se quedó allí de pie, mirando a su alrededor, aparentemente desorientado o confuso. Sdermila entrecerró los ojos intentando verlo mejor. Era delgado, muy delgado, y casi calvo. Estaba segura de no haber visto a ese hombre nunca antes, y sin embargo había algo en él que le resultaba familiar.

El hombre la vio a ella. Incluso a esa distancia, Sdermila pudo ver cómo le cambiaba la expresión. El hombre comenzó a caminar hacia ella con decisión, y de pronto Sdermila sintió miedo. Por un instante consideró la posibilidad de echarse a correr para escapar de él, pero el hombre parecía joven. La alcanzaría en seguida. Con el corazón latiéndole desbocado, Sdermila se quedó donde estaba sin moverse, observándolo con aprensión.

Desde luego no le asustaba la muerte, a la que esperaba, pero sí que pudieran pegarle y hacerle daño. Entonces se dio cuenta de que el hombre no llevaba armas, ni siquiera un palo, y eso la calmó un poco. De hecho, la actitud del hombre no parecía amenazadora, sino más bien vacilante ahora que se encontraba más cerca de ella. Casi como si fuera él el que tuviera miedo de ella. Más allá de él, a su espalda, vio que alguien más descendía de la lanzadera, esta vez una mujer. Una mujer que tenía cosas de colores sobre la cabeza. Estupefacta, Sdermila reconoció inmediatamente a Rúster. Era imposible de confundir con sus extensiones neurales —aún se acordaba de cómo se llamaban—. ¿Qué estaba haciendo Rúster allí? Pero no pudo seguir preguntárselo por mucho tiempo, pues el hombre desconocido se hallaba ya ante ella. Se detuvo a un par pasos, frunciendo los labios. Su frente y los alrededores de sus ojos estaban surcados de profundas arrugas, la corta perilla que lucía en la barbilla estaba salpicada de canas. Sus mejillas estaban hundidas. Ésas eran características inusuales para un hombre al que por lo demás se veía que era bastante joven aún, treinta y pico años como mucho.

Sdermila identificó en esos síntomas de prematuro envejecimiento las señales de alguien que ha pasado hambre y que ha sufrido, como la gente con la que había convivido durante los últimos dos meses. Como ella misma, sin duda, aunque no recordaba la última vez en la que se había visto en un espejo. Los ojos del hombre estaban tristes al mirarla. Las lágrimas que amenazaban con escaparse de ellos les devolvieron el brillo del que habían carecido antes. Fue entonces cuando Sdermila se dio cuenta de a quién estaba mirando.

—¿Lania?

—¿Mamá? Yo… casi no te reconozco, oh, mamá. Tu cara, tu pelo… ¡tan blanco!

—¡Lania! —Sdermila se lanzó a los brazos de su hijo tanto tiempo perdido, y él enseguida le devolvió el abrazo—. ¡Mi hijo, mi hijo! ¡Estás vivo, y estás aquí! Me dijeron que habías muerto, y tu hermano… —Sdermila no pudo continuar.

Lágrimas que no eran todas de pena inundaron su cara. Sollozos que no eran todos de dolor se le quedaron en la garganta, impidiéndole decir una sola palabra más. Lania lloró junto a ella, con los ojos cerrados para no ver la devastación que les rodeaba. Él siempre había pensado que el día en el que volviera a casa sería brillante, alegre y feliz. Lo que se había encontrado en lugar de eso iba más allá de sus peores pesadillas, en las que en realidad nunca había aparecido este lugar. Su madre estaba allí, y eso era lo único que no había cambiado. Su hermano y la familia de la que había oído hablar y a la que había visto incluso en un par de pequeños hologramas, pero a la que nunca había tenido ocasión de conocer, estaban todos muertos, como lo estarían también, probablemente, muchos de sus vecinos, sus amigos de la infancia, la gente que conocía. *Pobre, pobre mamá*, pensó. *Cómo tiene que haber sufrido*. Y él que había creído que su propia historia de terror, de persecución y de miseria era la más terrible que nadie pudiera contar.

—Mamá… —comenzó a decir, pero lo que le salió fue un estrangulado sollozo.

Lania apretó los dientes y se esforzó para recobrar el control de su voz.

—Sé lo de Jeiran, mamá. Ellos… ellos me lo contaron todo.

—¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Quiénes te lo dijeron? ¿Rúster? ¿Están Alce y Llamarada también en esa nave?

—Sí, esos son los nombres que usan. Ellos dos, y esa mujer lumi que hay allí, vinieron a buscarme…

—Mataron a Jeiran, y a Voeda, y a Drivan, y a Mila…

—Lo sé, lo sé todo. Fue un accidente.

Sdermila apartó la cara del pecho de su hijo lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso?

—He visto cosas horribles, mamá. Me avergüenzo de haber trabajado para quien lo hice, por no haber hecho nada cuando me enteré de lo que estaba ayudando a construir. Eso me hace cómplice de la masacre. Mis manos… mis manos están también manchadas de sangre.

—¿De… de qué… de qué estás hablando?

—¿Has oído hablar alguna vez de las Estrellas de la Muerte, mamá?

Sdermila asintió, nuevas lágrimas corriendo por sus mejillas y empapándole el cuello del abrigo.

—Alce me lo dijo. Me contó que habían destruido su planeta, y también me dijo que tú estabas dentro de una de ellas cuando ellos…

—Trabajé para el Imperio, mamá. Ayudé a construir esas cosas y…

Lania meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es una larga historia. Te lo contaré todo, sólo si tú quieres, pero no ahora. Lo único que importa es que no me encontraba a bordo de la segunda Estrella de la Muerte cuando explotó, y que esta gente me encontró y me han traído hasta aquí, contigo.

—Oh, Lania, mi Lania…

Desde la cabina de la lanzadera, Llamarada y Alce contemplaban como madre e hijo se abrazaban. Rúster volvió a entrar y se sentó en el asiento del piloto. Miró hacia Sdermila y Lania a través del panel visor y se secó con un dedo la lágrima que le rodaba por la cara.

—Estoy tan contenta por ella —dijo la lumi. Aunque ni Llamarada ni Alce contestaron, ella continuó—. Quiero decir, al final ha recobrado a uno de sus hijos. Eso le dará algo por lo que vivir. Y él, el pobre, se le veía tan avergonzado todo el tiempo. Nada le diferencia de otros de nosotros que en su día sirvieron al Imperio, como Víbora, Raiven y los demás. Me alegro muchísimo de que al final no tuviésemos que entregárselo a los de Inteligencia. Ha sido todo un follón, pero desde luego ha merecido la pena, ¿verdad?

La necesidad de probar en vuelo la nueva *Compasión* había supuesto la excusa perfecta para hacer un viaje rápido a Ord Mantell, el mundo en el que Ibero había localizado a Lania. Desesperado por llegar a Seibergia tras enterarse de lo que estaba pasando allí, el hombre había utilizado su verdadero nombre para pedir un salvoconducto de la Nueva República, pensando que su nacionalidad seibergio-balania supondría una diferencia para los funcionarios a los que se dirigió, pero éstos se habían limitado a archivar su solicitud. Eso era lo que uno de los programas autónomos de Ibero había detectado. Una vez en el *Guarida del Lobo,* Víbora había tenido que hacer uso de todo su ingenio y sus influencias para mantener la presencia de Lania a bordo oculta para el personal de seguridad y para la propia capitán de navío Gen'yaa. En el mayor de los secretos, sin sacarle jamás de la *Compasión*, Ibero y él lo interrogaron acerca de los años que había pasado trabajando para el Imperio. Sabían que si poseía algún conocimiento que el servicio de Inteligencia de la Nueva República necesitara saber, se verían obligados a informar sobre él. Pero resultó que Lania no había estado implicado ni en el diseño ni en el desarrollo del superláser, sólo en la instalación de los campos magnéticos que protegían los numerosos puertos y hangares de las dos inmensas estaciones. Para gran alivio de Alce, Llamarada y Rúster, ambos estuvieron de acuerdo en que no había razón para entregarlo, comenzando así los preparativos para la siguiente fase de la operación.

Víbora consiguió el permiso de la capitán de navío Gen'yaa para enviar un equipo a la Región Balania con el fin de intentar recuperar el carguero *Al'yin'ia*, y pronto la *Compasión* volvió a despegar. Tras otros cuatro días de viaje, esa misma mañana Rúster había dejado a Solo, a Raiven, a Mar Hanniuska y a Phasx junto al bosque en el que los dos pilotos habían llevado a cabo su aterrizaje forzoso. Después el resto de la expedición continuó hasta Campo Uno. Una vez allí les dijeron que Sdermila había partido con un grupo de refugiados la semana antes, supuestamente de vuelta a casa. También se

enteraron de la últimas noticias por uno de los miembros del personal de ayuda: acompañado por varios de sus más cercanos colaboradores, y no sin antes haber transferido una fortuna de los fondos públicos a sus cuentas en varios bancos imperiales, Doinos Somolovich había huido de Seibergia rumbo a un destino desconocido. Aunque no había evidencias de esto, se decía que había sido el Diktat de Corellia quien le había ayudado a escapar, con el fin de evitarse problemas con ciertos sectores de su población en el caso de que Somolovich fuera depuesto y llevado a juicio por sus excesos por el nuevo gobierno, o peor aún, por la Nueva República. Leia Organa estaba en la capital, reuniéndose con los líderes de la oposición seibergia. Por lo visto les había ofrecido la ayuda de la Nueva República para empezar a reconstruir su economía, incluso si rechazaban afiliarse, con la única condición de que se garantizase la seguridad de la minoría balania y se aprobase un estatuto de autonomía limitada para la Región Balania. El nombre de Ciric Baranka sonaba cada vez más como un posible presidente de esa región autónoma.

Pero no habían venido a Seibergia a comprobar como evolucionaba la situación política, sino a cumplir una misión muy específica. Guiada por Lania, Rúster había pilotado la *Compasión* hacia el pueblo natal del ingeniero. Al acercarse desde el aire, todos se quedaron consternados al contemplar aquel lugar medio quemado y al parecer completamente abandonado, pero Lania les había pedido que descendieran de todas formas.

Y para sorpresa de todos, resultó que Sdermila sí que estaba allí.

—Despega, Ru —dijo Alce de repente. Su rostro reflejaba la tremenda ansiedad que sentía, ansiedad que había ido aumentando cada segundo de esos últimos días, desde que se enteró de que el hijo mayor de Sdermila estaba vivo.

—¿Despegar? Pero…

—Despega, Rúster, por favor. Ya hemos terminado aquí, ¿no lo ves? No hay ninguna necesidad de seguir imponiéndoles nuestra presencia. Despega.

Rúster, vacilante, miró a Llamarada para ver qué opinaba ella.

Llamarada asintió sin decir nada.

—De acuerdo, ajustad vuestros atalajes.

Mientras Rúster ponía en funcionamiento los motores de la lanzadera, Llamarada se giró para mirar a Alce.

—Estoy bien —dijo él—, de verdad. Es sólo que no puedo aguantar estar aquí ni un momento más.

—Está bien —respondió ella—. Lo comprendo.

—Dejemos que disfrute con la vuelta de su hijo —continuó Alce, hablando casi para sí—, y no sigamos recordándole que le quitamos al resto de su familia.

Sdermila alzó la mirada cuando escuchó el sonido de los motores cobrando vida. Siguiendo un impulso, se soltó de Lania y empezó a caminar hacia la nave, que ya había comenzado a elevarse del suelo, protegiéndose la cara con el brazo.

—¡Esperad! —gritó, aunque era más que dudoso que los ocupantes de la lanzadera pudieran oírla por mucho que se desgañitara. Sdermila cerró los ojos y agitó los brazos por encima de la cabeza.

—¡Eh, esperad! —chilló Lania viniendo detrás de su madre y moviendo los brazos como ella—. ¡Esperad!

Rúster los vio desde la cabina y sin pensárselo dos veces hizo descender otra vez a la *Compasión*.

—Sdermila nos está llamando —explicó—. Seguramente quiere darnos las gracias.

—Alce —dijo Llamarada—, tenemos que salir y hablar con ella. Creí que era eso lo que querías.

—Quería traerle a su hijo. No se me ocurrió que tendría… que podría hablar con ella. Avery, yo… me da pánico hacerlo.

Llamarada inspiró profundamente.

—Rúster tiene razón. Lo más seguro es que Sdermila simplemente quiera darnos las gracias. Por si te sirve de algo, te diré que yo también estoy muy nerviosa.

Ambos se levantaron de sus asientos y siguieron a Rúster, quien había descendido ya por la rampa. Alce hizo una mueca de dolor cuando vislumbró a Sdermila y se dio cuenta de los cambios que se habían producido en ella desde la última vez que la había visto. El nudo que desde hacía unos instantes sentía en medio de la garganta pareció crecer hasta prácticamente ahogarle.

Llamarada le puso la mano sobre el brazo. Alce la miró y tragó saliva. No podía volverse atrás ahora. Sin soltarle, Llamarada salió al exterior y Alce se dejó llevar.

—Gracias, muchas gracias —le estaba diciendo a Rúster la mujer, cuyo aspecto era ahora el de una anciana—. Por todo.

—De nada, Sdermila. Nosotros sí que tenemos que darte a ti las gracias por todo lo que hiciste por nosotros —se lanzó a decir la lumi, efusiva—, empezando por cuando nos ayudaste a sacar al doctor Al Saruff de la lanzadera. ¿Sábes que se puso bien? Pues fue gracias a ti, y luego en el campo no sé que hubiéramos hecho sin ti. Yo, desde luego, me siento en deuda contigo, por eso y por lo mucho, muchísimo que he aprendido de ti.

Sdermila asintió y agachó la cabeza.

—Yo también tengo que daros las gracias —dijo Lania—. No habría podido llegar hasta aquí de no ser por vosotros.

—La Nueva República va a enviar ayuda —dijo Llamarada—, aunque no sé cuándo, ni si será suficiente para reparar todos estos daños.

—No te preocupes, nos las apañaremos —respondió Lania—. Nos las hemos apañado con menos durante siglos.

—Espera un momento —dijo Rúster—. Puede que tenga… —El resto de la frase se quedó flotando en el aire mientras corría de vuelta al interior de la lanzadera. Sdermila se acercó entonces a Llamarada y a Alce.

—Gracias también a vosotros dos por traer aquí a Lania.

Llamarada se encogió de hombros, intentando sonreír como si no pasara nada.

—Era lo menos que podíamos hacer. Como bien ha dicho Rúster, te debíamos eso y más.

—Sí —dijo Alce, notando que le fallaba la voz—, aunque nunca podremos compensarte por todo. Sdermila, intenté decírtelo… Lo siento, lo siento tanto por…

—Sshhh, calla —Sdermila negó con la cabeza mientras ponía un dedo sobre los labios de Alce—. No lo digas. —Los ojos de la mujer estaban enrojecidos, pero de ellos no brotaron nuevas lágrimas. Alce tuvo la impresión de que sencillamente no podía llorar más.

En ese instante apareció Rúster acarreando una gran caja de herramientas, sujetándola con las dos manos.

—La nave es prácticamente nueva, así que no creo que nos haga falta todo esto en el viaje de vuelta.

Nuestra mecánico jefe me conseguirá otro juego —dijo entregándole la caja a Lania—. Eres ingeniero, ¿no? Seguro que sabrás encontrarle uso a estas cosas. Hasta que llegue más ayuda.

—Gracias —contestó Lania aceptando la caja—. Eres muy amable.

—Si hay cualquier otra cosa que podamos hacer… —dijo Alce.

—Ya habéis hecho bastante —respondió Sdermila—. Marchaos ya si tenéis que hacerlo —La mujer miró a Llamarada a los ojos por unos instantes y después a Alce, deteniéndose en él por más tiempo. Finalmente dijo— Os perdono.

Antes de que pudieran decir nada, Sdermila les dio la espalda y echó a andar hacia su casa. Alce se quedó allí de pie, inmóvil, intentando no ahogarse bajo la cascada de sentimientos que le asaltaban todos a un tiempo.

—Vámonos —dijo Llamarada, con los ojos brillantes por la emoción a duras penas contenida—. Ahora sí que hemos terminado aquí.

Mientras despegaban, los tres dirigieron una última mirada hacia el pueblo devastado y hacia las dos figuras que lentamente caminaban hacia lo que quedaba de su hogar.

—Buena suerte —dijo Rúster, dando voz a lo que todos pensaban. Sdermila, Lania y el resto del pueblo seibergio-balanio iba a necesitar muchísima suerte, sí, pero como Lania había dicho, se las habían apañado antes con menos. La propia Sdermila, con su iniciativa y capacidad de improvisación desplegadas durante su estancia en Campo Uno, se había encargado de demostrarles hasta qué punto era cierto eso. Si se les daba la oportunidad, los balanios de Seibergia sobrevivirían y lo reconstruirían todo de nuevo, como siempre habían hecho.

—Ahora me siento libre —dijo Alce en voz baja, lo justo para que sólo Llamarada le oyera—. No me sentí realmente así cuando la consejera Organa nos declaró inocentes, no del todo al menos, pero ahora sí.

Llamarada le pasó el brazo a Alce por encima del hombro y recostó la cabeza sobre él. Acababa de darse cuenta de que había estado equivocada todo el tiempo. Lo que Alce había estado buscando desde aquel infortunado día en el que sus caminos se cruzaron con el de una nave llamada *Mano del Idiota*, no era su propio perdón, sino el de aquellos seres inocentes a los que sin quererlo había matado. Las palabras de Sdermila le habían dado lo que necesitaba, pues si alguna voz les quedaba a las víctimas era la de los seres queridos que lloraban su pérdida, aquellos a los que el dolor hacía víctimas también. De algún modo, el perdón de Sdermila venía a significar la absolución por parte de todos ellos.

—¿Lamentas ahora haber aceptado la degradación de rango? —preguntó Llamarada.

—No, qué va. Eso no tiene nada que ver con esto. ¿Y tú?

—No, no te preocupes. Con cada día que pasa me voy convenciendo más y más de que eso era lo mejor que podía hacer. Ahora tendré tiempo para pensar en otras cosas que no sean la próxima misión del escuadrón.

—¿Por ejemplo?

—Lo que voy a hacer después, si algún día vemos acabarse esta guerra.

Durante este tiempo, me he dado cuenta de que ser un piloto de caza es todo lo que he hecho hasta ahora, y no estoy segura de que me guste cerrar con eso mi biografía.

—¿Estás pensando en lo de tener niños otra vez?

—¿Qué? —Llamarada se giró hacia Alce desconcertada, y de pronto recordó aquel día en Campo Uno, cuando fue ella la que, siguiendo un impulso, le preguntó a él por esa cuestión. También se acordó de la expresión de su cara, y de lo mal que le había hecho sentir—. No, no me refería a nada en particular.

—Yo sí que he estado pensando en ello.

—¿Lo dices en serio? —Llamarada se sorprendió de su propia reacción.

Parecía como si llevase toda la vida esperando a que Alce quisiera hablar de ese tema, cuando ella misma no se lo había empezado a plantear hasta muy poco antes. Le había cogido tan por sorpresa que le había respondido en voz alta, lo suficiente para que Rúster la oyera.

—¿Decías algo, Llamarada?

—No, Ru, nada. ¿De verdad has pensado en ello? —volvió a preguntar, esta vez en un tono mucho más bajo.

—Sí. Quizá no mañana, ni pasado mañana, pero definitivamente tener un hijo contigo es algo que quiero hacer en la vida.

Llamarada se sintió conmovida en lo más profundo de su ser, emocionándose como muy pocas veces le había sucedido hasta hoy mismo.

—¿Sábes, piloto? Eso ha sido lo más bonito que me has dicho jamás.

Alce sonrió.

—Mi intención es seguir diciéndote muchas cosas bonitas, siempre que tengas ganas de oírlas. Yo… me siento como si acabara de despertarme después de haber tenido una pesadilla. Los recuerdos siguen ahí, pero ahora me veo capaz al fin de vivir con ellos. Y también de pensar en el futuro.

Llamarada miró a través del panel visor lateral. Bajo ellos, el paisaje cambiaba y se cubría por completo de nieve a medida que se acercaban a las montañas y al lugar en el que habían dejado a Solo y a los otros. El contemplarlo le hizo acordarse de la primera vez que vio esa tierra, de la columna de refugiados avanzando en dirección opuesta a los grupos que ocasionalmente divisaban ahora. Recordó cuando Rúster y ella se habían encontrado con Sdermila, todavía bajo la impresión del ataque del AT-ST y del tiroteo que vino después, y comparó esa imagen con la de la anciana a la que había visto hacía apenas unos minutos.

—Debe ser terrible concebir un hijo y darle a luz y enterarte algún día de que alguien lo ha matado… —Llamarada se interrumpió de golpe, temerosa de cómo podía reaccionar Alce ante ese comentario, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

—Es verdad. Pero el hecho es que gente de un extremo al otro de la galaxia corre ese riesgo cada día y aún piensan que merece la pena.

—Después de haber visto a Sdermila abrazar a su hijo estoy mucho más cerca de creerlo.

—Yo también. A pesar de todo.

Lania observó cómo la lanzadera de la Nueva República desaparecía a lo lejos y volvió la mirada hacia su casa y las otras que había alrededor.

—Hay muchísimo trabajo por hacer.

Sdermila levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Te quedarás a hacerlo?

—Sí. Sólo ahora me doy cuenta de lo mucho que echaba de menos mi hogar, y sobre todo a ti y a Jeiran —Lania encogió el gesto, afligido al pronunciar el nombre de su hermano, pero siguió hablando—. Quería hacer grandes cosas y me fui muy lejos a buscarlas. Ahora regreso, avergonzado y dolorido, y descubro que lo más grande que puedo hacer es trabajar el resto de mi vida para hacer que este lugar vuelva a ser como fue, y luego continuar desde ahí.

Sdermila sintió que el corazón se le aligeraba.

—Entonces tu vieja madre estará a tu lado para ayudarte.

—Como lo has estado siempre —contestó Lania besándola en la mejilla.

Dejó la caja de herramientas en el suelo para abrirla y seleccionó algunas cosas entre su contenido.

—Pero ahora, por favor, espera aquí mientras apuntalo un poco el tejado. No llegaremos a hacer gran cosa si se nos cae encima durante la noche.

—Muy bien. Yo iré a echarle un vistazo a los campos, a ver si queda algo de lo que planté para pasar el invierno.

Sdermila contempló a su hijo mientras se alejaba, caminando con determinación hacia la casa, y una ola de orgullo maternal la inundó por dentro.

Por primera vez en muchos días, la inmensa congoja que sentía por la muerte de Jeiran y su familia pasó a un segundo lugar, por detrás del alivio y de la alegría que le causaba el tener a su otro hijo con ella, vivo.

Le había mentido a Alce y a Llamarada. Aunque era verdad que les agradecía lo que habían hecho buscando a Lania y trayéndolo aquí, eso no significaba que les hubiese perdonado. Lania podía aceptar que lo que pasó hubiera sido sólo un accidente, pero a ella le llevaría mucho más tiempo, quizá la vida entera, llegar a hacer lo propio.

Pero no era imposible.

Del mismo modo en el que había terminado perdonando a su viejo kala'ballo por matar a Taigor, podría llegar un día en el que el rencor que sentía llegara a desvanecerse del todo, y poder perdonar así al hombre que, accidentalmente o no, había matado a sus seres queridos, y también a la mujer que pudiendo haberlo prevenido no lo hizo. El pensamiento se le vino a la cabeza en el preciso instante en el que escuchó a la nave que partía, y fue consciente de pronto de que nunca más volvería a ver a Alce o a Llamarada. Si alguna vez llegaba a perdonarles de verdad no tendría ocasión de decírselo, por lo que decidió hacerlo aquí y ahora. Si eso les ayudaba a ser o no mejores personas ya no le preocupaba. Que esa Fuerza de la que hablaban estuviera con ellos, y Dios con Lania y con ella.

El ruido de una cortadora láser rompió el silencio. Sdermila miró hacia atrás, sobresaltada, pero entonces se dio cuenta de que era Lania comenzando a trabajar. *Es cierto,* se dijo a sí misma , *Lania ha vuelto y va a reconstruir el pueblo otra vez*. Se sentía sorprendentemente feliz y llena de esperanza. Le entraron ganas de poder llamar a Deveralia y contárselo todo, pero había alguien con quien siempre podía hablar cuando lo necesitaba, aunque hacía ya algún tiempo desde la última vez que se había dirigido a él.

—Ya ves, Taigor, me estaba preparando para irme contigo, pero ahora resulta que no puedo hacerlo todavía. Lania ha vuelto, y le voy a hacer más falta a él aquí que a ti allí. Después de todo ahora tienes a Jeiran, a Voeda y a los niños, todos contigo. Te echo de menos muchísimo, con toda mi alma, pero aún tengo una familia de la que cuidar. Quizá no por mucho tiempo, porque no puedo negar que me voy haciendo vieja, pero lo que pueda. Al menos hasta que el chico se asiente. A lo mejor también él encuentra a una buena chica, como Jeiran. Nunca he renunciado a ver a Lania casado y con hijos, ya lo sabes. Quizá Dios me conceda esa dicha antes de llamarme. ¿Me esperarás?

Pues claro que sí, tú siempre me esperarás…

Absorta como estaba, Sdermila no reparó en un grupo de gente que en esos momentos entraba en la aldea por la vieja ruta hacia las montañas, la misma por la que se había ido ella y por la que había regresado. Venían mirando a su alrededor como si no pudiesen creerse del todo lo que veían sus ojos, pero ninguno se dio la vuelta. Como Sdermila,

algunos de sus antiguos vecinos habían vuelto a casa, y de una forma u otra aspiraban a quedarse.

Atraídos por el ruido de la cortadora encontraron a Lania y se acercaron a él.

Lo hicieron con recelo al principio, pero éste fue sustituido enseguida por la alegría cuando una de las mujeres lo reconoció y lo llamó por su nombre.

Inmediatamente, mientras una parte del grupo partía a inspeccionar el resto de casas, los demás se unieron a Lania para ayudarle en su trabajo.

Cuanto antes acabasen allí antes podrían empezar con otro tejado.

FIN

Acerca de esta historia

Como la mayor parte de la gente que lee este relato deduce muy pronto, «Daños Colaterales» está inspirada —que no basada— en las continuas guerras que han venido devastando la región de los Balcanes desde 1991, y en particular en el conflicto de Kosovo.

Desde la Guerra del Golfo a comienzos de 1991, nos hemos acostumbrarnos hasta tal punto a ver imágenes de guerra en la televisión, a veces incluso en directo, tan espectaculares en ocasiones que llegan a parecernos extraídas de la última película *hollywoodiense*. ¿A quién se le pueden olvidar las imágenes de los bombardeos nocturnos sobre Bagdad, por ejemplo, los impactos de bombas inteligentes en pleno centro de Belgrado o, más recientemente, los atentados contra el World Trade Center en Nueva York? Después de eso a nadie podría sorprenderle si nuestra capacidad de asombro se ha podido volver más limitada. Se han escrito millones de líneas acerca del papel que juegan los medios en estos conflictos, y tanto en los artículos de opinión como en las tertulias radiofónicas o televisadas se ha intentado dar respuesta a preguntas como éstas: ¿Dónde está la línea entre la información y el puro y simple espectáculo? ¿Serían iguales estas guerras si no estuvieran cubiertas permanentemente por las cámaras? ¿Están los medios, de algún modo, alimentando esos conflictos al ofrecer publicidad inmediata y a nivel mundial a cualquier individuo, organización o gobierno que decida perseguir sus metas por medio de la violencia? ¿Son estos medios realmente imparciales? ¿Qué sucesos son reales y cuáles han sido preparados, no necesariamente por los propios medios pero sí para ellos, para obtener su atención? Mientras debatimos sobre éstas y otras cuestiones uno puede llegar a obviar, si no a olvidar, que hay personas de verdad perdiendo sus casas, siendo apartadas de sus familias, siendo violadas, mutiladas y asesinadas, muchas veces de forma impune, y viendo como sus familiares y amigos sufren y mueren.

Empecé a desarrollar esta historia con la idea de que, incluso si muy pocas personas llegaban a leerla finalmente —me daba con un canto en los dientes si alcanzaba el centenar—, podría hacer que algunas de esas pocas, o aunque sólo fuera una, se parara a pensar en el horror y la tragedia que están sucediendo realmente, incluso en estos mismos momentos en este mundo que compartimos, y que eso le hiciera un poco menos indiferente. Y no es cosa fácil, lo sé (no en vano desde que escribí estas líneas hemos visto nuevas guerras en Afganistán y en Irak, otras que no terminan nunca como la de Chechenia o la de Colombia o la de Israel/Palestina, y a un terrorismo ciego que sigue golpeando lo mismo en Bilbao que en Bali que en Casablanca).

¿Por qué un relato de «La Guerra de las Galaxias»?

Llevo siendo un aficionado devoto de la Guerra de las Galaxias desde que con diez años vi la película por primera vez. Después de ver la trilogía original al menos un par de docenas de veces, y de leerme cada novela o libro de cómic basado en ese universo que ha pasado por mis manos, me encontré con la oportunidad de escribir mis propias historias en el seno de un club de Internet llamado Wolfshead Squadron (escuadrón

Cabeza de Lobo), y añadir así mi granito de arena a la saga. Durante tres años largos me entregué de lleno a la tarea, y de ese trabajo surgieron «Joan d'Arc», «The Price» (El Precio) y algunas otras historias de menor extensión que me llenaron de satisfacción, pero todo en esta vida tiene un final… El 15 de febrero de 1999 nació mi hija Lucía, y con su llegada mi tiempo libre se redujo de forma tan feliz como drástica. Por otro lado, y a pesar de lo bien que me lo pasaba con ello, empezaban a parecerme demasiado tiempo y demasiado esfuerzo los que tenía que dedicar a cada historia para que tan sólo las leyera un puñado de gente —el sitio de Wolfshead Squadron recibe un número bastante modesto de visitas, para qué nos vamos a engañar—, sabiendo además que por el hecho de estar ambientadas en el universo de La Guerra de las Galaxias jamás podrían ser publicadas comercialmente —hasta el nombre de cada uno de los planetas, artefactos o personajes que aparecen en las películas está sujeto a derechos de autor inalienables—, ni siquiera aunque alguna fuera (que es mucho presumir) digna de ello. Por todo ello me propuse escribir un último relato y despedirme con él de mi puñadito de lectores.

Mientras pensaba en un argumento que mereciera la pena, algo que me permitiera cerrar con una buena traca final mi periodo como escritor galáctico aficionado, la OTAN efectuaba su segunda campaña en la antigua Yugoslavia, tras las tímidas operaciones llevadas a cabo durante la guerra en Bosnia-Herzegovina y que apenas afectaron al curso de los acontecimientos. En esta ocasión se trataba de defender a los albano-kosovares, los penúltimos en intentar independizarse de la gran Serbia —después vendrían aún los macedonios—, y reprimidos con gran dureza por el ejército del fanático y xenófobo presidente serbio, Slobodan Milosevic. A diferencia de lo que sucediera en Bosnia, la OTAN no se limitó a avisar mil veces y a destruir un tanque de cuando en cuando, sino que puso en marcha todo su poderío aéreo para obligar al dictador serbio a dar marcha atrás, o exponerse si no a que buena parte de su ejército y también de la infraestructura económica de su país resultara arrasada por la bombas. Los resultados de aquella campaña son más que discutibles, aunque a otros más entendidos que yo les corresponde juzgarlo. Lo cierto es que, como siempre, la población civil resultó la auténtica damnificada del conflicto. Es cierto que la mayoría de las víctimas cayeron a manos de los serbios y de su odiosa limpieza étnica, pero también los hubo que perdieron la vida a causa de una bomba o de un misil *aliado* que, bien por un fallo técnico, una equivocación del piloto, o por un error en la información de Inteligencia a partir de la cual se había seleccionado el blanco, terminaba cayendo donde no debía. Esos muertos son los llamados «daños colaterales», aquellos que se consideran inevitables en toda guerra, un mal menor que no puede ser evitado. Son el precio a pagar, se dice, para poder salvar a un número mucho mayor de personas.

Una noche, al ver el telediario, me enteré de que aviones norteamericanos habían bombardeado por error una columna de refugiados albano-kosovares, a los que desde el aire confundieron con un convoy militar serbio. Pocos días después, cuando ya se empezaba a hablar del hecho utilizando la tristemente famosa expresión, empecé a escribir «Daños Colaterales».

Como ya hiciera en el caso de «Joan d'Arc», me inspiré en los hechos reales —mucho más próximos y documentados en este caso— para construir una situación similar que pudiera encajar en el universo de la Guerra de las Galaxias, manteniendo en lo posible la consistencia no sólo con las películas, sino con las novelas y los cómics publicados hasta la fecha, así como con el resto de historias del escuadrón Cabeza de Lobo. Cualquier parecido que podáis encontrar en «Daños Colaterales» con hechos y lugares auténticos es probablemente intencionado. Todos los personajes y situaciones que aparecen en la historia son, no obstante, producto de mi imaginación, con la excepción de aquellos creados por George Lucas —con la princesa Leia a la cabeza— y el resto de sus colaboradores, especialmente los autores de las novelas y comics *oficiales* —es el caso de los dirigentes imperiales Sate Pestage e Ysanne Isard.

. La mayoría de los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo están así mismo inspirados en miembros del club de Internet, aunque a ésos los he utilizado y desarrollado a mi antojo. Por supuesto, mientras escribía la historia —casi tres años me costó acabarla, tanto que si lo llego a saber no sé si la hubiera empezado— he estado bajo la influencia constante de las imágenes que he visto en televisión y lo que he leído en los periódicos acerca del interminable drama de los Balcanes, y por encima de todo la tragedia los refugiados, que se cuentan entre los perdedores de todas las guerras (una razón más para echarse a llorar: han hecho falta más de sesenta años para que los medios empiecen a publicar historias sobre los refugiados que provocó la Guerra Civil Española). Con semejante panorama en mente cada vez que me sentaba a escribir, no es de extrañar que algunos de los pasajes de esta historia se alejen un tanto de las clásicas historias de La Guerra de las Galaxias, más orientadas a la aventura que al drama (¿murió alguien en Naboo aparte de Qui-Gon? Ah, sí, Darth Maul ;o)).

Para cuando se publicó en el sitio web de Wolfshead Squadron el relato original en inglés (con el título «*Collateral Damage*»), «Joan d'Arc» llevaba casi un año presente en su versión en castellano en el sitio web de Los Lores del Sith (donde espero que acojan también a esta historia). En principio había renunciado a la posibilidad de traducir también «Collateral Damage»: demasiado trabajo para tan pocos lectores (aunque la verdad es que no tengo ni idea de cuánta gente ha leído Joan d'Arc en español, el escaso número de correos que he recibido me hace pensar que no han sido muchos, qué le vamos a hacer), con el agravante de que ahora no tengo una hija sino dos (Noelia vino al mundo, casualmente, casi al mismo tiempo que salía a la luz «Collateral Damage»). Pero al final, el hecho de que entre esos pocos se cuenten mi propia mujer y algunos de mis amigos más cercanos, y el que algunos de los ilustres desconocidos hayan sido tan, tan amables como para escribirme al respecto, me ha empujado a ponerme manos a la obra con la traducción. Total, si ya es la última… (¿o no?). A todos vosotros, mis selectísimos lectores, gracias. Es por vosotros que ha merecido la pena el esfuerzo.

Darío Pozo

Ilustraciones

La tripulación del *Guarida del Lobo*



Capitán de Navío Talina Gen'yaa (bothan)

Capitán de Fragata Nil Wumb (sulustano)


Dario 98
Teniente de Navío Mesch Dey'jaa (bothan)
Dario 98
Teniente de Navío Vaiweehanen (twi'lek)



Teniente de Navío Boradelis (mon calamari)



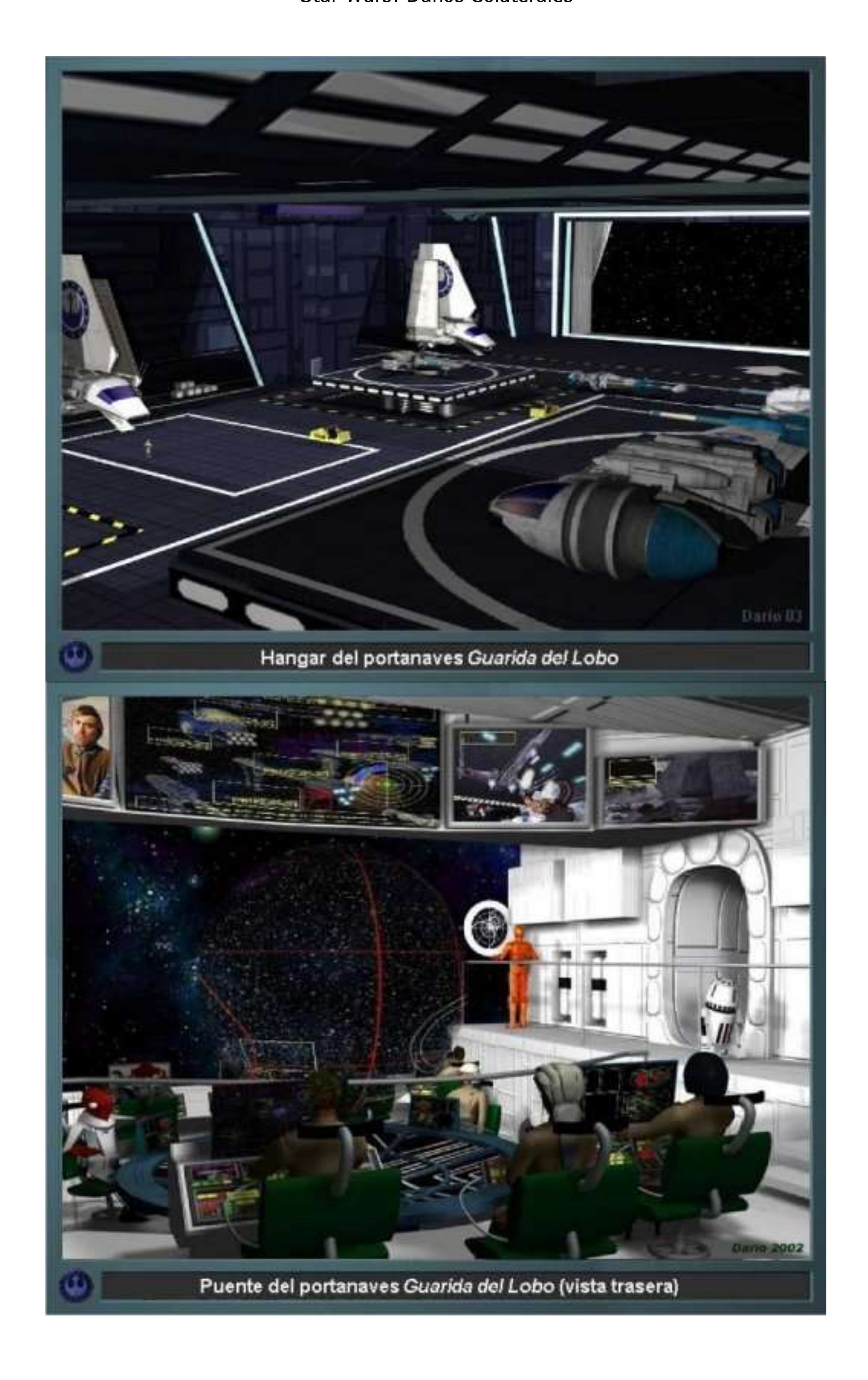
Teniente de Navío Mar Hanniuska con dos verpines



Doctor Ben Al Saruff (ithoriano)

Cabo Shalkaraykishpardivonne (wookie)

Naves y sucesos

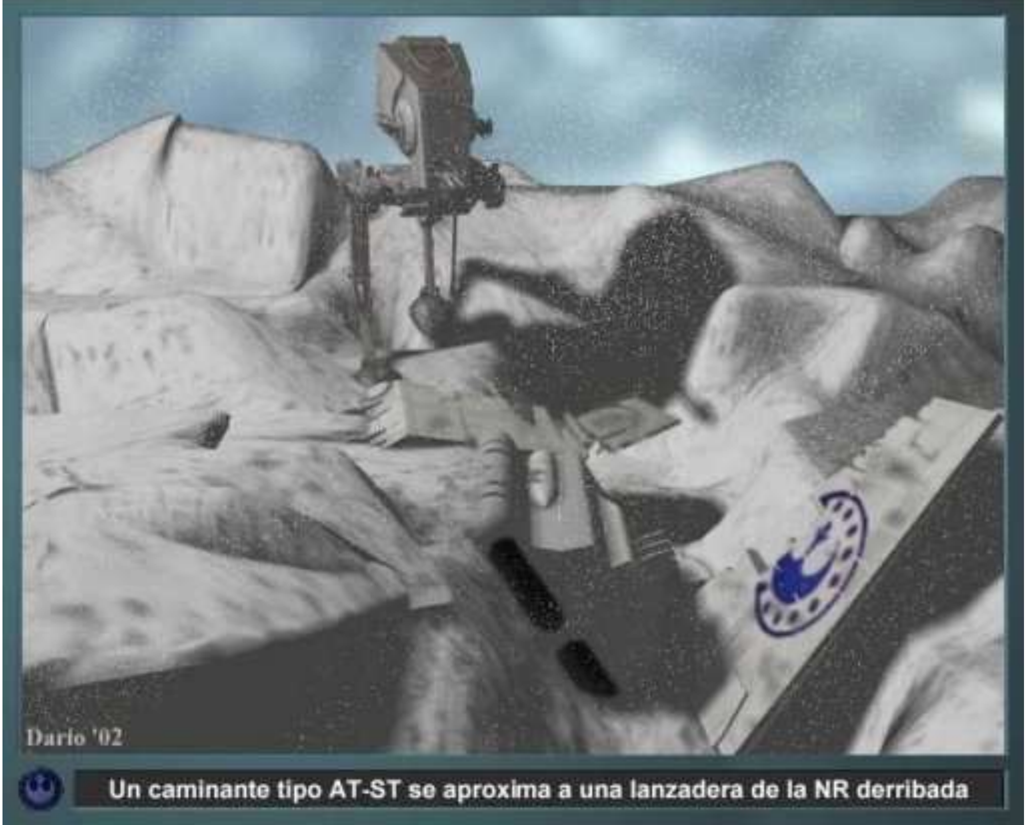


Hangar del portanaves *Guarida del Lobo*

Puente del portanaves *Guarida del Lobo* (vista trasera)



Dos cazas tipo ala-A alejándose del portanaves *Guarida del Lobo*



Un caminante tipo AT-ST se aproxima a una lanzadera de la NR derribada



Lanzadera clase Lambda alejándose del destructor estelar *Libertador*

Carguero CC-2100 perseguido por cazas TIE



Ala-RY del escuadrón Cabeza de Lobo escoltado por dos ala-X


La consejera Leia Organa y el almirante Ackbar en Mon Calamari

Contraportada

